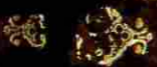






PEREGRINACIÓN
MEXICANA
A ROMA



2

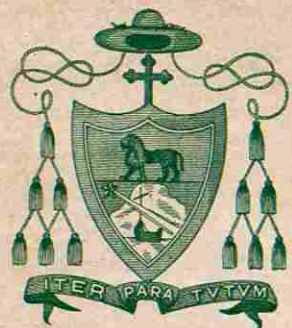
BX2321

.R6

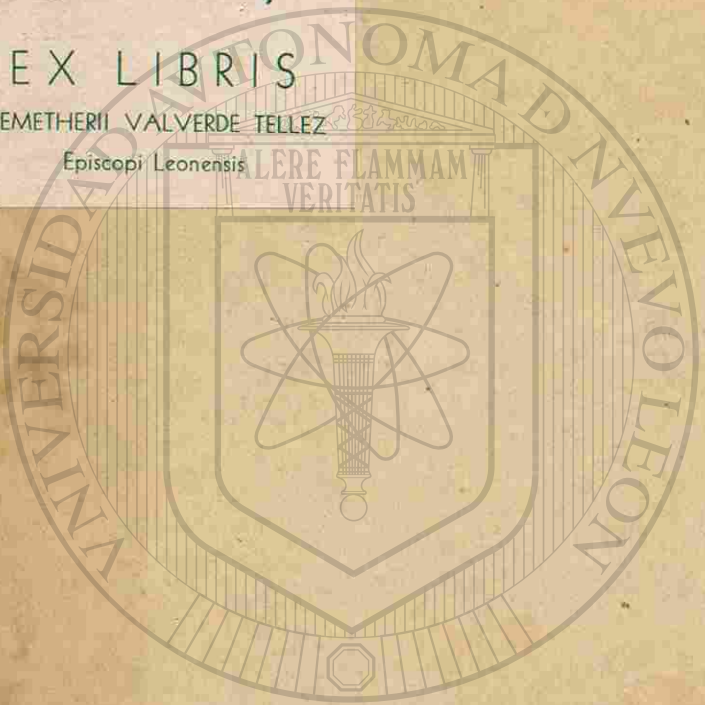
H5

v. 2

1889



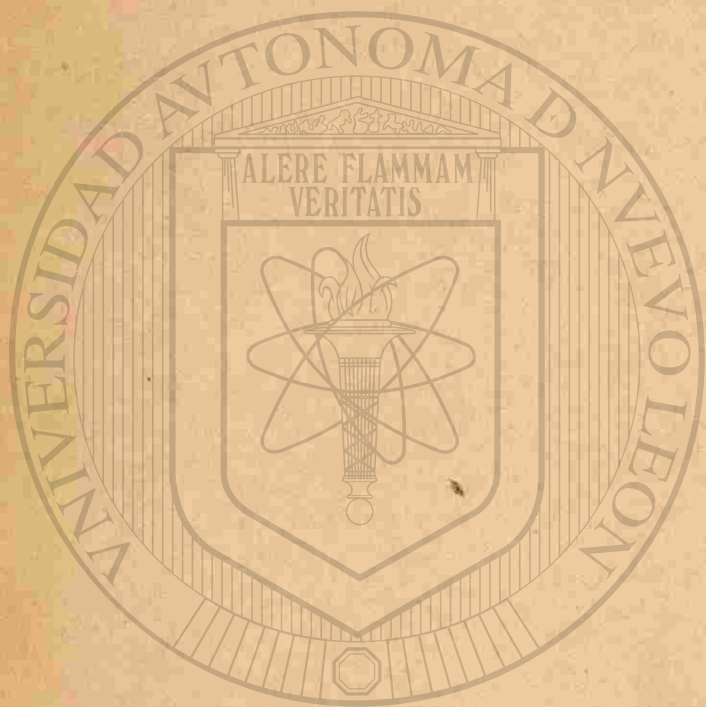
EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA GRAN ROMERIA NACIONAL.

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA GRAN ROMERIA NACIONAL

HISTORIA

DE LA

PRIMERA PEREGRINACION MEXICANA

A ROMA.

Contiene noticias circunstanciadas y fidedignas de la excursión religiosa iniciada y llevada á cabo por la Sagrada Mitra de Puebla. Abraza todos los acontecimientos que se relacionan con la expedición desde su origen hasta la vuelta de los romeros á la Capital de la República.

OBRA ESCRITA POR UN PEREGRINO.

TOMO II.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Capilla de Monsina
Biblioteca Universitaria

MEXICO.

TIPOGRAFIA DE AGUILAR E HIJOS,

1ª de Sto. Domingo 5 y esquina de la Encarnación y Sta. Catalina.

1889



43528

FONDO EMERSON
VALVERDE Y TELLES

BX 2321

.R6

H5

V.2

1889

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EL AUTOR DEJA ASEGURADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD
CON ARREGLO A LA LEY.



Capilla Alfonso
Universidad



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO.

Santa María la Mayor.—Su origen é historia.—La fachada.—Aspecto general.—El altar mayor.—La reliquia del Pesebre de Belén.—La tribuna.—La Capilla del Sacramento.—La capilla *Borghese*.—La *Sforza*.—La Capilla *Patrizi*.—La Plaza.—Santa Praxedis.—El Papa Gelasio II.—Aspecto general de la iglesia.—La Columna de la Flagelación.—Las reliquias de la Santa titular.—El cuadro de Julio Romano.

EL estimable sacerdote monseñor Colognesi, Canónigo de la Basílica-Liberiana, ó sea Santa María la Mayor, tuvo la bondad de invitarnos á todos los peregrinos á visitar esta magnífica iglesia, y se sirvió darnos cita para el día siguiente al de la audiencia, á las diez de la mañana.

Casi todos los romeros acudieron á la cita.

Santa María la Mayor está situada en la cumbre del Monte Esquilino, que se llamaba *Cispinus*, cerca del templo de *Juno Lucina*. Por supuesto que lo que fué una eminencia, hoy es un terreno casi horizontal, y no se apercibe el viajero de la subida, hasta que colocado en la puerta de la iglesia advierte su posición algo dominante sobre una parte del caserío.

Antigua es y venerable además por su origen, esta célebre Basílica; remóntase su primera edificación al año 352,

TOMO II-1

006584

BX 2321

.R6

H5

V.2

1889

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EL AUTOR DEJA ASEGURADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD
CON ARREGLO A LA LEY.



Capilla Alfonso
Universidad



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO.

Santa María la Mayor.—Su origen é historia.—La fachada.—Aspecto general.—El altar mayor.—La reliquia del Pesebre de Belén.—La tribuna.—La Capilla del Sacramento.—La capilla *Borghese*.—La *Sforza*.—La Capilla *Patrizi*.—La Plaza.—Santa Praxedis.—El Papa Gelasio II.—Aspecto general de la iglesia.—La Columna de la Flagelación.—Las reliquias de la Santa titular.—El cuadro de Julio Romano.

EL estimable sacerdote monseñor Colognesi, Canónigo de la Basílica-Liberiana, ó sea Santa María la Mayor, tuvo la bondad de invitarnos á todos los peregrinos á visitar esta magnífica iglesia, y se sirvió darnos cita para el día siguiente al de la audiencia, á las diez de la mañana.

Casi todos los romeros acudieron á la cita.

Santa María la Mayor está situada en la cumbre del Monte Esquilino, que se llamaba *Cispius*, cerca del templo de *Juno Lucina*. Por supuesto que lo que fué una eminencia, hoy es un terreno casi horizontal, y no se apercibe el viajero de la subida, hasta que colocado en la puerta de la iglesia advierte su posición algo dominante sobre una parte del caserío.

Antigua es y venerable además por su origen, esta célebre Basílica; remóntase su primera edificación al año 352,

TOMO II-1

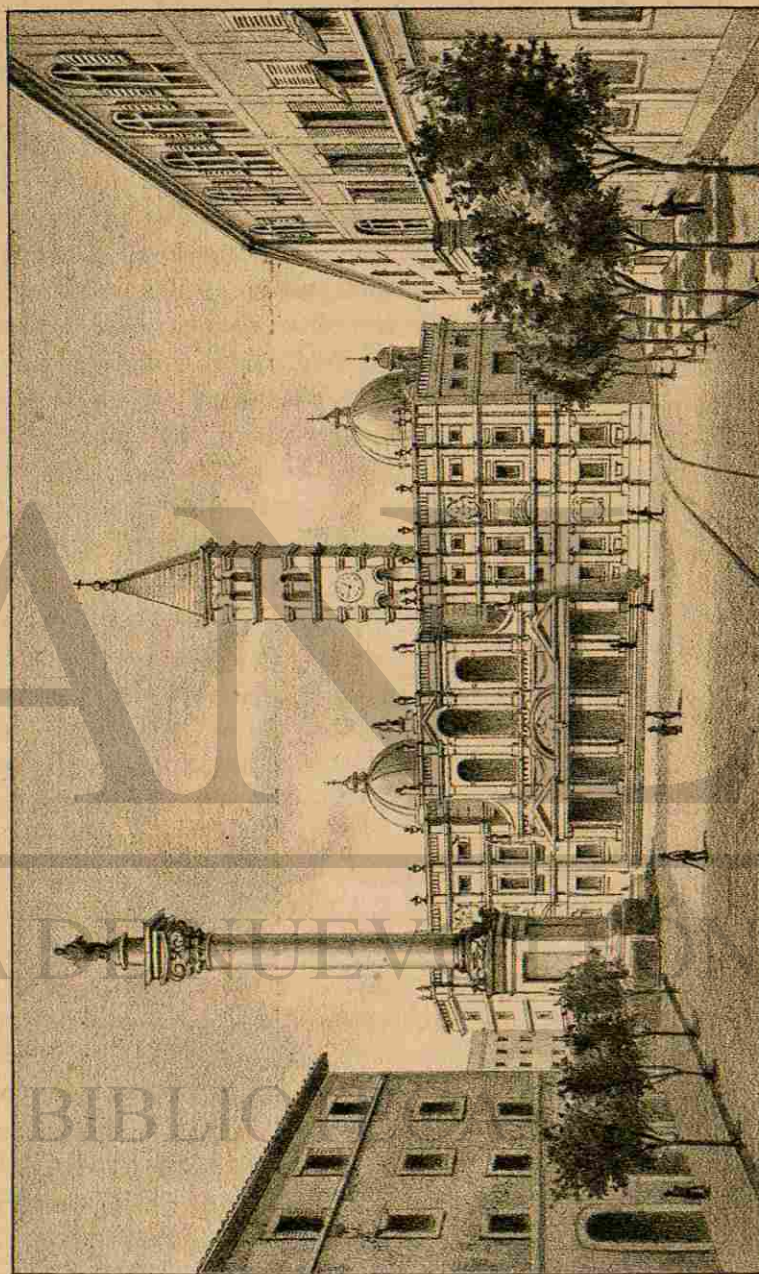
006584

bajo el pontificado del Papa San Liberio. Este santo Pontífice y un rico patricio llamado Juan, tuvieron en la misma noche un sueño que fué confirmado al otro día con una abundante nevada que cayó el 5 de Agosto, prodigio que dió lugar á la fiesta que en este templo se celebra en el aniversario del día en que sucedió. La nieve cubrió exactamente el espacio que debía ocupar la iglesia, que por esto se llamó de Santa María de las Nieves, cambiándosele después el nombre en el de Santa María la Mayor, por ser la principal de las iglesias de Roma, consagradas al culto de la Virgen.

En 432 el Papa San Sixto III ensanchó el templo, dándole la forma que hoy tiene; Gregorio XI hizo edificar el campanario, que es el más elevado de la ciudad, y Paulo V mandó construir los dos edificios laterales para el uso del Cabildo. Otros muchos Papas restauraron y enriquecieron la Basílica, distinguiéndose entre todos Benedicto XIV, que la revistió de mármoles y de estucos, y reconstruyó la fachada tal como ahora se encuentra. Comenzaremos por describir esta parte de la iglesia.

Su conjunto ofrece á la vista dos órdenes de columnas jónicas unas, y corintias las otras, formando dos pórticos adornados con estatuas de travertino. En el pórtico superior se conserva en la pared del fondo el mosaico que decoraba la antigua fachada, curiosísima obra que representa algunos episodios relativos á la fundación de la antigua Basílica, al Salvador, algunos Apóstoles y los símbolos de los Evangelistas. El pórtico inferior está decorado con ocho columnas de granito, y con pilastras de mármol blanco. Adornan además este pórtico, una estatua de Bronce de Felipe IV de España, bienhechor de la Basílica, y cuatro hermosos bajos-relieves.

El interior de la iglesia es majestuoso y elegante; compónese de tres naves divididas por treinta y seis columnas de mármol blanco, que se cree fueron sacadas de las ruinas del templo de Juno; tiene además otras cuatro de granito, que sostienen dos grandes arcos laterales y uno de la nave principal. A la entrada se ven dos tumbas; á la derecha la de



LIT. C. MCNTAUROL. MÉXICO. ®

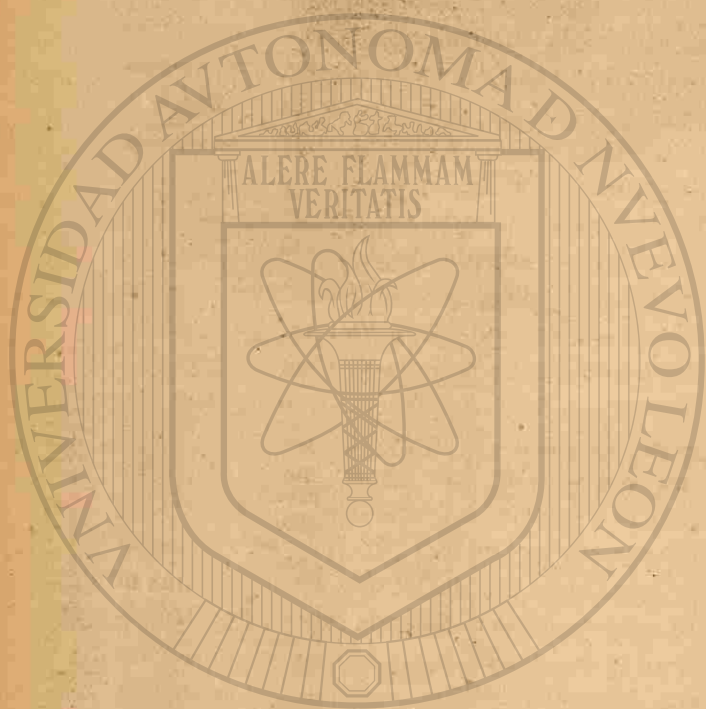
STA. MARIA LA MAYOR.

Clemente IX y á la izquierda la de Nicolás IV; la primera fué mandada construir por Clemente X, y la segunda por el cardenal Peretti, que fué más tarde Sixto V: ambos mausoleos están adornados con bellas estatuas.

El altar mayor, de una elegancia sorprendente, está formado por una grande urna de pórfido cubierta con una tabla de mármol sostenida por cuatro ángeles de bronce dorado, y se halla debajo de un magnífico y rico baldaquino que descansa en cuatro columnas corintias de pórfido circundadas de palmas de bronce, con bases y capiteles del mismo metal: en la parte superior, en cada uno de los ángulos, hay cuatro ángeles de mármol. Debajo de este altar había una capilla subterránea á la cual se descendía por una escalera incómoda y estrecha. El Soberano Pontífice Pío IX, habiendo visto el abandono en que se hallaba de tiempo atrás esta capilla, ordenó que fuese reconstruida y decorada con esmero, y dispuso que se le hiciera una elegantísima escalera: todo fué ejecutado con suntuosidad y buen gusto, á expensas del venerable Papa, quien mandó colocar allí una de las más insignes reliquias de la Cristiandad, la tabla del pesebre que sirvió de cuna al Salvador del mundo, y además el cuerpo de San Matías Apóstol y de otros tres Santos Mártires. Delante del altar que guarda la preciosa reliquia, está representado de rodillas el Pontífice, en una estatua colosal de mármol.

La reliquia se halla encerrada en una elegante urna de plata con adornos dorados. El bondadoso monseñor Colognesi, obtuvo el permiso de que nos fuese mostrada y bajamos en su compañía á visitarla, habiéndonos permitido besar el vidrio que la resguarda. La tabla es de una madera de color oscuro; tendrá un metro de largo por treinta centímetros de ancho y unos ocho de espesor.

Sublime fué y en extremo conmovedor el acto de nuestra visita, y en verdad que nos dejó recuerdos indelebles. Como la capilla es pequeña, fueron bajando los peregrinos en grupos de doce á quince personas. Nosotros quisimos ser de los últimos para poder detenernos mayor tiempo. Sentímonos



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

trasladados á la gruta de Belén, que visitamos en espíritu, y entregados á meditaciones religiosas permanecemos un buen rato arrodillados cerca de la estatua del gran Pío IX. Parecíanos que el Santo Pontífice nos acompañaba; creíamos estar orando con él; nos lo representamos en los momentos en que colocada la reliquia, el Siervo de Dios la veneraba arrodillado en la actitud en que lo retrató el artista; y elevando nuestra alma al Cielo, hicimos fervorosas deprecaciones al Altísimo.

Saliendo de la capilla, nos dirigimos al fondo de la Basílica, adornado con una magnífica tribuna, en cuyo centro se admira el gran cuadro del Nacimiento, obra de Francisco Mancini, y á los lados se ostentan en las paredes cuatro bajo-relieves en mármol, que pertenecen á la época del primer renacimiento de las artes, y formaban parte de la decoración del tabernáculo del antiguo altar mayor.

En la grande arcada del templo se ven exquisitos mosaicos del siglo V, que representan diversos pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento. Mucho nos llamaron la atención, así como los dorados de las paredes en que se empleó el primer oro de América que fué ofrecido por los Reyes católicos al Papa Alejandro VI.

Fuimos conducidos en seguida á la majestuosa capilla del Santísimo Sacramento, que se halla en el brazo derecho del crucero. Verdadera maravilla del arte esta capilla, fué edificada por orden de Sixto V, bajo los planos de Domingo Fontana, en la forma de una cruz griega con una grandiosa cúpula. Está decorada con bellas pilastras corintias, revestida de preciosos mármoles y adornada con magníficas pinturas.

En el centro de la capilla se ve el altar del Sacramento, superado de un soberbio tabernáculo que sostienen cuatro ángeles de bronce. Es un bello monumento, digno del genio del gran Pontífice que lo mandó erigir, y honra del célebre artista que dirigió su ejecución.

A la derecha está la magnífica tumba del mismo Papa Sixto V, construida bajo la dirección del propio Fontana.

enriquecida con cuatro grandes columnas de verde antiguo. En el centro del mausoleo se destaca la figura del Pontífice en una admirable estatua esculpida por Valsoldo, quien esculpió también los dos bajo-relieves de los lados, que representan la caridad y la justicia.

A la izquierda y en frente de este monumento está otro de grande veneración para los católicos, la tumba de San Pío V, cuyo cuerpo se conserva en una elegante y riquísima urna de verde antiguo con bellos adornos de bronce dorado. Sobre el pedestal que forma la urna se eleva la estatua del Santo, completando la ornamentación del monumento magníficos bajo-relieves de autores tan afamados como Cordieri y otros.

Fuimos favorecidos con el privilegio de que se nos descubriese el cuerpo del Santo. Está acostado en posición horizontal, vestido de ricas telas: la cabeza manifiesta un perfecto estado de conservación; aunque ennegrecida la epidermis no se nota alteración en las facciones, y la barba y la cabellera están muy bien conservadas. Gran respeto y veneración inspira la presencia del cadáver de aquel bienaventurado Pontífice, honra de la Iglesia de Dios, que supo gobernar con tan especial acierto.

En el otro brazo del crucero se halla la magnífica y sorprendente capilla *Borghèse*, dedicada á la Santísima Virgen. Fué erigida en 1611 por orden de Paulo V de la familia *Borghèse*, bajo la dirección de Flaminio Poncio, en forma de cruz griega con su correspondiente cúpula. Hállase revestida enteramente de escogidos mármoles y decorada con soberbias pinturas. En las arcadas laterales admíranse dos majestuosas tumbas enriquecidas con estatuas y bajo-relieves y con cuatro hermosas columnas de verde antiguo; la de la derecha fué erigida á la memoria de Clemente VIII, la de la izquierda es de Paulo V. Las pinturas que embellecen los espacios de las paredes que no tienen otra ornamentación en estas dos arcadas, son del célebre Guido Reni, lo que basta para decir que son admirables por el pensamiento y por la ejecución.

Pero lo que más sorprende en la capilla es el altar mayor, en donde se venera una imagen de la Virgen pintada por San Lucas, que según nos informó el Sr. Colognesi es de todas las obras que se atribuyen al Santo Evangelista la que está acompañada de tan respetables tradiciones y revestida de tales caracteres, que no puede ponerse en duda su autenticidad. Y en verdad que si de ella debemos juzgar por la riqueza de la ornamentación del altar que de siglos atrás le está consagrado, no puede racionalmente dudarse de la legítima procedencia de la pintura.

Decorado se ve el altar con cuatro bellas columnas de jaspé oriental acanaladas, con adornos de bronce dorado, que descansan sobre un zócalo revestido de ágata y sostienen un frontón elegantísimo cubierto también de ágata adornado con un bajo-relieve de bronce que representa al Papa San Liberio trazando sobre la nieve el plano de la iglesia. En medio de un fondo de lapizlázuli se halla el cuadro de la Virgen cercado de piedras preciosas y sostenido por cinco ángeles de bronce. El cuadro es pequeño, su tamaño no pasará de una vara de largo por media de ancho. Está cubierto constantemente; pero se nos hizo el favor de descubrirlo, habiendo antes encendido un sacristán seis velas de cera. Aun cuando se nos permitió acercarnos todo lo más que es posible, no pudimos ver sino los contornos; el grueso cristal que tiene delante no deja ver libremente la pintura. Se observa que la imagen cubre su cabeza con un velo y tiene en los brazos al Niño Jesús. Magníficas son las dos estatuas que se ven á los lados del cuadro, una que representa á san Juan Evangelista y la otra á San José. Las pinturas que adornan la pared del fondo son del famoso caballero de Arpino, y los hermosos frescos de la bóveda de Baglioni.

Junto á esta capilla á la derecha está otra que se llama *Sforza*, edificada al estilo de Miguel Ángel, y sirve de coro á los canónigos. Tiene de notable un magnífico cuadro de la Asunción, otro del martirio de Santa Catarina pintados por Sermoneta, dos de los santos apóstoles Pedro y Pablo, originales de Novara, y las tumbas de los cardenales Pablo y

Federico Cesi, que fueron ejecutadas, así como las estatuas de bronce que las decoran, por el celebrado Guillermo de la Porta.

En la otra nave lateral está la capilla llamada Patrizi, que tiene este nombre por estar allí representado en una buena pintura el sueño del patricio Juan. A la derecha de esta capilla se entra en la sacristía, digna de ser visitada, principalmente por el suntuoso bautisterio que se halla contiguo. León XII hizo construir la fuente bautismal, sirviéndose al efecto de una hermosa taza de pórfido que se hallaba en el Museo Vaticano. Adornan la fuente tres estatuas de bronce dorado, una de San Juan Bautista y dos ángeles. En el altar que se ve en el fondo hay un espléndido bajo-relieve, la Asunción de la Santísima Virgen, obra del Bernini. El bautisterio está separado del vestíbulo de entrada por dos bellas columnas de granito oriental; las bóvedas fueron decoradas con muy buenos frescos de notables artistas.

Con la de la sacristía terminábamos nuestra visita á Santa María la Mayor, saliendo por la puerta que está á un lado de la tribuna. El amable Monseñor Colognesi, nos invitó á visitar otra iglesia célebre, la de Santa Praxedis, que dista poco de la Basílica. Al salir nos encontramos en una gran plaza adornada con un obelisco egipcio de catorce metros de altura, sin comprender el pedestal, que tiene cerca de siete. Se asegura que este monumento fué trasladado á Roma por el emperador Claudio, juntamente con el que se halla en la plaza de *Monte Cavallo* frente al Quirinal. El Papa Sixto V lo hizo colocar en el sitio en que se encuentra, habiendo confiado la ejecución al renombrado Fontana.

Acabando de recorrer una calle que desemboca en la plaza, tomando á la derecha llegamos á la iglesia de Santa Praxedis. Pío I hizo erigir este templo en el año 160, dándole la forma de oratorio, en el mismo sitio en que se hallaban las termas de Novato hermano de Praxedis. Pascual I lo convirtió en iglesia en 822 y más tarde fué restaurada con poco gusto á expensas de San Carlos Borromeo.

En esta iglesia fué atacado Gelasio II por los Frajapanes

ó *fragipani*, en el año 1118. Sabido es que electo este Pontífice legítimamente, Enrique V de Alemania, excomulgado por su antecesor Pascual II, fué á Roma con el objeto de hacer elegir un Papa que le alzara la excomunión. Llegó tarde, pues había sido electo Gelasio, quien sin embargo se vió obligado á salir de Roma. Entonces el emperador hizo nombrar al anti-papa conocido en la historia con el nombre de Gregorio Burdino. Una vez dejando Enrique á su favorecido instalado en la Silla de Roma, se retiró á su nación, encomendando la defensa del anti-papa á los Frajapanes, una familia poderosa que no quiso en un principio reconocer la elección de Gelasio y le había hostilizado sacrílegamente. Sabe el Papa que Enrique se hallaba fuera de Roma, volvió secretamente á la ciudad y permaneció retraído algunas semanas, hasta que un día á instancia de sus adictos salió públicamente para ir á celebrar la Misa en Santa Praxedis. Los Frajapanes le acometieron con furia en la misma iglesia, y el Papa se pudo sustraer emprendiendo la fuga á caballo. Aunque sus partidarios trataron de persuadirlo á que volviese á la ciudad, él resolvió trasladarse á Francia, en donde murió algunos meses después. Tales son los hechos históricos que se recuerdan al visitar el templo de Santa Praxedis.

Sus tres naves se hallan divididas por diez y seis columnas de granito; el altar mayor está aislado debajo de un tabernáculo ó baldaquino recibido sobre cuatro columnas de pórfido; la tribuna que se ve en el fondo está decorada con antiguos mosaicos. Súbese á la tribuna por una magnífica escalera de dos rampas, cuyos peldaños son de un exquisito mármol que se llama rojo antiguo y son muy estimados por el gran tamaño de los *blocs*. Napoleón I había ordenado sacarlos de allí para conducirlos á París y hacer con ellos la base de su trono; la caída del emperador evitó la ejecución de semejante proyecto.

Lo más notable de la iglesia es la capilla nombrada *Colonna*, decorada con antiquísimos mosaicos, en la cual se venera una pequeña columna que la tradición cristiana asegura

ser la misma á la cual fué atado Nuestro Señor Jesucristo cuando recibió el martirio de la flagelación. Fué trasladada de Jerusalem á Roma en 1223 por el Cardenal Juan Colonna.

Descubierta la sagrada reliquia, entramos todos los peregrinos á venerarla. Nos fué permitido verla de cerca, y observamos que no es verdaderamente una columna sino un poste como de una vara de altura, más ancho de la base. La piedra es de color negruzco y parece compacta y dura.

En la extremidad de una de las naves laterales se halla incrustada en la pared una lápida de mármol, que tiene esta inscripción: "Sobre esta piedra dormía Santa Praxedis."

En el centro de la nave principal se ve un pozo que la tradición afirma haber sido el en que Santa Praxedis recogía la sangre de los mártires. A ser cierta dicha tradición es este un lugar muy venerable.

Terminada la visita religiosa de la iglesia, y cuando se habían retirado ya los compañeros, dirigímonos á la sacristía y solicitamos permiso para ver el gran cuadro de Julio Romano que conocíamos de mucho tiempo atrás en algún buen grabado que poseemos. Representa el acto de la flagelación del Salvador. Largo rato permanecemos extasiados contemplando esta magnífica pintura del aprovechado discípulo de Rafael, acaso inspirada por el genio del maestro, ó tal vez ejecutada bajo su dibujo, como alguna otra muy notable de que daremos noticia al lector cuando nos acompañe á visitar las galerías del Vaticano.

Toda la mañana del día 15 de Mayo la empleamos en la visita de las dos iglesias expresadas, que sin embargo no podemos asegurar que vimos despacio, porque no nos detuvimos en examinar sino lo más venerable de las reliquias y lo más prominente de los objetos de arte que en abundancia contienen. Quedamos citados para reunirnos todos los romeros al otro día en *San Nicola in Carcere*. Iba á celebrarse la solemne función anunciada en el programa de la Romería á nuestra Patrona Santa María de Guadalupe. Será materia de un capítulo aparte la relación de dicha fiesta.



CAPÍTULO SEGUNDO.

San Nicolás *in Carcere*.—Descripción de la iglesia.—La capilla de la Virgen de Guadalupe.—La Misa.—El sermón del Señor Abarca.—Nuestra oración en la Capilla.—Citas para el día siguiente.

SAN Nicolás *in Carcere*, es una de las muy antiguas iglesias de Roma. Edificada en el siglo IX fué reparada muchas veces, especialmente en los últimos tiempos, y como en nuestros días llegó á verse en estado de ruina, el Soberano Pontífice Pío IX la hizo restaurar á sus expensas en 1865. La dirección de los trabajos fué encomendada al arquitecto Gaspar Servi, quien renovó enteramente la decoración interior, comprendiendo la techumbre y el pavimento: embelleció las paredes con hermosas pinturas al fresco y construyó de nuevo el tabernáculo y el altar mayor, la fuente bautismal, la capilla de la Virgen de Guadalupe y un balcón para los cantores.

El interior de la iglesia, que es de medianas proporciones, está dividido en tres naves por catorce columnas de diferentes mármoles y de distintos órdenes. La nave del centro, decorada con profusión de estucos y dorados, fué embellecida por Guido Guidí con diez hermosos frescos de asuntos tomados de la vida de San Nicolás. El techo de esta nave es un bello artesón de madera con ricas y elegantes decoraciones. En medio de la plataforma del presbiterio, se levanta aislado el altar mayor, que lo forman cuatro ángeles de bronce dorado sosteniendo una gran tabla de mármol debajo de la cual está colocada una preciosa urna antigua de pórfido verde. Cuatro soberbias columnas de alabastro oriental con las bases

y capiteles de mármol de Carrara, están recibiendo el rico baldaquino que sirve de tabernáculo. Abajo del altar mayor hay una pequeña capilla subterránea, que encierra los sagrados restos de los santos mártires Severino y Floro: se baja por una doble escalera de mármol, adornada con un elegante balaustrado también de preciosos mármoles. Los frescos que cubren el ábside debajo del cual está el baldaquino, representan á Jesucristo glorificado en el Cielo por la Iglesia triunfante y en la tierra por la militante simbolizada místicamente en la parte superior é históricamente en la inferior por la representación del Concilio de Nicea, en el cual intervino San Nicolás para anatematizar á Arrio.

En la nave lateral de la izquierda se halla la capilla nombrada de la Purísima Concepción, que sirve para la reserva de la Eucaristía y en cuyo altar se venera una imagen de nuestra Virgen Guadalupana. Arriba del sagrario y en el centro de un elegante retablo sobre una ráfaga de oro se destaca el cuadro como de una vara de largo por media de ancho en el cual se halla la Santa Efigie. La Capilla está decorada de blanco y oro al estilo moderno.

A las nueve de la mañana más de doscientos mexicanos se hallaban reunidos en San Nicolás, para asistir á la función religiosa de la Peregrinación. Algunos habían ido mucho más temprano y en las misas rezadas que celebraron varios de nuestros sacerdotes recibieron la Comunión.

Poco después de las nueve nuestro presidente de la Romería, el Ilmo. Sr. Portillo, se presentó en el altar mayor, revestido con ricos ornamentos, acompañado del Sr. Provisor de la Diócesis de León y de varios sacerdotes del Colegio Pío Latino Americano. La Misa fué solemnizada con un coro magnífico de voces, entre las cuales nos llamaron la atención los tenores, que parecían sopranos femeniles, y los bajos. Cerca de hora y media duró la Misa y terminada ésta, los padres rectores de la iglesia invitaron á los celebrantes y á los peregrinos á un espléndido desayuno y *lunch* en la habitación anexa á la sacristía. En seguida volvimos todos á la iglesia para asistir al sermón que había de predicar y pre-



SR. CANÓNIGO DR. D. AGUSTIN ABARCA
MIEMBRO DE LA PEREGRINACIÓN

dicó el Sr. Canónigo D. Agustín Abarca. Grandemente hizo conmover con su discurso el orador al auditorio mexicano, y no le oyeron con indiferencia los muchos italianos que asistieron á la función.

A punto estábamos de no poder dar á conocer á nuestros lectores esta bellísima pieza oratoria, porque no pudimos conseguir de nuestro respetable amigo que la escribiese, y aun cuando reuniendo nuestros recuerdos habíamos formado algunos apuntamientos, desconfiábamos de nuestra memoria, y casi estábamos resueltos á dejar este vacío en la historia, cuando el ilustrado Sr. Lic. D. Silvestre Moreno Cora, tuvo la bondad de proporcionarnos los apuntes que él había tomado, y que en verdad no distan del original en la esencia y difieren poquísimos en la expresión. Tenemos, pues, el gusto de insertarlos aquí, no sin reiterar al autor la manifestación de nuestro agradecimiento. Dicen así:

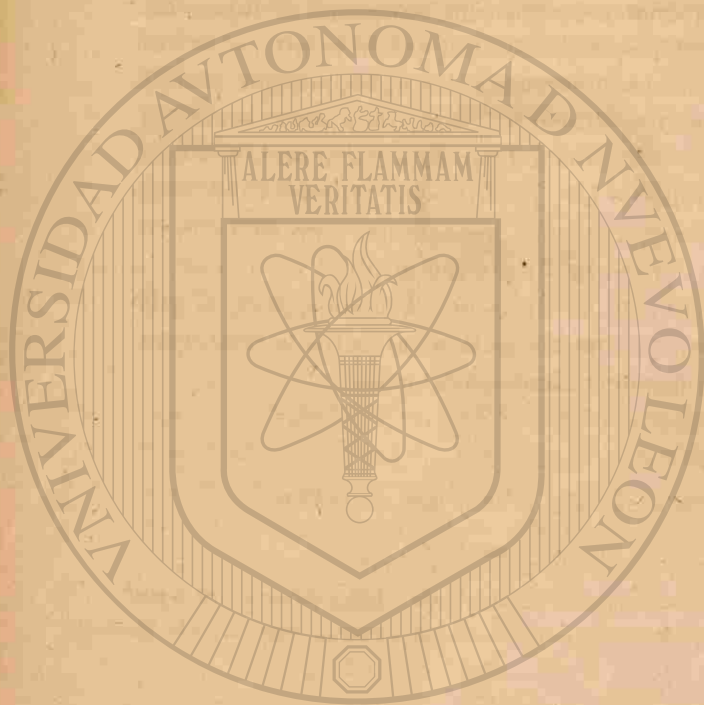
APUNTES ACERCA DEL SERMÓN DEL SR. ABARCA.

“El texto fué sustancialmente el siguiente: *Iré y presenciaré aquel grande espectáculo*; pero no recuerdo si estas fueron exactamente las palabras.

“En seguida dijo, poco más ó menos:

“Hay ocasiones, hermanos míos, en que el orador cristiano encuentra dificultad en exponer á sus oyentes la enseñanza sagrada ó conmover sus corazones, no porque deje de encontrar materia abundante en las doctrinas de la Iglesia, propia para avivar su fe ó encender su caridad, sino porque la flaqueza de nuestra inteligencia y la sequedad de nuestros corazones, no nos permite en todas ocasiones sacar todo el provecho que debiéramos de la meditación de las verdades divinas.

“Pero hay veces en que sucede todo lo contrario. La abundancia de la materia y la feliz disposición en que se encuentra el auditorio, hacen que se despierten en la mente del orador tantas y tan elevadas ideas, y que conmuevan su alma tantos y tan dulces afectos, que necesita un esfuerzo extraordinario para poner en concierto sus ideas y acallar los latidos de su corazón profundamente conmovido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

"En esta situación me encuentro yo en estos momentos. Cuando recuerdo que hace apenas unos cuantos días que, dejando nuestra patria y nuestras familias, poniendo una tregua á nuestros trabajos ordinarios, abandonando tal vez nuestros intereses y diciendo un doloroso adiós á personas que nos son queridas, nos hemos expuesto á los peligros de una navegación larga y penosa, encuentro en todas estas circunstancias motivos para investigar el móvil que nos ha impulsado á emprender este largo viaje, al mismo tiempo grato y doloroso para nosotros. Mas cuando reflexiono en las circunstancias que precedieron á su realización y en las que lo han acompañado; cuando recuerdo, que después de haber atravesado una vasta extensión de la América del Norte, hemos navegado por espacio de muchos días á través del Océano y del Mediterráneo; si bien por la bondad divina, siempre con tiempo bonancible, sin podernos olvidar por eso de que á nuestros pies teníamos el mar como un león dormido dispuesto siempre á devorarnos, si la Providencia Divina se lo hubiese permitido; y cuando veo, por último, el gozo y regocijo que revelan vuestros semblantes, me veo tentado á felicitaros por el logro de vuestros ardientes deseos, encontrándome perplejo y turbado, sin saber á cuáles de estas consideraciones ó á cuál de estos diversos sentimientos debo dar la preferencia.

"Veo, no obstante, que es forzoso que yo ponga en concierto mis ideas y que limite á un solo punto este mi humilde discurso. Con este objeto, me he propuesto compendiar todo lo que pudiese deciros en estas dos sencillas y cristianas reflexiones:

"1ª La Peregrinación Mexicana es una obra de piedad, y bajo este concepto debemos juzgarla aceptable á los ojos de Dios Nuestro Señor.

"2ª La Peregrinación Mexicana debe ser, bajo el mismo concepto, provechosa para nuestras almas y para nuestra patria.

"Os ruego que me concedáis vuestra atención, implorando antes los auxilios de la Divina gracia, por intercesión de la siempre Virgen María.

"*Iré y presenciare aquel grande espectáculo.* Cuando se extendió por todo el orbe católico la noticia de la próxima celebración del jubileo sacerdotal de Nuestro Santísimo Padre el Sr. León XIII, un sentimiento de vivo entusiasmo se despertó en todos los corazones piadosos. Aun las naciones desgraciadamente apartadas de la obediencia del Padre común de los fieles, mostraron su regocijo y quisieron tomar parte en esta gran festividad, aprestándose á porfía á presentar al Pontífice reinante, el homenaje de su respeto y de sus simpatías.

"No era posible que México, nuestra patria, nación eminentemente católica, permaneciese extraña á este grande y significativo movimiento. Promovida por unas cuantas personas piadosas, y bajo el patrocinio del señor Obispo de Puebla, tratóse de organizar la Peregrinación de que formamos parte. Un solo deseo alentaba en todos los corazones; un solo grito salía de todos los pechos; ir á Roma, recibir inmediatamente las bendiciones del Pontífice; contemplar su angusto semblante, alumbrado por la luz divina que refleja la santidad de su misión en la tierra, y la grandeza de su divino magisterio; tal era el deseo unánime de los mexicanos. Los que creían que llegarían á ver realizado este deseo, se consideraban felices; los que encontraban dificultades insuperables para conseguirlo, querían al menos verse representados en esta Peregrinación, por medio de sus parientes ó de sus amigos. Todos estaban dispuestos á acompañarnos con sus votos, y con sus oraciones.

"Vencidos, pues, los grandísimos obstáculos que se encontraron para llevar á cabo un pensamiento que muchos creían irrealizable, después de haber invocado las bendiciones del Cielo por la intercesión de María Santísima de Guadalupe, en su venerando Santuario del Tepeyac, vemos hoy realizados nuestros deseos.

"Hemos tenido la dicha singular de besar esta tierra empapada con la sangre de tantos mártires; hemos visitado tantos santuarios venerables, enriquecidos con los tesoros de la Iglesia; y hemos, en fin, contemplado cara á cara al Soberano Pontífice, representante de Dios en la tierra; y todavía más, hemos oído sus dulces y tiernas palabras; y arrodillados á sus pies, hemos recibido su paternal bendición.

"Nuestros votos han sido cumplidos; pero necesitamos detenernos un momento á reflexionar en las gracias singulares que hemos alcanzado; debemos explicarnos el motivo de nuestro anhelo, lo que ha producido las gratas emociones que hemos experimentado.

"Es, hermanos míos, que siendo católicos, vemos en la historia del Pontificado la historia misma de la Iglesia; y en la historia de la Iglesia, la demostración de la divinidad de la Religión que felizmente profesamos.

"La vida de la Iglesia no es otra cosa sino la reproducción de la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Porque, en efecto, nace nuestro divino Salvador en un rincón de la Judea, desconocido é ignorado de los hombres, en la mayor pobreza, en un pesebre de Belén; y nace la Iglesia Católica, obra suya, en la oscuridad de las catacumbas, despreciada por los sabios y los poderosos del mundo. Apenas nacido el Redentor, es objeto de la persecución del cruel Herodes, quien derrama la primera sangre inocente haciendo que sean degollados todos los niños que habían nacido.

por aquellos días; y la Iglesia, á su vez, se ve perseguida apenas es conocida, por la crueldad sin límites de los emperadores romanos, derramándose la sangre de los primeros cristianos con tanta abundancia, que puede decirse sin exageración que trataron aquellos tiranos de ahogar en sangre inocente y generosa la fe naciente. Nuestro Señor Jesucristo comienza su vida pública predicando á las turbas, enseñándoles la verdad, mostrándoles el camino del cielo, y encuentra en muchos la indiferencia, en otros el desprecio y en pocos la docilidad á sus consejos, mereciendo también el odio implacable de los mismos por cuya salvación se sacrifica. Y así la Iglesia, pasada la era que se llama de los mártires, da principio á su enseñanza pública por medio de las doctrinas de los Padres, de las decisiones de sus Concilios y las declaraciones de sus Pontífices; sucediendo también que unos la escuchan con fe, otros desgarran su seno por causa de las herejías, y no pocas veces se ve víctima de las persecuciones y del odio de los hombres, á quienes quiere salvar por medio de su fe inquebrantable y sus enseñanzas divinas.

«Muere, en fin, Nuestro Señor Jesucristo, enclavado en una Cruz, becado y escarnecido por los judíos, víctima del odio implacable del pueblo judío; pero resucita triunfante á los tres días dando muestras patentes de su divinidad. Y de la misma manera, la Iglesia Católica vése sacrificada frecuentemente por sus perseguidores; cantan estos mil veces el himno de su triunfo; pero la Iglesia aparece siempre dotada de vida y llena de serena majestad para demostrar la verdad de las doctrinas divinas que le aseguran una existencia que se prolongará hasta la consumación de los siglos.

«De esta manera, hermanos míos, la Iglesia nuestra madre, y el Sumo Pontífice, que es la Cabeza visible de ella, han atravesado el curso de los siglos viviendo siempre una vida de luchas y combates, pero triunfando siempre de todos sus enemigos, sacando nuevas fuerzas de las mismas persecuciones, y encontrando motivos de triunfo, donde sólo parecía que podrían encontrarse ocasiones de derrota. Porque no hay que olvidar que ha habido épocas luctuosas para la Iglesia, en que todo parecía haberse conjurado contra ella. Las herejías desgarraban en los primeros siglos su seno maternal; los poderes civiles, bajo el pretexto de protegerla, quisieron más de una vez convertirla en esclava suya; y sus enemigos, en tiempos no muy lejanos del presente, llegaron hasta predecir su próxima ruina, celebrando anticipadamente, si es posible expresarse así, sus próximos funerales.

«Y sin embargo, hermanos míos, la Iglesia vive, y vivirá eternamente

para la salvación de los hombres; y esta vida que hoy tiene, merece bien que nos detengamos un momento á contemplarla.

«Porque en efecto, la situación de los tiempos presentes ofrece caracteres tan particulares, que sería necesario cerrar los ojos voluntariamente para no ver lo que hay en ellos de excepcional y extraordinario. La guerra que hoy se hace al Pontificado, y por lo mismo á la Santa Iglesia Católica, ha tomado nuevas formas; pero de esta guerra saldrá triunfante la Iglesia, como salió de todos los combates pasados.

«Hubo un tiempo en que á pesar de las invasiones del poder civil, la Iglesia poseía una autoridad incontestable que constituía al Sumo Pontífice en árbitro supremo y regulador de las relaciones entre los soberanos y los súbditos, ejerciendo este poder siempre en favor de la justicia y en bien de la humanidad. Las armas espirituales de que la Iglesia se valía, servían para contener todas las invasiones; y mantenían á los súbditos en los límites de una justa obediencia, y á los Soberanos en los de una autoridad responsable. El Sumo Pontífice era entonces el primero entre los Soberanos de la tierra.

«En el mismo tiempo, y á pesar de las rebeliones parciales, la voz del Pontífice se escuchaba por todas partes con respeto, haciendo callar todas las discusiones. *Roma locuta est*, se decía en las Universidades, y aquellas ruidosas y prolongadas controversias en que tomaban parte los hombres más sabios de todas las naciones, terminaban en un momento. Nadie se atrevía á negar el derecho que los Pontífices ejercían como maestros de la verdad.

«También entonces sucedía que los Pontífices Romanos, soberanos también en el orden temporal, tenían á su disposición grandes riquezas que les servían para socorrer ampliamente las necesidades de los hombres, estimular los adelantos de las ciencias y las letras, y servirse de las bellas artes para el esplendor del culto y honra de la religión. Los mil establecimientos benéficos, los seminarios y colegios esparcidos por todo el mundo, y los grandiosos y sublimes monumentos que nosotros mismos estamos contemplando, atestiguan esta verdad.

«Pues bien, hermanos míos, en la última forma que ha tomado el espíritu de rebelión contra la Iglesia Católica, ha querido despojar al Pontífice de estos tres grandes atributos que realizaban su dignidad y lo hacían aparecer lleno de majestad á los ojos de sus mismos enemigos.

«No se ha querido que el Pontífice sea Rey de Roma; tampoco se le quiere reconocer como Maestro de la Verdad entre los hombres, y se ha intentado arrebatarle las riquezas que tan bien había empleado en favor de la verdadera civilización. Este ha sido el último ataque que ha sufrido

la Iglesia y el Pontificado. Esta ha sido la dolorosa agonía por la cual ha pasado en nuestros tiempos; ésta ha sido, ó será, en concepto de sus adversarios, su muerte dolorosa y sangrienta, como fué sangrienta y dolorosa la muerte de nuestro Divino Salvador, fundador de la misma Iglesia.

«Pero no hay que temer; porque la Iglesia es inmortal como su Divino fundador.

«En nuestros tiempos el Pontífice actual ha dejado de ser el Rey de Roma; pero es más Rey que nunca, porque manda en el corazón de muchos millones de católicos que acuden de las comarcas más lejanas de la tierra á presentarle los homenajes de su respeto y de su amor: muchos le niegan el derecho de enseñar á los hombres; pero es mucho mayor el número de los que, sumisos á su voz, acuden á él para resolver sus dudas, calmar sus inquietudes, recibir sus enseñanzas y acatar como un oráculo divino sus decisiones dogmáticas.

«Se halla, por último, reducido á la pobreza, y sin embargo es más rico que nunca, porque—vosotros mismos lo habéis visto—los soberanos más poderosos del mundo prodígale los más ricos dones; los pueblos más remotos le muestran su amor, enviándole riquísimos obsequios, y hasta los más pobres y desgraciados han contribuido con su pequeño óbolo á celebrar la gran festividad del Jubileo Pontifical de nuestro actual Pontífice, enviándole sus humildes presentes.

«Ya veis, hermanos míos, cómo la Iglesia Católica y el Pontificado Romano íntimamente unido á ella, están dando diariamente pruebas de su inmortalidad, á semejanza de su Divino fundador, cuya santa vida, comenzada en un pesebre, continuada en medio del olvido, el abandono y las persecuciones de los hombres, pero siempre abundante en frutos de sublime caridad, reproduce la misma Iglesia en el camino que lleva recorrido en el largo espacio de diez y nueve siglos.

«La adhesión, pues, al Pontificado Romano, es nada menos que la adhesión á la Iglesia Católica; es una prueba de que la fe vive en nuestros corazones, y que creemos en la divinidad de su origen, en la eficacia de sus obras y en la santidad de sus doctrinas.

«He aquí por qué motivo en el gran Jubileo Sacerdotal de N. S. P. el Sr. León XIII, todos los católicos se han apresurado á presentarle sus votos y sus homenajes, dando el mundo entero el espectáculo grandioso de cuánto vale esa autoridad sagrada que algunos afectan despreciar, pero cuya influencia se hace sentir en toda la extensión de la tierra. Hoy que vemos por todas partes la autoridad desconocida, hoy que el poder de los gobiernos se mide por el número de sus soldados y la mag-

nitud de sus ejércitos, y hoy, por último, que parece que sólo se respeta el éxito y que la fuerza se sustituye al derecho, es un espectáculo grandioso el que presenta una autoridad, la única en el mundo que sólo se hace sentir por el tamaño de sus beneficios, que no cuenta en su apoyo ni con la fuerza ni con las riquezas, y ante la cual, sin embargo, doblan la rodilla los más poderosos de la tierra, piden consejo y apoyo los gobiernos que se creen más sólidamente establecidos, y delante de quien se humillan las más altas dignidades.

«Tal es la autoridad del Pontífice, y por eso, hermanos míos, asociarse, como nosotros nos hemos asociado, á estas demostraciones de respeto, de amor y de filial ternura, es efectuar una obra de religión y de piedad, y como tal acepta á los ojos de Dios Nuestro Señor.

«Y siendo esta la verdad, como vosotros lo comprendéis muy bien, ¿cuáles son los frutos que de ella debemos sacar para la santificación de nuestras almas y el bien de nuestra patria?

«Ah, hermanos míos, ¡cuán grande ha sido nuestra felicidad! ¡qué provecho tan grande podemos sacar de esta peregrinación dichosa! ¡cuán abundantemente hemos visto compensados nuestros trabajos y las incomodidades de nuestro viaje! ¡Y qué ricos beneficios debe ésta hacer caer sobre nuestra patria!

«Tan sólo con conservar vivo el recuerdo de lo que hemos visto, del espectáculo que hemos presenciado, tendremos bastante para santificarnos, por la práctica de todas las virtudes y hacer que el cielo derrame sobre nosotros todas sus bendiciones.

«Porque, en efecto, hermanos míos, nos ha sido dado recorrer estos lugares sagrados, humedecidos con las lágrimas de tantos santos, empapados con la sangre de tantos mártires; hemos visitado las primeras basílicas del mundo, levantadas sobre las ruinas de los templos paganos, enriquecidas con los más ricos tesoros de la gracia; nos hemos inclinado ante el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, y hemos escuchado, por último, la palabra dulce, cariñosa y expresiva del Padre común de los fieles, arrodillándonos á sus pies para recibir sus santas bendiciones. ¿No es esto una dicha singular, que nunca podremos olvidar, por largo que fuera el curso de nuestra vida?

«No debo decir más. Yo tengo que permanecer por algún tiempo en esta ciudad—bien lo sabéis;—pero vosotros volveréis, y volveréis dentro de breves días á nuestra patria. Pues bien, id y decid á todos nuestros hermanos, á todos nuestros compatriotas, lo que habéis visto y lo que habéis oído. No sólo los sacerdotes, sino también los seglares, en vues-

tros escritos, en vuestras conversaciones familiares, podéis convertirlos en predicadores fervientes de las grandezas y las glorias del Pontificado y de la Iglesia Católica.

"Id y decid á nuestros hermanos que el Pontífice de Roma no es un soberano terrible al cual no se puede llegar sino á través de la etiqueta que rodea á los soberanos del mundo, sino que es padre amoroso y tierno que acoge á todos como hijos suyos, y les habla con dulzura, y los reclina en su regazo, y conmueve todos los corazones con la serena majestad de su semblante y la santa unción de su palabra; id y decidles que le habéis visto sereno en medio de todos los peligros, firme á pesar de la debilidad que se le supone, cariñoso, afable y hasta alegre á pesar de las amarguras en que se desborda su corazón; id y decidles que este Santo Pontífice ama y bendice á nuestra patria, encontrando singular complacencia en derramar sobre ella el tesoro de sus bendiciones; referid cómo hemos sido los mexicanos objeto de particular predilección de nuestro Santo Padre el Papa, y decidles también las impresiones que habéis experimentado cuando os habéis encontrado ante su augusta presencia.

"Id y repetidles que el Santo Padre nos ama como á hijos suyos, tanto más queridos, cuanto hemos sido más desgraciados; si queréis añadir más, decid también las maravillas que hemos visto, la grandeza y prosperidad de los países que hemos recorrido, y repetidles sin cesar que sólo pueden ser grandes los pueblos donde se ama la verdad y se practica la justicia.

"México, nuestra patria, ha sido bien desgraciada; pero las oraciones de los hijos fieles de la Iglesia, la fe que aun vive en muchos de sus hijos, pueden salvarla.

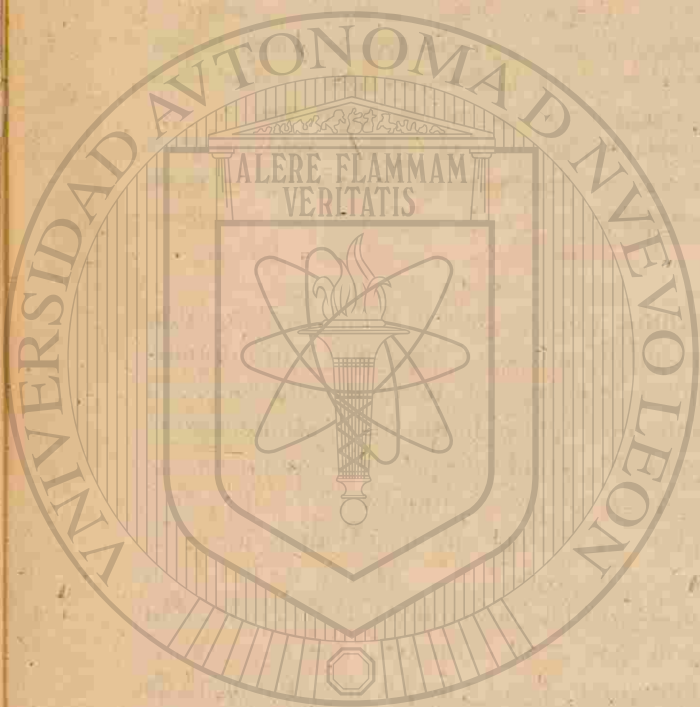
"Nosotros hemos sido acompañados en nuestro viaje por los votos, las oraciones y las súplicas de nuestras familias, de nuestros amigos y de la mayor parte de nuestros compatriotas. Dios querrá que todos participen de sus beneficios. No hemos venido solos, sino en representación de tantos otros católicos fervientes, tal vez ¡ay! más dignos que nosotros de alcanzar tan alto beneficio, y las bendiciones que hemos recibido caerán también sobre todos nuestros hermanos.

"¿Y cómo olvidarnos de que somos deudores de tan singular favor á nuestra Santísima Madre, bajo la advocación de Guadalupe, patrona de los mexicanos? Bajo su amparo y protección emprendimos nuestro viaje, yendo á presentarle nuestras humildes súplicas al santuario donde se venera su milagrosa imagen. Hoy venimos á este templo, en el cual se le tributan también particulares cultos, y podemos también contemplar su hermoso rostro en la misma actitud modesta y humilde que adoptó

cuando quiso quedarse con nosotros, á darle gracias por el favor que nos ha concedido y á implorar su gracia para volver sanos y salvos al seno de nuestra patria.

"María Santísima de Guadalupe, especial patrona y abogada nuestra, singular protectora de los peregrinos mexicanos, alcanza de tu Divino Hijo para ellos, para sus familias y para nuestra patria, el gran favor de que sepan agradecer sus beneficios; que se afirme en todos la fe y la caridad se haga sentir por frutos de buenas obras; que todos saquemos de esta nuestra peregrinación todo el provecho debido para nuestras almas; da á todos un viaje feliz de regreso y un término igualmente dichoso al penoso viaje de nuestra vida, llevándonos á cantar á la mansión celeste las glorias del Señor, así como hemos querido cantar en esta tierra las glorias de su Iglesia.—Amén."

Concluido el sermón, guiados por el Illmo. Sr. Portillo, nos dirigimos al pequeño santuario mexicano y allí oramos unos minutos delante de la Imagen de nuestra Patrona: allí desahogaron muchos en copioso llanto los sentimientos de amor y ternura que había sabido despertar el orador en sus oyentes; allí postrados á los pies de nuestra especial protectora, pedíamos todas las gracias que deseábamos alcanzar del Señor por intercesión suya..... Al salir de la iglesia el Sr. Ibarra dió cita para las Catacumbas de San Sebastián al día siguiente, y la señora de Miramón, nos reiteraba á muchos la invitación que nos había hecho para una fiesta de familia con la cual quería obsequiar en su casa á sus compatriotas al otro día.



CAPÍTULO TERCERO.

Las Catacumbas.—Reflexiones.—Su origen.—Su historia.—Idea general.—La Basílica de San Sebastián.—El Cementerio.—La peregrinación mexicana en San Sebastián.—El grupo de peregrinos de Durango.

COMO un eco sordo y fúnebre resuena en los oídos la palabra *Catacumba*. Ideas tristes y lúgubres parece despertar en el ánimo el recuerdo de generaciones enteras sepultadas en vida, morando yertas y ateridas de frío en lóbregas estancias subterráneas, para sustraerse á la persecución del fanatismo pagano insaciable todavía después de haber inmolidado millares y millares de víctimas. Cuando se remonta la imaginación á los luctuosos tiempos en que los emperadores de Roma, obedeciendo á sus sanguinarios instintos ó bien obligados á satisfacer á las exigencias de un pueblo feroz y salvaje, hacían sacrificar sin conmiseración á tantos y tantos seres humanos, para exterminar esa pléyade de héroes esclarecidos de la fe cristiana, como que se concibe la necesidad de haber cavado una ciudad subterránea y oculta en donde media población se pusiese á cubierto de las crueldades y horrores á que la sujetara la otra mitad. Si muchos, muchísimos estaban dispuestos á recibir y aun buscaban ansiosos el martirio, innumerables eran los que no se sentían con esta vocación, los que formidaban ante la idea de los tormentos, y sin embargo, no querían abjurar de una creencia en la que estaban nutridos y en la cual se confirmaban más y más con el ejemplo de los que tan heroicamente daban por ella la vida, que les era arrancada.

después de horribles sufrimientos. No se necesitaba, empero, pequeña abnegación para condenarse voluntariamente á una vida de privaciones y de sacrificios, á una existencia miserable pasada en las entrañas de la tierra, muerto para los vivos y vivo entre los muertos, sin alimentar otra esperanza de salvación que la que ofrecer pudiera una abominable apostasía, cuyos amargos frutos serían el remordimiento y la desesperación.

Cuando se detiene uno á reflexionar sobre los horrores de esa espantosa lucha, y se considera la desgraciada situación de los perseguidos, ideas extrañas asaltan la mente; como que parece increíble tanta maldad, como que se duda de que haya existido tanta abnegación. Y sin embargo, nada es más cierto que las crueldades ejecutadas por esa generación de fieras, nada más cierto que la inquebrantable firmeza de los primeros cristianos. La historia y los monumentos lo evidencian.

Seguramente que estas ideas han dado lugar á las diferentes versiones que se han hecho sobre el origen de las Catacumbas desde su descubrimiento hacia fines de siglo XV, hasta nuestros días. Antes de penetrar en esas inmensas excavaciones, necesario es haberlas estudiado en su origen y en su historia para hacer más provechosa la excursión por ellas; nos permitirá por lo mismo el lector que consignemos aquí el resultado del estudio previo que teníamos hecho de las Catacumbas y se las demos á conocer antes de introducirle en ellas.

Debe saberse en primer lugar que los antiguos romanos acostumbraban generalmente quemar los cadáveres. Los cristianos, á imitación de los judíos y conformándose con el dogma de la resurrección de los cuerpos, acostumbraron sepultarlos; hacían excavaciones en las rocas y allí depositaban los cadáveres. Este procedimiento de inhumación los debió mover á construir sus cementerios en galerías subterráneas, en cuyas paredes abrían nichos para servir de sepulturas. La historia y la arqueología atestiguan que tal fué la costumbre de los cristianos de los primeros siglos.

Establecido este hecho incontestable, se ofrece inmediatamente la duda acerca de un punto importantísimo. ¿Las Catacumbas fueron abiertas expresamente por los cristianos para formar sus cementerios, ó se sirvieron para ello de antiguas excavaciones que habían sido hechas con motivo de la extracción de materiales de construcción?

Sábese que los paganos convirtieron en lugares de sepultura algunas antiguas canteras subterráneas, para inhumar los cadáveres de los esclavos y de los pobres cuyos deudos no podían hacer los gastos de la cremación. Siendo esto así, puede dudarse si todos los cadáveres sepultados en las Catacumbas fueron de cristianos, y hay fundamento para creer que en ellas han estado confundidos con los de los paganos.

Contra esta opinión tenemos la del Padre Marchi y la de Monseñor Rossi, quienes han hecho observar, que las Catacumbas fueron formadas en una toba granular que en ningún tiempo se empleó en las construcciones de Roma; porque no sirve como la *pouzzolane* para hacer cimientos, ni menos como la *lithoide* para ser empleada como piedra. La Arqueología moderna es favorable á esta observación. Además, observan los mencionados autores, que los caminos estrechos y tortuosos, los diversos pisos superpuestos, y las muy incómodas escaleras no permitirían el transporte de los materiales. De estas premisas deducen los dichos arqueólogos que las Catacumbas fueron formadas expresamente para servir de cementerios cristianos.

De aquí surge otra cuestión no menos importante. ¿Las Catacumbas, hechas ó no expresamente por los cristianos, eran el lugar de descanso para los despojos de los muertos, ó servían de residencia habitual á los vivos en los tiempos de la persecución? Para resolver esta duda antes debe resolverse esta otra cuestión arqueológica; es á saber, si la existencia de estos subterráneos se hallaba oculta para la generalidad de los habitantes paganos de Roma. Desde luego ocurre observar que la entrada de algunas Catacumbas estaba á plena luz y no podía ocultarse. Por otra parte, no faltan anticuarios que aseguran que en los tres primeros

siglos antes del reinado de Constantino, los cristianos debían tener garantías legales para establecer cementerios y reunirse en asambleas. De otra manera no podría explicarse la rápida propagación del Cristianismo por medio del apostolado y la predicación. Monseñor Rossi, que estudió profundamente la cuestión, la resuelve afirmativamente en cuanto á los cementerios. Mas esa autorización legal no fué constante ni siempre tan amplia; es necesario distinguir tres períodos de esa época anterior á Constantino. En el primer período de Tiberio y de Trajano, los cementerios cristianos gozaban de los mismos derechos que los judíos, de cuya religión se consideraba el Cristianismo como una secta. Desde Trajano hasta el principio del tercer siglo, la autorización para construir cementerios fué general para los particulares y familias que podían establecerlos en sus propiedades, y sepultar allí los cadáveres no sólo de los individuos de la familia, sino de los parientes y amigos. Del principio del tercer siglo hasta Constantino, el derecho de los cementerios cristianos era el de los *colegios fúnebres*, es decir, de corporaciones que se asociaban con el objeto de tener un común cementerio. Pero en este tercer período en el cual se desataron las persecuciones generales más violentas, los lugares de sepultura eran confiscados por el gobierno ó invadidos por la plebe. En este período es en el que el derecho de sepultar se ejercería por los cristianos ocultamente, y en esa época probablemente se emplearon como cementerios las canteras más ocultas ó se construyeron las galerías subterráneas cuya entrada sólo era conocida de determinadas personas.

Ahora bien, en este tercer período las Catacumbas no solamente servían de sepultura á los muertos sino de lugar de reunión y aun de asilo para los vivos. Es de creerse que tan sólo en estos sitios ocultos, podrían los cristianos reunirse para celebrar las ceremonias religiosas, y no encontrarían otro lugar de refugio cuando la persecución se desató generalmente. Por lo demás, cuando esta persecución no era tan sostenida, pudo darse á estas reuniones un carácter legal,

haciéndolas pasar como *agapes* ó banquetes *fúnebres*, que eran también una costumbre pagana.

De estos ligeros apuntes, que no hacemos más extensos porque sería ageno del carácter de esta obra, se puede formar juicio acerca del estado actual de la cuestión arqueológica relativa al origen de las Catacumbas. Desde luego se ve que es una materia que no está suficientemente ilustrada; que la arqueología tiene aún que estudiarla, si bien no esté distante el día en que se fije no solamente el origen, sino aun la fecha aproximada á que se remonta la primera formación de esas inmensas necrópolis, que hasta ahora ni Bosio, que durante treinta y tres años las estudió, las ha recorrido en toda su interminable extensión.

Digamos ahora una palabra acerca de la historia de las Catacumbas.

Casi es un hecho averiguado que los cementerios cristianos de las Catacumbas, sea cual haya sido su origen, durante los dos primeros siglos de la Iglesia, tenían entradas conocidas y eran lugares de sepultura amparados por la ley. Hacia fin del siglo II, había una administración eclesiástica de los cementerios divididos en distritos al cuidado de los diáconos. Era un grado del sacerdocio el ministerio de los *fossores*, que tenían á su cargo la formación de las galerías y la excavación de los sepulcros. Una pintura descubierta en la Catacumba de San Calixto confirma esta aserción. Allí está representado un joven vestido con traje sacerdotal, teniendo en su mano derecha un instrumento de zapa y en la izquierda una lámpara. Arriba se lee la siguiente inscripción:

“DIOGENEE.—FOSSOR.—IN PACE DEPOSITVS OCTA B V.
KALENDAS.—OCTOBRIS.”

En el tercer siglo, aunque los cementerios gozaban de la protección de la ley como pertenecientes á los *colegios fúnebres*, con frecuencia los de los cristianos era necesario sustraerlos á las miradas de los gentiles, y de aquí las entradas ocultas y las estrechas escaleras.

Cuando Constantino por el edicto de Milán dió al Cristianismo existencia legal, continuaron los cristianos sirviéndose de las Catacumbas, y se las frecuentaba públicamente. Prosiguieron celebrándose allí las ceremonias religiosas; se hicieron reparaciones y decoraciones, y aun se hizo penetrar la luz del sol en algunas galerías por medio de lumbreras. El Papa S. Dámaso, se distinguió en la ejecución de estos trabajos, haciendo colocar inscripciones grabadas con elegantes caracteres. Al fin del siglo IV, dejó de sepultarse en las Catacumbas, pero continuaron siendo objeto de veneración y de largas peregrinaciones. Mucho tuvieron que sufrir durante las guerras de los godos y mucho más en la época de los lombardos. Para sustraerlas á esta devastación, los papas comenzaron en el siglo VIII á trasladar los cuerpos de los santos á las basílicas de Roma. En el siglo IX, cuando las Catacumbas estaban despojadas de la mayor parte de las reliquias más importantes, se las abandonó; algunas se arruinaron y más tarde cayeron en el olvido. Un solo cementerio permaneció abierto al público, el de San Sebastián, que se llamó *ad Catacombas*, de donde se derivó el nombre genérico que se ha dado á todas las excavaciones.

Seis siglos estuvieron olvidadas y perdidas hasta que á fines del siglo XV fueron nuevamente descubiertas, penetrando en ellas varias personas, entre otras *Pomponius Loetus* y los miembros de la Academia romana. Ciacconio fué el primero que en el siglo XVI las visitó formalmente y principió á estudiarlas. A éste le siguió Bosio, quien después de haberlas recorrido por espacio de más de un tercio de siglo, expuso el resultado de sus trabajos en la obra que publicó en 1632 con el título de *Roma sotterranea*. En el transcurso de los siglos XVII y XVIII, muchos italianos estudiaron las Catacumbas y escribieron volúmenes acerca de ellas. En el presente siglo se ha adelantado considerablemente en dicho estudio, abriéndose á él un nuevo período por el P. Marchi en 1844, á quien siguió Monseñor Rossi, quien ocupa el primer lugar entre los historiadores y arqueólogos de las Catacumbas.

Antes de introducir al lector con los peregrinos en el ce-

menterio de San Sebastián, daremos una idea general de las Catacumbas. Hállanse todas construidas y dispuestas en la forma de galerías, cuya anchura por lo común no llega á un metro: en pocas pueden caminar dos personas en la misma línea; siempre se recorren, yendo de uno en uno los visitantes. En las paredes se ven cavados los sepuleros ó nichos (*loculi*) en varias hileras. Arriba de algunos nichos destinados á familias ó á cadáveres de distinción, está formado un arco. A ciertas distancias se encuentran salas ó criptas, unas destinadas á sepulturas de familia y otras á la celebración de los santos misterios. Ordinariamente de las galerías se abren dos salas que se corresponden para formar reunidas una estancia de grandes dimensiones. Estas salas existen inmediatas al lugar en que estuvo sepultado algún insigne mártir, cuyo cadáver se hallaba en el fondo de la sala frecuentemente bajo un arco que servía como de ábside, en cuyo sitio se colocaba ó se ve todavía colocado el altar. Generalmente estas capillas recibían luz y ventilación por unas lumbreras practicadas en la bóveda, que se llamaban *luminaria*.

Con respecto á la decoración de las Catacumbas, por lo que mira á la manera de sepultar los cadáveres, se les depositaba en sarcófagos de mármol ó de barro cocido y así se les colocaba en los nichos. En seguida el nicho era cerrado con una placa sobre la cual se imitaba en estuco la forma de un sarcófago. Algunos nichos eran cubiertos simplemente con lápidas de mármol ó de barro cocido, y sobre ellas se grababa el nombre del difunto, ó sólo las palabras *in pace*, ó la de *martyr*, ó bien algún símbolo, como la palma, la paloma, un corazón, etc.

Las pinturas decorativas se encuentran en las bóvedas y más frecuentemente en las paredes y en los arcos. Su estilo corresponde al arte pagano, en decadencia muy lenta al principio y más rápida después, notándose la transición en el horror al desnudo que se acentúa principalmente en las imágenes de santos, que son en verdad muy poco numerosas. La mayor parte de los asuntos de las pinturas son simbólicos, refiriéndose á los dogmas cristianos. Uno de los símbolos

más notables es el del pez, que figura á Jesucristo; porque la palabra griega se escribe con cinco letras que corresponden á las iniciales de otras tantas palabras griegas también que se traducen: "Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador." Encuéntrase frecuentemente la representación del *Buen Pastor* en medio de sus ovejas. Algunos episodios del Antiguo Testamento se ven representados, pero sólo en su relación con los dogmas cristianos, como el pasaje de Jonás arrojado por la ballena, Moisés haciendo saltar el agua de la roca, y otros así. La Comunión es representada bajo la forma de un banquete en que los convidados comen el pan y el pez.

Muchas de las pinturas que existen pertenecen á una época posterior á la de las persecuciones; así como algunas escaleras anchas y cómodas, y las grandes lumbreras en las bóvedas que fueron obra de los Papas en los siglos que siguieron al de Constantino.

Los cementerios cristianos se extendían en varias direcciones al rededor de Roma; son como treinta los que se han descubierto, y de éstos se enumeran como principales las Catacumbas de San Sebastián, el cementerio de San Calixto, San Pretextado, el de Santa Domitila, las Catacumbas de Santa Priscila, las de San Alejandro y las de Santa Inés. Los peregrinos visitaron solamente las primeras y nosotros las últimas, que tienen especial celebridad. A reserva de dar cuenta de nuestra visita en otro lugar, séanos permitido conducir al lector á las Catacumbas de San Sebastián en compañía de los peregrinos, sirviéndonos de *cicerone* el fervoroso D. Vicente Palacios, á quien dejaremos la pluma por un momento. Antes diremos una palabra respecto de la célebre Basílica de San Sebastián, una de las siete de Roma, que fué edificada sobre el cementerio en donde Lucina, matrona romana, hizo sepultar el cuerpo de San Sebastián, y donde por algún tiempo estuvieron ocultos los de San Pedro y San Pablo.

Creese haber sido edificada esta iglesia por Constantino y consagrada por San Silvestre; pero lo cierto es que fué renovada en el año 367 por San Dámaso, y en seguida Inocencio

I la dedicó á San Sebastián Mártir: Adrián I y Eugenio IV la restauraron, y por fin el cardenal Scipion Borghèse la reedificó en 1611.

La Basílica tiene una sola nave con hermosa techumbre de madera. En el primer altar á la derecha se veneran muchas preciosas reliquias: enfrente está la Capilla de San Sebastián edificada por el cardenal Barberini; es notable el altar en que se halla la estatua del santo titular acostado, cuya obra se asegura fué dirigida por el Bernini. Del otro lado está la capilla de la familia Albani, erigida por orden de Clemente XI bajo los planos de Fontana; habiendo sido hecha la parte de decoración por Carlos Maratta; está dedicada á San Fabián, y la estatua que se halla en el altar es de artística ejecución. Como obras de arte dignas de ser admiradas hay en esta Basílica tres cuadros de Aníbal Carracci, el gran pintor boloñés. El bautisterio también es de un mérito artístico extraordinario.

Por el interior de esta iglesia se baja á las Catacumbas. A la entrada de ellas hay una pequeña capilla, en cuyo altar está depositado el cuerpo de Santa Lucina. Este mismo altar ostenta un hermoso busto de San Sebastián ejecutado por el Bernini. En este altar se celebró la Misa á que asistieron los romeros mexicanos. Veamos la descripción que de aquel acto hace el peregrino á quien arriba mencionamos:

"A las seis de la mañana, dirigidos por un sacerdote del Colegio Pío Latino Americano, nos fuimos á visitar las catacumbas de San Sebastián, cuya iglesia está al Sur de San Juan de Letrán y como á tres millas de distancia. Como unos peregrinos hicieron el camino á pie y otros en carruajes, hubo necesidad de que los que llegaron primero esperasen á los demás.

"En una de las capillas subterráneas dijo misa el Sr. Cura D. Carlos María Rodríguez y Acevedo, en la cual comulgaron muchos peregrinos. Después varios Padres Antoninos á cuyos cuidados está confiada la Iglesia de San Sebastián, nos proveyeron de candelas, y sirviéndonos de guías de uno en uno recorrimos un trecho de las sombrías Catacumbas, en las que asombra considerar cómo pudieron vivir en ellas los primiti-

vos cristianos. Allí están aún las capillas y los altares en que oraban al resplandor de las antorchas y bajo la tierra que pisaban los Césares, los primeros que confesaron á Jesucristo. Hay en varias partes restos humanos que no es lícito tocar á nadie.

«Vimos una pintura de remota antigüedad representando el Nacimiento del Salvador; están la Virgen, San José, el burro, la mula y el buey tradicionales. Nos fueron enseñados los restos descubiertos en las últimas excavaciones hechas, en las que se construyeron bóvedas de ladrillo para evitar derrumbes. Todos los peregrinos, con piadosa solicitud, recogimos algunos puñados de tierra en el seno de las Catacumbas para llevarla como reliquia; pues está santificada con las plantas y tal vez regada con las lágrimas de los apóstoles de la fe cristiana.

«Nuestra visita á las Catacumbas duró como cuatro horas, y salimos de ellas profundamente conmovidos.»

No sentirá fastidio el lector, acompañando por segunda vez en esta visita de las Catacumbas de San Sebastián á un grupo de peregrinos duranguenses. Sirve de guía el estimable joven y correcto y elegante escritor D. Ramiro de la Garza. Dejémoslo que hable:

«Después de visitar algunas de las más notables iglesias de Roma, era un deber venerar á los santos mártires en sus propias tumbas. Para verificarlo escogimos las catacumbas de San Sebastián. Cerca de una legua fuera de los muros de la ciudad se eleva la Basílica consagrada á este valeroso soldado. Valiente y pundonoroso militar gozaba de la estima del emperador, á quien servía con grande lealtad; pero sobre todos los intereses mundanos prefirió la gloria de los hijos del Crucificado. Interrogado por su fe contestó que era cristiano, y esta respuesta le valió el martirio. Sobre el árbol en que fué amarrado y asaeteado no se escribieron más que estas palabras: "*Sebastianus Christianus*." Su cuerpo permaneció muchos siglos bajo la basílica que lleva su nombre hasta hace pocos años en que fué trasladado al altar en que hoy se le venera.

«Dos veces he visitado las catacumbas de San Sebastián. La primera fué con el grueso de la peregrinación. Allí nació el pensamiento de reunirnos por segunda vez bajo aquellas bóvedas subterráneas los pocos duranguenses que venimos á Roma. Creímos que sería agradable á Dios el sacrificio incruento del altar celebrado en aquellos lugares en que la sangre de los mártires se había ofrecido en holocausto á la Divinidad; quisimos

unir nuestras humildes preces á los méritos de aquella sangre, y presentarlas al Eterno Padre por intercesión de Jesucristo, único digno mediador entre Dios y los hombres: pensamos, en fin, que podría ser provechoso para los intereses católicos de la diócesis de Durango, y para los individuales de los duranguenses, implorar la divina clemencia ante los sepulcros de los confesores de la fe de Jesucristo.

«Penetrados de estos sentimientos nos dirigimos el 19 del presente á San Sebastián. Saliendo de la ciudad el camino sigue la dirección de la antigua vía Apia, mencionada tantas veces por el grande orador romano Cicerón. En el paso se encuentran algunas pequeñas iglesias ó capillas, cuyo origen se remonta á los primeros siglos, y sirven para perpetuar el recuerdo de algún suceso histórico-religioso de importancia. También se ven monumentos de otro género, como las termas de Caracalla, la tumba de los Escipiones y el Columbario. A corta distancia de este se llega á la Basílica.

«La entrada á las Catacumbas está á la izquierda de la iglesia, cerca del altar donde ahora se encuentra el cuerpo de San Sebastián. Dos pequeñas escaleras conducen á la cripta ó bóveda donde estuvo sepultado por muchos siglos el cadáver del santo mártir. Allí celebró la misa nuestro apreciable amigo el Sr. Cura D. Celedonio Valenzuela. La ceremonia no podía ser más imponente. En medio del sagrado recinto se elevaba un sencillo altar escasamente iluminado por la débil luz de dos cirios encendidos, que apenas permitían leer las oraciones de la misa. Un crucifijo en medio, y el busto del santo constituían todo su adorno. El silencio era sólo interrumpido por la voz del sacerdote, que elevaba al cielo las bellas plegarias de la Iglesia. El sitio medio húmedo, frío y lóbrego, infundía un pavoroso respeto que venía á mitigarse con el recuerdo de los millares de justos que reposaban dulcemente á nuestro alrededor. Profundamente impresionados invocamos en favor de Durango su valiosa protección. Jesucristo Nuestro Señor es antes que todo rey y soberano de los cristianos: que reine, pues, real y efectivamente sobre todos los corazones y gobierne todas las voluntades: que su doctrina, sus preceptos y sus consejos imperen por doquier: que se reanime el espíritu de fe, hoy adormecido, la virtud de la constancia casi desconocida de nosotros, la caridad que se practica mal; en una palabra, que Cristo ocupe entre nosotros el lugar que le corresponde; que Él nos conceda gracia y bendición, bienestar y prosperidad en todo: hé aquí nuestros más ardientes deseos depositados ante las tumbas de los mártires en la misa de las Catacumbas.

«Concluido el santo sacrificio pasamos á visitar aquellos venerables lu-

gares. Algunos autores opinan que las Catacumbas de San Sebastián forman parte de las de San Calixto, muy inmediatas á aquellas. En una superficie de diez y siete kilómetros de largo por tres de ancho se hallan esparcidos los restos de ciento setenta y cuatro mil mártires. Con nuestra vela en la mano, y guiados por un buen sacerdote, bajamos de la capilla subterránea de San Sebastián á un inmenso laberinto de galerías que se bifurcan en todas direcciones. Un estrecho pasadizo, triste y sombrío, en que no se ve á derecha é izquierda otra cosa que sepulcros de todos tamaños y figuras, abiertos unos, cerrados otros; el de aquí cubierto con humilde losa, el de más allá adornado con una inscripción casi siempre ininteligible, ó con alguna pintura que no puede ocultar su antigüedad; de cuando en cuando una fosa defendida por rejas de alambre á través de las cuales se descubren los mortales despojos de un cristiano ó de un mártir de la fe; en último término alguna pequeña estancia que servía de habitación á los primitivos fieles en aquellos vastos cementerios; tal es el aspecto general de las Catacumbas. El buen religioso que nos acompañaba nos explicaba los más notables monumentos. Estos sepulcros que veis, nos decía, son los de una familia cristiana que se consideró dichosa con poder dormir su último sueño cerca de la tumba de un confesor de Jesucristo. En este otro estuvo depositado el cuerpo de un santo mártir que ha salido de aquí á recibir culto en los altares; y así de los demás. Los cristianos de los primeros siglos veneraban con singular devoción los cuerpos de los mártires, recogían su sangre, y les daban honrosa sepultura. Un corazón, un cordero, una paloma, ó algún otro signo simbólico distinguía su sepulcro del de los simples fieles. En el corto espacio que nosotros recorrimos de las Catacumbas de San Sebastián vimos los sepulcros donde estuvieron en otro tiempo los cuerpos de los apóstoles San Pedro y San Pablo, el de Santa Cecilia, y el lugar en que fué martirizado el papa San Urbano sorprendido en los momentos de celebrar el sacrificio inerte de los altares. En esta misma Catacumba se halla el sitio santificado por San Felipe Neri, el apóstol de Roma en el siglo XVI. Por espacio de diez años acostumbró retirarse todas las noches á aquellas soledades á hacer oración. Allí le inspiró Dios el pensamiento de fundar la Congregación del Oratorio.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SEÑORA

CONCEPCION LOMBARDO DE MIRAMON.

LIT. C. MONTAURIOL. MÉXICO.

CAPÍTULO CUARTO.

La familia Miramón.—Su casa en Roma.—Fiestas en obsequio de los peregrinos.—El Colegio Pío Latino Americano.—La comida en el Colegio.—Banquete ofrecido por el Círculo de San Pedro.—Otra invitación en casa de la señora de Miramón.—Atenciones con los peregrinos pobres.

MÁS de una ocasión hemos tenido de mencionar en esta historia á la señora Doña Concepción Lombardo de Miramón, y aun tendremos motivo para hablar acerca de ella complaciéndonos poderlo hacer siempre con elogio de tan distinguida y apreciable compatriota. Desde que nos recibió en el paradero del ferrocarril no cesó de manifestarnos un cariñoso afecto á todos y á cada uno. Amable, solícita, servicial y obsequiosa con los mexicanos, lo mismo con los que acababa de conocer que con los que había tratado anteriormente, prodigaba atenciones, ofrecía y prestaba sus servicios á cuantos podían necesitarlos y colmaba de finezas y obsequiaba de mil modos á cuantos se le acercaban. Era verdaderamente una hermana cariñosa que gozaba con ver y tratar á sus hermanos y se complacía en servirles y regalarles. Seguramente no hubo un solo peregrino que no hubiese recibido más de una demostración de afecto de la estimable dama, y no habrá alguno de los romeros mexicanos que no tenga de ella un agradable recuerdo. Su simpática y apreciable hija la señorita Guadalupe secundábala admirablemente, y ambas se hicieron acreedoras al cariño y á la gratitud de todos. Por lo que á nosotros en lo individual toca, nunca

olvidaremos las grandes y repetidas finezas que á ambas debimos, y siempre las recordaremos con placer y con agradecimiento.

Decíamos en el capítulo anterior que la respetable matrona había invitado á un gran número de los peregrinos á una reunión en su casa. Diremos ahora que esa elegante y espléndida fiesta tuvo lugar en la noche del 17 de Mayo, y no omitiremos referir acerca de ella algunos detalles que bien merecen quedar consignados aquí. Todo lo que ceda en honra de la Peregrinación y de sus individuos debe ocupar nuestra pluma, y es justo además que honremos con merecidos elogios á las estimables compatriotas que tanto empeño pusieron en honrar á los mexicanos en el extranjero.

La familia Miramón habita en una elegante casa de la calle *I due Macelli*, piso principal. Ya se sabe que en Europa, con excepción de los grandes palacios, todas las casas están divididas en departamentos, cuya categoría disminuye en proporción de la mayor altura de los pisos. La habitación en que vamos á introducir al lector no es precisamente lujosa, pero está decorada con buen gusto y amueblada con decencia. En las recepciones de la señora Miramón los salones se iluminan profusamente; una servidumbre vestida con elegancia hace el servicio, y en todo se nota cierto aire de buen tono que da muy ventajosa idea de la distinción y cortesanía de las personas que allí reciben.

Dos fiestas en realidad fueron las que preparó nuestra querida compatriota para obsequiar á sus paisanos; una comida á la cual invitó al Sr. Obispo y á muchos eclesiásticos, y una *soirée* para cierto número de mexicanos seglares. A las seis de la tarde se hallaban reunidos los primeros invitados. Sirvióse una espléndida mesa, en la cual los exquisitos manjares y los deliciosos vinos, mezclados con la sabrosa conversación y algunos oportunos brindis, hicieron gozar de un rato delicioso á las personas que concurrieron.

A las nueve de la noche, cuando ya los primeros convidados habían levantádose de la mesa, comenzaron á llegar los segundos. La familia Miramón quiso presentar á sus com-

patriotas con las personas de más distinción que forman el círculo de las relaciones de la casa, y las invitó para esta agradable fiesta. Pocos minutos después de las nueve, los salones se hallaban henchidos de señoras, señoritas y caballeros de la buena sociedad romana, de algunos extranjeros y de los mexicanos invitados. El salón principal ostentaba en el lugar de honor un vistoso trofeo con banderas tricolor y en el centro el retrato del ilustre General Miramón. Escogidas piezas de canto y de música ejecutadas por excelentes artistas, un *buffet* servido á la perfección con exquisitos comestibles y riquísimos vinos, atenciones esmeradas de sociedad, formaron el encanto de aquella fiesta que muy á gusto de los concurrentes se prolongó hasta bien avanzada la noche. La señora y su hija supieron multiplicarse para hacer cumplidamente los honores en general é individualmente á sus invitados, y no hubo uno que saliera descontento.

Como á la reunión anterior no fué posible á la señora invitar á todos los romeros, porque no habría podido contenerlos la casa, aunque tiene bastante capacidad, hizo otra invitación á un desayuno á los que no concurrieron á la comida y á la *soirée*, y los obsequió esmeradamente y les prodigó sus acostumbradas atenciones, dejando á todos satisfechos y agradecidos.

Separadamente hizo otras invitaciones con las cuales distinguió á determinados individuos. Nosotros fuimos favorecidos con algunas de ellas, señaladamente con una muy buena comida á que se sirvió invitarnos en compañía de otras personas el domingo inmediato.

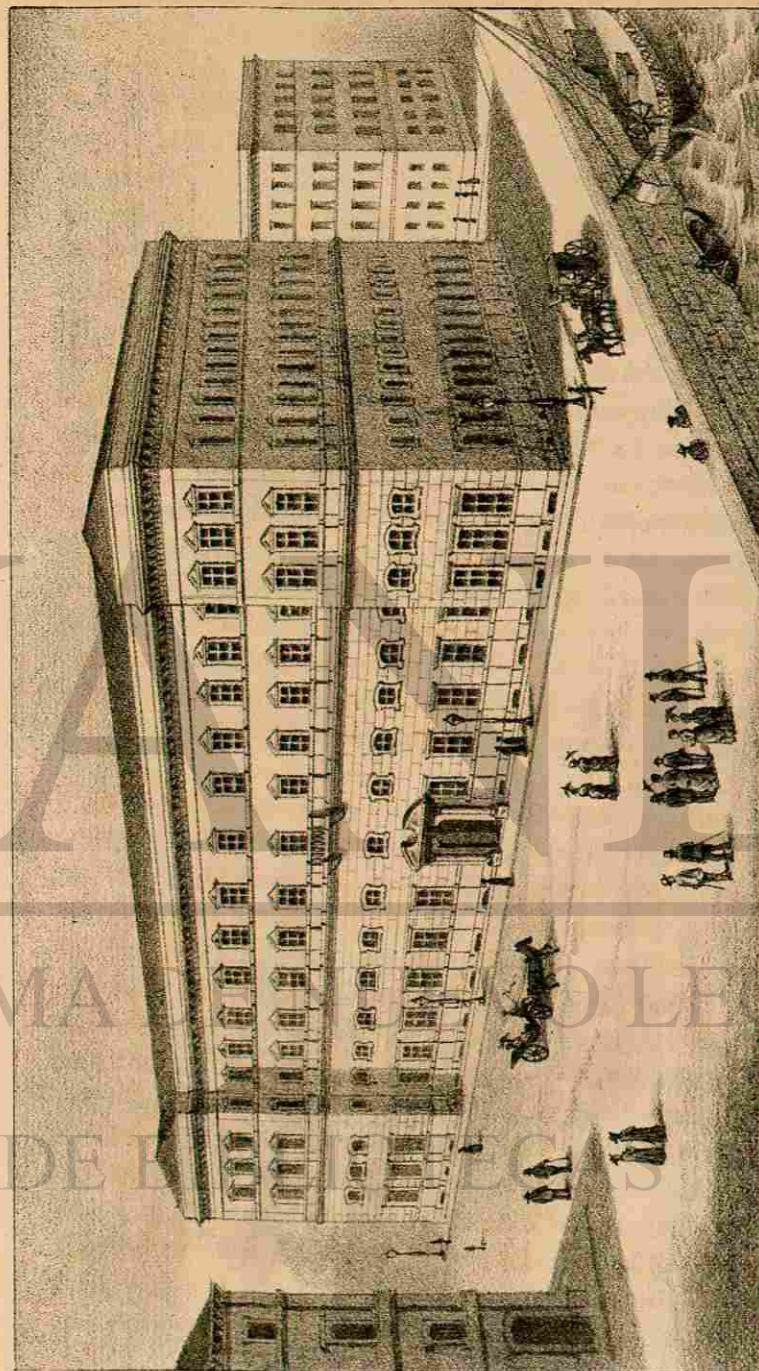
Hay en Roma un gran Colegio fundado por Pío IX á iniciativa del inolvidable sacerdote D. Ignacio Víctor Eyzaguirre, destinado exclusivamente para formar eclesiásticos distinguidos de los alumnos de los seminarios de la América latina. Este colegio encierra un centenar de jóvenes sudamericanos y mexicanos y está dirigido por sacerdotes de la Compañía de Jesús. Debido á esta hábil dirección y á la decidida protección que le imparte la Santa Sede, el Colegio Pío Latino Americano, que así se llama, es uno de los me-

jores de Roma y actualmente se halla en un grado de prosperidad admirable. Recientemente ha sido instalado en un soberbio y amplísimo edificio que se levantó desde cimientos en un sitio de la ciudad que se conoce con el nombre de *Prati di Castello*. La estampa que agregamos da buena idea de la gran apariencia exterior de la casa. En el interior es un verdadero palacio, y está distribuido convenientemente en tres pisos, y contiene en su recinto las oficinas y departamentos que demanda su institución. La capilla, que se estrenó en los días de nuestra permanencia en Roma, es un templo de gran capacidad, de tres naves, decorado con elegancia y buen gusto; llamando la atención de los mexicanos que en la pared del fondo, arriba del tabernáculo, se ve un hermoso fresco que representa el milagro de la Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe. El pavimento de los ambulatorios y de las escaleras es de mármol. Los dormitorios, dispuestos por el sistema celular son magníficos; el refectorio, las clases, todo se halla perfectamente arreglado. En el primer piso á la derecha hay un amplio departamento destinado para hospedería de los señores obispos de la América latina, con hermosas habitaciones amuebladas con mucha decencia.

El Rector, superiores y alumnos desde nuestra llegada á Roma nos llenaron de atenciones; el Sr. Obispo y los eclesiásticos de mayor categoría fueron alojados allí.

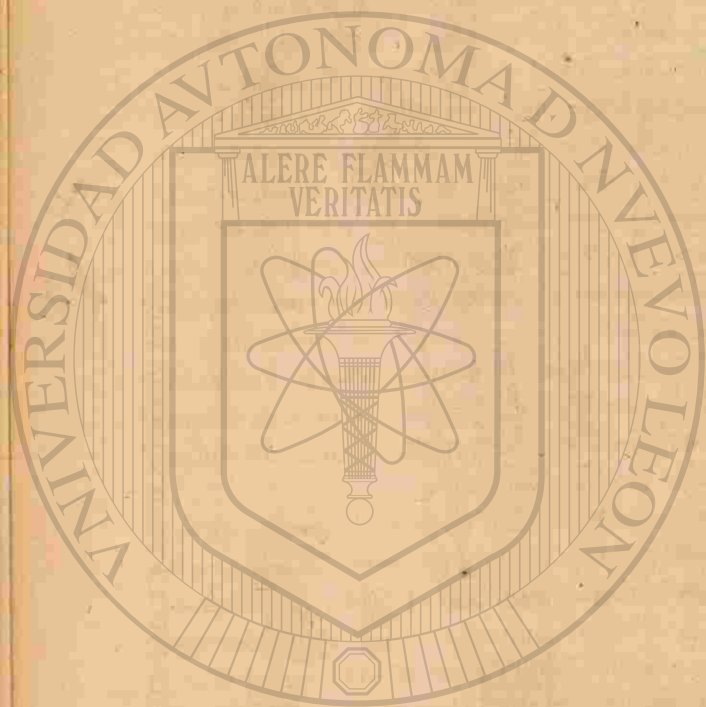
La Dirección del Colegio dispuso en obsequio de los peregrinos una fiesta á la cual fuimos invitados algunos para el domingo 20 de Mayo. Gratos recuerdos nos dejó aquella reunión íntima en que gozamos la dulce satisfacción que se experimenta en el extranjero al verse rodeados de compatriotas, y los alumnos del Colegio Pío Latino lo son todos, porque los sud-americanos con quienes tenemos la identidad de origen, de idioma y de creencias religiosas, no podemos reputarlos extranjeros, mayormente cuando se hallan en una casa que está bajo el patrocinio de nuestra adorable protectora la Virgen de Guadalupe.

A las doce en punto fuimos llamados al refectorio. Había-



LIT. C. MONTAURIOL. MÉXICO.

COLEGIO PIO LATINO AMERICANO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

mos un grupo como de doce peregrinos. El Illmo. Sr. Portillo, los individuos de la Comisión organizadora, los señores Lara, Abarca, Treviño, Icaza, Ortega, Moreno y algunos otros que no recordamos. Entrando en el comedor fuimos colocados el Sr. Obispo en el asiento de la presidencia y los demás entre los profesores del Colegio. El servicio de manjares fué espléndido, los vinos de lo mejor. A la hora conveniente principiaron á brindar los alumnos con notable despejo en varios idiomas: se brindó en español, en latín, en italiano, en portugués; oímos muy buenas y sentidas composiciones en honra nuestra; deleitamos el oído con bonitas piezas en verso que se leyeron por algunos jóvenes. Al fin el Padre Rector hizo oír su elocuente voz en una elegante alocución, que nos agradó y le aplaudimos muchísimo. El Sr. Obispo contestó en nombre de los mexicanos, dando las más expresivas gracias al Colegio por la buena acogida que nos hiciera y por las bondadosas manifestaciones de simpatía de que estábamos siendo objeto.

Más de tres horas permanecimos en la mesa, de la cual nos levantamos contentísimos, y hasta muy cerca de las cinco de la tarde salimos de la casa; teniendo el gusto de haber estrechado una vez más los vínculos de simpatía que nos ligaban desde antes con aquel importante establecimiento.

Existe en Roma una asociación honorable de jóvenes católicos, que se denomina "Círculo de San Pedro;" esta quiso honrar á las peregrinaciones que se hallaban á la sazón en la Ciudad Eterna invitando á sus jefes á un opíparo banquete en el gran salón llamado de la Minerva en el hotel de este nombre. La invitación fué para la noche del mismo Domingo 20 de Mayo y comprendió á los presidentes de las comisiones más caracterizadas de las peregrinaciones alemana, mexicana, africana y maltesa. Los invitados, entre los que se hallaban Monseñor Barberini y el conde Camilo Pecci, fueron en número de cuarenta. Los elegidos entre los mexicanos eran el Sr. Obispo, y los señores Lara, Abarca é Ibarra. Asistió también nuestro cónsul Angelini.

El salón de la Minerva es uno de los comedores más es-

paciosos y mejor decorados que hay en la capital del mundo católico. Una gran mesa adornada con el mejor gusto y dispuesta conforme á las reglas de la más cumplida etiqueta vió reunidos á su derredor á los representantes de cuatro naciones, bajo la presidencia de Monseñor Barberini, miembro de una de las familias más nobles y distinguidas de Roma. Excusado es decir que los manjares fueron deliciosos y los vinos exquisitos, que los anfitriones hicieron los honores admirablemente, y el servicio nada dejó que desear. Grande fué la animación que reinó, y se dijeron muchos y muy entusiastas brindis. De nuestros compatriotas hicieron uso de la palabra el Sr. Portillo y el Sr. Ibarra, para corresponder á las atenciones con que fueron tratados los mexicanos y á las manifestaciones de simpatía de que fué objeto nuestra Peregrinación y nuestra Patria en los diversos brindis que habían precedido. Júzguese cuán grato sería para los que allí estuvieron, verse reunidas personas de tres partes del mundo, de diferentes razas y costumbres, uniéndose en un solo sentimiento, y fraternizando en una reunión de familia los que de comarcas tan distantes entre sí habían ido á Roma á saludar al Padre común. Si alguna vez se ha visto realizado el bello *desiderátum* de la fraternidad universal, ha sido en estas reuniones habidas en la Capital del mundo con motivo del grande acontecimiento que llevó allí á individuos de la Comunión católica procedentes de todas las naciones del Globo. Y esta fraternidad de la Religión, que es más cordial y sincera que la del idioma, que la de la raza, que la de la nacionalidad; solamente comparable á la de la sangre, con la cual tiene mucha semejanza y grande afinidad; supuesto que los hijos de un mismo padre, siempre serán hermanos, ora se trate de la paternidad natural, ora de la espiritual.

En esta misma noche se tenía otra reunión semejante, aunque mucho más reducida en número, en casa de la familia Miramón. La señora quiso favorecer con sus atenciones á otro grupo de peregrinos, entre los cuales tuvimos el placer de contarnos, invitándonos á una espléndida comida. Unos

ocho mexicanos asistimos á la mesa, y terminada esta nos encontramos los salones ocupados por personas de varias nacionalidades, que eran recibidas por la familia en esa noche, para dar brillo á la fiesta preparada exclusivamente en obsequio nuestro. Francia, España, Rusia é Italia se hallaban allí representadas. La señora de Miramón y su apreciable hija hicieron los honores como saben, y pasamos el tiempo sin sentirlo hasta muy avanzada la noche. A las dos de la mañana salimos de la casa, y no éramos de los últimos que abandonaban tan agradable reunión.

No omitiremos mencionar antes de cerrar este capítulo las especiales atenciones de la estimable familia Miramón para con los peregrinos pobres que se hallaban alojados en San Juan de Letrán. Visitábalos con frecuencia, los acompañaba á muchas de sus excursiones, les proporcionaba todos los auxilios de que necesitaban y asistía personalmente en sus enfermedades á los pocos que sufrieron algunos accidentes en la salud. Nos complacía en extremo ver á las dos distinguidas damas rodeadas de un grupo numeroso de ancianos y de pobres mujeres, sirviéndoles de *cicerone* y de guía, y acompañándoles á las casas de cambio y á las tiendas para que se proveyeran de moneda corriente y comprasen pequeñas bagatelas.

Tendríamos que llenar muchas páginas si refiriésemos detalladamente todo lo que la señora de Miramón y su apreciable hija hicieron en obsequio de los peregrinos desde nuestra llegada hasta el momento de embarcarnos en Nápoles.



CAPÍTULO QUINTO.

Dispersión de los romeros.—Su visita á la Exposición.—Descripción del local.—Departamento de Austria-Hungría.—Provincias de la Italia meridional.—Jarlín del centro.—Sala de las pinturas.—La ciudad de Roma.—Italia central.—Italia septentrional.—Alta Italia.—Sala de las Columnas.—El Nuevo Brazo.—Sección francesa.—Alemania.—Galería de los Candelabros.—Galería de los Mapas.—Departamento de los vinos y sustancias alimenticias.—Galería de la Zitella.

HEMOS venido refiriendo detalladamente los actos oficiales, digamos así, de la Peregrinación, y los demás colectivos en que tomó parte la Romería en cuerpo, así como los en que fué representada por algún pequeño grupo de sus individuos. Llegaba el tiempo en que debían separarse los que una vez llenado el objeto principal de su viaje, irían á recorrer otros lugares de Italia y otras naciones de Europa. Cerca de medio centenar debían separarse definitivamente de sus compañeros para regresar á la patria, siguiendo diverso itinerario que el fijado en el programa de la Romería: muchos saldrían de Roma para visitar otros países, con propósito de volver á reunirse oportunamente con sus hermanos en la Ciudad Eterna. Estos fueron el mayor número, y el menor el de los que nos propusimos permanecer en la Capital del Mundo Católico, visitando sus monumentos.

Antes de dispersarnos de esa manera, sin habernos dado cita, nos encontramos un día reunidos casi todos en el local de la Exposición Vaticana. Importante fué esta visita y vamos á dar cuenta de ella, condensando en una sola relación

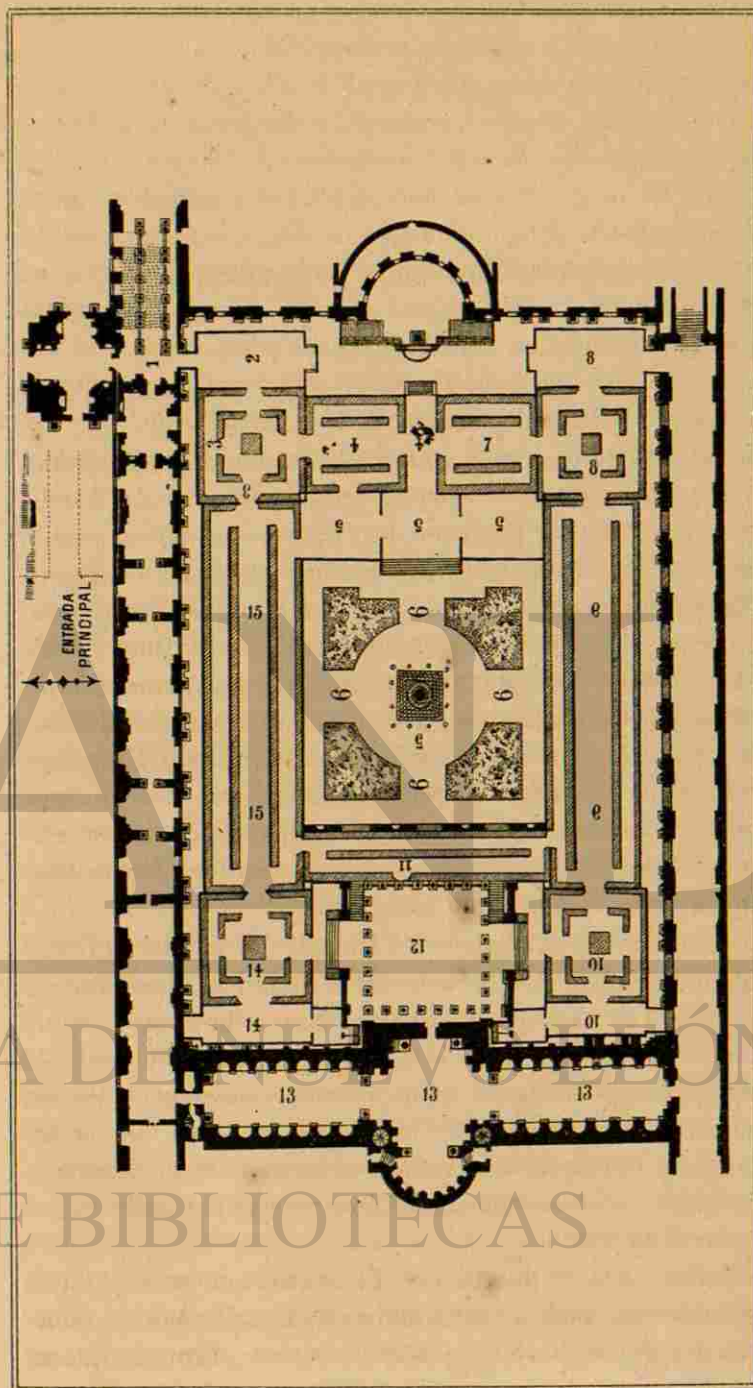
todo lo que vimos no sólo en esa, sino en otras tres excursiones que hicimos separadamente.

No haremos una descripción minuciosa del edificio y de lo que contenía; ni siquiera podríamos dar idea de todos los objetos principales. Nos conformaremos con hacer conocer á nuestros lectores la disposición interior del magnífico local, y recorriendo sus espléndidos salones, llamaremos la atención solamente respecto de los objetos más notables, ya por su mérito artístico, ya por su considerable riqueza. La planta que acompañamos, nos ayudará mucho para conducir al lector al soberbio recinto en el cual vamos á ver á la Religión exaltando el arte y al arte honrando á la Religión.

Sabido es que entre los amplísimos departamentos que encierra dentro de sus muros esa gran aglomeración de edificios que se llama el Vaticano, hay un extenso patio llamado *de la Piña*, de forma cuadrangular, que tiene en medio un jardín en cuyo centro se levanta el magnífico monumento erigido por León XIII en conmemoración del último Concilio Eucuménico. En esta gran plaza, que no patio, fueron instalados los salones para la Exposición Universal del Jubileo; y la inteligencia de los arquitectos Conde Francisco Vespignani y Caballero Federico Manucci, hizo transformar como por encanto en pocos meses aquel sitio, en una reunión de elegantes y amplios salones perfectamente dispuestos para servir al uso á que se destinaban.

Insuficiente la extensión del inmenso patio para ofrecer la capacidad que exigía la colocación de tantos objetos como formaban la gran Exposición, única hasta ahora en el mundo, fué necesario ocupar la soberbia estancia llamada el *Nuevo Brazo* en el Museo *Chiaramonti*, y algunas galerías superiores, como la de los *Candelabros* y la de las *Cartas geográficas*; y todavía se agregó más tarde al local de la Exposición, el patio llamado *Della Corazze* y el conocido con el nombre de la *Zitella*.

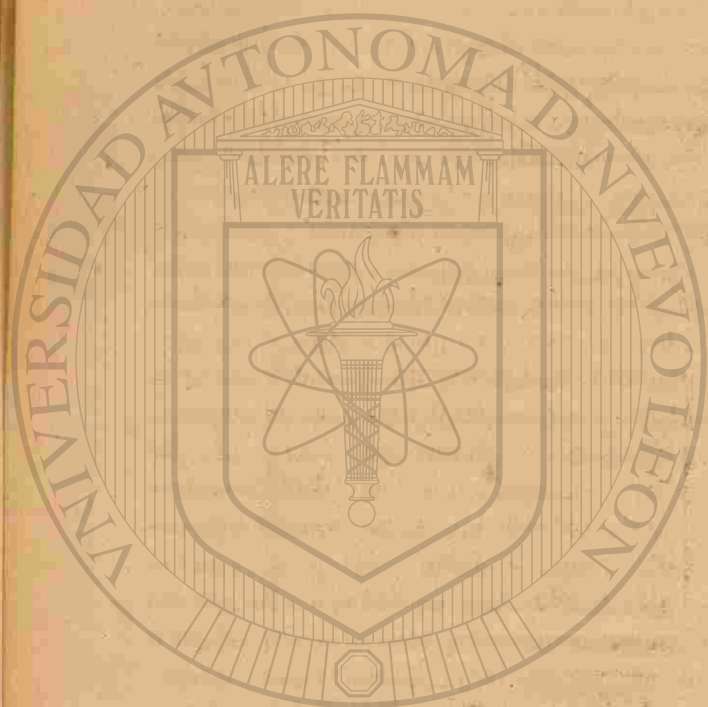
Entrando por la puerta del Vaticano, que se halla á la espalda de San Pedro, y al término de la calle que se nombra *de los Fundamentos*, se atraviesa una gran vía que se



EXPOSICION VATICANA.
PLANTA DE LOS EDIFICIOS PRINCIPALES.

forma con las paredes del Palacio Vaticano á la derecha, y las que cercan los jardines pontificios á la izquierda. Cierra esta vía un pórtico de estilo griego, hecho de madera; es la entrada á la Exposición. Pásase de allí á un hermoso vestíbulo adornado con bellas columnas y una hermosa jardinera con plantas vivas en el centro.

Inmediatamente se entra en el departamento de los dones de Austria-Hungría, que está marcado en el plano con los números 2 y 3. Asombra ver la multitud y variedad de objetos que de esta sola nación fueron enviados al Santo Padre. Resplandecientes de oro, plata y pedrería los numerosos escaparates, ostentan unos á millares los utensilios sagrados de servicio de altar, como custodias, cálices, copones, patenas, vinajeras, etc., etc. Por centenares se cuentan las vestiduras sacerdotales de ricas telas y exquisitos bordados. Entre esta multitud de artículos de Iglesia, que los más sencillos tienen gran mérito artístico, descuellan otra porción de obras notabilísimas de arte, como un cuadro que representa los cuatro principales Santos de la Nación Teutónica, donativo de las señoras húngaras, un bellissimo transparente de cristales de colores con el retrato de León XIII, una pequeña estatua de plata de San Francisco de Sales, un ingenioso campanil con campanas de diversos tamaños, arregladas á rigurosa escala musical, un cuadro representando el Arcángel San Miguel, una magnífica estatua de Cristo después de muerto, una colección preciosísima de minerales, un altar magnífico en el cual son notabilísimos por su riqueza de ornamentación y por su elegancia los seis candeleros y la cruz que lo adornan. Y todavía hay que admirar recorriendo estos salones, tres magníficas vidrieras, una destinada para adornar la *Scala regia* en el Vaticano y la otra para colocarla también en dicho palacio, que representa un San Agustín; la tercera, que figura la Adoración de los Magos, es bellissima y procede de la asociación de obreros de Viena. Hay una sección de altares portátiles para misioneros. Llamam la atención dos cuadros preciosos, una *Mater dolorosa*, mosaico griego, copia de autor clásico, y un grupo de una



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

madre con su hijo en los brazos: el primer cuadro se halla dentro de un riquísimo marco de metal, de admirable cinceladura. Cuelgan de las paredes cinco soberbios tapetes, uno de ellos figurando un antiguo mosaico, obra de tapicería de primer orden.

Saliendo de esta sección, éntrese en las de Italia. La primera, marcada en el plano con el número 4, encierra los dones de las provincias meridionales, señaladamente Sicilia y Cerdeña. Acaso menos abundante en objetos, es rica en preciosidades artísticas y es mucho más variada. Lo primero que se presenta á la vista es un gran relicario, especie de templete de filigrana de plata, obra la más acabada de platería. En un gran escaparate brillan espléndidamente muchedumbre de paramentos sagrados de diversos estilos y de admirable belleza.

La Diócesis de Nola se distingue en este departamento por un hermoso cuadro de San Paulino. Otro cuadro procedente de la misma Diócesis representa la casa de las Hermanitas de los pobres y otro la vista del Seminario de Nola, obra grandiosa del artista Vanvitelli.

De Augona procede una estatua de plata representando á San Andrés Avelino, patrón de la Diócesis.

La de Mileto ofreció una cantidad de tela de finísimo damasco de la conocida fábrica *Bianchi* y un velo para tabernáculo, elegantemente recamado de oro.

El Obispo de Castellamare presentó un cuadro de Tapicería de gran mérito, representando al San Miguel que corona el Castillo de San Angelo.

Entre los dones de Capua se distingue una riquísima casulla blanca cubierta de elegantes arabescos y flores antiguas, tejida de oro y plata.

Entre los regalos de Aquino se distingue la estatua de Santo Tomás, semejante á la que se venera en la Catedral de aquella Diócesis.

Figuran como muy notables entre los muchísimos regalos procedentes de la ciudad de Nápoles, los siguientes: Un escritorio de estilo bizantino, curiosamente tallado, descan-

sando sobre elegantes columnas espirales; una gran taza china que llamó la atención de los inteligentes; un lecho de madera, industria especial de Sorrento; una copia en bronce del monumento erigido en honor de San Francisco de Asís en Nápoles.

Palermo regaló el magnífico Misal de Ratisbona con miniaturas preciosas y muy elegante y rica encuadernación de finísima piel, decorada con exquisita ornamentación de plata.

La Diócesis de Trapani, exhibió una obra artística de raro mérito, un Crucifijo de marfil con cruz de plata perfectamente cincelada.

La Archidiócesis de Nápoles presentó una silla de manos, obra sin igual de ebanistería, decorada con preciosas tallas y guarniciones de plata.

De Sorrento procede un magnífico reclinatorio que ha ejercitado ya el buril de los grabadores; el dibujo y la talla son de una acabada perfección.

Muchas páginas emplearíamos si prosiguiésemos mencionando, que describirlos sería imposible, los otros muchos objetos que contiene esta sección italiana, comprendida en el salón marcado con el número 4 y el que le sigue con el 5. Nos detendremos en este último para admirar entre multitud de obras de curiosidad y de arte, una barca ofrecida por la ciudad de Castellamare de Stabia, elegante embarcación hecha de maderas preciosas, que puede servir de modelo para construcciones navales de su género; un cuadro al óleo que representa una procesión religiosa en Catania en el año de 1886, y un curiosísimo reloj hidráulico, semejante al que existe en el paseo del Pincio en Roma; por último, la variada y asombrosa colección de conchas de la Diócesis de Taranto, que contiene 112 clases diferentes y se hallan colocados los ejemplares á la vez que con estudio científico y en orden admirable, con cierta elegancia y simetría que dan al cuadro un aspecto bellissimo.

Antes de salir de estos salones, se pasa al jardín, que está designado con el número 6, para oír las preciosas sonatas

que produce el ingenioso campanil que allí se halla instalado, y que es movido por un aparato eléctrico. Mucho llamó la atención de los visitantes este curioso mecanismo.

Fatigados de venir recorriendo los inmensos salones que hemos atravesado, siempre oprimidos por la muchedumbre y bañados en sudor, entremos en un vasto y elevado salón llamado de las Pinturas, que nuestro plano designa con el número 7. Respirando una atmósfera menos densa y libres de las apreturas y empellones, aprovechemos los lugares que están desocupados en un grande y elegante diván que se halla en el centro, y gocemos á la vez que del descanso que proporciona una cómoda postura, del encanto que produce á los ojos la vista de los soberbios cuadros que decoran las paredes de la magnífica estancia.

Tenemos delante uno de los más bellos lienzos del arte moderno, el cuadro de Francisco Grandi, ofrecido á Su Santidad por los Camareros secretos y por los de Capa y Espada. Representa á León XIII sentado sobre la cátedra de San Pedro. Agrúpanse á su derredor la Virtud, bajo cuyos auspicios la Religión protege las artes y las ciencias, mientras la Historia prepara á la posteridad las páginas inmortales de sus obras. Bella la entonación del cuadro; correcto el dibujo; irreprochable el parecido del Papa; apropiada y natural la expresión de las figuras; esmerado el estudio de las ropas; el donativo de los Camareros es una obra de arte, que bien puede figurar en el Museo de Pinturas del Vaticano.

Dirijamos ahora la vista á la izquierda, y veremos otro cuadro sorprendente salido del pincel de Loveini, ofrecimiento del Obispo de Bergamo. Poético y conmovedor el asunto, atrae las miradas del espectador, inspirando un sentimiento de veneración hacia el mártir San Alejandro, cuyo cadáver sin cabeza yace tendido á lo largo en el pavimento de un pórtico; á la vez que se experimenta la mayor simpatía hacia una noble y piadosa dama, Santa Grata, que ha recogido el precioso miembro separado del tronco, y estrechándolo contra su pecho eleva los ojos al Cielo en actitud de dolor profundo y de fervorosa oración; un ejército nume-

roso de ángeles asisten al tierno espectáculo, trayendo el primero de los celestes espíritus, la corona y la palma con que ha de hacer en la Gloria su triunfal entrada el mártir de la Fe. Severa, como al asunto corresponde, la entonación del cuadro, el colorido es vivísimo, el dibujo grandioso y la expresión indefinible en gracia y naturalidad. El conjunto desde luego revela una gran composición, no obstante que las figuras principales son dos solamente. Profanos en el arte, no hemos dejado de experimentar á la vista del cuadro los sentimientos naturales y religiosos que inspiraron sin duda al artista; prueba clara de que éste supo desempeñar con inteligencia el asunto que trasladó á la tela.

Pasaremos ahora al lado opuesto del diván para ver y admirar otro cuadro que ha sido reputado como una gran joya artística de la Exposición; la Judith de Pedro Aldi, obsequio de la Sociedad del Sagrado Corazón. Es una grandiosa composición, en la cual se presentan centenares de figuras que, si bien no todas aparecen en totalidad porque se hallan reunidas las más en apretado grupo, siempre un buen número de ellas se deja ver de la cabeza á los pies en diversas actitudes y posturas, dominados respectivamente por sentimientos que debían experimentar amigos y enemigos en los momentos en que la valerosa Judith acaba de extraer de un saco conducido por una esclava, la cabeza de Holofernes y la muestra al pueblo de Betulia. Este la mira asombrado y contento de saber que había dejado de existir el tirano que le oprimía, á la vez que los soldados de Holofernes aparecen llenos de espanto y poseídos de terror viendo la ensangrentada cabeza de su jefe. La intrépida judía dominando el cuadro, colocada de pie sobre una plataforma elevada, dirige la palabra á su pueblo, demostrando en su noble actitud, que comprende toda la importancia y trascendencia del hecho heroico que acaba de ejecutar.

Tan interesante como es el asunto elegido por el artista, es maravilloso el desempeño de la obra. De fuertes tintas; lleno de movimiento y expresión; dibujado con esmero y acabado en todos sus detalles, el cuadro de Aldi ha hecho

la admiración de los visitantes, y apenas dado á luz había sido reproducido por varios grabadores.

Tanto como llaman la atención los tres cuadros cuya ligera descripción dejamos hecha, son objeto de general admiración los marcos que los adornan. Es indescriptible la belleza y elegancia, el lujo de molduras y la perfección del dorado, principalmente en el de Santa Grata. No contribuye poco á dar realce y brillo á las grandes obras de pintura, el artificio de los marcos que las encierran, y en esto es necesario reconocer que el arte moderno ha superado con mucho al antiguo. El marco del lienzo de Loveini vale tanto como la pintura, bajo el punto de vista del mérito artístico.

Valioso y de rara belleza es un precioso mosaico ofrecido por la Archidiócesis de Florencia. Representa la Oración del Huerto, y lo resguarda un riquísimo marco de bronce dorado. Es una de las exquisitas joyas de la Exposición.

Varias esculturas muy notables encierra esta sala, y mencionaremos dos que han merecido muy buenas calificaciones. Una es la estatua en bronce de Santo Tomás de Aquino, regalo de la Orden dominicana, y otra la de San Lucas, también de bronce, obsequio de la insigne Academia de San Lucas.

Pasemos á la sala llamada quinta, que en nuestro plano está marcada con el número 8. Vamos á recrear la vista con los magníficos dones de la ciudad de Roma. Innumerables como son los objetos que esta sala contiene, señalaremos algunos de los principales solamente.

Lo que llama primero la atención, es sin duda el gran cuadro del retrato de León XIII, obra muy bien acabada del pintor Ugolini; pero más que la pintura, que ha sido calificada muy favorablemente por los artistas, excita la admiración el magnífico y soberbio cuadro que la adorna. No puede imaginarse mayor lujo de ornamentación, más acabada ejecución de molduras, más elegancia ni mejor gusto en los contornos, más perfección en el dorado. Decididamente en su género es la obra de más mérito que fué presentada á la

Exposición, y nótese que en este arte fueron exhibidas obras de singular belleza.

No menos por las molduras y tallas que por la riqueza de las telas y sus bordados, es notable el trono papal, obsequio de las Asociaciones artísticas católicas de Roma.

Regalo verdaderamente regio es la escribanía de plata y oro que ofrecieron á Su Santidad los oficiales del ejército pontificio. Obra maestra de orfebrería, es valiosa además por las materias de que se compone, plata y oro cincelado con engastes de piedras preciosas; está coronada con una bellísima estatua de San Miguel teniendo á Lucifer á sus plantas.

Una pieza notabilísima de ebanistería fué ofrecida por el Instituto Pío IX Artigianelli de San José en Roma. Es una especie de retablo afectando la forma de una elegante portada con tres nichos; en el del centro está la imagen de San José, y un ángel de cuerpo entero en cada uno de los laterales: sobre una elegantísima cornisa que descansa en un bello arquitrave, se ven graciosamente sentados dos genios que sostienen el escudo del Papa coronado con la tiara y las llaves. Todo el retablo es de madera de nogal tallado á la perfección y con tal artificio, que aparece hecho de una sola pieza y como vaciado en un solo molde.

Es admiración de los inteligentes un modelo ejecutado en yeso de una estatua de Santo Tomás de Aquino por el escultor Aureli. La expresión de la cara del santo es verdaderamente inimitable y las ropas hacen recordar las del *Moisés* de Miguel Angel.

Otra obra de arte de gran efecto artístico y de ejecución admirable, á la vez que de extraordinaria riqueza, es el frontispicio de altar, obsequio de los príncipes Torlonia. Está construido en piedra dura con incrustaciones de ágata sobre fondo de lapislázuli y adornos de metal, estilo del siglo XVI.

Notable es por la ejecución artística un pequeño desayuno de plata y oro en cuya charola se halla cincelado el disco de la hora universal que formó el astrónomo Galli di Velletri

para determinar la hora correspondiente en todos los lugares del globo á la en que se celebró la Misa jubilar.

Es una pieza de gran mérito la tabaquera de oro con brillantes que ofrecieron á Su Santidad los jóvenes del Círculo de San Pedro.

La galería marcada con el número 9, que es una de las más espaciosas salas, tiene inmensa capacidad para contener objetos, porque, además se halla dividida en tres compartimentos. Allí fueron colocados los regalos procedentes de la Italia central. Increíble parece el número de artículos que encierra en sus aparadores y en las paredes. Sería necesario emplear muchos días en la visita de esta sección para poder uno darse cuenta de lo que contiene. Es tanto, tanto lo que hay y tan bueno y tan variado, que no podremos mencionar sino muy poco.

Un gran vaso etrusco y un enorme plato etrusco también, aquel de cerámica y este de bronce, llaman mucho la atención, sobre todo este último que se halla cincelado con mucho arte.

Un magnífico misal con las cubiertas cinceladas en plata, representando un cuadro de Guido Reni y otro de Angélico.

Alzando los ojos á la pared se ve un magnífico cuadro de Aldi, el autor de la Judith: representa el apoteosis de Gregorio VII, y es obsequio de la Diócesis de Jovana. Es digno del pincel que lo ejecutó.

Una preciosa barquilla de maderas finas, procedente de Varazze en la Diócesis de Génova.

Un magnífico candelabro de fierro con incrustaciones de plata y oro, de la Diócesis de Aosta.

Un púlpito de madera ricamente tallado.

Un juego de vajilla de porcelana japonesa.

Una rara colección de huesos de animales antidiluvianos.

Por millares se cuentan los ornamentos y vasos sagrados; hay una exquisita colección de figuras de madera de muy bello trabajo, gran cantidad de misales y libros sobre varias materias; hermosos cuadros caligráficos, bellas pinturas, varias estatuas, algunas de plata y otros metales.

En la sala sétima, que nosotros marcamos en el plano con el número 10, están los dones de la Italia Septentrional y los ofrecidos por la Comisión promotora.

Lo primero que llama la atención es el bellissimo altar de estilo gótico italiano, obra de un trabajo exquisito y de un gusto irreprochable. Fué regalo de la Comisión.

Un elegante reclinatorio tallado con esmero y muy bien dorado. Es procedente de Turín.

Un grandioso púlpito de madera, con bellas molduras de talla exquisita.

Tres cirios pascuales adornados con muy buenas pinturas. Dos lámparas de bronce dorado, estilo bizantino, elegantísimas.

Un gran tapete representando la Caridad rodeada de los fundadores de los establecimientos de beneficencia de Turín. Es regalo de las damas de aquella ciudad.

Una imitación del *Duomo* de Milán, obra curiosísima, adornada con 400 pequeñas estatuas de plata, obsequio de la Diócesis Milanesa.

Un grande alto-relieve que reproduce la Cena de Leonardo de Vinci, obra del artista Bellorio de Milán.

Una abundantísima y preciosa colección de flores artificiales, ejecutadas por las Hermanas Marcelinas de Milán.

En todas las paredes de la sala se ven cuadros con pinturas, estandartes, etc., etc.

Antes de salir de esta sala se detiene uno admirando la magnífica *lámpara votiva* del Jubileo, que deberá ser colocada en el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles en conmemoración del Jubileo sacerdotal de León XIII. Es elegantísima y fué proyectada por el profesor Cattaneo de Venecia.

Sigue el departamento número 11, destinado á los donativos de las provincias de la Alta Italia. Desde luego reclama nuestra atención el magnífico reclinatorio del Comité Genovés, tallado en ébano sin sobrepuesto alguno y decorado ricamente con las molduras y preciosos relieves esculpidos en la madera.

Sorprende la belleza de una estatua de bronce de tamaño natural; representa á David tocando la cítara.

Encanta la vista una bellísima custodia adornada con exquisitos corales.

Es digna de admiración una pequeña barca de plata hecha en Padua. Conduce al Salvador en compañía de los apóstoles representando el episodio en que la borrasca los envolvía y reclamaban el auxilio divino con aquellas palabras: "Sálvanos, Señor, que perecemos."

Notabilísima obra de arte es la copia en metal de la Basílica de San Antonio de Padua, conteniendo en su interior una reliquia del santo. Mide cerca de un metro; las paredes son de bronce dorado, los techos de plata y los adornos principales de oro.

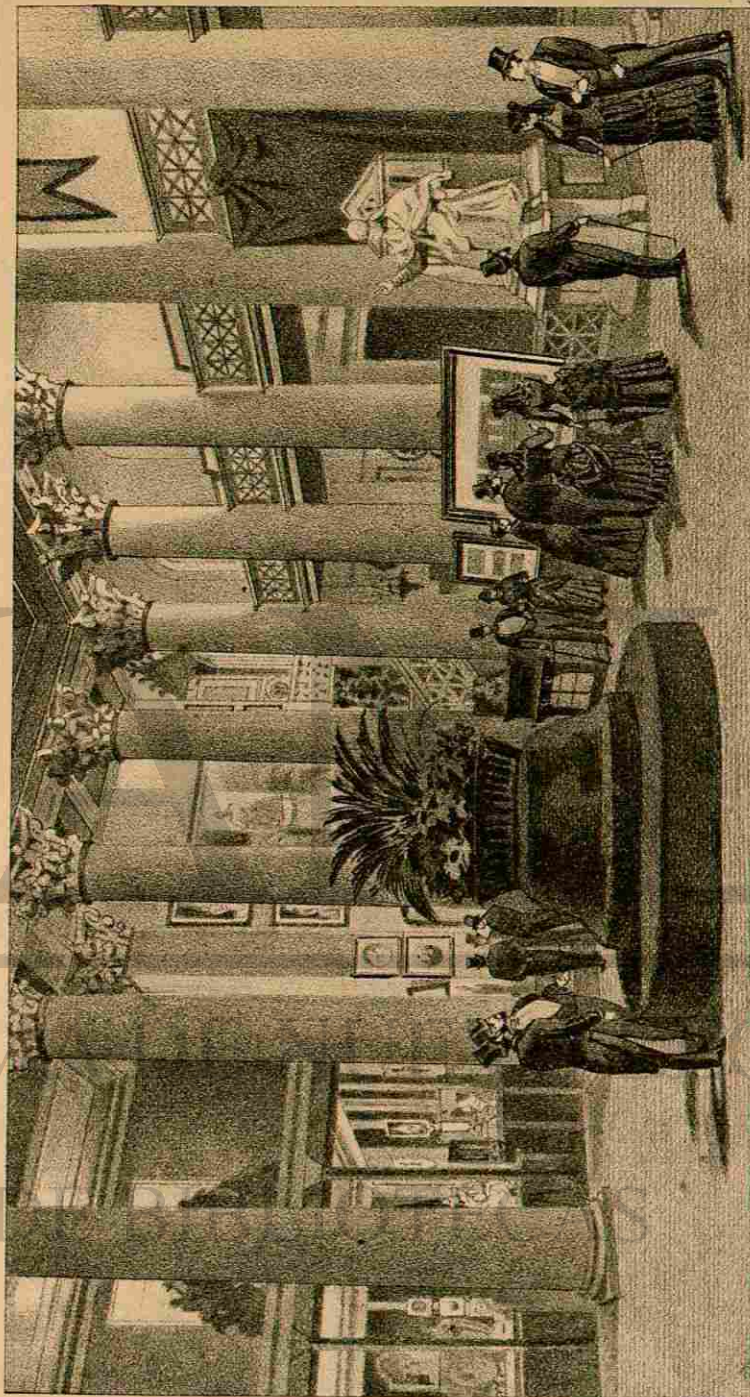
Merecen especial mención las magníficas telas de la Diócesis de Vicencio; son piezas enteras de ricos paños, blanco, escarlata y negro, cachemires de diversos colores y tejidos para ornamentos de Iglesia.

No puede pasarse desapercibida la espléndida colección de objetos de cristal y de vidrio, de esmaltes y de mosaicos de la célebre fábrica Salviati en Venecia.

Necesario será pasar á tomar descanso en los magníficos divanes que adornan la Sala de las Columnas, (número 12 en la planta) y allí detenerse un buen rato. La misma Sala es digna de estudio y admiración; la representa nuestra lámina en los momentos en que se hallaba en ella un grupo numeroso de los peregrinos mexicanos. Es una estancia elegantísima construida para servir de sala de honor, y en ella tuvo lugar el acto solemne de apertura de la Exposición, presidido por el Santo Padre.

La gran estatua de León XIII sentado, descansando sobre artístico pedestal, es el primer objeto que llama la atención en esta sala. Obra del escultor Luchetti, está destinada para erigir un monumento en la Cripta de San Lorenzo frente á la tumba de Pío IX. Fué donativo de la Congregación de *Propaganda Fide*.

Otras estatuas se encuentran allí, entre las que menciona-



LIT. C. MONTAURIOL, MÉXICO.

EXPOSICION VATICANA. SALA DE HONOR.

remos un San Alpino y un San Miguel, en bronce, y un San Francisco de Sales, en fierro.

Son riquísimos y de bellos dibujos y colores los tapetes que cuelgan de las paredes, y proceden de Limoges y de Rodez.

En la galería superior es de admirar el gigantesco órgano de la Diócesis de Perusa.

No son de menor mérito los órganos de Brescia y de Foligno, y una arpa con teclado, ingeniosa invención del profesor Antoldi, de Montova.

Merece mencionarse también la gran vidriera de cristales de colores que está colocada en una ventana, representando un asunto de la vida de Juana de Arco.

De este salón de las columnas se pasa al "Nuevo Brazo" en el Museo Chiaramonti. (Número 13.) Llámase á este departamento, "El Tesoro de la Exposición," y en verdad que así merece llamarse por la riqueza de los objetos que encierra, y son los dones de los Soberanos, de los Gobiernos, de la Familia pontificia y de los Obispos, y los más notables de las Asociaciones y particulares.

No hay en este salón un solo objeto que no sea de gran mérito y de considerable valor, ya por el arte, ya por la materia. Deberíamos mencionarlos todos; pero son tantos que no acabaríamos. Nos ocuparán los más ricos y los más bellos solamente.

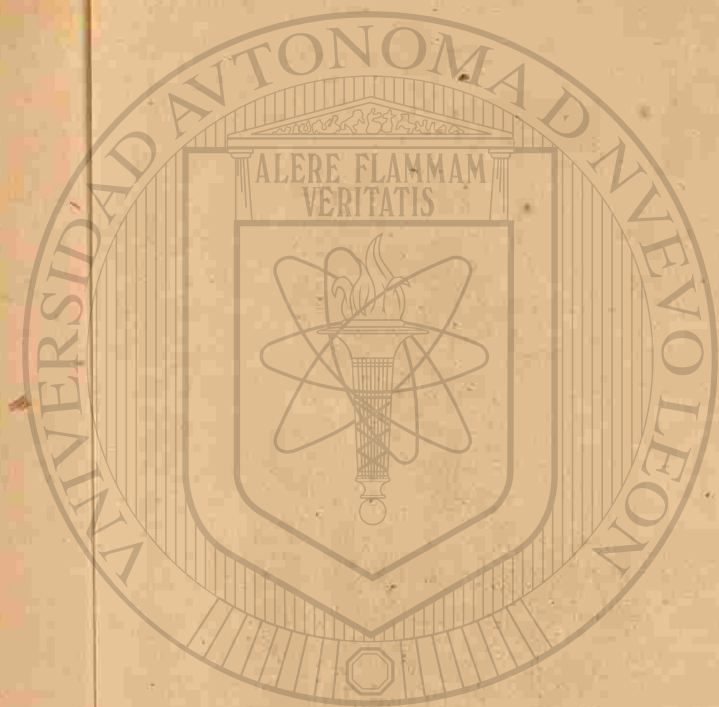
Una casulla con franjas y bordados exquisitos, regalo de la Princesa de Forstenberg.

La magnífica tiara de plata, oro y pedrería, de la ciudad de París.

Un mueble de palisandro con adornos de bronce dorado, teniendo sobre la cubierta un reloj y dos candelabros del mismo metal, obsequio del Conde de París.

Una escribanía preciosísima de porcelana de Sèvres, y un gran vaso de la misma cerámica, regalo del ex-presidente de la República Francesa, Mr. Grévy.

El roquete enviado por el Emperador de Austria, la Ar-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

chiduquesa Estefanía y las damas de Viena; trabajo de mérito y de un valor inestimable.

Dos magníficos y curiosos tapetes, regalo del Emperador de Marruecos.

Un cuadro que representa la escena del Calvario, ofrecimiento del Príncipe Leopoldo, Regente de Baviera.

Un roquete de labor exquisita, hecho en Manila con filamento de hoja de plátano; regalo de la Srta. Dolores Barron, mexicana.

Un volumen que contiene el cántico *Magnificat* en 150 lenguas, ofrecido por los Hermanos cistercienses de Francia.

Un gran vaso de basalto sobre pedestal de granito.

Una estatua de plata de San Juan Bautista, de muy bella ejecución.

En el centro de la sala, y custodiado por cuatro guardias, se encuentra un gran aparador con cristales que encierra los objetos de mayor estimación por la materia. Allí está la riquísima mitra que regaló á Su Santidad el Emperador de Alemania; el soberbio brillante del Sultán de Turquía; el gran broche para capa pluvial y el anillo, ambas piezas de gran valor, obsequio de la Reina Regente de España; allí la cruz del Emperador del Brasil; el tríptico de la Soberana del mismo Imperio; el cáliz moriseo regalado por el Rey de Portugal; el anillo del Príncipe de Joinville; el templete adornado con brillantes que encierra la estatua de Santo Tomás, en marfil, regalo del Príncipe de Arenberg; la cruz de brillantes y esmeraldas de la Duquesa de Malakoff; la magnífica que ofreció D. Carlos de Borbón; la jarra y palangana de oro cincelado, ofrecida por la Reina de Inglaterra, y como resaltando sobre todas estas riquísimas joyas y objetos valiosísimos, el pectoral formado de una gran cruz y collar de brillantes, obsequio de una de las más pequeñas repúblicas de América, Colombia, la primera acaso en su adhesión á la Silla Romana, y una de las que más se ha distinguido por su catolicidad..... Y no seguimos enumerando las otras preciosidades que contiene esta sala, porque aun nos faltan

muchos departamentos que recorrer y sería interminable nuestro relato.

Pasemos á visitar la sección francesa que se halla en las dos salas marcadas con el número 14 y en parte de la del 15. Rica y variada esta sección, puede decirse que abraza todos los ramos de industria de esa gran nación.

Desde luego sorprende agradablemente una rara y abundante colección de tazas, vasos y otros muchos artículos, imitación del estilo japonés.

Un gran armario contiene variedad de tejidos de lana, de seda, de algodón, de lino, etc.

Otro encierra una variedad de objetos de servicio de altar en tal número, que las custodias solamente pasan de cincuenta. Es regalo de la ciudad de París.

Hay un gigantesco modelo de órgano para la Basílica de San Pedro.

Otro armario que guarda una buena colección de instrumentos geodésicos en la parte inferior y en la superior paraguas y sombrillas.

Notabilísimo es el magnífico jarrón azul de porcelana de Sèvres.

Es muy rico y artísticamente ejecutado un reclinatorio, cuya tapicería es de lo más elegante en su clase.

Llama la atención del visitante una preciosa pluma de oro, regalo de León Taxil, y un tejo de plata, notable por su antigüedad, obsequio del Cardenal Lavignerie.

La colección de vestiduras sacerdotales abundantísima es y muy variada.

La de flores artificiales no tiene igual en perfección en los otros departamentos.

La variedad de estatuas de metal, de madera, de porcelana, de estuco y de barro cocido, ofrece á la vista algunos ejemplares bellos, entre los cuales hay dos que se distinguen, un Corazón de Jesús y una Purísima Concepción.

Sobre todos los artículos de esta sección se halla en primer lugar tal vez, un espejo de gigantescas proporciones, ofrenda de la fábrica de Gobens en la Diócesis de Soissons.

La sección de Francia no cupo en el departamento que se le destinó, y fueron colocados muchos objetos de ella en la inmediata que pertenece al imperio de Alemania, y es en el plano el número 15.

En esta sección alemana, es admirable, en primer lugar, la biblioteca formada con las obras que se han publicado en aquella nación durante el período del pontificado de León XIII, y consta de más de ocho mil volúmenes, conteniendo asuntos de moral, historia, liturgia, etc., etc.

Gracioso por la forma y artístico en la ejecución es un altar ofrecido por la Diócesis de Wurtzburg.

Es también muy bello y obra de buen gusto artístico otro altar gótico de Ratisbona, y para servir á este se exhibió un rico tapete que llama la atención de los visitantes.

Una estatua colosal en bronce, de Urbano II, el Papa de las Cruzadas, se reputa como una obra excelente de escultura.

Es curioso el *fac-simile* del célebre reloj de Strasburgo, y está dispuesto de manera que por la espalda se puede observar la maquinaria y sus movimientos.

Lo que hay en esta sección, también notabilísimo, es la colección de miniaturas y pergaminos antiguos, que pasa de 800 ejemplares, algunos muy raros y curiosos.

La abundancia de paramentos y vasos sagrados, de lámparas y otros artículos de iglesia es considerable, y en ella no escasean buenas obras de arte, principalmente en el ramo de vestiduras sacerdotales.

Entremos en la Sala de los Candelabros, magnífico departamento del Vaticano cuyas bellezas describiremos cuando demos cuenta de nuestra visita á los palacios pontificios. Por ahora nos limitaremos á mencionar los objetos principales que encierra pertenecientes á la Exposición. Allí están los dones de la Holanda, del Luxemburgo y de Bélgica.

Riea en objetos es la sección expresada, y ya no es posible seguir mencionando ni siquiera los principales, porque se ha prolongado mucho nuestra revista.

Diremos solamente que lo más precioso y notable de la

industria de esos países eminentemente industriosos encuéntrase allí reunido, en objetos de iglesia, en cuadros, en libros, en estatuas, en telas, en muebles, etc.

Señalaremos, sin embargo, una soberbia cama de plata maciza cincelada á la perfección; una estatua en bronce de Adriano VI; un álbum notable por las miniaturas, y riquísimo por la encuadernación, teniendo las cubiertas de plata y oro maravillosamente cinceladas.

No omitiremos tampoco el regalo de la familia real de Bélgica, consistente en un servicio de ornamentos para misioneros, dispuesto por nuestra querida é infortunada princesa Carlota, de cuyas manos está bordada una de las casullas. . . .

Pasemos á la Sala de los Mapas (esta y la anterior no fué posible indicarlas en el plano) y quedaremos sorprendidos con la abundancia y variedad de los objetos que encierra la vasta galería. Si nos detuviésemos un minuto solamente en examinar cada una de las cosas que allí están colocadas, empleando todas las horas hábiles del día, no acabaríamos de ver esta sección en dos meses, y sin embargo, hay muchas, muchísimas obras que no podría examinarse una sola en treinta minutos.

Esta galería encierra los dones de los vicariatos apostólicos de las misiones. Contiene tipos, trajes, alhajas, utensilios domésticos, armas, reproducciones de casas; colecciones de mariscos, de minerales, de vegetales, de pieles de cuadrúpedos y de aves; obras de arte exquisitas como tapetes, cortinas, almohadones, hamacas, pinturas, cerámica, etc., etc., y todo esto de procedencias tan distantes entre sí y tan distintas, como son de Constantinopla y otras ciudades y comarcas de la Turquía, de Marruecos, de la India, de la China, de la Guyana francesa, de Nueva Caledonia, del Tonkín.....

Tendremos que salir de este departamento sin haberlo visitado, y llegaremos á la Sala de los Vinos y Comestibles, en donde una ojeada nos bastará solamente para formarnos idea de lo mucho que encierra este inmenso almacén. Los vinos están colocados en grupos piramidales según su procedencia; el de Italia es tan alto como una colina; los de Fran-

cia y de España son de colosales dimensiones: las conservas, las semillas, los productos de nuestra América y los de Asia se hallan allí en gran variedad; las carnes, los pescados, los encurtidos de toda especie, los panes, bizcochos y galletas; las frutas de toda clase; el cacao, el café, la vainilla, el azúcar..

Imposible es seguir la enumeración. Sin hipérbole se puede afirmar que allí están reunidos en no pequeñas muestras artículos de todas las naciones del globo.

Démonos prisa en salir, que nadie nos ha de ofrecer una copa del dulcísimo *Lacrima Christi* del Vesubio, ni del famoso *Capri*, ni habrá quien nos brinde con un trago del afamado *Rhin*, del espumoso *Champagne*, del aristocrático Borgoña, del oloroso Jerez. Pasemos á la Galería de la Zitella, que allí nos queda mucho por ver.

Esta Galería de la Zitella fué construida por orden del Papa cuando la multiplicidad de los objetos obligaba á la Comisión á buscar nuevos sitios en donde colocarlos. Reunidos encuéntranse allí los donativos de varias naciones. Comenzaremos por España, sección abundante en artículos y notable por la calidad del mayor número de ellos. No los vamos á mencionar; enumeraremos simplemente los principales.

El trono que mandó Barcelona y se distingue menos que por su tamaño por la elegancia de sus líneas y por la riqueza de sus dorados y tapicería.

Un cuadro de Jesús Nazareno atribuido á Bartolomé Murillo, que si no es original del pincel del inmortal artista, se parece mucho á su estilo y por tal lo han juzgado personas competentes.

Un grandioso tapete de lana de hermoso dibujo y bello colorido.

En los diversos armarios que guardan los objetos de la sección española hay mucho, muchísimo que admirar en vasos sagrados, en ornamentos de iglesia, especialmente en las vestiduras blancas, como albas, roquetes, amitos, etc.

Entre los dones de España, aunque ignoramos si de ella proceden, hay una espléndida colección de cuadros científ-

ficos y de instrumentos y aparatos de astronomía, de meteorología y cosmografía, algunos de nueva invención.

Sigue el departamento de Suiza en el cual son notables los relojes de todas clases, los vasos sagrados y las colecciones de libros exhibidos en elegantísimos armarios.

La gran Bretaña y la Irlanda encontraron alojamiento digno para sus dones en aquella inmensa Galería, y deslumbran sus escaparates henchidos de preciosidades de objetos de iglesia y otras obras de arte. Dos grandes libreros encierran la curiosa biblioteca inglesa formada con todas las obras que en sentido católico se han publicado en Inglaterra desde la reforma hasta nuestros días.

No podemos detenernos á examinar los muchos objetos de varias clases que encierran los escaparates de Portugal.

Rápidamente es necesario dirigir la mirada á los armarios del Brasil, que guardan ejemplares muy curiosos de animales disecados, especialmente volátiles, conchas y todo género de mariscos.

No se debe pasar delante de las secciones de Santo Domingo, de Costa Rica, del Ecuador, de Guatemala, sin mirar lo que contienen y estudiar con interés los dibujos, cuadros caligráficos, etc. de las escuelas nocturnas.

De este género son muy interesantes las colecciones que ostenta la sección de Colombia, y son trabajos de las alumnas de los colegios de niñas de aquella república modelo.

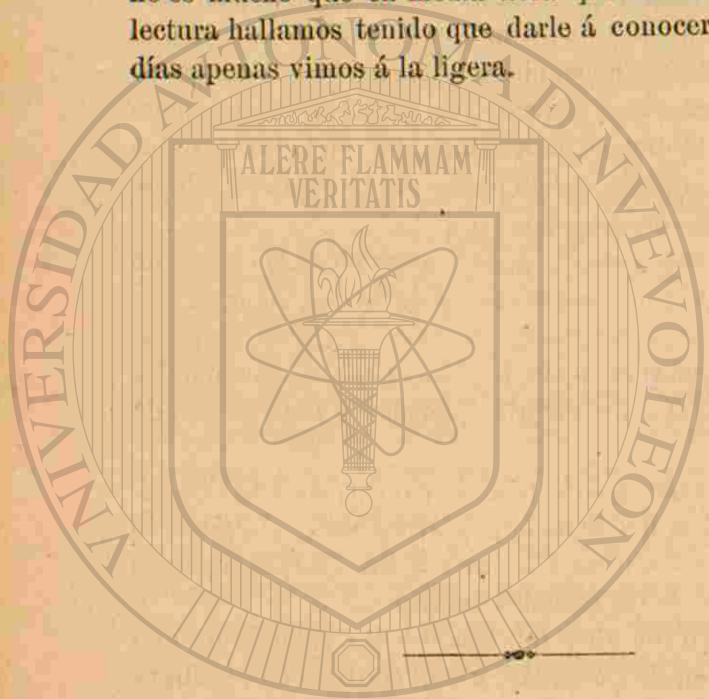
Incrustados entre estas secciones hay unos escaparates que contienen curiosos tipos de los pobladores de la Mesopotamia, de la Siria y de la Armenia.

Los Estados-Unidos dieron muy buen contingente para la sección de América, figurando entre otros objetos sus macizos muebles de nogal, entre los cuales se distingue un escritorio-biblioteca de muy buena talla.

El Perú y México no ofrecieron gran abundancia de objetos; pero debe satisfacernos respecto de nuestra Patria que la mayor parte de nuestros dones han llamado la atención de los comisionados de la Exposición y de los visitantes, y el semanario que se publica en Roma, órgano de la Comisión

promovedora, ha comenzado á dar preferencia en sus grabados y artículos á los objetos de nuestra pequeña sección mexicana.

Y aquí terminamos nuestra revista, y perdone el lector si hemos prolongado un poco la extensión de este capítulo; pero no es mucho que en media hora que habrá gastado en su lectura hallamos tenido que darle á conocer lo que en tres días apenas vimos á la ligera.



CAPÍTULO SEXTO.

Despedidas.—Plan de nuestras descripciones.—Noticia histórica.—La puerta del *Popolo*.—La Plaza.—*Santa Maria del Popolo*.—Las dos pequeñas iglesias.—El Corso.—Las mujeres romanas.

AL fin se dispersaron nuestros compatriotas. Unos eunantos, como decíamos arriba, llevaban el designio de hacer una larga excursión por Europa, y se proponían permanecer en el antiguo continente, y regresar á la Patria por diverso itinerario del que había fijado la Peregrinación: de estos nos despedimos, para no volvernos á ver acaso, con los ojos humedecidos por el llanto. Uno de aquellos excelentes compañeros nos encontró en una de las calles de Roma la víspera de partir, al otro día de la Misa en San Nicolás.

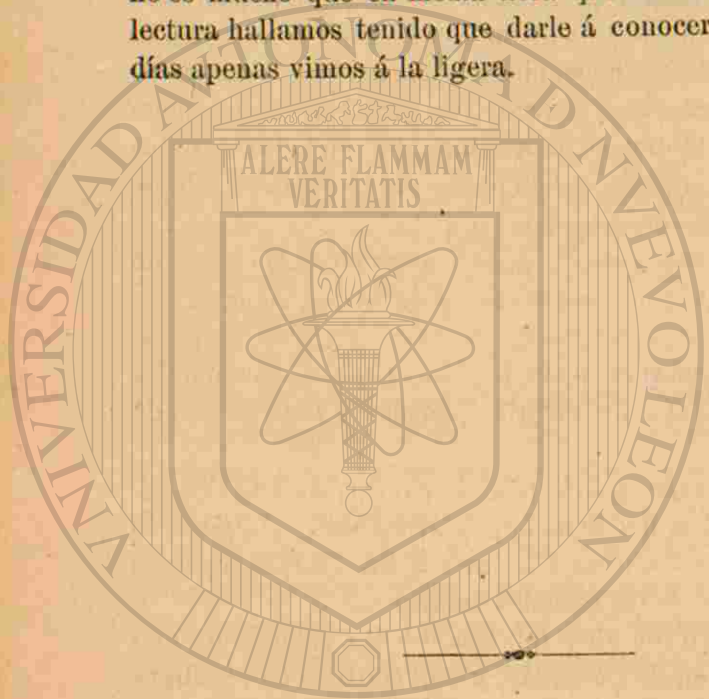
—Me despido de Vd., nos dijo, para París, á donde me voy mañana.

—¿Tan pronto, le digimos, ha visitado Vd. Roma? Yo apenas he visto dos ó tres edificios de los principales, y creo que no me bastará el tiempo de que puedo disponer para visitar lo más notable.

—Pues yo, volvió á decirnos, me doy por satisfecho con lo que he visto de Roma. Lo que deseo con ansia ver ahora es París, la capital del mundo civilizado, el emporio de la belleza y del buen gusto. ¿Qué hay más que ver en Roma, fuera de lo que hemos recorrido? Además, como viajero cristiano, yo debo visitar el santuario de Lourdes.

promovedora, ha comenzado á dar preferencia en sus grabados y artículos á los objetos de nuestra pequeña sección mexicana.

Y aquí terminamos nuestra revista, y perdone el lector si hemos prolongado un poco la extensión de este capítulo; pero no es mucho que en media hora que habrá gastado en su lectura hallamos tenido que darle á conocer lo que en tres días apenas vimos á la ligera.



CAPÍTULO SEXTO.

Despedidas.—Plan de nuestras descripciones.—Noticia histórica.—La puerta del *Popolo*.—La Plaza.—*Santa Maria del Popolo*.—Las dos pequeñas iglesias.—El Corso.—Las mujeres romanas.

AL fin se dispersaron nuestros compatriotas. Unos eunantos, como decíamos arriba, llevaban el designio de hacer una larga excursión por Europa, y se proponían permanecer en el antiguo continente, y regresar á la Patria por diverso itinerario del que había fijado la Peregrinación: de estos nos despedimos, para no volvernos á ver acaso, con los ojos humedecidos por el llanto. Uno de aquellos excelentes compañeros nos encontró en una de las calles de Roma la víspera de partir, al otro día de la Misa en San Nicolás.

—Me despido de Vd., nos dijo, para París, á donde me voy mañana.

—¿Tan pronto, le digimos, ha visitado Vd. Roma? Yo apenas he visto dos ó tres edificios de los principales, y creo que no me bastará el tiempo de que puedo disponer para visitar lo más notable.

—Pues yo, volvió á decirnos, me doy por satisfecho con lo que he visto de Roma. Lo que deseo con ansia ver ahora es París, la capital del mundo civilizado, el emporio de la belleza y del buen gusto. ¿Qué hay más que ver en Roma, fuera de lo que hemos recorrido? Además, como viajero cristiano, yo debo visitar el santuario de Lourdes.

—No participo de las ideas y de los sentimientos de Vd. Si yo tuviera el tiempo disponible, iría á París y á Lourdes; pero después de haberme saciado, si posible es, en las bellezas de esta Roma en donde tanto se tiene que admirar. Mas ir á París sin conocer á Roma; estar aquí, tal vez para no volver, y separarse de la Ciudad Eterna sin haberla estudiado, francamente me parece un....

—Pues será lo que Vd. quiera, nos interrumpió: yo no permanezco un día más en Roma.

—Pues buen provecho le haga, mi querido amigo, y nos despedimos.

Otros romeros, con el propósito de regresar á la Patria en unión de sus hermanos, no pudieron prescindir, sin embargo, del deseo de visitar París, y se ausentaron de Roma para ir á estar una semana cuando menos en aquella Babilonia de la Edad moderna. Alguno de estos compañeros fué á despedirse de nosotros.

—Vengo á despedirme de Vd. hasta dentro de quince días, nos decía con aire de satisfacción; voy á París. ¿No quiere Vd. acompañarme?

—Gracias, amigo, le respondimos. Yo vine á Roma y de Roma no salgo hasta que la necesidad á ello me obligue. El tiempo de que disponemos es bien corto para emplearlo en otra cosa que visitar esta gran ciudad, la primera del mundo por sus recuerdos históricos y por sus bellezas de arte.

—Pues yo, proseguía nuestro amigo, no volvería satisfecho á la patria si no conociese París.

—Pues yo, repusimos, no volveré contento á México si no he visto cuanto pueda ver de Roma.

Y sin convencer el uno al otro, aquel amigo se marchó y nosotros nos quedamos, y con nosotros un grupo no poco numeroso de compañeros que no querían ver otra cosa fuera de Roma.

Algún amigo á quien habíamos invitado para que tomase parte en la Romería, y á quien proporcionamos facilidades y recursos para que hiciese el viaje en nuestra compañía, no pudo resistir á la tentación de visitar París y nos abandonó,

pretextando ciertas atenciones, y se marchó á Francia, con promesa de regresar á los quince días, lo que no cumplió.

Henos, pues, principiando á vivir en Roma, consagrados exclusivamente á visitar sus ruinas, sus monumentos, sus palacios, sus iglesias. Propusímonos un programa determinado que no siempre nos fué posible observar; porque ¡cuántas veces nos sucedió que en una sola iglesia empleamos la mañana ó la tarde que teníamos destinada para recorrer tres ó cuatro edificios! No pocas ocasiones nos vimos obligados á repetir nuestra visita, por no habernos sido suficiente el tiempo que habíamos empleado en la primera.

Sería difícil, por lo mismo, conducir al lector en nuestra compañía, llevando el irregular itinerario que seguimos diariamente en nuestras visitas. Tomaremos la ruta que nos ha parecido más conveniente para el efecto de que, con el libro en la mano, pueda el lector recorrer con la imaginación toda la ciudad, sin dejar de ver sus más importantes monumentos y edificios.

Ya se deja entender que mucho quedará por visitar; que pasaremos, sin detenernos, delante de muchísimos edificios; que no podremos examinar detenidamente lo que visitamos, ni menos dar cuenta de todo lo que hemos admirado. La vida de un hombre no alcanza para estudiar concienzudamente lo que hay en Roma; mucho menos para escribir el resultado de ese estudio. ¿Qué podría ver un peregrino en el corto transcurso de veinte días? Y sin embargo, tendríamos materia para formar varios y gruesos volúmenes, describiendo lo que vimos en tan corto espacio de tiempo.

Concretémosnos, pues, á escribir lo que es posible en los límites de una obra como la presente.

Conveniente nos ha parecido principiar esta parte de nuestro relato, con una breve noticia histórica de la ciudad de Roma, desde su fundación hasta nuestros días.

Causa verdadera extrañeza que aparezca envuelto en la fábula el origen de una ciudad que comenzó á existir no más que 753 años antes de la Era Cristiana. Si hemos de creer á la leyenda, Rómulo y Remo, los amamantados por la

célebre loba, fueron los fundadores de la ciudad. Sea lo que fuere acerca de esto, no puede dudarse que la Roma primitiva fué fundada sobre el monte Palatino, extendiéndose después al Capitolino y más tarde al Quirinal, Esquilino, Celio, y al fin al Viminal y al Aventino.

En la época de Servio Tulio y de los Tarquinos, Roma era ya una ciudad floreciente. Expulsados éstos, Roma, constituida en República, tuvo que luchar contra los aliados de sus antiguos reyes y contra el poder de los etruscos, á quienes llegó á aniquilar después de titánicos esfuerzos. Sometiéndose adelante á la Sicilia, destruyó á Cartago, se apoderó de la Grecia, de la Macedonia, de la Asia Menor, y llegando al apogeo del poder y de la gloria, perdió ella misma su libertad que le fué arrebatada por Julio César; comenzando con Augusto, sobrino de éste, la muy larga serie de Emperadores romanos que llegaron á ser célebres en la Historia, menos por sus virtudes y hazañas, que por sus vicios y crímenes.

Aquel poderoso imperio vino á tierra, y la gran ciudad quedó á merced de los bárbaros que la saquearon muchas veces. No fué menos desgraciada durante la Edad Media. A las inundaciones, á los incendios, sucedieron las invasiones de los Sarracenos y de los ejércitos alemanes: las incessantes luchas de los señores romanos, güelfos y gibelinos, continuaron la obra de devastación de los bárbaros. Tan lamentable estado de cosas duró hasta la época en que los Sumos Pontífices dejaron á Aviñón para volver á Roma. Su presencia restableció la calma en la ciudad, trabajada por tantos desastres, y se organizó un gobierno regular. Fomentaron los Papas las ciencias y las artes, rivalizando entre sí los cardenales y la nobleza romana, para reparar antiguas iglesias, edificar nuevas, conservar antiguos monumentos y construir soberbios palacios que embellecen la Roma moderna. Fué éste el período más brillante del gobierno de los Papas, cuyo poder temporal les fué arrebatado por la Revolución, el 20 de Setiembre de 1870.

A partir de esta fecha, el aspecto de la ciudad ha cambia-

do notablemente. Si bien hallábase adornado con soberbios edificios que los italianos no llegarán á construir iguales en solidez y magnificencia, las calles, con pocas excepciones, eran estrechas, irregulares y sucias: justo es decir que el gobierno usurpador se ha consagrado al embellecimiento exterior de la ciudad, y á la vez que ha prestado facilidades para la construcción de nuevos y elegantes edificios formando manzanas enteras y completos cuarteles, ha procurado el alineamiento y ampliación de muchas calles, que algunas de ellas forman hoy hermosas avenidas, tales como la *Vía Nazionale* y la *Venti Settembre*.

Servio Tulio había cercado la ciudad con espesos muros formados de blocks de torta volcánica: comprendía entonces las siete colinas y una pequeña parte del monte Janículo, abrazando una área de muy cerca de ocho millas.

Desde Servio Tulio hasta el emperador Aureliano, las murallas de Roma no habían sufrido cambio alguno; mas este emperador, temiendo que los bárbaros en alguna de sus incursiones se apoderasen de la ciudad por medio de un golpe de mano, la cercó de nuevos muros que fueron acabados hacia el año 276 de nuestra Era. Si se ha de creer á los escritores contemporáneos, esta nueva muralla tenía una circunferencia de casi 50 millas, guarismo que no puede parecer exagerado si se considera la extensión inmensa que debían ocupar edificios tan vastos como los que entonces se fabricaban y la área que se necesitaba para encerrar una población tan numerosa como era la que afluyó en aquellos tiempos á la gran Ciudad que fué llamada Señora del mundo.

Lo cierto es, que no se han encontrado vestigios de esa extensísima muralla, y que los muros actuales, que no tienen sino poco más de 16 millas de circunferencia, son evidentemente de época posterior á la de Aureliano.

La parte más antigua que se observa en los muros actuales es la que restableció Honorio hacia el año 462 de la Era Cristiana, y en esa época, á juzgar por las inscripciones que aun existen, fueron construidas muchas de las puertas de la ciudad.

Por el lado del Tíber, en que se halla la Basílica de San Pedro, las murallas son de construcción moderna. Consta por otra parte que el Vaticano no estaba comprendido dentro de los límites de la ciudad hasta el año 850 en que fué amurallado por el Papa León IV para proteger la Basílica contra las irrupciones de los sarracenos.

Doce son las puertas que hoy existen, nueve sobre la ribera izquierda del Tíber, que se llaman, *Flaminia* ó del *Popolo*, *Salaria*, *Pia*, *S. Lorenzo*, *Maggiore*, *S. Giovanni*, *Latina*, *Appia* ó *S. Sebastiano* y *S. Paolo*: cuatro sobre la ribera derecha, *Portese* y *S. Panerazio*, en la *Trastevere*, y *Cavalleggiere* y *Angelica* del lado del Vaticano. Estas son las que existen abiertas: hay cerradas en la margen izquierda, cuatro (*Piniana*, *Viminalis*, *Metronis* y *Ardeatina*), y tres en la ribera derecha *Fabbrica*, *Pertusa* y *Castello*): algunas otras hay de menor importancia que se hallan cerradas de mucho tiempo atrás.

El Tíber atraviesa á Roma de Norte á Sur, y facilita el transporte de los víveres y mercancías. En lo antiguo había sólo cuatro puentes para pasar el río de uno á otro lado de la ciudad y se llamaban: *Aelius*, *Janiculensis*, *Fabricius* y *Gratiani*: hoy existen nueve, que se llaman: *Margarita*, *Ripetta*, *Humberto 1º* (en construcción), *S. Angelo*, *Ponte di Ferro*, *Sixto*, *Garibaldi*, *Fabricio* y *Rotto*.

La ciudad está dividida hoy en catorce cuarteles y se hallan en construcción algunos más que no tenemos noticia hayan sido delineados en totalidad. La población, según las estadísticas no muy recientes que tuvimos á la vista, era de 250,000 habitantes: aumenta considerablemente de día en día y se nos ha asegurado que pasa en la actualidad de 300,000.

Aunque Roma dista mucho de haber recobrado su antigua opulencia, todavía puede ser considerada como la más hermosa ciudad del mundo. Los obeliscos, las columnas, las estatuas, los bajo-relieves y tantas otras obras maestras del arte, desenterradas de las ruinas y de los escombros que amontonaron los siglos ó la barbarie: los restos de antiguos

templos, de arcos de triunfo, de circos, de teatros, de anfiteatros, de termas, de tumbas, de acueductos y de otros edificios con que se tropieza á cada paso, excitan el asombro y la admiración por su magnificencia, formando la riqueza principal de esta ciudad célebre.

Los edificios modernos de Roma rivalizan en magnificencia con los antiguos: las suntuosas iglesias, los grandes palacios, las bellísimas fuentes, las magníficas plazas, las famosas villas ó casas de placer que encierran bellas colecciones de monumentos de arte antiguos y modernos, los museos públicos en donde se han reunido las grandes obras de la escultura y de la cerámica egipcia, etrusca, griega y romana: las admirables obras de Bramante, de Rafael, de Miguel Angel, de Vignolas, del Bernini, de Canova y de tantos otros artistas célebres que parece fueron suscitados por la Providencia para enriquecer á Roma, hacen de esta ciudad la de mayor magnificencia en el mundo.

La mayor parte de los gobiernos europeos han fundado allí con el nombre de Academias, soberbios establecimientos en donde los jóvenes nacionales van á perfeccionarse en el conocimiento de las artes y de la arqueología. La Academia de S. Lucas, creada por los Pontífices y sostenida hoy por el gobierno italiano, ha producido excelentes artistas que gozan de una reputación merecida.

Roma posee muy buenos establecimientos de Beneficencia, entre otros el magnífico Hospital del Espíritu Santo.

Tiene igualmente soberbios almacenes y tiendas en las cuales el comercio principal es de objetos de bellas artes, como esculturas, pinturas, grabados, camafeos, mosaicos, etc. Tiene fábricas de sedas, de tejidos, de flores, de perlas artificiales.....

Esta idea general bastará para dar á conocer en conjunto al lector la ciudad en donde lo vamos á introducir.

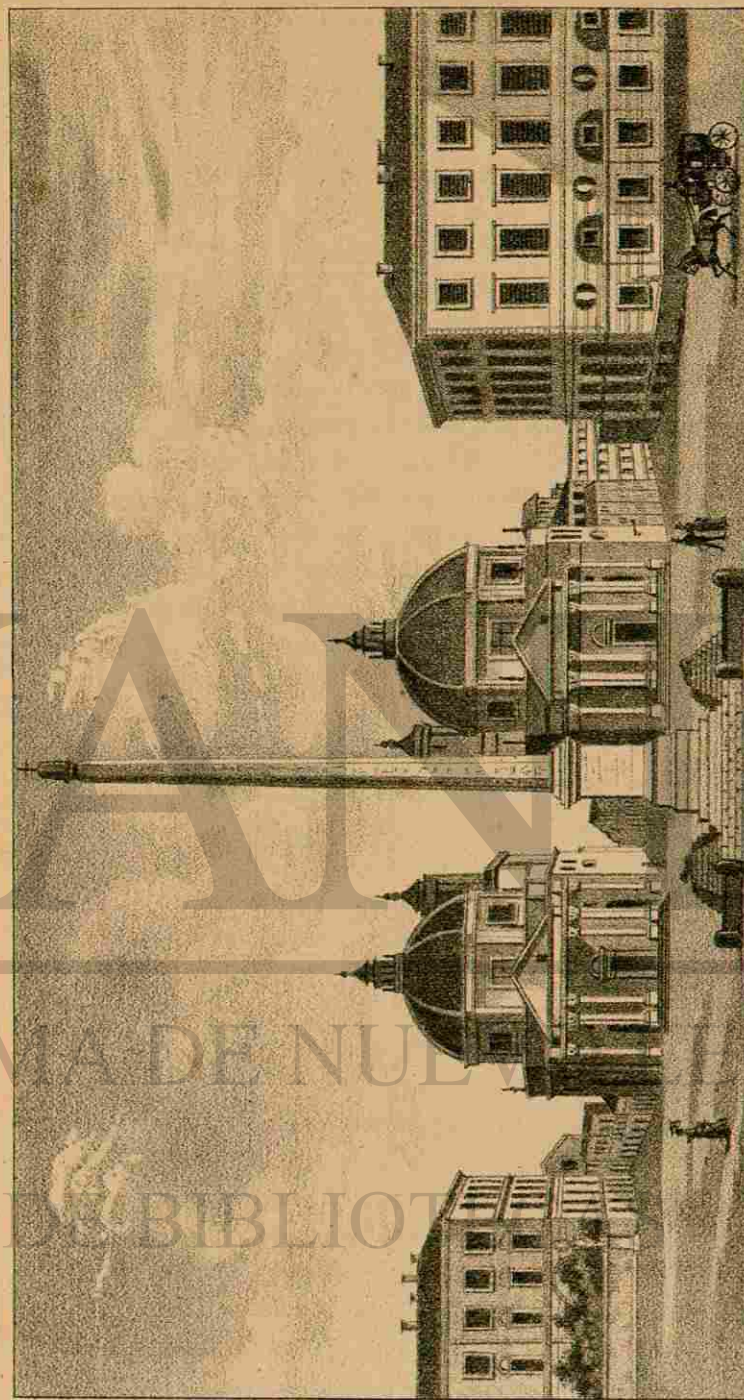
No podemos prescindir de comenzar nuestras excursiones, entrando por la puerta del *Popolo*. Es, sin duda, la principal, la de mayor movimiento, y da entrada á la magnífica plaza del mismo nombre, la más extensa y grandiosa de las que

tiene Roma, la única que puede hasta cierto punto rivalizar con la de San Pedro.

Cuando el emperador Honorio hizo reparar los muros de Roma en el año 402 de la Era cristiana, se abrió por el lado de la vía *Flaminia* una puerta que tomó este nombre. Estaba, empero, situada sobre la pendiente de una colina; circunstancia que hacía incómodo el ingreso á la ciudad, y por esta razón en el siglo VI ó en el VII fué trasladada al lugar que actualmente ocupa y desde fines del siglo XIV recibió el nombre de *Porta del Popolo* á causa de su proximidad á la iglesia así llamada. En 1561 hizo decorar la fachada exterior el Papa Pío IV bajo el proyecto que formó Miguel Angel y fué ejecutado por Barozzi. Esta decoración, bellísima y sorprendente, consiste en cuatro columnas de orden dórico y en los intercolumnios las estatuas colosales de San Pedro y San Pablo. La fachada interior fué decorada en 1655 bajo el pontificado de Alejandro VII según el dibujo del Bernini.

Obra de dos genios tan distinguidos las dos fachadas de la puerta, son verdaderamente artísticas y grandiosas. Su aspecto evidencia desde luego que aquella puerta sirve de entrada á la primera ciudad del mundo. Las inscripciones que de uno y otro lado se miran dan á conocer que se llega á la ciudad de los Papas. Los nombres de dos pontífices amantes de lo bello y protectores de las artes, son el mejor adorno de aquellas soberbias fachadas, que formarían por sí solas la gloria de los artistas que las proyectaron y de los soberanos que las hicieron ejecutar, si estos nombres no fueran bastante conocidos por otras muchas obras que hace siglos vienen admirando las generaciones.

Entremos en la plaza. Uno de los espectáculos más imponentes que pueda ofrecer la entrada de una ciudad, es sin disputa el que se ofrece á los viajeros al llegar á esta plaza cuyo aspecto grandioso y pintoresco sorprende y encanta la vista del más ejercitado en contemplar maravillas del arte. Detengámonos con la espalda vuelta á la fachada interior de la puerta, y dirigiendo la vista á uno y otro lado, veremos



PLAZA DEL POPOLO.

extasiados y absortos en toda su majestuosa belleza el vestíbulo, digamos así, de la Metrópoli de las artes. Dos hemicíclios inmensos en su extensión y adornados con fuentes monumentales, con esfinges, con estatuas colosales, con balaustrados elegantísimos, limitados por cuatro soberbios edificios de uniforme apariencia, circundan la magnífica plaza, cuyo adorno completan dos bellísimas iglesias que se hallan colocadas en los espacios que dejan las tres avenidas principales de la ciudad, que se abren allí prolongándose en una extensión que no puede abarcar la vista. En el centro de la plaza elévase erguido y esbelto un gran obelisco egipcio, cuyo pedestal descansa sobre una esplanada cuadrangular á la que se asciende por gradas. Arriba del hemicíclio de la izquierda se extiende el bellísimo paisaje del Monte Pincio, uno de los más elegantes paseos de Roma, cubierto de abundante vegetación y decorado con bellos monumentos de arte que contrastan admirablemente con la obra de la naturaleza embellecida por el arte mismo.

Tal es el golpe de vista en conjunto. Pasemos á los detalles. En el centro de cada hemicíclio hay una fuente adornada con un grupo colosal en mármol. El de la izquierda representa á Roma entre el Tíber y el Anio; el de la derecha es un Neptano entre dos tritones. Cuatro pedestales que terminan los hemicíclios por el lado de las fuentes, reciben cuatro gigantescas estatuas que representan las Estaciones.

Los cuatro edificios que limitan los hemicíclios en sus más distantes extremidades, son de muy bella arquitectura y bastante elevados.

El monumento central en donde se levanta el obelisco es de asombrosa magnitud y belleza. El monolito, cubierto de arriba abajo con geroglíficos egipcios, tiene de altura 23 metros 65 centímetros sin contar el pedestal cuya elevación es proporcionada. Fué erigido originariamente por Ramassés II en Heliópolis, ciudad del bajo Egipto, para servir de adorno en el templo del sol, al cual fué consagrado. Después de la batalla de Actium, Augusto trasladó el obelisco á Roma y lo hizo colocar en el Circo máximo. Allí quedó sepultado

muchos siglos, hasta que el Papa Sixto V lo mandó sacar en 1587 y fué instalado en el lugar en que se halla, bajo la dirección de Domingo Fontana. Así lo atestigua una inscripción latina que se lee en el pedestal del monumento. En los cuatro ángulos de la esplanada que le sirve de base hay unos leones colosales de mármol, estilo egipcio, que vierten agua sobre elegantes recipientes de granito.

Las dos iglesias que hemos mencionado arriba y se llaman Santa María de Monte-Santo y Santa María de los Milagros, son perfectamente iguales en su tamaño y construcción. Sobre un pórtico griego de muy correctas líneas y muy bellas proporciones se ve levantarse en cada una de ellas la elegante cúpula y una preciosa torrecilla que sirve de campanario.

Inmediatamente que se entra en la plaza, á la izquierda, interrumpiendo la matemática uniformidad del conjunto, se levanta la modesta fachada de una iglesia, que no se detendría el viajero en visitar si no fuese advertido por el guía de que allí se oculta como avergonzado de su mezquino exterior uno de los más ricos tesoros artísticos de Roma. Es Santa María del Popolo.

Según la tradición generalmente recibida, el Papa Pascual II fundó esta iglesia por el año 1099, con el objeto de tranquilizar al pueblo acerca de las apariciones nocturnas y de los fantasmas que se atribuían al cadáver de Nerón, cuyas cenizas, según Suetonio, habían sido sepultadas en el lugar que hoy se nombra Monte Pincio. Algunos creen que esta iglesia fué reedificada en 1227 por el pueblo romano y de allí viene su nombre que comunicó á la puerta y á la plaza; pero está bien averiguado hoy que no fué este el origen del nombre *popolo*, que también significa *álamo*, sino del arbolado de esta clase que debió existir en otro tiempo en el sitio en que está la plaza, de donde probablemente tomó nombre la iglesia.

Sixto IV la hizo reconstruir en 1477; sus sobrinos, uno de los cuales fué Julio II, el príncipe Chigi, algunos otros personajes distinguidos y al fin el Papa Alejandro VII, concurrieron á embellecerla.

Penetremos en el interior de la iglesia. No acostumbrados en nuestro país á ver edificios seculares; poco habituados á contemplar esas antiguas construcciones de la Edad Media, no es agradable la primera impresión que recibimos al hallarnos dentro de una iglesia escasa de luz, con sus paredes ennegrecidas por el polvo de los siglos; con los mármoles de sus altares y de sus estatuas teñidos de un color amarillento y como velados por una sutil tela que ofusca su brillo y transparencia. El ánimo, empero, se sobrecoge por un sentimiento de veneración, que no se acierta á explicar si es el que inspira el respeto debido á la majestad de Dios, objeto del culto de los hombres en aquel lugar hace centenares de años, ó es el que infunde la presencia de las obras del hombre mismo, que han respetado los siglos. Cristianos, antes que amantes del arte, nuestro primer movimiento fué arrodillarnos delante de la Eucaristía; humillarnos en la presencia del Dios Hombre; elevar á Él nuestro pensamiento y tributarle el homenaje de nuestra pobre adoración. Entretanto, habíamos salido de la influencia del contraste de luces que nos hiciera parecer sombrío y falto de claridad el interior del templo; y principiábamos á ver distintamente los detalles de su ornamentación, los contornos de sus líneas, el relieve de sus cornisas y molduras, el modelado de sus estatuas, el claro-oscuro de sus frescos. Un hombre de baja estatura, de color moreno, regordete y mofletudo, vestido con traje talar, se acercó á nosotros y en voz baja nos dijo en italiano:

—¿Quiere Vd. que le acompañe á visitar la iglesia?

—Se lo agradezco á Vd., le contestamos; no entiendo bien el italiano, y lo hablo menos.

—¿Conoce Vd. el francés? nos dijo en este idioma.

—En este sí podemos entendernos, aun cuando no tengo el hábito de hablarlo.

—Vamos entonces á recorrer las capillas; voy á traer las llaves.

Y se dirigió inmediatamente á la sacristía.

Entretanto, permanecemos en el centro de la iglesia, y abarcando ésta en su conjunto, vimos que consta de tres na-

ves divididas por hermosas columnas, elevándose en el centro una cúpula octágona; dos órdenes de capillas laterales completan el edificio, y á lo que se puede ver, estas son las que encierran las principales maravillas de arte que contiene.

Llegando el sacristán con las llaves, nos condujo á la primera de las capillas de la derecha.

—Esta es la capilla más venerable por la antigüedad de su decoración, nos dijo. Pertenece á la familia Venuti, y antes fué de los Rovère.

Después, mostrándonos en el altar mayor un cuadro de fuerte colorido, aunque deslavado por el tiempo, representando el Nacimiento del Salvador, nos dijo:

—Este cuadro es una de las obras más estimadas de Bernardino Pinturichio, que floreció en la segunda mitad del siglo XV.

Luego, llamándonos la atención acerca de los frescos que decoran la bóveda y se hallan por cierto deteriorados por el transcurso de los años, agregó:

—Estos frescos, que representan episodios de la vida de San Gerónimo, son obra del mismo pincel, y hacen, así como el cuadro del altar, la admiración de los inteligentes.

A la izquierda se halla un curioso monumento sepulcral de mármol, ricamente esculpido, resaltando sobre sus relieves una estatua de tamaño natural, de un personaje eclesiástico.

—¿A quién pertenece, preguntamos al *cicerone*, esta magnífica tumba?

—Es, nos respondió, el sepulcro del Cardenal Cristóbal de la Rovère, de la familia del Papa Julio II. Está reputado como una de las más bellas producciones del siglo XV.

—¿Y aquella tumba de estilo moderno, que contrasta con la del Cardenal? interrogamos nuevamente al sacristán.

—Es de un hábil pintor de este siglo, Francisco Castel, prusiano. Su viuda hizo ejecutar el monumento, en el año de 1857.

Pasamos á la capilla siguiente, llamada *Cibo*. Sorprendiéndonos la extraordinaria riqueza de la ornamentación que la

reviste. Dieziséis columnas de jaspe de Sicilia sobre un zócalo de mármoles de los más raros, soportando bellísimos arquivtraves y cornisas de preciosas piedras.

—Esta es, nos dijo el sacristán, una de las más ricas capillas que tiene Roma: todas las piedras que la adornan son exquisitas y de gran precio. El Cardenal Alderano Cibo que murió en 1700, la puso en el estado en que se halla. Allí tiene Vd. la tumba que guarda sus restos, nos dijo señalándonos un soberbio mausoleo que está á la derecha de la entrada.

El cuadro de San Lorenzo, añadió, que se ve á la izquierda, representando el martirio del Santo, es obra de Morandi; el del martirio de Santa Catarina, que está á la derecha, es pintura de M. Daniel. El lienzo al óleo que está sobre el altar y representa á la Purísima Concepción, abajo de la cual se ven á los cuatro doctores de la Iglesia, lo pintó Carlos Maratta.

—Fíjese Vd., prosiguió, en los frescos de la cúpula; fueron pintados por uno de los célebres artistas del siglo pasado, Luis Garsi.

Y efectivamente son bellas las pinturas tanto del altar como de la bóveda.

Seguimos á la tercera capilla, en donde el guía nos llamó la atención sobre el bellísimo cuadro de la Virgen acompañada de varios santos, obra del afamado Pinturichio, quien pintó también la bóveda y otro cuadro de la Asunción.

—Estas pinturas, le dijimos, parece que han sido restauradas. Aparecen tan bien conservadas que no puede creerse que sean contemporáneas á las de la primera capilla.

—Efectivamente han sufrido restauraciones, pero fueron hechas con gran cuidado por un artista, el pintor Camuccini. A la derecha está la tumba de Juan de la Rovère y á la izquierda hay un sarcófago sobre el cual se ve la estatua de un obispo acostado, ejecutada en bronce y de muy bello estilo.

En la cuarta capilla, causa asombro la perfecta cinceladura y correcto dibujo de un bajo-relieve que se halla sobre el altar, representando á Santa Catarina entre San Antonio de

Padua y San Vicente Mártir. Dos monumentos laterales, uno de un caballero romano Marco Antonio Albertoni, de 1486, y otro de un Cardenal de Lisboa muerto en 1508, hacen admirar la perfección con que se trabajaba el mármol en aquella época. Las pinturas de las paredes y bóveda son de Pinturricchio.

Saliendo de allí se pasa á la capilla de Feoli, renovada enteramente en el año de 1850, y causa tristeza ver la decadencia del arte, y se vuelve la espalda, para encontrarse enfrente con un gran monumento de ejecución también moderna, á la memoria del Cardenal Portocarrero, destituido enteramente de mérito artístico. No parece sino que estas obras han sido ejecutadas allí para que más resalte la belleza de las antiguas.

Subimos en seguida al presbiterio. El sacristán descorrió el velo que cubre un cuadro pequeño que está colocado sobre el altar mayor. Es una de las madonas atribuidas al pincel de San Lucas. Auténtica ó no, inspira veneración por su antigüedad.

Detrás de este altar se halla el coro, en donde permanecemos un largo rato extasiados verdaderamente con la vista de las preciosidades que encierra. Los frescos de la bóveda son la obra maestra de Pinturricchio. Las vidrieras de colores de las ventanas, pintadas por artistas marselleses, son las únicas que se conservan en Roma de la época de Julio II. Pero sobre todo, los monumentos que se admiran en las paredes laterales, exceden á toda ponderación, y pueden figurar sin duda, entre las obras más notables del Renacimiento. Son las tumbas de los Cardenales Baso y Sforza. Ejecutadas por el renombrado Sansovino, son en su género las mejores que existen en la Ciudad Eterna, y la de Sforza principalmente no tiene rival acaso en el mundo. La perfección en el dibujo y en la ejecución, la pureza en el estilo, la regularidad en las proporciones, la riqueza en la ornamentación; hacen de este monumento la obra más acabada que haya podido ejecutar el cincel. La adornan ocho magníficas estatuas

que cualquiera de ellas puede figurar como un modelo de escultura en cualquier museo.

—Vamos, nos dijo el guía, á seguir viendo las capillas. Le queda á V. por ver mucho muy bueno. Y nos condujo á la que sigue inmediatamente en la nave paralela á la que habíamos recorrido,

—Extasíese V. ahora, viendo escogidas obras de los grandes maestros del arte, nos dijo nuestro *cicerone* con aire de satisfacción. Esa Asunción que tiene á la vista es original de Aníbal Carracci; los cuadros laterales que representan la Crucifixión de San Pedro y la Conversión de San Pablo los pintó el Caravaggio. Los frescos de la bóveda son dibujados por este último artista y pintados por Novara: el altar es del Bernini.....

Y absortos contemplando tantas maravillas, permanecemos largo tiempo sin pronunciar palabra.

—Todavía tiene V. que ver otras bellezas de primer orden; volvió á decirnos aquel hombre, sacándonos de nuestro arrobamiento. Vamos á la que sigue, la capilla de la familia Chigi.

Maquinalmente le seguimos.

—Aquí tiene V., nos dijo abriendo la reja, un prodigio de elegancia y de pureza de estilo. Si los Papas hubieran podido mover de aquí esta capilla, hace tres siglos que estaría en el Vaticano. Si Napoleón hubiera encontrado el secreto de trasladarla á otro lugar, se la habría llevado á París. Aquí trabajaron Rafael y Sebastián del Piombo. El primero hizo los dibujos y preparó los cartones para los mosaicos de la cúpula, para las pinturas del friso y para el cuadro del altar que comenzó á pintar el segundo y acabó Francisco Salviati.

De las cuatro estatuas que se hallan en los ángulos, la de Daniel y la de Habacuc son del Bernini, quien igualmente ejecutó las dos tumbas de los lados, de Agustín y Sigismundo Chigi, y las otras dos que representan una á Elías y otra á Jonás sentado sobre la ballena, fueron esculpidas por Lorenzetto. El Jonás es el más estimado, porque el artista se sujetó en él al dibujo y á la dirección de Rafael.

Causa admiración, en verdad, esta capilla. En su reducida extensión deberían verse como aglomerados los objetos de arte que contiene, y pudiera parecer recargada de ornamentación, porque son muchas las pinturas que la decoran; pero está todo tan bien colocado y la decoración tan bien reparada, que nada se deja de ver en totalidad, y no hay cosa que no esté en el lugar en que le corresponde.

Entrando en los detalles, cada figura pintada ó esculpida tiene un mérito inapreciable. A nosotros nos hicieron un efecto admirable los frescos de la bóveda, y sólo nos permitimos reprochar al artista que los ejecutó, cierta lubricidad que ostentan en el desnudo y en las actitudes algunas de las mujeres allí representadas. Es lamentable que los pintores y escultores de los siglos XV y XVI, inspirándose en el paganismo, exhibiesen dentro de los templos esas licenciosas desnudeces tan impropias en objetos consagrados á una religión que condena la sensualidad y toda impureza. Desgraciadamente vamos á tener más de una ocasión de censurar este mismo defecto en muchas de las obras artísticas más notables que adornan algunas iglesias de Roma. ¡Flaquezas de la humanidad! Mas no es de censurarse el que después de ejecutadas cada una de esas grandes obras, se hallan conservado como salieron de las manos del artista; habría sido un desacato cubrirlas, mutilarlas ó destruirlas. Alguna vez se ha podido justificar el procedimiento de los sumos pontífices á este respecto, cuando se ha tratado de velar con ropajes de pincel impudencias tan escandalosas como las del primitivo cuadro de Miguel Angel en la Capilla Sixtina, ó vestir con esmalte una Venus pagana que á un gran genio en la escultura le ocurrió poner adornando el monumento sepulcral de un Papa en la Basílica de San Pedro.

Sólo quedaba por ver la última capilla, la cual no tiene de notable otra cosa que la tumba del Cardenal Pallavicini, que fué construida en 1501 por orden del mismo Cardenal, quien falleció seis años después.

Salidos de esta magnífica iglesia pasamos á visitar las otras dos pequeñas que se hallan rematando las dos extremidades

de la gran calle del Corso. La primera en que entramos, Santa María de Monte Santo, llama la atención por sus buenos estucos, por dos cuadros de Salvator Rosa y por uno de Carlos Maratta que representa á la Sagrada Familia. En la sala capitular se encuentra el verdadero tesoro de esta iglesia que consiste en un lienzo de extraordinario mérito que representa á Jesucristo crucificado, y es obra de Guido Reni.

En la otra iglesia son notables los monumentos sepulcrales del Cardenal Gastaldi y del marqués del mismo apellido: la ejecución de los bustos y las estatuas que los adornan fué debida al cincel de buenos artistas del siglo XVII.

Tres calles, como arriba dijimos, desembocan en la plaza del Popolo, una, la del centro, se llama el Corso; la de la derecha de Ripetta y la de la izquierda del Babuino. La primera, que se extiende más de dos kilómetros, termina en la plaza de Venecia, la segunda lleva directamente al palacio del Senado y la tercera conduce á la plaza de España.

El Corso, si no la más bella de las avenidas de la ciudad, es la arteria principal de la circulación; es la del gran movimiento, la del comercio, y aun en la que se hallan situados algunos de los grandes palacios de los antiguos príncipes de la nobleza romana. El Corso es el gran centro de animación de Roma: por esa avenida se va á todas partes; por ella transitan constantemente centenares de carruajes de todas clases: sus embaldosados se ven á toda hora del día y hasta avanzada la noche, obstruidos siempre por millares de transeuntes. Por la avenida del Corso no es posible transitar á paso acelerado: las banquetas, como las llamamos acá nosotros, son bastante angostas: la gente es mucha, y como las tiendas principales se hallan allí situadas y como sus elegantes aparadores hacen detener á no pocos de los viandantes atraídos por la variedad de los artículos que en ellos se exhiben, y no sea posible bajar de la banqueta sin peligro de ser atropellado por un coche, se ve uno obligado á caminar al paso que se lo permite la multitud y deslizarse como puede entre aquellos cordones de apretada muchedumbre.

El aspecto del Corso por las tardes, principalmente de las

cinco en adelante, es en verdad encantador. Todo el mundo elegante que va á respirar el aire libre al Paseo del Pincio ó á la Villa Borghèse, hace paso forzosamente por el Corso. Allí, pues, el viajero tiene ocasión de ver reunida la sociedad de Roma, desde el Rey Humberto que en un ligero faeton va gobernando él mismo los caballos, y la hermosa y simpática Reina Margarita sonriendo majestuosamente á todos los que la saludan, reclinada en el testero de una soberbia carroza de ocho muelles, hasta las mujercillas que gustan de exhibirse en los coches de alquiler. Y entre estos dos extremos, ¡cuántos y cuán variados grupos ofrecen á la vista esas interminables hileras de carruajes que se extienden desde la plaza de Venecia hasta la del Popolo! ¡Qué lujo tan deslumbrador en los coches y en las libreas de los cocheros y en los arneses de los caballos! Y dentro de esos coches, que nunca van cerrados como se usa en los paseos de nuestras ciudades, ¡qué hermosura en las damas y cuánta elegancia y qué buen gusto en el vestir! Y nótese que las damas romanas visten en lo general con sencillez y se adornan moderadamente. Ya se ve, tienen como principal adorno el de su belleza que á la verdad no necesita de grandes atavíos para atraerse las miradas y cautivar los corazones. La mujer romana es el tipo ideal de la hermosura. Reune al severo clasicismo que inspiró las creaciones de Phidias y de Praxíteles, la expresión encantadora de las concepciones de Miguel Angel y de Rafael. La mujer romana está realizando todavía en bellísimo consorcio la perfección escultórica de la Grecia con el atractivo de la belleza meridional. Si no hubiese reunidos en los museos de Roma tantos y tan bien acabados modelos, que sirviesen como sirven á los escultores y pintores para formarse en la buena escuela del arte, les bastaría recorrer las calles de Roma, especialmente el Corso á las horas del paseo, para hacerse verdaderos artistas. No debe por lo mismo llamar la atención que en Roma hayan florecido los primeros genios del mundo en las artes. Con tan bellos modelos no se puede menos de ser artista.

CAPÍTULO SÉTIMO.

Iglesia de San Jacobo.—Mausoleo de Augusto.—San Carlos.—La *Via Condotti*.—San Lorenzo *in Lucina*.—El palacio Ruspoli.—Palacio Chigi.—Plaza *Colonna*.—La Columna de Marco-Aurelio Antonino.—La plaza de *Monte Citorio*.—El palacio del Parlamento.—El templo de Antonino Pío.—El palacio Schiarra.—San Ignacio.—El Colegio Romano.—El Liceo-Gimnasio *Ennio Quirino Visconti*.—La biblioteca Víctor Manuel.—Los museos.

NO podremos en nuestras excursiones seguir la dirección de las calles de la ciudad por donde vayamos atravesando, sin vernos frecuentemente en la necesidad de tomar á uno ú otro lado las vías transversales, para entrar en una iglesia, penetrar en el interior de un palacio ó visitar algún monumento. Desde luego así nos va á suceder en nuestro camino por la avenida del Corso. Advertidos por el guía de que en una de las calles que se abren á la derecha está situada la iglesia de San Giacomo (San Jacobo) y no distante se halla el célebre Mausoleo de Augusto, tenemos que voltear por esa calle y entrar primero en la iglesia.

Este hermoso templo es notable por ser una de las más bellas obras del arte moderno que se admiran en Roma. Fundado en 1338 por el Cardenal Jacobo Colonna, fué reedificado en 1600 por el Cardenal Salviati bajo la dirección de Francisco de Volterre y terminado por el celebrado arquitecto Carlos Maderno. En 1863 fué restaurado y embellecido con las hermosas decoraciones que tiene en la actualidad. Su forma es elíptica, las paredes y las bóvedas están cubier-

cinco en adelante, es en verdad encantador. Todo el mundo elegante que va á respirar el aire libre al Paseo del Pincio ó á la Villa Borghèse, hace paso forzosamente por el Corso. Allí, pues, el viajero tiene ocasión de ver reunida la sociedad de Roma, desde el Rey Humberto que en un ligero faeton va gobernando él mismo los caballos, y la hermosa y simpática Reina Margarita sonriendo majestuosamente á todos los que la saludan, reclinada en el testero de una soberbia carroza de ocho muelles, hasta las mujercillas que gustan de exhibirse en los coches de alquiler. Y entre estos dos extremos, ¡cuántos y cuán variados grupos ofrecen á la vista esas interminables hileras de carruajes que se extienden desde la plaza de Venecia hasta la del Popolo! ¡Qué lujo tan deslumbrador en los coches y en las libreas de los cocheros y en los arneses de los caballos! Y dentro de esos coches, que nunca van cerrados como se usa en los paseos de nuestras ciudades, ¡qué hermosura en las damas y cuánta elegancia y qué buen gusto en el vestir! Y nótese que las damas romanas visten en lo general con sencillez y se adornan moderadamente. Ya se ve, tienen como principal adorno el de su belleza que á la verdad no necesita de grandes atavíos para atraerse las miradas y cautivar los corazones. La mujer romana es el tipo ideal de la hermosura. Reune al severo clasicismo que inspiró las creaciones de Phidias y de Praxíteles, la expresión encantadora de las concepciones de Miguel Angel y de Rafael. La mujer romana está realizando todavía en bellísimo consorcio la perfección escultórica de la Grecia con el atractivo de la belleza meridional. Si no hubiese reunidos en los museos de Roma tantos y tan bien acabados modelos, que sirviesen como sirven á los escultores y pintores para formarse en la buena escuela del arte, les bastaría recorrer las calles de Roma, especialmente el Corso á las horas del paseo, para hacerse verdaderos artistas. No debe por lo mismo llamar la atención que en Roma hayan florecido los primeros genios del mundo en las artes. Con tan bellos modelos no se puede menos de ser artista.

CAPÍTULO SÉTIMO.

Iglesia de San Jacobo.—Mausoleo de Augusto.—San Carlos.—La *Via Condotti*.—San Lorenzo *in Lucina*.—El palacio Ruspoli.—Palacio Chigi.—Plaza *Colonna*.—La Columna de Marco-Aurelio Antonino.—La plaza de *Monte Citorio*.—El palacio del Parlamento.—El templo de Antonino Pío.—El palacio Schiarra.—San Ignacio.—El Colegio Romano.—El Liceo-Gimnasio *Ennio Quirino Visconti*.—La biblioteca Víctor Manuel.—Los museos.

NO podremos en nuestras excursiones seguir la dirección de las calles de la ciudad por donde vayamos atravesando, sin vernos frecuentemente en la necesidad de tomar á uno ú otro lado las vías transversales, para entrar en una iglesia, penetrar en el interior de un palacio ó visitar algún monumento. Desde luego así nos va á suceder en nuestro camino por la avenida del Corso. Advertidos por el guía de que en una de las calles que se abren á la derecha está situada la iglesia de San Giacomo (San Jacobo) y no distante se halla el célebre Mausoleo de Augusto, tenemos que voltear por esa calle y entrar primero en la iglesia.

Este hermoso templo es notable por ser una de las más bellas obras del arte moderno que se admiran en Roma. Fundado en 1338 por el Cardenal Jacobo Colonna, fué reedificado en 1600 por el Cardenal Salviati bajo la dirección de Francisco de Volterre y terminado por el celebrado arquitecto Carlos Madero. En 1863 fué restaurado y embellecido con las hermosas decoraciones que tiene en la actualidad. Su forma es elíptica, las paredes y las bóvedas están cubier-

tas con preciosos frescos de la escuela italiana moderna. En una de las capillas, la segunda, se hace notar un bajo-relieve de M. le Gros, que representa á San Francisco de Paula pidiendo á la Santísima Virgen la curación de algunos enfermos: la ejecución de esta obra es de gran mérito á juicio de los maestros, pero la composición es algo confusa. En la capilla de enfrente hay una buena estatua del santo patrono, que se considera como la obra maestra del escultor Buzi. En el altar mayor hay un bello cuadro de Francisco Grandi que representa al Padre Eterno. Las otras capillas están adornadas con pinturas de buenos autores.

Saliendo de la iglesia no se puede retroceder al Corso, sin visitar antes lo que han dejado en pie los siglos del famosísimo Mausoleo de Augusto. Suetonio al describir los funerales del soberano, determina el lugar en que fué construida esta grandiosa tumba y fija la fecha en que fueron depositadas en ella las cenizas del César. Dice que fué edificada entre la Vía Flaminia en el sexto consulado, es decir el año 27 anterior á la Era vulgar. La magnificencia de este monumento era tal que rivalizaba con el Mausoleo que Artemisa consagró á la memoria de su marido y era reputado como una de las maravillas del mundo. Por lo que de él queda no se puede formar idea de lo que fué; pero Strabón, historiador contemporáneo al mismo Augusto y á Tiberio, nos ha dejado una bella descripción del monumento. Dice, que sobre un sub-basamento circular de mármol blanco se levantaba un montículo artificial cubierto de plantas y sombreado por árboles de constante primavera: sobre la cima se elevaba la estatua en bronce de César Augusto, y dentro del montecillo estaban las tumbas del César y de los individuos de su familia; detrás del monumento se extendía un gran bosque con paseos admirables y en medio había un recinto cercado por enverjados de hierro: la entrada estaba al Mediodía y se veía adornada con dos obeliscos de granito rojo, que fueron erigidos por el emperador Claudio.

No existe de todo esto sino el macizo del sub-basamento construido de toba: el revestimiento exterior de mármol ha

desaparecido. El diámetro actual es de poco más de cincuenta metros. Al rededor se ven todavía los vestigios de trece cámaras sepulcrales; la décima cuarta servía de entrada á la gran sala circular que estaba debajo del montículo y tenía sobre 130 pies de diámetro. La bóveda que cubría esta sala al derrumbarse formó una especie de terraplén al rededor del cual se construyó en el siglo pasado un anfiteatro que se empleaba en varios espectáculos, habiendo servido en algún tiempo de plaza de toros, diversión que prohibió el soberano Pontífice Pío VIII. Los obeliscos que adornaban la entrada del Mausoleo existen, uno en la plaza de Santa María la Mayor y el otro en la del Quirinal.

Retrocederemos ahora, para seguir nuestra marcha por el Corso, en donde nos detendremos á visitar la magnífica iglesia de San Carlos. Comenzada á edificar en 1612 bajo los planos de Honorio Longhi, fué continuada por su hijo, y la terminó Pedro de Cortona, quien hizo el dibujo de la soberbia cúpula, muy parecida á la de San Pedro. La fachada es muy posterior y la encontramos bella y elegante, aunque nos era conocida la opinión de los inteligentes á quienes ha parecido pesada y de exageradas proporciones.

En el interior se halla la iglesia repartida en tres naves separadas por hermosas pilastras corintias. La ornamentación general es de pinturas al fresco y estucos dorados, así en las paredes como en las bóvedas. De las capillas, la más suntuosa es la situada á la derecha del crucero: rica por los mármoles, los bronceos y las esculturas, ostenta sobre el altar un magnífico mosaico de la Purísima Concepción, copia del cuadro de Carlos Maratta que se halla en Santa María del Popolo. Dos bellas estatuas se ven á los lados, de excelentes autores, y representa á David la una y á Judith la otra. El altar mayor, que es de una belleza singular, tiene como principal adorno el magnífico cuadro del mismo Maratta, San Carlos Borromeo presentado á Jesucristo por la Santísima Virgen; pensamiento delicado y original que el artista ejecutó con gracia y maestría, y le hizo merecedor de la fama de que su pincel disfruta. No deberemos pasar desapercibidos

los frescos de la bóveda de la nave central que son muy bellos y fueron obra del acreditado Grandi.

Cuando visitamos esta iglesia, con motivo de una solemne función religiosa, hallábase adornada en el interior con vistosas colgaduras; llamando nuestra atención unos ricos cortinajes dobles de tela escarlata y tizú de oro con largos flecos, gruesos cordones y grandes borlas también de oro, que pendían de las cornisas de las arcadas de la nave principal. Tan bello adorno hacía resaltar la ornamentación arquitectónica del templo y le daba un aspecto verdaderamente majestuoso.

Saliendo de esta iglesia se recrea la vista con la hermosa perspectiva de la *Via Condotti* que se prolonga hasta la plaza de España; descubriendo el bello frontispicio de Santa Trinidad del Monte, la soberbia escalinata que á esta iglesia conduce y el obelisco que se levanta erguido delante de la fachada. Esta calle es sin duda una de las más elegantes de Roma, y no puede el viajero recorrerla sin detenerse á cada paso delante de los aparadores de sus tiendas. Exhíbense allí los más preciosos artículos de la industria especial de los romanos; los artísticos mosaicos, los curiosos camafeos, las bellas reproducciones en fotografías, en pinturas y en pequeñas esculturas de las grandes obras que enriquecen los museos; los magníficos productos de la cerámica italiana, desde los célebres vasos etruscos y las afamadas porcelanas antiguas de Capodimonte, hasta las bellísimas figuras de *biscuit* representando escenas y tipos contemporáneos.

A la izquierda se abre la *Vía Fontanella di Borghèse*, por donde voltearemos para entrar en una iglesia, San Lorenzo in Lucina, venerable por su antigüedad, que se remonta al siglo V, y célebre por el cuadro de Guido Reni que la enriquece. Edificada en 435 por orden de Sixto III, fué restaurada en 685 por Benedicto II y un siglo después por Adrián I. Celestino III la hizo reedificar en 1196, y en 1606 la cedió Paulo V á los religiosos menores, quienes la restauraron entonces y recientemente la hicieron decorar, como hoy se encuentra, en 1858. A esta restauración última pertenecen las

pinturas del techo y los frescos de las paredes que son de muy bello estilo moderno.

Al acercarnos al altar mayor en donde se halla colocada la magnífica pintura, la cual está cubierta con un velo, bajaba del presbiterio un religioso á quien tomamos por el rector de la iglesia.

—¿Podría V. hacerme favor, le dijimos, de permitirme ver el cuadro de Guido?

—Con mucho gusto, nos respondió. É inmediatamente fué á descubrirlo.

Permanecemos un buen rato contemplando aquella magnífica representación de Cristo crucificado, en la cual no se sabe qué admirar más, si la perfección en la anatomía, ó la encarnación del colorido, si el relieve del claro oscuro, ó la naturalidad de la postura, ó la expresión del rostro moribundo.

Cuando en una iglesia de Roma, en donde se tiene el arte en tan gran estima, se contempla una de esas obras colosales del genio humano figurando en el sitio principal, asalta la duda de si la iglesia se hizo para colocar la pintura ó esta para adornar la iglesia. Dominados por este pensamiento, y sin tener todavía noticia acerca del origen de aquel templo, no pudimos menos de preguntar al religioso.

—¿Esta iglesia se hizo para este cuadro?

—No, señor, nos respondió. Muchos siglos antes de que naciera el autor del cuadro existía la iglesia.

Nos refirió en seguida el origen de esta, las transformaciones que ha sufrido, los nombres de los arquitectos que la edificaron, la restauraron y la embellecieron, los de los religiosos que han contribuido á ponerla en su estado actual, y contrayéndose á la historia del cuadro, agregó:

—Esta pintura pertenecía á la marquesa de Angelelli, quien la legó á la iglesia. El altar en que se halla colocada sí fué hecho expresamente para el cuadro, habiéndose encomendado su construcción al arquitecto Rainaldi. El croquis original de esta pintura se halla en Frascati en la iglesia de los Capuchinos.

Con esto venimos á descubrir que si no el templo, un bello altar había sido construido por mano de artista para dar colocación digna á la obra maestra del gran pintor boloñés.

Y no habría parecido extraño que la iglesia hubiese sido edificada expresamente con ese objeto; porque no es raro en la ciudad de las bellas artes que para colocar una de esas gigantescas producciones del genio se construyan elegantes rotondas, como la que encierra la Venus capitolina en el Capitolio y la que guarda la célebre *Bige* en el museo Chiaramontí en el Vaticano.

Hay en esta iglesia sepultados algunos artistas, y nuestro guía nos hizo notar entre sus tumbas el monumento que Chateaubriand mandó construir en honor del celebrado Poussin, pintor romano del siglo XVII: tiene un bajo-relieve que representa el descubrimiento del sepulcro de Safo en la Arcadia, asunto que fué desempeñado por el artista en uno de sus mejores cuadros.

Todo lo que en tierra extranjera nos recuerda á la patria, llama justamente la atención del viajero, y excita sus más vivas simpatías. Cuando salimos de San Lorenzo *in Lucina*, consultando el plano que nos guiaba en nuestras excursiones, vimos marcado en la esquina de la calle de la Fontanelle dando vuelta de nuevo para el Corso, el palacio *Ruspoli* que sirvió de alojamiento en épocas anteriores á la legación mexicana. Esto nos hizo mirarle con interés; que no le habríamos visto nunca con indiferencia, porque su estilo severo y sus robustas formas hacen detener á examinarle al que pasa delante de su grandiosa fachada. No pudimos resistir al deseo de visitarle por el interior y penetramos en el patio. Dijonos el conserje que estaba ocupada la habitación y nos conformamos con ver la magnífica escalera de mármol blanco de Carrara con escalones de una sola pieza, de tres metros de largo, que según se nos informó alcanzan al enorme guarismo de 115. Díjosenos que en el primer piso hay una buena galería de pinturas.

Tomando nuevamente la vía del Corso en la dirección del Mediodía, sorprende al viajero la bella apariencia exterior de

un magnífico palacio de noble arquitectura, aunque su estilo no sea precisamente elegante y puro. Es el palacio *Chigi* comenzado bajo la dirección del afamado La Porta y concluido por Carlos Maderno. Un grandioso vestíbulo da entrada al extenso y hermoso patio en el cual se descubre la gran escalera que conduce á las galerías y á las habitaciones.

Un hombre de elevada estatura y hermosa presencia, vestido con lujoso uniforme y un enorme bastón en la mano, hallábase de pie en el vestíbulo. Era el conserje. Nos acercamos á él solicitando su permiso para visitar las galerías.

—Las galerías, nos dijo, están cerradas para el público, por hallarse en compostura.

—¿Y no sería posible obtener un permiso especial para un extranjero?

—Los señores se hallan en el campo, y no hay en casa á quien pedirlo.

Con semejante respuesta no debíamos insistir en nuestra pretensión y nos salimos con el disgusto de no visitar este palacio. Antes de salir nos detuvimos delante de un hermosísimo perro de mármol gris que se halla en el primer descanso de la escalera, muy parecido en la forma y el trabajo á los que adornan la entrada del departamento llamado "Sala de los animales," en el Vaticano. Lamentamos muchísimo que la circunstancia de estar cerradas las galerías nos hubiese privado de contemplar las magníficas obras que las enriquecen, de Guercino, del Caravaggio, de Albano, del Ticiano, de Salvator Rosa, del Domeniquino, de Nicolás Poussin, de Guido Reni, de Anibal Carracci, en la pintura, y del Bernini y otros grandes artistas en la escultura.

No sentimos menos dejar de visitar la biblioteca, que es fama contiene una gran riqueza en manuscritos antiguos tan preciosos como un Dionisio Halicarnasio, del siglo IX, é impresiones incunables del siglo XV, y documentos históricos tan interesantes como los relativos al tratado de Westfalia, coleccionados en veinte volúmenes.

El palacio Chigi ostenta en el exterior una doble fachada, la principal que se halla en el Corso y á la vuelta la que mi-

ra á la magnífica plaza *Colonna*, en donde nos encontramos á la derecha á pocos pasos de haber salido de dicho palacio.

La Plaza *Colonna* está limitada por cuatro hermosos edificios; el que llevamos mencionado, al Sur; el llamado Nicolini, al Norte; el Piombino, por la vía del Corso, y el en que se hallaba establecida antiguamente la Posta, al Oriente. Este último es el más hermoso y elegante, á la vez que el más rico en la fachada, la cual está revestida de mármol y en el piso inferior ostenta un soberbio pórtico con bellísimas columnas corintias, también de mármol.

Hállase formada esta plaza en el sitio que ocupó una parte del *Fórum* de Antonino Pío, y toma su nombre de la soberbia columna que en su centro se levanta, y fué erigida por el senado y el pueblo en honor de Marco Aurelio Antonino por las victorias que alcanzó en la Germania. Cubierta de arriba abajo con bajos-relieves en espiral, que representan asuntos relativos á esas victorias, está desmintiendo la inscripción moderna que fué grabada en el pedestal, expresando haber sido erigida en honor de Antonino el Píadoso. Entre los episodios que allí se miran esculpidos, es notable la representación de un hecho maravilloso; la lluvia que una legión cristiana alcanzó de Dios cayera sobre el enemigo, decidiendo el triunfo de los romanos. El paganismo atribuyó este prodigio á Júpiter *Pluvius*, y así lo expresó el buril del artista, contra el asentimiento de historiadores de aquella época, que reconocen fué debido á las oraciones de los cristianos. Sobre el capitel de la columna estuvo colocada la estatua de Marco Aurelio.

De orden dórico la columna está compuesta de 28 *blocks* de mármol blanco: taladrada por el interior se sube á la cúspide por un caracol de 190 escalones, y está alumbrada con 41 ventanillas. Su diámetro es de 3^m. 69 c. y su altura total, comprendida la estatua, es de 44^m. 15 c.

Mucho sufrió en los incendios de Roma y en las diversas invasiones de que fué teatro la ciudad. El soberano Pontífice Sixto V, á quien se debe la conservación y reparación de muchos de los más importantes monumentos antiguos, la hizo

restaurar, bajo la dirección de Domingo Fontana, colocando sobre ella la estatua de San Pablo en bronce dorado.

Las proporciones arquitectónicas de la columna son objeto de la crítica de los inteligentes: no tiene razón de ser esta crítica en cuanto al primitivo origen de la erección del monumento, porque recientes excavaciones han hecho descubrir que cuatro metros del antiguo pedestal se hallan cubiertos en el piso. Levantada á esa mayor altura la columna, serían irreprochables sus proporciones.

Antes de proseguir nuestra marcha por el Corso, debemos llegar á la plaza de *Monte Citorio* separada de la que acabamos de describir por una calle de corta extensión. En medio de esta plaza se eleva la elegante aguja, llamada comunmente *Obelisco solar*. Erigida en Heliópolis por Psamético I, cuyo nombre se encuentra repetido entre los geroglíficos que tiene esculpidos, fué transportada á Roma por Augusto, quien la hizo colocar en el Campo de Marte, en donde sirvió de *gnomon* á un gran cuadrante solar incrustado en el pavimento sobre planchas de bronce.

Este monolito fué encontrado el año de 1748 bajo el pontificado de Benedicto XIV en *Largo dell'Impresa* en donde todavía se lee una inscripción que indica el sitio en que fué descubierto. Sacado de la profundidad en que estuvo metido, permaneció muchos años al nivel del suelo, hasta que Pío VI lo hizo trasladar á la plaza en que hoy se halla y fué erigido en 1789.

Es de granito rojo y mide 21 metros 80 centímetros de elevación, sin el pedestal moderno, que es también de la misma piedra y tiene de altura 4^m. 17 c. El pedestal descansa sobre un doble zócalo de mármol blanco de cerca de tres metros. Remata el monumento con un globo y una arista de bronce que hizo poner el mismo Pontífice.

El edificio principal en esta plaza es el palacio llamado de *Monte Citorio*, obra de ese fecundo y poético genio, el Bernini, que llenó á Roma de grandiosos edificios y soberbios monumentos. Se cree que fué trazado este magnífico palacio sobre las ruinas del anfiteatro de *Statilius Taurus*. El Ber-

nini no pudo terminarlo y lo acabó Carlos Fontana. En este edificio estuvieron los tribunales de justicia civil.

La fachada es gitanesca y majestuosa: tiene tres grandes puertas superadas cada una por un magnífico balcón; y lo adornan tres órdenes de ventanas; las molduras y cornisas son de un estilo severo y elegante; está coronado por un campanario con un reloj.

Actualmente se ha instalado en este edificio la Cámara de diputados ó sea el Parlamento, habiéndose ejecutado en él trabajos de importancia para adaptarlo al uso que se le ha dado. En esta Cámara se han discutido y votado ya los proyectos de leyes atentatorias de la libertad é independencia de la Iglesia. En el día en que lo visitábamos principiaba la discusión de los artículos del nuevo código penal que amagan seriamente á la libertad de los eclesiásticos para defender los derechos de la Iglesia en el púlpito y por la prensa. Esa asamblea, entregada á un ministerio que quiere conquistarse popularidad proponiendo y ejecutando medidas impolíticas inspiradas por las sectas masónicas, ha decretado y seguirá decretando disposiciones que tarde ó temprano han de originar á la monarquía serios conflictos. Apenas se concibe como los soberanos consienten todavía ser dirigidos en su política por esos hombres y por esas sectas, cuyo fin principal bien conocido, es minar los tronos, destruir las dinastías, subvertir el orden público y acabar con la autoridad.

Que en algunas de las repúblicas democráticas se halle entregada la cosa pública á esta clase de hombres, bien se explica; ellos asaltaron el poder por tales medios y es natural que por los mismos traten de conservarlo: trastornaron el orden social; rompieron con las costumbres de los pueblos: abdicarían de sus títulos á la soberanía, si retrocediesen un paso en el camino que llevan. Seguirá la disolución social; vendrá la reacción moral ó política; pero entretanto ellos son el Estado, tienen la fuerza á su disposición y la emplearán siempre al servicio de las ideas y de los principios que acaso ellos mismos no profesan, pero que están obligados á sostener para legalizar su permanencia en los puestos públicos.

Pero que los monarcas más ó menos legítimos, que los reyes, siquiera sea usurpada una buena parte de su autoridad, la pongan á los pies de la desenfrenada demagogia; que se hagan ciegos instrumentos de los sectarios cuya primera proclamación ha sido ¡abajo la autoridad! ¡abajo los tronos!; que el hijo de cien reyes sea gobernado por hombres sacados, tal vez, de lo más abyecto de la sociedad; esto no se explica ciertamente, y no se creería, si no se viese por desgracia en más de una monarquía de Europa, y viéndolo no se daría importancia á su trascendental influencia, si no palpáramos ya los frutos de esa absurda política de los monarcas de estos tiempos, algunos de los cuales han pagado con la vida sus desaciertos, y todos más ó menos han recogido amargos frutos de su desatentado proceder.

Y si todos los soberanos tienen que resentir á este respecto las consecuencias de su mal aconsejada política, el antiguo Rey de Cerdeña, debe temer mucho más que otro alguno sus funestos resultados. ¿Piensa acaso que la Revolución derrocó tronos y destruyó soberanías en Italia, para dar toda esa suma de poder á la Casa de Saboya? ¿Piensa que la llamada unidad italiana tuvo por mira engrandecer á la Nación y centralizar el poder para robustecerlo y para afirmar la autoridad y aumentar el prestigio de un solo soberano? Nada menos que eso; la revolución ha querido destruir *en detal* la monarquía; minar parcialmente el principio de autoridad, debilitar la acción del soberano extendiendo los dominios de este, para poder más fácilmente acabar con la monarquía. La revolución empujó al monarca saboyano hasta Roma, para desprestigiarle y para provocar en su contra el justo enojo de las potencias católicas, y viendo ahora que la inacción de éstas no ha podido realizar aquellas miras, le excita, le impele á la persecución abierta contra el supremo Jefe de la Cristiandad.

Mucho tendríamos que dejar correr la pluma si continuásemos discutiendo acerca de la situación actual del monarca italiano, que se cree generalmente reposa en un lecho de rosas, y no va sino con dificultad por un camino erizado

de espinas, y hoy más que nunca se halla á la orilla de un abismo que ha estado cavando la revolución para precipitarle. Día vendrá, tal vez, en que la misma revolución haga el último empuje, y la monarquía saboyana se hundirá con toda su aparente fuerza, y acaso antes llegue el día en que las naciones católicas y quién sabe si las protestantes también, se coliguen para reivindicar los derechos ultrajados de la más antigua dinastía, la de los Sumos Pontífices en Roma, los únicos monarcas que tienen legítimo título sobre la primera ciudad del mundo.

Perdónesenos la anterior digresión y continuemos nuestro camino. Estamos muy cerca de uno de los más bellos monumentos de la Roma antigua, y no debemos alejarnos sin contemplarle. No caminaremos mucho sin encontrarnos delante del pórtico más elegante y majestuoso que existe acaso en el mundo. Once columnas acanaladas, de mármol, de orden corintio, de cerca de 13 metros de altura por uno y un tercio de diámetro, descansando sobre una base ática y coronadas por un capitel adornado con hojas de olivo, reciben una magnífica cornisa, también de mármol: tal es el frontispicio de lo que fué el templo de Antonino el Piadoso, que le consagraron el Senado y el pueblo romano. No queda otra cosa de este notable edificio, cuyo pórtico ha sido incrustado en una construcción moderna en donde hacia fines del siglo XVII se estableció la aduana. Hoy se encuentra allí la Cámara del Comercio.

Volveremos á salir al Corso por la *Via di Pietro* y se presentará á nuestra vista un palacio de bella arquitectura, el palacio *Sciarra*. Obtendremos el permiso de visitar la única sala en donde se ha reunido lo mejor que encerraba en pinturas su antigua galería, y nos quedaremos extasiados un gran rato contemplando los magníficos cuadros que contiene, pero con especialidad los que vamos á describir, y valen un tesoro. Fieles al plan que nos hemos trazado indicaremos aquí las obras más notables, no en nuestra opinión de profanos, que de ninguna manera pretenderíamos imponer, sino á juicio de los hombres ilustrados y competentes.

La galería *Sciarra* posee una de las obras más célebres del incomparable maestro de ejecución, Miguel Angel de Caravaggio, y es conocido con el nombre de "Los jugadores." Muchísimos grabados é innumerables copias han dado á conocer en todo el mundo este cuadro, que no es verdaderamente admirable sino en el original. Nada más vulgar que la acción que representa: dos caballeros de industria que se ponen de acuerdo para robar en el juego á un joven hijo de familia. Presentadas de medio cuerpo solamente, las tres figuras, tienen vida, se las ve hablar, y como la expresión debía ser de las más comunes, el pintor puso esmero en darle la mayor fuerza posible. En la dulzura relativa de sus facciones y en la elegancia del traje se reconoce al joven que hace el papel de víctima, mientras que el innoble y falso ademán, la mirada equívoca de los otros dos jugadores y su continente revelan dos pillos de baja esfera. El contraste está marcado de un modo singular. En cuanto á la manera de tocar, el cuadro es en verdad sorprendente; no puede pedirse nada más varonil, más robusto y más verdadero. Las encarnaciones, lo mismo que las ropas, las piedras de la pared y la madera de la mesa del juego están ejecutados con una energía y un relieve sin ejemplo. La vida se puede decir que palpita en este cuadro y la ilusión que produce es tal que cree uno estar delante de la realidad.

Muy diversa impresión es la que produce otro llamado "El Violinista," obra de Rafael. ¡Qué pureza en los contornos! ¡Cuánta verdad en el colorido! ¡Qué gracia en el manejo del pincel! ¡Qué ejecución tan delicada á la vez que sencilla no solamente en las carnes sino hasta en los menores detalles de la ropa! La mirada de aquel joven inteligente y bello parece que penetra hasta el fondo de nuestra alma. Aquella cabeza no solamente respira sino que piensa.

No puede el visitante aunque atraído por tantas y tan bellas pinturas, dejar de pararse á contemplar por largo tiempo la *Donna* del Ticiano, una hermosa y fiera veneciana de cabellos de oro que según las apariencias es el retrato de la Violante, amiga del pintor.

Dos *Magdalenas* de Guido forman el encanto de muchos visitantes en esta galería. El tipo de las bellezas en Guido es muy diverso del de Ticiano. Guido aspiraba á cierto ideal; el Ticiano buscaba la naturaleza en su esplendor, en su opulencia: las mujeres del pintor veneciano son puramente paganas, las del artista boloñés tienen una gracia que se despliega menos en las formas que en la expresión de la fisonomía y en las emociones del alma, y se hacen visibles en las facciones y en las miradas.

Atribúyese á Leonardo de Vinci un célebre cuadro que representa una virtud y un vicio *La Modestia y La Vanidad*. Es admirable la composición, irreprochable el dibujo y maravillosa la propiedad del colorido; pero cierta indecisión que se advierte en el pincel ha dado lugar á que algunos amantes ejercitados duden acerca de la autenticidad del cuadro, inclinándose á la opinión de que no es obra del maestro sino de alguno de sus más aventajados discípulos. De todas maneras es una preciosísima joya artística.

Tales son los cuadros que figuran en primer término en la célebre galería *Sciarra*: pero hay otros muchos que aun sin estos constituyen una gran riqueza; como una *Madona de Andrés del Sarto*, una *Adoración de los Magos*, de Garofalo, algunos paisajes de Nicolás Poussin, dos *Virgenes* de Alberto Durer y un grupo de tres figuras de santos por el Guercino.....

No podemos permanecer días enteros admirando todas estas bellezas y tenemos que salir de la galería con el disgusto de no haber contemplado bastante tiempo lo que ella contiene.

Saliendo de este palacio, vemos en el plano que se hallan á pocos pasos el famosísimo Colegio romano y la iglesia de San Ignacio. Debíamos interrumpir nuevamente nuestra marcha sobre el Corso. Tomando á la derecha una angosta calle, y torciendo en seguida á la izquierda descubrimos el gran edificio que ocupa una gran manzana. Pero antes visitaremos la iglesia que le es anexa. La fachada es majestuosa y de bella arquitectura. Construida con piedra de travertino,

está decorada con dos órdenes de pilastras de estilo corintio y compuesto. En el interior está dividida en tres naves por hermosas pilastras corintias, formando un conjunto magnífico. Adornada con muy buenos frescos, con elegantes cornisas, con bellísimas molduras y bajo-relieves, sorprende la riqueza y el lujo de su ornamentación, comparable sólo con la iglesia de Jesús, que adelante describiremos. La bóveda de la gran nave central, obra de un notable pintor jesuita, el padre Pozzi, representa la entrada de San Ignacio en el Cielo, en cuya alegoría figuran cuatro nobles y majestuosas mujeres que simbolizan las cuatro partes del mundo: el fresco se distingue por la amenidad del colorido y por los maravillosos efectos de la perspectiva. Del mismo artista son los frescos de la cúpula y los del ábside del altar mayor, así como el dibujo de los dos suntuosos altares del crucero, muy semejantes uno al otro, que se hallan decorados con preciosos mármoles, bronce dorados y cuatro columnas incrustadas de verde antiguo. En el de la derecha un magnífico bajo-relieve esculpido por Le Gros, representa á San Luis Gonzaga: debajo del altar una elegantísima urna revestida de lápizlázuli guarda los restos del santo. El altar de la izquierda, de construcción idéntica en cuanto á los materiales de que se compone, ostenta un bajo-relieve en que se halla representada la Anunciación de la Virgen. Es notable el altar de San Estanislao de Kostka que se halla en la primera de las capillas, por un buen cuadro del Santo, pintado por el mismo Padre Pozzi, decorado con dos ricas columnas de amarillo antiguo. En el altar de la segunda capilla excita la admiración del visitante un notable cuadro de Trevisani, la muerte de San José.

El Colegio romano que hicieron famoso tantos sabios jesuitas desde Calandrelli hasta el inolvidable astrónomo Sechi, ha dejado de existir como institución, si bien el edificio se conserva destinado á usos científicos análogos á los de su fundación. Diremos una palabra acerca de lo que fué este gran instituto y después visitaremos el edificio para conocerlo en su estado actual.

En su origen fué llamado "Universidad gregoriana," por haberlo fundado el Papa Gregorio XIII. La fábrica material es una obra notable de arquitectura, especialmente el patio principal, que se halla adornado con dos órdenes de elegantísimos pórticos. En su primitiva institución el Colegio romano fué entregado á la dirección de los Padres Jesuitas, quienes lo conservaron hasta la supresión de la Orden bajo el pontificado de Clemente XIV. Pasó entonces al cuidado del clero secular, hasta que restablecida la Compañía de Jesús, León XII lo devolvió á los jesuitas.

En esta Universidad se enseñaban las lenguas latina y griega, las humanidades, la retórica, la lógica, las matemáticas: pero en lo que sobresalió principalmente fué en la astronomía, llegando á tener el primer observatorio astronómico de Roma, y pudiéramos decir del mundo, con especialidad en los días del P. Sechi.

Tenía además una magnífica biblioteca, y el gran museo llamado "Kircher" por el nombre de su fundador el P. Atanasio Kircher, quien lo enriqueció con antigüedades y productos naturales, y una colección de monedas, acaso la más rica que se ha conocido.

Lamentable es que la revolución despojara á la Compañía de Jesús de este gran establecimiento; pero es justo decir que el Gobierno italiano, ha prestado una atención especial á la conservación y mejora del edificio en lo material, así como al cuidado de la biblioteca, del observatorio y del museo; aun cuando ha cambiado la disposición interior de los departamentos respectivos. Veamos lo que es en la actualidad el Colegio romano.

En el grandioso departamento en donde se hallaba establecida la Universidad, se ha fundado lo que pomposamente y conforme á la nomenclatura moderna se llama "Liceo-Gimnasio Ennio Quirino Visconti." ¿Por qué no haberle bautizado mejor con el respetabilísimo nombre de Sechi, honra de Roma, de Italia, y digámoslo de una vez, de la ciencia? El nombre de Visconti sonará muy bien en ciertos oídos: halagará es verdad algunos sentimientos; pero ¿tiene

la significación para la escuela que ha tenido y tendrá el nombre del primer astrónomo contemporáneo? No anduvo acertado el Gobierno al hacer esta innovación, que por otra parte vino á destruir en el colegio sus venerables tradiciones, haciéndole romper con un pasado gloriosísimo de centenares de años.

El Liceo-gimnasio; nos parece que implica redundancia este título; se halla servido por profesores laicos que, muy competentes, como suponemos que lo son, dan las clases por determinado precio, y venderán sus sabias lecciones en tanto que reciban la paga; mientras la antigua dotación de maestros en el Colegio romano, servía por vocación, servía por ministerio, servía por amor á la ciencia, sin esperar otra retribución que los brillantes resultados de sus labores. Bajo este concepto, el instituto ha perdido notablemente en el cambio.

Una puerta que se halla al costado del edificio, da entrada á la biblioteca que hoy se llama "Víctor Manuel," al Museo-Kircher, al cual todavía no se le cambia nombre, y á los Museos Etnográfico y Prehistórico, que formaban parte del primero. Entrando en el zaguán preguntamos al portero si nos sería permitido recorrer el establecimiento; respondiéndonos que no era día de visitarlo. Contrariados con esta noticia, nos informamos si estaría abierta la oficina de la dirección, y habiendo obtenido una respuesta afirmativa, penetramos en el interior. Al concluir el primer tramo de la escalera, vimos sobre una puerta el rótulo que indicaba ser allí la dirección. A un joven que vimos cerca preguntamos si estaba visible el director; contestónos que sí, é inmediatamente nos introdujo á una sala decentemente amueblada. No tardó en presentarse un caballero de buena presencia y corteses modales. ®

—Señor, le dijimos, se me ha informado por el conserje que el establecimiento no está abierto hoy para el público; soy un viajero mexicano que debo dejar á Roma próximamente, y sentiría no visitar la biblioteca.

—Señor, nos manifestó con afabilidad, para un mexicano cualquier día están abiertas las puertas del establecimiento.

Sírvase V. esperar un poco y voy á hacer que venga un empleado que le guíe.

Sentímonos orgullosos con aquella galantería; menos por nuestra honra personal que por ver así honrada nuestra Patria en el extranjero, y manifestamos nuestro agradecimiento al director con frases de cortesía. El director tocó un timbre y se presentó un caballero joven de muy simpático aspecto y correctamente vestido.

—Acompañe V. al señor, le dijo, á visitar la biblioteca y los museos. Muéstrele V. cuanto tenemos y él quiera ver.

Reiteramos nuestras protestas de gratitud al jefe del establecimiento y nos despedimos de él, saliendo en compañía del empleado.

Con tan inteligente guía, que hablaba muy correctamente el francés, pudimos ver todo á nuestro sabor, si bien no nos deteníamos demasiado, ya por la mortificación que nos causaba estar ocupando largo tiempo al amable *cicerone*, ya porque no basta un día ni mucho más para examinar despacio todo lo que allí se encierra. Recorrimos primeramente la biblioteca. Esta clase de establecimientos en Italia no se hallan dispuestos como en nuestro país en un solo espacioso salón. Están separadas en diversos departamentos las secciones, clasificadas las obras de la manera que se ha creído más conveniente. Dos grandes divisiones pueden considerarse en la organización de esta biblioteca que contiene, según se nos informó, más de 250,000 volúmenes. La primera es la de los libros antiguos; ésta no se halla enteramente arreglada; la segunda, que sí está bien organizada, comprende tres secciones correspondientes á otras tantas salas que son la "Sala pública de lectura" que ha sido decorada con elegancia, teniendo como adorno principal la estatua de Víctor Manuel, la "Sala de libros de consulta," en donde se encuentran los diccionarios, enciclopedias, etc., y la "Sala de las revistas" en la cual están reunidas las revistas científicas y literarias. En el departamento de lo antiguo, nuestro guía tuvo la amabilidad de mostrarnos algunas impresiones de mucho mérito y varios de los curiosos manuscritos que allí se guardan.

No pudiendo nosotros olvidar un momento desde que comenzamos á visitar lo que fué el Colegio romano al famoso Padre Sechi, dijimos al *cicerone*.

—En este edificio probablemente ha de haber algún cuarto en que trabajaba el sabio astrónomo de la Compañía de Jesús. ¿Tendría V. la bondad de conducirme á él?

—Con mucho gusto, nos dijo: se conserva una pieza en que estudiaba el Padre Sechi, aun cuando su residencia casi habitual era el Observatorio.

Y nos condujo á un cuarto como de seis metros por lado en el cual hay varios estantes con libros y una gran mesa-escritorio en el centro.

—En esa mesa, nos dijo, escribía el Padre Sechi.

Acercámonos con una especie de veneración á la mesa, y al ver el sillón que tenía delante, no resistimos á la tentación de sentarnos en él, experimentando cierta grata complacencia de ocupar momentáneamente el asiento que había ocupado muchas veces uno de los primeros sabios del mundo.

Si la sabiduría fuese trasmisible como ciertas enfermedades por el contagio, pensábamos, y le dijimos á nuestro guía, suplicaría yo á la dirección me permitiese quedarme un día entero sentado en este sillón y apoyado sobre esta mesa.

Una sonrisa del empleado fué la respuesta á nuestra pueril observación.

Pasamos después á los departamentos de los Museos. Del antiguo Kircher han sido quitados muchos objetos que deben ser transportados á un Museo nacional que se ha establecido en el sitio en que estuvieron los Termas de Diocleciano. El Museo Kircher actualmente se compone de dos galerías y un gabinete. En la primera están colocadas las figuras de barro cocido en armarios que se extienden en toda la longitud de las paredes; también se encuentran allí armas, tubos de plomo, sellos, etc., y además vasos y vidrios y algunas estatuas y bustos en mármol. En el gabinete se exhiben varios objetos de la Edad media y antigüedades cristianas. En la segunda galería están los fragmentos de bajo-relieves, los pequeños ídolos en bronce, la colección de monedas

adornado con columnas de granito oriental sobre las cuales descansa una elegante bóveda.

Al interior del palacio se penetra por el lado del Corso y desde luego encanta la vista un hermoso patio cuadrangular cercado con elegantes corredores parecidos á las famosas logias del patio de San Dámaso en el Vaticano: se cree que fueron obra del afamado Bramante. Tomando el corredor de la derecha, al término de este se sube por una amplia escalera, y en el primer piso se encuentra el visitante en medio de una abundantísima colección de pinturas, compuesta de más de ochocientos cuadros, que si no todos son excelentes, hay entre ellos un considerable número que están clasificados como de primer orden. Exceptuando la capilla, oratorio de una elegancia exquisita, todo el palacio, comprendiendo la sala del trono, cuya magnificencia es verdaderamente regia, y el salón de baile, está destinado á la exposición de los cuadros y de los otros objetos de arte que posee la familia Doria.

Aun cuando la visita se hace extensiva á todos los salones, el lector se detendrá con nosotros principalmente en lo que se llama el *gran cuadrado*, ó sea en los salones que están formados en los amplios corredores cubiertos con cristales. Allí está el museo; allí está la verdadera riqueza de la galería. Antes demos una ojeada al magnífico salón que puede considerarse como la primera pieza y está adornado con diez y siete paisajes de grandes dimensiones. Allí se ve la naturaleza en todo su esplendor con los tintes y luces que sólo ha podido dar un pintor formado en la escuela del gran paisajista Nicolás Poussin. Pasemos á las salas de los corredores, y dejando al guía, entreguémonos á los transportes de admiración que produce la vista de tanta belleza. Desde luego quedaremos extasiados contemplando una soberbia Asunción de Anibal Carracci, cuadro de la más animada ejecución, en que el pintor de Bolonia se excedió á sí mismo, acabando una obra superior á cuantas habían salido de su pincel. Una Sagrada Familia de Alberto Durer llamará en seguida nuestra atención, que vendrán á arrebatarnos después dos

magníficos retratos, uno de un gentilhombre, de Van Dyck, y otro de la célebre Olimpia Panfili, cuñada de Inocencio X.

No habremos acabado de examinar estas obras de tan ilustres maestros y se nos habrán ido los ojos á los bellos cuadros del pintor francés Claudio Lorrain. El del Molino es célebre, y en vida del pintor era reputado como su obra maestra. Es imposible figurarse una superficie plana con perspectivas más profundas, ni tampoco imaginar un sitio más noble y comarcas más dignas para servir de habitación á los héroes y á los dioses. Al ver esas encantadoras campiñas cree uno reconocer lugares que ha recorrido, y sin embargo, no existieron sino en la imaginación del artista.

Entraremos en un gabinete consagrado de una manera especial á los personajes de la familia Doria Panfili. Veremos el busto en mármol de la princesa María Doria y admiraremos dos asombrosos retratos, el de Andrés Doria, el ilustre almirante genovés, por Sebastián del Piombo, y el de Inocencio X, por Velázquez. Notable por el estilo, la dignidad y la fiereza, el retrato de Sebastián, preciso es convenir en que el de Velázquez tiene caracteres que impresionan muchísimo y hacen que se grave más profundamente en la memoria. El que ha visto una vez el cuadro no dejará de reconocerlo inmediatamente en cualquiera copia. Ciertamente que nada se encuentra de ideal en la pintura, pero también lo es que en ella el naturalismo ha dicho su última palabra. No es necesario recurrir á la biografía del Pontífice para reconocer su carácter y sus pasiones á la vista del cuadro que le presenta como fué en lo físico y en lo moral.

Saldremos del gabinete para recrear la vista con un bellissimo grupo de la Sagrada Familia, de Sasso Ferrato, que brilla entre otros varios del mismo asunto, y nótese que hay dos magníficos que se atribuyen á Andrés del Sarto. La Virgen y San José están representados de medio cuerpo y el Niño, desnudo enteramente, se ve dormir un sueño tranquilo y delicioso, sentado en los brazos de su Madre. La entonación del cuadro es vigorosa, los toques firmes, el colorido

agradable y el conjunto no presenta la dureza en las tintas que se ha censurado al autor en otras de sus composiciones.

Las escuelas de pintura del Norte figuran también y no en escaso número, en la variada colección del palacio Doria. Y es curiosa la comparación entre las obras de los pintores de los Países Bajos y las del pincel italiano. La ingenuidad flamenca, la profundidad germánica se marcan perfectamente en Roma, cuyas obras nacionales se resienten á menudo de la inspiración pagana. Llamaremos la atención respecto de un solo cuadro de esa escuela; una Creación del mundo, por Breughel. El pintor ha representado todos los seres que debieron poblar las vírgenes florestas de la tierra en el principio. Cuadrúpedos, aves, peces, reptiles, insectos, árboles, flores y frutos; todas las producciones de la tierra en su tierna fecundidad están agrupadas en un solo cuadro con un brillo y con una frescura de colores incomparable, con esos tonos de atrevida crudeza que hacen aparecer el paisaje como adornado con incrustaciones de rubíes, de esmeraldas, de turquesas, de zafiros y de oro. Pintar con ese amor las razas reputadas inferiores y las pequeñísimas producciones de la naturaleza, nunca lo habría hecho un pintor romano.

Los cuadros de paisaje, como habrá observado el lector, abundan muchísimo en la colección Doria. No dejaremos de mencionar en este género otra bellísima composición del artista francés Claudio Lorrain, El Descanso en Egipto. Sentada la Virgen á orillas de un río, tiene en sus brazos al Niño Jesús que va á confiar por un momento á un ángel, compañero divino de su misterioso viaje; San José está colocando la albarda sobre el asno que ha de conducir tan preciosa carga. El paisaje es tranquilo, risueño y magnífico. El agua corre suavemente, los árboles de abundante follaje parecen moverse apenas á impulso de un blando zéfiro; el cielo es puro, y los dorados horizontes invitan al poeta á los viajes sin límites de la imaginación.

No saldremos de la galería sin admirar dos cuadros notabilísimos. La Virtud coronada por la Gloria, obra curiosa en la cual Corregio quiso dar á conocer cómo trabajaba, pre-

sentando cubierta sólo la mitad de la tela, y haciendo aparecer una de las cabezas dibujada á lápiz, otra parte de la composición como en bosquejo y otra casi acabada. Es un estudio muy interesante para los amadores, y sobre todo para los artistas. El otro cuadro es el Sacrificio de Abraham, por el Ticiano. Al vigor de la entonación y á la brillantez del colorido, une el mérito de las más escogidas formas y de una composición de lo más bella.

Antes de abandonar el palacio echemos una ojeada á los broncees antiguos, al Centauro esculpido en pórfido rojo, descubierta no hace muchos años en Albano, y al busto de Doña Olimpia, ejecutado por el Bernini; precioso mármol en que todavía respira aquella feroz y voluptuosa dama de la familia Paufli.

Hemos llegado al término de la que parece interminable avenida del Corso, la plaza de Venecia. Llámase así seguramente por estar edificado en ella el gigantesco palacio de este nombre, construido en 1468 en tiempo de Paulo II, en gran parte con materiales procedentes de las ruinas del Colosseo. El edificio es majestuoso pero de sombrío aspecto, y se ve mal incrustado en las calles de la ciudad, pareciendo más apropiada su construcción para estar situado en la cumbre de una montaña. Más que palacio es un castillo feudal de severísima apariencia; coronado de almenas y flanqueado por torreones, de los cuales solamente uno fué acabado por entero.

Algunos Papas habitaron este palacio, que también sirvió de alojamiento á Carlos VIII Rey de Francia, en 1498, cuando fué á conquistar el entonces reino de Nápoles. Clemente VIII lo cedió á la República de Venecia. Hoy pertenece al Emperador de Austria y sirve de residencia á su legación.

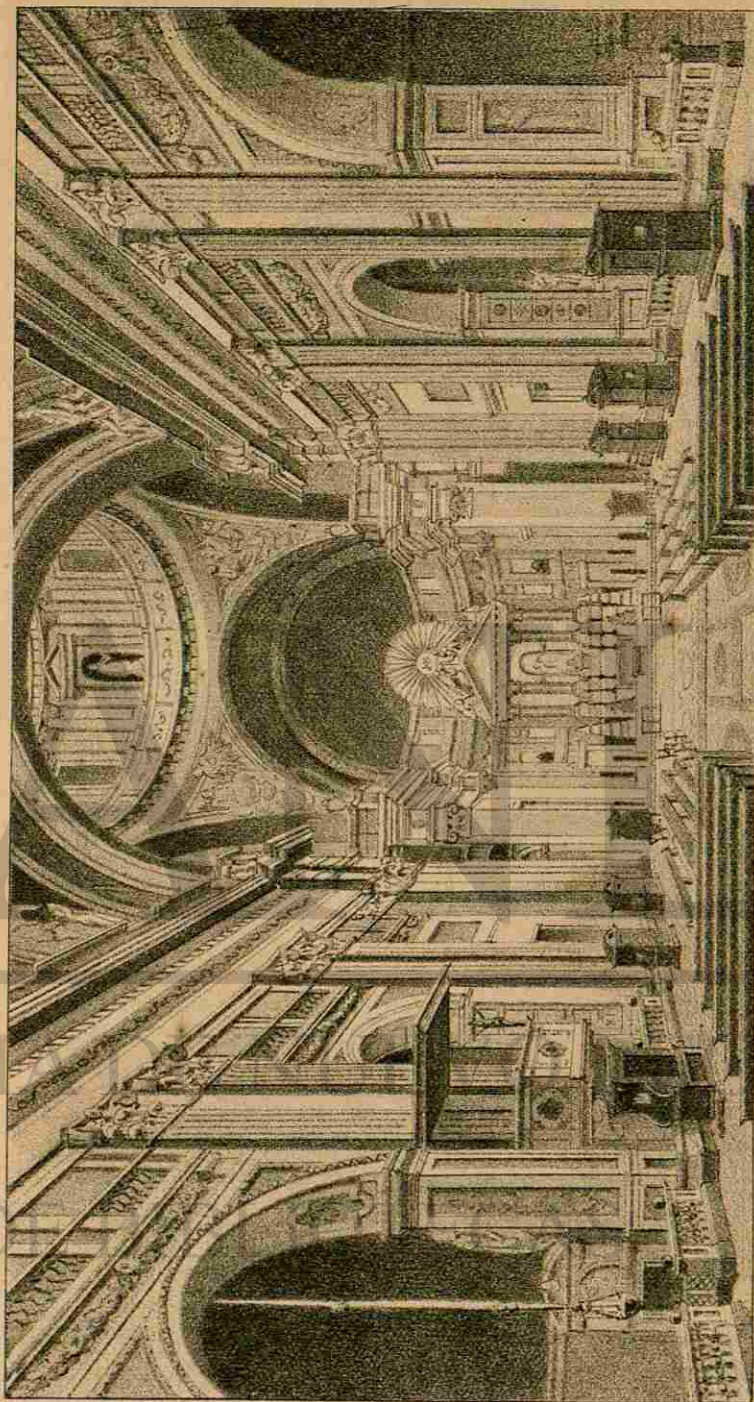
A la derecha de la plaza de Venecia está el magnífico palacio Torlonia, que construido según el dibujo de Carlos Fontana, fué embellecido por el Duque Juan Torlonia no hace muchos años. Su actual poseedor, el Príncipe Alejandro, lo ha mejorado notablemente, enriqueciéndolo de tal manera que figura en la actualidad entre los más elegantes

palacios de Roma. Contiene un teatro, un hipódromo y una galería de cuadros de autores célebres y de esculturas antiguas. Todos sus departamentos amueblados con riqueza y buen gusto, están decorados con pinturas de los más afamados artistas modernos. Encierra una gran joya artística, el bello grupo colosal de Hércules y Licas, obra del inmortal Canova.

Es necesario, atravesando la plaza de Venecia, después de recorrer la calle de San Marcos, dar vuelta á la de *Marforio* para visitar un monumento antiguo que ofrece grande interés por ser el mejor conservado de la época de la República romana. Es la tumba de *Publius Bibulus*, edil del pueblo, construida en el sitio que fué cedido para tal objeto por el Senado y la ciudad, en consideración á los méritos de aquel ciudadano. Así lo manifiesta la inscripción que allí se lee. Está construido el monumento con travertino, y lo adornan cuatro pilastras coronadas por una bella cornisa. Hay una particularidad en las pilastras, que de la mitad á la parte superior va disminuyendo gradualmente su anchura.

Retrocederemos á la plaza y tomando la calle nombrada del Jesús, nos encontraremos delante de la fachada de la suntuosa iglesia de este nombre, una de las más ricas de la Ciudad Eterna. El exterior es severo y sencillo; adornan la fachada principal dos órdenes de columnas corintias y compuestas. Penetremos en el interior.

Sorprendente es en verdad el aspecto que ofrece esta iglesia en su riquísima decoración de pilastras de orden compuesto, de dorados, estucos, de esculturas en mármol y de bellas pinturas. Construida en 1575 bajo la dirección del célebre Vignola, fué terminada por su discípulo Jacobo de la Porta. Las pilastras que eran de mampostería, fueron revestidas de mármoles en 1861 á expensas del príncipe Alejandro Torlonia, quien costó además algunos otros preciosos adornos que embellecen el templo. Larga obra sería la relación minuciosa de todo lo que forma la suntuosa ornamentación interior de esta iglesia, en la cual la Compañía de Jesús empleó fuertes sumas; como que destinaba el tem-



INTERIOR DE LA IGLESIA DE JESUS.

plo para sepultar en él los venerables restos de su ilustre fundador. Con excepción de San Pedro, en ninguna iglesia de Roma se encuentra un lujo de decoración como el que brilla en las bóvedas del Jesús. Frescos admirables adornados con elegantísimos marcos de estuco sostenidos por colosales estatuas de espíritus angélicos en bellísima forma humana, y por representaciones femeniles ó masculinas de las virtudes cristianas, ostentando los respectivos atributos; abultadas cornisas, magníficos relieves, artísticas molduras, soberbios rosetones; todo lo que el arte de la decoración tiene de más bello, de más grandioso, se admira en esas espléndidas bóvedas y en la cúpula del Jesús.

El altar mayor con sus cuatro columnas de amarillo antiguo, con un bellissimo cuadro de la Crucifixión, notable por la perfección en el dibujo, con la gran tumba del Cardenal Belarmino que está á la derecha; con los otros detalles de ornamentación que lo hermocean, forma un asombroso conjunto digno de limitar la sorprendente perspectiva que ofrece á la entrada la magnífica iglesia.

Pero el extraordinario lujo y la pasmosa riqueza del templo se halla en las dos capillas del crucero, en las que no se sabe qué admirar; si la belleza del dibujo en la forma de los altares, ó la preciosidad de los mármoles de que están revestidos; si la elegancia y cincelado de los metales, ó el valor de la plata y de los broncees empleados en estatuas, en candelabros, en urnas; si la esplendidez de las esculturas, ó la magnificencia de los cuadros. En la capilla de la derecha, el altar consagrado á San Francisco Javier ostenta una bellissima pintura de la muerte del santo, por Carlos Maratta, cuyas excelentes obras son bien conocidas del lector. La de la derecha es el gran monumento levantado por los hijos de Loyola á su insigne fundador. Es la tumba más rica tal vez que se haya erigido á hombre mortal. Asómbrese el lector cuando sepa que las cuatro columnas del altar que reciben un soberbio frontón de mármoles preciosísimos, han sido cubiertas de la base al capitel con lápiz-lázuli; ¡y tienen como seis metros de elevación! Sabido es que el lápiz-lázuli es á

las piedras de construcción y de ornato, lo que el diamante á las de joyería. Concíbese, por otra parte, la belleza de esas columnas, revestidas de ese azul purísimo y transparente, acanaladas con incrustaciones de bronce dorado; siendo del mismo metal las bases y los capiteles. El frontón que descansa en las columnas está realzado con un magnífico relieve que representa á la Trinidad Augusta. En el centro del altar el cuadro de San Ignacio, obra del artista de la Compañía, el P. Pozzi. Delante, una estatua del santo, de plata pura, y debajo de la mesa del sacrificio, la elegantísima urna de bronce y piedras preciosas que encierra las sagradas reliquias del hombre extraordinario á quien tanto deben la Iglesia y la civilización. Como emblemas del doble ministerio ejercido por el fundador de la Compañía de Jesús en el mundo, á los lados del altar se destacan de las paredes dos grupos en mármol; uno representa á la Fe civilizando con la cruz á los salvajes y en el otro se ve á la Religión confundiendo á la herejía. El primero fué esculpido por Juan Teudon y el segundo por Le Gros. Dos magníficos candelabros de bronce de gran tamaño adornados con estatuas de ángeles de primorosa cinceladura se hallan colocados delante de los grupos, y un soberbio balaustrado del mismo metal cierra la entrada de la capilla.

Salgamos de ella, después de arrodillarnos delante del altar, elevando nuestras preces á la Trinidad Augusta por intercesión del santo que en su vida y después de ella ha procurado siempre la mayor gloria de Dios.

CAPÍTULO NOVENO.

El Monte Capitolino.—Primeras impresiones.—El antiguo Capitolio.—El Capitolio moderno.—La estatua de Marco Aurelio.—El Palacio Senatorial.—El de los Conservadores.—El Museo Capitolino.

PARTIENDO de la plaza del Jesús en dirección al Sudeste, se halla el visitante en la falda de la colina que se llamó el Monte Capitolino y á corta distancia del celebrado Capitolio.

Cuando se va subiendo á la colina por el camino que llevaban los triunfadores, cree uno encontrarse un espacio inmenso cubierto con monumentos de imponente aspecto, defendido por fortalezas y rodeado de precipicios, se siente uno como sobrecogido de asombro de lo que verá; y sin embargo, ese famoso monte, centro del imperio romano, ese monte que habitó Saturno el padre de los dioses y sobre el cual disparó sus rayos Júpiter, cuyo maravilloso templo estaba revestido de bronce dorado; esa montaña santa que prometía á Roma ser la capital del mundo, no es sino una pequeña colina elevada solamente cuarenta metros sobre el nivel del mar, que nunca se creará ser la misma que sirvió de inaccesible ciudadela á los señores del mundo.

El desencanto que produce la vista del Capitolio moderno, que los romanos de hoy llaman con el prosaico nombre de *Campidoglio*, (campo de aceite) hace detener al viajero al pie de la gran escalera construida por Paulo III, y le obliga á reconstruir en su imaginación ese formidable sitio, apartando la vista de lo que tiene delante para contemplar en los

las piedras de construcción y de ornato, lo que el diamante á las de joyería. Concíbese, por otra parte, la belleza de esas columnas, revestidas de ese azul purísimo y transparente, acanaladas con incrustaciones de bronce dorado; siendo del mismo metal las bases y los capiteles. El frontón que descansa en las columnas está realzado con un magnífico relieve que representa á la Trinidad Augusta. En el centro del altar el cuadro de San Ignacio, obra del artista de la Compañía, el P. Pozzi. Delante, una estatua del santo, de plata pura, y debajo de la mesa del sacrificio, la elegantísima urna de bronce y piedras preciosas que encierra las sagradas reliquias del hombre extraordinario á quien tanto deben la Iglesia y la civilización. Como emblemas del doble ministerio ejercido por el fundador de la Compañía de Jesús en el mundo, á los lados del altar se destacan de las paredes dos grupos en mármol; uno representa á la Fe civilizando con la cruz á los salvajes y en el otro se ve á la Religión confundiendo á la herejía. El primero fué esculpido por Juan Teudon y el segundo por Le Gros. Dos magníficos candelabros de bronce de gran tamaño adornados con estatuas de ángeles de primorosa cinceladura se hallan colocados delante de los grupos, y un soberbio balaustrado del mismo metal cierra la entrada de la capilla.

Salgamos de ella, después de arrodillarnos delante del altar, elevando nuestras preces á la Trinidad Augusta por intercesión del santo que en su vida y después de ella ha procurado siempre la mayor gloria de Dios.

CAPÍTULO NOVENO.

El Monte Capitolino.—Primeras impresiones.—El antiguo Capitolio.—El Capitolio moderno.—La estatua de Marco Aurelio.—El Palacio Senatorial.—El de los Conservadores.—El Museo Capitolino.

PARTIENDO de la plaza del Jesús en dirección al Sudeste, se halla el visitante en la falda de la colina que se llamó el Monte Capitolino y á corta distancia del celebrado Capitolio.

Cuando se va subiendo á la colina por el camino que llevaban los triunfadores, cree uno encontrarse un espacio inmenso cubierto con monumentos de imponente aspecto, defendido por fortalezas y rodeado de precipicios, se siente uno como sobrecogido de asombro de lo que verá; y sin embargo, ese famoso monte, centro del imperio romano, ese monte que habitó Saturno el padre de los dioses y sobre el cual disparó sus rayos Júpiter, cuyo maravilloso templo estaba revestido de bronce dorado; esa montaña santa que prometía á Roma ser la capital del mundo, no es sino una pequeña colina elevada solamente cuarenta metros sobre el nivel del mar, que nunca se creará ser la misma que sirvió de inaccesible ciudadela á los señores del mundo.

El desencanto que produce la vista del Capitolio moderno, que los romanos de hoy llaman con el prosaico nombre de *Campidoglio*, (campo de aceite) hace detener al viajero al pie de la gran escalera construida por Paulo III, y le obliga á reconstruir en su imaginación ese formidable sitio, apartando la vista de lo que tiene delante para contemplar en los

recuerdos del pasado la grandeza de lo que allí existió, y extasiarse en esos recuerdos, dejando que la fábula y la historia le representen aquella maravilla que hicieran desaparecer los siglos.

Deténgase, pues, el lector con nosotros antes de subir la escalera, y remóntese con el pensamiento á más de veinte centurias atrás, para acompañarnos en esa visita muy más interesante que la que haremos en seguida á los modernos edificios.

El Monte Capitolino recibió este nombre en la época de Tarquino el viejo, porque al estar cavando los cimientos para erigir el templo de Júpiter, se encontró una cabeza humana recién cortada, en cuyo descubrimiento los augures vieron un presagio de que Roma sería la capital del mundo. Antes se había llamado *Saturnius*, por haberlo habitado Saturno, quien fundó allí una villa que llevaba su nombre. Su forma era aproximadamente elíptica, y se extendía de Este á Oeste. Las dos cimas que se elevaban en las extremidades, eran llamadas una *Capitólum*, por estar edificado el templo de Júpiter Capitolino, y la otra *Arx*, por la fortaleza ó ciudadela que allí fué edificada. Estos dos sitios estaban separados entre sí por un pequeño valle que se nombró *Intermóntium*, por estar comprendido entre las dos eminencias.

El Monte Capitolino estaba rodeado de murallas por todos lados y no era accesible sino por la parte oriental, en donde se hallaba situado el *Fórum*. La ciudadela ó *Arx*, había sido fortificada separadamente con espesos muros formados con grandes blocs cuadrangulares de piedra volcánica. Estas fortificaciones fueron hechas por Camilo después de la partida de los galos. En la parte septentrional del *Intermóntium* se construyó lo que se llamaba "El Asilo," fundado por Rómulo para aumentar la población de la ciudad. Delante del Asilo estaba el pequeño templo de Veiove. Había además pórticos entre los cuales se mencionan el de *Scipión Nasica* y el *Átrium públicum*. Por el lado meridional del *Intermóntium* estaba el *Tabulárium*, en donde se guardaban las tablas en bronce de los decretos del pueblo, los tratados y otros do-

cumentos públicos, y el *Athenæum*, escuela para las artes liberales y la biblioteca capitolina.

Sobre la cima en que hoy está la iglesia de Ara-Cœli, se cree que estuvo el magnífico templo que Tarquino el soberbio hizo erigir á Júpiter *Óptimo Máximo*. Los escritores alemanes afirman que se hallaba en el extremo opuesto en donde fué edificado el antiguo palacio Caffarelli, que hoy pertenece á la embajada de Alemania. Dionisio de Halicarnasio describe este magnífico templo tal como se hallaba reconstruido en su época, después de los tres incendios que sufrió bajo los reinados de Sylla, Vespasiano y Domiciano. La fachada, (la vimos en un antiguo grabado en Roma) veía al Sur y se componía de un soberbio pórtico griego coronado por un elegante frontón triangular que sostenían tres órdenes de esbeltas columnas de mármol: en el fondo se destacaba la estatua colosal de Júpiter, y á los lados del pórtico dos estatuas ecuestres que se supone serían de soberanos, á guisa de guardianes de la divinidad. El interior estaba dividido en tres naves, terminando las de los lados en dos capillas que se denominaban *écules*. Las paredes estaban revestidas de bronce dorado. Circundaba el templo, delante de la fachada, un inmenso patio que se llamaba *Área capitolina*, rodeada de magníficos pórticos. En este templo se hacían los sacrificios cuando el héroe de alguna victoria regresaba á la patria. En los pórticos se daba el gran banquete triunfal, una vez terminado el acto religioso.

En tiempo del emperador Honorio, todavía se hallaba el templo en buen estado de conservación, cuando Stilicon principió á despojarlo de sus ricos ornamentos. Genserico, en 455, se llevó la mitad de las planchas de bronce que cubrían sus paredes. En el siglo octavo había convertido en ruinas, y en el undécimo no quedaba de él piedra sobre piedra.

De toda aquella magnificencia de construcciones y edificios que coronaban la soberbia montaña, no queda hoy sino los restos del *Tabulárium*, que no son visibles sino á la espalda del palacio, por el lado del *Fórum*, hacia el Oriente.

Ya visitaremos esas imponentes ruinas, cuando hayamos recorrido los edificios modernos que forman hoy la plaza del *Campidoglio*, á la cual ya es tiempo de que hagamos subir al lector.

Si bien la impresión que recibe el viajero al descubrir esta plaza, no es de asombro por la magnificencia de los edificios que la circundan; si es verdad que los recuerdos de la grandeza romana, que se ostentaba soberbia en las edificaciones que cubrían la montaña santa, no dejan de influir en el ánimo del viajero para apreciar al primer golpe de vista la grandiosidad y elegancia de las construcciones mandadas erigir por el gran Pontífice Paulo III, siempre llama la atención y sorprende el aspecto exterior del *Campidoglio*, cuando se descubre en su conjunto al llegar al sitio en que éste es visible al observador. Lamentable es que á su frente no haya un sitio en donde se vea en totalidad la plaza y los edificios que la cercan, y la magnífica estatua ecuestre que la adorna. La vista no puede abarcarlo todo, hasta que se ha subido la gigantesca escalinata.

Veamos primero lo que se manifiesta á la vista antes de subir. Lo que se ofrece inmediatamente á las miradas del visitante, es la gran rampa que va á desembocar al centro de la plaza. Obra de Miguel Angel esta escalera, es majestuosa y bien trazada; límitanla dos elegantísimas balaustradas cuyas extremidades inferiores rematan en dos artísticos pedestales sobre los que descansan dos bellos leones de granito negro de estilo egipcio. Del lado derecho se alza una rampa cercada de jardines, por donde pueden subir los carruajes; del lado izquierdo otra escalera de construcción sencilla, conduce á la iglesia de *Ara-cæli*. En donde terminan los balaustrados de la escalera principal, se alzan dos grandes pedestales que reciben los magníficos grupos de Castor y Pólux en mármol pentélico, colocadas las estatuas cada una en actitud de sujetar un soberbio caballo. Descubiertos los grupos en el pontificado de Pío IV, fueron instalados en el sitio en que hoy se encuentran, por disposición de Gregorio XIII.

Unida á cada uno de los pedestales una balaustrada igual á las de la escalera, se extiende por ambos lados en sentido horizontal hasta los edificios laterales, sirviendo de límite á la plaza. Interrumpiendo la balaustrada en cada uno de sus tramos, se levantan cuatro pedestales de granito; los dos más grandes reciben los magníficos trofeos de mármol, llamados *de Mario*, que se hallaban en el Esquilino adornando la fuente conocida por del *Aqua Julia*. Se cree que se remontan á la época de Septimio Severo. Los otros dos pedestales sustentan las estatuas de Constantino Augusto y de Constantino César, que fueron encontradas en las termas de Constantino. Adornan también la balaustrada dos columnas que fueron descubiertas en la *Vía Appia*: una de ellas era la que marcaba la primera milla de dicha vía.

Ya subimos á la plaza. Colocados en esa gran plataforma cuadrangular, cercada por tres hermosos edificios que se asegura fueron proyectadas sus fachadas por Miguel Angel, tenemos que detenernos asombrados delante de la sin igual estatua ecuestre de Marco Aurelio, apellidado el filósofo. De bronce dorado, colosal en sus dimensiones; descansando sobre un magnífico pedestal de mármol de un solo *bloc*, la estatua de Marco Aurelio es un monumento sorprendente que no se concibe pueda tener rival en el mundo. La actitud del jinete es noble y digna; la del caballo es la de un brioso y animado corcel que parece sentirse orgulloso de llevar sobre sí la carga que sustenta; el soberbio animal levanta la cabeza majestuosa y alza gallardo el derecho de los pies delanteros, marcando bien con este movimiento su arrogante andadura.

Después de admirar á nuestro sabor la magnífica estatua, dirigiremos la vista á lo que nos rodea. En el fondo de la plaza, un edificio no de grandes medidas; pero sí de elegante aspecto exterior, coronando su altura una elevada torre. Es el *Palacio senatorial* erigido en forma de fortaleza por Bonifacio IX sobre una parte de las ruinas del *Tabulárium*, para que sirviese de residencia á los senadores. Embellecida después la fachada por Paulo III, confió la dirección á Miguel Angel, quien construyó la escalera de dos tramos en forma

piramidal truncada, teniendo delante una bellísima fuente. En este palacio, que consta de un gran salón que ocupa casi toda la extensión del frente, se ha instalado en nuestros días el Ayuntamiento de la ciudad de Roma. Una lápida conmemorativa que ostenta la fachada á la derecha, recuerda el origen é historia de dicha instalación. Para alojarse los *ediles* romanos en aquel edificio, fué necesario hacer salir del salón á los Soberanos Pontífices Paulo III y Gregorio XIII, que estaban representados en magníficas estatuas colosales como presidiendo á la honorable corporación que allí celebraba sus reuniones. Ignoramos las particularidades de esta expulsión, y sólo sabemos que los fundadores del Capitolio moderno, encontraron digno refugio en la iglesia inmediata de Ara-coeli, en donde tuvimos el gusto de verles instalados como en su propia casa. ¡Cosas de los revolucionarios! No podían los munícipes de la ciudad, emanados de la autoridad que despojó de Roma á los Papas, soportar la presencia de dos pontífices cuya permanencia en el salón municipal era una continuada y enérgica protesta contra la usurpación de que ha sido víctima el Papado.

La misma suerte cupo al desgraciado Carlos de Anjou, cuya estatua fué trasladada al vestíbulo del Palacio de los Conservadores.

Dos edificios de menor altura que el del fondo se hallan á uno y otro lado cerrando la elegante plaza. De muy bella arquitectura, y exactamente iguales en sus dimensiones y en la apariencia exterior; coronados por buenas estatuas de mármol, copiadas de las mejores y más célebres de la antigüedad; el de la derecha, es llamado el Palacio de los Conservadores, porque estuvo destinado á la reunión de estos altos funcionarios, y el de la izquierda, es el Museo del Capitolio. En el piso inferior del primero se hallan instaladas las oficinas del estado civil. Allí nada tenemos que ver, y nos dirigimos á la puerta principal por donde se entra á recorrer los salones en donde admiraremos una gran colección de bellezas. Prepárese el lector. Es mucho y muy bueno lo que hemos de ver reunido en aquellas estancias interiores,

desnudas de toda decoración y hasta sucias en sus paredes y pisos.

Penetrando en el vestíbulo encontraremos delante de la estatua de Julio César, el único retrato auténtico que nos ha dejado la antigüedad de aquel hombre extraordinario. A la izquierda veremos una estatua de Augusto. Extendiendo la vista por el patio quedaremos sorprendidos contemplando en desordenados grupos admirables restos de la antigüedad pagana: ya es una cabeza de bronce de un tamaño desmedido, ya otros miembros que pertenecieron á una estatua de gigantesco tamaño, ya los restos de cornisas y bajo-relieves de exquisita cinceladura; por aquí fragmentos de cuerpos humanos en mármol y en bronce; por allí pedazos de columnas de pórfido, de granito y de mármol. En el fondo del patio, debajo de un pórtico cerrado con una reja se ve una estatua de Roma en figura de una bella matrona, colocada sobre un pedestal moderno; á sus lados se hallan dos reyes bárbaros en mármol gris. A la derecha está un interesante grupo de un león destrozando á un caballo.

Volviendo al vestíbulo, á la derecha tomamos la escalera.

No describiremos detalladamente el interior de este palacio, que de tal no tiene más que la fachada; no nos detendremos tampoco en mencionar siquiera la multitud de piedras antiguas que se encuentran á cada paso en la escalera, en los pasillos y aun en los mismos salones. El objeto principal de nuestra visita es admirar los bellos cuadros que encierran las galerías, mucho más abundantes en el número de las pinturas que las del Vaticano, aunque muy inferiores en la calidad de las composiciones. No por esto se crea que no hay mucho que captive la atención del visitante en esta magnífica galería. Las principales escuelas de la pintura están allí representadas; la de Bolonia en las obras de Francia, de Guercino, del Domeniquino, de Carracci y de Guido; la francesa en las de Nicolás Poussin, Claudio Lorrain, Bourguignon y Minard; la flamenca está representada por Rubens y Van Dyck; la veneciana por Ticiano y el Veronés; la escuela romana, por

Perugino, Garofalo, el Pinturriccio, Caravaggio y Pedro de Cortona, y la florentina, por Botticelli.

Desde luego y entrando en la primera sala, llamará muy particularmente nuestra atención una pintura de este último autor, Botticelli, una Virgen con el niño Jesús entre San Martín y San Nicolás. La Virgen sentada bajo un rico baldaquino en una silla de muy delicada ornamentación, tiene en sus brazos al Niño Jesús, el cual está tomando una de tres naranjas que uno de los santos le presenta sobre un libro cerrado. El Niño sonríe y la Madre aparece con el rostro velado por la tristeza. Los dos santos con vestiduras pontificales llevan mitra en la cabeza, báculo en una mano y en la otra tienen cada cual un libro. La composición toda está arreglada con esa tímida simetría que se observaba en aquellos tiempos en los cuadros de devoción: tiene el mismo carácter de las miniaturas del siglo XV y podría tomarse por una ampliación de alguna de aquellas pinturas que adornaban los misales y los llamados libros de horas. El estilo del cuadro es austero, los contornos preciosos y el manejo del pincel esmerado, aunque se resiente de mezquindad, conservando en los vestidos algo de la rigidez gótica.

Contrastando con esta escuela, veremos en la veneciana un preciosísimo cuadro, "La lección de flauta," de una ejecución varonil y delicada á la vez, de un pincel nutrido y vigorosamente empastado, cual corresponde al estilo del pintor que se llamó Ticiano. Dos hombres se ven representados: uno viejo que lleva el traje de los mercaderes de Venecia, el otro joven, está acercándose á los labios una flauta curva; las dos figuras tienen vida, y con decir que salieron de manos del Ticiano, dicho está que se desprenden fuertemente del lienzo, que mueven los labios, que respiran por las narices y ven con los ojos.

Después de admirar una obra del Ticiano, los amantes de lo que se llama con propiedad la pintura, todavía pueden hallar placer viendo un cuadro de Guercino. Efectivamente, este maestro fué un verdadero pintor. "La Sibila pérsica" con que se enorgullece la galería del Capitolio, es una de

sus mejores obras y está calificada como de primer orden. Sin inquietarse el artista por la conveniencia histórica, se dió el gusto de pintar una hermosa mujer y de vestirla con riqueza y elegancia, estudiando el modo de hacer resaltar la belleza de sus facciones. Generalmente las sibilas han sido representadas como viejas, sin duda porque á la juventud no hace gracia el profetizar y porque el don de agradar no se compadece con el de prever lo futuro: pero el Guercino prefirió pintar á razonar, y su Sibila es tan encantadora que nadie habrá habido tan exigente que haya reprochado al artista representarla bajo el aspecto de una bella cortesana.

Otros muchos cuadros que llamaríamos *de marca*, son dignos de mencionarse entre los que se hallan en la sala en que estamos. Un retrato vivo é imponente de Velázquez, una Caridad de Aníbal Carracci, la Sibila de Cumes, del Domeniquino, figura de noble y fiero carácter; un San Juan Bautista del Guercino, un retrato de Guido pintado por él mismo, un Orfeo, de Nicolás Poussin, notable por la belleza del paisaje y una Santa Lucía del más elevado estilo de Garofalo.

No debemos pasar desapercibidos uno de los más bellos cuadros de Mola, la Partida de Agar, un Cristo entre los doctores, de Dorsi, una Magdalena penitente, de Tintoreto, en que brilla el colorido de la escuela veneciana; un grupo de Remo y Rómulo amamantados por la loba, de Rubens, y una Madona del pintor Francia.

Pasando á la siguiente sala, arrebatada nuestras miradas la mejor pintura de Pablo el Veronés, El rapto de Europa. No puede menos de mirarse con gran complacencia ese lujo de ropas y esa frescura de encarnación con que supo el artista representar á la hija de Agenor sentada confiadamente sobre su toro más manso que un cordero. En el momento de recibir el animal su ligera carga, inclina la cabeza para lamer uno de los pies de la joven, sobre la cual alados cupidos esparcen de las alturas una lluvia de flores. El dibujo, la expresión y el colorido brillan en este magnífico cuadro que no se cansaría uno de estar contemplando largas horas.

Mas la obra que en la sala en que nos hallamos atrae principalmente la atención, la que deja absorto al visitante, es el gran cuadro del Guercino, Santa Petronila. Debe saberse, para mejor entender el asunto de la pintura, que la santa, joven de extraordinaria belleza, había sido prometida en matrimonio á un patricio romano llamado Flavio. Hallándose este ausente, la joven se puso en oración durante tres días y consagrando á Dios su pureza, obtuvo del Señor morir virgen al tercer día. Cuando Flavio regresó y tuvo noticia de la muerte de su prometida, no pudo creer en su desgracia y mandó exhumar el cadáver de Petronila para cerciorarse de que había muerto y contemplar sus facciones por última vez. Tal es el asunto del cuadro. Sin preocuparse el artista por las leyes de la unidad y sin atender á otras conveniencias, trató de producir un poderoso efecto, comenzando por dar á su cuadro una luz inverosímil para hacer resaltar los contrastes de un claro oscuro verdaderamente ideal. Después, representó en el mismo lienzo dos escenas que no habían sido simultáneas, es á saber, la recepción del alma de la santa en la gloria y la exhumación del cadáver en presencia de Flavio. En esta escena, que figura como la principal, el artista ha presentado un bello cuerpo de mujer, sostenido por rudos sepultureros de piel bronceada, y cerca de estos un elegante joven en traje del siglo XVI; es el prometido de la muerta que viene á satisfacer el imprudente deseo de mirar por último el cuerpo inanimado de la mujer á quien había propuéstose consagrar su vida. Visto de lejos el cuadro presenta el efecto de una masa de color sembrada confusamente de toques blancos; pero cuando se acerca uno á mirarle, observa que las figuras se destacan, los objetos se modelan y acentúan, los detalles se caracterizan y una ejecución calurosa y mágica embarga la vista, sin tener tiempo el espectador para preguntarse si aquellas sombras tan densas y la claridad que con ellas contrasta pueden producirse en una escena que pasa al aire libre.

La Santa Petronila, es sin disputa, el cuadro más perfec-

to que salió del pincel admirable del Guercino. Está reproducido en mosaico en San Pedro y fué de los que hicieron el viaje á París en el saqueo ejecutado por Bonaparte.

No puede dudarse que las escuelas de Bolonia y de Venecia son las que triunfan en la galería de cuadros del Capitolio. Después de la incomparable pintura que acabamos de describir, ostenta la galería muchas de las mejores obras de Guido Reni, entre otras un Amoreito pintado con esa morbidez que sabía dar á las figuras de niños. Una Mujer adúltera del Ticiano y un Bautismo de Cristo, en el cual se retrató el artista de perfil, completan el triunfo de la escuela veneciana.

Mas no por eso deberemos ver con indiferencia la Presentación de Jesús en el templo, cuadro atribuido á Fray Bartolomé; la Inocencia, de Romanelli; la Betsabé, de Palma el viejo; las Gracias, de Palma el joven. Menos pasaremos por alto la Judith, de Julio Romano; una Sagrada Familia, de Andrés Sachi; una Huida á Egipto, de Scarzellino; los dos Filósofos, del Calabrés y la Magdalena á los pies del Salvador, brillante composición de Bassan.

Quisiéramos terminar aquí nuestra revista; pero no podemos dejar de consagrar unos instantes á la Santa Cecilia de Carracci. La santa está delante de un pequeño órgano cantando; cuatro personajes que la escuchan hacen visible en sus rostros el efecto que aquel canto les produce: la Virgen y el Niño Dios, sin mirar á la santa, parecen extasiados oyéndola; un monje carmelita que está en pie cerca de ella se ve como arrebatado del mismo sentimiento, y un ángel que se halla en el fondo manifiesta en su semblante escuchar los cánticos celestes.

Y ya no mencionaremos otras pinturas, porque el catálogo de las que hay solamente ocuparía algunas páginas. Saliremos del edificio y atravesando de nuevo la plaza entraremos en el palacio que se halla en frente, para ir á visitar el Museo. Vamos á recorrer en las piedras la historia de esos pueblos paganos, cuya civilización en lo que no se refería á las costumbres, estaba muy más adelantada que la nuestra.

Clemente XII fué el fundador de este museo, que hizo ensanchar Benedicto XIV y enriquecieron algunos de sus sucesores, principalmente Pío VI y Pío VII. El Museo del Capitolio, con su pequeño patio, su angosta escalera y sus reducidos salones sin pinturas ni decoración, no corresponde á la importancia de las magníficas obras que encierra. En el centro del patio lo primero que llama la atención es la célebre estatua colosal del Océano conocida con el nombre de *Marforio*, por haber estado situada cerca del Foro de Marte. A los lados de la estatua se ven dos sátiros en forma de cariátides. Circundando el patio hay algunos bustos y de cada lado un sarcófago; estos monumentos fueron encontrados en las Catacumbas de San Sebastián: aunque son de un trabajo grosero, el de la izquierda es interesante por los detalles que se observan en el grupo de caza que tiene esculpido. A la derecha de la estatua del colosal Marforio hay un pequeño edificio que encierra una estatua chica de la Tierra; ha sido descubierto recientemente y es una obra muy rara y curiosa.

Recorriendo el pórtico del vestíbulo á la izquierda se halla una estatua de Endimión con su perro. Entre otras muchas piedras de mérito es notable la urna adornada con el magnífico bajo-relieve que representa una bacanal: merece mencionarse también la parte inferior de una estatua de rey prisionero, en mármol violado, que se hallaba decorando el arco de Constantino.

Antes de retroceder, al lado derecho del vestíbulo debemos recorrer las salas cuyas puertas quedan al paso, y entrando en la llamada de los bronceos, atraerá nuestra atención un caballo y el fragmento de un toro que se supone pertenecieron á los baños públicos llamados *Empelides*; un pie calzado, obra de excelente trabajo; la Diana triforme y el hermoso vaso que Mitridates, rey del Ponto, había regalado al gimnasio de los Eupatoristas, según lo comprueba la inscripción griega que en él se lee. En la sala siguiente el objeto más notable es el gran sarcófago sobre el cual está representada

la caza del jabalí. En la pieza inmediata hay otros sarcófagos y además la tumba de Sulpicio Máximo.

Volviendo al lado derecho del vestíbulo, nos encontramos con la bella estatua de Diana, cuyas ropas son de acabada perfección; sigue un magnífico bajo-relieve con asuntos de caza, y en frente la estatua del emperador Adriano en traje de sacrificador. Frente á la escalera hay una estatua colosal de un guerrero, en la cual los inteligentes estiman mucho el estilo de la coraza. En el fondo del vestíbulo está el famoso Hércules destruyendo á la hydra.

En la primera de las salas que se hallan por este lado es muy notable un altar cuadrado en el cual están esculpidos los trabajos de Hércules; y pertenece á la época más remota de la Grecia. En esta sala hay varios bustos de personajes, la mayor parte desconocidos, y otra porción de piedras y urnas sacadas de las excavaciones de *Campo Varano*.

La sala siguiente es un libro abierto en el cual está escrita en gruesos caracteres la historia de los muchos emperadores y de los cónsules de Roma, desde Tiberio hasta Teodosio I. Las paredes están cubiertas con lápidas que contienen curiosas inscripciones dispuestas cuidadosamente por orden cronológico. No es menos interesante que las inscripciones el gran sarcófago que se halla en medio de esta sala: los sorprendentes bajo-relieves que lo adornan en todas sus faces, representan una batalla entre los romanos y los galos, que tuvo lugar en el año 225 antes de nuestra Era. La historia dice que fué librada en *Telamone* en Toscana, y es célebre por la muerte de Atilio Régulo, cónsul romano, y por la de Ancoreste, rey de los galos, que se suicidó. Las figuras de los guerreros bárbaros son notables por su parecido con la bella estatua del Gladiador moribundo.

En la tercera sala se encuentra el gran sarcófago llamado de Alejandro Severo, en el cual se hallan esculpidas admirablemente varias escenas de la Hiliada de Homero. Allí se reconoce á Agamenón, á Néstor, á Ulises, á Diómedes y á Calchas. Aquiles está representado en el momento en que es

retenido por Minerva; en otra de las faces del monumento se ve la partida del mismo Aquiles de la isla Sciros, y allí se puede reconocer á Licomedes y á Deidamies; adelante, los griegos le suplican volver al combate, y más allá, se ve á Priamo de rodillas pidiendo la entrega del cuerpo de Hector. En las paredes de la sala hay un disco de mármol adornado con mosaicos y un cuadro de pórfido en medio. Al derredor del disco están representados diversos episodios interesantes de la vida de Aquiles. Otros varios mosaicos y bajo-relieves interesantísimos contiene esta sala, todos relativos á la Mitología y á la historia de la Grecia. Volúmenes enteros podrían escribirse acerca de los asuntos que expresan estas magníficas esculturas é inscripciones, y no acabaríamos si nos detuviésemos en examinarlas minuciosamente. Subiremos por la escalera para recorrer los departamentos del piso superior, que tampoco tendremos tiempo para verlos tan despacio como merecen.

Al ir subiendo la escalera, por fuerza nos hemos de detener para observar en las paredes unos mármoles curiosísimos; son fragmentos del plano de la Roma antigua, descubiertos en el lado occidental del *Fórum pacis*, atrás de la iglesia de San Cosme y San Damián. Son dignos de especial atención los que indican los baños de *Sura*, el pórtico de Octavio, la basílica Emilia, el Grecostris, las basílicas Julia y Ulpia, las termas de Tito, el escenario del teatro de Marcelo, etc.

De esta escalera se pasa á un largo corredor que se llama Galería, lleno de monumentos antiguos; pero antes de recorrerlo debemos entrar en la sala que se encuentra inmediatamente á la derecha. Es llamada la Sala de las Palomas, porque el objeto más precioso que encierra es el admirable mosaico de las Palomas de Furietti, que el cardenal de este apellido encontró en la *Villa Adriana* en Tívoli. Detengámonos á contemplarlo. Sobre un vaso de elegante forma, lleno de agua, se ven paradas en el borde cuatro bellísimas palomas; una está bebiendo el transparente líquido, otra tor-

ciendo el cuello graciosamente lleva el pico á una de sus alas; las otras guardan diferentes actitudes, y las cuatro forman un grupo verdaderamente encantador. Creese que este mosaico es copia del que describe Plinio, como una obra sublime, elogiando á su autor *Sosus*, hábil mosaiquista que lo ejecutó en el pavimento de un templo de Pérgamo.

En esta misma sala se admira un gran vaso de mármol blanco que fué encontrado cerca de la tumba de Cecilia Metella. No puede imaginarse nada más elegante y bello que la forma de este vaso. Realzado con hojas de un relieve fino y discreto, está guarnecido con dos asas que terminan en mascarones, y adornan su base de hemisferio acanalado, bellísimas hojas de acanto. Descansa sobre un pedestal cilíndrico de base octágona; teniendo esculpida la pared en el más hermoso estilo griego, con las doce divinidades del Olimpo.

Es necesario examinar en este salón, la célebre *tabla iliaca*, pequeño bajo-relieve resguardado por un cristal, en donde están representados los principales acontecimientos de la guerra de Troya.

No permaneceremos indiferentes delante de la bellísima estatua de una niña que tiene en su seno una paloma retorciéndose asustada por el silbido de una víbora que se levanta á sus pies. Sorprende que en el paganismo, religión puramente materialista, haya podido el arte figurar, acaso mejor que nosotros, el pudor, la castidad y la inocencia. No parece sino que los artistas antiguos presintieron nuestras virtudes cristianas; porque de otra manera no se concibe como habrían podido expresarlas con tanta delicadeza y representarlas con tan bellos encantos.... Pero está convenido que no habremos de mencionar en este museo sino lo más notable. Salgamos otra vez á la Galería.

En esta forzosamente hemos de parar la atención en dos bustos muy bien conservados, el de Marco Aurelio y el de Septimio Severo; debemos detenernos delante de un Júpiter célebre, llamado *della Valle* por el nombre de la familia que lo poseyó; suspenderemos nuestra marcha al pasar frente á

una estatua de Trajano Decio, sentado; y no podremos proseguir nuestro camino cuando nuestros ojos se hayan fijado en un Hércules niño, que estrangula serpientes, colocado sobre un sarcófago en que está esculpido el rapto de Proserpina.

Una elegante rotonda que se llama "El Gabinete," encierra las dos obras más notables de este departamento del museo; la *Venus del Capitolio* y el grupo del *Amor y Psyche*. En tiempo de los Papas, este gabinete era reservado; hoy está abierto al público á las horas en que éste puede visitar los departamentos. No diremos que es edificante el aspecto de esas obras del arte pagano; pero sí nos causa pena declarar que en ellas, como en otras muchas que se encuentran en los museos de Roma, no se ve representada la sensualidad en la repugnante y refinada molicie con que provocan al vicio las obras del arte moderno, especialmente las francesas, que frecuentemente hacen apartar la vista de los aparadores de nuestras tiendas. ¡Triste cosa, que bajo la civilización actual de que tanto blasonamos, haya superado entre nosotros el vicio y la licencia de costumbres á la liviandad del desenfrenado paganismo!

Pasemos á la sala que llaman de los Emperadores, porque en ella están colocados por orden cronológico los bustos de los emperadores y emperatrices hasta el número de 83 figuras. Colección preciosa que ha venido á confirmar los caracteres que la historia nos había transmitido de las personas allí retratadas.

En el centro de esta sala se levanta sobre un pedestal moderno la estatua de una dama romana, que se cree ser la primera Agripina mujer de Germánico, madre de Calígula y abuela de Nerón. Está sentada en una silla curul apoyando un brazo sobre el respaldo en una actitud majestuosa. Su vestido es amplio, pero de una tela bastante fina para producir delicados y numerosos pliegues, que el artista ejecutó libremente con una variedad bien combinada para el efecto óptico. Según que el escultor quiso ocultar ó que resaltaran

las formas del cuerpo, cerraba ó abría los pliegues del mármol, ó bien los comprimía en donde lo demandaba la propiedad. En suma, aquella mujer aparece vestida con telas delgadas que sin embargo de que ocultan completamente las formas femeniles hasta presentar un conjunto que no lastima el pudor más delicado, hacen adivinar un modelado exquisito de un cuerpo escultóricamente perfecto. Difícilmente podrá encontrarse en la escultura griega ropas más bellas y de mejor estilo.

Las paredes de la sala están cubiertas con bajo-relieves muy interesantes; siendo los mejor ejecutados el sueño de Endimión, Perseo librando á Andromedes, y una caza del jabalí de Calidón.

A la sala de los Emperadores sigue la de los Filósofos, colección admirable en la cual 82 bustos en mármol nos representan vivos casi á los más célebres filósofos, poetas y escritores de la antigüedad pagana: Pitágoras, Platón, Diógenes, Sófoles, Aristófanés, Virgilio, Cicerón, Terencio, Apolonio, Arquímedes, Píndaro los más notables, los más auténticos de esos bustos son el del gran orador Demóstenes, el del padre de la medicina, Hipócrates, el del virtuoso Sócrates, y el del eminente poeta Homero. Entre estas figuras pensativas, que están respirando el genio antiguo y la antigua sabiduría, detiéndose con placer la vista en la encantadora cabeza de Aspasia. La bella cortesana que no temía en su tiempo mezclarse en las conversaciones de los filósofos y fué admitida en el consejo de Pericles, ocupa en el museo un lugar de honor entre los grandes hombres que honraban la belleza como la sonrisa de los dioses.

Llegamos al departamento llamado "Gran Salón," y allí nos aguardan magníficas sorpresas. En el centro una estatua colosal de Hércules niño, modelada en basalto. Está colocada entre dos Centauros de mármol gris, que son reputados como obras maestras de la escultura griega en el tiempo de Adriano. De los dos, el uno es viejo y expresa el dolor de tener las manos atadas por detrás; el otro es un joven con la

cara llena de alegría; su brazo derecho está levantado en señal de regocijo; en la mano izquierda tiene el bastón de los pastores y del antebrazo cuelga una piel de cabra. ¡Hermoso privilegio del arte griego! Los seres fantásticos creados por la imaginación de los poetas son representados tan naturales y con una vida tal que se creería en su existencia.

Gran cantidad de obras preciosísimas encierra el Gran Salón; pero haremos notar solamente un Júpiter y un Esculapio en mármol negro antiguo; un Apolo de grande estilo ejecutado en mármol de Paros; el busto colosal de Trajano con la coraza cívica; una bella estatua de Harpócrates, dios del silencio, perfectamente conservada, y dos Amazonas, una herida, manifestando la expresión más noble del dolor, y la otra preparándose para el combate.

No abandonaremos el Gran Salón sin detenernos delante de la estatua de *Hecuba*. Representa este mármol á la viuda de Priamo en los momentos de ver á su hijo Astinax precipitado de lo alto de los muros de Troya. El artista supo conservar la nobleza en la imagen de la decrepitud y un resto de dignidad real en la expresión de la desesperación.

La sala que sigue es llamada "del Fauno," por la estatua del Fauno en la cosecha del vino que descuella en primer término entre las preciosidades que contiene. El Fauno es de rojo antiguo. ¡Hasta en la elección de la piedra estuvo feliz el artista! ¿Qué mármol más apropiado para representar á un hijo de Baco? En cuanto á la ejecución, la sensualidad y la embriaguez se revelan en ese cuerpo, debilitado hasta el punto de parecer doblarse.

Entre las inscripciones que cubren las paredes de la sala, es muy notable una gran tabla de bronce que contiene parte del decreto del Senado que confiere á Vespasiano la autoridad imperial. Este interesante monumento estaba en San Juan de Letrán.

Dos estatuas de niños llaman la atención en esta misma sala. Una, la del que está oprimiendo con sus brazos el cuello de un ganso, y otra el de un muchacho que está sacándo-

se una espina del pie izquierdo. En ambas figuras las formas imperfectas de los niños y la abundancia que pudiéramos llamar superflua de las carnes, han sido para el artista un objeto de especial estudio, en el cual la naturaleza se ve imitada con admirable semejanza.

La última sala es la que llaman del Gladiador. En el centro de ella está la magnífica estatua que generalmente es conocida por el Gladiador moribundo. Evidentemente que este monumento del arte antiguo, en el cual la sublimidad del trabajo es tal que puede competir con las estatuas más insignes, representa un asunto más noble que un gladiador. Esa vil especie de hombres no comenzó á ser favorecida hasta el reinado de Cómodo: sólo en esta época habría podido erigirse semejante estatua; pero el trabajo en ella es puramente griego y muy anterior al reinado de dicho emperador. Observando atentamente la cabeza, el mostacho, los cabellos cortos y erizados y todos los demás accesorios, no puede dudarse que la representación de la estatua es de un gallo y es de presumirse que haya pertenecido á un grupo alusivo á la derrota que sufrieron los galos en su expedición á la Grecia.

Multitud de otras bellísimas esculturas se ven circundando la sala del Gladiador. Es notable una estatua que se conoce con el nombre de Flora: fué encontrada en la villa Adriana juntamente con dos figuras de Antinous de un trabajo perfecto: en una de estas dos el hermoso joven favorito de Adriano está representado con los caracteres de una divinidad egipcia y en proporciones semi-colosales. Una Juno de grandioso estilo, tiene tal expresión que produce el efecto de la misma vida. Una elegante figura de Apolo con su lira en las manos. Un busto del filósofo Zenón. Una bacante con la cabeza adornada con uvas. Una *Psyché* cuyas ropas son modelo de gracia y de sutileza. Una copia en mármol pentélico del famoso Fauno de Praxíteles. Una encantadora cabeza de Ariana.....

Terminaremos nuestra revista del Museo del Capitolio, llamando la atención sobre una Vieja bacante que se ve

abrazando una botella de vino. Las arrugas de la piel y los pliegues de la ropa son de un efecto maravilloso y revelan un cincel maestro, para el cual la dureza del mármol no presenta más dificultades que las que á una mano ejercitada pudiera ofrecer la más blanda cera.

Con lo poquísimo que nos hemos permitido apuntar sobre las esculturas del Capitolio, nuestros lectores podrán formarse una idea aproximada de cómo los antiguos variaban el sentimiento y la ejecución de su estatuaria, y el buen resultado que obtenían en todos los géneros; los dioses y los héroes, los hombres y las mujeres, la vejez y la infancia, la sensualidad y el pudor. ¡Arte sublime que sabía elevarse hasta la concepción de los dioses y descender sin degradarse hasta la imitación palpitante de los animales!

CAPÍTULO DÉCIMO.

La subida á Santa María de *Ara-Celi*.—Impresiones á la vista del panorama de Roma.
—La iglesia.—La Prisión Mamertina.—La Academia de San Lucas.

DEJANDO el Capitolio, descenderemos por la gran escalera de Miguel Angel y tomaremos á la izquierda, la que conduce á la monumental iglesia de *Ara-celi*. Fatigados de la subida, descansaremos unos minutos apoyándonos en el pretil que cerca el atrio del templo para recrear entretanto la vista con el admirable panorama de la ciudad.

Por donde quiera que se contemple este bello conjunto de edificios antiguos y modernos, ideas grandiosas y sublimes ocuparán la mente; clásicos recuerdos vendrán á la memoria; sentimientos nobles y elevados se despertarán en el corazón. La historia de treinta siglos está allí escrita con gigantescos caracteres, para ser leída claramente por el ojo de menor alcance. Parece que cien generaciones se hallan presentes á la vista del observador, publicando á gritos las mil y mil transformaciones que sufre la humanidad en la sucesión de los tiempos. Una civilización conquistando á la barbarie, y hundiéndose después en ella; unos pueblos dominando á otros, y á poco estos dominando á los vencedores; las artes elevándose á maravillosa altura y después degradándose hasta el envilecimiento, para renacer más tarde, formando nuevos estilos y nuevas escuelas, en relación con el espíritu de la época. Una raza de titanes aniquilando á otra que no nació de pigmeos, y sepultando entre las ruinas de sus casas y de sus templos á un pueblo condenado por la Divinidad á

abrazando una botella de vino. Las arrugas de la piel y los pliegues de la ropa son de un efecto maravilloso y revelan un cincel maestro, para el cual la dureza del mármol no presenta más dificultades que las que á una mano ejercitada pudiera ofrecer la más blanda cera.

Con lo poquísimo que nos hemos permitido apuntar sobre las esculturas del Capitolio, nuestros lectores podrán formarse una idea aproximada de cómo los antiguos variaban el sentimiento y la ejecución de su estatuaria, y el buen resultado que obtenían en todos los géneros; los dioses y los héroes, los hombres y las mujeres, la vejez y la infancia, la sensualidad y el pudor. ¡Arte sublime que sabía elevarse hasta la concepción de los dioses y descender sin degradarse hasta la imitación palpitante de los animales!

CAPÍTULO DÉCIMO.

La subida á Santa María de *Ara-Celi*.—Impresiones á la vista del panorama de Roma.
—La iglesia.—La Prisión Mamertina.—La Academia de San Lucas.

DEJANDO el Capitolio, descenderemos por la gran escalera de Miguel Angel y tomaremos á la izquierda, la que conduce á la monumental iglesia de *Ara-celi*. Fatigados de la subida, descansaremos unos minutos apoyándonos en el pretil que cerca el atrio del templo para recrear entretanto la vista con el admirable panorama de la ciudad.

Por donde quiera que se contemple este bello conjunto de edificios antiguos y modernos, ideas grandiosas y sublimes ocuparán la mente; clásicos recuerdos vendrán á la memoria; sentimientos nobles y elevados se despertarán en el corazón. La historia de treinta siglos está allí escrita con gigantescos caracteres, para ser leída claramente por el ojo de menor alcance. Parece que cien generaciones se hallan presentes á la vista del observador, publicando á gritos las mil y mil transformaciones que sufre la humanidad en la sucesión de los tiempos. Una civilización conquistando á la barbarie, y hundiéndose después en ella; unos pueblos dominando á otros, y á poco estos dominando á los vencedores; las artes elevándose á maravillosa altura y después degradándose hasta el envilecimiento, para renacer más tarde, formando nuevos estilos y nuevas escuelas, en relación con el espíritu de la época. Una raza de titanes aniquilando á otra que no nació de pigmeos, y sepultando entre las ruinas de sus casas y de sus templos á un pueblo condenado por la Divinidad á

perpetuo ostracismo; para hundirse después ella misma entre el polvo de los escombros que amontonara su decadencia. El politeísmo sobreponiéndose á la Religión del Dios Único, y esta Religión bajo una nueva forma derrocando á las divinidades paganas, para extenderse después por todo el mundo, creando una civilización más noble y levantada que ninguna de las que la habían precedido. La revolución moderna luchando atrevida con esta Religión y pretendiendo arrancarle sus conquistas, destruyendo sus obras materiales, y ejerciendo abierta persecución en contra de sus individuos. El hombre, en una palabra, desafiando á Dios; la materia tratando de sobreponerse al espíritu.

Estas y otras ideas despierta en el ánimo la contemplación del panorama de esa Roma de los reyes, de los cónsules, de los emperadores, de los Papas; hoy de. . . . la revolución anti-católica.

Entremos en la iglesia. Edificado este templo en la Edad media, fué llamado en su origen Santa María del Capitolio. Hasta el año 1252 había sido abadía de Benedictinos: Inocencio IV estableció allí á los Hermanos menores: restaurado en 1464 por el Cardenal Oliverio Caraffa, se hallaba casi en ruinas en fines del siglo XVIII, y fué reedificado en principios del actual. La iglesia está dividida en tres naves por dos hileras de columnas diferentes en la forma y de diversos diámetros. Con excepción de tres de mármol, las restantes son de granito egipcio: se supone que fueron tomadas de varios monumentos y edificios de la antigüedad; la tercera de las que están á la izquierda entrando, conserva una inscripción antigua, "A cubículo Augustorum," que indica seguramente su procedencia. El pavimento está cubierto con mármoles desiguales y de distintas clases, muy antiguos y raros. Hay en esta iglesia multitud de tumbas de los siglos XIV, XV y XVI, notables menos que por el arte por los recuerdos históricos que despiertan. Diez y ocho capillas circundan las naves laterales del templo, y como tendríamos que extendernos demasiado si las describiésemos todas, llamaremos la atención del lector respecto de las más notables. La de San

Bernardino de Sena, que se halla á la derecha entrando por la puerta principal, está adornada con sorprendentes frescos del Pinturichio que representan pasajes de la vida del santo. El pavimento es de precioso mosaico del estilo que llaman de los *Cosmati*. En la segunda capilla es digno de ser estudiado un bellissimo cuadro de la Piedad, pintado en tabla, por Marcos de Siena y los frescos son de Pomarancio. La capilla de Santa Rosa de Viterbo es notable por un antiquísimo mosaico que representa á la Virgen María. En el altar mayor, que se halla casi en el estado en que fué construido en 1590, se venera una imagen de la Virgen de las tantas que se atribuyen á San Lucas: la pintura revela ser muy antigua. Detrás del altar mayor está el coro, y en el pavimento hay una tumba célebre, la de Sigismundo Conti, secretario de Julio II, para quien pintó Rafael el admirable cuadro de la Virgen de Foligno, hecho expresamente para esta iglesia. En un brazo del crucero, á la izquierda, se levanta en medio de dicho brazo la pequeña capilla de Santa Elena, que consta de ocho columnas de un mármol que se llama *brocatel*, sobre las cuales descansa una bonita cúpula. El guía nos dijo que en esta capilla están sepultados los restos de la Santa; noticia de que no hemos tenido confirmación. Verdadera preciosidad artística son los ambones que se hallan en los ángulos del crucero, ejecutados por los hermanos *Cosmati* y decorados con bellísimas incrustaciones de piedras, algunas de gran precio.

Merece visitarse con espíritu de devoción la capilla nombrada del *Santo Bambino*. Venérase allí una imagen del Niño Dios, formada, según tradición, por un religioso franciscano con un pequeño trozo de madera de un árbol del Huerto de los Olivos. Estando arrodillados delante de la imagen, se nos acercó un sacerdote y nos preguntó si queríamos besarla; contestámosle afirmativamente y el buen padre se tomó el trabajo de subir al altar; abrió el nicho y acercó á nosotros la veneranda efigie: imprimimos en ella nuestros labios y dimos en seguida al sacerdote una pequeña limosna, que nos fué recompensada con una estampa del *Santo Bambino*. La

imagen tendrá un tamaño como de sesenta centímetros; está vestida de tela blanca de seda guarnecida con perlas y piedras preciosas.

Ya no mencionaremos de esta iglesia, sino las tres estatuas de Pontífices que fueron expulsadas del Capitolio por los revolucionarios italianos. Las de Paulo III y de Gregorio XIII, que fueron quitadas del salón del Palacio del Senador, están la primera en la nave lateral de la izquierda y la segunda en la de la derecha, una frente á la otra: la de León X, que se hallaba en el salón de los Conservadores, está en el crucero, frente á la capilla de Santa Elena.

Antes de salir de la iglesia, debe visitarse la sacristía para admirar un soberbio cuadro de la escuela de Rafael, que es atribuido á su discípulo Julio Romano, y representa la Virgen con San Juan Bautista y Santa Isabel.

No aconsejaremos al lector que salga del templo por la puerta del costado, porque recibirá la desagradable impresión que recibimos nosotros encontrándonos delante de un destacamento italiano de soldados que ocupan el edificio anexo, el cual seguramente perteneció al antiguo monasterio, y á su brutalidad están entregadas las pinturas que adornaban las paredes de un pórtico que fué sin duda la portería, y se ven hoy bastante deterioradas.

De la plaza del Capitolio parten dos calles que descienden al *Fórum*. Tomaremos, saliendo de *Ara-Cæli*, la que está á la izquierda; y dejando á la derecha el *Tabulárium*, que después visitaremos, y apartando la vista de las magníficas ruinas que se extienden desde allí hasta el arco de Tito, que todavía no es tiempo de visitar, dirijámonos á la capilla que llaman el *Crocifisso di Campo Vaccino*, para que el custodio nos introduzca á la célebre Prisión Mamertina.

El nombre de esta cárcel se deriva de *Ancus Martius*, cuarto rey de Roma. Servio Tulio la ensanchó haciendo cavar otro departamento subterráneo que llevó su nombre y servía para las ejecuciones capitales: dícese que fué construida en una antigua cantera que se hallaba al pie del Capitolio. La cámara superior á donde nos condujo el custodio, está re-

vestida con piedras rectangulares, aunque en el sitio inmediato al altar se descubren todavía los vestigios de las excavaciones antiguas. Tiene la forma de un trapecio de 7 m. 75 c. de largo, 5 m. 75 c. de ancho y 4 m. 20 c. de altura. Hacia el Nordeste se ven las señales de una ventana por la cual entraba una débil luz á la estancia. No hay ningún indicio de que en su origen hubiese tenido puerta alguna, porque las que hay ahora son modernas, y se cree que los delinquentes eran introducidos por la abertura circular practicada en la bóveda, la cual debía estar cerrada con una reja. La fachada que mira al Oriente está bien conservada, y sobre una cinta de travertino que la corona se lee el nombre de los cónsules del año 22 de Nuestra Era, *Caius Vibius Rufinus* y *Marcus Cocceius Nerva*, que probablemente la restauraron por decreto del senado.

La tradición piadosa refiere que en esta prisión fueron encarcelados por orden de Nerón los Santos Apóstoles Pedro y Pablo. Muéstrase allí un pozo del cual está brotando una agua que ha sido reputada milagrosa, y se cree que con ella fueron bautizados los carceleros Processo y Martiniano, quienes después recibieron el martirio.

Nuestro querido amigo el Lic. D. Ramiro de la Garza, en cuya compañía visitamos la Cárcel Mamertina, hizonos reminiscencia al salir á una pequeña plataforma que se halla á la entrada de la capilla, de la solemne procesión que en 1854 tuvo lugar solemnizando la terminación de los trabajos que fueron ejecutados para reparar la misma capilla. Desde aquella plataforma el Sumo Pontífice Pío IX dirigió un elocuente discurso á la muchedumbre de fieles que al acto religioso concurrieron.

Inmediatamente después de haber hecho la visita de este lugar venerable, pasamos á recorrer las célebres ruinas del Fórum acompañados de nuestro amigo; pero dejaremos para otro capítulo la descripción de esos monumentos, y trasladaremos antes al lector á un edificio distante pocos metros, en el cual se halla depositado un riquísimo tesoro de pintu-

ras, originales de los más afamados maestros en el arte. Vamos á la Academia de San Lucas.

Al saber que nos acercábamos á la gran escuela de la pintura en Roma, en donde se han formado tantos y tan distinguidos artistas, íbamos preparados para encontrarnos á poco delante de un soberbio edificio de la apariencia cuando menos del palacio Doria. Verdadera decepción nos causó llegar á una miserable casa de tres pisos con un pequeño zaguán, de cuyo insignificante y estrecho vestíbulo rompe una angosta escalera. Temimos que la revolución hubiese dirigido su hacha devastadora contra la primera institución romana de bellas artes, en odio á la memoria de sus insignes fundadores. Pero no era así. La Academia de San Lucas, aunque emancipada de la Santa Sede, conserva la vida que aquellos le dieron, se rige por sus mismos reglamentos, y continúa siendo el núcleo de los artistas de Roma. Sólo que desde su fundación fué instalada en aquel pobre edificio, y allí ha permanecido, prestando indigno alojamiento á maravillosas obras de los más notables artistas de Italia y del extranjero.

Fundada la Academia por el pintor Muciano bajo los auspicios de Gregorio XIII en el último tercio del siglo XVI, hasta fines casi del XVII en tiempo de Sixto V puede decirse que la institución comenzó á prosperar. Federico Zuccaro, literato y poeta, fué el insigne protector del establecimiento, al cual instituyó heredero suyo. El espíritu de confraternidad que siempre ha unido á los artistas romanos, contribuyó no poco á los progresos de esta Academia, enriquecida hoy más por la liberalidad de sus académicos que por los donativos que le hicieran los Papas, quienes sin embargo, la favorecieron muchísimo.

La Academia de San Lucas, no posee en sus galerías abundancia de cuadros, pero los que tiene son excelentes y casi puede asegurarse que no hay en el departamento de las pinturas antiguas una sola que no sea de gran mérito y muchas hay que no tienen rival en ninguna otra galería. De las del Vaticano fueron trasladados á San Lucas algunos lien-

zos, que ya por la naturaleza de los asuntos, ya por la manera poco decorosa de expresarlos, se consideraron indignos de figurar en la residencia del Vicario de Jesucristo. Los académicos por su parte de tiempo atrás vienen prestando un importante contingente, obsequiando á la escuela con retratos de los más notables maestros, cuyo número se eleva hoy á centenares. Establecida una sala de cuadros modernos, figuran en ella muy buenas pinturas de autores contemporáneos.

Ignoramos la disposición en que se hallarían colocadas las galerías en tiempos anteriores. En la actualidad, los cuadros notables se exhiben en tres salas, dos de mediana capacidad separadas por un cuarto de poco más de seis metros por lado. Entremos á visitarlas.

Aunque no se ha tenido en general el cuidado de colocar las pinturas por escuelas, como debiera haberse esperado de la dirección de personas competentes, nosotros mencionaremos en cuanto nos sea posible los principales por la nacionalidad de sus autores. La escuela flamenca ha sido debidamente honrada por los académicos de San Lucas, y desde el primer salón se admiran composiciones magníficas de aquellos distinguidos artistas. Una vista de paisaje con ruinas de monumentos antiguos, en el cual llaman la atención unas vacas, obra de Berghem; otro paisaje con caballos, de Wan-Bloemen; el Matrimonio de Santa Catarina, de Hemling; un Descendimiento, obra flamenca de autor no conocido; un bosquejo de Rubens, las Tres Gracias; la Santísima Virgen entre dos ángeles, de Van-Dyck; un paisaje de Wouwermans; un admirable retrato de una dama que se supone haya sido Isabel de Inglaterra, por el mismo Van-Dyck.

En la escuela francesa, brillan dos hermosísimos paisajes de Nicolás Poussin y un Baco y Ariana del mismo autor; dos preciosas Marinas de Manglard, que se atribuyen á José Ver-net, y una encantadora ribera de Claudio Lorrain.

De Velázquez hay un soberbio retrato de Inocencio XI, que algunos pretenden es obra de Baciccio, y de Murillo el retrato de Lorrain.

El mayor número de los cuadros pertenece á los grandes maestros italianos, y los hay de Rafael, de Guido Reni, del Ticiano, de los Palma viejo y joven, de Pablo el Veronés, del Guercino, de Carlos Maratta, De Salvator Rosa, de Julio Romano, de Guido Gagnacci.....

Del divino Sancio, se distinguen dos notabilísimos. Uno es el San Lucas pintando á la Santísima Virgen. El Evangelista está delante del caballete copiando la celestial figura de la Virgen y la encantadora del Niño, que se le aparecen en visión y se hallan delante de él formando un grupo inimitable: el rostro del santo se ve radiante de felicidad: detrás del inspirado artista se halla un joven contemplando aquella bellísima escena; es el mismo Rafael. Las figuras son dignas de su autor por la sencillez noble y primitiva que las caracteriza, por su sentimiento y por su dulzura. Se nota que el pintor supo transportarse en espíritu á los primeros tiempos del Cristianismo en que la Fe obraba tan estupendos prodigios. El otro cuadro de Rafael, que excita la admiración del visitante en esta galería, es el sublime niño pintado al fresco, en el cual junto á la expresión inimitable del candor infantil, se admira la morbidez de las carnes y la pastosidad de un colorido que difícilmente habría podido dar otro pincel.

De las obras del justamente célebre Guido Reni, sin disputa es la suprema el soberbio cuadro que posee la Academia de San Lucas y representa á la Fortuna en una hermosa mujer de larga cabellera que va surcando el espacio al rededor del mundo: lleva en su mano izquierda una bolsita de la cual se desprenden monedas de oro y en la derecha la vara mágica que nuestros cuentos infantiles llamarían *la varita de virtud*: un amor alado trata de sujetarla inútilmente por los cabellos.

Lamentable es que ni los honores de la descripción puedan concederse á la maravillosa obra del Ticiano, que representa á Diana en compañía de varias ninfas. Esa escena licenciosa no podía encontrar acogida en otra galería que no fuere en la de una Academia de pintura. No diremos lo mismo del San Gerónimo en el desierto, del mismo autor, que

de no hallarse en donde está no debería tener otro lugar que el Vaticano.

Lo que decimos del cuadro de Diana, debemos con pena consignar respecto de dos cuadros calificados como de primer orden por los inteligentes; las Tres Gracias, de Palma el joven y una Betsabé muy más provocativa para el espectador que lo fué para David la mujer del desgraciado Urías.

No recomendaremos sin duda, como un modelo de honestidad, el grupo de las hijas de Loth y la Dalila de Palma el viejo, aun cuando los académicos de San Lucas les hallan dado uno de los primeros lugares en su magnífica galería.

Tampoco haremos otra cosa que mencionar la Casta Susana, de Pablo el Veronés; dejando á los artistas que lo estudien solos, y se extasíen contemplando las bellezas de un cuadro en que el pintor no fué movido sin duda por el espíritu que al autor bíblico movió á describir la escena que representa.

Verdaderamente pagano, aunque de notable mérito el grupo mitológico de Venus y Cupido, tenía que ser obra del Guercino para que la Academia de San Lucas le haya dado el lugar que tiene en su galería.

Una hermosísima Virgen de Carlos Maratta, como cuadro de devoción merecería estar adornando alguno de los bellos altares de ágata y lápiz-lázuli de las mejores iglesias de Roma, si no fuera porque como obra de arte quisieron los artistas de San Lucas tributarle otra especie de culto, y conservar en sus salones como un bello modelo que deben imitar sus alumnos.

El San Gerónimo de Salvator Rosa y los dos cuadros de paisaje, uno de los cuales representa las cascadas de Tívoli, obra del mismo pintor, son dignos de figurar entre las bellezas de primer orden de la galería.

De Julio Romano es una Galatea, que el discípulo de Rafael pintó siguiendo el modelo del gran fresco de su maestro que se halla enriqueciendo la colección del palacio Farnesio.

Gran estimación hacen los académicos, de una Lucrecia pintada por Guido Gagnacci, que representa ese tipo inver-

símil de virtud pagana, en una mujer que se da la muerte no pudiendo sobrevivir al ultraje que ha recibido en su honra. El artista, causa pena decirlo, más bien parece que intentó presentar con vivos colores el incentivo que determinó al seductor á cometer el crimen, que la desesperación de la víctima y esa mentida nobleza de sentimientos que á la mujer pagana obligó á castigar en sí misma con otro delito una acción de la cual no era responsable.

En la sala de los cuadros modernos no escasean algunos antiguos de mérito, y entre los primeros hay muchos de bellísima ejecución y de un efecto admirable.

Entre los retratos, cuya colección mencionamos arriba, se hacen notar los de dos mujeres artistas, Angélica Kaufman y Virginia Le Brun, pintados por ellas mismas.

En el piso inferior, que nosotros llamaríamos el entresuelo, se exhiben los buenos estudios de dibujo y pintura y los modelos en barro cocido que han alcanzado premios en los grandes concursos de la Academia. Salgamos de ella, con la satisfacción de haber visitado una de las mejores colecciones de pinturas del mundo, y retrocediendo unos pasos lleguemos á contemplar las célebres ruinas del paganismo; el emporio de la belleza clásica en la arquitectura, los maravillosos restos de esa opulencia romana tan celebrados por los viajeros y por los historiadores.

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

Sobre la torre del Capitolio.—El *Tabularium*.—La *Schola Xantha*.—Pórtico de los dioses *consenti*.—Templo de Vespasiano.—Arco de Septimio Severo.—Los Rostros capitolinos.—La columna de *Phocas*.—La Basílica Julia.—La Vía Sacra.—Templo de Castor y Pólux.—Templo de César.—De Vesta.—De Antonino y Faustina.—De Rómulo.—Basílica de Constantino.—Palacio de los Césares.—Arco de Tito.—La *Meta sudans*.—Coloso de Nerón.—Arco de Constantino.—El Colosseo.

ANTES de bajar á la hondonada artificial que han abierto las excavaciones practicadas en lo que fué en la Edad media el *Campo Vaccino*, en donde yacieron durante siglos enteros la mayor parte de los monumentos que han ido saliendo á luz descarnados y cubiertos de polvo, como esqueletos desenterrados, dirijamos nuestros pasos á una elevada torre que corona el techo del palacio senatorial, para contemplar el conjunto admirable de esas interesantes ruinas, y darnos cuenta de la situación respectiva de cada edificio, y estudiar á vista de pájaro el efecto que produce ese hacinamiento de magníficos escombros, mudos testigos de tantos y tan estupendos acontecimientos. Subamos.

Colocados en el cuerpo superior de la torre, abra el lector los ojos; extienda la vista en la dirección del Oriente y sorpréndase de tener delante una ciudad que diez y ocho siglos atrás se hallaba en el apogeo de su grandeza: reconstruya en su imaginación todos esos edificios, la mayor parte arruinados hoy, de algunos de los cuales no verá sino los cimientos, y haciendo salir de entre el polvo esos templos, esos

símil de virtud pagana, en una mujer que se da la muerte no pudiendo sobrevivir al ultraje que ha recibido en su honra. El artista, causa pena decirlo, más bien parece que intentó presentar con vivos colores el incentivo que determinó al seductor á cometer el crimen, que la desesperación de la víctima y esa mentida nobleza de sentimientos que á la mujer pagana obligó á castigar en sí misma con otro delito una acción de la cual no era responsable.

En la sala de los cuadros modernos no escasean algunos antiguos de mérito, y entre los primeros hay muchos de bellísima ejecución y de un efecto admirable.

Entre los retratos, cuya colección mencionamos arriba, se hacen notar los de dos mujeres artistas, Angélica Kaufman y Virginia Le Brun, pintados por ellas mismas.

En el piso inferior, que nosotros llamaríamos el entresuelo, se exhiben los buenos estudios de dibujo y pintura y los modelos en barro cocido que han alcanzado premios en los grandes concursos de la Academia. Salgamos de ella, con la satisfacción de haber visitado una de las mejores colecciones de pinturas del mundo, y retrocediendo unos pasos lleguemos á contemplar las célebres ruinas del paganismo; el emporio de la belleza clásica en la arquitectura, los maravillosos restos de esa opulencia romana tan celebrados por los viajeros y por los historiadores.

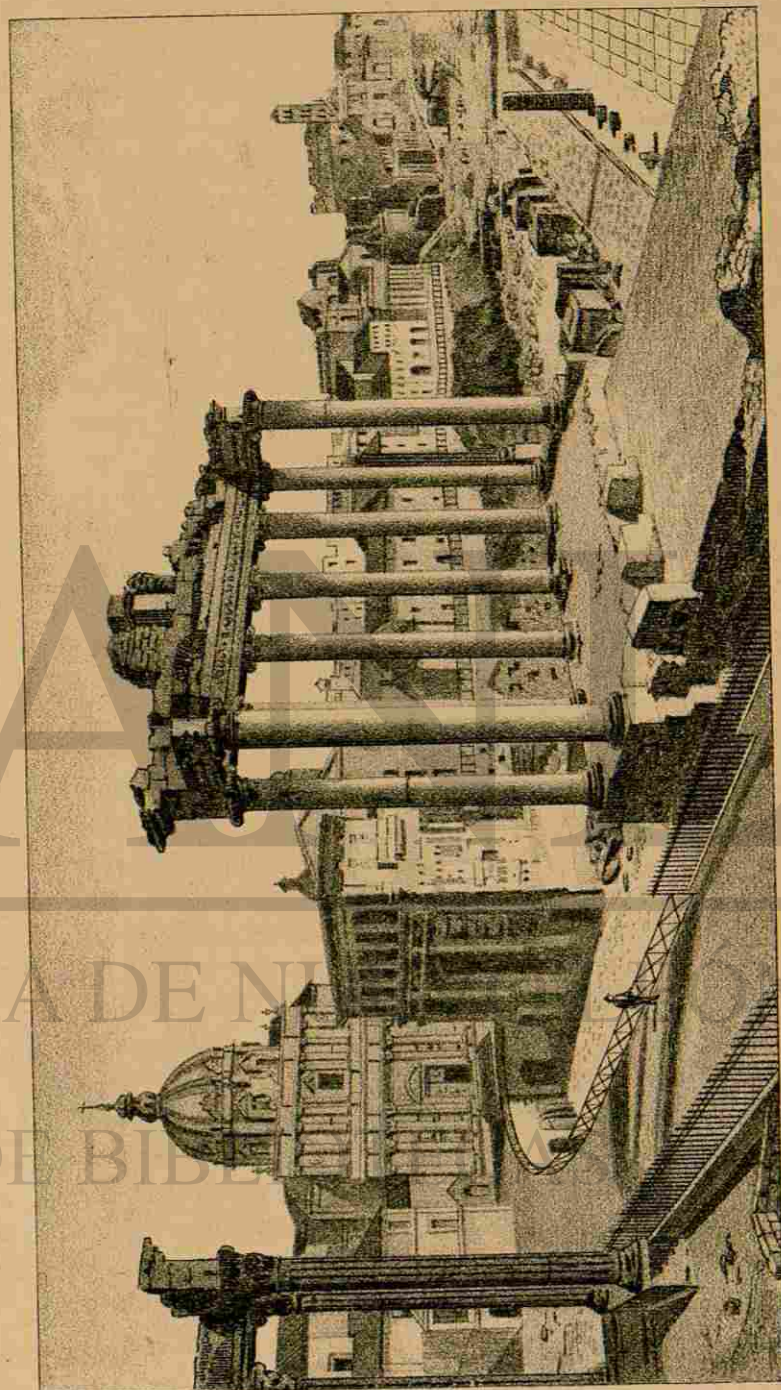
CAPÍTULO UNDÉCIMO.

Sobre la torre del Capitolio.—El *Tabularium*.—La *Schola Xantha*.—Pórtico de los dioses *consenti*.—Templo de Vespasiano.—Arco de Septimio Severo.—Los Rostros capitolinos.—La columna de *Phocas*.—La Basílica Julia.—La Vía Sacra.—Templo de Castor y Pólux.—Templo de César.—De Vesta.—De Antonino y Faustina.—De Rómulo.—Basílica de Constantino.—Palacio de los Césares.—Arco de Tito.—La *Meta sudans*.—Coloso de Nerón.—Arco de Constantino.—El Colosseo.

ANTES de bajar á la hondonada artificial que han abierto las excavaciones practicadas en lo que fué en la Edad media el *Campo Vaccino*, en donde yacieron durante siglos enteros la mayor parte de los monumentos que han ido saliendo á luz descarnados y cubiertos de polvo, como esqueletos desenterrados, dirijamos nuestros pasos á una elevada torre que corona el techo del palacio senatorial, para contemplar el conjunto admirable de esas interesantes ruinas, y darnos cuenta de la situación respectiva de cada edificio, y estudiar á vista de pájaro el efecto que produce ese hacinamiento de magníficos escombros, mudos testigos de tantos y tan estupendos acontecimientos. Subamos.

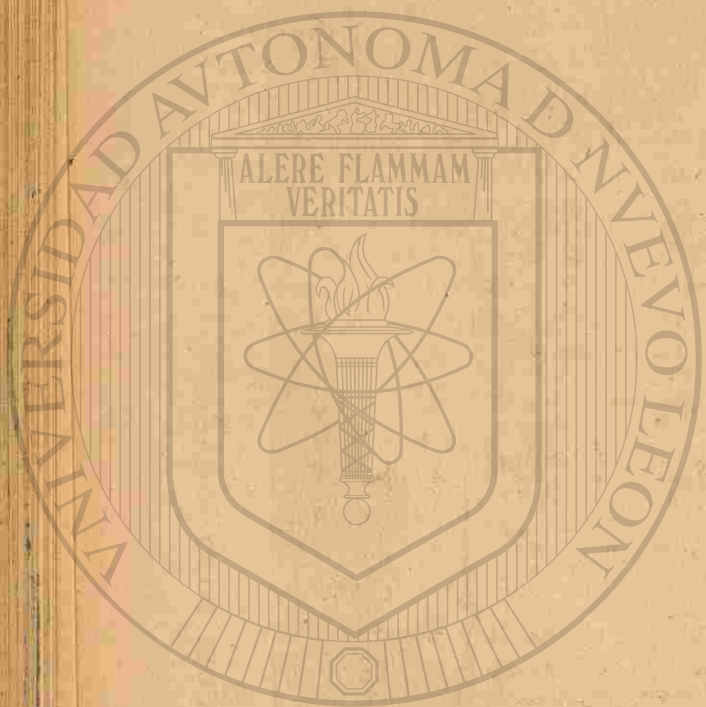
Colocados en el cuerpo superior de la torre, abra el lector los ojos; extienda la vista en la dirección del Oriente y sorpréndase de tener delante una ciudad que diez y ocho siglos atrás se hallaba en el apogeo de su grandeza: reconstruya en su imaginación todos esos edificios, la mayor parte arruinados hoy, de algunos de los cuales no verá sino los cimientos, y haciendo salir de entre el polvo esos templos, esos

palacios, esas basílicas, esos arcos, esos monumentos, esas estatuas, conciba si puede lo que sería esa inmensa agrupación de edificios comprendida entre los montes Capitolino y Palatino y Celio, limitada al Occidente por el templo de Júpiter y la ciudadela Capitolina y al Oriente por esa gigantesca mole que se llamó el Anfiteatro Flavio. Recorra con la vista esas angostas calles que apenas separaban uno del otro los magníficos edificios, y en medio de los más suntuosos, en la parte más baja, entre cimientos de paredes y restos de escalinatas y bases de columnas, podrá entrever apenas el sitio en que existió el *Forum Romanum*: ese lugar en que se discutían los grandes negocios del Estado, en que se hacía oír la voz elocuente de Cicerón, en que se decidía de la suerte de los hombres y de los imperios. Mas entremos en algunos detalles. Nos hallamos colocados en el sitio en que fué el *Tabularium*: debajo de nosotros están todavía muchas de sus construcciones que se hallan en pie; su soberbio pórtico da frente al *Forum* y descende hasta la falda del Monte Capitolino. En este edificio se conservaban los archivos de esa legislación sabia que todavía está sirviendo de fundamento á la nuestra y á la de la mayor parte de las naciones civilizadas. A la izquierda, descubrimos inerustada, entre las paredes de tierra que han formado las excavaciones, cuartos oscuros medio destruidos unos y restaurados otros; allí estaban las oficinas de los escribanos encargados de los archivos públicos; prolongábanse hasta el *Tabularium* con el cual forman ángulo recto. Esta reunión de oficinas llamábase la *Schola Xantha*. Cercano á este edificio se alza erguido un bellissimo pórtico del cual se conservan en pie diez columnas corintias, que sostienen una cornisa en cuyo friso todavía se lee una inscripción latina; es el llamado pórtico de los Dioses consentidos (*dii consenti*), las doce principales divinidades del Olimpo. Frente al pórtico del *Tabularium*, se alzan tres elegantes columnas recibiendo un fragmento de cornisa; son los restos de la fachada del Templo de Vespasiano. Del lado izquierdo, algunos cimientos de maciza construcción que dejan descubrir basamentos de columnas, nos descubren el



RUINAS DEL FORO ROMANO.

LIT. G. MONTAUBOUL MÉXICO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sitio en que se hallaba el templo de la Concordia, célebre en la historia de Roma. Un poco más adelante por este lado se levanta medio hundido entre el suelo el magnífico arco triunfal de Septimio Severo. Casi frente á este monumento se descubren por la derecha los restos del templo de Saturno. Avanzando con la vista por este lado, se ven las cien columnas de la basílica Julia y paralelo á ésta los vestigios del templo de Castor y Pólux, y casi en frente el de Antonino y Faustina y el de Rómulo, convertidos en iglesias, y un poco más allá la soberbia basílica de Constantino, y volviendo al lado derecho el templo de Vesta, y contiguo el edificio recientemente descubierto que sirvió de asilo á las vestales, y subiendo por las vertientes del Palatino el Palacio de los Césares, cuyas ruinas se extienden por toda la colina en una área muy dilatada, y bajando otra vez, el Arco de Tito, por cuya puerta pasa la *Via Sacra* que conduce hasta el Colosseo, dejando á la izquierda el pedestal del Coloso de Nerón y á la derecha, la *Meta sudans* y el soberbio Arco de Constantino, por donde pasa la *Vía triunfal*. ¡Qué agrupación tan magnífica y sorprendente de edificios y monumentos! ¡Qué grandiosidad en las proporciones! ¡Qué esplendidez en la arquitectura! ¡Qué lujo en la ornamentación! ¡Qué riqueza en los materiales! Allí está concentrada, digamos así, la magnificencia de aquella Roma antigua que dictó leyes al mundo y avasalló cien imperios. Allí está como el núcleo de esa civilización pagana que deslumbró á las naciones con el brillo de su grandeza, para volver más tarde á la barbarie de donde había salido y hundirse para siempre en el polvo.

Descenderemos de la torre para visitar separadamente cada uno de esos edificios y monumentos ó sus despojos, y darnos cuenta del uso á que se hallaban destinados. Comenzaremos por el *Tabularium*. Ya hemos dicho que la fachada principal de este edificio da frente á las construcciones del *Forum*. Lo que existe de esa fachada son los restos imponentes de un gran pórtico formado con grandes blocs de piedra gabina, menos los capiteles y la cornisa que son de travertino; el orden de arquitectura es dórico. Los últimos descu-

brimientos han hecho reconocer la distribución interior de los salones del piso superior, del cual se descendía al nivel del *Forum* por una escalera que se encontró en buen estado de conservación, no obstante que pertenece á la época de la República. Han sido descubiertas otras escaleras que comunicaban entre sí los diversos pisos. Por el lado de la iglesia de *Ara-cali* se han encontrado varios salones ó galerías de grande extensión y algunos bastante angostos. El Gobierno está reuniendo en ellos multitud de piedras labradas que han salido de las excavaciones recientes, y un considerable número de vasos y vasijas que se supone han sido halladas en las mismas excavaciones. La Comisión Arqueológica está haciendo de todo un prolijo estudio, y se asegura que pronto será reedificado el *Tabularium*, bajo el plano que se forme como resultado de dicho estudio.

Saliendo del *Tabularium* bajaremos á la gran hondonada en cuyo plano inferior se hallan la mayor parte de las construcciones antiguas. Formando ángulo recto con el pórtico que dejamos descrito, entraremos en los departamentos de la *Schola Xantha*, cuyo uso ya dejamos indicado. Estas oficinas, lo mismo que unas siete piezas que se cree formaban parte del templo de los *Dii Consenti*, han sido restauradas y se observan en ellas reconstrucciones muy recientes, supuesto que datan de 1850.

Delante de estos departamentos se levanta á poca distancia el muy elegante pórtico de dicho templo, que descansa sobre un sub-basamento formado con piedras rectangulares. Como llevamos expresado, este monumento consta de diez columnas corintias sobre las cuales descansa un entablamento en cuyo friso se lee la inscripción que descubre su origen.

No lejos de éste el templo de Vespasiano que todavía hace pocos años se creía de Júpiter Tonante, y conserva en pie tres columnas corintias recibiendo un fragmento de cornisa. A corta distancia el templo de la Concordia, en donde se guardaba el tesoro militar; célebre en la historia por haberse reunido en su interior el senado para oír la terrible acusación de Cicerón contra Catilina.

Pocos pasos adelante se alza majestuoso el arco de Septimio Severo, que hicieron erigir el senado y el pueblo en el año 203 de la Era cristiana, en honor de aquel soberano, de Caracalla y de su hijo Geta, por las victorias obtenidas sobre los partos y otras naciones del Oriente. De mármol griego este monumento, está decorado con ocho columnas acanalladas de orden compuesto, y con bajo-relieves que representan las batallas contra los partos, los árabes y los adiabitanos. Las bóvedas de las arcadas, que son tres, se hallan realizadas con elegantes rosetones de diferentes dibujos.

A la derecha de este arco se ven los *Rostros capitolinos*, construcción semicircular que aparece en parte revestida de mármol. En una de las extremidades de los *Rostros*, se encuentran vestigios de una construcción circular que se cree haber pertenecido al *Ombilicus de Roma*, ó sea el centro de la gran ciudad.

No lejos de este sitio vemos levantarse erguida y esbelta la columna de *Phocas*, erigida en el año 608 en honor de este príncipe, por haber conservado durante su gobierno la libertad y la paz en Italia. Cerca de esta columna están los *Plutei* ó parapetos que representaban la abolición de las deudas á favor del Fisco, decretada por Adriano; en estos lugares eran quemados los libros de registro en que constaban las deudas.

A pocos pasos se descubre una extensa plataforma cuadrangular, cubierta en parte con mármoles de diversos colores. Está averiguado que servía de pavimento á la Basílica Julia, que fué comenzada por Julio César, y la terminó Augusto. Esta basílica se componía de una gran nave oblonga circundada en el exterior por un doble pórtico recibido en tres hileras de pilastras que estaban unidas por arcos. ®

Paralela á esta basílica pasaba la *Vía Sacra*, que ya no puede dudarse partía del Colosseo y atravesando entre los edificios del *Forum* en la dirección indicada, llegaba hasta el Capitolio por el lado del *Tabularium*, en donde se bifurcaba para conducir á las *cien gradas*, por las cuales se subía á la colina. De uno y otro lado de la dicha vía, se descubren vesti-

gios de haber halládose monumentos que los romanos llamaban honorarios, erigidos en honor de ciudadanos distinguidos.

Casi en medio del espacio libre que ocupaba el *Forum*, se ve la base de una estatua ecuestre que se supone sería la de Domiciano.

Separado de la basílica por una angosta calle, se hallaba el templo de Castor y Pólux, del cual existen los cimientos, y en la parte que debía corresponder á la entrada del templo, están en pie tres hermosísimas columnas de mármol pentélico de 14 m. 84 c. de altura, por 1 m. 44 c. de diámetro. El fragmento de cornisa que sustentan es grande y majestuoso y de un trabajo fino y delicado. Los capiteles son tan bellos como los del Pantheon, y las columnas, por sus proporciones y por su ornamentación, sirven de modelo para el orden corintio á que pertenecen. La erección de este magnífico templo se remonta al año 270 de la fundación de Roma.

Un montón de ruinas que limitan por esta parte el plano del *Forum*, se asegura que pertenecen al famoso templo de César. Allí debían estar los *Rostros Julianos*, en donde se descubre una base formada con grandes piedras esculpidas.

Recientes excavaciones han confirmado la opinión de que un macizo de construcción circular que está inmediato al templo de Castor y Pólux, perteneció al templo de Vesta.

Pasando de este templo en dirección al Oriente, están desenterrándose varios edificios que suben gradualmente al Palatino, y pertenecen á diversas épocas. Acerca de ellos los arqueólogos aun no emiten su opinión definitiva.

Paralelos casi á los grandes monumentos cuyas ruinas acabamos de visitar, se levantan los templos de Antonino y Faustina y de Rómulo, y la Basílica de Constantino. El primero está convertido en la iglesia de San Lorenzo *in Miranda*. Consérvase del antiguo edificio el magnífico pórtico que consta de seis columnas en el frente y tres de cada lado, construidas con mármol cipolino; gigantescas y elegantísimas sostienen un soberbio cornisamento de enormes bloques de mármol, cuyo friso está esculpido con bajo-relieves que representan

grifos, candelabros y vasos de muy bella ejecución. Este grandioso edificio fué erigido en honor de Antonino por decreto del senado, y cuando murió Faustina, la mujer de aquel, fué agregado su nombre á la inscripción que se ve en el centro del frontón de la fachada.

Del templo de Rómulo, hoy iglesia de San Cosme y San Damián, queda solamente la parte que le sirve de vestíbulo, y dos columnas de cipolino que se ven delante del oratorio del *Via Crucis*, que está al lado de la iglesia.

De la Basílica de Constantino, que seguía inmediatamente á este templo, se conserva toda una nave lateral con tres grandes arcos, que corresponden á una de las tres de que se componía el edificio. Fué construida esta basílica por Majencio en el año 311 de nuestra Era, y después consagrada por el senado á Constantino.

Bajando de esta basílica que, como los dos templos antes descritos, se halla á considerable elevación sobre el nivel del *Forum*, se tiene delante el Arco de Tito, que es como la gran puerta de entrada á esta inmensa necrópolis de construcciones que acabamos de visitar.

Antes de acercarnos á este monumento, abarquemos con la vista la grande extensión del Monte Palatino, cubierto de majestuosas ruinas que asoman entre la vegetación y los escombros de las excavaciones. Allí está el Palacio de los Césares, ó más bien dicho, los palacios de los emperadores romanos. Allí habitaron los grandes hombres de la época de la República: los *Gracos*, *Fulvius*, *Flaccus*, *Quintus Catulus*, *Lucius Crassus* y *Eneus Octavius* y *Scaurus* y *Hortensius* y *Cicerón*, y *Clodius*, y Catilina, y Marco Antonio. Allí residieron Augusto y Tiberio y Claudio y Nerón, y Diocleciano y Maximiano y Constantino. Allí, por último, *Romulus Augustulus*, el postrer soberano del imperio de Occidente, y allí, Odoacres, que le destronó. Allí moraban los hombres que fundaron la ciudad de Remo y Rómulo; allí los que vieron acabar el primer imperio del mundo. El Palatino es el Alfa y la Omega de esa raza que comenzó á formarse con el crimen y llegó envilecida á su decadencia. La historia de ese

pueblo excepcional está allí escrita con caracteres de piedra. El proceso de sus hombres públicos allí estaba formado, y se desenvuelve ahora á nuestra vista después de quince siglos, á impulso de las excavaciones que cuidadosamente dirigidas se emprendieron hace algunos años y siguen practicándose con laudable perseverancia. Pronto la vida íntima de esos hombres será conocida del arqueólogo, y la historia acabará de conocer al paganismo hasta en las más escondidas debilidades de sus varones eminentes.

Lleguemos al Arco de Tito. Interesante este monumento para los cristianos, tiene para nosotros doble significación. Es el recuerdo viviente del tremendo castigo que cumpliéndose las profecías mandara Dios sobre la nación deicida; es la confirmación de nuestros libros sagrados; es una prueba irrecusable de su autenticidad. Detengámonos á examinarlo. Como se sabe, este arco de triunfo fué levantado para honrar á Tito, hijo de Vespasiano, por la conquista de Jerusalem. Está construido con mármol pentélico, y adornado con soberbios bajo-relieves. Aunque de una sola arcada y menos gigantesco que los otros de su género, es el más bello de los que nos ha dejado la antigüedad. De las cuatro medias columnas acanaladas que recibían el arquitrave, quedan solamente dos en cada fachada, sustentando un hermoso ático de artísticas proporciones. El orden de las medias columnas es el compuesto. A los lados del arco, abajo de la cornisa, se destacan en bajo-relieves dos bellísimos grupos perfectamente cincelados. En el de la izquierda se ve á Tito triunfante sobre un carro tirado por cuatro caballos conducidos por Roma bajo la figura de una mujer; la Victoria está coronando al emperador y una tropa de soldados le precede y le sigue. En el de la derecha está representada la parte más interesante de la pompa triunfal que antecede al carro; es decir, los prisioneros israelitas, y el botín, compuesto de los despojos del templo de Jerusalem, como la mesa de los panes, los vasos sagrados, el candelero de oro de siete ramas, las trompetas de plata; cuyos objetos son conducidos por soldados romanos con las cabezas ceñidas de laurel. En la bóveda del

arco, adornada con bellos rosetones, se desprende la figura de Tito, sentado sobre un águila, aludiendo á su apoteosis.

Pasando al lado opuesto, es decir, por la parte que mira al Colosseo, se ve representada en el friso la continuación de la marcha triunfal; distínguese el Jordán conducido en una especie de parihuela; muchas figuras que llevan bueyes para el sacrificio, y soldados con broqueles redondos en los que está cincelada una cabeza de Medusa.

Este monumento ha sufrido algunas reparaciones en diversas épocas. Pío VII fué el último que mandó restaurarlo en principios del siglo actual.

Por este arco pasaba la *Vía Sacra*, que se extendía hasta el Colosseo.

Dirijamos nuestros pasos en esa dirección, deteniéndonos delante de tres notables monumentos que se ofrecen á nuestras miradas.

En el sitio que vamos recorriendo existía en tiempo de Séneca una fuente que llevaba el nombre de *Meta sudans*. La que tenemos á la vista es posterior á esa época, y fué construida con magnificencia por Domiciano como afirma Casiodoro. Aunque arruinado este monumento, conserva todavía la forma que se ve en las medallas antiguas que representan el Colosseo. Llamóse *Meta* aludiendo á su forma circular semejante á la del Anfiteatro, á cuyas paredes exteriores se daba el nombre de *meta*; el participio *sudans* alude al agua que vertía. Las últimas excavaciones han descubierto el antiguo recipiente, que tenía 80 pies romanos de diámetro.

Frente á la *Meta* se ve, al nivel del suelo, una extensa base de travertino. Sobre ella descansaba el colosal monumento con que quiso honrarse á sí mismo el orgulloso Nerón. Delante del pórtico de la *Casa dorada* que había hecho construir en el Palatino, mandó levantar su propia estatua en un coloso de bronce de 39 metros de altura, bajo la forma de Apolo. Vespasiano la hizo trasladar al atrio de la misma casa, que ocupaba el lugar en que Adriano edificó después el templo de Venus y Roma. Con este motivo fué trasportada al sitio en que hoy se encuentra el pedestal que estuvo revestido con

lámimas de bronce. Bajo el reinado de Cómodo se cambió al coloso la representación, dándole el aspecto de este emperador, muerto el cual fué restituida á su primitiva forma. En principios del siglo V aun existía la estatua, que después fué destruida para aprovechar el bronce en otros usos.

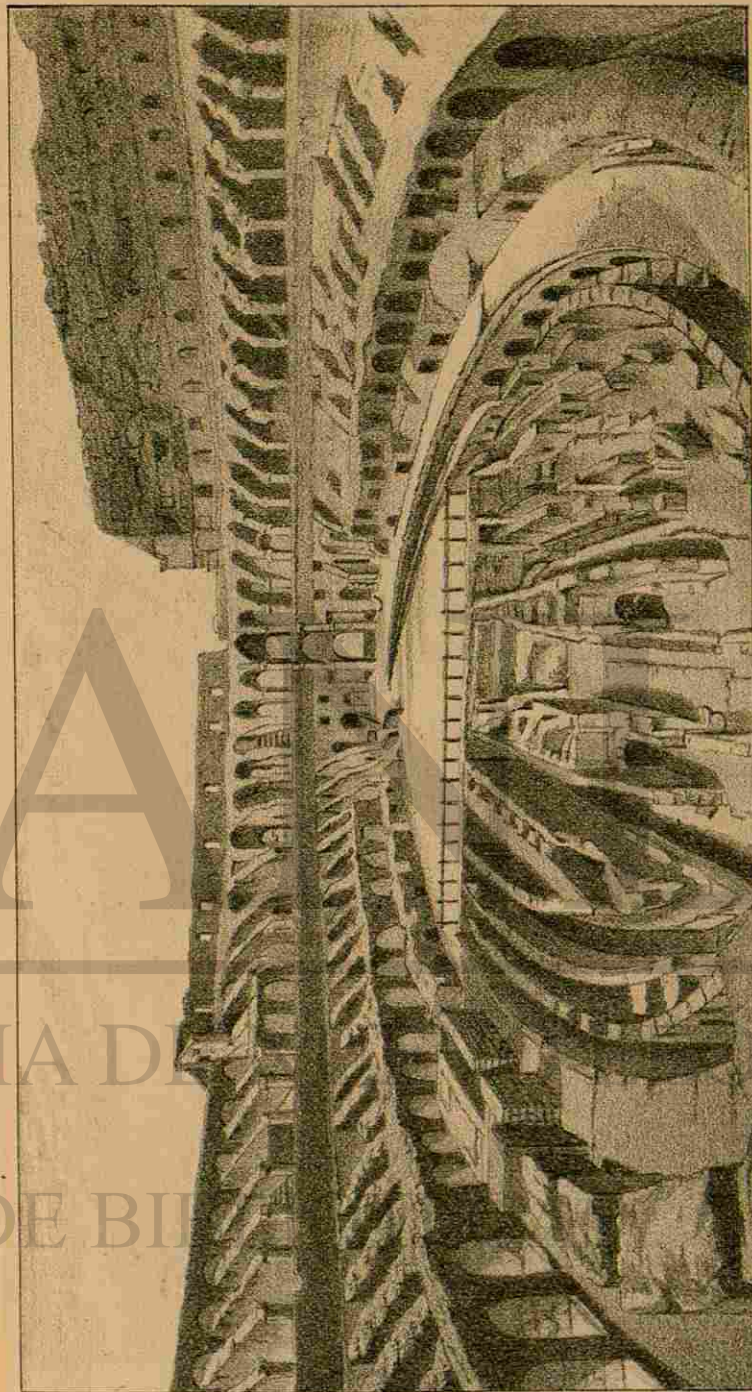
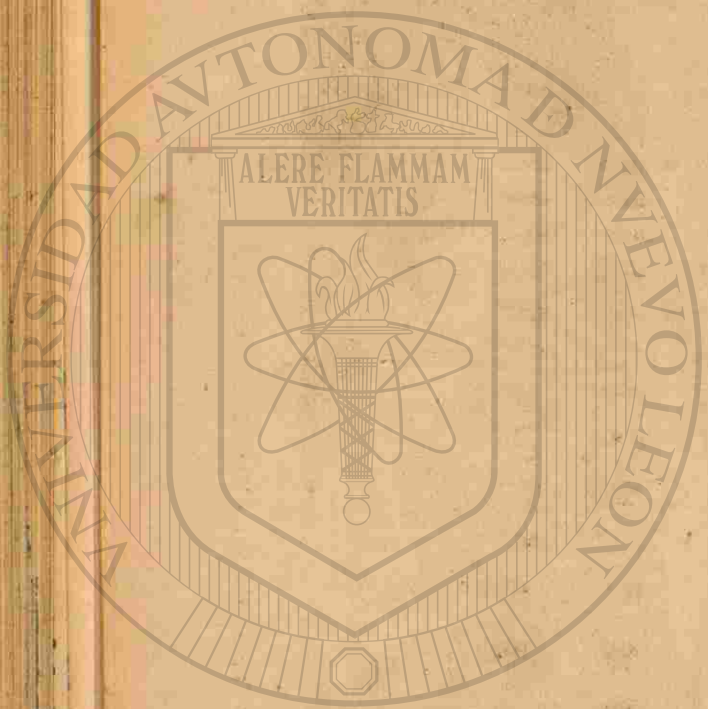
Nos hallamos en frente del Arco de Constantino. Veámosle. Este magnífico monumento erigido en honor de Trajano por las victorias obtenidas contra los armenios, los dacios y los partos, fué consagrado en vida de Constantino á este emperador en memoria de su triunfo contra Majencio y Licinio, según lo manifiesta la inscripción latina que se lee en las dos fachadas principales del arco. Llama la atención, en verdad, que el senado y el pueblo romano decretaran esta consagración y que hubiese sido aceptado por el emperador semejante obsequio, que debiera haberse tomado por una usurpación. Y es tanto más extraño el nuevo empleo que fué dado al monumento, cuanto que se conservan en él los bajo-relieves y las estatuas que lo adornaban y lo adornan todavía, y son alusivos á hechos de la vida de Trajano.

El arco es gigantesco y de aspecto majestuoso: ábrese en tres arcadas y lo adornan ocho hermosas columnas corintias, de las que siete son de amarillo antiguo y una de mármol de Carrara. Sobre la cornisa, de resalte y ornamentación adecuada al estilo, se levantan ocho estatuas de reyes prisioneros, y arriba del ático estaba coronado el monumento por el carro triunfal de Constantino, tirado por cuatro caballos de bronce. En los tableros del ático, en los frisos de los intercolumnios, y en ocho grandes medallones que se hallan colocados en los mismos intercolumnios, adornan las fachadas buenos bajo-relieves.

Retrocedamos hacia el Oriente y como cerrando por esa parte el horizonte, veremos destacarse sobre un terreno desigual é inclinado el asombroso edificio del Colosseo; la maravillosa construcción de Flavio Vespasiano; la obra más atrevida y grandiosa que llevara á cabo el poder de Roma pagana. En otro lugar de este libro hemos dado cuenta al lector de nuestras impresiones religiosas en la primera visita que hicimos al co-



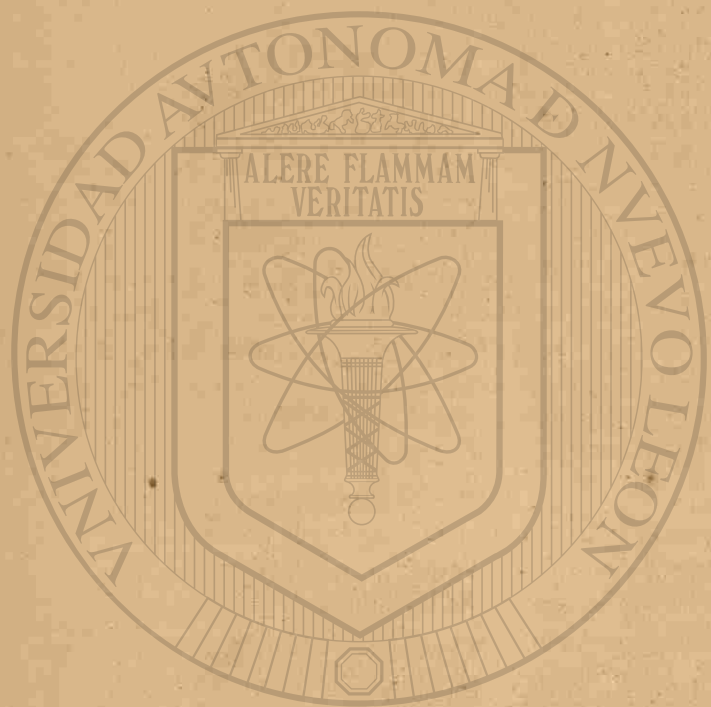
EL ANFITEATRO FLAVIO Ó COLOSSEO.



INTERIOR DEL COLOSSEO.

Lit. C. MONTAUDRIOL, MÉXICO.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

losal anfiteatro. No las reproduciremos aquí. Vamos á contemplar la obra de arte, estudiándola en su origen y en sus detalles, considerándola en la época en que fué construida y en su estado actual. Mucho ayudarán á nuestra descripción las dos láminas que acompañamos y están tomadas de fotografías directas sacadas recientemente.

El Anfiteatro Flavio es un inmenso edificio de forma elíptica, con cuatro pisos, decorado en el exterior con elegantes pórticos de magníficas arcadas, menos el último piso, que á manera de ático, adornado con pilastras y ventanas, está coronando el monumento. Los arcos descansan en gruesos pilares que se hallan decorados con medias columnas, de orden dórico las del piso inferior, jónicas las del segundo y corintias las del tercero, así como las pilastras del último. Ochenta son en cada piso los arcos exteriores, correspondiendo á doble número de los interiores que forman dos amplios ambulatorios en los tres primeros pisos. La circunferencia que abarca la fachada exterior es de 527 metros y la altura del edificio de 50m. 45c. Para tener idea de la grandiosidad de esta fachada, imagínese el lector que en lugar de ser elíptica se prolongase en la dirección recta, y concébase un edificio de más de medio kilómetro de largo, y tan alto como las más elevadas torres que tenemos en la República. Solamente San Pedro excede en magnitud á esa soberbia construcción, que no hay seguramente en el mundo otra que le iguale.

El interior del edificio era muy semejante á nuestras plazas de toros. El pavimento elíptico que se llamaba *arena*, estaba cercado por un muro de cierta elevación para proteger á los espectadores contra las fieras. Sobre este muro se extendía una gran plataforma llamada *podium*, en donde se encontraban los asientos para el emperador y su familia, los senadores, los magistrados principales y otros funcionarios distinguidos, y las vestales. Arriba del *podium* se elevaban tres órdenes de graderías separadas con gruesos muros en los cuales se abrían puertas y ventanas en gran número y entre las mismas graderías infinidad de agujeros que se llamaban *vomitaria*, y tenían por objeto facilitar la salida á la con-

currencia. Sobre las gradas se extendía un terrado cubierto con un pórtico cuya techumbre sostenían ochenta robustas columnas. Fuera de la gente que ocupaba el *podium* se calcula en 87,000 personas el número de las que podían contener las gradas y en 20,000 las que cabían en el terrado ó azotea, como le llamaríamos nosotros.

Para defender á los espectadores de los rayos del sol, se tendía sobre el techo un gran lienzo que se nombraba *velarium*, y se sujetaba en unos postes que aun se ven sobre la cornisa que corona la fachada exterior.

La arena descansaba sobre bóvedas, debajo de las cuales había amplísimas construcciones subterráneas en donde encerraban á las fieras, y probablemente á los gladiadores, y tal vez á los cristianos, cuando se daban los espectáculos sangrientos de su martirio. Dícese que la arena era inundada á voluntad para las representaciones navales, que se llamaban *naumachias*.

La historia de este colosal edificio es bien conocida. Fué construido por Flavio Vespasiano al terminar la guerra contra los judíos, que acabó por la destrucción de Jerusalem. Millares de israelitas cautivos fueron empleados en construirlo, habiendo durado la obra apenas diez años. Vespasiano murió sin verla fenecida; la terminó Tito, quien hizo la dedicación en el año 80 de nuestra Era, celebrando grandes fiestas que duraron cien días, en cuyo tiempo fueron sacrificadas cinco mil bestias feroces, y perecieron muchos millares de gladiadores.

Durante tres siglos estuvo destinado el *Colosseo* á los espectáculos sangrientos: allí sufrieron el martirio muchísimos cristianos. Desde la época de Constantino cesaron los combates en que se derramaba sangre humana, y los espectáculos del circo tenían lugar solamente con las fieras. Desde el siglo IX hasta el XIV sirvió de fortaleza á las familias nobles, particularmente á los *Fragipani* y á los *Anibaldi*. Más tarde fué abandonado, y comenzaron á destruirlo en parte los príncipes romanos para edificar con sus materiales algunos de los palacios que hoy existen. Esa devastación du-

ró hasta fines del siglo pasado. En principios del actual, el Sumo Pontífice Pío VII tuvo gran cuidado por su conservación, y aun ordenó fuese reparado en gran parte. León XII y Gregorio XVI prosiguieron los trabajos, que bajo el pontificado de Pío IX fueron ejecutados en mayor escala. Este Papa, á quien mucho debieron las bellas artes, hizo restauraciones de grande importancia en el edificio, y á él se debe, sin duda, el estado de conservación en que hoy se encuentra lo que no había sido destruido por la barbarie.

Digamos una palabra acerca del estado actual del edificio. Toda la parte que mira al Norte ha sido restaurada y se conserva casi en su primitiva integridad; lo que ve al Mediodía es lo que se halla completamente destruido en el exterior. Por el interior está bastante deteriorado, como lo indica nuestra lámina. La arena ha desaparecido en su mayor parte, á virtud de las obras que ha hecho ejecutar el Gobierno italiano para descubrir las construcciones subterráneas que están siendo objeto del estudio de la Comisión arqueológica.

Lamentable es que la devastación que en la Edad Media y en los siglos posteriores sufrió el *Colosseo*, lo redujeran al estado de ruina, cuando la solidez de su construcción hubiera permitido que en nuestros días se conservara íntegro en su totalidad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO DUODÉCIMO.

Reflexiones.—*San Stefano Rotondo*.—San Clemente.—La iglesia nueva.—La antigua basílica.—Su descubrimiento.—Descripción.—Otros restos de antiquísimas construcciones.

Si la verdad de nuestra Religión, si su origen divino, si la duración no interrumpida de la Iglesia de Dios, durante diez y nueve siglos, si la historia de su existencia, no constasen escritas en tantos y tantos libros inspirados unos y dictados por la revelación, y escritos otros por historiadores respetables; nos bastarían los monumentos que ha dejado la antigüedad para adquirir plena convicción de los hechos que fundan nuestra fe; y esos monumentos por sí solos nos servirían para confundir á la incredulidad y defender nuestra creencia contra los ataques de sus enemigos.

La autenticidad de los libros sagrados que nos ha transmitido la historia de la antigua Alianza, está comprobada con mil y mil monumentos del gentilismo y del paganismo, y hasta la cronología sagrada de los israelitas se ve confirmada por infinidad de pruebas irrecusables que en visibles caracteres nos han legado los pueblos más antiguos.

Concretándonos á la historia de la Iglesia, en Roma solamente, encontraremos por donde quiera á millares los monumentos que nos la enseñan desde su fundación hasta nuestros días, presentándonos esa sucesión de acontecimientos que comprueban su origen, su unidad, su santidad y su universalidad.

Los monumentos de la Roma pagana, como hemos observado arriba, atestiguan que las profecías más remotas referentes á la destrucción de la Sinagoga para ser sustituida por la Iglesia, fueron puntualmente cumplidas. Hemos visto la representación material de la ruina del templo de Jerusalem en piedras labradas por hombres que no eran ciertamente los propagandistas voluntarios de la nueva Religión. Hemos visitado un colosal edificio levantado por los vencidos en esa crueles guerra que decidió de la suerte de una nación que estaba profetizado dejaría de figurar para siempre en el catálogo de las naciones. Hemos visto nacer á la nueva Religión debajo de la tierra en la oscuridad de las Catacumbas; la hemos visto desarrollarse en medio de crueles persecuciones, y nuestros ojos han palpado los vestigios de la barbarie sacrificando mil y mil víctimas á su furor sanginario. A nuestra vista se ha presentado el espectáculo de un pueblo rey del mundo sepultado entre los escombros de su grandeza, y levantarse sobre las ruinas de un poder sostenido por la fuerza bruta, otro poder incontrastable apoyado en una virtud divina, sujetando á su autoridad los hombres y los imperios y llevando sus conquistas muy más allá de los límites de la dominación romana.

Admirable espectáculo este que ofrece á nuestra vista una sola ciudad en donde se han obrado tan estupendos prodigios, de donde han partido tan maravillosas conquistas, en donde se ha visto concentrada la fuerza de un poder sobrenatural que se ha ejercido durante siglos enteros y en una larguísima sucesión, por un sólo hombre, que ora personificado en un pobre pescador, ora en un ilustre descendiente de real estirpe, ora en un cuidador de cerdos, ora en un sabio de primer orden; ya en un hombre tímido y cobarde, ya en un enérgico varón á quien no impone la presencia de un ejército numeroso, ya en un anciano valetudinario, ya en otro lleno de vigor y de valor indomable; unas veces en el potentado que dispone de grandes ejércitos y de valiosos caudales, otras en el humilde prisionero que vive de limosna.

Y tal es el espectáculo que ofrece Roma al observador im-

parcial; y esta es la historia de la Iglesia que comprueban los monumentos con que tropezamos á cada paso recorriendo la Metrópoli del Catolicismo. Roma es el único país del mundo que tiene escrita con monumentos su historia de muchos siglos. Roma es la ciudad que viene dejando en cada centuria, en cada año, vivos recuerdos de su existencia anterior, y los viene conservando en pie á través de los siglos, para dar al mundo un testimonio constante de la inmutabilidad de una Religión que no acabará en su vida militante, hasta que deje de existir la tierra que nos sustenta. Se puede asegurar que no ha habido época, ni siglo, ni año que no haya dejado en Roma un vestigio, si no es que un monumento, de los hechos gloriosos que forman la historia de la Iglesia.

Estas reflexiones que á cada paso nos sujería el aspecto de las ruinas y de las contrucciones en pie, y la lectura de las inscripciones, y la vista de las obras de arte; nos vinieron á la mente al acercarnos á visitar dos Iglesias antiquísimas, á donde vamos á introducir al lector en el camino que conduce del *Colosseo* á San Juan de Letrán; nos referimos á San *Stéfano Rotondo* y á San Clemente. Probablemente la segunda de estas Iglesias es la más antigua de Roma, la más antigua del Catolicismo, después de las Catacumbas.

Entraremos primeramente en San *Stéfano*. No faltan anticuarios que hayan creído ser este mismo edificio un templo pagano, que aseguraban unos fué el de Baco y otros el de Fauno; pero basta fijarse en la desigualdad de las columnas para convencerse de que la Iglesia fué formada con los restos de varios templos ú otra clase de edificios más antiguos. En efecto, la rotonda está circundada por 56 columnas de diversos diámetros y de diferentes órdenes de arquitectura. Anastasio, el historiador eclesiástico á quien llaman "el bibliotecario," asegura que esta Iglesia fué dedicada en el año 467 con los restos de otros edificios. Se la llamó *rotondo* por su forma circular. En su origen tenía un doble pórtico, que habiéndose arruinado, Nicolás V, que lo hizo restaurar en 1452, mandó cerrar los intercolumnios del primer peristilo, formando la pared circular exterior que ahora existe. La ro-

tonda tiene de diámetro 44 metros; las columnas son unas de granito y otras de mármol, las paredes se hallan decoradas con pinturas de Pomarancio y algunas de Tempesta, que representan los martirios que sufrieron los cristianos por los judíos, los romanos y los reyes vándalos. Esta Iglesia conserva en su interior la magnificencia de los edificios de la Roma pagana. Pasemos á la de San Clemente.

Llenos de veneración entremos en el recinto de este majestuoso templo, penetrados de los otros sentimientos que no pueden menos de inspirar estas antiquísimas construcciones, en donde por tantos siglos se ha tributado culto á la majestad de Dios. Con el ojo artístico preparémonos á estudiar la transición que se iba obrando en el arte cristiano, que apenas nacido en las Catacumbas, auguraba las grandes conquistas del Renacimiento. Bajo el arcezonado de incorruptible cedro de esas primeras casas de oración, resonaron los primeros cánticos y las clásicas salmodias de los primitivos cristianos. Dentro de esos muros ennegrecidos por los años, adoraron á Dios en espíritu y en verdad cien generaciones de fervorosos creyentes: algunos de ellos han sido colocados en los altares de ese mismo templo, que santificaron con el ejercicio de las prácticas religiosas á que se entregaban con una devoción de la cual los cristianos de hoy no hemos conservado sino débil sombra.

Según antigua tradición que no ha sido desmentida, San Clemente Papa, el tercer sucesor del Príncipe de los Apóstoles, originario de la familia Flavia de imperial estirpe, tenía su casa entre el Monte Celio y el Esquilino; en esta casa había construido un oratorio que después de los días del Santo fué transformado en Iglesia y consagrado á su especial culto, según atestigua San Gerónimo. En principios del siglo V la iglesia estaba ya convertida en basílica; pues San Zózimo Papa, en 417 le da esta denominación en una carta á los Obispos de África, que se refiere al juicio que pronunció allí contra Celestino pelagiano. San León I, en 449 la menciona con igual título en la epístola que dirigió á San Flavio, Patriarca de Constantinopla, y es mencionada igual-

mente en el Concilio Romano que se reunió en tiempo del Papa Simaco en 499. En esta basílica San Gregorio el grande predicó sus homilias 33 y 38, y este mismo Pontífice en el cuarto libro de sus diálogos habla de ella describiendo la santidad y la muerte de S. *Servulus*, quien exhaló el último aliento bajo el pórtico exterior del Santuario.

Cuando Roberto Guiscard invadió á Roma en 1084, la basílica de San Clemente sufrió considerable deterioro. Pocos años después la reconstruyó Pascual II, levantando el templo que hoy existe, sobre las ruinas del antiguo; empleando en aquél parte de lo que había quedado de éste, cuyos restos permanecieron ignorados durante siglos enteros, hasta mediados del presente, en que una casualidad hizo descubrirlos. Adelante haremos mención de este importante descubrimiento cuando bajemos á visitar esos interesantes despojos. Veremos primeramente la Iglesia que llamaremos nueva, la cual en el siglo XV fué decorada con pinturas y esculturas que todavía existen, y posteriormente recibió algunas restauraciones, con especialidad en el Pontificado de Sixto V y en el de Clemente XI.

Al reconstruir la iglesia se puso esmerado estudio en seguir el plan de la primitiva, y conservar de la antigua basílica todo lo que se salvó de la destrucción; de manera que puede considerarse como el tipo de los templos edificados por los primeros cristianos. Bajo este punto de vista, San Clemente es uno de los más interesantes monumentos de la Cristiandad. Se nos permitirá por este motivo ser minuciosos en su descripción, cuya lectura esperamos no fastidiará á los católicos y á las personas ilustradas.

La primitiva entrada de la Iglesia se abre en el fondo de un pequeño pórtico formado con cuatro columnas, de las cuales tres son de granito gris y una de cipolino. Esta puerta conduce al atrio, que tiene la forma de un paralelogramo rectángulo circundado de pórticos que sostienen cuatro pilastras de mampostería y 16 columnas de granito con capiteles jónicos. Del atrio se pasa á la Iglesia, que es de tres naves divididas por dos hileras de columnas con capiteles también

jónicos y por dos pilastras de mampostería. Estas columnas fueron tomadas de antiguos edificios, como lo comprueba la circunstancia de ser desiguales y de diversas materias; unas son de granito y otras de mármol, unas son acanaladas y otras no.

En la nave central inmediata á la sección del presbiterio, se alza un cercado de mármol como de un metro de altura, en el cual llaman la atención los monogramas cincelados del Papa Juan VIII, que gobernó la Iglesia en la segunda mitad del siglo IX. Este precioso dato sirve para determinar la época en que fué construido el cercado, que indudablemente adornaba la antigua basílica. Este recinto servía de coro en las iglesias primitivas y en él asistían á los oficios divinos los sub-diaconos, los clérigos menores y los cantores. A los dos lados del coro se levantan dos ambones contruidos con variedad de mármoles; en el de la izquierda, que es más alto, los diaconos leían el Evangelio, proclamaban los edictos pontificios y denunciaban á los excomulgados; en el de la derecha el sub-diacono leía la epístola, y junto á este ambón se ve una especie de facistol ó atril que servía á los lectores para leer las profecías y las otras lecciones sagradas, y á los cantores para cantar el gradual. Del lado izquierdo, cerca del ambón existe una columna espiral de mármol con curiosas incrustaciones, que se empleaba en colocar el cirio pasenal.

Inmediato al coro está el presbiterio, que se llamaba entonces *Sanctuarium*, y en un tiempo estuvo enteramente separado del cuerpo de la Iglesia. Allí se alza el altar de la confesión que nosotros llamamos mayor, el cual mira al Oriente, según antiquísima costumbre. Está cubierto por un tabernáculo, sostenido por cuatro columnas de mármol violado. En este altar se encierra la urna que conserva los venerables restos de San Clemente Papa y de San Ignacio mártir, Obispo de Antioquía.

Al derredor del ábside están los asientos para los presbíteros, de donde viene la palabra *presbiterio*, denominación que conservamos nosotros y los españoles, á diferencia de los

italianos que le llaman *tribuna*. En el centro hay una silla más elevada en donde se sentaba el Obispo titular, como lo acredita una inscripción que manifiesta haber sido ejecutada aquella obra por Anastasio, cardenal presbítero, el año de 1108. Arriba de este asiento se ve una pintura que representa al Salvador y á la Virgen María en medio de los Apóstoles, hallándose separadas las figuras una de otra por una palmera. La parte superior del ábside está decorada con mosaicos, que según la inscripción que se lee en una pilastra, fueron ejecutados por orden de Jacobo Tomasio, fraile menor, en 1299. En el mosaico que adorna el frente del ábside está representado el Salvador en actitud de bendecir, acompañado de San Pedro y San Clemente de un lado y San Pablo y San Lorenzo del otro. También se ven allí los profetas Isaías y Jeremías, los cuatro símbolos de los Evangelistas y las ciudades de Belén y de Jerusalem, que simbolizan el nacimiento y la muerte del Redentor. La bóveda del ábside está adornada con extraños arabescos mezclados con pequeñas figuras de santos, entre los que se reconoce la imagen de Santo Domingo, que se advierte ser de época posterior á la decoración general, y en el centro se ve un Crucifijo entre la Virgen y San Juan.

El pavimento de la iglesia es magnífico, del estilo que llaman *alejandrino*, y cubre no solamente las naves sino también el presbiterio. Los frescos de las paredes son de mérito, y fueron ejecutados por orden del Papa Clemente XI en principios del siglo pasado.

No nos detendremos más en describir las otras partes del edificio y pasaremos por alto las capillas, que son dignas sin embargo de visitarse, permitiéndonos mencionar solamente la que está á la derecha de la entrada principal como una de las más interesantes para el estudio de la historia de la pintura.

En el año de 1857, hallándose la iglesia servida por religiosos dominicanos irlandeses, al estarse reparando el convento anexo fué necesario hacer algunas excavaciones en la sacristía y al ejecutar esta operación descubrióse un muro con

pinturas muy antiguas. Con este motivo un sabio y celoso eclesiástico, el P. Mullooly que tenía el cargo de prior de la comunidad, hizo investigaciones y estudios que le dieron á reconocer la existencia de una nave correspondiente á un grandioso edificio que debía pertenecer á la primitiva basílica de San Clemente. Prosiguiéronse los trabajos y no tardó en reconocerse que la antigua basílica estaba allí, debajo de la iglesia construída por Pascual II, y asimismo que dicha basílica había sido edificada sobre otras construcciones muy sólidas de diversas épocas de la antigua Roma. La Comisión de arqueología sagrada tomó parte en las investigaciones, interesada en un descubrimiento tan importante para las artes, para la historia y para la liturgia, y ordenó que los trabajos fuesen dirigidos por un hábil arquitecto, Francisco Fontana. Encontróse el edificio lleno de tierra y de escombros, y se reconoció que sobre él había sido construída la iglesia superior, y era necesario emprender costosas obras para recibir las paredes y el piso de esta iglesia, antes de proceder á desembarazar la antigua. Gracias á la munificencia del inmortal Pío IX, y al celo del padre prior, en poco tiempo quedó desocupado el antiguo santuario, descubriéndose enteramente las paredes y en ellas una interesante serie de frescos y pinturas de los primeros siglos de la Era cristiana.

Descenderemos á visitar este curioso templo, bajando por la escalera que está practicada en la sacristía. Llegaremos á una especie de vestíbulo que precede á las naves y es el que servía para que los catecúmenos asistiesen á los oficios divinos. A lo largo de la escalera veremos en las paredes varios fragmentos de inscripciones encontradas en las excavaciones, y algunos otros objetos, entre los cuales llaman la atención dos pequeñas estatuas de San Pedro, representado bajo la figura de Buen Pastor. El vestíbulo se hallaba separado de la basílica por varias columnas aisladas, que se advierte fueron unidas después para consolidar el edificio, formando una pared sobre la cual se ven dos frescos, uno de cada lado de la entrada á la nave principal; el de la izquierda representa la traslación del cuerpo de San Cirilo de la basílica va-

ticana á esta iglesia. Esta traslación tuvo lugar en tiempo de Nicolás I, que ocupó la silla de San Pedro de 858 á 867. El fresco de la derecha es más interesante. Dividido en dos secciones, el asunto de la principal es un milagro verificado en la tumba de San Clemente, conforme á la tradición de que dan testimonio San Efrén, Gregorio Turonense y el Cardenal Baronio. Poco tiempo después de la muerte del santo, cuyo cadáver fué arrojado al mar, atado á una pesada áncora, las aguas se retiraron del punto en donde se hallaba el cuerpo, y apareció éste en un pequeño templo de mármol. Este prodigio se renovó durante muchos años en el día del aniversario del martirio del santo Pontífice. El fresco representa la procesión que anualmente se celebraba para ir á venerar las sagradas reliquias, bajo la presidencia del Obispo de Quersoneso. En la sección inferior se manifiesta otro milagro que se obró en el mismo sitio. Una piadosa viuda que seguía la procesión, dejó olvidado á un pequeño hijo que había llevado en su compañía. Las aguas volvieron á su lugar, y la viuda desolada lloró perdido para siempre al fruto de su amor. Al año siguiente fué á visitar el sepulcro, con la esperanza de recoger acaso los despojos mortales de su hijo, y al apartarse las aguas le vió sorprendida sano y salvo, en el sitio en que lo había dejado. El fresco hace aparecer á la madre en los momentos en que está recibiendo en los brazos á su querido hijo. En la pared de enfrente, en medio de dos columnas, se ve otra pintura muy interesante: la figura del Salvador con un libro en la mano izquierda y con la derecha dando la bendición; á los lados están los arcángeles San Miguel y San Gabriel que le presentan á dos sacerdotes, uno que lleva un libro y el otro un cáliz, y junto á cada uno de éstos se ve á San Clemente y á San Andrés, que son reconocidos por los nombres que tienen inscritos verticalmente.

Pasemos al cuerpo principal de la iglesia. Esta se compone de tres naves separadas por ocho columnas de cada lado. La nave de enmedio está hoy interceptada en sentido longitudinal por una pared construída recientemente para soste-

ner el edificio superior, y algunas de las columnas estaban ocultas dentro de un pilar de mampostería, y en todos los intercolumnios existen pilares que fueron construidos con el objeto de sostener la techumbre; algunos de éstos son de época muy remota. Entre las columnas hay dos de muy gran precio, por la materia de que están formadas; una es de coralina y la otra de verde antiguo, de muy bello aspecto. En el fondo de la nave del centro existe un altar debajo de un tabernáculo con dos frontones, sostenido por cuatro columnas de hermoso mármol de Scavezza. Detrás del ábside se encuentran algunas piezas irregulares de construcción antiquísima, en las cuales se han descubierto vestigios de adornos de estuco y una inscripción con el nombre de *Rufinus*.

Es necesario detenerse á examinar los muchos frescos que adornan las paredes y pilastras de las naves de la basílica, porque son muy interesantes, ya bajo el punto de vista del arte, ya bajo el aspecto religioso. Se deja entender que no existe sino una pequeña parte de los muchos que decoraban esta curiosísima iglesia. Es admirable que se conserven todavía algunos, y que haya sido posible hacer aparecer intactos no pocos al desembarazar las paredes de los escombros en que estuvieron sepultadas casi nueve siglos.

Uno de los más notables de estos frescos, es, sin duda, el que representa la Asunción de la Santísima Virgen; testimonio irrecusable de la antigüedad de la creencia en este misterio. La Madre de Dios está elevándose en el espacio, y un grupo de Apóstoles se halla en la parte inferior, en actitud de sorpresa y admiración. La pintura está revelando la decadencia á que había llegado el arte en la época en que fué ejecutada, y se presume ha de haber sido durante el pontificado del Papa San León IV, en el siglo IX. Otro fresco, mucho más antiguo, hace ver á Jesucristo crucificado, teniendo á sus pies á la Virgen desolada, y á San Juan Evangelista. Otros, más antiguos todavía, representan á las Tres Marías en el sepulcro del Salvador, después de la Resurrección; á Jesucristo, sacando del Limbo á nuestros primeros padres Adán y Eva, y las Bodas de Caná.

En las pilastras se encuentran igualmente antiquísimos frescos que pertenecen á distintas épocas, todas anteriores al siglo XI, en el cual, como hemos dicho arriba, quedó arruinado el templo; de los mejor conservados mencionaremos uno, del Salvador, sentado sobre un trono, teniendo á sus lados á los arcángeles San Gabriel y San Miguel, y á los santos Clemente y Nicolás, designados respectivamente con sus nombres; otro, de San Alejo, contiene cuatro grupos que manifiestan otros tantos episodios de la vida de este santo. Es digno de llamar la atención el que representa á San Pedro haciendo subir á San Clemente á la Cátedra Pontifical; le acompañan San Lino y San Cleto, y otros dos sacerdotes. En esta pintura se reconoce un notable adelanto en el arte, y probablemente fué ejecutada poco tiempo antes de la destrucción de la iglesia. En alguna de las pilastras hay un fresco que seguramente fué contemporáneo á la erección del templo; es alusivo á este mismo asunto de la edificación de la basílica, ó acaso al cautiverio del Papa San Clemente, cuando fué condenado á trabajar en las minas. Son muy interesantes para la historia de las lenguas, las inscripciones que tiene á los lados esta pintura, escritas en un idioma que participa del latín y del italiano; en ellas puede estudiarse la formación del italiano, y cómo fué derivándose del latín vulgar. En la misma pilastra hay una pintura de Daniel, cuyo nombre está escrito así: *Daniel*, y caracteriza el estilo amanerado de la infancia del arte cristiano nacido en las Catacumbas, llamando la atención la rigurosa simetría que se nota en la postura de los pies y de las manos, y en la colocación de las fieras; el traje romano del siglo VI que viste al profeta, difícilmente permitiría reconocerle, no obstante su terrible cortejo de leones, si no hubiera tomado el artista la precaución de haber escrito el nombre del personaje que quiso representar.

Entre otras varias pinturas decorativas muy deterioradas, que más ó menos dejan descubrir los asuntos, y confirman hechos importantes de la historia de la Iglesia, que todavía hoy se atreven á negar nuestros incrédulos á la moda, se ven

los restos de un cuadro que representaba la crucifixión de San Pedro. También hay vestigios de otras pinturas que se relacionan con la vida de San Cirilo y con la de San Liber- tino.

Todos los frescos están decorados con marcos que adornan curiosos arabescos de variados dibujos, pero siempre simé- tricos. En algunos marcos hay inscripciones que expresan los nombres de las personas cuya devoción hizo ejecutar las pinturas.

Réstanos visitar la parte del templo que está dividida por el muro de construcción reciente de que hicimos mérito arri- ba. Para ello tenemos que volver al pórtico de los catecú- menos y entrar por la puerta de la derecha. Avanzando por la nave lateral encontramos un nicho adornado con frescos del siglo VII: en el fondo se ve á la Virgen María con el ni- ño Jesús, y á los lados todavía se reconocen las cabezas de las imágenes de Santa Eufemia y Santa Catarina; abajo es- tá representado el sacrificio de Abraham. Inmediatamente después de este nicho, se ve, en la parte alta, un grupo de cabezas, más ó menos bien conservadas, hasta el número de 51, restos de un gran fresco que debió adornar en su mayor extensión la pared. Más adelante está una figura de gran tamaño del Salvador, groseramente pintado, con la mano de- recha levantada en actitud de bendecir, y en la izquierda tie- ne dos libros: le falta la cabeza.

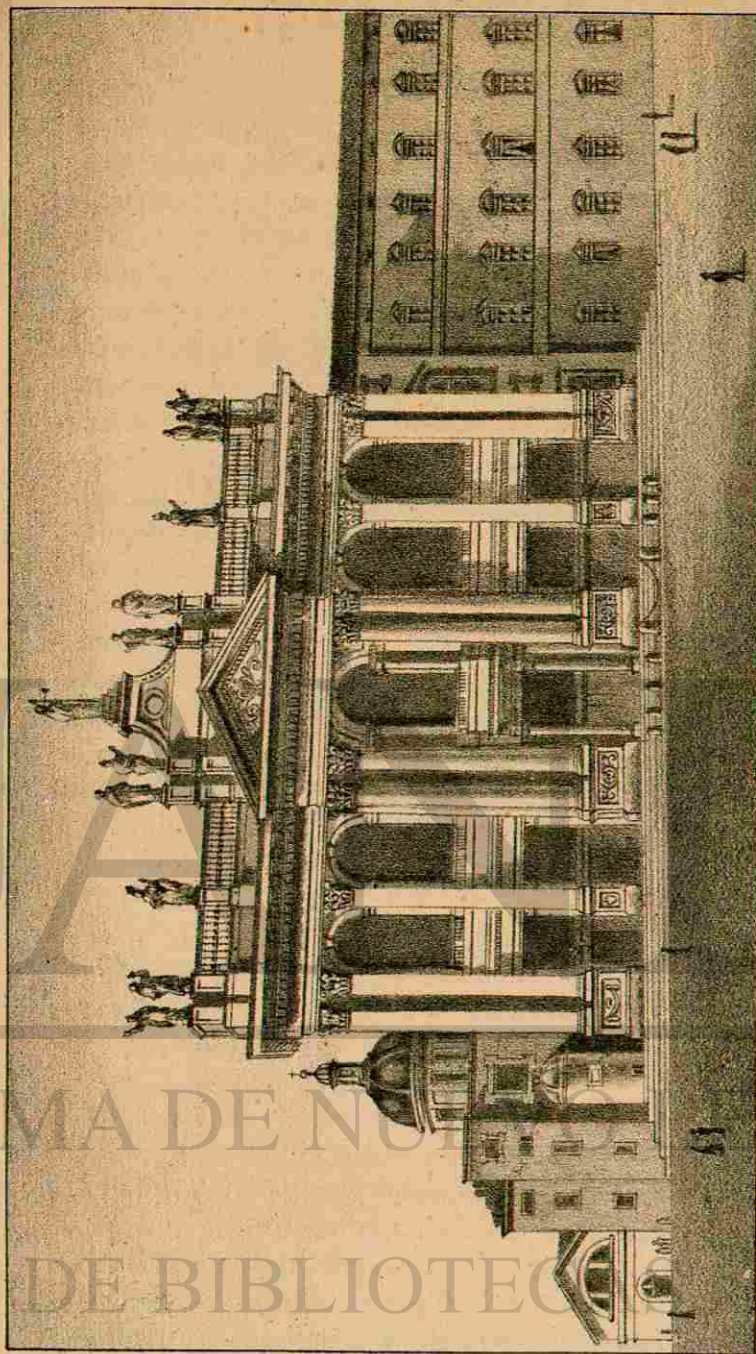
En el fondo de esta nave hay dos escaleras por las cuales se descende á otras construcciones mucho más antiguas, que han ido descubriéndose y revelan que la basílica primitiva fué erigida sobre los restos de antiquísimos edificios. Vol- teando á la derecha se descubre una gran estancia, en la cual dos muros que forman un ángulo recto, presentan gran- des *blocs* de toba que corresponden á las naves de la basílica antigua y de la iglesia nueva. El edificio de que formaba parte la estancia, según manifiesta su construcción, se re- monta, en opinión de los arqueólogos, á la época de la Re- pública, ó acaso á la de los reyes: unos creen que ha de ha- ber sido la casa de Moneda de Roma; otros opinan que fué

el palacio de Tarquino el Soberbio. Pasando debajo del áb- side de la iglesia se entra en dos cámaras de bóveda, en las cuales todavía se conservan restos de una ornamentación de estuco. Estas construcciones evidentemente son de la época de los emperadores, y formaban parte de una habitación par- ticular, de la que todavía no se descubren las otras piezas. Puede creerse que pertenecieron á la casa de los *Flavii*, es decir, de la imperial familia, de la cual era miembro San Cle- mente, ó á la de un *Rufinus* y una *Lupercilla*, cuyos nombres se hallaron en una inscripción que estaba en el sitio corres- pondiente al fondo del ábside de la basílica. De estas piezas se pasa á un tercer edificio que es considerado como un mo- numento de la mayor importancia. Es un *antro* de *Mithra*, de los mejor conservados que nos quedan de la antigüedad; su forma es la de un cuadrado oblongo, y la bóveda, que imi- ta la de una caverna, tiene once aberturas, unas redondas y otras cuadradas, que debían encerrar un sentido místico; al derredor tiene un *podium* que serviría para los banquetes de las ceremonias de iniciación en los misterios de *Mithra*; en el fondo se ve el altar en el centro, formado de una sola pie- dra en la cual está esculpida la figura del dios. Esta cons- trucción es del tiempo de la decadencia del imperio, á juicio de los arqueólogos.

Por la descripción que acabamos de hacer, se viene en co- nocimiento de cómo ha cambiado en el transcurso de los siglos el suelo de Roma, especialmente en la parte del monte *Ce- lius*, en donde se hallan las construcciones descubiertas de- bajo de la iglesia de San Clemente: estos cambios han pro- ducido una especie de estratificación de monumentos de diversas épocas, fenómeno acaso único en el mundo. En efec- to, se ve allí una edificación del tiempo de la República, y probablemente de más remota antigüedad, de la época de los reyes, en el edificio que se encuentra debajo de las naves de la basílica primitiva; un monumento de la mejor época del imperio, en las dos cámaras adornadas de estuco; una construcción de la decadencia del imperio, en el *antro* de *Mi- thra*; un edificio de los primeros siglos de la Iglesia, en la ba-

sílica, y otro, de los siglos posteriores, sucesivamente reedificado y restaurado hasta los últimos tiempos, en la iglesia de San Clemente. Ahora, si consideramos las pinturas, tenemos, en las del pórtico de la basílica, una muestra del arte antiguo, sin alteración; un monumento de la decadencia en "La Asunción," de la nave principal; en las pinturas de las pilas-tras, los primeros destellos de la aurora del renacimiento; y por último, en la iglesia actual, más de un cuadro de la edad de oro del arte en la Era moderna. Podemos, por lo mismo, declarar que no hay en Roma otro monumento más importante que San Clemente, para la historia del arte, tomada desde una época muy remota. Podemos igualmente deducir que fuera de las Catacumbas, no hay otro sitio más venerable por su antigüedad, y ninguno en que se compruebe mejor más de un hecho importante en la historia de la Iglesia.

Salgamos de aquel antro, y de aquellas cámaras, y de esa basílica, y subamos á la iglesia, y tomemos la ruta directa que conduce á San Juan de Letrán. Vamos á visitar la gran basílica edificada por Constantino, "la cabeza y madre de todas las iglesias de la ciudad y del orbe." *Omnium ecclesiarum urbis et orbis mater et caput.*



S. JUAN DE LETRAN.

LIT. G. MONTAURIOL. MÉXICO.





CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO.

La Plaza de San Juan de Letrán.—El Obelisco.—La Basílica.—El Palacio.—El Museo profano.—El Museo cristiano.—La Galería de los cuadros.—La sala de los Concilios.—El Bautisterio de Constantino.

HABÍA en la antigua Roma un cuartel que se llamaba el Laterano, cuyo nombre se derivaba de Plautio Laterano, que allí tenía su palacio. Por eso la plaza que en ese cuartel está formada, se llama de San Juan *in Laterano*, refiriéndose al antiguo origen y á la basílica en ella situada, que Lucio II consagró á San Juan Bautista y á San Juan Evangelista.

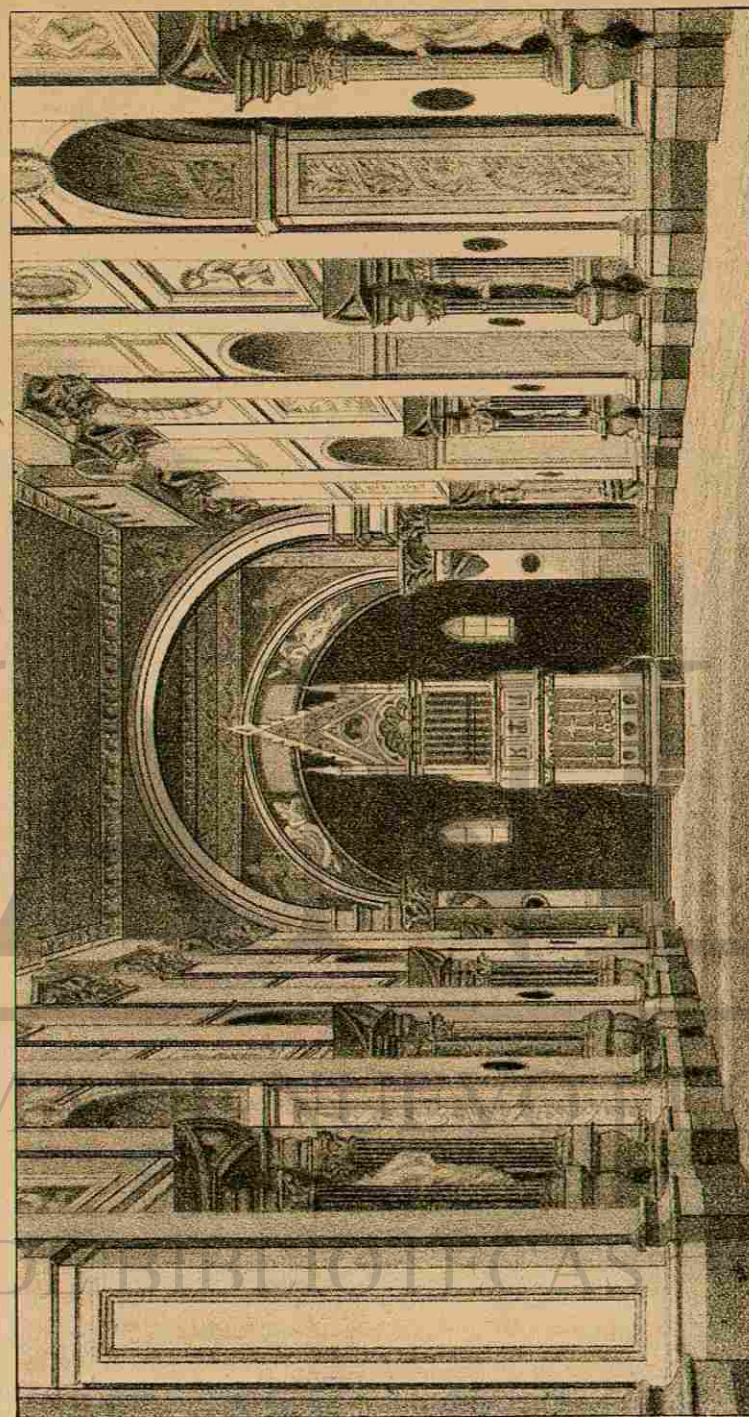
En el centro de esta plaza se admira el obelisco más grande que hay en Roma. Este monumento, erigido en Thebas, en el Alto Egipto, por Theutmosis II, fué trasladado á Italia por Constantino el Grande, quien lo hizo conducir por el Nilo al puerto de Alejandría, y de allí embarcar para llevarlo á Roma. Muerto Constantino, su hijo Constancio, mandó erigir el monumento en el Circo Máximo. Arruinado más tarde aquel Circo, el monolito quedó sepultado entre los escombros, á ocho metros de profundidad, hasta que Sixto V lo hizo desenterrar, dividido en tres partes, y encargando su restauración á Domingo Fontana, fué colocado en el sitio en que ahora se encuentra. Es de granito rojo; aparece cubierto de geroglíficos, y su altura mide 31 metros, 77 centímetros, sin la base y el pedestal.

En la plaza se hallan la basílica y el palacio que llevan su nombre. Este último fué la primera residencia de los Papas. Habiendo sufrido considerable deterioro en un incendio, el Pontífice Sixto V ordenó su demolición, haciendo levantar en el mismo sitio el palacio que hoy existe, y sufrió importantes restauraciones bajo el gobierno de Gregorio XVI. Llegaremos primero á la basílica y después visitaremos el palacio.

Bien conocida es la historia de esta soberbia basílica, la Catedral del Sumo Pontífice y la iglesia matriz del universo. Edificada por Constantino en el siglo III, subsistió en su primitiva forma casi mil años. Destruída en su mayor parte á consecuencia de un incendio en 1308, el Papa Clemente V, que residía entonces en Aviñón, dispuso fuera reedificada, enviando para ello una suma considerable de dinero, con el cual se procedió á la obra, que continuaron Urbano V y Alejandro VI. Pío IV la embelleció y Sixto V agregó á la fachada un doble pórtico, según el proyecto y bajo la dirección de Fontana.

Por este pórtico no entraremos en la iglesia; estudiaremos á la salida las pinturas de arabescos que decoran sus paredes, y la estatua de Enrique IV, rey de Francia, que se ve en la extremidad izquierda, y fué erigida por el Cabildo en reconocimiento á los beneficios que dispensó á la Iglesia como su insigne bienhechor.

La gran fachada de San Juan de Letrán es la que mandó levantar Clemente XII y embelleció Pío IX; una de las mejores obras de arquitectura que se conocen. Construida en travertino, está decorada con cuatro grandes columnas y seis pilastras de orden compuesto. La cornisa recibe una elegante balaustrada sobre la cual se levantan once estatuas de diversos santos, de tamaño colosal; siendo la del Salvador la que está en el centro. Entre las pilastras y las columnas hay cinco balcones, de los cuales el de en medio estaba destinado á las bendiciones papales. Cinco entradas de la soberbia fachada conducen á un magnífico pórtico decorado con 24 columnas de mármol de orden compuesto. En el fondo se ve la estatua colosal de Constantino el Grande, que fué encontrada



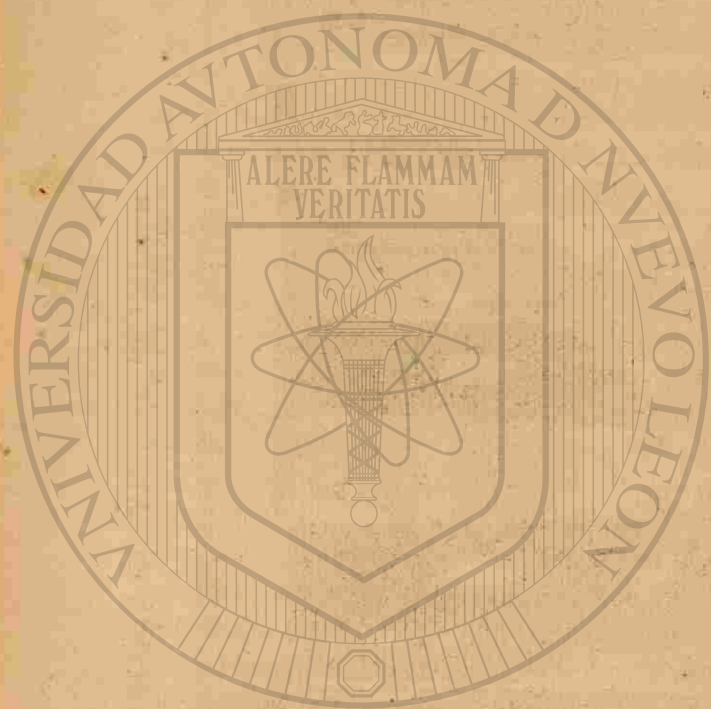
IGLESIA DE SAN JUAN DE LETRAN.

en sus térmas. Cinco puertas también, dan entrada á la basílica; la última del lado derecho es la puerta santa, que se abre solamente en el año del Jubileo; la del centro es de bronce y se cree perteneció á la basílica Emilia; fué trasladada de la iglesia de San Adriano á San Juan de Letrán, por orden de Alejandro VII. Sobre las puertas se destacan espléndidos bajo-relieves que representan episodios de la vida de San Juan Bautista, ejecutados por artistas distinguidos.

Sorprendente es el aspecto del interior de esta basílica, cuyo cuerpo principal consta de cinco amplísimas naves de muy bellas proporciones y decoradas con asombrosa magnificencia. El crucero forma otra extensa nave, y detrás del ábside que limita la del centro, hay una semicircular elegantísima que se supone fué antiguamente un pórtico abierto. Las cinco naves del cuerpo de la iglesia, están divididas por cuatro hileras de pilastras, de las cuales, las que separan la central de las laterales inmediatas, están unidas por gruesos macizos que construyó el arquitecto Borromini, quedando abiertas en los espacios que comprenden, cinco altísimas arcadas, y corresponden á otras tantas capillas que se hallan de cada lado. En el centro de esos macizos, están incrustados unos elegantes nichos adornados con dos columnas de verde antiguo, y en cada uno de ellos hay una estatua colosal de mármol que representa á uno de los doce Apóstoles, ejecutadas todas por artistas de gran nombradía, siendo las más notables, Santo Tomás y San Bartolomé, del escultor francés Le Gros. Arriba de los nichos hay unos bajo-relieves que representan, los de la derecha, diversos pasajes del Nuevo Testamento, y los de la izquierda de la antigua ley.

Sobre estos bajo-relieves hay igual número de cuadros, de forma elíptica, de los más afamados pintores del siglo XVIII, representando á los profetas.

Descansando en el magnífico entablamento que sustentan las pilastras de la nave principal, se extiende una soberbia techumbre de madera, cuyo dibujo se asegura fué obra de Miguel Angel, y ha sido adornado en los siglos posteriores con bellísimas decoraciones de estuco y dorados.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Acabando de recorrer la nave central, se pasa bajo un arco elevadísimo sostenido por dos gigantescas columnas de granito rojo oriental, y se entra en la nave del crucero, en cuyo centro se alza majestuoso el magnífico tabernáculo gótico, debajo del cual está el altar pontificio que guarda las cabezas de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y unas insignes reliquias del Salvador, la túnica manchada con su preciosa sangre y la tohalla con que enjugó los pies á sus discípulos en la memorable ceremonia del Lavatorio. El insigne Papa Pío IX, cuyo nombre se lee en Roma á cada paso en los monumentos antiguos y en las construcciones modernas, hizo restaurar cuidadosamente el precioso tabernáculo, que se hallaba muy deteriorado, con especialidad las bellas pinturas que lo adornan por dentro y por fuera.

Debajo del altar existe una pequeña capilla que nombran la "Confesión de San Juan Evangelista," renovada por orden del mismo Pontífice, quien mandó hacer también la doble escalera que á ella conduce. Al pie de esta escalera se halla la tumba de Martín V, en la cual es muy notable la estatua de bronce que la corona y fué ejecutada por Simón Donatello, escultor florentino muy estimado.

El gran ábside que sirve de fondo á la nave principal, había sido conservado con sus antiguas decoraciones, que eran uno de los preciosos restos del arte en la Edad media. La bóveda estaba cubierta con el magnífico mosaico que Nicolás IV hizo ejecutar en 1291 por Fray Jacobo *Torrta ó Turrita*, ayudado de otro Jacobo *Camerino*. Recientemente se han emprendido grandes trabajos de restauración en esta parte de la basílica, y se ha hecho desaparecer mucho de lo antiguo que conservaba; y si bien la decoración moderna no carece de mérito ni de belleza, es lamentable que no haya sido respetado uno de los monumentos que la barbarie clásica de los siglos XVI y XVII no se había atrevido á tocar.

A la derecha del tabernáculo gótico en el fondo del crucero, se halla el magnífico altar del Santísimo Sacramento, obra de Pedro Pablo Olivieri. Está decorado con un tabernáculo enriquecido con incrustaciones de piedras preciosas,

y colocado en medio de cuatro bellas columnas de verde antiguo. El gran frontón y la cornisa de bronce dorado descansan sobre cuatro columnas del mismo metal, de orden compuesto. Díjonos el guía que en este altar se halla encerrada la mesa en que celebró el Salvador la última Cena, venerabilísima reliquia que no nos fué permitido ver. Son muy notables en este mismo altar las cuatro estatuas de mármol que representan á Elías, Moisés, Melquisedec y Aarón, y entre las pinturas, la Ascensión del Señor, por el Caballero de Arpino.

La capilla del coro, que se halla también en el crucero, es digna de admirar por la magnífica sillería de nogal, adornada con estatuas y tallados de gran mérito, y por el sepulcro de Lucrecia Tomacelli, notable por lo exquisito de los mármoles de que fué formado.

La nave semicircular que está á la espalda del ábside, decorada al estilo moderno, merece visitarse por las tumbas de algunos artistas célebres que allí se hallan sepultados; entre otras las de Galilei, arquitecto de la fachada de la basílica, Andrés Sacchi, y el Caballero de Arpino.

En la extremidad de la nave del crucero, frente al altar del Sacramento está la puerta lateral de la basílica, y sobre ella se ve un órgano que sustentan dos riquísimas columnas de amarillo antiguo, acanaladas, de nueve metros de altura, las más bellas acaso que se conocen, á juicio de los inteligentes.

Después de recorrer las naves del suntuoso templo, es necesario visitar las capillas que se hallan en las laterales. La más rica, la más magnífica, no solamente de la basílica sino acaso de Roma, es la llamada *Corsini*, que fué erigida por el Papa Clemente XII en honor de su abuelo San Andrés Corsini. La decoración es de orden corintio, y está revestida de preciosos mármoles. Sobre el altar, entre dos soberbias columnas de verde antiguo, se ve un cuadro de mosaico que representa á San Andrés, copia de una célebre pintura de Guido Reni, que está en la galería Barberini. Sobre el frontón se admiran dos bellas estatuas de la Inocencia y la Penitencia esculpidas por Pimellotti. En el lado del

Evangelio llama la atención la soberbia tumba de Clemente XII, adornada con dos bellas columnas de pórfido, y en medio está la magnífica urna antigua que se hallaba en el pórtico del Pantheon, y se cree guardaba los restos de Agripa. Enfrente de esta tumba se halla la del Cardenal Neri Corsini, tío de Clemente XII; la estatua que corona el monumento representa al Cardenal acompañado de un niño y de la figura de la Religión, formando los tres un grupo interesantísimo. Hay incrustados cuatro elegantes nichos en las paredes, ostentando bellísimas representaciones de la Templanza, la Fortaleza, la Prudencia y la Justicia. La cúpula está suntuosamente decorada con soberbios estucos; el pavimento cubierto con muy escogidos mármoles, y la reja que cierra la entrada es de bronce dorado.

La capilla de la familia Torlonia es también lujosísima, aunque de estilo moderno, pues fué acabada su decoración en 1850. Adornan sus paredes elegantísimas pilastras de mármol de orden corintio, que reciben una bella cornisa también de mármoles exquisitos. La cúpula está decorada con cajones y relieves de estuco; el pavimento es de precioso mosaico. Sobre el altar, enriquecido con mármoles y bronces dorados, se admira un alto-relieve, el Descendimiento, en mármol de Carrara, obra maestra de Tenerani. A los lados del altar las virtudes de la Templanza, la Fortaleza, la Prudencia y la Justicia, representadas en hermosas figuras de mujeres, se ven colocadas en nichos embutidos en las paredes. Las pechinas de la cúpula ostentan abultados relieves en mármol con los cuatro Evangelistas. Dos tumbas magníficas encierra esta capilla, la de Juan Torlonia y la de su mujer la Duquesa Ana. El enverjado es de bronce de muy artística ejecución.

De menor riqueza que las dos capillas expresadas, aunque no destituidas de mérito, son las restantes, entre las que mencionaremos la llamada *Ceva* que ostenta un precioso cuadro de la Asunción de la Virgen, escuela de Giotto, y encierra cuatro soberbias tumbas de Cardenales.

No debe salirse de la basílica sin detenerse á contemplar

los magníficos monumentos sepulcrales de los célebres Pontífices Silvestre II y Alejandro III, que se hallan en la nave lateral de la izquierda, y una preciosa pintura de Giotto, que representa á Bonifacio VIII entre dos Cardenales publicando el jubileo del año 1300.

Antes de abandonar la basílica, es necesario visitar la sacristía para admirar un bello cuadro de la Anunciación, que fué pintado por Venusti bajo el dibujo de Miguel Angel, y ver algunos objetos muy curiosos, entre los cuales mencionaremos las pequeñas estatuas del siglo XV que se hallaban decorando la iglesia antes de su restauración, una capa pluvial del siglo V y un cuadro muy estimado que se atribuye á Masaccio, pintor florentino que brilló en la primera mitad del siglo décimoquinto.

El sacristán nos condujo á un precioso claustro anexo á la basílica, construido en el siglo XIII. Los pórticos que lo adornan se componen de arcadas de muy raro estilo, sostenidas en dobles columnas de mármol de forma espiral, muy bien conservadas. Está reparándose en la actualidad lo que de este edificio se hallaba deteriorado. Muchos objetos curiosos de la Edad media se encuentran en este claustro, como estatuas, restos de monumentos, etc.

Dejando la basílica pasaremos á visitar el Palacio de San Juan de Letrán, que encierra una considerable y preciosa colección de antiguas inscripciones cristianas, y gran número de objetos de suprema importancia para el estudio de la antigüedad y de las artes. Contiene dos museos, uno sagrado y otro profano, y una galería de cuadros. Entraremos por la gran puerta de la fachada principal, y conducidos por un guía vestido de uniforme, que nos recibirá dirigiéndonos mil cumplimientos, para granjearse una buena propina, comenzaremos nuestra visita por el museo profano.

Este departamento del palacio fué fundado por Gregorio XVI y enriquecido por Pío IX, quien trabajó empeñosamente en mejorarlo y hacerlo cada día más interesante. La primera sala de este museo tiene como muy notable el pavimen-

to, que lo adorna un antiguo mosaico en que se hallan representados tres hombres ejercitándose en el pugilato. Entre las preciosidades que contiene esta sala, llaman la atención principalmente los bajo-relieves, de los que sólo mencionaremos algunos de los más interesantes. En la pared en donde está la puerta de entrada, veremos con admiración el que representa á Jaso y Medea, á cuyo asunto aluden el árbol y el dragón que aparece entre sus ramas; después la escena de dos pugiles que son designados por los anticuarios con los nombres de *Dares* y *Entellus*, mármol precioso, que mereció ser dibujado por Rafael, y grabado en cobre por el célebre Marco Antonio. Proveniente del Foro de Trajano hay otro bajo-relieve que hace ver á este emperador rodeado de los liectores y otros personajes. No puede mirarse con indiferencia el que representa una hermosa ninfa dando de beber á Baco, todavía niño. Enfrente de este bajo-relieve, hay otro notabilísimo: los amores de Marte y Rhea Silvia, y los de Diana y Endimión. Casi todos los monumentos que adornan esta primera pieza, proceden de las antiguas salas de los Borgia, en el Vaticano, de donde fueron sacados por orden de Pío IX. El santo Pontífice puso especial estudio en que fuesen espurgados los departamentos de la residencia papal de todos aquellos objetos de arte que pudiesen de alguna manera escandalizar á los visitantes.

La segunda sala contiene una soberbia colección de fragmentos de arquitectura y ornamentación, que provienen de las mismas salas de los Borgia. Estos mármoles, verdaderamente preciosos por la elegancia del cincelado y la delicadeza en la ejecución, hacen la delicia de los inteligentes y dan muy ventajosa idea de la suntuosidad y del buen gusto de los edificios de la grandeza romana, y señaladamente de los que existían en el Foro de Trajano, de donde proceden la mayor parte.

En la tercera sala el principal objeto que la enriquece es la bella estatua de Antinoo, que fué encontrada en Ostia, en 1798, y estuvo colocada en el departamento del Nuevo Brazo, en el Vaticano.

En medio de la cuarta sala se admira una soberbia taza de mármol de color, de forma rara y artísticamente esculpida; fué descubierta cerca del santuario de la *Scala Santa*. A la derecha se ve la estatua de Germánico, y á la izquierda la de un Fauno, y en frente de las ventanas la de Marte; las tres muy bellas. En esta sala hay un considerable número de cipos sepulcrales, que fueron descubiertos en diversas épocas, en la *Via Appia*.

El más rico ornamento de la quinta sala, es sin duda, el bellissimo ciervo en mármol gris, que fué hallado en un sitio no distante de la Puerta *Portese*. De los otros mármoles que hay en esta sala, merecen mencionarse como de gran mérito, dos bonitos hermes de faunos, una estatua de Esculapio, una musa y una vaca, todo de mármol blanco.

Llámase de los Césares á la sexta sala, que encierra ocho admirables estatuas de individuos de la familia imperial; son dos mujeres y seis hombres, de éstos, dos se hallan mutilados. A la derecha entrando, se ve primeramente la estatua de Germánico; siguen las de Tiberio, Agripina, de Claudio, de Druso, y otra de Germánico; del lado de las ventanas está la de Livia; estos mármoles son reputados como un modelo de la escultura greco-romana.

La sétima sala es una de las que más llaman la atención del visitante. No puede penetrarse en ella sin sentirse sobrecogido de un sentimiento de sorpresa y admiración al ver una magnífica estatua de mármol que se percibe de frente al entrar. Es una obra maestra de la escuela griega, que representa á un filósofo ú orador, á cuyos pies hay un rollo de papeles. Se ha creído que es Sófoles. Hay en esta figura tanta verdad en la expresión, tal sublimidad en el arte, sobre todo, un aire de dignidad tan noble en la postura, que se ve aquel mármol lleno de vida, y se espera oír de sus labios palabras de sabiduría y elocuencia. Este precioso monumento, superior á todo elogio, fué donado al museo por la ilustre familia Antonelli, que lo descubrió en las cercanías de Terracina, (la antigua *Anxur*). Otro soberbio monumento llama la aten-

ción en esta sala: el Fauno danzante, bellísima estatua que ha ejercitado el buril de los más distinguidos grabadores. No son de menor mérito las estatuas de Apolo y de una Dama romana que proceden de los departamentos del Vaticano.

En la octava sala admiraremos el Neptuno, bello mármol de estilo greco-romano, que fué descubierto en Porto. Las estatuas de este dios no son comunes; tenía un solo templo en Roma, y no es frecuente ver sus representaciones en los museos.

Ignórase de dónde proceden tres hermosísimas columnas que se hallan en la novena sala; dos de ellas están esculpidas de arabescos, y la otra tiene adornos de diverso estilo. Una multitud de fragmentos de arquitectura, como frisos, capiteles, molduras, etcétera, que hay reunidos en esta sala, fueron desenterrados en la *Vía Appia* y en el *Forum Romanum*.

Interesante por los monumentos que guarda, es sin duda, la décima de las salas que vamos recorriendo. Es obra de arte muy estimada el grupo de Amor, caballero sobre un delfín, jugando con un ganso. Tienen gran mérito dos sub-basamentos sepulcrales, que se hallan contra las paredes de los lados, uno frente al otro. Son rarísimas por su forma y construcción dos columnas de mármol, que fueron descubiertas cerca de la iglesia de San Jacobo, en el pontificado de Gregorio XVI. Los demás objetos que enriquecen esta sala, provienen de la tumba de los *Haterii*, encontrada en la *Vía Labicana*, á cuatro millas de Roma. Entre esos objetos merecen estudiarse dos bustos magníficos, un bajo-relieve muy curioso que representa el modelo de la máquina de que se servían los antiguos para subir cosas de gran peso, y otro bajo-relieve que ofrece modelos de diferentes monumentos y arcos de triunfo, uno de los cuales, por lo que dice la inscripción, fué erigido en la *Vía Sacra*.

No menos que la anterior, la sala undécima es rica en mármoles curiosos. La Diana de Efeso, es una figura que llama la atención. El sarcófago colocado en el centro de la pieza, es notable por un bajo-relieve que lo adorna, relativo á Ba-

co; en la fachada del mismo sarcófago, á la izquierda, están representadas dos carrozas tiradas por centauros, en la primera de las cuales va una mujer que lleva en la mano una máscara. Otro sarcófago está embellecido con un bajo-relieve dividido en dos escenas, Hipólito y Fedro en la caza del jabalí, y las aventuras de Edipo. Otro está adornado con el grupo de Adonis despidiéndose de Venus, bellamente esculpido en la cara derecha, una caza de jabalí en la izquierda y en el centro la muerte del mismo Adonis asistido de un doméstico que está restañando la sangre de las heridas del dios.

En la duodécima sala tendremos que admirar, como los objetos más preciosos que encierra, dos sarcófagos griegos de una ejecución artística asombrosa. Los bajo-relieves que los cubren son muy estimados por los inteligentes. El asunto del cincel helénico en uno de los sarcófagos, es la muerte de los hijos de Niobe asaeteados por Apolo y Diana en los momentos en que asistían á un espectáculo de juegos públicos en Tebas: en una extremidad del bajo-relieve están representados Amphión y Niobe, los padres de las víctimas, estrechando entre sus brazos á dos de sus desventurados hijos. En el otro sarcófago, Orestes, presa de las Furias infernales, está vengando la muerte de su padre con la sangre de sus matadores.

No mencionaremos otros objetos de la sala décimatercia, fuera de un gran monumento sepulcral que se halla en el centro y es el mismo que guardó las cenizas de *Cecilius Valianus*, según atestigua la inscripción; una estatua de *Dogmatius*, descubierta en 1856 al remover los cimientos de una casa en Roma; cuatro fragmentos de bellas estatuas semi-colosales en pórfido, encontradas cerca del arco de Constantino, la estatua del severo Catón, y un bajo-relieve de origen griego que representa el monumento sepulcral de una familia.

De la décimacuarta sala, no podemos dejar sin describir la soberbia estatua de un esclavo. Es interesante este mármol, no solamente por su mérito artístico, sino por la circunstancia de no estar acabado, y tener todavía marcados los

puntos de proporción que sirvieron de guía al escultor; lo cual hace reconocer el método mecánico que empleaban los estatu arios antiguos no distinto del que siguen los modernos. Merecen especial mención dos magníficas y elegantes columnas de mármol violado, que fueron descubiertas en principios de este siglo, á orillas del Tiber, en un lugar que nombran *Marmorata*, y se supone quedaron abandonadas allí antes de colocarlas en el edificio para el cual estaban destinadas.

No intentaremos, ni á enumerar siquiera, la gran cantidad de objetos que se hallan en las salas décimaquinta y décimasexta: son muchísimos y de diferentes especies. Hay sarcófagos, urnas y cipos funerarios; hay fragmentos de mármoles esculpidos y de estatuas. Entre éstas sólo mencionaremos la que representa en tamaño natural á *Atys*, acostada; es notable esta obra de arte, no sólo por su belleza, sino por su conservación y por lo raro del objeto. Llama la atención también un nicho decorado con un mosaico que representa á Silvano con su perro.

No es fácil describir minuciosamente los innumerables objetos que contiene el *Museo cristiano*, fundado por Pío IX. Este departamento se puede considerar que comienza desde el punto en que arranca la gran escalera de honor, cuyos muros están cubiertos con multitud de bajo-relieves, y adornados con interesantes sarcófagos. Atravesando la primera sala se llega al magnífico salón de Sixto V, en donde se conservan muchos mármoles esculpidos, preciosos monumentos de la escultura cristiana, que se remontan á los siglos IV y V. El más notable es la estatua de San Hipólito, Obispo de Porto, sentado en una silla, sobre la cual está grabado en griego el célebre calendario ó *Ciclo pascual*, que compuso el mismo santo en el año 223 para combatir los errores de los herejes llamados *Quartadecimani*, que celebraban la Pascua el mismo día que los judíos. Fué encontrada la estatua en las Catacumbas de San Lorenzo.

Del salón de Sixto V, se pasa á las tres alas de pórticos del piso principal, que circundan en ese piso el gran patio del

palacio. En las paredes de los soberbios corredores, vense incrustadas con una sabia distribución, las incontables inscripciones cristianas que fueron colocadas allí bajo la inteligente dirección del distinguido arqueólogo M. de Rossi.

De los cuatro costados del patio, uno está subdividido en tres cámaras. En las dos primeras han sido coleccionadas las copias auténticas de algunas pinturas antiguas que adornaban los cementerios cristianos de los primeros siglos; en la tercera se ven los frescos desprendidos de la iglesia de Santa Inés, fuera de la Puerta Pía, y son obras del siglo XV.

Esta pieza da entrada al salón que llamaremos de los mosaicos antiguos. El pavimento está decorado con uno preciosísimo, cubierto de arabescos y en el centro una hermosa cabeza de mujer. Otros fragmentos se ven á la izquierda, que han sido reputados como las obras más perfectas en su género. Ejecutados con exquisito gusto, llama en ellos la atención el colorido por la viveza y la variedad de las tintas. Entre otros se distingue uno muy deteriorado, en el cual se ven plantas y figuras egipcias. En esta sala están depositados los cartones originales del célebre Descendimiento, de Daniel de Volterre y los del Santo Tomás, de Camuccini, y el del martirio de San Estéban, de Julio Romano.

En la sala siguiente hay tres cuadros notables: el retrato de Jorge IV, rey de Inglaterra, obsequio del mismo al Sumo Pontífice Pío VII; cuadro de gran efecto, del pintor inglés Lawrence; una Anunciación del Caballero de Arpino, y una copia sorprendente de la Asunción, del Guercino, cuyo original está en San Petersburgo. La mayor parte del pavimento de esta sala, lo cubre un soberbio mosaico de gran tamaño, que para verlo bien es necesario subir á una tribuna de madera que con ese objeto se ha formado allí á conveniente altura. Desde ese sitio se contempla en su admirable belleza el mosaico. Representa una escena de pugilato expresada á la perfección y ejecutada con tal arte que cree uno tener delante la obra más acabada de pintura. Fué descubierta en las Termas de Caracalla.

Saliendo de este salón, se vuelve al de los mosaicos, y de

allí se entra en una serie de salas que forman la Galería de pinturas. No mostraremos al lector cada uno de los cuadros que la componen, por temor de que abandone el libro como abandonó nuestra compañía uno de los peregrinos que junto con nosotros hacía la visita del Palacio Laterano, después de tres horas empleadas en recorrer los departamentos que llevamos descritos. Veremos solamente lo más notable.

En la primera sala es necesario detenerse delante de un cuadro de gran efecto, que representa á la Santísima Virgen y algunos pasajes de su preciosa vida. Es una pintura en la cual el sentimiento religioso está expresado de la manera que sólo podía hacerlo el más aventajado discípulo del espiritual Fiesola: Benozzo Gozzoli, de quien es original el cuadro. Otros dos de Marco Palmezzano, presentan igualmente á la Madre de Dios, en uno acompañada de San Gerónimo y San Juan Bautista, y en otro de varios santos.

Dos magníficas tapicerías con los Santos Apóstoles Pedro y Pablo forman el principal adorno de la sala que sigue, y fueron ejecutadas en el Hospicio de San Miguel en Ripa. En esta misma pieza arrebatada las miradas del visitante un cuadro del Redentor pagando el tributo, obra de brillante ejecución atribuida al Caravaggio; una Virgen pintada por Carlos Crivelli en 1492, un Sixto V por Sassoferrato y un retrato de sorprendente belleza por el inmortal Rembrandt.

Entrando en la sala tercera se recrea la vista contemplando una Sagrada Familia de Andrés del Sarto, una Asunción de Nicolás de la Matrice que tiene escrita la fecha de 1515, y un Descendimiento de la escuela lombarda del siglo XVI.

Los cuadros del boloñés Francia no abundan en Roma; por ese motivo, fuera del mérito de la pintura, es muy estimada la Asunción de la Santísima Virgen, que llama la atención en la cuarta sala; no se miran con indiferencia dos cuadros de la escuela de Siena: el uno de San Lorenzo y San Benito, y el otro de San Gregorio y Santa María Magdalena; la Coronación de la Virgen, de Filippo Lippi, y el Bautismo de Jesucristo, por César de Sesto, merecen estudiarse despa-

cio, y un San Gerónimo, pintura á la aguada, del padre de Rafael, por fuerza ha de detener al visitante.

De la quinta sala describiríamos, si hubiera tiempo, un tríptico de Antonio Demuano, que tiene la fecha de 1469, y representa á Jesucristo, de medio cuerpo, acompañado de algunos santos.

En la sexta solamente llamaremos la atención hacia una copia bellísima de un fresco del Domeniquino, que contiene el Martirio de San Andrés, cuyo original se conserva en la iglesia de San Gregorio.

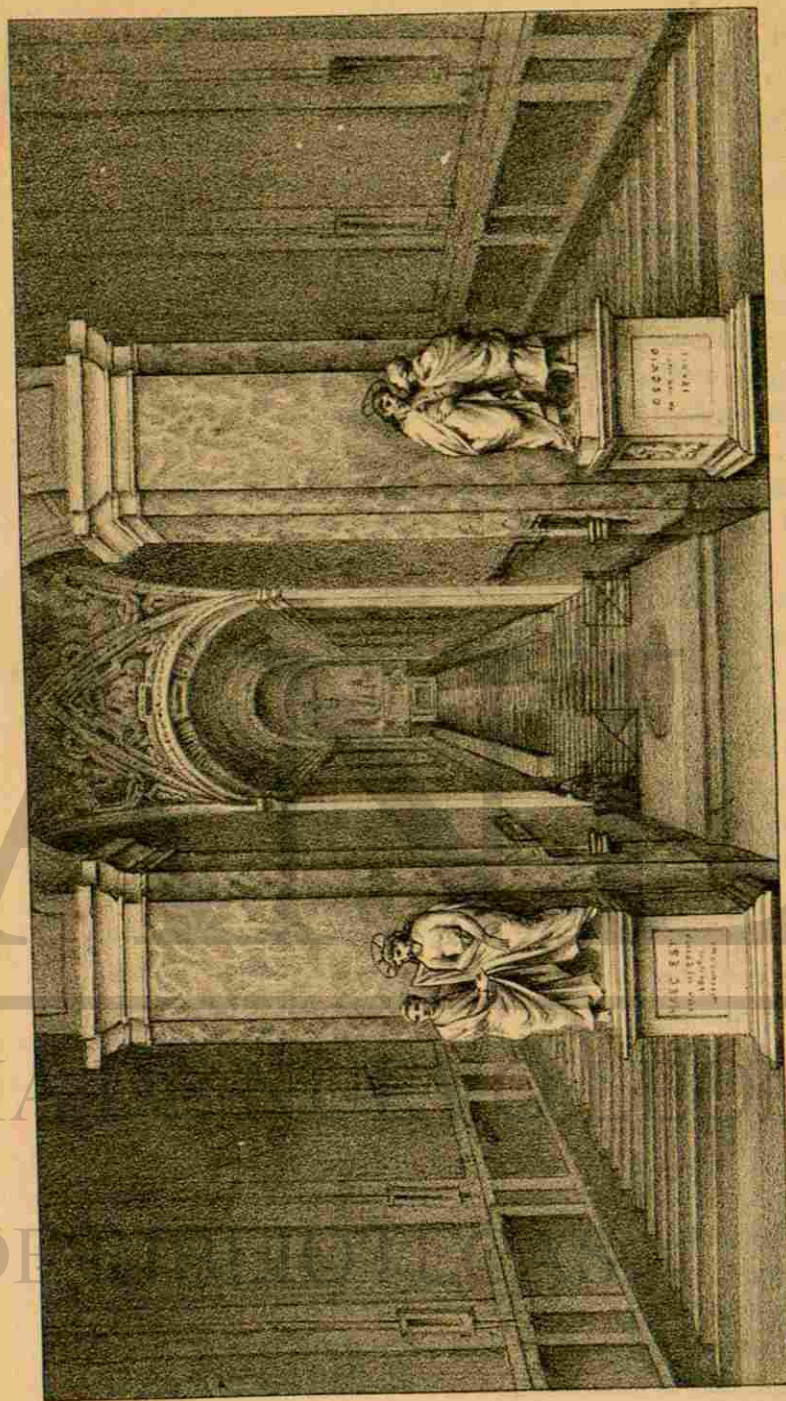
Salgamos de las piezas de la Galería de pinturas, y dirijamos nuestros pasos á la gran Sala de los Concilios, venerable por haberse reunido en ella las asambleas de este nombre, que por eso fueron llamadas Lateranenses. Pío IX, que tenía grandes afecciones por nuestra América, la cual visitó en alguna ocasión, como es sabido, encargó á un estudioso americanista alemán, Pettrich, formase la colección que se halla reunida en este lugar desde 1861, y contiene bustos, estatuas y bajo-relieves que representan tipos, trajes y costumbres de los indígenas de la América Septentrional. Agradable sorpresa es para un mexicano encontrarse en Europa con esta curiosísima colección, que no la tenemos igual en la República, y estudiar en ella mejor que en nuestro país, los usos de nuestros aborígenes y de los indios que habitan todavía en las apartadas regiones de parte del Continente americano.

Ya era necesario salir del Palacio de San Juan de Letrán; estábamos allí desde la mañana á primera hora. Sin experimentar la necesidad de tomar alimento, habíamos permanecido hasta muy avanzada la tarde. El custodio nos advirtió que era pasada con exceso la hora de cerrar los departamentos; gratificámosle decentemente después de darle las gracias por su deferencia, y dejamos el Palacio, encaminándonos á un edificio de forma circular que dista poco de la Basílica. Era el Bautisterio de Constantino.

Después del Bautismo de Jesucristo por San Juan, no han visto seguramente los cielos y la tierra un acto religioso de

mayor importancia y trascendencia que el verificado en este lugar venerable en el siglo cuarto de la Iglesia: el Sumo Pontífice San Silvestre, confiriendo el primer Sacramento á un monarca pagano de la dinastía de los crueles perseguidores del Cristianismo, que iba á convertirse en uno de sus más insignes protectores, dando existencia legal á una Religión que hasta entonces había vivido oculta y proscrita entre las mazmorras de las Catacumbas. Con mucha razón los Papas santificaron este lugar y han conservado cuidadosamente el edificio que lo cerca.

Dícese que el mismo Constantino lo hizo levantar para recibir con toda solemnidad en este sitio el agua del Bautismo. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que ya existía en el siglo V; que en el IX tenía la misma forma que hoy; que despojado de las ricas decoraciones que lo embellecían, y deteriorado considerablemente en siglos posteriores, fué restaurado por Gregorio XIII, hacia el año 1575, y Urbano VIII lo puso en 1640 en el estado en que hoy lo vemos. La fuente bautismal, formada con una urna antigua de basalto, se halla en el centro de una excavación circular á la que se desciende por tres gradas, y la cerca una elegante balaustrada. Está encerrado este sitio en un edificio de forma octágona, por el interior, que lo adornan ocho columnas jónicas de bello pórfido, las cuales sostienen un cornisamento de estilo antiguo, sobre el que se levantan otras ocho columnas de mármol blanco, que reciben un entablamento en que descansa un ático de ocho caras que sustenta la cúpula. En cada una de las faces del ático hay un cuadro que representa algún pasaje de la vida de San Juan Bautista. Estos cuadros son obra de Andrés Sacchi. Las paredes del templo, en la parte inferior, se ven decoradas con frescos de buenos autores. Dos capillas anexas al edificio están una enfrente de la otra; en la de la derecha hay dos columnas de serpentina y una estatua en bronce de San Juan Bautista; en la bóveda es notable un fresco del siglo V, adornado con accesorios de un gusto delicado. En la capilla de la izquierda llaman la atención dos columnas de alabastro oriental y una estatua en bronce



LA ESCALA SANTA.

de San Juan Evangelista, modelada por Juan de la Porta. Saliendo por la puerta antigua, se ven incrustadas en el muro, dos antiguas columnas de pórfito, que se asegura pertenecieron al palacio de *Plautius Lateranus*.

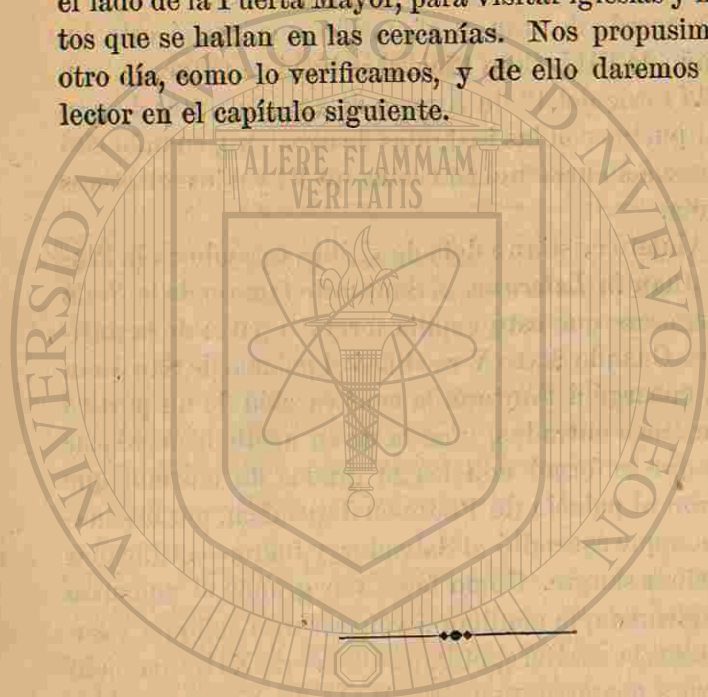
En este Bautisterio es costumbre bautizar el Sábado Santo á los turcos y á los judíos recién catequizados.

Existe recuerdo de una profanación que sufrió este lugar en el año de 1347. Cola Rienzi se bañó en la fuente bautismal en la tarde del 1º de Agosto de ese año, antes de presentarse al pueblo con las insignias de caballero, cuando citó á comparecer á su presencia á Clemente VI y á los electores de Alemania.

Ningún viajero cristiano deja de visitar, estando en la Plaza de San Juan *in Laterano*, el Santuario famoso de la *Scala Santa*. Asegúrase que esta capilla formaba parte de la antigua basílica. Cuando Sixto V reedificó el palacio de San Juan de Letrán, encargó á Fontana la construcción de un pórtico abierto con cinco entradas, y en la de en medio hizo colocar la escalera que se formó con las 28 gradas de mármol que pertenecieron al palacio de Pilato en Jerusalem, por las cuales se supone que ascendió el Salvador, y fueron santificadas con su preciosa sangre. Como fuese tan grande el concurso de gentes devotas que acudían á venerar esta reliquia y subían de rodillas la escalera, el Papa Clemente XII, temiendo que llegaran á gastarse los mármoles hasta desaparecer, los mandó revestir de madera de nogal, dejando descubiertos solamente algunos espacios por donde se pudiesen ver las piedras. Así se halla en la actualidad, y los visitantes suben de rodillas hasta llegar al *Sancta Sanctorum*, que así se llama la capilla, por haberse colocado allí reliquias insignes de muchos santos en unas cajas de ciprés que San León III mandó poner debajo del altar con aquella inscripción. Saliendo de la capilla se baja por una de las escaleras laterales. La fachada del pórtico fué restaurada por Pío IX y embellecida con dos nichos que se ven á los lados de la *Scala Santa*, y ostentan grupos de esculturas en mármol, representando el de la derecha al traidor Judas, imprimiendo el sacrílego beso

en la mejilla del Salvador, y el otro á Jesucristo presentado al pueblo por Pilato.

Fatigados de la visita que acabábamos de hacer á los lugares y edificios que recorrimos durante el día, nos vimos obligados á retirarnos á nuestro alojamiento, sin avanzar por el lado de la Puerta Mayor, para visitar iglesias y monumentos que se hallan en las cercanías. Nos propusimos volver otro día, como lo verificamos, y de ello daremos cuenta al lector en el capítulo siguiente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO DÉCIMOCUARTO.

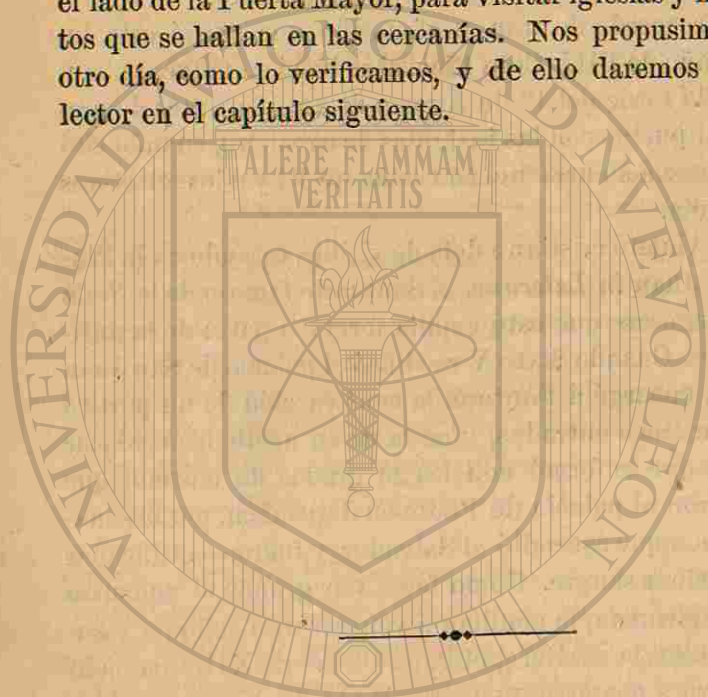
La Puerta de San Juan.—Santa Cruz de Jerusalem.—De la Puerta Mayor á la de San Lorenzo.—La basílica de San Lorenzo.—La Cripta.—El Sepulcro de Pío IX.—Impresiones.—La Columna de San Lorenzo.—De San Lorenzo á las Termas de Diocleciano.—Las Termas.—Santa María de los Angeles.—El Claustro.—La Fuente del *Acqua Felice*.—Santa María de la Victoria.

ENTRE las antiguas puertas que abrían entrada á los muros que todavía cercan la Ciudad Eterna, estaba una, inmediata al sitio en que hoy se encuentra la basílica Lateranense, y se llamaba *Asinaria*, por ser la que se abría en la *Vía Asinaria*.

Esta puerta, reconstruida hoy, tomó el nombre de "Puerta de San Juan," por hallarse frente á la fachada principal de la dicha iglesia. Saliendo por esta puerta y tomando la ruta que lleva á la Villa de Albani, nos encontraríamos con la antigua *Vía Latina* que la atraviesa, y al paso admiraríamos de cerca los admirables restos del Anfiteatro castrense, y del acueducto de Claudio; veríamos las Cámaras sepulcrales, y visitaríamos las venerables ruinas de la iglesia de San Clemente; pero esta excursión sería de largo tiempo, pues habríamos de recorrer de ida y vuelta algunas millas. Volveremos, pues, á entrar en la ciudad, y tomando el camino que se abre á la derecha de la puerta, después de andar unos mil pasos, nos hallaremos en frente de la fachada de Santa Cruz de Jerusalem, una de las siéte basílicas de Roma, edificada por Santa Elena, madre de Constantino, en los jardines *Variani* construidos por Heliogábalo, donde este vil tirano y el que le sucedió, Alejandro Severo, pasaron sus días.

en la mejilla del Salvador, y el otro á Jesucristo presentado al pueblo por Pilato.

Fatigados de la visita que acabábamos de hacer á los lugares y edificios que recorrimos durante el día, nos vimos obligados á retirarnos á nuestro alojamiento, sin avanzar por el lado de la Puerta Mayor, para visitar iglesias y monumentos que se hallan en las cercanías. Nos propusimos volver otro día, como lo verificamos, y de ello daremos cuenta al lector en el capítulo siguiente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO DÉCIMOCUARTO.

La Puerta de San Juan.—Santa Cruz de Jerusalem.—De la Puerta Mayor á la de San Lorenzo.—La basílica de San Lorenzo.—La Cripta.—El Sepulcro de Pío IX.—Impresiones.—La Columna de San Lorenzo.—De San Lorenzo á las Termas de Diocleciano.—Las Termas.—Santa María de los Angeles.—El Claustro.—La Fuente del *Acqua Felice*.—Santa María de la Victoria.

ENTRE las antiguas puertas que abrían entrada á los muros que todavía cercan la Ciudad Eterna, estaba una, inmediata al sitio en que hoy se encuentra la basílica Lateranense, y se llamaba *Asinaria*, por ser la que se abría en la *Vía Asinaria*.

Esta puerta, reconstruida hoy, tomó el nombre de "Puerta de San Juan," por hallarse frente á la fachada principal de la dicha iglesia. Saliendo por esta puerta y tomando la ruta que lleva á la Villa de Albani, nos encontraríamos con la antigua *Vía Latina* que la atraviesa, y al paso admiraríamos de cerca los admirables restos del Anfiteatro castrense, y del acueducto de Claudio; veríamos las Cámaras sepulcrales, y visitaríamos las venerables ruinas de la iglesia de San Clemente; pero esta excursión sería de largo tiempo, pues habríamos de recorrer de ida y vuelta algunas millas. Volveremos, pues, á entrar en la ciudad, y tomando el camino que se abre á la derecha de la puerta, después de andar unos mil pasos, nos hallaremos en frente de la fachada de Santa Cruz de Jerusalem, una de las siéte basílicas de Roma, edificada por Santa Elena, madre de Constantino, en los jardines *Variani* construidos por Heliogábalo, donde este vil tirano y el que le sucedió, Alejandro Severo, pasaron sus días.

El Papa San Silvestre consagró esta iglesia, que fué restaurada en diversas épocas y reconstruida al fin por Benedicto XIV, quien alteró la forma primitiva del templo incrustando en pilares de mampostería las bellas columnas de la nave del centro. Una inscripción colocada sobre la puerta principal, por la parte interior, menciona todas las restauraciones hechas en la iglesia, por orden de aquel Sumo Pontífice.

De la fachada, que es de buen estilo, aunque no se recomienda por su pureza, se pasa á un pórtico de bizarra arquitectura adornado con varias columnas, algunas de granito, las cuales sostienen una cúpula. El interior de la basílica es de tres naves, que dividen las pilastras de que hemos hecho mención, quedando descubiertas solamente ocho de las antiguas columnas. El ábside fué decorado por Pinturrichio con hermosos frescos, y el baldaquino del altar mayor descansa sobre cuatro columnas de coralina. Debajo de la mesa del Sacrificio, una rica urna de basalto guarda los cuerpos de los Santos mártires Cesáreo y Atanasio. Un pequeño corredor en alto, á la derecha, conduce á una capilla interior en donde fué colocada la insigne reliquia de la Santa Cruz, descubierta por Santa Elena. Se nos aseguró que todavía se conserva allí este precioso tesoro de la Cristiandad, lo mismo que el título que mandó poner Pilato, "Jesus Nazarenus Rex Judeorum," y una espina de la corona que los judíos pusieron sobre la cabeza del Redentor, y un clavo de los que fueron empleados para sostener el Sagrado Cuerpo en el entonces afrentoso patíbulo. Cuando hicimos nuestra visita, no se hallaba en la basílica el Padre Rector, y no pudimos conseguir permiso para entrar en la capilla, lo que sentimos sobre manera, por habernos privado de ver y de venerar de cerca las sacratísimas reliquias.

Abajo del presbiterio, á la derecha, está la capilla de Santa Elena, que se dice fué construida en el sitio en que la Santa hizo colocar una cantidad de tierra del Monte Calvario. Está adornada con buenos frescos de Pomarancio, y con bellos mosaicos de Baltasar Perucci.

De Santa Cruz saldremos, tomando el camino que está indicado en la dirección del Norte; al paso veremos los restos de los Jardines *Variani*; nos detendremos momentáneamente delante de esa especie de arco triunfal que se llama la Puerta Mayor, de grandiosa arquitectura, y quedaremos un breve rato contemplando las ruinas que llaman del *Templo de Minerva Medica*, edificio de forma circular cerrado por diez hemicielos interiores que ocupan, reunidos, una área de setenta metros: estos hemicielos servían de nichos, en los cuales deben haber estado colocadas algunas magníficas estatuas de dioses, que fueron descubiertas en este lugar; la bóveda se derrumbó en el año de 1828. Seguiremos nuestro camino sin visitar la iglesia de Santa Bibiana, que fué consagrada por el Papa San Simplicio en 1470: tampoco llegaremos á la de San Eusebio, ni nos detendremos á ver el Arco de *Gallieno* dedicado al emperador de este nombre en el año 260. Ardiendo en deseos por llegar á la célebre basílica de San Lorenzo, Extra-muros, no haremos parar el carruaje delante de otras iglesias y de otros restos de antiguos monumentos, hasta salir por la puerta llamada hoy de San Lorenzo, antes *Triburtina*, por hallarse sobre la vía de este nombre, y á los diez minutos de camino nos encontraremos enfrente de la basílica.

En el sitio que hoy ocupa, estaba una posesión llamada *Fundus Veranus*, de Santa Ciriaca, matrona romana, en donde la Santa había hecho construir un cementerio para sepultar á los mártires y entre otros inhumó allí á San Lorenzo, primer diácono de la Iglesia de Roma. En el mismo lugar en que se hallaba el cementerio, Constantino el Grande dispuso la fundación de la basílica erigida por él en 330. Muchos Pontífices restauraron esta iglesia, señaladamente el Papa Pelagio II, quien la enriqueció de tal manera, que se la dió el epíteto de *Speciosior*. Se asegura que la primera basílica, tenía una dirección opuesta á la que hoy tiene, y su entrada era por donde hoy está el fondo del templo. Honorio III la ensanchó haciéndola de tres naves y agregándole un pórtico. Para este ensanche se unió á la basílica de Constantino otra que se encontraba inmediata y había sido consagrada á la

Virgen María. En el siglo VIII, Adriano I hizo renovar la techumbre, que amenazaba ruina. Con motivo de las obras que había ejecutado el Papa Honorio, quedó enteramente cambiada la primitiva iglesia y como se hallaba en un nivel mucho más bajo que el suelo, quedó sepultada en gran parte en la tierra y solamente se empleó la superior para colocar el presbiterio. Otras muchas obras fueron ejecutadas en tiempos posteriores, hasta el año 1657 en que los canónigos de San Juan de Letrán la reconstruyeron nuevamente, y así permaneció y en ese estado se encontraba cuando en 1864 fué emprendida la grandiosa restauración que el arquitecto Vespignani, ejecutó por orden y á expensas del inmortal Pío IX. El pensamiento que presidió á esta restauración, fué restablecer la iglesia al estado que debió tener en los primeros siglos de la Era cristiana, y en la decoración interior y exterior cuidóse de conservar inalterable el estilo primitivo, procurando restaurar con inteligencia lo que existía é imitar á la mayor perfección posible, lo que fué necesario hacer de nuevo. Siguiendo este bello pensamiento se consiguó restablecer una iglesia antiquísima, presentando en buen estado de conservación un edificio que por su forma y su ornamentación pertenece á una época de muchos siglos atrás.

Cuando se entra en esta basílica, se la ve revestida de una majestad y de un aspecto tan severo é imponente, que se siente uno inspirado de profundo respeto y veneración. El cuerpo principal, como hemos indicado arriba, es de tres naves que separan 22 gruesas columnas de diversos diámetros, casi todas de granito oriental, con capiteles jónicos muy antiguos. De uno y otro lado de la nave del centro se ven los magníficos ambones de mármoles muy raros con incrustaciones de curiosos mosaicos: en el de la derecha está la columna espiral que servía para poner el cirio pascual. El pavimento de ésta y de las naves laterales, es de mármoles de colores; la techumbre de madera con pinturas sobre fondo dorado. De la nave central por donde se desciende á la que llaman en Roma la Confesión, se sube á la parte de la anti-

gua basílica en donde Honorio III hizo el presbiterio, el cual está adornado con doce columnas de mármol violeta, acanaladas. Estas soberbias columnas se levantan desde el piso de la primitiva basílica, que está muy abajo, hasta el entablamento del presbiterio, por lo cual aparecen de un diámetro desproporcionado. La cornisa que reciben es de mármol esculpido con distintos dibujos, por haberse tomado las piedras de diversos edificios más antiguos. Sobre esta cornisa se elevan otras doce columnas menos grandes, de mármol del mismo color, formando una galería superior en la cual se ve la antigua silla pontificia, embellecida con preciosos mosaicos, y á los lados los asientos también de mármol, del antiguo coro. El altar papal está colocado en medio del pavimento del presbiterio, arriba de la confesión y está cubierto con un baldaquino de estilo bizantino que sostiene cuatro preciosas columnas de pórfido rojo. En la fachada del grande arco que separa el presbiterio de la nave principal, se ve un interesante mosaico del siglo VI, ejecutado por orden de Pelagio II. Es digno de un especial estudio el bellísimo pavimento del presbiterio, de estilo alejandrino, obra muy antigua y bien acabada.

En el fondo del presbiterio hay dos escaleras por las cuales se desciende á la cripta, que está en el piso de la antigua basílica, en donde se halla la urna que guarda los restos mortales de los Santos Lorenzo, Esteban y Justino, mártires. Enfrente está la humilde tumba de un mártir de otro género, que floreció en este nuestro siglo, el gran Pontífice Pío IX. Ignoramos en qué estado dejaría este eminente Papa, la estancia en que vamos á entrar cuando terminaron las obras que por su orden fueron ejecutadas en la basílica. Nuestra descripción se va á referir al estado en que se encuentra hoy que están para concluir los trabajos emprendidos bajo los auspicios del actual Pontífice León XIII para embellecer el sitio en que su antecesor quiso que descansaran sus mortales despojos.

Sabido es que el virtuoso Papa ordenó en su testamento que su cadáver fuese sepultado en la cripta de San Lorenzo

debajo de un modesto túmulo que no costara más de cuatrocientos escudos romanos. Sabido es también que en cumplimiento de esta disposición el cadáver fué trasladado de San Pedro   San Lorenzo para ser inhumado en el sitio en que hoy se encuentra su tumba, en la pared que corresponde al fondo de la basílica y es una de las laterales del salón que forma la cripta. No hay para qué recordar el desorden que con motivo de la traslación promovieron algunos malignos sectarios anti-católicos para profanar los restos del que había sido Vicario de Jesucristo. Ese hecho inaudito   incalificable ya está juzgado, y arrojó una fea mancha sobre los autores de tan horrible crimen. El cadáver fué conducido al lugar en donde descansa esperando la resurrección de la carne.

Ya sea en desagravio de aquel ultraje   la memoria de un Pontífice tan eminente; ya por el amor que le tuvieron en vida cuantos le conocieron; lo cierto es que bajo el patrocinio del Señor León XIII, fué organizada una comisión que tomó   su cargo el promover y llevar á cabo la restauración y decoración de la cripta, obras que ya están terminando y son de las más bellas y artísticas que han sido realizadas en Roma en el presente siglo.

La forma de la cripta es la de un salón cuadrangular que mide 20m. 37c. de longitud y 5m. 26c. de anchura. La decoración, de un estilo bizantino del siglo VII, es de lo más rica y hermosa que imaginarse puede. Las paredes están divididas en tres grandes zonas: la inferior se ve cubierta con un basamento de poco más de un metro, adornado con molduras entalladas y con incrustaciones de metal sobre láminas de violado y verde antiguo. Los cuadros del basamento están incrustados de oro y nácar sobre pórfido y serpentina. La zona que descansa encima del zócalo, es de preciosos mosaicos afectando la forma de tapicerías de fondo azul con rosetas de oro, plata, nácar y piedra de cristal, teniendo en el centro los escudos de los Obispos que han contribuido con sus donativos   los gastos de la obra. En las paredes de enfrente se ven los escudos y los nombres de las órdenes reli-

giosas, de las sociedades católicas y de las familias que han prestado su cooperación   la obra. De las cinco entradas que tiene el salón, las dos principales han sido enriquecidas con preciosos remates de m rml finamente esculpidos y calados. La tercera zona está revestida en toda su extensión de mosaicos con figuras simbólicas. El arcezonado del techo tiene hermosas labores de estuco dorado y preciosos mosaicos de variados colores y dibujos del mismo estilo bizantino. El pavimento es de m rml adornado con mosaicos de apariencia antigua, de muy bellos dibujos, al uso de las antiguas basílicas.

Cuando tuvimos la satisfacción de visitar la cripta, estaban terminadas casi todas las obras de revestimiento de las paredes y las de ornamentación del arcezonado. En los planos que nos hizo el favor de mostrarnos el encargado de la obra, se ve que faltan por ejecutar las pinturas   frescos que han de embellecer los huecos de las paredes, en donde no se ha puesto aún decoración alguna. En los muros de menor extensión, ó sea en las cabeceras de la sala, en el de la derecha, aparecerá la imagen de San José, declarado por Pío IX Patrón de la Iglesia universal, y en el de la izquierda serán representadas Santa Ciriaca, fundadora del cementerio sobre el cual se construyó la basílica, y Santa Inés, por cuya intercesión el Santo Pontífice creyó haber salvado de un gran peligro. En la pared en que está la tumba, los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y   sus lados los mártires San Lorenzo y San Esteban. Enfrente se verán representadas la proclamación del dogma de la Infallibilidad Pontificia y la concordia del Episcopado con la Santa Sede; la Epifanía del dogma de la Inmaculada Concepción; el trigésimo aniversario del Pontificado de Pío IX, y el Obolo de los fieles en socorro de la pobreza   que fué reducido el Vicario de Jesucristo por la revolución.

El monumento que guarda los restos del Papa no sufrirá modificación ninguna; se le dejará en la modesta sencillez en que fué construido, respetando la voluntad del ilustre finado. Es una especie de sarcófago incrustado en parte en

el muro, sin más ornamentación que el escudo de las armas pontificias, y una inscripción latina que dejó escrita el Pontífice, y se traduce así:

HUESOS Y CENIZAS

DEL PAPA PÍO IX.

VIVIÓ LXXXV AÑOS. GOBERNÓ LA IGLESIA XXXI AÑOS.

ROGAD POR ÉL.

Arriba del sarcófago, en la pared, dentro de un semicírculo adornado pobremente, se ve la representación del Buen Pastor. Una reja de fierro de muy sencilla ejecución está cercando en forma semicircular también, el modesto sepulcro de uno de los más grandes Papas que ha tenido la Iglesia.

Al acercarnos á la tumba de Pío IX sentíamos la veneración que nos ha inspirado la presencia de los sepulcros de los santos: experimentamos un profundo respeto hacia esa tumba en que yacen los mortales despojos del hombre más grande en sus hechos y en sus desgracias que ha de recordar la historia entre los más eminentes que han figurado en el presente siglo.—Aquí están, pensábamos, leyendo la inscripción del sepulcro, los huesos y las cenizas de un hombre cuya virtud se vió acrisolada por las más duras pruebas, de un rey destronado, de un Pontífice prisionero. Aquí estan, nos decíamos, los restos del hombre que jamás transigió con la maldad, del rey que prefirió perder su soberanía antes que faltar á sus deberes, del Pontífice del *Syllabus* que tuvo la energía de lanzar sus anatemas contra una sociedad incrédula y corrompida, en que la Fe y la moral amenazaban desaparecer; del que enriqueció nuestra creencia con la declaración de dos de sus más importantes dogmas; del que restableció la moral con sus admirables enseñanzas. Aquí yacen los despojos de un hombre que amó á la humanidad y se sacrificó por ella; de un rey que hizo el bien á sus pueblos; que embelleció la primera ciudad del mundo, sacando del polvo los mejores monumentos de la antigüedad, salvando otros de la destrucción, y restaurando los que se veían amenazados de ruina;

que protegió las artes y á los artistas, haciendo ejecutar gigantescas obras, estableciendo museos y enriqueciendo otros; de un Pontífice que fomentó la instrucción; que fundó colegios y universidades; que estableció y prestó apoyo y protección al establecimiento de sociedades religiosas; que definió dogmas, que moralizó las costumbres; que combatió la impiedad; que defendió los fueros del Pontificado y los derechos de la Iglesia con energía y con perseverancia, y murió prisionero de la revolución sin haber transigido con ella y protestando hasta el último instante de su vida contra la usurpación de que fué víctima en su persona el Papado.....

Entregados por un largo rato á estas y otras consideraciones que se desprenden de los preciosos recuerdos que trae á la memoria la interesante historia de Pío IX, íntimamente ligada con la de la humanidad y la de la Iglesia; no nos habíamos fijado en la deprecación que está esculpida en el monumento: "Ora te pro eo," y úos pusimos á orar; pero lo diremos con franqueza, no nos creímos obligados á pedir por él, sino á orar con él y á pedir por su intercesión el remedio de nuestras necesidades, de las de nuestra patria, de las de Roma, cuya suerte nos inspira grande interés, y las de la Iglesia, nuestra buena Madre.

Salimos de allí con el corazón oprimido; vivamente impresionados; como cuando se retira un hijo del sepulcro de sus padres que ha ido á visitar por la vez primera, después de su fallecimiento. Desde muy niños había sido nuestro mayor deseo, durante el glorioso Pontificado de Pío IX, ir á Roma á recibir la bendición del virtuoso Papa, y no nos fué permitido realizar este deseo. Las lágrimas de nuestros padres por la naturaleza, arrancadas á la sola idea de nuestra separación, hicieronnos desistir de nuestro propósito en una ocasión en que habíamos hecho ya hasta los últimos preparativos para el viaje. Dios no quiso concedernos la satisfacción de presentarnos á Pío IX en vida, y cuando menos lo pensábamos nos facilitó los medios de ir á visitar al Pontífice, después de muerto, en su veneranda tumba.

Al salir de la basílica nos fijamos en un monumento que

se alza delante del pórtico de la fachada, á la derecha; es una bella columna de granito rojo oriental, coronada con la estatua de San Lorenzo, esculpida en bronce por Francisco Lucenti. Este monumento pertenece á la época de la última reconstrucción de la basílica, y fué erigido también por Pío IX.

Regresando al interior de la ciudad por el mismo camino que nos condujo á la basílica, volveremos á entrar por la puerta de San Lorenzo; tomando la calle de este mismo nombre, que va á salir á la hermosísima y extensa avenida de la Princesa Margarita, seguiremos la dirección de esta calle por el costado de la Estación del Ferrocarril, gran edificio de magnífica apariencia, cercado de muy elegantes construcciones modernas, y embellecido con vistosos y bien cultivados jardines. Al acabar de recorrer esta avenida, se abre la extensa é irregular plaza en donde se alzan todavía ennegrecidos por la intemperie y carcomidos por los años, los muros que han quedado en pie de las Termas de Diocleciano. Debíamos suspender allí nuestro camino y avivar nuestros recuerdos para visitar esas imponentes ruinas y los edificios que sobre ellas y aprovechando parte de sus magníficos despojos, han sido levantados en siglos posteriores, y alguno muy recientemente. De larga duración debería ser esta visita y no disponíamos para ello sino de una sola tarde. Aprovechando, sin embargo, lo mejor que pudimos tan breve tiempo, nos dió suficiente materia para entretener con nuestra descripción un buen rato á los lectores.

Estas magníficas termas ó baños públicos fueron construidas por los emperadores Diocleciano y Maximiano. Comenzadas durante el corto reinado del primero, las acabó el segundo y fueron dedicadas por los sucesores de éste, Constancio Cloro y Galerio. Dícese que no había otras que pudiesen contener mayor número de gente, pues en ellas podían bañarse á un tiempo, 3200 personas. Para tener idea de su grande extensión, basta saber que formaban un inmenso cuadrado con una sala circular en cada ángulo, y todo el perímetro cercado comprendía una área de 1372 metros, según las medidas

de muy entendidos arqueólogos. De estas salas existen, aunque cambiada la forma, la en que fué construida la iglesia de San Bernardo y la que sirve de vestíbulo al edificio de la prisión, al comenzar la *Vía Viminale*.

Las termas encerraban bellos pórticos, hermosos patios y magníficas salas; tenían, además, bosques y jardines con deliciosas calzadas para pasear; había escuelas de natación y de ejercicios atléticos, y una soberbia estancia de las llamadas *Pinacotheca*, destinada á conservar objetos del arte antiguo.

De los edificios que componían las termas, quedan las dos salas circulares de que hemos hablado, el hemicielo y la rotonda de que se forma el vestíbulo de la bellísima iglesia de Santa María de los Angeles, la inmensa sala que constituye el cuerpo principal de la misma, otras muchas salas á la derecha, que sirven de almacenes de depósito, y el grandioso hemicielo enfrente de la iglesia, en cuyo fondo se abre la *Vía Nazionale*.

No hay una sola iglesia en la ciudad de las iglesias, como podríamos llamar á la Roma de los Papas; no hay un solo templo que no se haga notar, ya por los grandes recuerdos históricos que despierte; ya por las insignes reliquias que guarde; ora por su remota antigüedad; ora por los restos de muy antiguos edificios que se hayan empleado en su construcción; y todas, más ó menos, por su magnificencia ó por el mérito artístico de las obras que en su interior se admiran. Desde la gigantesca Basílica de San Pedro, en el Vaticano, hasta el llamado "Templito del Bramante," en San Pedro *in Montorio*; desde la venerable basílica subterránea de San Clemente, hasta la magnífica de San Pablo, extramuros; no existe una sola iglesia, en la cual no haya objetos de gran veneración para el creyente, de útil estudio para el anticuario, de profunda admiración para el artista. En las iglesias de Roma se confirma el católico en la verdad de las enseñanzas de la fe; el anticuario, el arqueólogo y el historiador hallan un campo vastísimo para sus investigaciones; el amador del arte mil y mil objetos que admirar, y el verdadero artista

sublimes modelos en que inspirarse. ¡Santa ciudad de los grandes recuerdos del pasado, y de las magníficas obras del presente; sublime depositaria de los productos de dos civilizaciones; una de los sentidos y de la materia; otra del espíritu y del corazón!

Estas ideas nos vinieron á la mente al visitar la espléndida y admirable iglesia de Santa María de los Angeles, una de las más bellas y majestuosas de Roma, y acaso la más interesante por su arquitectura, que ha servido de modelo para las que han sido edificadas posteriormente.

Pío IV quiso convertir en lugar de oración la sala principal de los baños de Diocleciano, que se conservaba perfectamente, y para ello encargó al eminente artista Miguel Angel que transformase dicha sala en una iglesia de cruz griega. Buonarroti comprendió el pensamiento del Pontífice, y lo ejecutó de la manera que él sabía interpretar las grandes ideas de los Papas á quienes sirvió; aprovechando la mayor parte de la construcción de aquel departamento de las antiguas termas. Para evitar la humedad, levantó el piso como dos metros, y no queriendo mover las columnas por no exponerlas á sufrir deterioro, las dejó enterradas, acompañándoles con piezas de mármol, lo que fué necesario para sustituir las bases que habían quedado ocultas bajo el pavimento. Describiremos el templo como se halla en la actualidad, después de alguna restauración que hizo en 1740 el arquitecto Vanvitelli.

La entrada de la iglesia es un soberbio vestíbulo circular que perteneció á una de las salas de baños, y es de la misma forma y extensión que la de San Bernardo, de la cual hemos hablado arriba. Este vestíbulo sirve también de entrada á dos suntuosas capillas; en una se admira el cuadro de Jesucristo con San Gerónimo, pintado por el célebre Daniel de Volterra, y en la otra está el bello grupo de Jesús y la Magdalena, de Enrique el Flamenco. En esta capilla se ven las tumbas de los afamados pintores del siglo XVII Carlos Maratta y Salvator Rosa.

Saliendo de la capilla para entrar en la nave principal, se

observa á la derecha un nicho con la hermosa estatua de San Bruno, obra del notable escultor francés Houdon. Antes de penetrar en la gran nave hay dos capillas, una dedicada al mismo San Bruno y otra en que está el cuadro de Muzziano que representa á Jesucristo dando las llaves á San Pedro.

Asombroso es el aspecto de la nave transversal, que es la mayor del templo. Desde luego llaman la atención las ocho gigantescas columnas de granito oriental rojo, de una sola pieza: ¡tienen CATORCE METROS CINCUENTA CENTÍMETROS de altura y CINCO METROS de circunferencia! ¿De qué aparatos, ocurre preguntar, se servirían aquellos hombres para mover esas inmensas moles de piedra, y levantarlas verticalmente para colocarlas en los edificios? Doseientos catorce mil francos gastó Domingo Fontana para instalar en la plaza de San Pedro el gran obelisco egipcio, que aun cuando mayor en tamaño no excede mucho en el peso á estas incomparables columnas, y su instalación fué un acontecimiento que tuvo suspensa á la ciudad y preocupado á un genio que se llamaba Sixto V, y hasta se creyó necesario acudir para el éxito á la Divinidad, solicitando su intervención sobrenatural en los trabajos, por medio de preces públicas en las iglesias. ¡Cuánto dinero y qué esfuerzo no se emplearían para extraer de la cantera, y labrar, y conducir, y colocar en su sitio esos ocho enormes monolitos!

Las dimensiones del templo son proporcionadas á la magnitud de las columnas. Su longitud, de la entrada al fondo del presbiterio, es de 108 metros, y la nave transversal mide 100 metros de largo por 23.50 de ancho. Su altura es de 27 metros.

Para adornar convenientemente este magnífico templo, Benedicto XIV hizo transportar muchos cuadros originales de los que se hallaban en San Pedro; siendo notable entre otros el que representa la Crucifixión de este Santo, de Ricciolini, y el de San Gerónimo acompañado de otros bienaventurados, obra maestra de Muzziano. En las paredes laterales del presbiterio son dignos de admiración cuatro grandes cuadros, el primero de la derecha, la Presentación de la San-

tísima Virgen en el templo, es de Romanelli, el siguiente es un fresco clásico del Domeniquino, que el famoso Zabaglia transportó con mucho arte desprendiéndolo de la pared en que estaba en la Basílica Vaticana: representa el Martirio de San Sebastián. El que se ve frente á éste, el Bautismo de Jesucristo, es de Carlos Marata, y el que le sigue, pintado sobre pizarra, representando el castigo de Ananías y de Safira, es de Pomarancio. En el fondo del ábside está pintada una imagen de la Virgen María acompañada de algunos ángeles. Abajo queda el altar mayor, que fué restaurado en 1866: á los lados se destacan de las paredes dos tumbas muy modestas, una es del Sumo Pontífice Pío IV y la otra del Cardenal Serbelloni: fueron construidas bajo la dirección de Miguel Angel.

Volviendo á la nave principal, es necesario detenerse á contemplar algunas buenas pinturas y frescos que adornan sus muros; siendo la obra más notable una Purísima Concepción de Pedro Bianchi.

Anexo á la magnífica iglesia está un sorprendente Claustro erigido conforme á los planos de Buonarrotti: circúndalo un pórtico cuadrado que sostienen cien columnas de travertino.

Roma es la ciudad del mundo que disfruta de mayor cantidad de agua potable. Desde muy remotas épocas los soberanos de la antigua Roma y después de la caída del imperio los Pontífices, tomaron decidido empeño en proporcionar este elemento de vida á los habitantes, en una abundancia fabulosa, y no perdonaron gasto ni diligencia para conducir verdaderos ríos de cristalinas y saludables aguas, construyendo soberbios acueductos, algunos de los cuales reciben el precioso líquido de distancias muy considerables. Imponentes vestigios quedan de esas colosales arquerías construidas por los emperadores; asombrosas construcciones existen de los conductos exteriores ó subterráneos que los Papas mandaron formar, y es verdaderamente espléndida la magnificencia de las fuentes en donde se reciben todavía esos caudales prodigiosos de las aguas, que toman su nombre generalmente

de los emperadores ó Pontífices que ordenaron su introducción á la Ciudad. Roma tiene que ser en todo la primera en el mundo, y lo es sin duda en sus aguas, y lo es mucho más en sus fuentes. En el discurso de esta obra, hemos de hacer mención de más de una de las principales. Ahora mismo nos ocurre describir la llamada del agua *Felice* que se levanta en la plaza *Di Termini*, en donde nos encontramos al salir de la Iglesia de Santa María de los Angeles.

La fuente del *Acqua Felice*, así llamada por el nombre de *Félix* que tenía Sixto V antes de ser Papa, recibe el agua de la colina *delle Pantanelle*, cerca de *Colonna*, á 15 millas de la Ciudad, que hizo introducir aquel Sumo Pontífice. Es la misma que Alejandro Severo había hecho llevar á sus termas, y por esto se llamaba *Alejandrina*. Si no la primera, es una de las más soberbias y magníficas de Roma la que vamos á describir. Edificada bajo la muy hábil dirección del célebre Domingo Fontana, debía ser como es un monumento digno del Soberano que la mandó construir y del arquitecto que la ejecutó. Es una especie de arco triunfal de travertino con tres grandes arcadas, embellecidas con cuatro columnas jónicas de diversos mármoles. En la arcada del centro, que forma un colosal nicho, se descubre la imponente figura de Moisés en actitud de sacar el agua de la roca con su maravillosa vara. No del mérito artístico de la estatua que del mismo personaje creó el genio de Miguel Angel, es de muy atrevida ejecución y revela un cincel maestro, como lo fué sin duda el de Próspero de Brezza á quien Fontana encomendó la que adorna la fuente que describimos. Dos magníficos bajo-relieves cubren el fondo de las arcadas laterales; en una el sacerdote Aarón conduce al pueblo hebreo á saciar la sed en la fuente milagrosa, y basta decir que el autor de esta escultura es Juan de la Porta, para que sea innecesario escribir en su elogio una sola palabra. El otro bajo-relieve ejecutado por F. Vacca, representa á Gedeón intentando hacer pasar el río á los hebreos.

De tres grandes aberturas que corresponden á cada uno de los arcos, salen verdaderas cascadas de agua que se derraman

estrepitosamente sobre tres magníficas tazas, en las cuales arrojan también grandes chorros del cristalino líquido cuatro soberbios leones de estilo egipcio, esculpidos en mármol.

Para terminar nuestra excursión del día en aquella tarde, no nos quedaba tiempo sino el muy indispensable para visitar una iglesia, Santa María de la Victoria, que se interpuso en nuestro camino. Entramos en ella, y ojalá hubiésemos llegado tres horas antes: no habríamos salido de allí hasta que las tinieblas de la noche ó el sonido de las llaves nos hubieran obligado á salir. Ibamos á contemplar una de las obras más notables del Bernini; tocábanos en suerte admirar una bella pintura del Guercino; íbamos á venerar una insigne reliquia histórica del siglo XVI.

Santa María de las Victorias, edificada en 1605 por Paulo V en honor de San Pablo, recibió después el título que hoy lleva á causa de las muchas victorias obtenidas contra los herejes y los turcos por la intercesión de la Madre de Dios, cuya imagen se veneraba en el altar mayor, el cual desgraciadamente fué consumido por las llamas en el incendio de 1833.

La decoración interior de esta iglesia es riquísima: sus paredes revestidas de jaspe de Sicilia, y éstas y las bóvedas adornadas con esculturas y frescos estimables, revelan que un grande artista, Carlos Maderno, presidió á la ejecución de las obras. No haremos una descripción minuciosa del templo y de los detalles de su ornamentación en lo general: nos limitaremos á mencionar los más preciosos objetos de arte que allí están encerrados.

Por muy profano que sea el visitante en materia de pintura, gozará extraordinariamente con la vista de un San Francisco que se halla en la segunda de las capillas á la derecha: es un cuadro del Domeniquino, en el cual el autor de la Comunión de San Gerónimo, dió á conocer su genio para expresar el sentimiento religioso con una verdad que no ha alcanzado tal vez otro pintor, fuera del Angélico Fiessola. Y no es esta la única obra del inspirado artista que se halla

enriqueciendo la capilla expresada; todos los frescos de las paredes laterales salieron de su pincel inimitable.

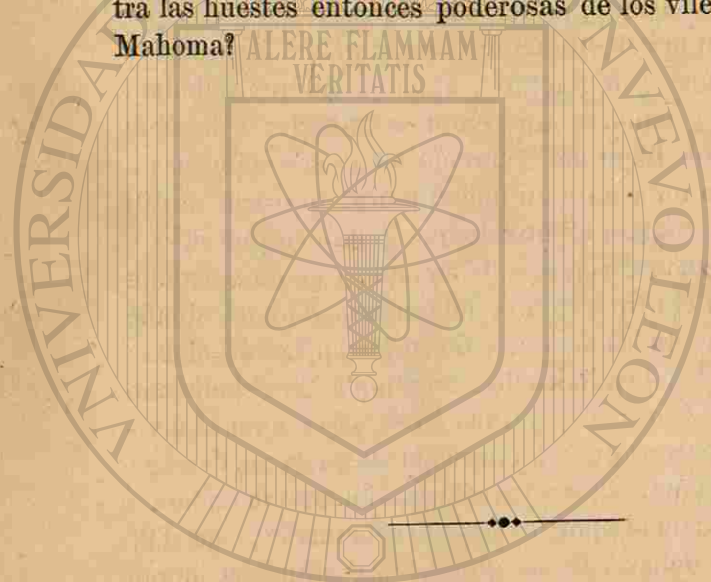
En un altar del crucero, que adornan cuatro ricas columnas de verde antiguo, llama la atención una preciosa escultura de San José durmiendo y un ángel que se le aparece en sueños. Es obra de Domingo Guidi.

En otra de las capillas excita la admiración el cuadro de la Augusta Trinidad, pintado por el Guercino. Difícil, como es sin duda, este asunto, no ha sido representado acaso por otro artista con más inspiración y mejor gusto. Expresar el poder, la sabiduría y el amor en el grado en que se hallan en el Dios uno y trino, es una empresa superior al ingenio humano, y nadie, fuera del Guercino, se ha acercado más á la propiedad en un asunto en que el pintor buscaría inútilmente en la naturaleza el modelo que guiara su pincel.

Mas la excepcional riqueza del templo está en la capilla que se halla en el otro extremo del crucero. Allí fué donde Bernini desplegó todas las dotes de su genio. Los artistas se quedan pasmados de admiración contemplando el bellissimo grupo de Santa Teresa arrebatada en éxtasis del amor divino. Increíble parece que el cincel pueda expresar como lo hizo Bernini, esa maravillosa transformación de una mujer en ángel, como iluminada por los destellos de una luz celestial, gozando de las delicias de la gloria, y espiritualizar, digamos así, un trozo de piedra dura..... Los inteligentes califican esta escultura como la obra mejor acabada del artista napolitano. Del mismo autor proceden las medias figuras que se ven á los lados del altar y representan á varios individuos de la familia Cornano, entre las cuales está el cardenal Federico, á cuyas expensas fué erigida y decorada.

Pero sobre las maravillas de arte que la iglesia ostenta, los católicos vemos con singular estimación las preciosas reliquias que se descubren arriba del altar mayor; los estandartes ó banderas que fueron quitadas á los turcos en la memorable batalla de Lepanto en 1571. Un príncipe de ilustre origen, el bizarro D. Juan de Austria, abatió para siempre el orgullo mahometano en esa batalla célebre por mil títulos, ob-

teniendo sobre los enemigos de nuestra fe y de nuestra raza la más gloriosa y completa victoria que hayan presenciado los siglos. El más rico despojo de esa derrota que sufrió el turco está enriqueciendo el altar de Santa María de las Victorias. ¿Qué adorno de mayor precio, qué joya de más valor pudiera ostentar la primera basílica del mundo, San Pedro, si allí hubieran sido colocados estos sublimes trofeos del más espléndido triunfo alcanzado por los ejércitos cristianos contra las huestes entonces poderosas de los viles sectarios de Mahoma?

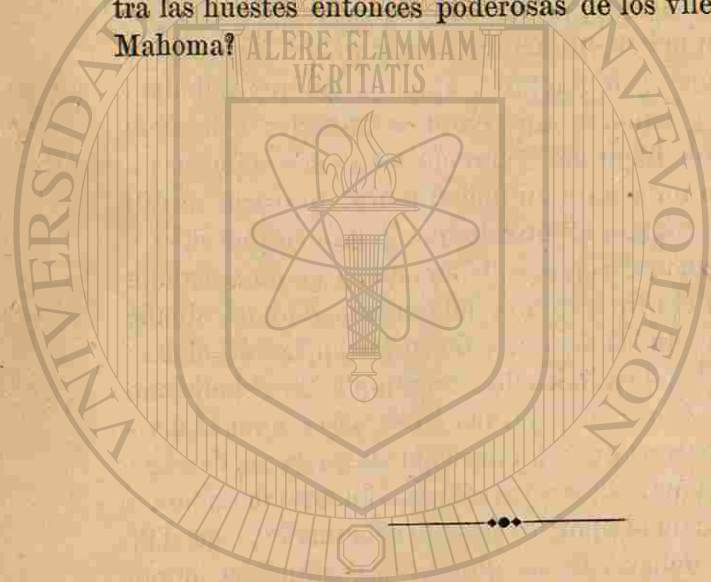


CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO.

La *Via Venti Settembre*.—La Puerta Pía.—La *Via Nomentana*.—Santa Inés.—Historia de la última restauración.—Descripción de la iglesia.—La Catacumba.—Santa Constanza.—La Plaza de *Monte Cavallo*.—El Quirinal.—El Foro Trajano.—La Columna Trajana.—Iglesia de los Santos Apóstoles.—El palacio Colonna.—La Fuente de Trevi.—San Andrés de la Fratte.

NINGÚN católico de corazón puede atravesar sereno la gran avenida que corre de la plaza del Quirinal hasta la Puerta Pía, á cuya extensa hilera de calles han dado los italianos el nombre de *Via Venti Settembre*. El memorable 20 de Setiembre de 1870 corrió por esa vía la noble sangre de los heroicos defensores del Papa, sorprendidos por los revolucionarios que entraban en la ciudad por la brecha que abrieran en la muralla junto á la Puerta Pía. La gran Metrópoli del Catolicismo era asaltada por las huestes de Víctor Manuel; el Sumo Pontífice caía prisionero en manos de sus perseguidores, y los enemigos de la Iglesia se adueñaban de una parte muy principal del patrimonio de ésta. Roma, la capital del mundo católico, era arrebatada á su legítimo dueño, menos que por el valor de los asaltantes, por las maquinaciones de la secta y por la obra de un monarca que alevosamente había abierto á los italianos el camino para llegar á la Ciudad Eterna. El César francés que acababa de entregar en México al desgraciado Maximiliano en poder de sus enemigos, dando un triunfo inesperado á las desorganizadas fuerzas de la república, franqueaba las puertas de Roma á la revolución italiana y ponía en sus manos el te-

teniendo sobre los enemigos de nuestra fe y de nuestra raza la más gloriosa y completa victoria que hayan presenciado los siglos. El más rico despojo de esa derrota que sufrió el turco está enriqueciendo el altar de Santa María de las Victorias. ¿Qué adorno de mayor precio, qué joya de más valor pudiera ostentar la primera basílica del mundo, San Pedro, si allí hubieran sido colocados estos sublimes trofeos del más espléndido triunfo alcanzado por los ejércitos cristianos contra las huestes entonces poderosas de los viles sectarios de Mahoma?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO.

La *Via Venti Settembre*.—La Puerta Pía.—La *Via Nomentana*.—Santa Inés.—Historia de la última restauración.—Descripción de la iglesia.—La Catacumba.—Santa Constanza.—La Plaza de *Monte Cavallo*.—El Quirinal.—El Foro Trajano.—La Columna Trajana.—Iglesia de los Santos Apóstoles.—El palacio Colonna.—La Fuente de Trevi.—San Andrés de la Fratte.

NINGÚN católico de corazón puede atravesar sereno la gran avenida que corre de la plaza del Quirinal hasta la Puerta Pía, á cuya extensa hilera de calles han dado los italianos el nombre de *Via Venti Settembre*. El memorable 20 de Setiembre de 1870 corrió por esa vía la noble sangre de los heroicos defensores del Papa, sorprendidos por los revolucionarios que entraban en la ciudad por la brecha que abrieran en la muralla junto á la Puerta Pía. La gran Metrópoli del Catolicismo era asaltada por las huestes de Víctor Manuel; el Sumo Pontífice caía prisionero en manos de sus perseguidores, y los enemigos de la Iglesia se adueñaban de una parte muy principal del patrimonio de ésta. Roma, la capital del mundo católico, era arrebatada á su legítimo dueño, menos que por el valor de los asaltantes, por las maquinaciones de la secta y por la obra de un monarca que alevosamente había abierto á los italianos el camino para llegar á la Ciudad Eterna. El César francés que acababa de entregar en México al desgraciado Maximiliano en poder de sus enemigos, dando un triunfo inesperado á las desorganizadas fuerzas de la república, franqueaba las puertas de Roma á la revolución italiana y ponía en sus manos el te-

soro de la Iglesia y entregaba maniatado al virtuoso Pontífice; rompiendo pactos sacratísimos que le obligaban á la defensa del Papa y de su legítima soberanía en los Estados Pontificios. Bien caro pagó con el trono, con la honra y con la vida tan criminal conducta; recibiendo el más severo y ejemplar castigo, en el cual se vió envuelta la misma Francia, responsable hasta cierto punto del abandono en que se dejó al Vicario de Jesucristo en los momentos en que no le era posible hacer los aprestos necesarios para su defensa. Valiera más que desde un principio los franceses no hubieran prestado á Pío IX su aparente protección. Se la habrían impartido generosa y lealmente otras naciones católicas: el Papa mismo habría reunido con anticipación los elementos con que pudo haber contado para resistir á la agresión italiana, y los revolucionarios se habrían visto obligados á retirarse de Roma, desistiendo, tal vez para siempre, de su atrevida y temeraria empresa.

Ocupados con estos pensamientos fuimos llegando á la Puerta Pia, por donde la impía y despiadada revolución penetró en la Ciudad Eterna, que contra todo derecho divino y humano está poseyendo hace más de diez y ocho años.

Esta puerta reemplazó en 1564 á la *Nomentana*, que tenía este nombre por hallarse sobre la ruta así llamada que conducía á *Nomentum*, villa latina edificada por *Latinus Sylvius*. El nombre actual lo tomó de Pío IV que la mandó construir, encargando el adorno de la fachada interior á Miguel Angel, quien no pudo terminar la bizarra decoración que había proyectado; quedando ésta sin concluir hasta el año de 1852, en que Pío IX, al hacerla reparar por los desperfectos que sufrió durante la revolución de 1849, dispuso que fuese completado el adorno bajo la dirección del arquitecto Vespi gnani.

Años después, el mismo arquitecto dirigió la fachada exterior. Es toda de travertino decorada con cuatro columnas de granito de orden corintio, que dejan dos intercolumnios en los cuales hay incrustados en el macizo dos nichos que contenían las estatuas de San Alejandro y Santa Inés. Las

balas sacrílegas del 20 de Setiembre no respetaron estas obras de arte, que fueron completamente destruidas, habiendo quedado la puerta en lamentable estado de deterioro. En la actualidad se encuentra restaurada.

Ha sido costumbre de los grandes de Roma, formarse en las afueras de la ciudad casas de placer que llaman *villas*, en donde muchos han gastado fuertes sumas levantando soberbios palacios cercados de bellísimos jardines. En todos los alrededores de la ciudad se encuentran estas magníficas residencias, que cualquiera de ellas puede servir de alojamiento á un monarca. Algunas visitamos en el interior; vimos otras solamente desde afuera: de aquellas harems en su oportunidad la correspondiente descripción, mencionando simplemente las que veamos al paso.

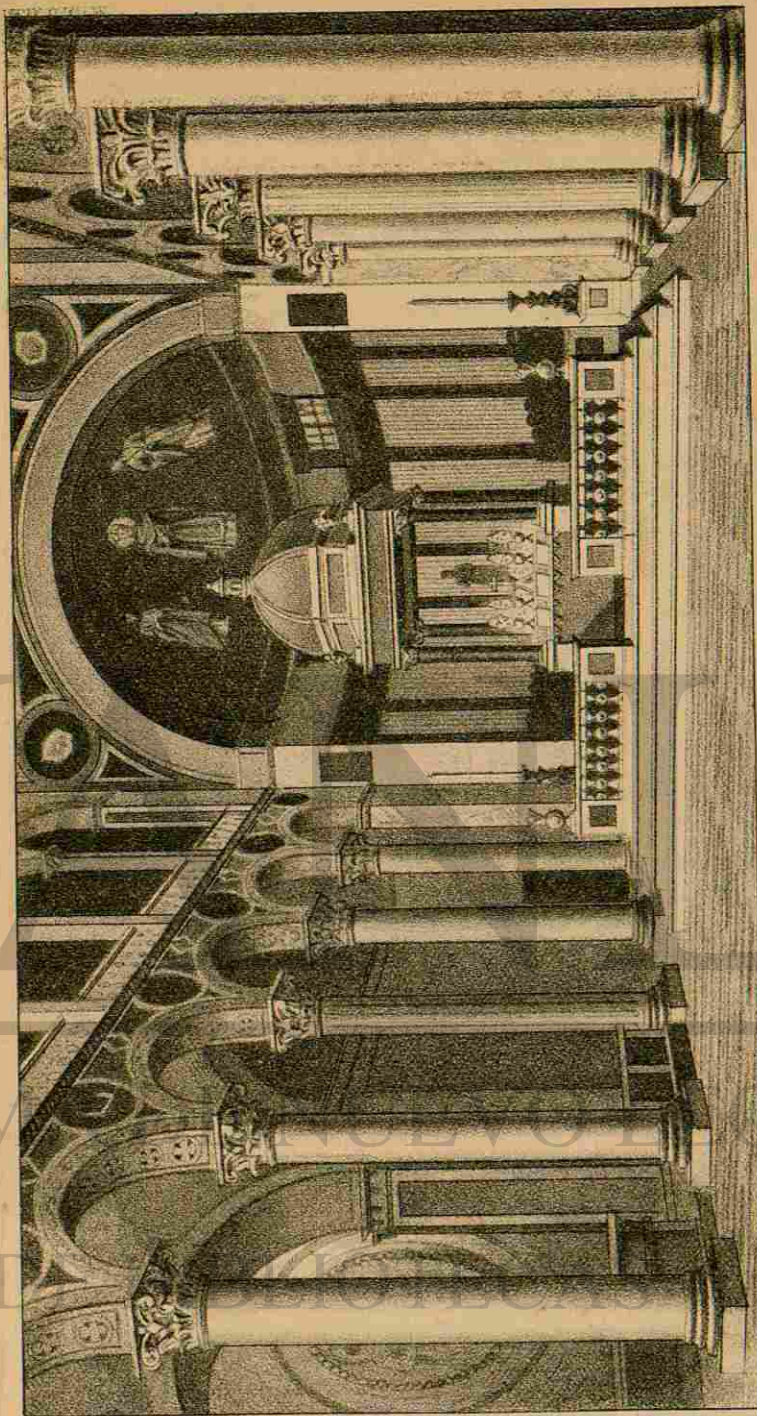
Tres de estas villas se hallan situadas en la Vía Nomentana en el camino para Santa Inés, á donde vamos á conducir al lector; una es la nombrada *Patrizzi*, que fué casi destruida en la revolución de 49 y ha sido después reparada; adelante se ve la *Bolognetti*; sigue la llamada *Massini* y al último la *Torlonia*. Esta es una de las más deliciosas y magníficas villas que embellecen las cercanías de Roma. El aspecto exterior es de lo más bello y pintoresco, y en el interior hay, según se nos refirió, espléndidos salones decorados con magnificencia, enriquecidos con pinturas y esculturas de gran mérito; habitaciones cómodas y ricamente amuebladas; un anfiteatro para las diversiones del día y un elegante teatro para los espectáculos nocturnos. Esta familia *Torlonia* se ha distinguido siempre por su catolicidad y por una particular adhesión á los Sumos Pontífices. Un honorable miembro de esta familia fué destituido de un elevado cargo en el Ayuntamiento de la Ciudad, por haber tomado parte en las manifestaciones que los católicos de Roma hicieron al Pontífice actual, con motivo de sus Bodas de Oro. Así se entiende allí, como en todas partes, la tolerancia que predicán los liberales que hoy se usan.

Llegamos al fin á Santa Inés. Constantino el Grande hizo edificar esta iglesia sobre el cementerio que llevaba su nom-

bre, en el sitio en que fué hallado el cuerpo de la Santa. Varias reedificaciones y restauraciones se la hicieron en el curso de los siglos, habiendo sido la última la que ordenó Pío IX en el año 1856, bajo la dirección del arquitecto Busini.

Unas inscripciones colocadas en el fondo de la iglesia contienen la historia de su reciente reparación y embellecimiento. El 12 de Abril de 1855, el Soberano Pontífice, regresando de una excursión que había hecho al oratorio y catacumbas de San Alejandro, se detuvo con todas las personas que le acompañaban, en el convento de Santa Inés. Hallándose en una sala correspondiente al patio llamado la *Canónica*, una plancha de madera que recibía el piso, rompióse súbitamente, y el Papa y sus acompañantes descendieron al cuerpo inferior. Por grande que fué el peligro, no hubo que lamentar ninguna víctima: Pío IX salió entre los escombros sano y salvo: algunas personas sufrieron ligeras contusiones. En acción de gracias á Dios por haber salvado la vida de su Vicario, éste dispuso que fuese restaurada la iglesia. Algunas personas de distinción ejecutaron el pensamiento de mandar construir en el sitio en que pasó el suceso, una magnífica sala que hicieron adornar en una de sus paredes con un gran fresco que lo representa. En dicha sala estuvimos antes de entrar en la iglesia.

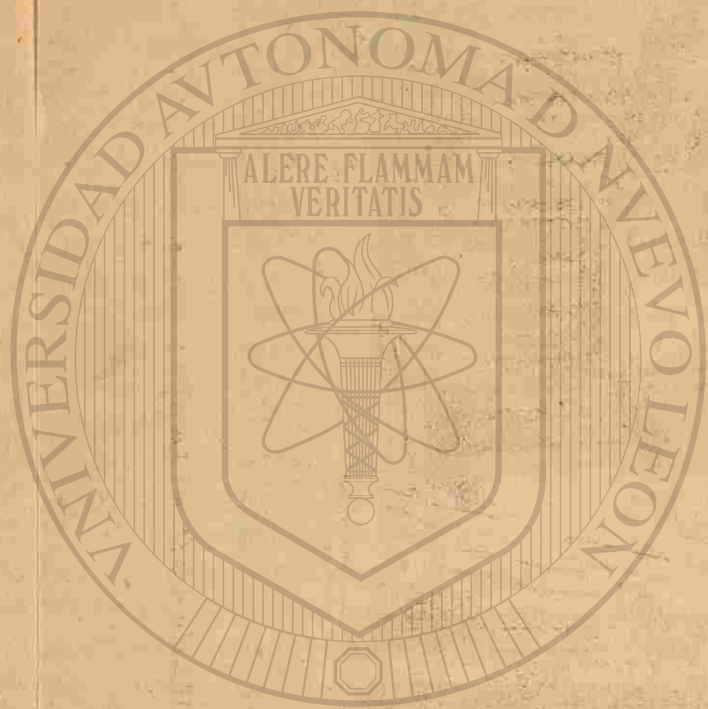
Bájase á ésta por una muy amplia escalera de cuarenta y cinco gradas. Extraño y singular es el aspecto interior de la iglesia. Un vasto salón circundado por galerías laterales recibidas en diez y seis columnas de diferentes mármoles, sobre las cuales descansan otras tantas que sostienen el techo; una gran plataforma colocada en el extremo de la nave, que forman en el centro las dos hileras de columnas inferiores, prolongándose en el fondo en un ábside adornado con antiguos mosaicos del siglo VII; un baldaguino con cuatro columnas de muy bello pórfido; el altar mayor compuesto de piedras preciosas, recibiendo la estatua de la Santa titular cincelada en alabastro oriental y bronce; debajo del altar el cuerpo de la misma Santa: tal es el conjunto que abarca la vista del espectador al entrar en la iglesia dedicada á la in-



IGLESIA DE SANTA INÉS. EXTRA-MUROS.

signe heroína del Cristianismo. Examinando la decoración de frescos y de pinturas que cubren las paredes, no puede menos de prestarse un tributo de admiración á los artistas, que secundando las ideas del Sumo Pontífice, restauraron tan hábilmente la ornamentación antigua, procurando conservar el estilo de la época en que fué construida la iglesia. Llama la atención encontrarse un templo secular como éste, en el brillante estado de conservación en que aparece, sin que haya perdido nada de su carácter, ni la arquitectura, ni la decoración. Santa Inés puede considerarse en su estado actual como uno de los tipos más perfectos de las iglesias de los primeros siglos del Cristianismo.

Después de visitar el templo nos dirigimos á la sacristía, en donde suplicamos á un eclesiástico que allí se encontraba, nos hiciese favor de proporcionarnos persona que nos condujese al interior de la Catacumba. Este buen señor tuvo la amabilidad de prestarse á servirnos de guía, y tomando unas delgadas velas de cera nos dió una á cada individuo. Nos acompañaba nuestro amigo el Sr. Lic. de la Garza y otro extranjero desconocido que venía en nuestro seguimiento. El estimable eclesiástico tuvo además la bondad de abrigarnos con una capa, manifestándonos que adentro se había de sentir mucho frío. Abrió en seguida la puerta que comunica con la sacristía; bajamos unos escalones y principiamos á entrar en la Catacumba. La oscuridad más completa reina en esas mansiones tenebrosas: á la luz de las antorchas apenas podíamos distinguir los objetos. Ibamos uno tras de otro, porque la estrechez de aquellas angostísimas calles así lo exigía. Penetrábamos silenciosos dirigiendo la vista á las paredes abiertas de arriba á abajo con nichos sepulcrales, la mayor parte descubiertos y casi todos ocupados con cadáveres; unos momificados, otros convertidos en osamenta, otros tapados con una capa de cierta sustancia como cal ó yeso: algunos nichos cerrados con alambrados gruesos, y en todos inscripciones más ó menos inteligibles. En uno de tantos nichos, marcado con una palma, signo que demostraba hallarse allí depositados los restos de un mártir de la Fe, observamos al pasar que



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

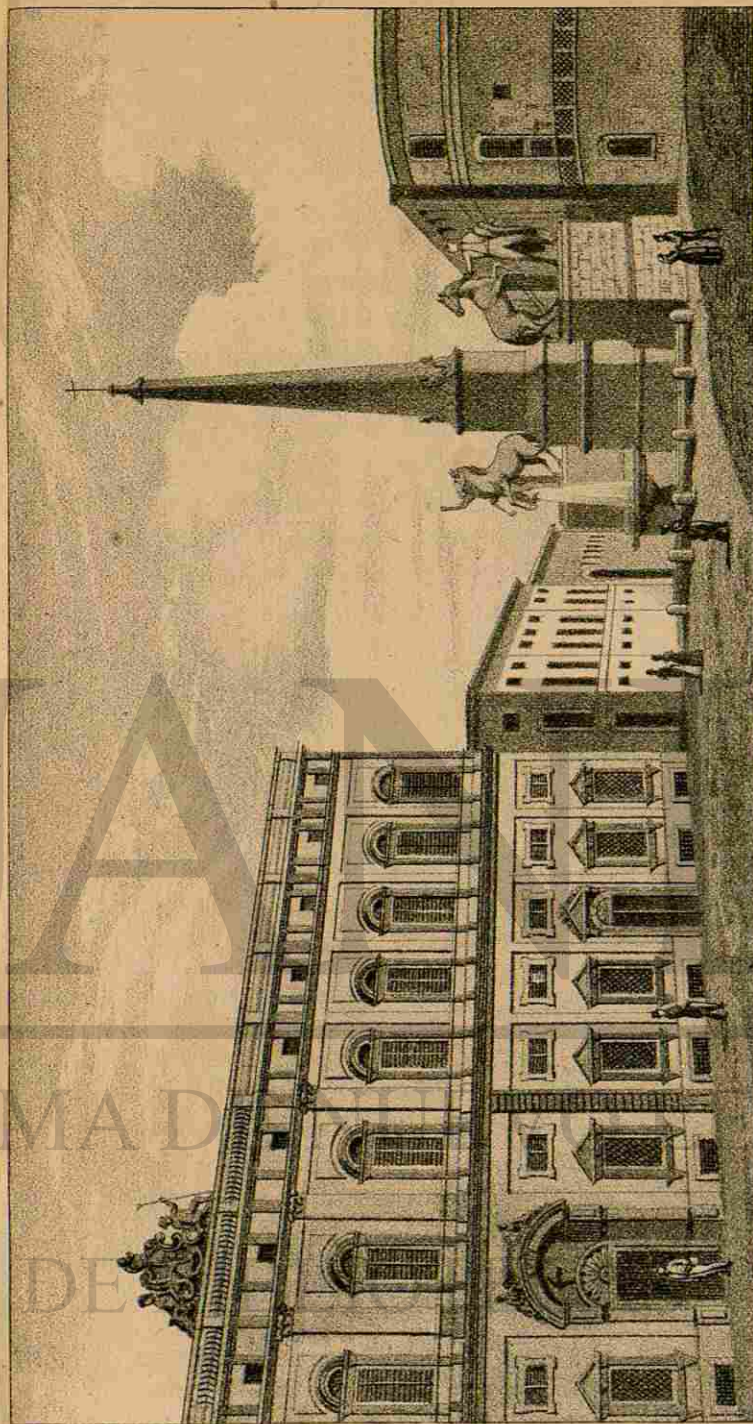
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se hallaba roto el alambrado. No pudimos resistir á la tentación de extraer un hueso para conservarlo; nos era posible hacerlo impunemente, porque el custodio iba por delante y nosotros éramos el último. Ya íbamos, lo confesamos, á consumir esta profanación, cuando nuestro amigo Garza volvió la cabeza, y justamente escandalizado, nos advirtió que estaba prohibido tomar algo de lo que encierran aquellos sepulcros. Comprendimos inmediatamente la justicia de dicha prohibición y dejamos en su lugar el hueso que ya habíamos cogido. Agradecemos su oportuna advertencia á nuestro amigo; pero á la verdad sentimos que nos la hubiera hecho, porque nos privó de haber adquirido una reliquia tan bien identificada, que habríamos conservado siempre con veneración.

No muy largo rato anduvimos recorriendo las excavaciones, y después de dar algunas vueltas, cuando acordamos, estábamos colocados en la entrada. Es aquello un laberinto en el cual quien no está práctico y muy práctico en recorrerlo, difícilmente podrá regresar por donde entró.

Este cementerio era llamado *Cæmeterium maius*, no precisamente por ser el más extenso, sino por su antigüedad. La tradición refiere que allí bautizó San Pedro. Lo que sí está averiguado es que su origen se remonta á los primeros tiempos del Cristianismo, como lo revelan el estilo de las inscripciones y los sobrenombres con que son designadas las personas.

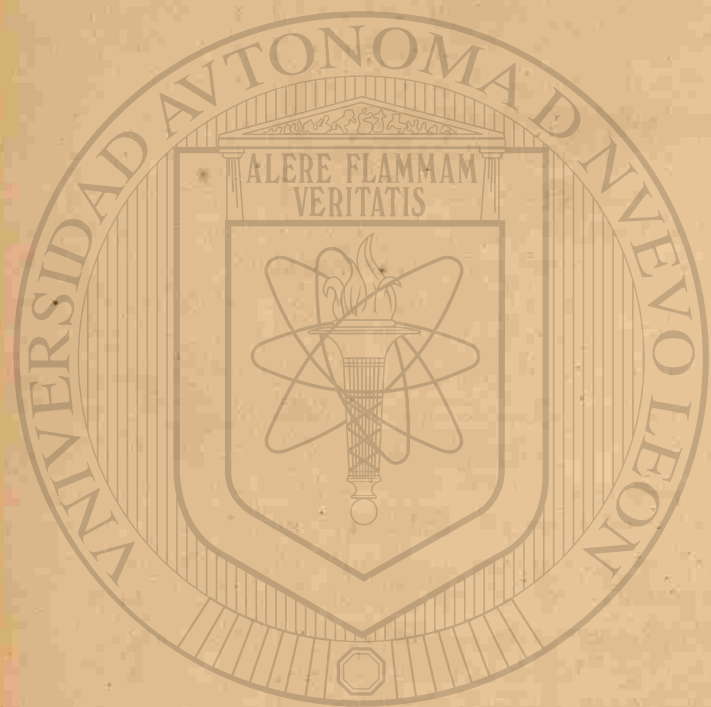
Extrañamente impresionados con la visita de esta Catacumba salimos cabizbajos y pensativos, guiados por el mismo eclesiástico, quien nos condujo á otro pequeño templo cercano al de Santa Inés, venerable también por su remota antigüedad, que alcanza á los tiempos de Constantino el Grande. Llámase la iglesia, de Santa Constancia, y se cree haber sido edificada por dicho emperador para hacer bautizar á las dos Constancias, su hermana y su hija. Un sarcófago de pórfido que depositaba las cenizas de Santa Constancia y existía en dicho templo, y fué trasladado al Vaticano, es una prueba de que la iglesia estuvo destinada para servir de tumba á la familia de Constantino. La forma del templo es la de una be



VISTA DE LA PLAZA DE MONTE CABALLO
Y PALACIO DEL QUIRINAL.

LIT. G. MONTAURIOL MÉXICO.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

lla rotonda de 22 metros de diámetro, adornada con 24 columnas apareadas que sostienen la cúpula, cuya altura excede con mucho al diámetro de la nave central. Circunda ésta otra nave concéntrica cerrada con gruesos muros, en los cuales se abren grandes ventanas parabólicas. En el centro de la rotonda está colocado el altar que contiene entre otras reliquias las de la Santa titular. Son curiosísimos los mosaicos que adornan las paredes, y pertenecen á una época muy remota de extremada decadencia. La parte exterior del edificio estuvo rodeada de un corredor, del cual apenas quedan vestigios. No lejos de esta iglesia existen unos muros de construcción antigua que se remontan al siglo VII; forman un recinto oblongo que se creyó por algunos era el Hipódromo de Constantino; pero parece fuera de duda que no era sino el cercado del cementerio de Santa Inés.

De regreso de nuestra expedición, volvimos á entrar por la puerta Pía, y siguiendo la dirección de la calle *Venti Settembre*, llegamos á la magnífica encrucijada de las cuatro fuentes, que da principio a la *Vía Quattro Fontane*. Cuatro soberbias fachadas de simétrica arquitectura, que tienen cada una en el centro un nicho con una estatua colosal de pórfido, forman el respaldo de las muy elegantes fuentes. Esta encrucijada puede considerarse como el principio de la subida al Monte Quirinal, donde se halla la plaza llamada de *Monte Cavallo*, en la cual está edificado el antiguo palacio de verano de los Pontífices, hoy residencia del rey Humberto I. Continuando nuestro camino por la prolongación de la avenida *Venti Settembre*, nos hallamos á poco andar en frente del grandioso monumento, formado con el obelisco que adornaba el mausoleo de Augusto y los dos grupos colosales de Castor y Pólux, deteniendo unos briosos caballos. Sixto V hizo colocar en el sitio en que hoy se hallan, las estatuas, y Pío VI mandó erigir el obelisco en el centro del monumento. Pío VII lo enriqueció instalando allí, para formar una hermosa fuente, la gran taza de granito oriental de 24 metros de circunferencia, que fué encontrada en el *Forum Romanum*.

Obras maestras de escultura son considerados los grupos

y su origen es evidentemente griego, aun cuando se ha dudado que sean de Phidias y Praxíteles, como dicen las inscripciones latinas esculpidas en los pedestales. Se cree que estas inscripciones no son anteriores á la época de Constantino, y nada prueban acerca de la autenticidad de unas estatuas que, á juicio de los anticuarios, datan de setecientos años antes de la época en que Constantino las mandó colocar en sus termas. Pero sea cual haya sido el origen de los grupos, no se puede dudar de su gran mérito, ora se considere la regularidad en las proporciones de los hombres y de los caballos, ora la sublimidad del estilo y la delicadeza del trabajo.

Vuelta la espalda al célebre monumento, se tiene delante la fachada principal del palacio. Comenzado á construir por disposición de Gregorio XIII, fué continuada la obra por Sixto V y por Clemente VIII, quienes encargaron de la dirección á Domingo Fontana. Paulo V encomendó la ornamentación á Carlos Maderno, y otros muchos Pontífices prosiguieron mejorando el edificio hasta Pío VII, que lo embelleció al estado en que se lo encontró Víctor Manuel II. Peregrinos católicos, no quisimos solicitar permiso para visitar la residencia del soberano que se llama rey en Roma, cuando nuestros principios religiosos no nos permiten reconocer otro rey en la Ciudad Eterna fuera del Papa. Aun cuando teníamos gran deseo de penetrar en el interior del palacio, resistimos á esa especie de tentación, y tomando la ruta de la Vía Nacional, nos encaminamos á la plaza en donde se hallan los magníficos restos del Foro Trajano.

Este admirable Foro se componía de una gran plaza en la que se elevaban soberbios edificios, cuya construcción fué dirigida por el célebre Apolodoro de Damasco, á quien Trajano encargó la obra cuando volvió triunfante de la guerra con los dacios. Lo que la historia y los monumentos nos han dado á conocer de este foro, evidencia que su magnificencia sobrepujaba á todo lo que antes se había visto. Imagínese el lector una inmensa plaza de trescientos setenta metros de largo por setenta de ancho, cercada de soberbios edificios, en

los cuales los arcos y las columnas, los frisos y las cornisas, las molduras y bajo-relieves, presentaban un conjunto de la más bella y suntuosa arquitectura greco-romana; los mármoles y los mosaicos revistiendo las paredes y los pavimentos; los bronceos dorados formando los capiteles y los rosetones y las estatuas. Nada más bello, nada más artístico, nada más suntuoso llegó á verse en Roma en aquella memorable época. Un magnífico arco de triunfo servía de entrada principal á esa reunión de construcciones, de las cuales la más extensa era lo que se llamaba propiamente el foro; un gran patio cuadrangular cerrado con elegantísimos pórticos, formados con dobles hileras de marmóreas columnas; en la parte exterior de las paredes laterales, dos hemicielos de muy hermosa apariencia. En la extremidad del patio, frontera al arco de triunfo, la basílica *Ulpia* con sus cien columnas, y sus dos bellos hemicielos, y su magnífico pórtico, en cuyo centro se erguía majestuosa la gran columna que todavía se conserva en pie y en toda su integridad. A los lados de este pórtico los departamentos de la Biblioteca, y en frente el famoso templo consagrado á Trajano.

En la plaza de Roma á donde conducen hoy la Vía Nacional y la Vía Alejandrina, admíranse muchos de los grandes vestigios del espléndido foro. Las columnas de una parte de la basílica *Ulpia*, y algunas del pórtico, y multitud de fragmentos de cornisas, de frisos, de capiteles, y de estatuas, forman dentro del perímetro cercado de dicha plaza, como á tres metros bajo el nivel del piso actual de la ciudad, un gran museo al aire libre, que manifiesta la grandiosidad y riqueza de aquellas construcciones con que inmortalizó Apolodoro su nombre y el del emperador Trajano.

En medio de los preciosísimos restos de aquellos edificios, sobresaliendo á muchas de las más elevadas construcciones modernas, levántase majestuosa la más bella columna que de la antigüedad nos queda; uno de los monumentos más admirables que nos legara Roma de la época de su mayor prosperidad, el único que se conserva íntegro, sin haber sufrido deterioro en el transcurso de los siglos. Más de diez y

ocho centurias han pasado sobre ese incomparable monumento, y todavía leemos distintamente en sus bellas esculturas la historia de uno de los hombres más eminentes del paganismo, y todavía nos recreamos con la lectura del más sublime poema heroico que haya escrito el cincel sobre la piedra. Dos mil quinientas figuras humanas esculpidas en el mármol, están pregonando todavía la fama de uno de los grandes capitanes de la tierra, el esplendor y grandeza de uno de los soberanos de Roma pagana, y la magnificencia y poder de esa misma Roma en su estado de mayor apogeo.

Curiosos datos pudimos proporcionarnos acerca de este grandioso monumento. La columna es de orden dórico formada con treinta y cuatro *blocs* de mármol blanco de Carrara, colocados uno sobre otro sin argamasa, y asegurados con grapas de bronce. El gran pedestal está compuesto de ocho piedras, y el capitel y la base de una sola. La altura total del monumento desde el suelo hasta la cabeza de la estatua es de 42m. 40c., correspondiendo 4m. 50c. al gran pedestal, 28m. 90c. á la columna con el capitel y la base, 4m. 50c. al pedestal de la estatua y 3m. 54c. á esta última. El diámetro inferior de la columna es de 3m. 41c. y el superior de 3m. 21c.

El exterior está cincelado desde el pedestal hasta el capitel. La ornamentación del pedestal se compone de trofeos militares en que figuran corazas, cascos, águilas; todo admirablemente esculpido y de una composición excelente. En el fuste de la columna están representadas las dos campañas de Trajano contra Decéballo, rey de los dacios: dos mil quinientas figuras de hombres, todas diferentes; infinidad de caballos, de armas, de máquinas de guerra, de enseñas y trofeos militares, forman una variedad asombrosa de objetos esculpidos con maravilloso arte, en una gran cinta, que separada por un cordón en espiral, da veintitrés vueltas á la columna de abajo para arriba. Estos bajo-relieves han sido calificados obra maestra de escultura, y han servido de modelo á los grandes artistas como Rafael, Julio Romano, Polidoro de Caravaggio y otros muchos.

La columna está hueca por el interior. La puerta que se abre en el gran pedestal, da entrada á una escalera de 182 gradas que alumbran 43 ventanillas. Arriba del capitel hay una plataforma cercada con un barandal de fierro, sobre la cual se levanta el pedestal en que descansa la estatua que antes fué de Trajano y hoy es de San Pedro, en bronce dorado, y la hizo colocar el Sumo Pontífice Sixto V.

Cuando al recorrer la Ciudad de Roma, pasa el viajero enfrente de alguna iglesia, no debe seguir adelante sin entrar en ella, porque se expone á quedar privado de ver alguna maravilla del arte, algún objeto histórico de importancia, ó alguna insigne reliquia. Nosotros habíamos pasado varias veces frente á la iglesia de los Santos Apóstoles, que se halla distante una calle del Foro Trajano, y sin antecedentes de lo que contenía, seguíamos nuestro camino sin detenernos á visitarla. ¡Cuánto nos habría dolido esta omisión si un officioso guía no nos hubiese invitado á entrar en aquel templo!

La iglesia de los Santos Apóstoles pasa por ser una de las que fueron erigidas en tiempo de Constantino. Probablemente no queda de la primitiva construcción otra cosa que el sitio en que fué edificada; porque bajo el pontificado de Martín V se la reedificó en totalidad, y en el siglo pasado fué reconstruida nuevamente. Su aspecto, por lo mismo, así en el exterior como en el interior, es de una iglesia moderna; mas no por eso deja de llamar la atención del visitante.

La fachada principal ostenta un pórtico de buen estilo y en él se admira un hermoso monumento sepulcral del cincel de Cánova: allí descansan los restos del famoso grabador veneciano Juan Valpato. Es muy notable el bajo-relieve que lo adorna, y representa á la Amistad en la figura de una mujer llorando sobre la tumba del difunto. El interior de la iglesia es de tres naves divididas por pilastras corintias que sostienen la bóveda, la cual está decorada con un fresco de muy bella ejecución, representando el triunfo de la Orden Seráfica, y otras buenas pinturas, como las de los Evangelistas y las de los cuatro Doctores de la Iglesia: todas son ori-

ginales de Baciccio. En las paredes merecen estudiarse los doce Apóstoles que se hallan pintados en las laterales, y un San Juan Bautista y un San Francisco que se ven sobre el muro de la entrada.

En el altar mayor hay un buen cuadro de Muratori, que representa el martirio de los Santos Felipe y Santiago. A los lados del presbiterio son dignas de verse dos tumbas que llaman la atención por la elegancia de los detalles y por el buen estilo de la cinceladura; la de la derecha, que es del Cardenal Riario, fué dirigida por Miguel Angel; con lo cual, ya está dicho, que figura entre las grandes obras del arte.

Una joya de gran estimación posee la iglesia de los Santos Apóstoles y bastaría por sí sola para hacer interesante la visita á la expresada iglesia. Un joven arquitecto, apenas salido de la Academia, descubría ya las dotes de un gran artista en la escultura. Tratábase de levantar un monumento digno á la memoria del célebre Pontífice Clemente XIV. El trabajo fué encomendado á ese genio en ciernes, y la obra fué ejecutada, y apareció á poco tiempo en los Santos Apóstoles una de las más bellas tumbas que se han erigido en Roma en la edad moderna, y el nombre de Antonio Cánova resonó en los ecos de la fama, y la ciudad de los Papas celebró con aplauso la aparición de un genio que más tarde habría de figurar dignamente al lado de los primeros artistas del renacimiento. Cánova dió á conocer sus maravillosas aptitudes para la escultura en esa magnífica estatua de Clemente XIV que supera el monumento y en las otras dos que representan la Templanza y la Clemencia. Es admirable la armonía de sentimientos que se revela en este grupo interesante: las dos virtudes que simbolizan dos hermosas mujeres, refléjanse en el semblante del Pontífice, que además deja entrever ciertos rasgos de energía de carácter, cualidad de que dió alguna terrible prueba durante su corto reinado.

Junto á la iglesia de los Santos Apóstoles hay un edificio de grandioso aspecto por sus proporciones, si bien su arquitectura exterior no puede recomendarse como un modelo. Es

necesario entrar en él, porque encierra en su interior objetos de gran mérito artístico: es el palacio Colonna.

La familia de los Colonna es una de las más antiguas, de las más ilustres y de las más opulentas de Italia. Tiene para nosotros la mancha de haber sido una de las que durante ocho siglos lucharon contra los Papas en aquellos tiempos luctuosos en que la nobleza romana pretendía imponerse al Papado y llegó á sobreponerse más de una vez al poder de los Pontífices. La familia Colonna, sin embargo, cuenta en su genealogía centenares de personajes históricos, entre los cuales hubo un Papa, Martín V, varios Cardenales, condestables, almirantes, famosos capitanes, entre otros Marco Antonio, que compartió con D. Juan de Austria la gloria de Lepanto; escritores ilustres, y una mujer célebre, más por sus virtudes que por sus poesías, Victoria Colonna.

Desde que se entra en este palacio se reconoce que es la residencia de una familia de príncipes, viendo brillar en la vasta antecámara que precede á las salas de aparato, las armas de la casa debajo de un elegante pabellón. La pieza de honor de este blasón es una columna, en italiano *colonna*, signo de fuerza y de estabilidad. Muy estimables cuadros y estatuas, aunque los más de orden secundario, adornan las salas de recepción y la soberbia galería, cuyo edificio es por su arquitectura el primero en elegancia y magnificencia en los palacios de Roma.

La primera pieza es un hermoso salón ricamente amueblado y cubierto de damasco de seda recamado de flores. La pintura que llama desde luego la atención en esta sala es el retrato de un niño, de Juan *di Santi*, padre de Rafael. El niño representa unos diez años; tiene en la cabeza una gorra pequeña que deja ver sus hermosos cabellos blondos. Está vestido de terciopelo amaranto y lleva en el cuello una pequeña trenza del mismo color. De mejor colorido y más fino que las pinturas de Rafael, este cuadro es sumamente curioso. Aunque menos conocido el padre que lo fué el hijo, no puede dudarse que tuvo un sentimiento muy elevado del arte.

No son menos estimables un hermosísimo bosquejo de Ru-

bens, la partida de Jacob, y un retrato de María M. Colonna, de Gaspar Netscher, quien modeló la cara con mucho arte y tocó las ropas con esa finura, con esa riqueza en los detalles y con esa cariñosa ejecución que sólo pertenece á las escuelas del Norte.

Dos cuadros de Van Dyck, la Virgen de los siete dolores y la de los siete gozos, nos hacen remontar al origen de la pintura al óleo, cuya invención se atribuye al maestro. No es solamente la intensidad del colorido, su conservación y su belleza lo que debe admirarse en estos cuadros; es el tipo de las figuras, la ingenuidad del sentimiento, la gracia y la expresión.

Asunto muy repetido en las galerías de Roma es el de la Sagrada Familia, porque durante más de tres siglos fué objeto de predilección para los pintores italianos. Entre las pinturas de éstas que hay en el palacio Colonna, se distinguen tres principalmente: una de Pesaro, gracioso discípulo y rival del Guido, otra de Inocencio de Scuola, imitador de Rafael, y la tercera de un artista de genio, el Parmesano.

Hubo en Roma un pintor que fué reputado como especialidad para las representaciones de la Santísima Virgen; se llamaba Sasso Ferrato. Los sacerdotes, las personas devotas y las comunidades religiosas le formaron una reputación inmensa. Sasso Ferrato fué en Roma el pintor de las Vírgenes. Sus Madonas se parecen mucho: tienen todas los ojos bajos, las manos juntas y un aire de modestia y una expresión de pureza que no ha sabido imitar ningún otro pintor. En la segunda sala de la galería Colonna hay una de estas vírgenes. Está en busto y sola; es decir no tiene al Niño en los brazos. El dibujo es correcto, el colorido agradable y las manos principalmente son de una perfección extremada.

Hállase adornado este salón con magníficas tapicerías flamencas, representando unas la historia de Moisés, hechas en Bruselas sobre dibujos de Rubens; otras ejecutadas en París, son relativas á varios asuntos de la historia romana. Unas y otras son de gran mérito y valiosísimas.

Entre los cuadros más notables de la sala mencionaremos

un Cristo muerto, de Bassán, algunos soberbios retratos de la escuela veneciana, como el del P. Panvini, por Ticiano, el de un viejo que toca el clave, por Tintoretto, y el de Lorenzo Colonna, de autor desconocido, y una Sagrada Familia de París Bordone.

De esta cámara se pasa á la tercera, que es como el vestíbulo de la gran Galería. Está adornada con muebles de una riqueza incomparable, entre los cuales hay unas mesas de madera tallada con tal perfección, que no puede imaginarse un trabajo superior, y un escritorio de ébano macizo, adornado con veintiocho bajo-relieves de marfil, ejecutados con una paciencia, con una finura y con un arte admirables, por los hermanos Steinhart, alemanes: en el centro del mueble uno de los bajo-relieves, representa el Juicio final, copia del de Miguel Angel; los demás son reproducciones de los más célebres cuadros de Rafael. Treinta años emplearon los autores en acabar este prodigioso mueble, tal vez único en el mundo.

Extasiado el visitante contemplando esta maravillosa obra de arte, hasta olvidaría fijarse en un cuadro encantador, la partida de caza, de Berghem, en los hermosos paisajes de Guaspere, en unas ruinas del palacio de César, cuadro luminoso, animado con figuras rústicas, y en un magnífico cielo raso, lleno de alegorías relativas á la batalla de Lepanto, ejecutado por Juan Coli y Felipe Gherardi, quienes mezclando el estilo lombardo á la ejecución veneciana balancearon en Italia la gloria de Pedro de Cortona.

Difícilmente se puede formar idea de la magnificencia de la gran Galería, sin verla. No es posible describir sus bellezas, y á juicio de los inteligentes no hay cosa igual en Roma y acaso ni en Europa. Alumbrada por veinte tragaluces; decorada su magnífica bóveda con frescos bellísimos que representan la batalla de Lepanto, revestido el pavimento con exquisitos mármoles de color, la Galería mide setenta metros de largo por doce de ancho y diez de altura. Veinte estatuas antiguas de singular belleza, cuatro inmensos espejos de Venecia sobre los cuales pintaron genios y flores los eminentes

tes artistas Carlos Maratta y Mario de Fiori, otros muchos espejos y pantallas venecianas de gran mérito, elegantes trofeos de armas en estuco dorado, cuatro mesas de alabastro oriental de una riqueza inaudita, y veintiocho cuadros de buenos autores, forman los principales adornos de esta sala, que ostenta además cuatro magníficas columnas acanaladas de amarillo antiguo, sobre las cuales descansan los arcos de las extremidades de la Galería.

Entre los cuadros notables atrae poderosamente las miradas un Caravaggio, cuyo asunto es un *bebedor* teniendo la copa en la mano izquierda y un frasco en la derecha. Sentado se halla sobre tosca silla de pino, junto á una mesa cubierta con un mantel, sobre la cual están en perfecto relieve apetitosos manjares dignos de ser rociados en abundancia con exquisitos vinos. Como se puede observar, el asunto no llamaría la atención si obra fuese de un pintor vulgar; pero cuando un maestro de la fuerza del Caravaggio toma el pincel, los más triviales asuntos y las más vulgares figuras adquieren una singular importancia, nos imponen admiración y hasta nos sorprenden.

No se olvidaron de sí mismos los Colonna en la decoración de su palacio. Demás de los frescos que celebran su gloria en las paredes y en las bóvedas, la gran Galería está llena de retratos que representan miembros ilustres de la familia. Allí están Federico Colonna, virrey de Aragón, por Justo Suteriani; Carlos Colonna, duque de Marsi, pintado por Van Dyck, á caballo y con el uniforme de general de los ejércitos de Flandes. Allí se ven igualmente los retratos del Cardenal Pompeyo, de Esteban Colonna, de Marco Antonio, llamado el Vencedor, éste último pintado por Gaetano; de Victoria Colonna, la poetisa, por Muzziano, y el de Lucrecia Tomacelli Colonna, por Van Dyck.

Recientemente se ha enriquecido la colección del Palacio con un extenso departamento de pinturas modernas, de grabados, de cromos; entre cuyos objetos no escasean las obras de bello estilo y algunas de mérito artístico.

Comunicando con el palacio hay un hermoso jardín en

el cual tuvimos el gusto de pasearnos, recreando la vista con muchas de las producciones de nuestro suelo. Allí florece la rosa á la sombra de los laureles y de los cipreses de constante primavera. Allí nos fué mostrado un pino gigantesco que se asegura fué plantado en el siglo XIV, y á pesar de sus quinientos años se conserva erguido, lozano y en todo su verdor.

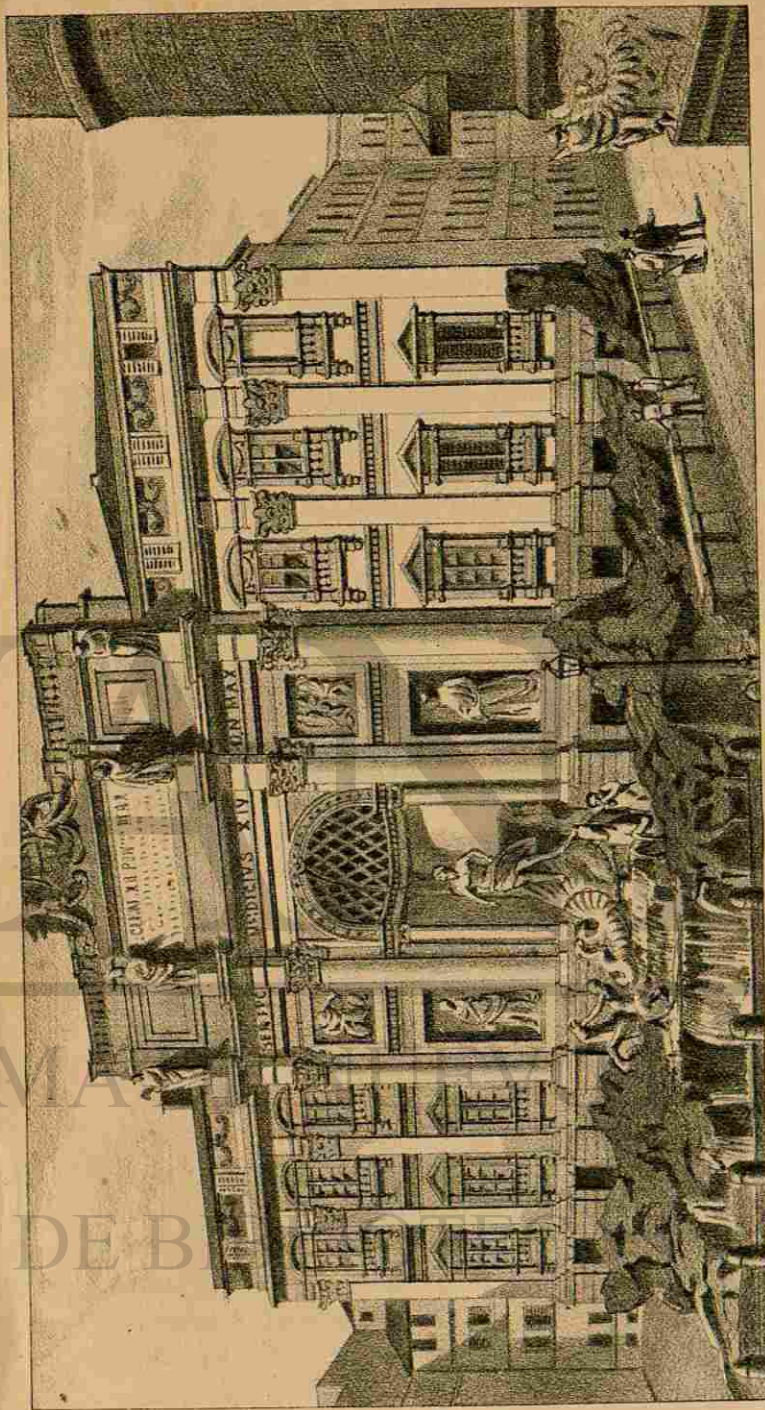
Roma, la ciudad de los grandes recuerdos históricos, es llamada generalmente la ciudad de las iglesias; nosotros la llamaríamos también la ciudad de las fuentes. Ya hemos dicho en el anterior capítulo que ella disfruta de las mejores aguas y no hay acaso otra ciudad en el mundo que las posea en mayor abundancia. Dijimos también que no hay ciudad que tenga monumentales fuentes de la importancia de las que se han construido en Roma. Describimos la del *Acqua Felice*, y acaso el lector no podría imaginarse que hubiese un monumento de esa clase de mayor magnificencia. Deberá quedarse pasmado cuando le digamos que hay otra fuente que sobrepasa con mucho en grandiosidad y en elegancia á la que allí dejamos descrita, y la excede muchísimo en la riqueza de ornamentación y en la fabulosa cantidad de sus aguas. Esa fuente es la de *Trevi*; conduce el agua que se llama *Vergine*; es á las otras de su género lo que San Pedro á las demás iglesias de Roma, y hace saltar una cantidad de agua que por sí sola bastaría para el consumo de la ciudad. No es fuente, es un inmenso edificio de sorprendente apariencia, que podría servir de fachada al palacio de un gran monarca; no es fuente, es una inmensa cascada que podría inundar en pocas horas todo el espacio de tierra que ocupa la Ciudad Eterna, si estuviera situada ésta en un plano horizontal. Si no hubiese en Roma otro edificio notable fuera de la fuente de Trevi, nos decía un amigo ilustrado que ha recorrido toda la Europa, debería emprenderse el viaje desde América, sólo por visitar este grandioso monumento. Grandioso es á la verdad en sus proporciones, en su ornamentación, y principalmente en su representación simbólica. Es el arco triunfal de extraordinaria magnificencia que abre paso al poderoso Océano, que cetro en mano y en soberbia cruzada de

nácar es conducido por dos arrogantes caballos apenas contenidos por colosales tritones, y va á dar un paseo por la ciudad inundándola con los torrentes que se desbordan de su maravilloso carro: el gran caudal de aguas, buscando su nivel, se extiende en risueños arroyos por las sinuosidades del terreno y desciende en caprichosos saltos entre las quiebras de las rocas, produciendo un agradable estruendo que conmueve dulcemente el ánimo, haciendo brillar en los ojos de los circunstantes la más arrebatadora alegría.

Merece ser conocida la historia de esta agua y de esta fuente, sin hipérbole maravillosa.

El agua *Vergine* es la misma que Agripa, yerno de Augusto, hizo conducir á Roma treinta años antes de la Era cristiana, para surtir las termas que llevaban el nombre del emperador. Llamóse *Vergine*, que se traduce, Virgen, porque fué descubierta á unos soldados sedientos por una doncella joven. Nace á catorce millas de la ciudad y corre por un acueducto subterráneo que hicieron restaurar Claudio y Trajano, y reparó en el siglo XVI el Sumo Pontífice Paulo IV. Después de regar la magnífica Villa Borghèse, llega á la ciudad, abajo de la Trinidad del Monte, en donde se divide en dos brazos, uno que corre en dirección de la Vía *Condotti*, y otro que se extiende hasta la fuente de *Trevi*, que lleva este nombre, porque cuando Paulo IV la hizo construir, tenía tres bocas que se nombraban *Trivio*, de donde se deriva la denominación actual. El Papa Urbano VIII cambió el plan de la primitiva construcción, haciendo erigir una fachada muy sencilla. Clemente XII fué quien á mediados del siglo pasado le cambió la forma, dándole el aspecto de magnificencia que hoy tiene, decorándola más tarde con las estatuas de mármol que la enriquecen.

Nuestra lámina la representa en su estado actual. Sobre un sólido sub-basamento de granito se levanta la soberbia fachada de travertino, adornada en los lados con seis pilastras corintias y en el cuerpo central con cuatro gruesas columnas del mismo orden. Entre las pilastras de los lados hay dos órdenes de ventanas con muy elegantes decoraciones y ba-



FUENTE DE TREVI.

laustrados: en los intercolumnios del centro, grandes nichos de forma rectangular oblonga, ostentan bellas figuras de mujer, que simbolizan la Salubridad y la Abundancia, las dos principales circunstancias que reúne el agua *Vergine*. Arriba de estos nichos, dos magníficos bajo-relieves representan uno á Marcos Agripa ordenando la construcción del acueducto, y otro á la joven que descubrió el agua. En medio del cuerpo central, en un gran nicho suntuosamente decorado, se ve la colosal estatua del Océano que describimos arriba, de pie sobre un carro formado con grandes conchas, de donde se derrama el agua en fabulosa abundancia, y después de hacer varios saltos y caídas entre las rocas va á depositarse en una gran taza de mármol, de donde desaparece como por encanto por ocultos canales subterráneos. Sobre las columnas del cuerpo principal se destaca un elegante entablamento que sustenta un ático muy bello coronando el escudo de armas de Clemente XII: delante del ático y sobre pedestales que descansan en la cornisa, cuatro gigantescas estatuas de mármol simbolizan la abundancia de las flores, la fertilidad de los campos, las riquezas del otoño y las delicias de las praderas. . . .

Conocida es la historia del israelita M. de Ratisbona, cuya ruidosa conversión en 1842 fué atribuida á una aparición milagrosa de la Santísima Virgen. La imagen venerable en la cual se obró el prodigio, recibe culto especial en la iglesia de San Andrés *Delle Fratte* no distante del sitio en que se halla la fuente de Trevi. Entraremos á visitarla.

Los cetos ó vallados, en italiano *fratte*, que cercaban en un tiempo las viñas y jardines que cubrían los terrenos cercanos al sitio en que esta iglesia fué edificada, dieron origen al sobrenombre con el cual se distingue de otra iglesia de la misma advocación. Su arquitectura exterior es de buen estilo moderno, llamando la atención la cúpula, obra notable de Borromini, y el campanario, bizarra construcción del mismo arquitecto, que oscila visiblemente cuando suenan las campanas.

El interior de la iglesia es de cruz latina; las paredes y bóvedas están decoradas con frescos y estucos; y el pavimento cubierto con mármoles de colores. Entre las capillas de los

lados, la primera es la de San Francisco de Paula, y se distingue por su magnífica ornamentación de mármoles y bronce. En una de las capillas á la derecha venérase la imagen de la Santísima Virgen representada en el misterio de la Concepción; fué la misma que vió animada Ratisbona al obrarse su conversión al Catolicismo. La celebridad de esta imagen reconoce por origen no sólo éste sino muchos otros prodigios que refiere la tradición de los devotos. Es original del Caballero Carta. En el altar mayor el Santo titular es obra de Baldi; los dos ángeles de la balaustrada del presbiterio fueron ejecutados por el Bernini.

En esta iglesia hay varias tumbas de artistas célebres: nos detuvimos delante de la que encierra los restos de Angélica Kauffman, inspirada pintora alemana, y en la sacristía nos llamó la atención el sepulcro de Lorenzo, príncipe de Marruecos, nieto del soberano de aquel país, que habiendo abjurado el Islamismo fué bautizado en Roma en el año 1753 por el Papa Clemente XII.

CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO.

Los palacios de Roma.—El palacio Barberini.—El Colegio de *Propaganda Fides*.—La Plaza de España.—La Columna de la Purísima Concepción.—Santa Trinidad de los Montes.—La Academia de Francia.—El Paseo del Pincio.—La Villa Borghese.

LA mayor parte de las familias nobles de Roma que habitan en grandes palacios, cuentan entre sus miembros alguno ó algunos de los Sumos Pontífices que han reinado como soberanos en tiempos anteriores. Habiéndose distinguido el mayor número de estos soberanos por una protección decidida en favor de las bellas artes, no parece extraño que en los palacios que les pertenecieron ó fueron erigidos por sus deudos, se hayan coleccionado preciosos objetos, los cuales forman actualmente la principal riqueza de esas familias, que han constituido en una venerable vinculación esos tesoros de joyas artísticas que les fueron legados por sus mayores. Laudable costumbre esa de conservar en la familia sin enagenar los palacios en que vivieron nuestros padres de muchas generaciones atrás, los muebles que usaron, las obras de arte que formaban su encanto ó eran objeto de su estudio, las bibliotecas en que adquirieron la ciencia. A esta costumbre debe Roma la existencia de tantas casas seculares, admiración de los viajeros; de tantas galerías, escuela de los artistas; de tantas bibliotecas, fuente de saber para los eruditos. Día llegará, tal vez no muy distante, en que las teorías económicas modernas que han invadido el sagrado de la familia, llegarán á ponerse en práctica por la nobleza romana, y la codicia y

lados, la primera es la de San Francisco de Paula, y se distingue por su magnífica ornamentación de mármoles y bronces. En una de las capillas á la derecha venérase la imagen de la Santísima Virgen representada en el misterio de la Concepción; fué la misma que vió animada Ratisbona al obrarse su conversión al Catolicismo. La celebridad de esta imagen reconoce por origen no sólo éste sino muchos otros prodigios que refiere la tradición de los devotos. Es original del Caballero Carta. En el altar mayor el Santo titular es obra de Baldi; los dos ángeles de la balaustrada del presbiterio fueron ejecutados por el Bernini.

En esta iglesia hay varias tumbas de artistas célebres: nos detuvimos delante de la que encierra los restos de Angélica Kauffman, inspirada pintora alemana, y en la sacristía nos llamó la atención el sepulcro de Lorenzo, príncipe de Marruecos, nieto del soberano de aquel país, que habiendo abjurado el Islamismo fué bautizado en Roma en el año 1753 por el Papa Clemente XII.

CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO.

Los palacios de Roma.—El palacio Barberini.—El Colegio de *Propaganda Fides*.—La Plaza de España.—La Columna de la Purísima Concepción.—Santa Trinidad de los Montes.—La Academia de Francia.—El Paseo del Pincio.—La Villa Borghese.

LA mayor parte de las familias nobles de Roma que habitan en grandes palacios, cuentan entre sus miembros alguno ó algunos de los Sumos Pontífices que han reinado como soberanos en tiempos anteriores. Habiéndose distinguido el mayor número de estos soberanos por una protección decidida en favor de las bellas artes, no parece extraño que en los palacios que les pertenecieron ó fueron erigidos por sus deudos, se hayan coleccionado preciosos objetos, los cuales forman actualmente la principal riqueza de esas familias, que han constituido en una venerable vinculación esos tesoros de joyas artísticas que les fueron legados por sus mayores. Laudable costumbre esa de conservar en la familia sin enagenar los palacios en que vivieron nuestros padres de muchas generaciones atrás, los muebles que usaron, las obras de arte que formaban su encanto ó eran objeto de su estudio, las bibliotecas en que adquirieron la ciencia. A esta costumbre debe Roma la existencia de tantas casas seculares, admiración de los viajeros; de tantas galerías, escuela de los artistas; de tantas bibliotecas, fuente de saber para los eruditos. Día llegará, tal vez no muy distante, en que las teorías económicas modernas que han invadido el sagrado de la familia, llegarán á ponerse en práctica por la nobleza romana, y la codicia y

la sórdida especulación hará dispersar por el mundo esas inmensas riquezas acumuladas en los palacios de Roma, quitando á la gran Ciudad una parte no despreciable del atractivo que tiene para el viajero.

Pensando así estábamos al contemplar la soberbia fachada del palacio Barberini, que habíamos visto de paso en otras muchas ocasiones y ahora nos tocaba visitar.

La nobleza de la familia data de la exaltación al Pontificado del Cardenal Maffeo Barberini, que fué Papa con el nombre de Urbano VIII, en el primer tercio del siglo XVII. Durante el reinado de este Pontífice, Carlos Maderno comenzó la construcción del edificio que continuó Borromini, su discípulo, y acabó el Bernini. Obra de tres grandes ingenios este palacio, ya se deja entender que su arquitectura y su magnificencia tiene pocos rivales en la ciudad de los palacios. ¡Lástima que para su construcción se hubiesen tomado los materiales del Colosseo, contribuyendo así á la obra de devastación que nos ha dejado ese gran monumento de la antigüedad en el lamentable estado de deterioro en que se encuentra! No sin razón fueron calificados de más bárbaros que los mismos bárbaros esos príncipes Barberini.

La fachada principal del palacio se compone de dos elegantes pabellones unidos por una magnífica reja que se extiende delante del cuerpo central del edificio. Los pabellones decorados sobriamente con pilastras corintias y con bellas columnas dóricas y jónicas, dejan triunfar el cuerpo de en medio que se alza en tres pisos, con ventanas adornadas artísticamente. Un pórtico sirve de vestíbulo, y ofrece la particularidad arquitectónica de que los arcos se van reduciendo al interior para ofrecer á la vista una doble perspectiva de muy buen efecto.

Pasando del pórtico sorprende al visitante el admirable aspecto de una escalera en espiral, sostenida por elegantes columnas gemelas y cercada de muy bellos balaustrados, produciendo el efecto de una amplia y elevadísima torre de varios pisos circundados de corredores. Esta escalera fué ejecutada según el trazo que dió el Bramante para una igual

que ya existía en el Vaticano. Llama la atención en esta escalera, sus gradas tan anchas que se tiene que dar más de un paso para llevar los pies de una á la otra, y tan bajas que podría sin dificultad subirse por ellas á caballo.

Esta escalera es la que conduce á la galería de los cuadros, que se halla separada de los otros departamentos del palacio, y está en el piso principal. Muchas y bellas pinturas enriquecen esta galería, que se compone de tres salas. En la primera llaman la atención, Adán y Eva por Pomarancio, un pequeño cuadro de Andrés Sacchi en el cual se ve en el fondo de un bosque cerrado á San Antonio resucitando á un muerto; una Santa Cecilia de Lanfranc, una Magdalena de Pomarancio, un retrato del Papa Sixto V, de la escuela del Ticiano, y una magnífica pintura del Guercino que representa á Sophonisbe con la copa de veneno en la mano dándose la muerte.

En la sala siguiente son notables, un retrato de Marco Antonio Barberini por Maratta y otro de Urbano VIII por Andrés Sacchi, unos cuadros de paisaje que se atribuyen á Poussin; Jesús en el huerto de los Olivos, de Correggio, una Virgen con varios santos, de Francisco Francia; una Bacanal por Romanelli, y el retrato de Pomarancio pintado por él mismo.

La tercera sala es la que ostenta las mayores preciosidades.

Allí está la muerte de Germánico, que ha sido reputada como la obra maestra de Nicolás Poussin; allí los admirables paisajes de Claudio Lorrain; allí la Fornarina de Rafael, uno de los cuadros más bellos que pintó el incomparable artista; allí por último una de las mejores obras de Guido Reni, el retrato de la desgraciada Beatriz Cenci.....

Después de haber visitado la galería, saliendo á la escalera espiral, no pudimos resistir al deseo de ascender por ella hasta el piso superior, en donde nos encontramos en una magnífica estancia de bóveda. Este departamento no está abierto para el público. Un paje vestido con librea á la romana se nos presentó saludándonos con amabilidad y cortesía.

—¿Podría yo visitar, le dijimos, este departamento?

—No se abre nunca para el público, nos respondió; pero mientras usted ve las pinturas que adornan esta sala, acabarán de comer los señores, y obtendrá usted permiso de visitar la biblioteca.

Agradecemos su deferencia al doméstico y pasamos al salón, en donde no sentimos que se nos hubiera hecho esperar más de una hora. La bóveda de la sala está cubierta con los mejores frescos de Pedro de Cortona. El asunto de la pintura es el triunfo de la gloria, representado por atributos de la casa Barberini. Está dividida la pintura en cinco secciones. En la del centro se ostentan triunfantes las armas de la familia, llevadas al Cielo por las virtudes delante de la Augusta Majestad de Dios, que se ve acompañada del Tiempo, de la Eternidad y de otras varias representaciones simbólicas. En la segunda sección aparecen la Religión y la Fe personificadas en bellísimas matronas; á sus lados se ven dos alegorías paganas, la de la sensualidad y un Sileno. En el tercer compartimento están representadas la Justicia y la Abundancia, y abajo la Caridad y Hércules matando á las Harpías. La cuarta sección representa á la Iglesia y á la Prudencia, á cuyos pies se ven la fragua de Vulcano y la Paz. En el quinto, Minerva derribando á los Titanes.

En una de las paredes longitudinales del salón, está un magnífico retrato de Urbano VIII y en frente dos grandes cuadros apaisados curiosísimos, que representan procesiones papales al aire libre, ofreciendo numerosos grupos de personajes eclesiásticos y seculares vestidos con los pintorescos trajes y uniformes de los siglos XVI y XVII.

La sala que acabamos de describir sirve de tránsito á diversos departamentos de la casa y al comedor. Pasada una hora que hacía nos hallábamos allí, vimos salir del comedor á los señores de la casa. Primeramente un sacerdote que sería el capellán, después un caballero joven y luego otro de más edad. En seguida se presentó el mayordomo; el paje de servicio le manifestó el objeto que allí nos detenía. El mayordomo se acercó á nosotros, nos saludó cortesmente, y

abriendo una puerta por donde habían desaparecido las personas que se hallaban en el comedor, nos introdujo á una sala y después á otro gabinete, y luego á una cámara y después á otra y otra. Lujosos muebles de antigua construcción, bellos cuadros con elegantísimos marcos, estatuas, jarrones de mármol y de bronce; multitud de objetos que no es posible describir, forman el adorno de los departamentos interiores del palacio. Con la mortificación que causa entrar en las habitaciones de personas á quienes no se conoce, recorriamos con la vista todo aquello sin detenernos demasiado y procurando no fastidiar con repetidas preguntas á nuestro amable *cicerone*. Entretanto avanzaba la tarde y no habíamos llegado á la biblioteca. Díjonos el mayordomo que no tendríamos tiempo de visitarla y nos invitó á que volviésemos otro día. Dándole las gracias por su deferencia, nos retiramos con el propósito de volver, lo que no pudimos realizar. Transmitiremos al lector los informes que acerca de ella habíamos adquirido.

Consta de 60,000 volúmenes de libros impresos y más de 8,000 de códices y manuscritos preciosos. Se nos dijo que entre estos se halla el muy célebre de Sangallo de 1419, que contiene dibujos de monumentos antiguos en el estado en que se conservaban en aquella época. Este interesante manuscrito ha servido para la restauración de algunos edificios de la antigüedad pagana, y para el conocimiento de otros que han desaparecido ó de los que sólo nos quedan vestigios. Hay dos preciosos misales, uno de ellos hecho por Julio Clodio para el Cardenal Ximenes, con curiosas miniaturas, y otro pintado por Ghirlandaio. Existen también varias inscripciones antiquísimas en lápidas de mármol y otra multitud de objetos de la antigüedad.

Desde que el Salvador del mundo confirió á sus apóstoles la misión divina de evangelizar á las naciones, pronunciando aquellas solemnes palabras: "id y predicad el Evangelio á todas las gentes," la Religión cristiana quedó establecida como la religión de la humanidad. Los apóstoles, en desempeño de tan importante misión, se dispersaron por el mundo,

y pocos siglos después la Fe en Jesucristo había sido propagada universalmente y el Evangelio era conocido y practicado en toda la extensión de la tierra. Sabido es que muchas naciones se hicieron indignas de conservar ésta, y en el transcurso de los tiempos fué desapareciendo de muchos pueblos, que abandonados á sí mismos, volvieron á caer en el gentilismo y en la barbarie. África, Asia, y aun América, en donde no puede dudarse ya que fué plantada la Cruz en remotos tiempos (1), cerraron los ojos á la luz y permanecieron casi en totalidad sepultadas en el olvido absoluto de las creencias en que habían sido nutridas en mejores épocas. La civilización cristiana huyó de esas naciones, y ha sido necesario que la conquista primero y la predicación evangélica después, hayan venido paulatinamente á restaurar en parte ese gran edificio que tiene por cimiento el Gólgota. A partir del siglo XVI el ministerio de la evangelización adquirió nueva vida, y los misioneros católicos se abrieron paso entre los infieles, tomando la brecha que abrían los conquistadores, y con la Cruz en la mano llevaban la Fe á las más apartadas regiones. Los hijos de Francisco de Asís y Domingo de Guzmán

(1) No se crea que prohijamos las extrañas opiniones del P. D. Leovardo Teresa de Mier, acerca de la predicación del Evangelio en América por Santo Tomás; ni mucho menos la versión aquella relativa á la Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe en la capa del Apóstol. Los eruditos saben muy bien que no han faltado escritores muy respetables que, fundados en las tradiciones de nuestros aborígenes y en algunos monumentos de fecha muy anterior al descubrimiento de América, han formado la opinión que tenemos nosotros de que los dos Continentes en tiempos remotos se hallaban unidos, y de que los primeros propagandistas del Cristianismo hicieron oír su voz en nuestras regiones de América. Extenderíase en este hemisferio más ó menos la predicación evangélica; pero no creemos aventurada la opinión de que la Cruz fué plantada en esta parte del mundo siglos antes de que fuese descubierta por Cristóbal Colón. Un plano antiquísimo que existe en el Vaticano y tuvimos la satisfacción de examinar en una de nuestras visitas, nos ha confirmado en esta opinión, que acaso algún día podremos formular de una manera definitiva, apoyándonos en documentos incontestables.

Lejos de nosotros la pretensión de disminuir en un ápice la gloria de Cristóbal Colón, cuya memoria veneramos. Sabido es que en el siglo XV era general y defendida por los sabios la opinión de que más allá de las costas de Europa no existía sino el "Mar tenebroso." Era necesario tener una alma como la del célebre Almirante para haberse lanzado como se lanzó á ese Mar; si bien no en busca de tierras desconocidas, sino tratando de hallar el paso á otras regiones de cuya existencia se tenía conocimiento.

y los soldados de Ignacio de Loyola, obedeciendo á una muy hábil organización é inspirados de un celo verdaderamente apostólico, llevaron triunfante el Lábaro sagrado, alcanzando con la palabra lo que las armas por sí solas no hubieran conseguido; extender hasta los confines del mundo una religión eminentemente civilizadora, que cambió el modo de ser de los pueblos, desterrando con la idolatría la más estúpida y sangrienta barbarie.

A Roma como centro y cabeza de la Cristiandad, tocaba dirigir este movimiento regenerador, y á ese fin dictaba las providencias y ordenamientos que creía convenientes, y á ese fin de mucho tiempo atrás se hallaba establecida una Congregación de Cardenales, cuyo único objeto ha sido organizar y favorecer los importantes trabajos de las misiones.

Las dificultades que ofrecían á los misioneros la diversidad de idiomas y la desconfianza que es natural engendre en los países salvajes la presencia de los extranjeros, vino á indicar la conveniencia de establecer una escuela de evangelización formada con individuos de las diversas razas que pueblan la tierra, para crear obreros á quienes fuese menos dificultosa la tarea del apostolado y ejerciesen ésta con mejor éxito entre sus mismos compatriotas.

Obedeciendo á esta conveniencia, Gregorio XV tuvo la feliz inspiración de crear el Colegio de *Propaganda Fides*, la institución más importante acaso y de mayor trascendencia para la obra de civilización encomendada á los Sumos Pontífices. Urbano VIII completó la gloriosa empresa de su antecesor, y desde principios del siglo XVII quedó fundado en Roma este gran Seminario de Propaganda, cuyo edificio, grandioso como la institución á que sirve, fué comenzado por el Bernini y lo acabó Borromini. Hállase situado en la plaza de España y merece ser visitado, menos como un soberbio monumento de arquitectura, que como el establecimiento más interesante de enseñanza que se haya fundado en el mundo. En este colegio son admitidos jóvenes de todas las naciones infieles y herejes, para recibir una educación religiosa y una sabia

enseñanza, con el objeto de ir á servir después á las misiones católicas de sus respectivos países.

Figúrese el lector una reunión de jóvenes de distintas razas, que se marcan por el color, la configuración y el idioma, obediendo á un solo reglamento y á una sola disciplina; creyendo en el mismo Dios, recibiendo idéntica educación é inspirándose en los mismos sentimientos. La raza caucásica fraternizando con la etiópica, la mongola y la malaya; el inglés de cabellos de oro junto al etiope de negro cutis y lanoso pelo; el americano del Norte y el ruso de robustas formas y elevada talla, al lado del raquíptico japonés, del escuálido chino y del enano habitante de la Oceanía; el árabe de nariz aguileña y cabeza rapada, cerca del indio de nariz roma y pómulos salientes. Allí están reunidos los hombres del Norte con los del Mediodía, los del Oriente con los del Occidente; los habitantes de Groenlandia con los del Cabo de Hornos, los de Berbería con los de Nueva Guinea; los que se hielan en los polos y los que se abrasan en el ecuador; los que viven olvidados en las más apartadas islas; los que no caben ya en el vasto territorio del Celeste imperio.

Acercándose el visitante á los diversos grupos de jóvenes á la hora de la recreación, oirá pronunciar todas las lenguas principales que se hablan en el mundo: el hebreo, el griego, el sirio y el caldeo; el árabe, el chino, el persa y la lengua del Indostán; el copto y las lenguas etiópica y del Sudán; el inglés, el ruso, el holandés, el alemán y el tudesco. Y toda esta gente nacida en tan opuestos climas, venida de países tan distantes entre sí, y hablando idiomas de tan diferente índole, viven bajo el mismo techo, comen á la misma mesa, y cursan las mismas clases y oran al mismo Dios.

Y esta gente forma una sola familia y se une en un solo sentimiento, y mañana se dispersará por el mundo y llevará cada cual á su país el contingente de Fe, de moralidad, de civilización y de ciencia, con el cual ayudará eficazmente á propagar el reinado universal de Jesucristo, que algún día será una realidad, como está profetizado. ¡Sublime

institución que realiza en la escuela el bello ideal de la fraternidad de todos los hombres, preparando los caminos para la reunión de la humanidad en una sola familia! Por este medio llegará la Iglesia católica á unir á los hombres con los estrechos vínculos de la caridad cristiana, sin recurrir á pactos secretos, á consignas reservadas y á signos grotescos con que una secta enemiga de Dios ha pretendido inútilmente ligar á los hombres de todos los países.

El Colegio de *Propaganda Fides*, que también se llama *Urbano*, para honrar á uno de sus eminentes fundadores, reúne todas las condiciones necesarias y convenientes para su objeto. Dispone de una magnífica biblioteca provista de libros orientales y pergaminos coptos y otra multitud de obras de erudición y consulta: de la biblioteca forma parte un museo que contiene objetos curiosos como medallas antiguas, piedras, etc. Anexa al Colegio hay una gran imprenta, riquísima en tipos de las lenguas orientales, góticas y sajonas, donde se hacen impresiones en muchos de los idiomas conocidos. Tenemos á la vista el cuaderno programa de una función literaria del Colegio en que se debían leer composiciones en prosa y verso en CUARENTA Y CINCO idiomas diferentes, de Europa, de Asia y de África. Júzguese por este solo dato de la importancia de la institución fundada por Gregorio XV y Urbano VIII.

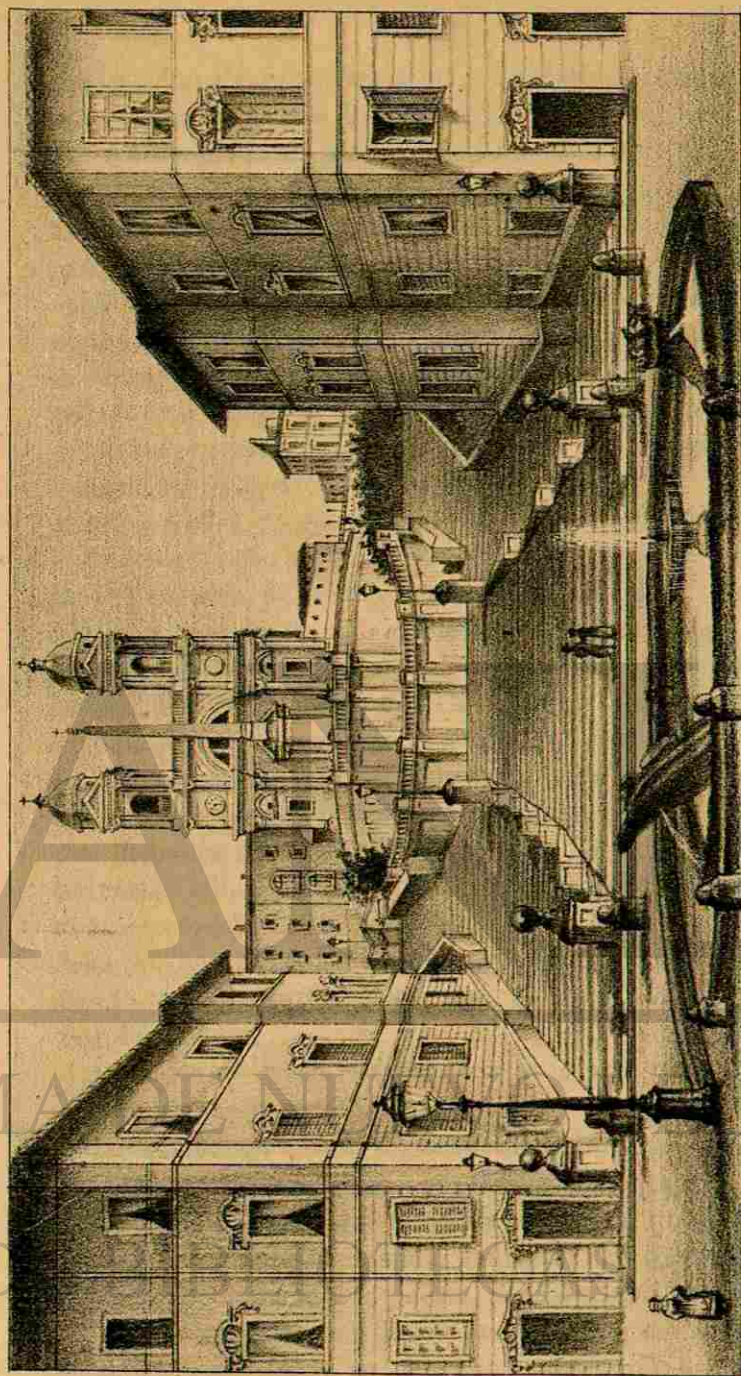
Saliendo del Colegio por la puerta principal, nos encontramos en la plaza de España, llamada así por estar situada en ella de siglos atrás un palacio que pertenece á dicha nación, en el cual reside su Embajada cerca de la Santa Sede. El principal adorno de esta plaza es el monumento erigido por Pío IX en honra de la Inmaculada Concepción en el año de 1856, conmemorativo además de la definición dogmática de este Misterio. Una hermosa columna de mármol, encontrada en 1778 que desde entonces permaneció en el suelo, abajo del palacio de Monte Citorio, fué destinada por el Pontífice para formar el monumento.

Sobre un sub-basamento octágono del cual nacen cuatro pedestales que reciben las estatuas de los profetas que ha-

blaron de una manera especial de la Virgen Inmaculada, Moisés, David, Isafas y Ezequiel, se levanta la columna, sobre cuyo capitel, arriba de un mundo en que resaltan los emblemas de los cuatro Evangelistas, se alza la estatua colosal de María, fundida en bronce bajo el modelo del escultor Obici. Cada una de las cuatro faces principales del octágono contiene un bajo-relieve en mármol, representando la Declaración dogmática, el Sueño de San José, la Coronación de la Virgen en el Cielo y la Anunciación. En el pedestal de la columna están colocadas las armas de Pío IX, cinceladas en bronce, y dos inscripciones que recuerdan el objeto con que fué erigida, y su inauguración el 8 de Setiembre de 1857. La altura del monumento desde el suelo hasta la cabeza de la estatua es de 29 metros 23 centímetros.

Sorprendente es el efecto que produce la vista de Santa Trinidad de los Montes, sobre la plaza de España. Imagínese una colina de gran elevación revestida de la falda á la cima con macizas, simétricas y elegantes construcciones, rematando con una iglesia de graciosa fachada con dos preciosas torres, y delante una aguja egipcia como formando una tercera torrecilla en medio de las anteriores. Concébase una montaña cubierta desde la base hasta la cumbre, con amplísimas y cómodas escalinatas y escaleras de mármol, con plataformas, con balaustradas, con postes, con encortinados de pórfido y de travertino. En el desembarque de esta magnífica escalera, una fuente de extraña forma, figurando una embarcación de medianas proporciones, como que brinda con la frescura de sus aguas al viandante que llega fatigado de sus excursiones por la ciudad y necesita de algún refrigerio antes de emprender el ascenso á la montaña. Subamos lentamente por aquellas escalinatas, deteniéndonos en cada plataforma para mirar hacia abajo é ir abarcando con la vista el bello panorama que se va descubriendo delante de nosotros.

Al llegar á la plaza en cuyo centro está el obelisco egipcio que mandó erigir Pío VI en 1789 y mide 14^{m.} 17^{c.} sin el pedestal, vuelta la espalda al monumento, después de haberlo examinado, dirijamos nuestras miradas en la extensión que



SANTA TRINIDAD DEL MONTE.

éstas puedan alcanzar. Desde luego quedaremos sorprendidos de la majestad de San Pedro, que por la primera vez habremos contemplado de frente á considerable distancia: distamos de él más de dos kilómetros y sin embargo vemos distintamente la ornamentación de su fachada; reconocemos los personajes que representan las estatuas que la coronan; medimos la extensión de su gran techumbre semejante á una ciudad levantada á una altura prodigiosa, en la cual se alzan altísimos edificios circulares, las cúpulas de las capillas, y en medio de estos edificios el inconmensurable que á todos los achica, la cúpula principal, la obra gigantesca que realiza la promesa que hiciera el Bramante y ejecutara Miguel Angel de subir á las bóvedas de San Pedro, el Anfiteatro Flavio y sobre éste colocar la rotonda del Pantheon. Delante de la inmensa Basílica, la imponente mole Adriana cercada de una doble muralla, bañándose en las turbias aguas del caudaloso Tíber: las cúpulas de cuatrocientas iglesias levantándose sobre los millares de construcciones aglomeradas en pintoresco desorden; las puntas de los obeliscos asomando en medio de las plazas; las imponentes ruinas de los antiguos edificios de la Roma pagana, sembradas por doquiera dentro de la ciudad y en sus alrededores; las hermosas villas, dejando ver apenas las habitaciones entre el espeso follaje de los bosques y de los jardines que las rodean; las hermosísimas arboledas del encantador paseo del Pincio y adelante los bellos parques de la deliciosa Villa Borghese.

Al volvernos hacia la fachada de la iglesia, nos encontramos con la puerta cerrada. Disgustados por esta contrariedad nos disponíamos á bajar la escalera, cuando un coche que llegaba á la plaza entrando por la *Vía Felice*, detúvose delante de una puerta que sirve de zaguán á un edificio de modesta apariencia: descendió del coche una señora vestida con elegancia; llamó á la puerta, la cual se abrió y vimos en el interior aparecer una joven con traje de religiosa; comprendimos que había un convento agregado á la iglesia, y pensando que allí se nos podría facilitar la entrada al tem-

plo, dirigímonos al zaguán que se había vuelto á cerrar luego que la señora hubo entrado: llamamos y no tardó en abrirse, presentándonos una simpática jovencita como de diez y seis años, de baja estatura, blanca, de grandes ojos azules, carirredonda, de nariz roma, labios gruesos graciosamente entreabiertos por una infantil sonrisa. Reconocimos el tipo francés de las mujeres del campo, y saludándola en este idioma, en el cual correspondió con amabilidad nuestro saludo, la dijimos.

—¿Podría usted hacerme favor de que pasase yo á visitar la iglesia, si el reglamento de la casa no lo prohíbe?

—Pase usted, señor, nos respondió en francés, voy á pedir el permiso á la superiora para abrir la iglesia.

—Perdone usted, repusimos, no quería causar á ustedes ninguna molestia.

—Ninguna nos causará complacerle. Ya veo que es usted extranjero, y acaso no podrá volver á las horas en que está abierta la iglesia.

Diciendo esto cerró la puerta del zaguán, y se apartó de nosotros tomando la dirección de un largo corredor que se veía al frente. No tardó en volver con unas llaves en la mano, y se detuvo delante de una puerta inmediata, que abrió, haciéndonos indicación de que entrásemos.

La puerta de comunicación interior de la iglesia con el convento, corresponde á una de las capillas que circundan el templo, el cual es de una sola nave. Desde luego se forma idea el visitante de que llega á una iglesia francesa. La decoración de las paredes, el aspecto de las imágenes, la disposición de los altares, la colocación de las bancas y la forma de éstas; todo es netamente francés. Dominados con esta impresión, nos hallábamos en el centro de la iglesia, observándola en su conjunto, cuando se nos acercó la joven religiosa y con un aire de angelical modestia nos dijo:

—La superiora me ordena que acompañe á usted y le muestre lo que tenemos de más notable.

—Agradezco mucho á usted y á la superiora tan delicada atención. Yo acostumbro ver las cosas despacio, y sentiría

distraer un largo rato de sus ocupaciones á la hermana portera.

—No tengo que hacer á esta hora, nos dijo con amabilidad, y guiando á las capillas de la derecha, fué llamándonos la atención acerca de los objetos que cada una contenía. Al llegar á la tercera, que está consagrada á la Asunción, nos hizo notar las bellezas de un cuadro que representa á la Virgen María en ese misterio; y luego, señalando los frescos de las paredes y de la bóveda, que contienen diversos pasajes de la vida de la Madre de Dios, añadió:

—Vea usted estos frescos, y le recomiendo que se fije en el de la Anunciación y en el de la Presentación de Jesús al templo. Son muy celebrados de los conocedores, y se sabe que fueron pintados conforme á los dibujos que dió un gran pintor, Daniel de Volterre. ¿No tiene usted noticia de este maestro?

—He visto en Roma, le respondimos, algunas obras de este insigne pintor, célebre por habersele comisionado para vestir algunas de las figuras del gran fresco de Miguel Angel en la Capilla Sixtina.

—Cabalmente. Va usted á ver un original que poseemos de este mismo autor; cuadro famoso, según se nos ha dicho, y del cual hacemos gran estimación. Todos los extranjeros que visitan la iglesia, se detienen mucho contemplándolo.

Seguimos viendo las demás capillas del lado derecho. Pasamos después al izquierdo, y al entrar en la segunda, notando la religiosa que nos llamaba la atención un bello cuadro de la Aparición de Jesús á la Magdalena, nos dijo:

—¿Es usted pintor?

—No, le contestamos; simplemente amateur del arte.

—He observado, prosiguió, que á todos los pintores les agrada mucho este cuadro, y á usted le está gustando á lo que veo. Es original de Julio Romano, discípulo de Rafael.

—Precisamente, por eso me fijé en la pintura: creí reconocer en ella el estilo del gran maestro.

Llegando á la quinta capilla, díjonos con aire de entusiasmo, señalándonos un gran cuadro que nos dejó estupefactos.

—Aquí tiene usted el famoso Descendimiento, de Daniel de Volterre. Se asegura que está calificado como el tercer cuadro de primer orden en el mundo, después de la Transfiguración, de Rafael, y de la Comunión de San Gerónimo, del Domeniquino. Frecuentemente solicitan permiso los artistas para copiarle. Sabemos que fué pintado en la pared; pero estando expuesto á desaparecer á consecuencia de la humedad, fué trasladado al lienzo por un pintor de genio, Camuccini, en el año de 1811.

—Mucho había yo oído hablar sobre este fresco, dijimos á la religiosa, pero lo encuentro superior á cuanto acerca de él sabía. Es una pintura admirable.

Muy largo rato quedamos contemplando el cuadro: lamentamos que no hubiese sido transportado á la tela mucho tiempo antes de la época en que se hizo. Habría conservándose para el arte en mucho mejor estado del en que se halla, á pesar de los retoques que el mismo Camuccini se vió obligado á darle. Es de sentir que las injurias del tiempo hayan hecho cambiar la entonación de la pintura, produciendo el efecto de un deslave del cual se resiente el relieve de las figuras y aun la energía de la expresión. Por lo demás, la fuerza de la composición pertenece á una escuela superior que sólo podía formar y presidir un gran genio; siendo tanto más estimable esta cualidad, cuanto que puede asegurarse que Volterre fué el primero en crear, digamos así, este asunto, de cuyas situaciones escénicas supo después sacar tanto partido el admirable Rubens. Cierto es que merece reproche la exageración del dolor en la Madre de Dios, hasta haberla representado desmayada, y en este defecto no incurrió el artista flamenco; pero es necesario conceder mucho al genio que quiso hacer un alarde de fuerza, presentando escena tan sentimental como la de una madre que no puede sobreponerse á la dolorosa impresión de ver á su hijo muerto y ensangrentado, y cae pesadamente sobre el suelo en brazos de las mujeres que la acompañan. El cadáver del Salvador es una figura incomparable, en la cual no se advierte imperfección alguna, y el Santo Varón de atléticas formas

que le va sosteniendo entre sus brazos, en el momento en que los hombres que se hallan más arriba le dejan casi todo el peso de la preciosa carga, es una figura que vale por sí sola un tesoro. Solamente Miguel Angel habría podido representar el cuerpo humano con tanta propiedad y en actitudes tan nobles y varoniles, y todavía le superó Volterre, evitando la exageración en el desarrollo muscular, que justamente se ha criticado al pintor de Julio II.

Ya no teníamos que ver más en Santa Trinidad de los Montes, después de haber admirado esta magnífica pintura. Nos dispusimos á salir en compañía de la religiosa, con quien fuimos conversando hasta despedirnos en el zaguán.

—Esta iglesia, le dijimos, tiene toda la apariencia de un templo francés.

—Efectivamente, repuso la joven; fué edificada por un monarca francés, Carlos VIII, á ruego de San Francisco de Paula. Sixto V la consagró en 1585. Abandonada después durante muchos años, la hizo restaurar Luis XVIII.

—¿Y la comunidad religiosa á que usted pertenece, es también francesa?

—Lo es la institución, nos respondió. Se denomina de las "Hermanas del Corazón de Jesús." Nuestro ministerio es la educación y la enseñanza. Tenemos aquí establecida esta casa, en la cual hemos reunido un considerable número de señoritas.

—¿Pertenece á la misma regla de esta comunidad, la que ha planteado algunas casas de educación en México?

—Probablemente sí; porque estoy informada de que tenemos algunas casas en América, y tengo noticia de que prosperan mucho. ¿Usted es originario de América?

—Soy mexicano.

—Yo tendría gusto de que se me destinara á servir en esa nación. Me simpatiza mucho, y allí se venera una prodigiosa imagen de la Santísima Virgen, aparecida á un indígena. Dos señoritas mexicanas que hemos tenido aquí, me refieren que en México se reconoce como singular protectora á esa

santa efigie. Ruego á usted que si la visita á su regreso, le haga un recuerdo de mi parte.

—Con muy buena voluntad lo haré, manifestamos á la joven, un tanto conmovidos por el recuerdo que había evocado de nuestra patria y de nuestra Patrona.

Llegábamos entretanto al zaguán. La hermana portera descorrió el cerrojo y se abrió la puerta. Sin atrevernos á presentar la mano á la joven religiosa, por temor de infringir el reglamento, hicimos una profunda inclinación al despedirnos.

—Adiós, hermana, le dijimos. Quedo muy agradecido á usted por sus bondades. Ruegue al Señor por mí.

—Adiós, señor, nos dijo en tono de angelical dulzura. Mis recuerdos á la *Guadalupe*.

Avanzamos un paso fuera del zaguán y la puerta se cerró inmediatamente al impulso de un resorte.

Saliendo á la plataforma, vimos á la derecha poco distante y en el declive de la montaña en dirección al paseo del Pincio, un bello edificio medio oculto entre una espesa arboleda: era la Academia de Francia, en otro tiempo la Villa Medici.

En 1540 el Cardenal Ricci de Montepulciano, hizo edificar una quinta y en ella un palacio, que más tarde fué embellecido por el Cardenal Alejandro de Médicis, llegando á ser una de las residencias de placer más deliciosas de Roma. Su situación elevada, que domina completamente la ciudad y sus alrededores, la hermosa arquitectura del palacio, cuyos planos se cree formó Miguel Angel, la vegetación abundante que lo rodea y el agua de que disfruta, hacen de él una posesión bellísima, digna de ser visitada.

Con razón la Francia supo aprovechar la ocasión de adquirirlo para establecer en él la Academia de Bellas Artes que fundó en Roma en 1666 el gran monarca Luis XIV. Conociendo el carácter y las aptitudes de los franceses, ya se deja entender que el edificio se halla dotado de todas las condiciones que exige un plantel de su importancia. La disposición interior, la decoración de los salones, la riqueza de los

modelos, con especialidad las reproducciones de las obras maestras del arte antiguo, hacen de la Academia de Francia el más importante de los establecimientos extranjeros de su clase que existen en Roma.

En aquel vasto edificio se alojan muchos jóvenes franceses á quienes el Gobierno concede pensiones en recompensa de los adelantos obtenidos en las escuelas nacionales, principalmente en la de Bellas Artes de París. Allí perfeccionan sus conocimientos con el estudio de los grandes modelos que no posee ninguna otra nación del mundo en el número que los tiene la Ciudad Eterna.

Si algún día México llega á imitar el ejemplo de estas naciones, nuestra Academia de San Carlos vendrá á ser lo que merece, y las bellas artes en nuestro país adquirirán la importancia que hoy no tienen. Las reducidas pensiones que actualmente se conceden á los más aventajados alumnos de nuestra Academia, apenas bastan para la manutención en Roma de los jóvenes pensionados, quienes viviendo aislados en un mal hotel, carecen de los elementos necesarios para relacionarse con los artistas de su profesión, y acaso no pueden disponer ni de los medios indispensables para proporcionarse la entrada en los establecimientos. La vida de hotel en el extranjero es siempre cara y dispendiosa para cualquiera; pero mucho más para jóvenes sin experiencia y acostumbrados á vivir siempre en familia, como son el mayor número de los nuestros. Por otra parte, un joven á quien se deja abandonado á sí mismo en una sociedad extraña, y lejos de la vigilancia ó de los respetos de sus padres ó de sus parientes, con mucha facilidad se entrega á la disipación, malogrando las esperanzas de su Patria, fundadas menos que en los talentos del agraciado, en el buen empleo que de ellos haga y del tiempo de que disponga para su aprovechamiento. Sabia es la conducta de los gobiernos que como Francia, España, Alemania, y no sabemos si alguna otra, reúnen á sus pensionados en una Academia, en donde un director entendido y de buenas costumbres cuida de los estudios y atiende á la moralidad de los jóvenes, para que no sea defraudado el Go-

bierno en lo que tiene derecho á esperar de esas inteligencias que quiere cultivar para bien de los interesados y honra de la patria.

Una extensa pared que cerca la antigua Villa Medici, la separa del magnífico paseo del Pincio, uno de los más bellos y elegantes de Roma, que se extiende hasta la espléndida villa Borghèse.

Al principiar este siglo, toda la parte del monte Pincio que hoy ocupa el paseo, estaba simplemente cultivada con viñedos. Durante la invasión francesa fué encomendada la formación de este lugar de recreo al arquitecto Valadier, quien al restablecimiento de Pío VII continuó encargarlo de la ejecución de las obras y las terminó con la magnificencia que dispuso el gran Pontífice. No solamente el plan general del paseo sino las construcciones que revisten la montaña por el lado de la plaza del Popolo formando una subida cómoda para la gente de á pie y fácil para los coches, dan muy alta idea de las aptitudes del arquitecto y revelan el buen gusto que presidió á la dirección de los trabajos. Estas construcciones, embellecidas con decoraciones arquitectónicas, con estatuas, con columnas, con bajo-relieves; mezcladas con el follaje de las plantas y de los árboles, ofrecen por el lado de la plaza un aspecto sorprendente.

La grande esplanada de este paseo, en la cual se goza de la vista encantadora del panorama de Roma y de sus alrededores, se halla dividida en extensas plazas y espaciosas calzadas, que sombrean hermosísimos árboles: en algunos compartimientos están cultivados bellísimos jardines; en otros se han formado soberbios bosques de tupido follaje. En el lugar más prominente se alza un *casino* de bizarra arquitectura y cerca de él fué erigido un obelisco egipcio. Las plazas y los jardines aparecen sembrados de estatuas antiguas y modernas y á las orillas de las calzadas principales, una gran cantidad de monumentos que los antiguos romanos llamaban *honorarios*, vense coronados con los bustos de italianos ilustres que se han distinguido en las ciencias, en las letras, en las bellas artes y en la milicia.

Es verdaderamente encantador este paseo en las tardes, principalmente de los días festivos. Una muchedumbre numerosísima llena sus glorietas, sus prados y sus calzadas. Bajo elegante kiosko se instala una magnífica orquesta militar, haciendo oír escogidas piezas de la mejor escuela italiana. Grupos de familias en los cuales atraen las miradas hermosísimas mujeres vestidas con gracia y sencillez, recorren las calles, ó se sientan en las bancas y sillas, conversando alegremente; preciosos niños de ambos sexos corren por los prados, retozando alegres y bulliciosos; los estudiantes de diversas nacionalidades, vestidos con los uniformes de sus respectivos colegios, atraviesan por entre la multitud sin detenerse, caminando con la circunspección de los que van acompañados por los superiores. Llamen entre estos la atención por su gallarda presencia los alemanes y los ingleses. No se extraña la presencia de los eclesiásticos con su vestido talar. Pelotones de oficiales y de soldados francos con sus trajes abigarrados y en actitudes poco marciales, se agrupan en los sitios más concurridos, haciendo ostentación de su galantería con las damas. Infinidad de carruajes conduciendo hermosas matronas y bellas señoritas, circulan por las avenidas; suben y bajan por las rampas, se detienen cerca de las glorietas, y á veces abandonan su carga en los sitios más amenos y mejor sombreados. El paseo del Pincio es á Roma lo que el de la Alameda es á la capital de nuestra República; aun cuando desgraciadamente nuestro paseo, tal como ahora se encuentra, dista mucho de ser comparable con aquel.

Contiguo al Pincio está otro paseo, que aun cuando pertenece al dominio privado, tiene á favor de la ciudad la servidumbre de recibir todas las tardes á sus pobladores. Llámase la Villa Borghèse y es el sitio en donde se reúne el mundo elegante, especialmente de los que arrastran coche. Es nuestro paseo de Colón en México; pero con la diferencia de que el número de carruajes de lujo en cualquier día de fiesta será el doble de los que contamos en la tarde del Martes de Carnaval, y además, que todos los coches van abiertos y por lo mismo la concurrencia toda es visible, lo que no sucede entre

nosotros. ¡Cuándo imitaremos esta costumbre de las grandes ciudades, no solamente de Europa sino de los Estados- Unidos! Al paseo va la gente á exhibirse ó á respirar el aire libre. ¿Por qué ir las familias enjauladas, asomando apenas la cabeza detrás de los cristales de los coches? Esto ni es higiénico, ni de buen tono, y es además de pésimo gusto.

Entremos en la Villa Borghèse. Saliendo por la puerta del Popolo, á la derecha veremos un gran enverjado de fierro, cuyas puertas se abren por la tarde á hora conveniente. Avanzando por una hermosísima calzada, llegaremos á un gran pórtico de muy extraña forma, de orden jónico, imitando los más bellos *propyleos* de la antigua Grecia y del Asia Menor. Sentados en una de las bancas que tiene en su interior, nos detendremos un rato para ver desfilár los millares de coches que por allí deben hacer forzoso paso. A la media hora habremos hecho conocimiento con la mayor parte de las familias notables de Roma, con los altos funcionarios, con los extranjeros residentes en la ciudad y con infinitas personas de las clases acomodadas. Acompañados de un compatriota, nos hallábamós un domingo por la tarde en aquel sitio. Daremos cuenta al lector de lo que vimos y de lo que hablamos.

Una interminable hilera de carruajes lujosísimos atravesaba los arcos del portal, caminando al paso de los caballos, porque no era posible otra cosa, siendo tantos los coches y no permitiendo la anchura de los mismos arcos el desfile de otra manera. La mayor parte eran landós; de cuando en cuando aparecían elegantes carrozas ostentando escudos de armas de antigua nobleza; no eran pocos aquellos en que los cocheros llevaban bordadas en las libreas coronas ducales; pertenecían á familias de príncipes. Italia es una de las monarquías en que más abundan los príncipes. Hallábase tan subdividida la soberanía, antes de realizarse la unidad italiana, que por donde quiera se tropieza con personas de real estirpe procedentes de las antiguas familias reinantes. Además, los Samos Pontífices eran soberanos y las familias suyas recibían títulos y blasones que han seguido conservando como legítimamente adquiridos. Muchas de estas familias viven

todavía en la opulencia y guardan el decoro que á su elevada alcurnia corresponde, y en el paseo de la Villa Borghèse ostentan en sus trenes el brillo y la magnificencia con que viven en sus soberbios palacios.

Entre los coches que desfilaban, veíamos blasones de nobilísimas casas, y en el personal de las damas y de los caballeros, esos razgos característicos de ilustres descendencias. Cuando un artista quiera representar dignamente la nobleza de la sangre, deberá estudiar esos interesantes tipos de la aristocracia de Roma. ¡Qué majestad en el continente! ¡cuánta dignidad en el porte! ¡qué decoro en el vestir! Y en medio de estos caracteres de verdadera distinción, obsérvase cierta naturalidad y sencillez en los modales, en los movimientos, en las actitudes, que dista mucho de esa afectación, de que acostumbran revestirse las falsas aristocracias, principalmente las del poder y las del dinero en nuestras repúblicas y aun en muchas monarquías á la moderna.

Al estar comunicándonos estas observaciones nuestro compañero y nosotros, vimos aparecer un *faeton* tirado por dos arrogantes yeguas negras frisonas. Un hombre de color moreno, de facciones no muy correctas, de cabello gris ligeramente enrespado y bastante corto, de largos mostachos negros todavía; vestido con levita cruzada, y cubierta la cabeza con sombrero de seda de alta copa, iba sentado en el asiento del cochero conduciendo los caballos; á su izquierda un caballero rubio, de hermosa presencia, vestido con un rico y elegante uniforme deslumbraba con el brillo de los bordados de oro y la pedrería de las cruces que adornaban su pecho. Muchas personas de las que se hallaban sentadas en las bancas se levantaron y descubriéndose las cabezas hicieron un saludo respetuoso á la pareja del faeton.

—¡El rey! Habían dicho algunas al descubrir el carruaje.

—¿Es uniforme de general italiano el que trae su Majestad? Preguntamos á un individuo que se hallaba cerca de nosotros.

—El rey no va de uniforme, nos respondió aquel ciudadano; es el caballero vestido de paisano que va conduciendo los caballos; el que lleva uniforme es un personaje de la corte.

—Con razón, dijimos á nuestro compañero, en nuestro país se dice que el hábito no hace al monje. Por lo demás, en estas monarquías democráticas, no debería esperarse que los reyes se distinguiesen de los otros ciudadanos por el traje. Va muy de acuerdo con las ideas de igualdad aquí dominantes, que el soberano se presente así en público, sin aparato de majestad y sin nada que le distinga de los demás hombres.

Pocos minutos habían pasado, cuando descubrimos una elegante carroza de ocho muelles, tirada por dos magníficos prisioneros; en ella venía una hermosa dama, ricamente vestida. Dos cocheros y dos lacayos con lujosísimas libreas de rojo y oro venían sentados en el pescante y en el asiento de atrás, respectivamente. Seguía á este carruaje un landó abierto, dentro del cual venían cuatro señoras vestidas con suma elegancia.

—¡La reina! Exclamó entusiasmado nuestro amigo levantándose de su asiento antes de que lo ejecutaran otras personas.

Nosotros hicimos igual movimiento y la carroza de la reina pasó á distancia de un metro. Al descubrirnos la cabeza hicimos una inclinación de respeto, y la soberana con un aire mezclado de majestad y de afable cortesía correspondió nuestro saludo inclinando dulcemente la cabeza, y haciendo asomar á sus labios una deliciosa sonrisa.

—¡Qué mujer tan hermosa! Exclamó nuestro amigo. ¡Cuánta nobleza y majestad revela su interesante presencia! A esta dama no se la podía confundir con ninguna de las más bellas de su corte.

Y tenía razón nuestro compañero. La reina Margarita, es uno de los más hermosos tipos de soberana que hay en el mundo. Es la personificación de la gracia y de la belleza, á la vez que de la dignidad real. Es blanca, rubia, grandes ojos de una expresión indefinible; nariz casi aguileña; boca hermosísima ligeramente entreabierta, formada con labios de carmín de una corrección admirable. La perfección escultórica de su cuerpo se revela en los contornos del busto, medio oculto entre los encajes que adornaban un escote cir-

cunserito á los justos límites de la honestidad. La reina debe ser alta en su estatura, á lo que puede juzgarse viéndola sentada. Es joven todavía; tendrá unos treinta y cinco años, y representa mucho menos: el brillo de sus ojos y la frescura de su cutis pertenecen á los primeros años de la juventud.

Cuando se hubo alejado el carruaje de la reina, nuestro compatriota nos dijo:

—Vamos, si á usted le parece, á recorrer el paseo: quiero volver á saludar á la reina.

—Con mucho gusto, le dijimos, y tomando su brazo, echamos á andar por la principal avenida.

Haremos una ligera descripción de aquel encantador sitio.

Signiéndole la dirección de la gran calzada que forman dos hileras de hermosísimos árboles de muy espeso follaje, plantados á las orillas de verdes praderas y floridos jardines, se pasa por debajo de un pórtico que figura haber pertenecido á un antiguo templo egipcio. Continuando nuestra marcha por la vía principal, dejamos á la izquierda varios edificios de caprichosa construcción, y á corta distancia vimos la entrada de un sendero en cuyo fondo se ve un lago que llaman de Esculapio, y tiene en el centro una isla en la cual se halla colocada la estatua de este dios del paganismo. Frente á dicho sendero ábrese otro en cuya extremidad se ve un pequeño templo consagrado á Diana, y cerca de este una capilla con su pórtico de muy hermoso estilo. Avanzando nuevamente por la gran calzada, encuéntrase á la derecha el hipódromo y después un pequeño palacio y en frente un castillo imitando los de la Edad media. Adelante, las ruinas de un templo antiguo que imita á la perfección los restos de las viejas construcciones de los romanos, y en la fachada de este templo se ven copiadas las antiguas inscripciones encontradas en la casa de campo de Herodes *Atticus*, cuyos originales fueron transportados á París. Cerca del templo, á la derecha, una bellísima fuente monumental adornada con cuatro caballos marinos, hace saltar gruesos chorros de agua cristalina. Pasando de esta fuente, en el fondo de una gran planicie alfombrada de verde yerba, pintorescamente

bordada con preciosos arbustos de muy exquisitas plantas y con árboles de frondosas copas, se alza un majestuoso palacio de muy elegante arquitectura, ostentando en su soberbia fachada un bello pórtico de muy buenas proporciones.

Este monumental edificio encerraba en principios del siglo actual dos ricas colecciones de antiguas esculturas, que durante una centuria habían reunido con laudable perseverancia los príncipes de la familia Borghèse. En la época de la dominación francesa, Napoleón quiso á cualquier precio trasladar á Francia ese magnífico tesoro, y fué arrancado á sus dueños mediante la indemnización de *catorce millones de francos*. Grandes y poderosos esfuerzos hizo el príncipe Camilo por rescatar sus preciosos mármoles: inútiles las negociaciones diplomáticas que para lograrlo fueron entabladas; el tesoro de antigüedades de la casa Borghèse quedóse enriqueciendo el museo del Louvre.

Perdida la esperanza de recobrar aquellas colecciones, el príncipe se consagró á formar otras nuevas, adquiriendo algunos preciosos originales que pudo proporcionarse, y merced á los descubrimientos que hizo en diversas escavaciones que mandó hacer en sus tierras, logró poblar de nuevo las salas de su palacio con muchos y magníficos ejemplares que, aumentados considerablemente por su sucesor el príncipe Francisco y por el actual jefe de la familia, han hecho olvidar á los Borghèse la pérdida de sus antiguas colecciones.

Hase prolongado ya más de lo que nos proponíamos este capítulo. El lector nos perdonará que no le demos razón circunstanciada de lo que contiene el palacio. Mucho tenemos que ver aún, y sería interminable tarea describir cuanto encierran todas las galerías y los museos de Roma. Nos falta, además, que visitar otro palacio que posee esta misma familia Borghèse, en la ciudad, y allí nos hemos de encontrar con una galería, de cuyos objetos principales no podemos dejar de dar noticia á nuestros lectores.

Salimos, pues, del palacio y de la villa, no sin dar gusto á nuestro amigo de que tornase á saludar á la simpática reina de Italia, como lo conseguimos sin esfuerzo al atravesar la real carroza, una de las bellas calzadas del parque.

CAPÍTULO DECIMOSÉTIMO.

Palacio Borghèse.—San Agustín.—Plaza Navona.—El Palacio *Madama* y el *Giustiniani*.—El Pantheon.—Plaza de la Minerva.—Santa María sobre Minerva.—Biblioteca Casanatense.—El Seminario.—La Iglesia Nueva.—Santa María de la Paz.

Como dijimos en su lugar, de la plaza del Popolo parten las tres avenidas principales de la ciudad; el Corso en el centro, el Babuino á la izquierda y Ripetta á la derecha. Hemos recorrido la primera, visitando los más notables edificios de sus cercanías. De la segunda conocemos la plaza de España y las construcciones que en ella son dignas de una mención especial. Vamos ahora á emprender nuestra excursión por la tercera, y como sus calles adyacentes las hemos recorrido al ir caminando por la vía del Corso, seguiremos nuestra marcha sin interrumpirla hasta encontrarnos con uno de los más grandiosos edificios de propiedad particular, el palacio Borghèse, que ocupa él solo una gran manzana, y cuyo aspecto revela desde luego la opulencia y brillo de una de las familias más ricas y más ilustres de Roma.

Las dos fachadas exteriores son de una magnificencia rara, por la elevación del edificio, por el material de que aparecen construidas y por su ornamentación. Pero lo que sorprende por su grandiosidad y su belleza, es el patio principal á que da acceso la gran puerta que se halla situada en la calle de *Fontanella di Borghèse*. Entrando en el soberbio vestíbulo se descubre en el fondo del patio una suntuosísima fachada interior, formada de un bellissimo pórtico de tres arcos, cada

bordada con preciosos arbustos de muy exquisitas plantas y con árboles de frondosas copas, se alza un majestuoso palacio de muy elegante arquitectura, ostentando en su soberbia fachada un bello pórtico de muy buenas proporciones.

Este monumental edificio encerraba en principios del siglo actual dos ricas colecciones de antiguas esculturas, que durante una centuria habían reunido con laudable perseverancia los príncipes de la familia Borghèse. En la época de la dominación francesa, Napoleón quiso á cualquier precio trasladar á Francia ese magnífico tesoro, y fué arrancado á sus dueños mediante la indemnización de *catorce millones de francos*. Grandes y poderosos esfuerzos hizo el príncipe Camilo por rescatar sus preciosos mármoles: inútiles las negociaciones diplomáticas que para lograrlo fueron entabladas; el tesoro de antigüedades de la casa Borghèse quedóse enriqueciendo el museo del Louvre.

Perdida la esperanza de recobrar aquellas colecciones, el príncipe se consagró á formar otras nuevas, adquiriendo algunos preciosos originales que pudo proporcionarse, y merced á los descubrimientos que hizo en diversas escavaciones que mandó hacer en sus tierras, logró poblar de nuevo las salas de su palacio con muchos y magníficos ejemplares que, aumentados considerablemente por su sucesor el príncipe Francisco y por el actual jefe de la familia, han hecho olvidar á los Borghèse la pérdida de sus antiguas colecciones.

Hase prolongado ya más de lo que nos proponíamos este capítulo. El lector nos perdonará que no le demos razón circunstanciada de lo que contiene el palacio. Mucho tenemos que ver aún, y sería interminable tarea describir cuanto encierran todas las galerías y los museos de Roma. Nos falta, además, que visitar otro palacio que posee esta misma familia Borghèse, en la ciudad, y allí nos hemos de encontrar con una galería, de cuyos objetos principales no podemos dejar de dar noticia á nuestros lectores.

Salimos, pues, del palacio y de la villa, no sin dar gusto á nuestro amigo de que tornase á saludar á la simpática reina de Italia, como lo conseguimos sin esfuerzo al atravesar la real carroza, una de las bellas calzadas del parque.

CAPÍTULO DECIMOSÉTIMO.

Palacio Borghèse.—San Agustín.—Plaza Navona.—El Palacio *Madama* y el *Giustiniani*.—El Pantheon.—Plaza de la Minerva.—Santa María sobre Minerva.—Biblioteca Casanatense.—El Seminario.—La Iglesia Nueva.—Santa María de la Paz.

Como dijimos en su lugar, de la plaza del Popolo parten las tres avenidas principales de la ciudad; el Corso en el centro, el Babuino á la izquierda y Ripetta á la derecha. Hemos recorrido la primera, visitando los más notables edificios de sus cercanías. De la segunda conocemos la plaza de España y las construcciones que en ella son dignas de una mención especial. Vamos ahora á emprender nuestra excursión por la tercera, y como sus calles adyacentes las hemos recorrido al ir caminando por la vía del Corso, seguiremos nuestra marcha sin interrumpirla hasta encontrarnos con uno de los más grandiosos edificios de propiedad particular, el palacio Borghèse, que ocupa él solo una gran manzana, y cuyo aspecto revela desde luego la opulencia y brillo de una de las familias más ricas y más ilustres de Roma.

Las dos fachadas exteriores son de una magnificencia rara, por la elevación del edificio, por el material de que aparecen construidas y por su ornamentación. Pero lo que sorprende por su grandiosidad y su belleza, es el patio principal á que da acceso la gran puerta que se halla situada en la calle de *Fontanella di Borghèse*. Entrando en el soberbio vestíbulo se descubre en el fondo del patio una suntuosísima fachada interior, formada de un bellissimo pórtico de tres arcos, cada

uno de los cuales sirve de nicho á una de tres colosales estatuas que representan á Julia, á Sabina y á Ceres, teniendo por fondo un hermoso parque cubierto de abundante vegetación. Circundan el patio por los tres lados restantes dos órdenes de amplios y hermosos corredores, sostenidos por noventa y seis columnas de granito, dóricas las del piso bajo y corintias las del superior. En este se hallan las habitaciones de la familia, y en el inferior es donde se encuentra reunida la magnífica colección de pinturas en doce espléndidas salas que contienen muchos centenares de soberbios cuadros, algunos de suprema calidad y la mayor parte de primer orden. La colección Borghèse puede considerarse como una de las galerías mejor dispuestas; en la colocación de los cuadros no solamente se ha estudiado la luz, la altura y otras varias condiciones, sino que han sido distribuidos los lienzos con tal arte y siguiendo tan riguroso orden cronológico, que recorriendo el visitante las salas de la primera á la última, puede quedar satisfecho de haber tenido á la vista toda la historia de la pintura, desde los primeros florentinos hasta los últimos flamencos.

La primera sala, cuyo pavimento está cubierto de mosaicos modernos, se ve adornada con una magnífica mesa formada con una sola piedra de gran tamaño, de mármol rojo, sostenida por seis cariátides de bronce dorado. Las paredes decoradas con camafleos y la bóveda con un fresco de Domingo de Angelis, que representa la disputa de Apolo y Hércules. Entre los setenta y un cuadros que adornan esta sala, llaman la atención una Madona con un coro de ángeles de Botticelli, cuya expresión es muy viva y el dibujo correcto, una Virgen de Perugino y otra de Francia, ambas hermosas en el mismo género de belleza, es á saber, por la profundidad del sentimiento religioso; un interesante retrato de Savonarola, pintado por Filippo Lippi con la naturalidad y parecido que bastaban para dar carácter á semejante cabeza, una Sagrada Familia de Lorenzo Credi, condiscípulo de Leonardo de Vinci, dos cuadros de devoción de Mazzolino de Ferrara, un curioso retrato de Rafael pintado por él

mismo en su primera juventud, y dos cuadros de Pinturricchio que representan episodios de la historia de José.

En medio de la segunda sala, que se halla ricamente amueblada, dos preciosas copas de amarillo antiguo sostenidas por cuatro cabezas de león, hacen saltar dos chorros de agua que invitan al visitante á refrigerarse con ella. Los objetos de admiración en esta sala serían los bellos cuadros de Francia y de Fray Bartolomé, de Garófalo y del Sodoma, si desde la entrada no atrajese de una manera irresistible las miradas una sublime pintura, el Entierro del Señor, por Rafael. Aun cuando pertenece á la época de la juventud del grande artista, es una de sus mejores obras. Lo pintó á la edad de 24 años, en el de 1507, según lo escribió él mismo en el cuadro con letras de oro. Este famoso lienzo está perfectamente conservado, y en él se observan ciertos rasgos del estilo y de la escuela del Perugino, si bien se encuentran también una intimidad de sentimientos y una belleza en la expresión, que se buscaría en vano en otros cuadros, aun del mismo Rafael. El abatimiento, aunque inverosímil, de la Virgen hasta el desmayo, la desolación de las Santas Mujeres, los sollozos de María Magdalena que hacen correr las lágrimas por sus mejillas, la aflicción grave y reprimida de José de Arimatea, la tierna conmoción de San Juan, todo está presentado con suma delicadeza, á la vez que expresado con energía. El cuadro á que nos referimos es una obra inapreciable que bastaría por sí sola para colocar la galería Borghèse en primer término entre las mejores de Roma.

Dos lienzos de singular belleza figuran en esta sala en primera línea, salidos del pincel de un pintor ilustre, Francisco Francia; un San Esteban en oración, en el cual el movimiento, la expresión, la suavidad del pincel, la pureza del dibujo, el vigor en el colorido, nada dejan que desear; y una Virgen con el Niño, en que la belleza de las figuras rivaliza con la expresión de un sentimiento religioso verdaderamente celestial.

Otro cuadro muy notable han tenido la fortuna de poseer los príncipes Borghèse; el retrato de César Borgia, obra

de Rafael. Difícil es á un pintor expresar en un mismo individuo cualidades buenas y malas, y representar un carácter tan singular como el de ese ilustre criminal, en quien se reunían la circunspección y la audacia, la ferocidad y la finura. Rafael salió airoso de la dificultad, pintando un hombre hermoso, fiero y elegante, con el noble aspecto de un príncipe y la ruda fiereza de un bandido.

Dos retratos, obra del célebre discípulo de Rafael, enriquecen esta sala; un Julio II, que solamente el maestro lo habría pintado mejor, y una Fornarina, reputada como la obra maestra de Julio Romano.

Decorada esta sala segunda como la anterior, con camafeos en las paredes y pinturas al fresco en la bóveda, aquellos fueron ejecutados por Hermenegildo Constantini, y éstos, representando el sacrificio de Ifigenia, son de Domingo Corvi.

No seguiremos describiendo ni siquiera los más notables cuadros que contienen las otras salas, porque no acabaríamos. Llamaremos la atención acerca de algunos que no debemos pasar en silencio, y mencionaremos los autores de los que más se distinguen por su indisputable mérito.

En la tercera sala forma el encanto de los artistas el cuadro mitológico de Danae, la obra más perfecta de Correggio, y excitan su admiración una Magdalena de Andrés del Sarto y dos cabezas de Apóstoles, de Miguel Angel; una Sagrada Familia de Perino del Vaga y dos bellos cuadros de Sebastián del Piombo.

La cuarta sala encierra preciosas obras de la escuela de Bolonia, entre las cuales reina la bellísima Sibila de Cumas, del Domeniquino, de una ejecución admirable por la expresión y por el colorido. Allí se distinguen otras pinturas de los Carrachi, de Guido Reni y de Guido Cagnacci.

Otra obra de Domingo Zampieri figura en primera línea en la sala quinta, la Caza de Diana, cuadro notabilísimo en el cual dió á conocer el autor sus grandes talentos y su prodigiosa aptitud para desempeñar toda clase de asuntos. El pintor de las más sublimes escenas religiosas, sabía represen-

tar con la misma fuerza los pasajes nada edificantes de la mitología, y retratar la naturaleza en su más vivo esplendor.

De la sexta sala mencionaremos un San Estanislao, escuela de Correggio, severamente dibujado; una bella Magdalena de Sasso Ferrato; otra Magdalena, muy espresiva, del Guercino, y un retrato de Horacio Justiniani, por Andrés Sacchi.

Lamentable es que los pintores hayan abandonado el sistema de pintar sobre espejos, flores, frutas y otros objetos que á ello se prestan. Carlos Maratta, Ciro Fierri y principalmente Mario *di Fiori*, han dejado bellísimas producciones de este singular estilo, que ha caído enteramente en desuso. La galería Borghèse ha enriquecido la sétima sala con seis de estos primorosos espejos, en los cuales el segundo de los artistas mencionados pintó unos graciosísimos y encantadores niños, y el tercero los embelleció con admirables grupos de flores. Verdadera joya son los dichos espejos, que junto con una gran mesa circular de una magnífica cubierta incrustada con diferentes mármoles antiguos, hacen el encanto de los visitantes en la sala referida.

La de los paisajes llamaremos á la sala siguiente. Hay dos muy bellos de Cornelio Satiro; hay uno de Salvator Rosa. Encuéntranse además dos batallas de Bourguignon, y es notable un mosaico de piedras duras representando al Pontífice Paulo V.

Tres sorprendentes frescos ejecutados bajo la dirección de Rafael por sus discípulos, forman el principal adorno de la sala novena. Fueron trasladados al lienzo cuando se mandó demoler una casa que llamaban de Rafael en la Villa Borghèse.

Una sala en la cual se exhiben dos magníficos cuadros del Ticiano, por fuerza debe ser visitada con interés por los amantes de lo bello. La décima sala de la galería Borghèse, hállase enriquecida con dos obras notables del artista veneciano. *Las tres Gracias* y *El Amor sagrado y profano* son hermosísimas alegorías que por sí solas habrían hecho adquirir la inmortalidad á su autor, si no la hubiera ganado ya en muchas obras anteriores; pero el segundo de estos cuadros, afir-

man los conocedores que debe ser reputado como la obra maestra del Ticiano.

No porque los anteriores lienzos atraigan de una manera singular nuestras miradas, dejaríamos de mirar con interés entre otros muy buenos, uno de Leonardo Bassán, la Santísima Trinidad, y un San Juan Bautista predicando en el desierto, por Pablo el Veronés, y una bella Judith, de la escuela del Ticiano.

En la undécima sala se cierra la colección de los cuadros italianos. Todavía los hay en considerable número y muy estimables. Pablo el Veronés, Bassano, Schiavoni, Bonifazi, Soto, Palma el viejo. . . . dieron el contingente, y muy rico, para completar la gran sección italiana de la galería Borghèse.

Las escuelas del Norte hállanse representadas, dignamente á la verdad, en la duodécima y última sala. Allí está Van-Dyck en tres admirables cuadros, un adorable Crucifijo, un Descendimiento interesantísimo, y una hermosa María de Médicis: allí está Rubens en su notable cuadro de la Visitación y en el de Susana; allí Alberto Durer inmortalizando á Luis VI, duque de Baviera; allí Francisco Frank sorprendiendo con la exhibición de su taller de pintura; allí Stern expresando la dolorosa escena del Beso de Judas; allí, por fin, Rembrandt y Teniers y Cranach y Holbein y otros varios artistas flamencos.

Terminada nuestra visita del palacio Borghèse, tomaremos la dirección de la *Via della Scrofa* continuación de la Ripetta, y llegando á la esquina, voltearemos á la derecha para llegar á San Agustín, magnífica iglesia que no debíamos dejar de visitar, sobre todo sabiendo ya que en sus paredes ostenta uno de los mejores frescos de Rafael.

Edificada esta iglesia en 1480 bajo la dirección de Baccio Pintelli, es la única de Roma que presenta las elegantes formas de la arquitectura italiana del siglo XV. Aunque fué restaurada en el siglo pasado, todavía exigió nuevas reparaciones, que fueron ejecutadas, así como excelentes obras de ornato, en 1856. La fachada es de grandioso aspecto y está

construida con travertino. Elévase majestuosamente sobre una plataforma á la cual se sube por una muy amplia escalera. Sencilla la ornamentación exterior, es sin embargo elegante, y ofrece los marcados caracteres de las grandes obras del renacimiento. Su planta es la de una cruz latina; el cuerpo principal está formado de tres naves que separan doce magníficas pilastras, y frente á los espacios que dejan abiertos las pilastras se abren ocho soberbias capillas, cuatro de cada lado.

La ornamentación general de la iglesia es sorprendente por la profusión de pinturas, de estucos y dorados que cubren de arriba abajo las paredes y se extienden por las bóvedas y la cúpula. Probablemente después de la iglesia del Jesús, no hay otra en Roma, fuera de San Pedro se entiende, que halla sido decorada con mayor magnificencia. Es lamentable que no esté suficientemente alumbrada; porque los bellísimos frescos que ostenta no son perfectamente visibles, con especialidad los que se hallan á la mayor altura. Es una verdadera desgracia que muchos arquitectos de Roma, al distribuir las luces en las iglesias, no hubiesen tomado en cuenta que sus paredes iban á servir de fondo á los pintores, para hacer brillar obras admirables, que muchas de ellas merecían se les hubiesen construido suntuosos templos en que brillaran en todo su esplendor las maravillosas creaciones del genio.

Los frescos de San Agustín, en su mayor parte fueron ejecutados por un célebre pintor contemporáneo, Pedro Gagliardi. Los de la nave del centro, son relativos á la Madre de Dios y representan los principales acontecimientos de su vida, desde su nacimiento hasta su muerte. Hállanse distribuidos en doce grandes composiciones que se ven colocadas en el ático que reciben las pilastras, arriba del cual seis grandes lunetas de cada lado, correspondiendo á otras tantas divisiones de la bóveda principal, se ven cubiertas con las figuras de las mujeres bíblicas, Rebeca, Ruth, Jahel, Esther, Abigail y Judith, y los profetas que predijeron la maternidad

de María. Entre estos profetas hállase el que pintó Rafael y es objeto de admiración para los artistas.

Sabido es que existió una gran rivalidad entre Miguel Angel y Rafael. Buonaroti era hombre altivo y orgulloso; conocía acaso mejor que sus contemporáneos lo que valía, y se consideraba superior á los artistas de su época, que por cierto era la en que brillaron los genios de primer orden. Dícese que comprendiendo los talentos de Sancio, le miraba con envidia que no sabía á veces disimular. Rafael, por el contrario, reconocía en Miguel Angel cierta superioridad; lo admiraba, y sus obras eran objeto de su estudio más bien que de su censura. No dejaba sin embargo de aspirar á colocarse á la altura de su rival en ese estilo en que todos declaraban inimitable al gran artista, es á saber en la firmeza y grandiosidad que caracteriza á los profetas de la Capilla Sixtina. Se cree que Rafael, después de haber examinado detenidamente esas obras maravillosas, quiso ensayar la imitación del estilo, y con esa intención ejecutó el fresco que se halla enriqueciendo la iglesia de San Agustín. Si consiguió su objeto, no lo diremos nosotros: lo dijeron ya muchos artistas é infinidad de ilustres é ilustrados autores: lo dijo el mismo Miguel Angel, quien llamado para emitir su opinión acerca del precio de cincuenta escudos que Rafael pedía por pintar cada uno de los otros profetas, después de contemplar extasiado el Isaías, dijo: "Solamente la rodilla del profeta vale más de los cincuenta escudos." Esta obra vino á constituir á Rafael hasta cierto punto en una categoría superior á Buonaroti. Aquel consiguió hacer una buena imitación del estilo de su rival sin copiarle, éste no llegó á ejecutar algo que pareciese á lo que pintaba Sancio. Y no es de creerse que Miguel Angel, después de la lección que había recibido de su competidor, no hubiese intentado confundirle imitando á su vez el estilo del pintor de Urbino.

Después de haber admirado á nuestro sabor el precioso fresco, dirigiremos nuestros pasos hacia el fondo de la iglesia, y quedaremos contemplando el altar mayor, obra del Bernini, adornado con bellísimas columnas y con exquisitos már-

moles, llamando especialmente nuestra atención dos ángeles colocados sobre la cornisa y dos pequeños genios que se hallan á los lados de la imagen de la Santísima Virgen que se venera en el altar y es una de las que sacaron de Constantinopla los griegos después de la toma de la ciudad por los turcos.

Detrás del altar mayor está el coro de los religiosos, cuyas paredes, así como la bóveda, se ven decorados con ricos frescos de Gagliardi, representando diversos asuntos y alegorías referentes á las glorias de María. Es una particularidad de algunos de estos frescos, hallarse pintadas las figuras sobre un fondo de azul hermoso comunmente llamado de ultramar. En la bóveda hay cuatro medallones con ángeles, que llevan emblemas relativos á la Santísima Virgen, y dan un gran efecto á la decoración.

Saliendo del coro á la derecha está una capilla elegantísima, en la cual se conserva en una hermosa urna de verde antiguo el cuerpo de Santa Mónica, madre de San Agustín. Del otro lado del coro, se halla la capilla de San Nicolás Tolentino, en cuya decoración puso el artista Gagliardi especial esmero.

En la nave del crucero del lado del Evangelio llama la atención la capilla dedicada á San Agustín, decorada con profusión de pinturas y estucos. El altar mayor ostenta cuatro hermosas columnas de mármol africano y un soberbio cuadro del Guercino, que representa al Santo titular acompañado de San Juan Bautista y de San Pablo primer ermitaño.

Las capillas de las naves laterales son dignas de visitarse. No haremos mención de ellas, porque tendríamos que ser muy difusos, y solamente haremos notar que una, la quinta de las del lado derecho, es célebre y ha sido especial objeto de veneración, porque la frecuentaba San Felipe Neri, pasando largas horas en oración delante de un Crucifijo al cual está dedicada todavía.

A la derecha de la puerta principal hállase un nicho en donde está colocada una bellísima estatua de mármol, obra de Jacobo Sansovino, que representa á la Virgen con el Niño

en los brazos. Sorprende más que la belleza de la escultura, la riqueza de alhajas que la adornan, y principalmente el culto que se la tributa. Muchas lámparas arden constantemente en el altar, y delante de la imagen á toda hora se ven arrojadas infinidad de personas de ambos sexos, y es costumbre que después de haber rezado, se acercan á la estatua y besan sus pies. A millares cuelgan de las paredes los ex-votos, la mayor parte de plata. No hemos visto en Roma otra imagen que sea tan venerada.

Saliendo de San Agustín se da vuelta á la izquierda por una pequeña calle y se llega á una hermosa plaza de forma elíptica, de grande amplitud y singularmente bella. Ocupa el sitio en que estuvo el circo de Alejandro Severo, cerca de las termas de este emperador. Es una de las plazas más elegantes de la ciudad y llama la atención de los viajeros por su regularidad, por la magnificencia de algunos edificios que la rodean y por las monumentales fuentes que la decoran.

El Papa Gregorio XIII mandó erigir las dos fuentes que se hallan en las dos extremidades, y son elegantísimas. Se componen de dos tazas de mármol; en la interior se levantan sobre el borde cuatro tritones soplando en conchas marinas por donde arrojan gruesos chorros de agua. Inocencio X ordenó al Bernini hacer una estatua en el centro, que completa graciosamente la ornamentación.

En medio de las dos dispuso el mismo Papa Inocencio fuese construida bajo la dirección del Bernini, la magnífica fuente que hoy embellece la plaza. Un gran recipiente circular revestido de mármol blanco, de 24 metros de diámetro; en el centro una enorme roca taladrada por cuatro lados, formando una especie de gruta imitando la naturaleza; en las dos aberturas principales hállanse de un lado un fogoso caballo marino y del otro un arrogante león que arrojan ambos agua por la boca; sobre la cima, y á una altura de más de 13 metros, se alza un obelisco de granito rojo con geroglíficos, que mide 16 metros: circundando la base del monolito y sobre los salientes de la roca, en su parte superior, están sentadas cuatro soberbias estatuas colosales que representan los cuatro prin-

cipales ríos del mundo, es á saber, el Ganges, el Nilo, el de la Plata y el Danubio: de las grietas de la roca, y abajo de las estatuas, se despeñan cascadas abundantes de agua, que con agradable estruendo caen dentro de la gran taza y se derraman de sus bordes en el recipiente principal.

Bellos jardines alfombran el suelo en toda la extensión de la plaza, dejando amplias calles para el tránsito de la gente.

Entre los notables edificios que adornan esta plaza, figura en primera categoría la iglesia de Santa Inés, cuya hermosa fachada, toda de travertino y con dos elegantísimas torres, fué construida por Borromini, y está calificada como su mejor obra.

Junto á esta iglesia á la derecha hay otro soberbio edificio dirigido por el mismo arquitecto para servir de colegio, en el cual son educados los jóvenes descendientes de nobles familias, y á la izquierda una gran casa de suntuoso aspecto que sirve de habitación á los capellanes.

Inmediato al colegio, el palacio Panfilii, de muy bella apariencia, es uno de los suntuosos edificios que adornan la plaza. Encierra este palacio una hermosa galería semejante á la del Borghèse, que describimos en su lugar, decorada la bóveda con un soberbio fresco de Pedro de Cortona, representando las aventuras de Eneas.

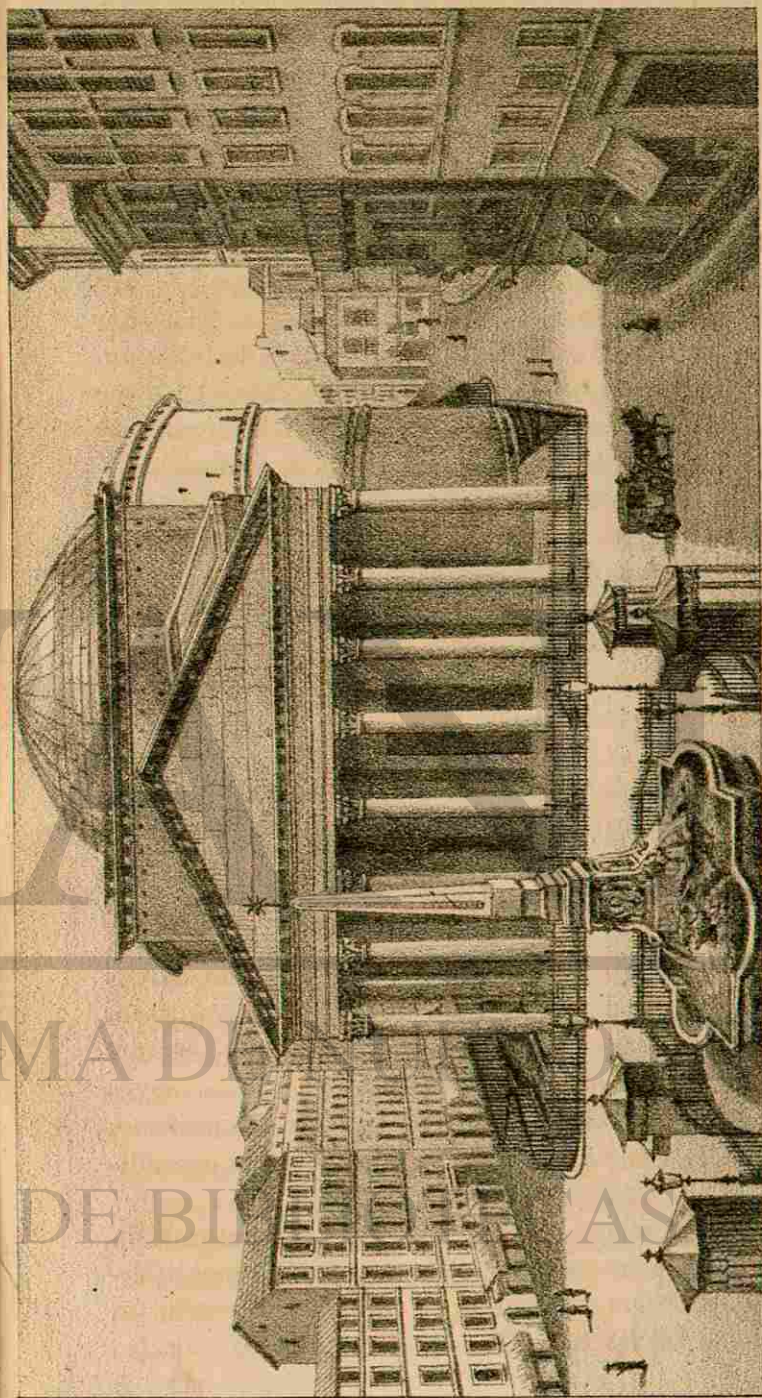
De la plaza Navona, atravesando una pequeña calle hacia el Oriente, nos encontraremos con el gran edificio llamado Palacio *Madama*, construido por orden de Catalina de Médicis, reina de Francia, de donde se derivó el nombre que lleva. El Papa Benedicto XIV lo compró para establecer la residencia del Gobernador. Más tarde, en 1852, se estableció en él la Secretaría de Hacienda y el Correo. En 1870 fué destinado al objeto al cual sirve en la actualidad: es hoy el palacio del Senado. No nos detendremos á visitarle, y tomando por la calle *Crescensi*, admiraremos de paso la grandiosa construcción y hermoso aspecto del palacio Giustiniani, obra de Juan Fontana y de Borromini, célebre en tiempos anteriores por haber reunido magníficas pinturas y esculturas. Seguiremos nuestro camino y á poco andar nos hallaremos

en la plaza llamada del Pantheón y delante del gran templo que el paganismo consagró á sus dioses, y está reputado como la obra más perfecta y mejor acabada de la antigüedad, así como es el único que se conservó hasta hace pocos siglos en toda su integridad.

¡Difícil tarea la que nos hemos impuesto en la segunda parte de este libro! Describir con la pluma tantas y tan estupendas maravillas, que apenas el lápiz más firme ó el buril más ejercitado pueden representarlas débilmente. Trasladar con la imaginación al lector á esos lugares, para darle á conocer lo que solamente con la vista se puede apreciar en lo que vale, y muchas veces se hace necesario ver repetidas ocasiones para comprenderlo. Interesar al que lea nuestras descripciones, dando á estas una forma tal que no produzcan fastidio ni cansancio, tarea es superior á nuestras fuerzas, lo reconocemos, y si no fuera porque el solemne compromiso que tenemos contraído nos obliga estrechamente á llevar adelante nuestro trabajo, lo habríamos abandonado á la mitad, abrumados con el peso de una carga que á veces no tenemos fuerza para seguir llevando. Por otra parte, la necesidad de circunscribirnos á los límites de una publicación como la presente, que no debe ser muy voluminosa, nos pone en la tortura de reprimir nuestros arranques muy frecuentes de admiración y de irresistible entusiasmo, por no detener el curso de la narración, en la cual tendríamos que ser demasiado prolijos.

Y no es solamente esta exigencia la que nos atormenta. Cada edificio, cada monumento, cada objeto de arte, encierra una historia, que deseáramos referir completa, sujere una serie de reflexiones que quisiéramos comunicar al lector como nos fueron inspiradas, envuelve un tesoro de lecciones que tendríamos complacencia en transmitir como las aprendimos.....

Con la pluma en la mano y la vista fija sobre un grabado que aviva nuestros recuerdos de la visita que hicimos al famoso Pantheón, hemos estado pensando cómo describir un monumento indescriptible, cómo dar idea clara pero concisa



EL PANTEON.

LIT. C. MONTAÑOL. MÉXICO.

de esta maravilla del paganismo, cómo decir en pocos renglones lo mucho que nos ocurre acerca del soberbio edificio que consagrara la antigüedad á sus falsas divinidades, que la Iglesia Católica destinó al culto de todos sus santos, y la revolución italiana ha invadido para venerar allí á uno de sus ídolos predilectos.

Con el convencimiento pues, de no presentar una descripción digna del objeto y de los lectores, haremos la que nos sea posible, procurando que cuando menos sea el complemento de las dos láminas que acompañamos.

No existe duda alguna acerca del origen de este famoso templo. Edificado por Agripa en su tercer consulado, la célebre rotonda debía formar parte de las termas que construyó en Roma; pero proponiéndose después convertirla en templo, le mandó agregar el pórtico, cuya construcción, aunque casi contemporánea á la sala interior, no tiene relación alguna con ella; lo cual dió lugar á que se creyese por algunos anticuarios que la rotonda no había sido edificada por Agripa, sino que ya existía de mucho tiempo atrás. Hoy está bien averiguado que la rotonda y el pórtico fueron construidos de los años 726 al 728 de la fundación de Roma. Llamósele Pantheon, porque aunque dedicado á Júpiter, como atestigua Plinio, fueron colocadas en él las estatuas de Marte y de Venus, apareciendo esta con los atributos de otras muchas divinidades. Se cree asimismo que el nombre puede referirse á la forma de la bóveda, que se parece á la del Cielo.

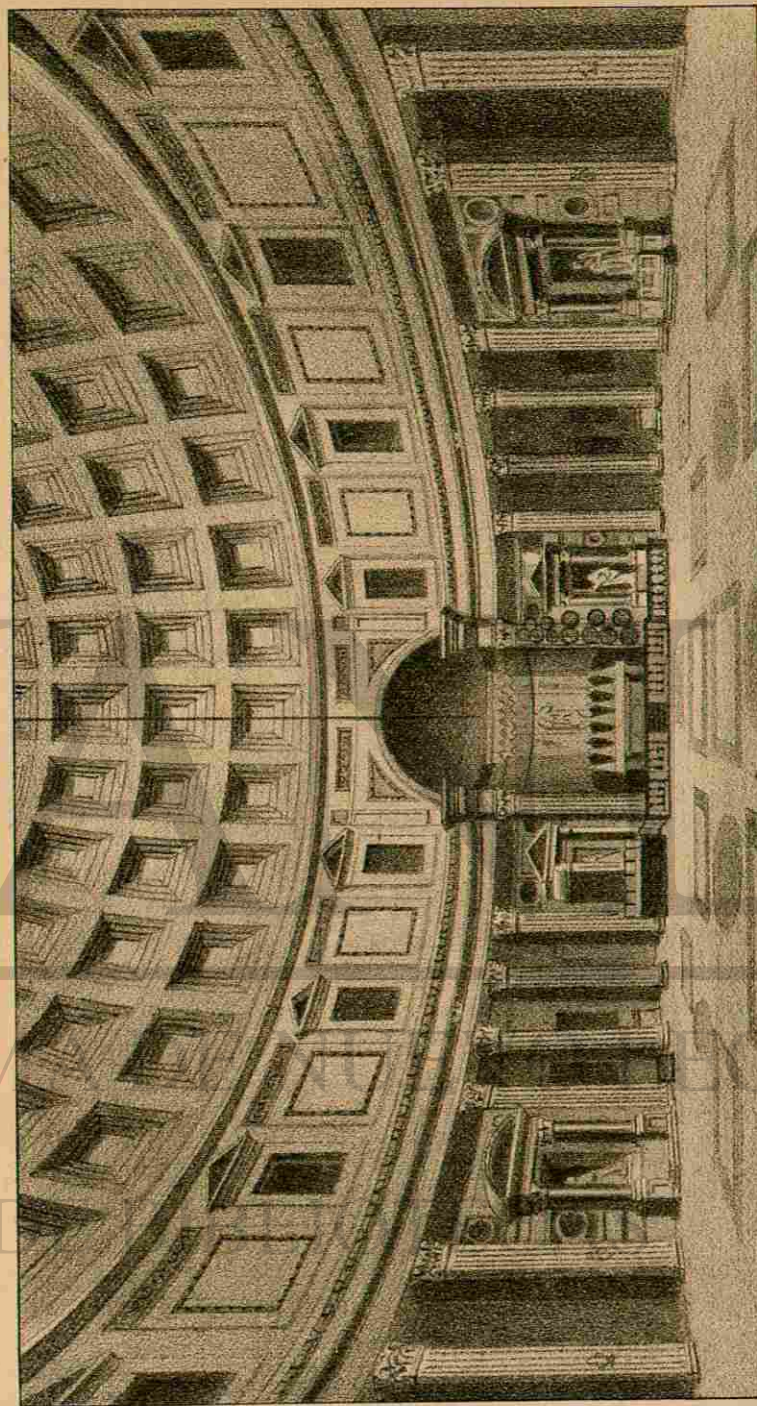
Inscripciones que se conservan todavía nos dan noticia de que el templo fué restaurado por Antonino el Píadoso, por Septimio Severo y por Caracalla; siendo la última restauración del año 202 de la Era cristiana.

En el año 391 fué cerrado como todos los otros paganos, y permaneció así hasta el de 608, en que Focas se lo donó al Papa Bonifacio IV, quien lo consagró á la Virgen María y á los Mártires, de donde tomó el nombre de Santa María de los Mártires. En esta época se conservaba intacto el edificio. En 663 Constante II, emperador de Constantinopla, le quitó las molduras de bronce y las estatuas del mismo metal que lo

adornaban. Gregorio III, en 751, reparó en parte el daño, mandando cubrir con láminas de plomo lo que había estado revestido de bronce.

En las irrupciones de los bárbaros sufrió gran deterioro el edificio, hasta el grado de haber desaparecido tres columnas del pórtico. El Pontífice Martín V comenzó á restaurar el techo, del cual no existía el revestimiento de plomo. Eugenio IV y Nicolás V prosiguieron la obra, y en principios del siglo XVI se puso una de las columnas que faltaban. En el siglo siguiente, Urbano VIII completó la restauración, agregando á la fachada del pórtico dos pequeños campanarios que permanecieron hasta estos últimos años, en que se tuvo el acierto de mandarlos demoler. Durante el reinado de Pío IX se ejecutaron algunas restauraciones, y fueron demolidas algunas casas que se habían levantado cerca del templo, por el lado del Oriente. Tal es, á grandes rasgos, la historia del Pantheon, hoy Rotonda de Santa María de los Mártires.

El soberbio pórtico hallábase elevado sobre una plataforma á la cual se subía por siete gradas; hoy sólo tiene dos, á pesar de que se halla el edificio en una hondonada artificial que fué necesario hacer para sacarlo del hundimiento en que se encontraba, á virtud de la elevación del suelo en el transcurso de los siglos. Mide 33 metros 10 centímetros de frente, por 15 metros 5 centímetros de fondo: está compuesto de diez y seis columnas de un solo bloc de granito oriental, con una altura de 12 metros 36 centímetros, sin comprender el pedestal y la base, que son de mármol. Ocho de estas columnas reciben el entablamento del frente, y un magnífico frontón triangular que se hallaba adornado con ricos bajo-relieves de bronce. Por cada uno de los lados se ven tres columnas y en el centro hay cuatro, que dividen el pórtico en tres naves, quedando la puerta en la de en medio, y en el fondo de las laterales todavía existen dos nichos, en los que antiguamente se hallaban las estatuas de Augusto y de Agripa. Las puertas que cubren la entrada son de bronce y muy antiguas; pero se cree no son las mismas que tenía el templo pagano, si algunas tuvo en su origen.



INTERIOR DEL PANTEON.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Magnífico y sorprendente es el aspecto del interior de la rotonda: su elegancia y nobleza no descuellan menos que su majestad. La gran cúpula descansa sobre un muro cilíndrico sin ventanas; no recibiendo otra luz el edificio que la introducida por una abertura circular que se halla en la parte superior de la cúpula. El diámetro de la rotonda es de 42 metros 73 centímetros, igual exactamente á la altura del edificio, desde el pavimento á la parte más elevada de la cúpula. En el espesor de la pared hay abiertos ocho grandes huecos que se hallan adornados cada uno con dos columnas y dos pilastras acanaladas de mármol amarillo y violado antiguo, alternados los colores. Dos de estos huecos, el que corresponde á la entrada y el que está enfrente, se hallan cerrados por arcos de muy bellas proporciones; este último sirve como de ábside al altar mayor. Los otros seis han sido destinados á capillas, tres de cada lado. Las columnas y pilastras reciben un gran entablamento de mármol blanco, cuyo friso es de pórfido. Sobre este cuerpo se levanta una especie de ático adornado con catorce nichos, y arriba de éste se desprende la gran cornisa que recibe la bóveda, la cual está decorada con cinco órdenes de cajones que ostentan en el centro elegantes rosetones de estuco. En los espacios que dejan vacíos las capillas, hay ocho nichos adornados con un frontón sostenido por dos columnas de orden corintio; estos nichos se han convertido hoy en otros tantos altares, con alguna modificación que se les hizo. El pavimento es de mármol de diversos colores.

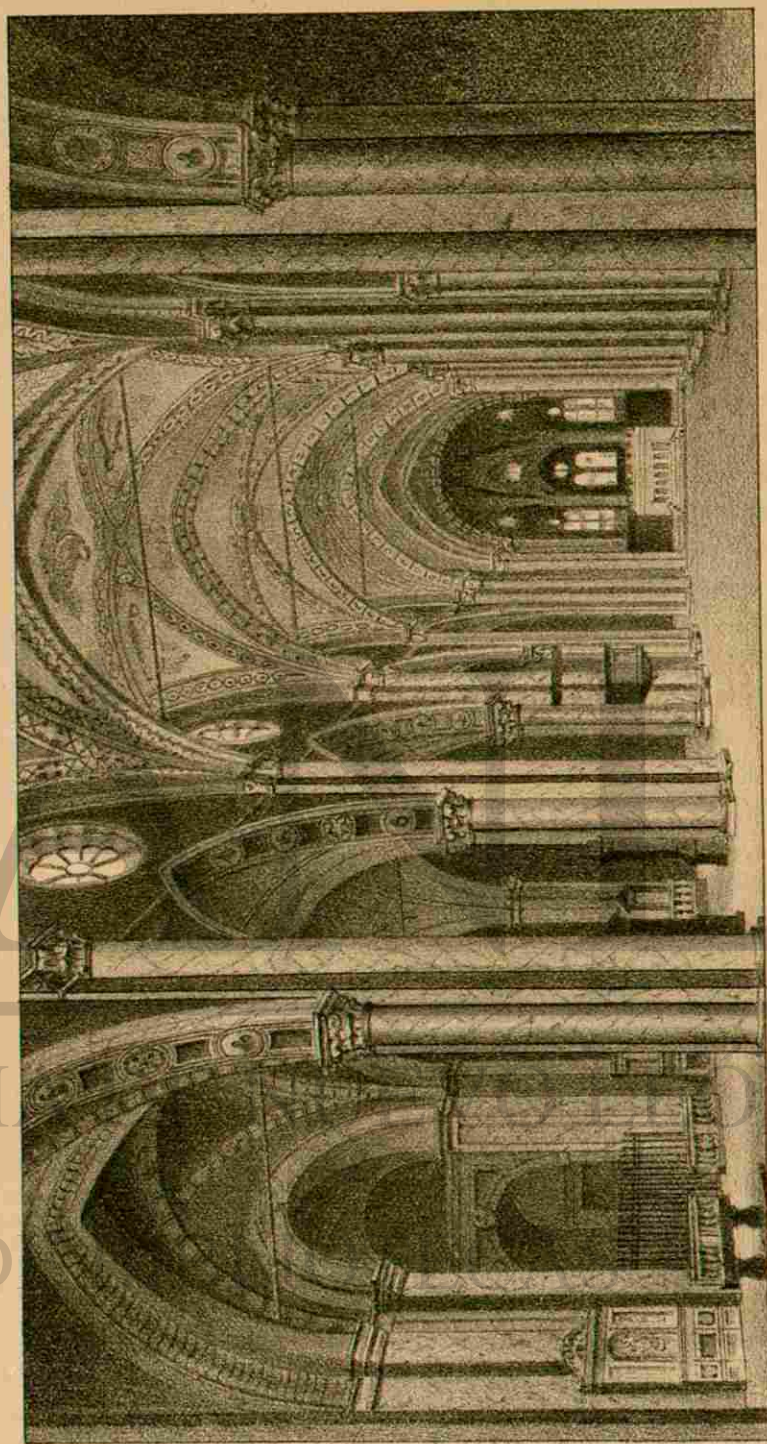
En la capilla que se halla en medio de las tres de la izquierda, entrando, está el altar de la Eucaristía, y en la de enfrente, el gobierno italiano mandó colocar el sepulcro de Víctor Manuel. ¡Terrible antítesis está realizando el Pantheon en esta época! ¡Frente al sagrado depósito del Fundador del Cristianismo, los despojos de uno de los últimos perseguidores de la Iglesia! Graves razones habrán obligado al Sumo Pontífice para permitir que continúe abierta al Culto católico una iglesia que hoy puede considerarse haber vuelto á poder del paganismo. Incrustado en la pared de la capilla se ve una especie de sarcófago de bronce con esta

inscripción: "Victor Manuel II, Padre de la Patria." Al pie de la tumba un centinela, fusil al hombro, se pasea militarmente haciendo los honores á los restos del hombre á quien ha deificado la revolución italiana: un empleado civil, vestido de uniforme, se halla sentado custodiando un álbum que se ve colocado sobre una mesa. En este álbum los visitantes pueden escribir sus impresiones. El respeto que nos inspiraba la presencia de la Eucaristía, y el que nos infunden los sepulcros, aunque sean paganos, impidiéndonos acercarnos á hojear aquel álbum, en el cual probablemente ha de haber escritas muchas páginas que de seguro han de contener algo más que alabanzas al héroe de 1870.

Admirable este grandioso templo por su antigüedad y por su arquitectura, está desprovisto de monumentos célebres en escultura y de obras notables en pintura. Una estatua de la Virgen, esculpida por Lorenzetto, un Santo Tomás metiendo la mano en la llaga del costado de Jesucristo, pintado por Bonzi Pedro Pablo, y un cuadro del martirio de San Esteban, son las únicas obras que merecen mencionarse.

Desde 1542 se fundó en esta iglesia una congregación compuesta de pintores, arquitectos, escultores y otras personas de mérito. Un gran número de los miembros de esta corporación fueron sepultados allí, multiplicándose los monumentos sepulcrales de tal manera, que en 1821 determinó el Gobierno fuesen transportados al Capitolio las estatuas y bustos que los adornaban. Se han conservado en la iglesia solamente los sepulcros de Rafael, de Aníbal Carracci, de Perín del Vaga, de Tadeo Zuccari y de Flaminio Vacca. Las inscripciones en honor de los dos primeros artistas, se hallan á los lados del altar de la Santísima Virgen, esculpidas por Lorenzetto.

Saliendo del Pantheón se toma una calle que se ve á la derecha y conduce á la plaza de la Minerva, célebre por los descubrimientos que se han hecho en ella de monumentos importantes. Allí fueron encontrados el obelisco que se halla en la misma plaza y en la del Pantheón, y otros muchos monumentos egipcios, entre otros un altar isiaico que hoy está



IGLESIA DE SANTA MARIA, SOBRE MINERVA.

en el museo del Capitolio. Allí fueron descubiertas las magníficas estatuas del Nilo y del Tiber; de las cuales la primera está en el Vaticano y la otra en París. El obelisco que se admira en el centro de la plaza fué colocado por el Bernini sobre un elefante de mármol que hizo Hércules Ferrata.

Sobre esta plaza se halla la magnífica iglesia de la Minerva, en la cual debemos introducir al lector; y no sienta en ello repugnancia, aunque no sea devoto, porque entre varias obras de arte, notabilísimas, tendrá que ver una bellísima estatua esculpida por Miguel Angel Buonaroti.

Edificada esta iglesia sobre las ruinas del templo de Minerva, que construyó Pompeyo el Grande después de sus victorias, se la llamó Santa María sobre Minerva. Hacia fines del siglo XIV los religiosos benedictinos la cedieron á los dominicos, quienes la reedificaron con magnificencia. En el siglo XVII el Cardenal Antonio Barberini la restauró considerablemente, con excepción del ábside y el coro, que fué reparado á expensas de los Palombari, bajo la dirección de Carlos Maderno. Es la única iglesia de Roma en que prevalece, tanto en la construcción como en la ornamentación, el estilo gótico, si bien no en toda su pureza. Mas la falta de unidad no perjudica al efecto del conjunto, que es á la verdad bello, majestuoso y sorprendente. Esbeltos pilares, á los que se ven adheridas medias columnas, revestidas en la parte inferior de mármol cipolino, y en la superior de fina escayola; elegantes arcos ojivales adornados con primorosos estucos; artísticas bóvedas divididas en secciones triangulares separadas por cordones realzados con preciosos relieves; el oro de los arabescos, de los rosetones y de las molduras reluciendo sobre fondo azul de ultramar, salpicado con estrellas también de oro; multitud de ventanas ojivales con vidrios de colores; un pavimento de transparente mármol; hé aquí el bello conjunto que se ofrece á la vista abarcando con ella al entrar, las tres naves del magnífico templo. ¿Le recorreremos en toda su magnífica extensión? ¿Visitaremos una por una las veinte capillas que circundan sus naves laterales y la del crucero? ¿Examinaremos minuciosamente la

infinidad de cuadros y la muchedumbre de esculturas, y la enorme cantidad de sepulcros y monumentos sepulcrales? Nosotros sí lo ejecutamos; pero no llevaremos al lector á ver cosa por cosa, temiendo que nuestras descripciones no puedan llegar á entretenerle con su lectura, tanto como á nosotros nos entretuvo la vista de los objetos que describiéramos, y no queríamos que el fastidio le obligase á dejar el libro, acaso sin fijarse en lo más interesante. Le mostraremos, por tanto, sólo aquellos objetos que no podrán menos de cautivar su atención.

Detengámonos en la tercera capilla de la derecha. Su restauración fué dirigida por Carlos Madero, lo que basta para decir que ofrece un aspecto bellissimo, así como su decoración ejecutada por César Nebbia. El altar mayor ostenta un cuadro hermosísimo de la Anunciación, que si no pertenece al angelical Fiesola, como se ha creído, debe ser de alguno de sus más aventajados discípulos.

Avanzando hacia el fondo del templo, llegando á la nave del crucero, no debemos pasar adelante sin entrar en una pequeña capilla; arrodillémonos delante de un bello Crucifijo de madera y veneremos en él una imagen de Jesucristo; pero tributemos en ella asimismo el culto debido al arte, consagrando un recuerdo á su autor, el célebre pintor Giotto. ¡Privilegio de esos artistas italianos, que así manejaban con maestría la paleta como el buril ó el cincel!

Nadie podrá ver con indiferencia las preciosidades de la gran capilla inmediata, dedicada á Santo Tomás de Aquino. Allí está la obra mejor acabada por el famoso Filippo Lippi, La Santísima Virgen, acompañada del Santo titular y del Cardenal Caraffa, fundador de la capilla. Del mismo autor se admira un cuadro de la Asunción, y arrebatada las miradas una magnífica pintura cuyo asunto es llamado la Disputa de Santo Tomás.

Antes de entrar en la capilla siguiente, es necesario contemplar un rato la tumba de Guillermo Durante, que ejecutó el célebre Juan Cosmati, escultor del siglo XIV. En el interior de la capilla quedaremos sorprendidos admirando en el

altar mayor el cuadro maestro de Carlos Maratta, que representa á la Virgen con los Santos canonizados por Clemente X, y la luneta de arriba pintada al fresco por Baciccio.

En el altar mayor extrañaremos su aparente pobreza, aunque nos llamará la atención por la elegancia de su forma. Es que tenemos á la vista la cubierta solamente del verdadero altar, que es de arquitectura gótica cincelado en metal galvanizado. Se descubre tan sólo en las grandes solemnidades. Abajo de la Mesa del Sacrificio, dentro de una urna de mármol blanco, están los gloriosos restos de la ilustre Santa Catalina de Sena.

Dos puertas colocadas á los lados del altar, abren paso al coro, que es magnífico en la decoración de sus paredes y en la bóveda, y ostenta dos grandes y soberbias tumbas de mármol, de dos Sumos Pontífices, León X, cuya estatua es obra de gran mérito, y Clemente VII, representado también por un célebre artista en otra estatua digna de mencionarse.

A la derecha del coro, y contiguo á él, hay una especie de capilla, pasillo ó corredor, en el cual llaman la atención los magníficos monumentos sepulcrales que lo adornan, la mayor parte del siglo XV. Merece visitarse despacio, y no puede describirse.

La capilla de Santo Domingo, como debe suponerse, no es la inferior de las que circundan la iglesia. Decorada con ocho bellísimas columnas de mármol blanco y negro antiguo, ostenta en el altar un sobresaliente cuadro de Pablo de Matteis. Llama en ella la atención el monumento sepulcral de Benedicto XIII, obra de varios artistas distinguidos, rica por los bajo-relieves y estatuas que lo adornan.

Dando vuelta á la otra nave lateral, admiraremos en la segunda capilla dos soberbias tumbas del notable escultor Tenerani y algunos cuadros de mérito de la escuela florentina. En la tercera es digno de admiración el cuadro de San Vicente Ferrer, obra de Bernardo Castelli.

De intento dejamos para el fin la descripción de la estatua del Salvador, de Miguel Angel. Después de haber contem-

plado esta obra incomparable, ya no hay en Santa María sobre Minerva objeto digno de mencionarse.

Desde que llegamos á Roma dimos la preferencia en nuestras visitas y excursiones á las obras del gran pintor, escultor y arquitecto. Su fama que desde muy niños nos era conocida, juntamente con la de su rival el divino Sancio, habían despertado en nosotros el vehemente deseo de admirarle en sus originales, que conocíamos en reproducciones diversas, ora en escultura, ora en pintura ó en grabado. De casi todas sus grandes obras, aun de las más censuradas, teníamos noticia; sabíamos en donde se hallaban, y no éramos extraños á la historia de cada una de ellas. Por eso al principiar nuestras visitas comenzábamos por San Pedro, y seguíamos con la Capilla Sixtina, y continuábamos con San Pedro *Ad-Vincula* y recorríamos otras iglesias y visitábamos otros monumentos, siempre buscando las obras del gigante artista. Ninguna noticia empero había llegado á nosotros de la existencia del mármol preciosísimo que se halla enriqueciendo Santa María sobre Minerva, del cual tuvimos conocimiento hasta que colocados enfrente de él, un religioso dominicano que nos acompañaba nos dijo su procedencia.

—¿Efectivamente es de Miguel Angel esta escultura? Preguntamos al religioso.

—Si usted conoce las obras de Buonaroti, nos dijo, comprenderá que este mármol no puede haber sido esculpido por otro cincel.

—Es verdaderamente bello, repusimos; pero tiene tal expresión de dulzura y mansedumbre, que no se puede creer haya sido cincelado por el autor del Moisés.

—Muchos visitantes, dijo el eclesiástico, han hecho la misma observación. Pero lo cierto es, y está bien averiguado, que este Salvador ha salido de la misma mano.

Profundo respeto y veneración inspiran en sus originales las maravillosas obras de los grandes ingenios, ora sea un Creador del mundo, como el de Miguel Angel en la Capilla Sixtina, ora un niño desnudo y sin representación como el de Rafael que se halla en la Academia de San Lucas, ora

una Virgen tan divina como la de Foligno, ora una Venus pagana, como la del Capitolio. Imponente es el aspecto de una de esas obras, sea cual fuere el personaje ó el asunto que representen. Lo verdaderamente hermoso en el arte, á la vez que excita nuestra admiración y arrebató nuestras miradas, nos impresiona de un modo irresistible, conmueve nuestro sér de una manera extraña y nos hace experimentar ciertos goces inefables de que no siempre podemos darnos cuenta. Ahora, cuando el asunto es de suyo interesante, cuando la representación es de un objeto agradable, cuando el personaje representado es por sí venerable para nosotros, entonces nos sentimos extasiados en la contemplación de aquella pintura, de aquella escultura, y cuántas veces caemos de rodillas delante de una bella imagen, dudando si prestamos adoración á un lienzo y á un trozo de mármol ó á la sagrada persona que representa.

Esto último nos aconteció al estar delante del Salvador de Miguel Angel. Simpática, interesante, venerabilísima para nosotros la personalidad del Hijo de Dios, nunca le habíamos visto retratado y ni aun nos lo habíamos imaginado como lo llegó á crear el incomparable artista. Sin antecedente alguno acerca de la historia del Dios-Hombre, un salvaje que viese aquella figura, tendría que adorarla por fuerza, reconociendo en aquella apariencia de hombre la Divinidad misma. Aquel Salvador con la Cruz entre las manos, como apoyándose en ella, está de pie y desnudo como en el acto de recibir el Bautismo en el Jordán; su cabeza dulcemente inclinada hacia el lado izquierdo; en su semblante resplandece la majestad de Dios y en sus ojos se revela el candor y la mansedumbre del Hombre sin pecado; su boca ligeramente entreabierta descubre algo que no es la sonrisa, pero sí la amabilidad: de esos labios no pueden salir sino palabras de sabiduría y de consuelo: aquellos ojos ven; aquella boca habla; ese rostro celestial tiene vida: el cuerpo en un sobrio desarrollo muscular permite hacer el estudio de su anatomía exterior en su mayor pureza y perfección: aquella figura debe moverse, porque manifiesta hallarse en posesión de todas

las partes del cuerpo que sirven para el movimiento. Ese hombre de mármol no tiene de estatua mas que la dureza y la frialdad. No lo toquéis y os parecerá vivo. Ese dios no tiene de humano sino el recuerdo de su origen; salió de manos de un hombre: olvidad por un momento al artista que lo formó, y tendréis que caer á sus pies y adorarle como á la Divinidad.....

El Salvador de Miguel Angel nos reconcilió para siempre con el artista. Veráse después el juicio que teníamos formado de las otras esculturas y pinturas religiosas salidas de sus manos. Inspirado en el paganismo sensual y materialista, sus obras en lo general están llenas de defectos bajo el punto de vista religioso, con muy contadas excepciones. Su Salvador vino á demostrar que aquel genio era capaz de inspirarse en el más puro sentimiento religioso y lo sabía expresar hasta un grado sublime, inimitable. Para estimar en lo que vale el talento colosal de Miguel Angel, es necesario estudiar detenidamente el Salvador de Santa María sobre Minerva, después de haber examinado sus frescos de la Capilla Sixtina.

Contigua á la iglesia se halla la magnífica biblioteca llamada *Casanatense* por haber pertenecido al Cardenal Gerónimo Casanate, quien la legó á los padres dominicanos para que fuese abierta al público, dejando además un cuantioso legado para su conservación y para la compra de nuevos libros. El Gobierno se ha apoderado de este gran establecimiento que es el primero de su clase en Roma; considerándose superior á la biblioteca del Vaticano en el número y calidad de las obras impresas; que en los manuscritos le supera con mucho la del palacio Pontificio, la cual no tiene rival en el mundo.

El número total de las obras que contenía la biblioteca *Casanatense* hasta hace cinco ó seis años que alcanzan las noticias que nos fueron proporcionadas, excedía de 120,000 volúmenes, y esto sin comprender los cuadernos y folletos reunidos en las misceláneas. Entre las obras curiosas que reúne, hay una Biblia en pergamino, escrita por el sistema que llamaban *Chirographia*, que consistía en la impresión de

los caracteres por medio de punzones que llevaban grabadas las letras. Este sistema preparó la invención de la imprenta. La biblioteca encierra hoy la mejor colección de los mejores grabados que se tomaron de las planchas que posee la calcografía del Gobierno.

Cerca de la plaza de la Minerva se encuentra el vasto edificio que llaman *El Seminario*, el cual reúne dos instituciones importantes, el Seminario Romano y el Seminario Pío. El primero fué fundado por el Pontífice León XII, en el sitio que hoy ocupa, cuando fué devuelto á los Padres Jesuitas el edificio del Colegio Romano, en el cual se había establecido anteriormente. Es el Seminario episcopal de la ciudad, y está regido por el Cardenal Vicario, quien tiene su residencia en el palacio contiguo. En este Colegio cursan como internos unos cien alumnos y son instruidos en los diversos ramos de la filosofía, de la teología y del derecho.

El Seminario Pío está en el mismo edificio, en departamento separado, no teniendo común con él sino la iglesia. Lo fundó Pío IX para aumentar los medios de instruir y de extender la instrucción religiosa á los jóvenes procedentes de los diversos estados romanos. En este Seminario se admite por concurso á un alumno de cada Diócesis, exigiéndoles el juramento de regresar á su país natal concluidos los estudios ó partir á las misiones extranjeras. Este colegio fué enriquecido por su fundador con una magnífica biblioteca que se formó con las obras que contenía la famosa de los Padres Geronimistas.

Después de las descripciones que hemos hecho de tantas y tan magníficas iglesias de Roma, creará el lector que tenemos agotado el material, y no nos quedan otras dignas de ser mencionadas; máxime, cuando todavía no hemos dado cuenta pormenorizada de nuestra visita á San Pedro. Se engaña el lector si tal ha creído: aun podríamos entretenerle con la descripción de otras cien que merecen visitarse antes de llegar á la gran Basílica; pero no queremos exponernos á incurrir en su censura, y cerraremos este capítulo con la visita que haremos á dos muy notables, reservándonos para

describir después otras cuatro ó cinco que no podríamos pasar en silencio.

Por más que procurábamos en nuestras excursiones llevar determinados derroteros, con el fin de ahorrarnos muchos pasos y aprovechar el tiempo cuanto más era posible, sucedíanos con frecuencia dejar de visitar algún edificio ó algún monumento inmediato á los lugares en donde habíamos estado. Lo mismo nos va á suceder con nuestros lectores, á pesar de nuestro empeño en conducirle por itinerarios regulares. Cuando fuimos á recorrer la plaza Navona y visitamos algunos de los edificios que en ella ó en sus cercanías se hallan situados, no tuvimos en cuenta que nos hallábamos poco distantes de las dos iglesias á donde ahora tenemos que ir, volviendo á tomar la ruta que habíamos ya recorrido. Perdónesenos esta distracción; que bien vale la pena de andar dos veces el mismo camino para ver cosas como las que vamos á mostrar en breve rato.

No lejos de la plaza Navona había en otro tiempo un vallecito en el cual San Gregorio Papa hizo edificar una pequeña iglesia en honor de la Virgen María, que por esto se llamó *Santa María in Vallicella*. En 1575 el Sumo Pontífice Gregorio XIII la cedió á San Felipe Neri, quien contando con la munificencia del Papa y del Cardenal Cesi, la convirtió en un suntuoso templo que desde entonces tomó el nombre de "Iglesia Nueva," que hasta hoy tiene.

La fachada de la iglesia es toda de travertino decorada con dos órdenes de pilastras corintias y compuestas. El interior es de tres naves fuera del crucero. La decoración de las paredes y bóvedas es de gran magnificencia; baste decir que fué dirigida por Pedro de Cortona, quien ejecutó personalmente los frescos de las bóvedas y de la cúpula que se deja entender son bellísimos. En las capillas laterales, que se ven decoradas con buen gusto y admirable riqueza, hay excelentes obras de arte de las que sólo mencionaremos las principales. En la primera capilla de la derecha está una hermosísima pintura de Scipión de Gaeta, que representa la Crucifixión. En la siguiente hay una buena copia que sustituyó al

gran cuadro original de Caravaggio, Jesucristo conducido al sepulcro, que fué trasladado á la galería del Vaticano. En la tercera merecen contemplarse una magnífica Ascensión de Muzziano. Una Coronación de la Virgen por el Caballero de Arpino en el altar del crucero á la derecha y las estatuas de San Juan Evangelista y San Juan Bautista, de Flaminio Vacca, son de indisputable mérito artístico. Llama la atención en el arco que se levanta sobre el altar una pintura que representa á nuestros primeros Padres, obra de José Ghezzi. En la capilla que nombran *Spada*, son notables los mármoles de Carlos Fontana y el gran cuadro de la Virgen con San Carlos y San Ignacio, de Carlos Maratta.

Sorprendente sin duda es el aspecto del altar mayor. Lo adornan cuatro bellísimas columnas de un exquisito mármol que se llama *portasanta*, y lo enriquecen tres magníficas pinturas del célebre flamenco Rubens: la del centro representa á la Santísima Virgen con una gloria de ángeles verdaderamente espléndida: las de los lados, á San Gregorio y á Santa Domitila, acompañados de otros santos. No era necesario más para que la Iglesia Nueva sea reputada como una de las de primera categoría entre las de Roma. Tres cuadros de Rubens, son un tesoro aun en la misma Ciudad de las bellas artes.

La capilla de San Felipe Neri es otra de las preciosidades de la iglesia. Guarda, en primer lugar, los restos del Santo, y después, hállase decorada con mármoles muy raros y con piedras preciosas: la tumba de San Felipe es de mosaico; los frescos de las paredes fueron ejecutados por pintores distinguidos, y las estatuas son de autores de nota.

Cerca del altar de esta última capilla se abre la puerta de la sacristía, que debe visitarse para ver en la bóveda un buen fresco de Pedro de Cortona. De la sacristía se pasa á una pequeña capilla en que celebraba la Misa San Felipe, y allí está la subida para las piezas que habitaba el Santo, en donde se conservan todavía algunos de sus muebles: allí se admira también un magnífico cuadro de Guido Reni.

A corta distancia de la Iglesia Nueva se halla situada una

de las más notables que tiene Roma, Santa María de la Paz. Edificada en 1487 por disposición de Sixto IV, en cumplimiento de un voto que hizo al Cielo para obtener la paz de Italia, fué restaurada dos siglos después por orden de Alejandro VII, quien confió la dirección de los trabajos á Pedro de Cortona. Este pintor-arquitecto concibió la idea de hacer un pórtico semicircular formado con columnas dóricas de travertino, y así lo ejecutó, dando á la fachada de la iglesia un aspecto singular y extraño.

Aun cuando se puede asegurar que no hay en Roma dos iglesias iguales en su forma, siendo tantas las que existen, puede notarse mucha semejanza entre algunas de las que fueron edificadas en la misma época, ó bajo la dirección de los mismos arquitectos. Santa María de la Paz no se asemeja á ninguna otra, y podemos decir que es única en cuanto á la disposición de su planta interior. Es de una sola nave, que puede considerarse como dividida en dos: la que está inmediata al pórtico es un paralelógramo rectángulo con las esquinas truncadas; la que le sigue es una especie de rotunda elegantísima superada por una muy bella cúpula octógona. La decoración de las paredes de las naves así como de las capillas es muy esmerada y artística; pero lo que más realza la ornamentación y admiran los visitantes, son los espléndidos frescos de las Sibilas y los Profetas, calificados como las obras más grandiosas y de mejor efecto que pintó Rafael, siguiendo el estilo de Miguel Angel, pero excediendo con mucho á su competidor. Comparando estas admirables figuras con las de los mismos personajes que Buonaroti pintó en la Capilla Sixtina, se observa que las de Rafael tienen todo lo que les falta á las de su rival, es á saber: la nobleza en las formas, la dignidad en el carácter y la belleza en las fisonomías.

Y no son estas pinturas las únicas de primer orden que ostenta en su interior la bellísima iglesia. Un pintor de Siena, Baltazar Peruzzi, se atrevió á medir sus fuerzas con el gran genio de Rafael, ejecutando una parte de los frescos de las bóvedas, y lo hizo con tan cabal éxito que sus pinturas

no quedaron ofuscadas por el brillo de las del pintor de Urbino. Otra cosa no podría decirse en su elogio. La Presentación al Templo, que es una de las pinturas de Peruzzi, está calificada por los inteligentes como una obra maestra; y nótese que tal calificación se ha hecho delante de unas de las obras más sublimes de Sancio, como son sin duda las Sibilas.

También Miguel Angel dió su contingente para la magnificencia de Santa María de la Paz. Como arquitecto hizo el plano y dirigió la construcción de la segunda capilla de la nave cuadrangular. Ya puede suponerse que la arquitectura es grandiosa y digna de llamar la atención.

En otra de las capillas de la izquierda, el grande artista dibujó el cuadro de la Anunciación, al que puso colores Marcelo Venusti, su discípulo.

Y no es posible descender á mayores detalles acerca de la decoración preciosísima de esta iglesia excepcional. Diremos solamente, para terminar, que hay anexo al templo un magnífico claustro de dobles pórticos, ejecutado por el Bramante. Un edificio como Santa María de la Paz, en que han trabajado arquitectos y pintores de la talla de los que dejamos hecha mención, debe ser considerado como una maravilla.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO.

El palacio de la Cancillería.—El palacio Farnesio.—San Andrés *della Valle*.—Teatro *Marcello*.—Templo de la Fortuna viril.—Casa, *Cola di Rienzo*.—Santa Maria *in Cosmedin*.—El Circo máximo.—Las Termas de Caracalla.

NO es solamente por sus iglesias por lo que Roma ha merecido llamarse la primera ciudad del mundo, lo es también por sus palacios, que los tiene magníficos y en número considerable. De muchos hemos dado noticia al lector y no son pocos aquellos que ha visitado en nuestra compañía. No pretenderíamos conducirlo á todos, porque ni nos fué posible penetrar en la mayor parte, ni acabaríamos, si fuésemos describiéndolos. Sabido es que Roma ha tenido en su seno los primeros arquitectos del mundo, y se sabe también que la opulencia romana no ha encontrado rival en ninguna otra nación: dos elementos para que en la gran ciudad se hayan construido soberbios palacios en los que se admira el arte y la grandiosidad. Vamos á introducir al lector, y ya no más, en otros dos que sería censurable los pasáramos en silencio. Hállanse situados en el cuartel de la ciudad que hemos venido recorriendo. Uno se llama de la Cancillería y el otro es el palacio Farnesio.

Nuestro amable Cónsul Angelini, que desempeña un empleo importante en la Cancillería apostólica, quiso que visitáramos la oficina que tiene á su cargo y se halla en el palacio que acabamos de mencionar. La mayor parte de los peregrinos mexicanos habíamos recibido la invitación y nos

encontramos en el edificio á la hora citada. La Cancillería es un edificio de grandes proporciones y grandiosa arquitectura, construido con piedras tomadas del Colosseo y con mármoles del arco de Gordiano. Su aspecto es severo, y basta decir que fué construido por el afamado Bramante, para dar á entender que fueron observadas en su construcción las reglas del arte y del buen gusto. Su gran patio es una obra magnífica, de gran magnificencia y de sorprendente belleza. Elevado á tres pisos, en los dos inferiores hállase circundado por elegantes y soberbios pórticos formados con bellas columnas dóricas de granito que sustentan hermosas bóvedas de muy correctas líneas. La escalera es muy espaciosa y sus tramos bien distribuidos. Amplios salones y cámaras recorrimos, en donde se hallan establecidas las oficinas; habiéndonos detenido en un soberbio salón que es el principal y se halla decorado en la bóveda con excelentes frescos de Jorge Vasari, representando algunos episodios de la vida de Paulo III. En ese salón tuvo la amabilidad de recibirnos un anciano Cardenal con quien fuimos presentados por Angelini. El prelado se dignó acompañarnos á recorrer en mucha parte el edificio y nos obsequió con medallas de cera de *Agnus* que nuestro amigo Angelini distribuyó entre los presentes. Visitamos por último la oficina en donde se guardan los sellos pontificios, los cuales nos fueron mostrados, con especialidad el que sirve para autenticar las bulas en que se confieren los nombramientos de Obispos.

—Con este sello, nos dijo Angelini, han sido autorizadas muchas bulas para Obispos mexicanos.

Después de haber examinado minuciosamente aquel sello todos y cada uno de los peregrinos, nos despedimos del Cónsul y abandonamos el edificio.

En donde puso la mano aquel genio superior que se llamó Miguel Angel, aparecieron grandes monumentos, magníficos cuadros, soberbios edificios. El palacio Farnesio calificado como el más bello y majestuoso de Roma sin exceptuar los del Vaticano, es una obra maestra de arquitectura que fué dirigida por varios distinguidos arquitectos entre otros San-

gallo y la terminó Miguel Angel, de quien es la celebrada cornisa de la fachada principal, que á juicio de los inteligentes no tiene igual en el mundo. La planta del palacio es casi cuadrada, y como no tiene arrimo con ninguna otra casa, ostenta por los cuatro lados sus magníficas fachadas de tres cuerpos. En la que mira á la calle *Giulia*, se abre un vestíbulo con doce columnas de granito que se levantan sobre muy elegantes zócalos. Este vestíbulo conduce á un espléndido patio suntuosamente decorado con tres órdenes arquitectónicos de los más bellos. Los dos primeros se componen de arcadas sostenidas en pilares adornados con medias columnas dóricas en el inferior y jónicas en el superior, las arcadas del piso bajo están abiertas formando un magnífico pórtico cuadrado, las del segundo están cerradas, teniendo en el centro grandes y elegantísimas ventanas adornadas con bellas molduras y frontones de muy buen estilo. El tercer piso está decorado con pilastras corintias entre las cuales se abren también muy hermosas ventanas.

Subiendo al primer piso alto por una soberbia escalera se halla enfrente la puerta del gran salón en el cual se han reunido muchas esculturas antiguas de mérito, procedentes la mayor parte del palacio de los Césares en el Monte Palatino y de las termas de Caracalla. Hay también dos estatuas modernas, la Caridad y la Abundancia, que modeló Guillermo de la Porta para la tumba de Paulo III y no fueron empleadas en dicho monumento por haber sido incrustado en la pared en la Basílica Vaticana. Hermosísimos frescos del Domeniquino, adornan espléndidamente las paredes de esta sala.

En la contigua se hacen notar las pinturas murales ejecutadas por Salviati, Luccari y Vasari: representan asuntos de la historia de Carlos V y Francisco I, y en uno de ellos se ve á Martín Lutero discutiendo con un Cardenal. Hay una magnífica estatua ecuestre de Calígula, que fué encontrada en las termas de Caracalla.

Dejando esta sala se llega á la célebre Galería, cuyos famosos frescos pintados por Aníbal Carracci, son la obra

más bien acabada de este gran artista, y con muy justo título han sido colocadas por los inteligentes en primera categoría entre las obras clásicas de la pintura. No las describiremos; sería imposible: son muchos los asuntos mitológicos que se ven allí representados en once cuadros de diferentes tamaños y en ocho pequeños medallones, unos y otros circundados de arabescos, de figuras académicas y de ornamentos de arquitectura, todo ejecutado con una perfección admirable. De las decoraciones de este género que hemos tenido ocasión de admirar en Roma, solamente los frescos de la Capilla Sixtina y los que adornan las Cámaras de Rafael en el Vaticano, pueden ser comparados con estas bellas pinturas en las que Aníbal, ayudado de su hermano Agustín y del no menos célebre Domeniquino, empleó nueve años de trabajo que, causa dolor decirlo, le fué recompensado por el Cardenal Farnesio, con la miserable suma de 500 escudos romanos. ¡Quirientos mil darían hoy los ingleses ó los franceses, por trasladarlos á sus magníficos museos! ¡Triste condición de los artistas, que no han de ser verdaderamente estimadas sus obras sino después de muertos!

Con esta desagradable impresión salimos del soberbio Palacio Farnesio, del cual ya no vimos más, por no haberse prestado á ello el custodio. Habíamos visto lo bastante para convencernos de que dicho palacio es sin duda el primero de la Ciudad Eterna.

Volviendo á la Plaza Navona, nos encontramos cerca de la iglesia de San Andrés de la Valle, que no podíamos dejar de visitar siquiera ligeramente. Sorprendiéonos su bello exterior, que ostenta una fachada magnífica de travertino adornada con dos clases de columnas de orden corintio y con estatuas de muy buenos autores.

El interior de esta amplia iglesia es de cruz latina de una sola nave con capillas á los lados. Entre estas hay una hermosísima que fué dirigida por Miguel Angel, y decorada según modelos de Rafael. No escasean en las otras capillas las bellas decoraciones y los valiosos objetos de arte; pero la riqueza extraordinaria de San Andrés hállase en las pinturas

clásicas que adornan la cúpula y el ábside del altar mayor. Allí pintó Lanfranc los más bellos grupos que han salido de su pincel: allí el Domeniquino representó á los cuatro Evangelistas, las seis virtudes y algunos rasgos de la vida de San Andrés, con una fuerza y una expresión indescriptibles: allí el celebrado Calabrés hizo ostentación de sus grandes dotes como artista, representando algunos asuntos de la vida del Apóstol. Y no tuvimos tiempo de prolongar nuestra visita á San Andrés de la Valle, porque la iglesia se hallaba llena de gente que asistía á un acto religioso.

Avanzando en dirección á la Vía de la Pescheria tropezamos con los restos del magnífico teatro Marcello, que fué comenzado por César y terminado por Octavio Augusto, quien lo dedicó á Marcello hijo de su hermana Octavia. Rodeado de soberbios pórticos que se cree se elevaban á tres pisos, aunque actualmente sólo dos aparecen, ostenta dobles arcadas de orden dórico y jónico en proporciones tan perfectas que se han tomado por modelos de arquitectura en los expresados órdenes. No queda de estas magníficas arcadas sino la parte que da á la plaza Montanara. Las dimensiones de este teatro eran tales y tan grande su capacidad, que podía contener 30,000 espectadores.

Otra antigüedad muy notable teníamos que ver á una cuadra de distancia del teatro Marcello, el famoso templo de Vesta cerca de Santa María *in Cosmedin*: no desagradará al lector que le traslademos á este lugar y le digamos una palabra acerca del origen y estado actual de tan bello monumento. Un gran pórtico circular de 178 pies de circunferencia, compuesto de 19 columnas corintias acanaladas de mármol blanco, que descansan sobre una plataforma circular de varias gradas, concéntrico al círculo exterior un muro circular también de mármol con bloques perfectamente unidos, forma lo que llaman la Celda ó *Cella*, que tiene de diámetro 28 pies. Las columnas miden de altura 36 pies y 3 de diámetro. Ha desaparecido la cornisa que sustentaban las columnas y la bóveda que cerraba el edificio. Esto es lo que existe del llamado templo de Vesta, que no están conformes los histo-

riadores acerca de su origen, el cual parece remontarse al segundo siglo del imperio romano.

Otros dos magníficos restos de arquitectura antigua hállanse no distantes del que hemos descrito, el templo de la Fortuna Viril y una casa llamada *Cola di Rienzo*.

El primero de estos edificios fué construido por Servio Tulio sexto rey de Roma, quien tributó un culto especial á la Fortuna, porque habiendo nacido esclavo llegó á subir al trono. La forma del templo es cuadrangular. Lo constituye un magnífico pórtico de 32 metros de largo por 16 de ancho, teniendo de frente cuatro columnas de orden jónico acanaladas de 9 metros de altura y 7 de la misma forma y dimensiones por los lados. Sobre las columnas descansa un soberbio entablamento cuyo friso adornan festones, genios, cabezas de buey y candelabros. Sobre la cornisa se levanta un bello frontón de dimensiones muy proporcionadas á la altura y al estilo del monumento. Toda la construcción descansa sobre un alto sub-basamento que se halla muy deteriorado, por haber estado hundido en el suelo hasta el año 1830.

La casa que mencionamos arriba es uno de los edificios antiguos más estimables, por ser el único que nos da idea de como eran las habitaciones de los antiguos romanos. Se sabe que en el siglo IX pertenecía á un cierto Nicolás, hijo de Crescencio, cuya familia en esa época era de las más ricas de Roma. Arriba de la antigua puerta, que hoy está cerrada, una inscripción del siglo XII escrita en versos latinos, dice que Nicolás donó esta casa á David su hijo. El aspecto exterior de la casa, lo único de que pudimos juzgar, es de muy buen estilo y no carece de magnificencia. Tiene tres pisos, en el interior sobresale un pórtico de seis columnas; el primer piso superior conserva todavía sus ventanas parabólicas, y el más alto remata en un frontón que recibe la techumbre de dos aguas. Esta casa es el único edificio de su clase que se conserva en la Ciudad Eterna.

No dejaremos de visitar una muy antigua iglesia que fué construida sobre las ruinas de un antiguo templo pagano. Parece que fué el templo de Ceres y Proserpina, edificado en

el tercer siglo de la fundación de Roma: todavía se ven del templo primitivo ocho columnas que están engastadas en los muros de la iglesia, y son de mármol blanco, acanaladas, de orden compuesto.

El Papa Adriano I reedificó esta iglesia en 782, adornándola ricamente, de donde tomó el nombre *In Cosmedin* que viene de una palabra griega que significa *ornamento*. Hoy vulgarmente se llama *Bocca de la verità*, á causa de una gran piedra redonda de mármol jaspeado que está bajo el pórtico y tiene la apariencia de una máscara del dios Pan con los ojos abiertos y la boca también.

El interior de la iglesia está dividido en tres naves por doce columnas antiguas de diferentes mármoles. Son notables los ambores en que se leían antiguamente las epístolas y los evangelios: merece llamar la atención una silla pontifical en mármol que se halla en el presbiterio, y algunas pinturas del siglo XII. Lo más notable de esta iglesia es el campanario, que es elevadísimo y se halla dividido en siete cuerpos fuera de la base que lo sustenta.

Cuéntase que en el valle que existe al pie del Palatino, los primitivos romanos, por iniciativa de Rómulo, juntábase á celebrar juegos públicos en honor de Neptuno, y refiérese que en este sitio fué donde se cometió el célebre rapto de las Sabinas: en recuerdo de dicho suceso, erigióse más tarde en el circo un altar subterráneo que se tenía cubierto con tierra, y era desenterrado cada vez que comenzaban los juegos, para celebrar allí un sacrificio. En este mismo lugar, Tarquino el viejo construyó más tarde un circo, que á causa de su extensión se llamó *máximo*, esto es, el más grande. Los juegos que allí se daban eran nombrados *circences* y era el espectáculo á que más se aficionaban los romanos; de aquí aquel terrible grito que el bajo pueblo dirigía á los emperadores en la época de gran relajación de las costumbres, "*Panem et circences*." Esos juegos consistían principalmente en carreras con carros tirados por dos ó cuatro caballos, en ejercicios atléticos, y en otros espectáculos de fuerza. Dionisio de Halicarnasio, que vió el gran circo después de la restau-

ración que le hizo Julio César, dice que tenía tres estados y medio de largo, es decir, casi media milla, por 240 metros de ancho, y podía contener hasta ciento cincuenta mil personas. El incendio de Nerón causó grandes desperfectos en este circo; que restauró Vespasiano, y lo hizo ensanchar hasta poder contener 250,000 personas, según afirma Plinio. Trajano lo agrandó todavía más, y lo fué también bajo Constantino, habiendo autor que afirma que en esa época tenía capacidad para 400,000 personas.

La forma de este circo no se parecía en nada al Anfiteatro Flavio; por las medidas que acabamos de mencionar, se ve que era largo y angosto, terminando en semicírculo una extremidad y la otra casi en ángulos rectos. Dicese que en toda la extensión del *podium* había un gran foso lleno de agua, de tres metros de ancho, con el objeto de proteger á los espectadores contra las fieras. Estaba circundado por un pórtico de tres cuerpos. De las ruinas de este circo no son visibles en la actualidad sino las casas y graneros que se han construido sobre los restos de los corredores y debajo de las bóvedas que sostenían las gradas, formando una inmensa manzana que se extiende casi en todo el sitio que aquel ocupaba.

Del Circo Máximo es conducido el viajero á las Termas de Caracalla, una de las más suntuosas ruinas que nos ha dejado la Roma antigua. Hacia el año 212 de la Era Vulgar, el emperador Antonino Caracalla hizo construir estas termas ó baños, que por eso tomaron su nombre. Aun cuando la historia consigna el hecho de que en 216 el emperador hizo la dedicación, bañándose él mismo, y admitiendo al pueblo á bañarse, está averiguado que la gran construcción fué continuada por Heliogábalo y la terminó Alejandro Severo.

Escritores verídicos refieren curiosos datos acerca de la magnificencia del establecimiento y de su amplitud, que aseguran permitía disponer de 1,600 lugares para bañarse. No es conocida la época en que fueron abandonadas estas termas, pero es probable que lo hayan sido en el siglo VI, durante la guerra entre los godos y griegos, bajo Justiniano.

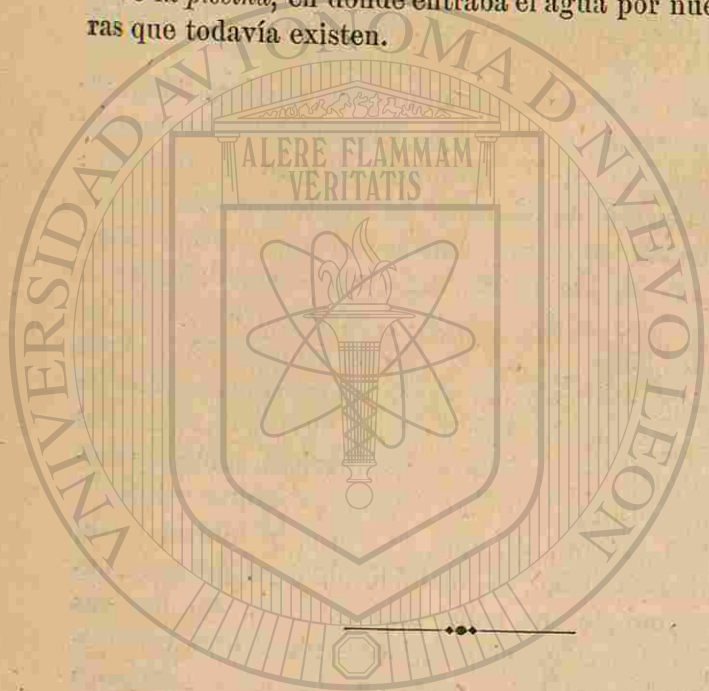
En las excavaciones hechas en el siglo XVI en estas ruinas, encontráronse magníficas estatuas, entre otras el célebre Dorso de Belvedere. Desde esa época hasta la presente, han sido extraídas de allí centenares de estatuas que se hallan enriqueciendo los museos de Italia.

Mucho se conserva en pie de los restos de las termas, y mucho también ha desaparecido. Haremos una breve descripción de lo que había y de lo que existe.

Un inmenso cuadrilátero, conteniendo una larga hilera de cámaras precedidas de un pórtico, circundaba un vastísimo patio en medio del cual se levantaba un gran edificio de dos cuerpos. Cada uno de los lados del cuadrilátero tenía una extensión de 337 metros; y el edificio central, de forma oblonga, medía 221 por 144 metros. La entrada se hallaba por el pórtico y se atravesaba el patio para llegar á las termas, propiamente dichas, ó sea el edificio central. En la Villa Guidi y sus alrededores, aun se ven ruinas considerables de las cámaras, y el pórtico por donde se abría la entrada. Delante de este pórtico elevábanse dos inmensos edificios semicirculares, de los que todavía existen importantes restos.

El edificio central, del que se conserva mucha parte, era, como hemos dicho, un cuadrado oblongo que tenía entradas por uno de sus lados más extensos. En los más cortos había dos palestras semejantes una á otra, y lo restante del edificio estaba ocupado con las salas destinadas para los baños. Las palestras eran dos patios circundados de pórticos, en donde los concurrentes entregábanse á ejercicios gimnásticos, sobre todo al pugilato. Después de atravesar una de las palestras, éntrase en la sala de en medio, cuya grandiosidad sólo es comparable con la del Colosseo; este era el departamento de los baños tibios que llamaban *Tepidarium*, teniendo en los cuatro ángulos pequeños departamentos probablemente destinados á las personas que no querían bañarse en reunión. A la izquierda del *Tepidarium* se ve otra sala inmensa que debió ser el *Frigidarium*, ó lugar destinado para los baños fríos. Esta es probablemente la famosa sala de que hablan los historiadores antiguos, magnífica por su decora-

ción y por su bóveda. Comunicando con el *Tepidarium*, estaba el *Calidarium* ó baño caliente, como se puede observar por los caloríferos que aparecen dentro de los muros, y contigua á esta otra gran sala circular en el fondo del edificio. Atrás del pórtico y de las cámaras que circundan el recinto, se ve la *piscina*, en donde entraba el agua por nueve aberturas que todavía existen.

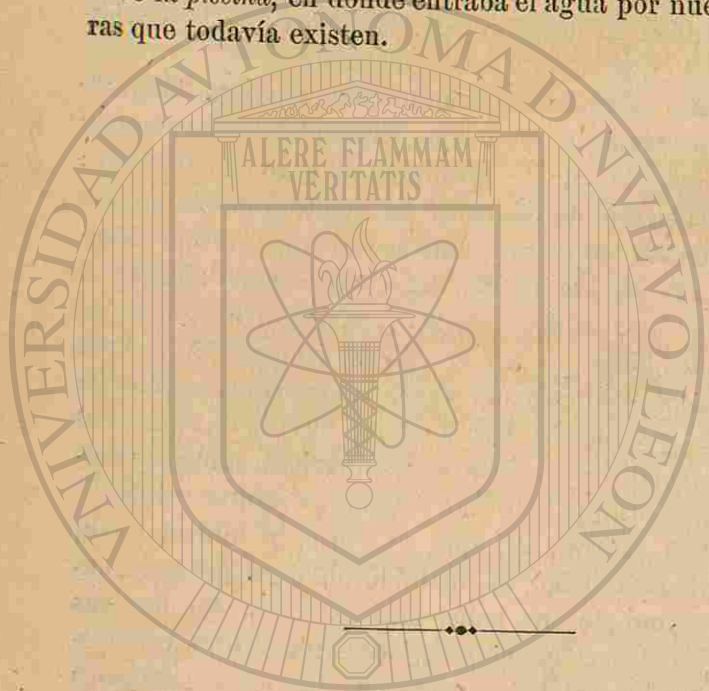


CAPÍTULO DÉCIMONOVENO.

La Tumba de Cayo Sexto.—La Abadía de las Tres Fuentes.—La basílica de San Pablo.—San Pedro *in Vinculis*.—El puente de San Angelo.—El Castillo.—San Pedro *in Montorio*.—Santa María *in Trastevere*.

HEMOS recorrido la mayor parte de las iglesias y monumentos más importantes que se hallan dentro de los muros de la ciudad, y hemos dado cuenta de algunas excursiones hechas fuera de las murallas: réstanos dar conocimiento al lector de una de estas últimas excursiones, para visitar la gran basílica de San Pablo. Saldremos por la puerta del mismo nombre, que en otro tiempo fué llamada Ostiense, y nos detendremos á contemplar la imponente tumba conocida con el nombre de Pirámide de Cayo Sexto, el monumento acaso mejor conservado de todos los que nos quedan de la antigua Roma. Tiene la forma cuadrangular como las de Egipto, y está construida con toba y travertino, revestida de mármol blanco; mide 36 metros de altura, y cada una de sus faces, en la parte más ancha, tiene cerca de 29 metros. Por el lado del camino se ven dos inscripciones que manifiestan haberse edificado la pirámide en honor de Cayo Sexto, para depositar allí sus cenizas. La cámara sepulcral está al nivel del sub-basamento, que es de travertino, y mide 5 metros 75 centímetros de largo, sobre 4 de ancho y 4.20 de altura. Las paredes de esta cámara están pintadas con candelabros de forma esbelta y elegante, con figuras de hombres tocando flautas, con vasos, con ofrendas, y en la bóveda se veían genios alados.

ción y por su bóveda. Comunicando con el *Tepidarium*, estaba el *Calidarium* ó baño caliente, como se puede observar por los caloríferos que aparecen dentro de los muros, y contigua á esta otra gran sala circular en el fondo del edificio. Atrás del pórtico y de las cámaras que circundan el recinto, se ve la *piscina*, en donde entraba el agua por nueve aberturas que todavía existen.



CAPÍTULO DÉCIMONOVENO.

La Tumba de Cayo Sexto.—La Abadía de las Tres Fuentes.—La basílica de San Pablo.—San Pedro *in Vinculis*.—El puente de San Angelo.—El Castillo.—San Pedro *in Montorio*.—Santa María *in Trastevere*.

HEMOS recorrido la mayor parte de las iglesias y monumentos más importantes que se hallan dentro de los muros de la ciudad, y hemos dado cuenta de algunas excursiones hechas fuera de las murallas: réstanos dar conocimiento al lector de una de estas últimas excursiones, para visitar la gran basílica de San Pablo. Saldremos por la puerta del mismo nombre, que en otro tiempo fué llamada Ostiense, y nos detendremos á contemplar la imponente tumba conocida con el nombre de Pirámide de Cayo Sexto, el monumento acaso mejor conservado de todos los que nos quedan de la antigua Roma. Tiene la forma cuadrangular como las de Egipto, y está construida con toba y travertino, revestida de mármol blanco; mide 36 metros de altura, y cada una de sus faces, en la parte más ancha, tiene cerca de 29 metros. Por el lado del camino se ven dos inscripciones que manifiestan haberse edificado la pirámide en honor de Cayo Sexto, para depositar allí sus cenizas. La cámara sepulcral está al nivel del sub-basamento, que es de travertino, y mide 5 metros 75 centímetros de largo, sobre 4 de ancho y 4.20 de altura. Las paredes de esta cámara están pintadas con candelabros de forma esbelta y elegante, con figuras de hombres tocando flautas, con vasos, con ofrendas, y en la bóveda se veían genios alados.

Cayo Sexto era uno de los *septemviro*s de los *epulones*, llamados así porque preparaban los *epula* ó sea los banquetes de los dioses, con ocasión de señaladas victorias, ó cuando alguna grande calamidad amenazaba á la república.

Siguiendo la dirección de la Vía de Ostia, se halla en el camino la Abadía de las Tres Fuentes. Refiere la tradición cristiana que en este sitio sufrió el martirio el Apóstol de las gentes: al rodar su cabeza por el suelo, dió ésta tres saltos, y en cada uno de los sitios en que tocó la tierra, brotaron milagrosamente manantiales de agua cristalina. Tres iglesias fueron edificadas por los antiguos cristianos en este lugar, que se llamó *ad Aquas Salvias*.

La iglesia que hoy existe fué renovada en 1590 por el Cardenal Pedro Aldobrandini; bajo la dirección de Jacobo de la Porta, quien le hizo una hermosa fachada. En el interior hay dos altares, uno con el cuadro de la Crucifixión de S. Pedro, copia del de Guido que se halla en el Vaticano, y el otro con la degollación de S. Pablo pintado por Passerotto. Las tres fuentes de agua milagrosa, están decoradas en forma de altares que adornan bellas columnas de verde antiguo.

Llegamos por fin á la gran basílica de San Pablo extramuros, una de las iglesias más antiguas de Roma, y sin embargo, la de aspecto más moderno, y acaso la última de las que han sido reconstruidas casi por completo en los tiempos actuales.

Para santificar el sitio en que fué sepultado el cuerpo del Apóstol, Constantino el Grande hizo edificar esta iglesia en una quinta de la propiedad de Lucina, señora romana convertida al Cristianismo. En 386 los emperadores Valentiniano II, Teodosio y Arcadio, comenzaron la reedificación de la Basílica, bajo un plan mucho más extenso; habiendo sido terminada la obra por el sucesor de aquellos, Honorio, según lo atestigua una inscripción en verso que se lee arriba de uno de los arcos de la nave principal. En la sucesión de los siglos, muchos Papas restauraron é hicieron decorar la Iglesia. En los últimos tiempos y particularmente bajo el reinado del Sumo Pontífice Pío VII, habíase gastado sumas

considerables en la restauración de los techos y en otras importantes reparaciones, cuando en la noche del 15 al 16 de Julio de 1823 declaróse un terrible incendio que convirtió en cenizas la magnífica techumbre, hizo desaparecer las ricas decoraciones de las paredes, destruyendo éstas en su mayor parte; dejando así de existir la obra de muchos siglos, la basílica más antigua no solamente de Roma sino de la Cristiandad.

Cuando acaeció el siniestro, hallábase gravemente enfermo el Sumo Pontífice Pío VII, y murió sin haber tenido noticia del desastre.

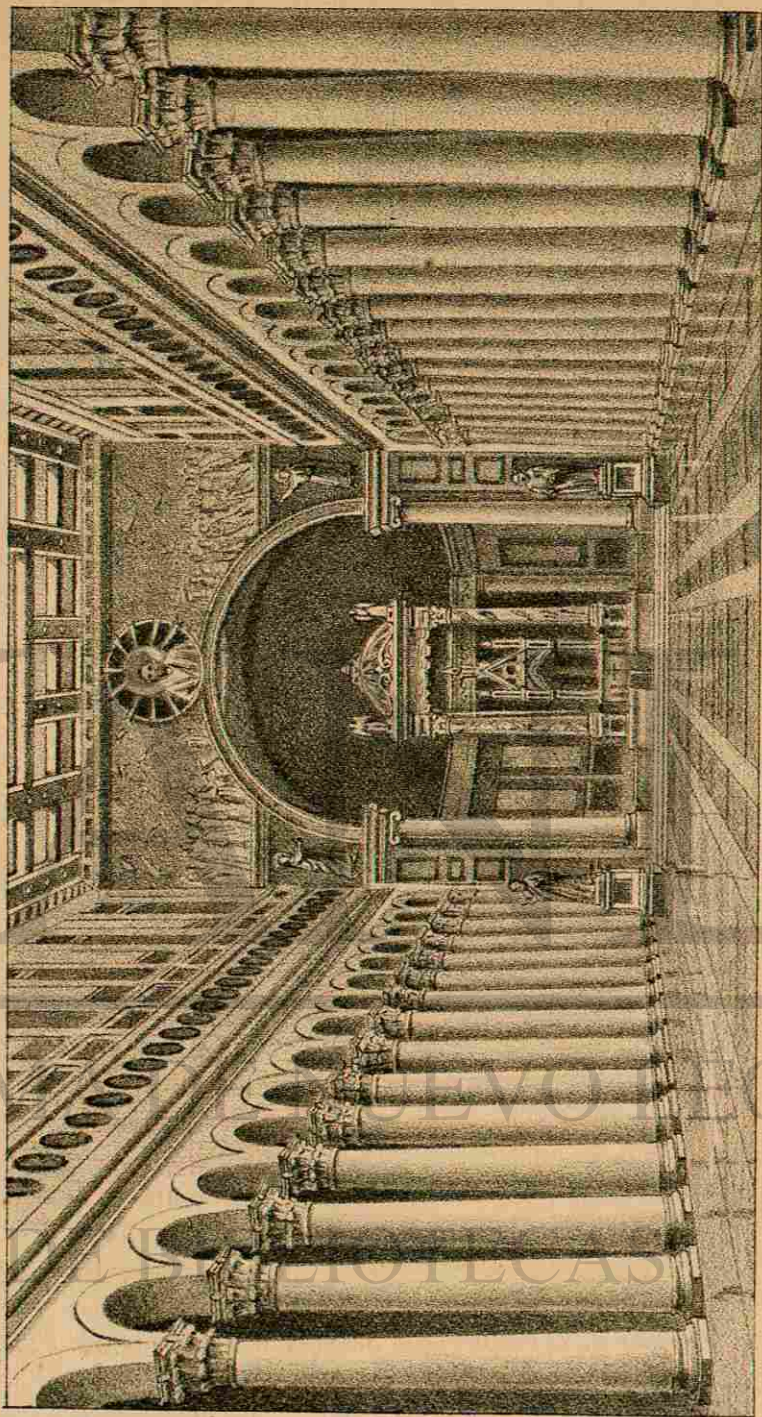
León XII, que le sucedió, puso toda solicitud para que la basílica Ostiense resucitara de sus cenizas majestuosa y digna de la magnificencia romana. Dirigió cartas pastorales á todos los Obispos del mundo católico, invitándoles á recoger y á enviar á Roma las ofrendas de los fieles para la reconstrucción de la basílica. La invitación produjo el efecto deseado; los dones de los fieles llegaron á Roma en tan considerables sumas, que animaron al Santo Padre á reedificar la iglesia bajo un plan mucho más grandioso que el que se había propuesto. La ejecución de la obra fué encomendada á los mejores arquitectos de Roma, después de haber oído la opinión de la Insigne Academia de San Lucas acerca de los proyectos presentados. Muerto León XII los pontífices que le sucedieron, Pío VIII y Gregorio XVI, prosiguieron empeñosamente la construcción de las obras, y por último el gran Pío IX, que les dedicó una especial atención, tuvo el gusto de consagrar esta nueva é imponente basílica el 10 de Diciembre de 1854.

Una descripción detallada de este magnífico templo, que si bien nada tiene de común con San Pedro en cuanto á la forma y á las proporciones, compite con él en grandiosidad y en la riqueza de la ornamentación; una descripción, decíamos, pormenorizada de todo lo que encierra la suntuosa basílica, ocuparía un volumen que ni tendríamos la paciencia de escribir ni nuestros lectores de leer. A grandes rasgos daremos idea del aspecto general de la basílica, llamando la

atención en particular solamente respecto de aquellas cosas que más sorprenden al visitante.

Dos son las fachadas principales en el exterior de la basílica, la del lado Oriente, que ostenta un pórtico de doce columnas de mármol griego jaspeado, y la del Norte, que todavía no está terminada, y tiene siete puertas, tres que corresponden á la nave central y dos de cada lado á las naves laterales. Por el lado Sur se admira el sorprendente campanario de gigantescas proporciones, construido desde la base hasta la cima con piedra de travertino.

Pasando al interior, es necesario colocarse en la puerta del centro de las que se hallan por el lado Norte, y desde ahí abarcar con la vista el inmenso espacio que se halla encerrado dentro de los muros de aquel grandioso templo. Cuatro hileras de soberbias columnas corintias, forman las cinco amplísimas naves de este inmenso edificio, cuyas proporciones gigantescas á diferencia de la Basílica Vaticana, pueden ser apreciadas al primer golpe de vista. Ochenta columnas de granito con capiteles y bases de mármol blanco, reproduciéndose sobre un pavimento de transparentes mármoles que reflejan á la vez los colores y el dorado de las paredes y de la techumbre; elegantes arcadas recibiendo un magnífico entablamento de mármol, en cuyo friso se ostentan en mosaicos elegantes medallones con los retratos de los Sumos Pontífices; sorprendentes frescos alternando con las ventanas en el cuerpo superior, limitando la nave central el gran arco llamado de Placidia, embellecido con un antiguo mosaico que salvó del incendio de 1823, sostenido por dos soberbias columnas jónicas de granito: en medio de la gran nave y correspondiendo al centro de la que forma el crucero, el antiguo altar papal de la confesión, adornado con cuatro columnas de bello pórfido que sostienen un baldaquino gótico en forma piramidal, colocado dentro de otro suntuosísimo, sostenido por cuatro riquísimas columnas de alabastro oriental, y cerrando el cuadro en el fondo de la nave central el soberbio ábside del presbiterio decorado con pilastras de preciosos mármoles, con bajo-relieves, con antiguos mosaicos, y otra



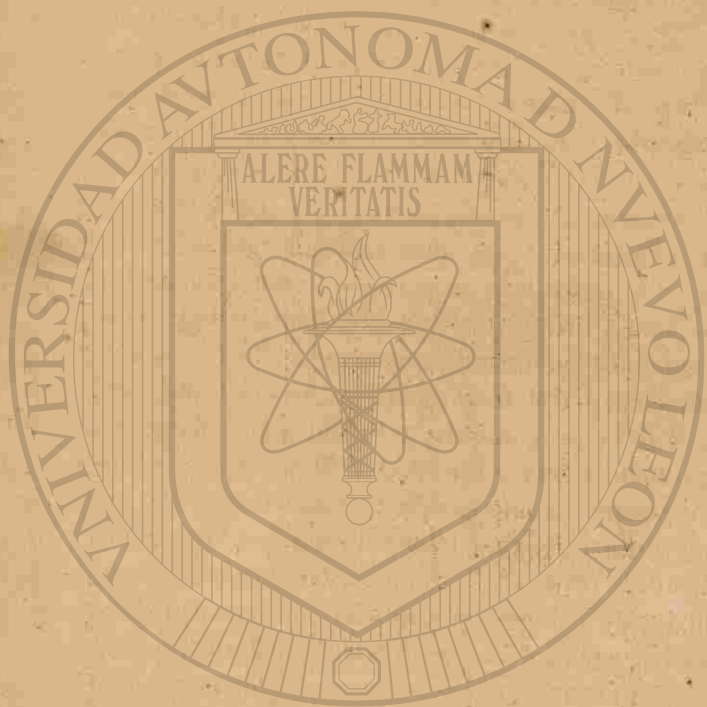
INTERIOR DE LA BASILICA DE SAN PABLO.

EXTRA-MUROS, EN ROMA.

porción de adornos muy estimables; tal es el conjunto que ofrece á la vista del observador la gran basílica de San Pablo.

Necesario es detenerse á contemplar la nave transversal que forma el crucero, que por sí sola constituye un magnífico templo de bellísimas proporciones y ricamente decorado. Revestidas sus paredes de precioso mármol de Carrara, resaltan sobre ellas, á distancias proporcionadas y con rigurosa simetría, veinticuatro pilastras acanaladas de mármol violado, formadas con los restos de la antigua basílica, siendo las bases y capiteles de mármol blanco. En cada una de las extremidades de esta nave, hay un altar adornado con cuatro hermosas columnas corintias de mármol violeta, que decoraban la basílica antes del incendio. Descansando sobre las pilastras que van descritas, el entablamento de mármol blanco, á la misma altura que viene circundando dicha cornisa la nave central y las laterales, continúa la serie de medallones en mosaico de los retratos de los Sumos Pontífices; sobre la cornisa del entablamento se levanta un cuerpo superior de arquitectura que adornan bellísimas pilastras de escajola, armonizando en los colores y en la forma con las del cuerpo inferior, y en los espacios intermedios, revestidos también de bruñido estuco, alternándose con hermosas ventanas con vidrios de colores, magníficas pinturas al fresco, relativas á varios asuntos de la vida de San Pablo, que la munificencia del inmortal Pío IX á sus propias expensas hizo ejecutar por los más distinguidos artistas italianos. Rematando este segundo cuerpo, una soberbia cornisa recibida sobre elegantes ménsulas, ostenta el magnífico artezonado de preciosas maderas, formando cajones decorados con bajo-relieves, rosetones y arabescos de muy exquisito gusto.

En el muro en que se abre el ábside del presbiterio, á los lados de éste ábrense también cuatro entradas que corresponden á otras tantas capillas, dos de cada lado. La más inmediata al derecho está dedicada á San Esteban y es elegantísima: la enriquecen pilastras corintias de granito rojo oriental, un magnífico entablamento de mármol con friso de la misma piedra y una elegante bóveda decorada con pri-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

morosos estucos: el altar ostenta en sus columnas, en sus cornisas, molduras y basamento el más bello pórvido y los mármoles más exquisitos. La segunda capilla conserva la arquitectura que le dió el celebrado Carlos Maderno, y allí se venera la imponente figura del Crucificado esculpida en madera, por Cavallini: se cree que es la misma que vió animarse Santa Brígida, (*Birgita*) y le habló varias veces: está igualmente enriquecida con pilastras corintias acanaladas de mármol blanco, entre las cuales se abren ocho nichos: las paredes están revestidas en toda su extensión de ricos mármoles de colores, lo mismo que el pavimento, y la bóveda embellecida con hermosos grupos de ángeles pintados sobre un fondo de oro. La tercera capilla es elegantísima; está dedicada á San Benito y la adornan doce columnas, seis de cada lado, que se levantan sobre un sub-basamento de granito y sostienen la bóveda dividida en cajones decorados con bajo-relieves de estuco: el altar construido con mármoles exquisitos de color, ostenta la bella estatua de San Benito esculpida por Tenerani. La última capilla está destinada á servir de coro á los canónigos: su arquitectura es la misma de Carlos Maderno y su decoración es de pórvidos y mármoles; el pavimento marmóreo también, y la bóveda pintada con magníficos frescos de autores florentinos.

Después de haber examinado todas estas bellezas, ó más bien antes de examinarlas, el visitante cristiano debe arrojarse delante del baldaquino que ya hemos descrito, para venerar las reliquias de los santos Apóstoles que allí están depositadas. Sabido es que allí se encuentra una parte de los cuerpos del Príncipe de los Apóstoles y del Apóstol de las gentes, hallándose la otra parte abajo del altar de la Confesión en la Basílica Vaticana.

Después de haber recorrido la nave principal y la del crucero, debe seguirse dando vuelta por las naves laterales para admirar la suntuosa decoración de las paredes que cercan la iglesia en sentido longitudinal: revestidas de mármol blanco con resaltes de otros mármoles preciosos de diversos colores, ostentan de cada lado veintidós pilastras de bello cipolino con

bases y capiteles de mármol blanco: en los espacios que dejan libres las pilastras, se abren veinte elegantísimas ventanas con vidrios de colores, que dejan ver las figuras de los Apóstoles y de ocho de los principales Doctores de la Iglesia latina y griega. Las cuatro naves laterales están cerradas con ricos artezonados, armonizando en su forma y ornamentación con los de la nave principal y del crucero.

Bella, muy bella y suntuosa en su conjunto y en sus detalles la gran basílica de San Pablo, es objeto de grande admiración para los artistas, y su riqueza sorprende al visitante aunque haya recorrido antes todas las iglesias de Roma, sin excluir San Pedro. Esta basílica además tiene para el viajero mexicano el interés que no puede menos de inspirar una obra de arte á la cual hemos prestado, aunque en pequeña escala, nuestro contingente: las Diócesis de la República contribuyeron con su óbolo á la reconstrucción de este magnífico monumento, uno de los primeros de la Cristiandad.

Hemos recorrido la mayor parte de los principales edificios de la Ciudad Eterna en la parte comprendida en la margen izquierda del Tíber. De los que nos propusimos visitar por ese lado nos falta solamente conducir al lector á una iglesia, que si bien no figura entre las de primera categoría por su arquitectura y ornamentación, no es de las menos notables, y encierra además dentro de sus muros la obra más gigantesca, la más admirable de las que legara á la posteridad el incomparable artista Miguel Angel. Iremos allá; que por largo que sea el camino que vamos á recorrer no se arrepentirá el lector de habernos acompañado.

La iglesia de San Pedro *in Vinculis* fué erigida en el siglo V durante el Pontificado de San León el Grande, por Eudoxia, mujer de Valentiniano III, emperador de Occidente, para conservar allí las cadenas con las cuales Herodes hizo aprisionar á San Pedro en Jerusalem, y fueron donadas á la emperatriz por el Patriarca Jovenal. Reedificada esta iglesia por el Pontífice Adriano, Julio II la hizo restaurar en 1503, cediéndola á los canónigos de San Salvador que después han sido llamados de San Juan de Letrán. En 1705 fué

nuevamente restaurada hasta quedar en el estado en que hoy se halla.

En la arquitectura de esta iglesia, que no deja de ser grandiosa, se hacen notar veinte columnas antiguas acanaladas de mármol griego y orden dórico, que tienen siete pies de circunferencia.

Independientemente de la grande obra de escultura que forma la mayor riqueza de San Pedro *in Vinculis*, encierra otras de gran mérito y muy estimadas de los inteligentes. Un San Agustín pintado por el Guercino que se halla en el primer altar á la derecha, es un cuadro ejecutado con energía que presenta al gran Doctor de la Iglesia, lleno de vida y de expresión. La Libertad de San Pedro, cuyo original está en la sacristía, y una copia se ve en el altar inmediato al de San Agustín, es una de las obras notables del Domeniquino. Dos monumentos sepulcrales que se hallan á los lados de este altar y pertenecen á los cardenales Aguchi y Margotti, son obra también dirigida por el mismo artista, siendo de su propio pincel los magníficos retratos que los adornan. En el altar de otra capilla está la Santa Margarita, bellísima pintura reputada como una de las mejores del celebrado Guercino.

Un San Sebastián en mosaico, obra rara del siglo VII, y una Piedad que se atribuye á Pomarancio, son objetos de grande admiración para los artistas.

No podíamos dejar de mencionar estas preciosidades que forman parte de la riqueza artística de la iglesia antes de colocar al lector enfrente del asombroso monumento que por orden de Julio II, y para servirle de tumba proyectó y ejecutó en parte el insigne Buonaroti. Ya se deja entender que nosotros al llegar á la iglesia invertimos el orden, dirigiéndonos inmediatamente al lado derecho del crucero en donde se halla revistiendo la pared la gigantesca obra.

Debe saberse que el inmortal Pontífice, menos acaso por inmortalizar su nombre que por presentar á Miguel Angel una nueva ocasión de ejercitar su ingenio, le ordenó proyectase un gran monumento sepulcral de cuatro fachadas que

debería ser colocado en el centro de una de las naves de la Basílica Vaticana. Julio II, verdadero amor del arte y gran protector de los artistas, no escaseó á Buonaroti el dinero para los gastos de la obra, y esta fué avanzando hasta quedar concluida la fachada principal. Pero el costo que iba sacando, alarmó al Pontífice, y los trabajos fueron suspendidos hasta su muerte. Uno de sus sucesores, Paulo III, dispuso que la parte ejecutada ya de la tumba fuese erigida en el lugar en que hoy se halla.

Excusado es decir que la gran fachada del monumento que hoy causa el asombro del mundo en San Pedro *in Vinculis*, en la parte arquitectónica, es digna del talento y de la fama del gran arquitecto y escultor; mas lo que principalmente atrae las miradas de todos, lo que forma la admiración de los artistas, lo que mereció á su autor ser calificado como el primer escultor, no sólo de su siglo sino de los anteriores y de los que le han seguido, es el Moisés de tamaño colosal de un solo bloc que se halla sentado majestuosamente, como debajo de soberbio solio, en el nicho abierto en medio de la fachada. Nada hay en la estatuaria antigua ni en la moderna comparable con esta figura, que con razón han dicho unánimemente los artistas de todo el mundo, es única en su género. Concébase, si es posible, el aspecto de un gigante de hercúleas formas, cuya energía se puede admirar en los miembros del cuerpo que no se hallan cubiertos con abundantes y bien plegadas ropas; una cabeza largamente ovalada en la cual grandes ojos destellan una mirada feroz y penetrante; una frente espaciosa, nariz aguilena y lo demás del rostro casi cubierto con una espesísima barba que cuelga hasta más abajo de la cintura: el conjunto es el de un hombre que se halla en actitud de levantarse de su asiento, apoyándose sobre las tablas de la ley, y revela la acción de quien va á dirigir la palabra á todo un pueblo entregado á la disolución y á la idolatría, para comunicarle de parte de Dios los preceptos que han de normar en adelante su conducta. La expresión de la cara de Moisés descubre su misión divina y los sentimientos de que se halla poseído: la inspiración

del cielo resplandece en su semblante; la sabiduría que Dios le ha infundido se descubre en medio de ese aspecto feroz y medio salvaje que hace estremecer. La mirada de ese hombre refleja todavía los rayos del Sinaí que circundaban seguramente todo su rostro, condensándose especialmente sobre su frente, la cual aparece coronada con dos prominencias á manera de nacientes cuernos. La energía de que viene revestido para desempeñar su terrible misión se retrata en su mirada, en su postura, en su continente. Ese hombre acaba de estar en la presencia de Dios; y ha recibido de la Divinidad una parte de su omnímodo poder. Con ese brazo que apoya en las tablas de la ley, empuñará la vara prodigiosa que hará saltar agua de la roca, y producirá otros muchos fenómenos sobrenaturales que han de hacer brillar la fe en un pueblo rudo y de corazón empedernido. De esos labios saldrán palabras de vida que oirá dócil Israel para convertirse al Señor su Dios, cuyas misericordias cantará en el tímpano y en la cítara.

Grandes defectos ha encontrado la crítica en la soberbia estatua del Moisés de Miguel Angel, que á nuestro juicio vienen á realzar el gran mérito de la composición. Ese aspecto feroz que se revela en el semblante del legislador hebreo, se dice, más bien pertenece á un salvaje, que al hombre inspirado por Dios y lleno de la sabiduría infinita. Ese aspecto feroz y como de un hombre irritado, diríamos nosotros, refleja, sin duda, el enojo de un Dios justiciero contra una nación escogida, que desconociendo los favores recibidos, entregábase á la idolatría mientras su caudillo estaba tratando con el Altísimo acerca de las cosas que se referían á la salud de ese mismo pueblo. Repróchase al artista la gran abundancia de tela que forma las ropas de la estatua. Miguel Angel no podía dejar de ser grandioso hasta en los detalles de sus obras, y ostentaba cierto lujo en el arte, que si en algo no se le puede reprochar es en los ropajes de las estatuas: nadie ha sabido plegar el mármol como él; nadie ha podido vestir la piedra con la piedra con más naturalidad y perfección. ¡Qué mucho que para hacer brillar sus aptitudes á este

respecto, vistiese con abundantes ropas una estatua, en que se propuso el artista hacer la mayor ostentación de su genio!

Estos son los defectos que señalan los inteligentes en la magnífica obra de Miguel Angel. Dado que lo fuesen, ¿qué valen junto á sus bellezas y perfecciones? Lo cierto es que la estatua tiene vida, que la expresión de su rostro, que la actitud de su cuerpo, que los contornos del mármol, forman la representación de un hombre extraordinario como fué Moisés, y revelan el pensamiento de otro hombre extraordinario como Julio II, y evidencian las dotes de un genio extraordinario también, como Miguel Angel. ¡Alabemos al Señor, cuya sabiduría y cuyo poder así resplandece en sus criaturas!

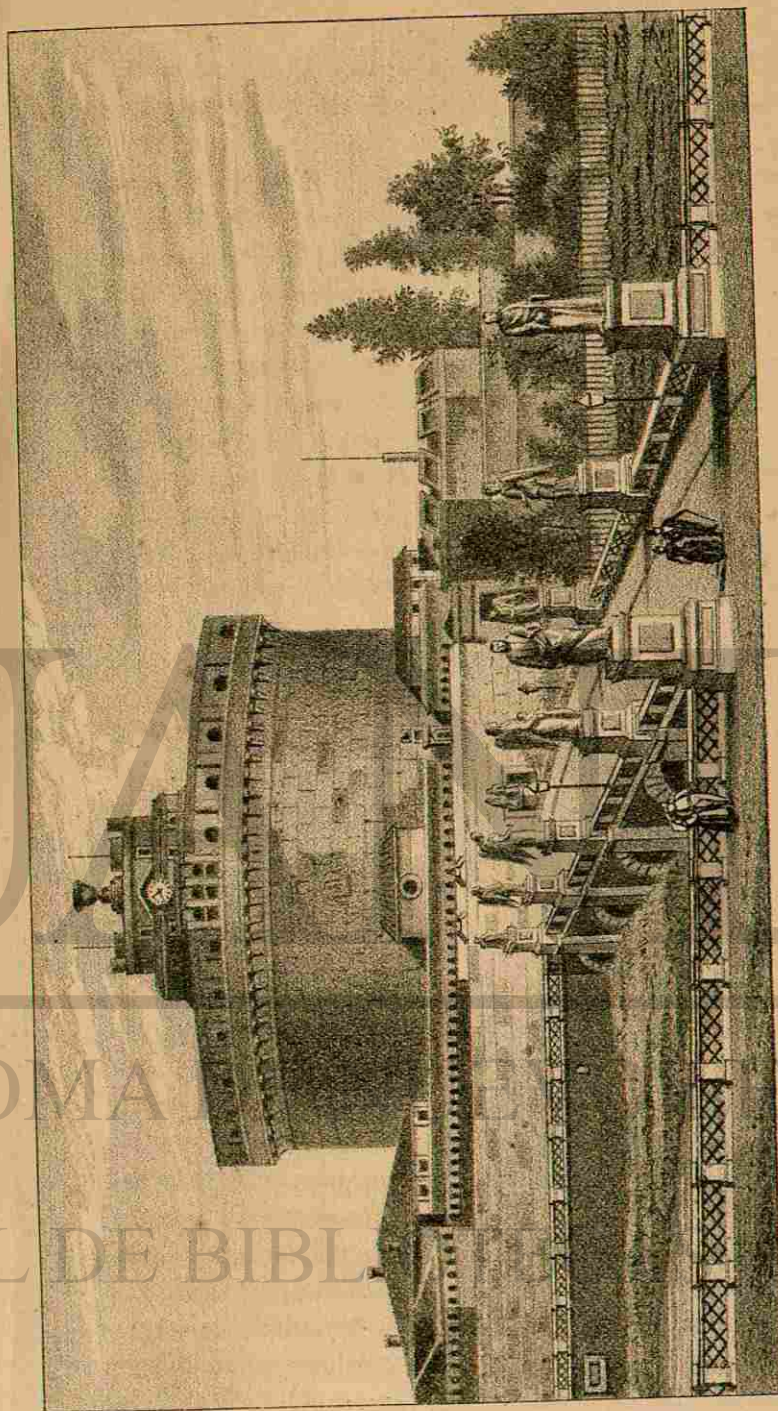
Aquí nos hemos propuesto terminar nuestras excursiones con el lector por toda la ribera izquierda del Tíber, en donde se halla situada la gran ciudad en su inmensa extensión: de este lado se encuentran casi todos los monumentos de mayor importancia, así antiguos como modernos. Vamos ahora á pasar á la ribera opuesta, y al efecto, nos dirigiremos al puente más notable de los que en su lugar mencionamos, el *Ælius*, hoy de San Angelo.

En el año 136 de la Era Cristiana el emperador *P. Ælius Trajanus Adrianus* hizo construir este puente para dar una entrada grandiosa á su magnífico mausoleo y á los jardines imperiales que le estaban anexos. Convertido en castillo aquel monumento en el siglo XV, con el nombre de San Angelo, se dió este mismo nombre al puente. En su origen lo formaban cinco arcos de considerable diámetro con sus respectivos contrafuertes, que servían como de torres sobre las cuales descansaban estatuas gigantescas.

En 1450 fué restaurado el puente á consecuencia de un gran desastre. El pueblo, en gran muchedumbre, regresaba de la Basílica Vaticana, en donde había celebrádose una solemnidad religiosa con motivo de la exposición del Santo Sudario: el Papa Nicolás V había dado la bendición al pueblo. Al pasar la multitud apiñándose por el puente, cuyas bóvedas seguramente amenazaban ruina, el piso se hundió

y cerca de doscientas personas cayeron al río. El Sumo Pontífice ordenó que se procediese desde luego á la reparación del puente, al cual se dió mayor extensión en su longitud, agregando un arco á los cinco que tenía. Clemente VII hizo colocar en una de las extremidades las estatuas de San Pedro y San Pablo. En el siglo XVII fué embellecido el puente con las otras magníficas obras que hoy lo enriquecen. El Papa Clemente IX encomendó la dirección de ellas al célebre Bernini. Construyóse la soberbia balaustrada de travertino con enverjados de fierro, y sobre los diez contrafuertes que no tenían estatuas fueron erigidas las que hoy existen, representando colosales ángeles con los instrumentos de la Pasión del Salvador, cinceladas por los discípulos del Bernini bajo su dirección, menos la del que tiene el título de la Cruz, que fué obra exclusiva del maestro. Así decorado el puente como hoy está y lo representa nuestra lámina, es sin disputa el más suntuoso y elegante de los que tiene Roma.

Delante del famoso puente se abre la entrada al muro que circunda la gigantesca Mole Adriana que se ve levantarse á considerable altura sobre la misma muralla. En la época que apuntamos arriba, el emperador Adriano hizo construir este admirable monumento para que le sirviese de sepultura y á sus sucesores. Se componía de un sub-basamento de 88 metros por lado, sobre el cual descansaba la inmensa rotunda, que hoy forma el cuerpo central del castillo y mide 64 metros 22 centímetros de diámetro. Este gran cilindro estaba revestido de mármol de Paros, y el sub-basamento, decorado con extraordinaria riqueza, tenía incrustadas grandes lápidas con inscripciones alusivas á los emperadores que allí estaban sepultados. En los cuatro ángulos del sub-basamento se veían grupos colosales de hombres sujetando caballos, todo de bronce dorado. La rotonda se hallaba además adornada por el exterior con pilastras de mármol, que sostenían el entablamento, sobre el cual había al derredor estatuas de un trabajo bellísimo. En el centro de la rotonda, la servía de remate una gigantesca estatua de Adriano, cuya cabeza se conserva en la sala circular del Museo del Vaticano. El



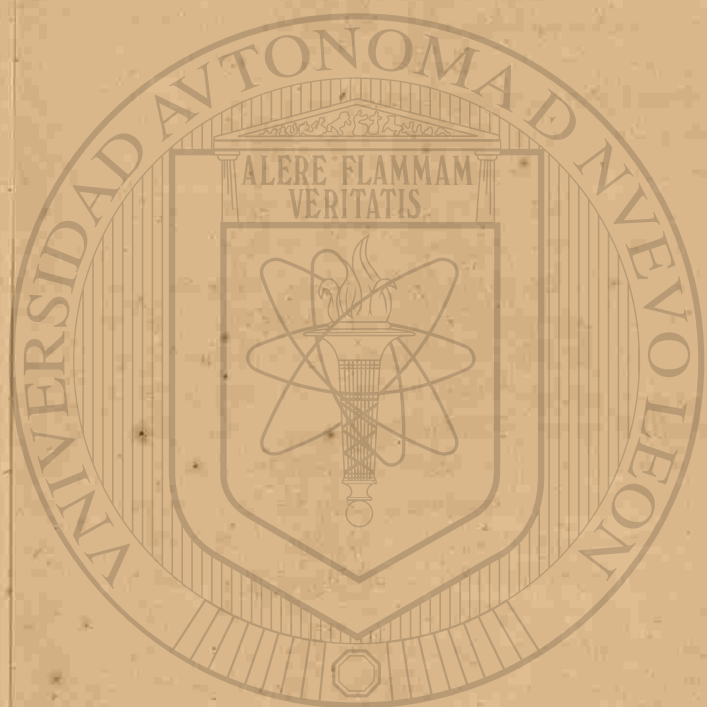
LIT. C. MONTAURIOL, MÉXICO. VISTA DEL CASTILLO Y PUENTE DE S.^o ANGELO. ®

historiador Procopio refiere otros varios pormenores acerca de este edificio, tanto en su exterior, como en el interior, que omitimos transcribir, porque ocuparían algunas páginas.

El Mausoleo de Adriano guardó su primitivo estado de conservación hasta el tiempo de Honorio, quien fué el primero que comenzó á servirse de él para la defensa de la ciudad. En los siglos posteriores, del VI al IX, continuó formando parte de las fortificaciones de Roma. En este largo período fué teatro de escenas sangrientas y de horror. En 923 fué ocupado por la célebre Marozia, que reinó despóticamente muchos años en la Ciudad Eterna y en gran parte de Italia, por sí y por su hijo Alberico. En este castillo hizo encerrar Guido, segundo marido de Marozia, al Papa Juan X, quien murió allí entre horribles sufrimientos. Hasta el siglo XIV continuó siendo alternativamente el asilo de las diversas facciones que asolaron la ciudad. A partir de esa época los Papas ejecutaron en el castillo diversas restauraciones y reformas, que lo convirtieron en una verdadera fortaleza, hoy ocupada por el Gobierno emanado de la revolución. Del primitivo edificio levantado por Adriano, queda solamente la gran rotonda, cuya pared exterior se ve carcomida por los siglos.

Hallándonos en la margen derecha del Tíber, antes de emprender nuestras excursiones á la Basílica de San Pedro y á los palacios apostólicos, debemos subir al Janículo, montaña célebre en la antigüedad, en donde Jano, rey de los aborígenes, edificó una ciudad que fué llamada Antípolis. Sus áureas arenas le hicieron merecer el nombre de *Monte d'oro*, que por corrupción se ha convertido en Montorio. En esta colina, dice la tradición, que fué martirizado San Pedro, y en tiempo de Constantino erigióse una iglesia que después permaneció abandonada hasta 1472, en que fué cedida á los Hermanos menores, para quienes la reedificó Fernando IV, rey de España, hacia el fin del siglo XV; habiendo sido restaurada en principios del presente. Lleguemos á visitarla.

Es de una sola nave; su arquitectura no es de lo más notable; pero sí lo son algunas de las pinturas que la adornan.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Primeramente, los frescos que decoran sus paredes y bóvedas, son de muy bello estilo y de no escaso mérito artístico. Después, en una de sus capillas, la primera á la derecha, se admira una magnífica pintura, la Flagelación del Señor, obra de dos grandes ingenios; el dibujo es de Miguel Angel, y los colores los puso Sebastián del Piombo. En otra capilla está un bello cuadro de la Conversión de San Pablo, original de Vassari. En el altar mayor se ve una buena copia del gran cuadro de Guido Reni, que representa la Crucifixión de San Pedro. Una hermosísima pintura del Bautismo del Salvador, que se atribuye á Daniel de Volterra, forma el principal adorno de otra capilla, y llaman la atención dos que fueron decoradas por el Bernini. Hay varios monumentos sepulcrales de bello estilo, y no escasean las estatuas de mérito; siendo las más notables las que representan á la Religión y á la Justicia.

Contiguo á la iglesia había un convento, y en el centro de un hermoso patio se alza la obra maestra del gran arquitecto que concibió la cúpula de San Pedro, y por su autor es llamada el Templito del Bramante. El distinguido maestro levantó un muro cilíndrico muy bien proporcionado, cerrándolo con una cúpula elegantísima: como á la mitad de la altura del muro, adornado con nichos y ventanas en la parte superior, y puertas en la inferior, hizo destacar un severo entablamento coronado de una balaustrada, que sustentan diez y seis columnas de orden dórico. Todo el edificio descansa sobre un zócalo con su gradería circular. En el interior hay dos capillas, una al nivel de la base del monumento, y otra subterránea, ambas decoradas bajo el mismo estilo de la fachada exterior. La tradición piadosa afirma que este fué el sitio en que estuvo crucificado el Príncipe de los Apóstoles. Veneramos el lugar; pedimos una porción de tierra que á nuestra vista extrajo el custodio con un instrumento á propósito, que introdujo en un agujero que está practicado en el centro del pavimento, y salimos, no sin habernos provisto de fotografías del templo y del excelente cuadro de Guido Reni.

En las vertientes de la montaña, por el lado opuesto á la

subida principal, vimos un edificio pintoresco elevado en medio de jardines y bosquecillos. Era la Academia española de pintura que debió al rey Alfonso XII el estado de prosperidad en que hoy se encuentra. Su exterior es elegante y bello. En su interior no tiene nada de notable, ni nos llamó la atención otra cosa, durante una corta visita que hicimos al establecimiento, fuera de la descortesía del director á quien encontramos en el jardín, y lejos de habernos hecho los honores de la casa, no se dignó ni suministrarnos algunos datos que le pedimos acerca de la fundación del establecimiento, y nos dejó entregados al conserje italiano, quien se había tomado el trabajo de servirnos de guía. Lo sentimos, porque era español.

Bajando del Janículo, á poco andar se ve una iglesia de grandioso aspecto exterior, ostentando en su fachada principal un majestuoso pórtico formado con cuatro hermosas columnas de granito: se llama Santa María *in Trastevere*. No la describiremos minuciosamente; diremos una palabra acerca de su origen y mencionaremos lo más notable que contiene.

Santa María *in Trastevere* es una de las iglesias cuya fundación se remonta á los primeros siglos del Cristianismo. En el sitio en que hoy se halla edificada estuvo una especie de hospicio para los soldados inválidos, que era llamado por los romanos *Taberna meritoria*. Alejandro Severo lo cedió á San Calixto I, quien construyó en aquel lugar en 222 la primera iglesia que fué consagrada á la Virgen María y la primera en que los cristianos tributaron culto público á la Madre de Dios. Reedificada por el Papa San Julio I en 349, se le hicieron varias restauraciones en los siglos subsecuentes, habiendo sido la más importante la que hizo el Papa Inocencio II en 1139. A Nicolás V y á Clemente XII se deben las reparaciones y ornamentación que la pusieron en su estado actual.

La iglesia en su interior es muy espaciosa y de tres naves; excitando en ella la admiración veintiuna columnas de granito rojo, dóricas, bastante gruesas, que sin duda pertenecieron á templos paganos, porque todavía se ven decoradas con figuras que representan divinidades del paganismo. Curiosos

mosaicos antiquísimos revisten las paredes, siendo entre otros muy notable el de la Madre del Verbo acompañada de las vírgenes prudentes y de las vírgenes necias de la parábola del Evangelio. En el centro del arcezonado de la techumbre admiran los inteligentes una bella pintura de la Asunción, obra del Domeniquino. Multitud de frescos pertenecientes á la última restauración adornan las paredes de la nave principal y las de las capillas así como las bóvedas de éstas. El baldaquino debajo del cual está el altar mayor descansa sobre cuatro columnas de granito, en las cuales se ven inscripciones antiguas muy interesantes. Es digno de verse un sarcófago en que se hallan los restos del célebre historiador conocido con el nombre de Anastasio el Bibliotecario. Muéstrase á la derecha del altar mayor un pozo cercado con un barandal: es llamado la "Fuente del aceite," y asegura la tradición que allí brotó aceite en el año del Nacimiento del Salvador. En la sacristía llaman la atención una hermosa Madona atribuida al Perugino y en el vestíbulo un soberbio tabernáculo de mármol que fué esculpido por *Mino da Fiesole*.

CAPÍTULO VIGÉSIMO.

San Pedro.—Noticia histórica.—El atrio.—La fachada exterior.—El pórtico de la entrada.—La nave central.—La cripta de la Confesión.—El baldaquino.—La cúpula.—La tribuna.—Las capillas.—Las tumbas.—La sacristía.—La basílica subterránea.—Parte superior de la Basílica.

EN la primera parte de este libro dimos conocimiento al lector de nuestras primeras impresiones en San Pedro al visitar la gran Basílica. Allí presentamos á grandes rasgos la magnificencia y grandiosidad, la riqueza y suntuosidad de la primera iglesia del Catolicismo. Nos reservamos estudiarlo detenidamente para describirlo en su conjunto y en cada una de sus partes, proponiéndonos cerrar con él nuestras descripciones de las iglesias de Roma. Cumplimos ahora con este propósito, destinando el presente capítulo á dar una idea de lo que es el templo, de lo que encierra, de sus preciosidades artísticas y de sus recuerdos religiosos. Antes daremos algunas noticias que no carecen de interés acerca del origen de este gran monumento de la cristiandad.

El gran edificio de San Pedro hállase en el campo Vaticano que probablemente recibió este nombre de los antiguos oráculos, llamados *Vaticinia*. En este campo estuvieron los jardines y el circo de Nerón: allí el execrable tirano hizo la gran matanza de cristianos de que habla Tácito. Los cuerpos de aquellos mártires fueron sepultados en una gruta inmediata al circo. Poco tiempo después del martirio del Santo

mosaicos antiquísimos revisten las paredes, siendo entre otros muy notable el de la Madre del Verbo acompañada de las vírgenes prudentes y de las vírgenes necias de la parábola del Evangelio. En el centro del arcezonado de la techumbre admiran los inteligentes una bella pintura de la Asunción, obra del Domeniquino. Multitud de frescos pertenecientes á la última restauración adornan las paredes de la nave principal y las de las capillas así como las bóvedas de éstas. El baldaquino debajo del cual está el altar mayor descansa sobre cuatro columnas de granito, en las cuales se ven inscripciones antiguas muy interesantes. Es digno de verse un sarcófago en que se hallan los restos del célebre historiador conocido con el nombre de Anastasio el Bibliotecario. Muéstrase á la derecha del altar mayor un pozo cercado con un barandal: es llamado la "Fuente del aceite," y asegura la tradición que allí brotó aceite en el año del Nacimiento del Salvador. En la sacristía llaman la atención una hermosa Madona atribuida al Perugino y en el vestíbulo un soberbio tabernáculo de mármol que fué esculpido por *Mino da Fiesole*.

CAPÍTULO VIGÉSIMO.

San Pedro.—Noticia histórica.—El atrio.—La fachada exterior.—El pórtico de la entrada.—La nave central.—La cripta de la Confesión.—El baldaquino.—La cúpula.—La tribuna.—Las capillas.—Las tumbas.—La sacristía.—La basílica subterránea.—Parte superior de la Basílica.

EN la primera parte de este libro dimos conocimiento al lector de nuestras primeras impresiones en San Pedro al visitar la gran Basílica. Allí presentamos á grandes rasgos la magnificencia y grandiosidad, la riqueza y suntuosidad de la primera iglesia del Catolicismo. Nos reservamos estudiarlo detenidamente para describirlo en su conjunto y en cada una de sus partes, proponiéndonos cerrar con él nuestras descripciones de las iglesias de Roma. Cumplimos ahora con este propósito, destinando el presente capítulo á dar una idea de lo que es el templo, de lo que encierra, de sus preciosidades artísticas y de sus recuerdos religiosos. Antes daremos algunas noticias que no carecen de interés acerca del origen de este gran monumento de la cristiandad.

El gran edificio de San Pedro hállase en el campo Vaticano que probablemente recibió este nombre de los antiguos oráculos, llamados *Vaticinia*. En este campo estuvieron los jardines y el circo de Nerón: allí el execrable tirano hizo la gran matanza de cristianos de que habla Tácito. Los cuerpos de aquellos mártires fueron sepultados en una gruta inmediata al circo. Poco tiempo después del martirio del Santo

Apóstol, su cuerpo fué trasladado á ese cementerio. El Papa San Analecto hizo construir en aquel lugar un oratorio. Constantino el Grande mandó edificar allí mismo una basílica espaciosa dividida en cinco naves separadas con un gran número de columnas, tal como se conservaba todavía á mediados del siglo XIV. Estaba precedida de un extenso atrio al derredor del cual se veían pequeñas iglesias, capillas y conventos.

Aunque restaurado muchas veces el gran edificio, en principios del siglo XV amenazaba ruina. El Papa Nicolás V concibió el pensamiento de consagrar al Príncipe de los Apóstoles un templo que pudiese igualar en magnificencia al de Salomón, y en el año 1450 comenzó á edificar atrás del presbiterio de la antigua Basílica un vasto edificio cuya dirección encargó á Bernardo Rosellini y á León Bautista Alberti. A la muerte del Pontífice, la construcción se levantaba pocos metros sobre el suelo. Entre los sucesores del Papa, solamente Paulo II había dado algún impulso á los trabajos. Media centuria había transeurrido y la obra estaba casi al comenzar y circunscrita á la sección del presbiterio.

Elegido Papa en 1503 el célebre Cardenal de la Rovère, subió á la Cátedra de San Pedro con el nombre de Julio II, nombre ilustre destinado á la inmortalidad. Dotado de un genio singular para las grandes empresas, propúsose llevar adelante el gran pensamiento de Nicolás V, y después de haber examinado varios proyectos, unos que existían, y otros que mandó ejecutar, se decidió por el del Bramante, célebre arquitecto que proyectó una gran cruz latina con una soberbia y gigantesca cúpula en el centro. Con el objeto de realizar la idea de la gran cúpula, el arquitecto hizo elevar cuatro enormes pilares para sostenerla.

Julio II y el Bramante murieron, y la obra se hallaba muy atrasada todavía. León X, el Papa artista, encargó á Julián de Sangallo la prosecución de los trabajos y después á Rafael de Urbino. Este reformó el plano primitivo y murió en 1520 sin haber adelantado gran cosa en la ejecución. Baltazar Peruzzi hizo un nuevo cambio en el plan de la obra,

reduciendo sus dimensiones á la forma de cruz griega, habiendo logrado terminar la sección del presbiterio, bajo el Pontificado de Clemente VII, que sucedió á León X.

Paulo III, que siguió al anterior, encomendó la dirección al arquitecto Antonio Sangallo, quien propuso seguir la primitiva idea del Bramante respecto de la cruz latina. Sangallo murió y Paulo III puso á Miguel Angel al frente de la construcción. Buonaroti cambió el plan, volviendo á la forma de cruz latina; hizo algunas reformas en la bóveda del Bramante y comenzó á ejecutarla. Sobrevino su muerte bajo el pontificado de San Pío V, quien llamó á la dirección de la obra á Vignola y á Ligorio, con prevención de sujetarse á los planos de Miguel Angel. Vignola hizo las dos cúpulas de los lados y no acabó la central: en el reinado de Sixto V la cerró Jacobo de la Porta, quien además decoró la bóveda con mosaicos y revistió el pavimento con mármoles diferentes. Paulo V hizo acabar por fin la obra material bajo la dirección de Carlos Maderno, quien prolongó la nave del centro en cruz latina bajo el dibujo del Bramante. El mismo arquitecto proyectó y ejecutó la fachada principal. Alejandro VII encomendó al Bernini los famosos pórticos que circundan el atrio. Pío VI perfeccionó las obras é hizo ejecutar la sacristía bajo los planos de Carlos Marchionni y mandó colocar los dos relojes de la fachada y otros dos en el interior.

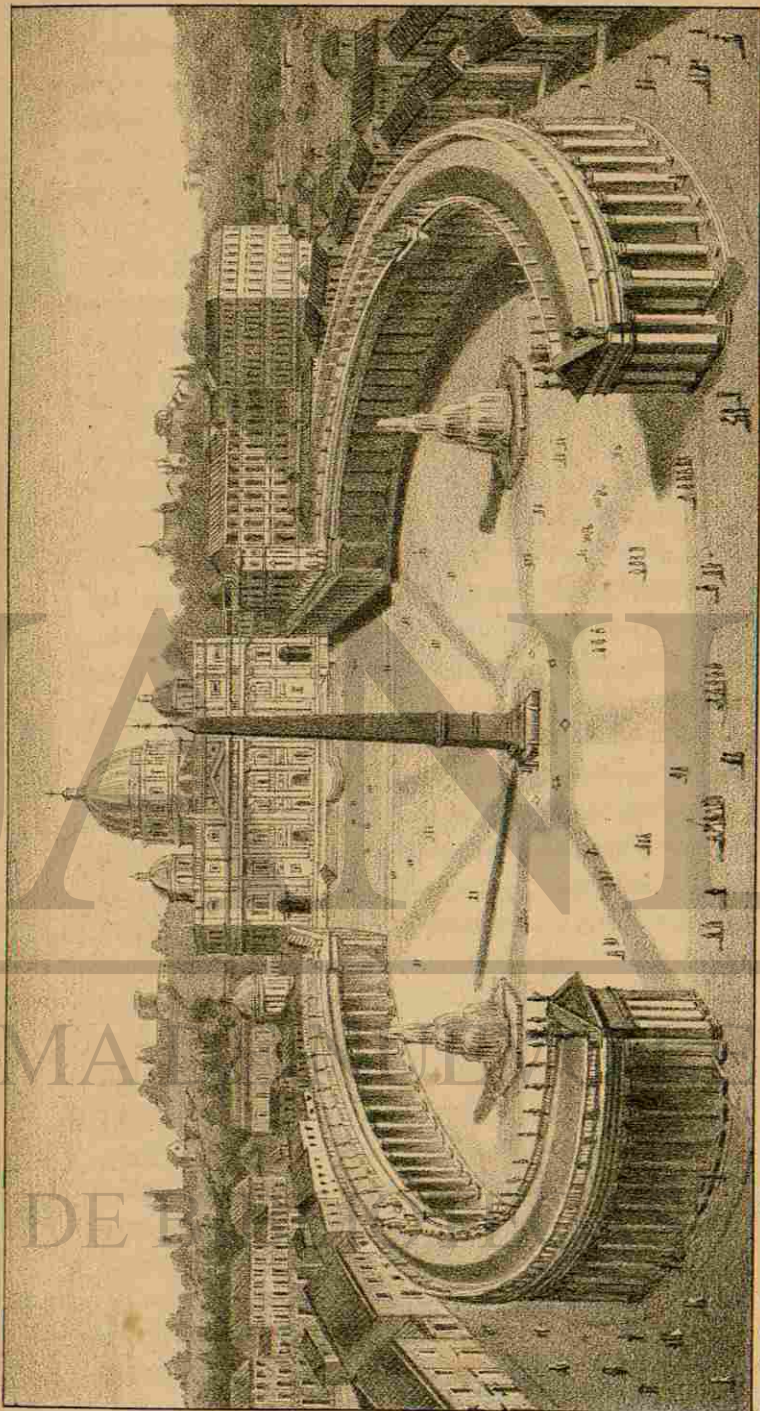
Tres siglos y medio, como se ve, duró la construcción y ornamentación de la Basílica, en cuyo largo período se sucedieron más de cuarenta Papas y un considerable número de arquitectos. Para formarse una idea acerca de la magnificencia del templo basta saber que solamente la construcción costaba ya en 1693, en que hizo la cuenta Carlos Fontana, la enorme suma de 251 millones de francos. Agréguese á esto las sumas fabulosas que han sido gastadas en la decoración, y para calcular su importancia, sépase que cada uno de los grandes mosaicos de los altares ha costado sobre 150,000 francos, y que de las magníficas tumbas de los Papas, la que menos vale, representa un gasto de más de 100,000. Calcúlese ahora el valor de las estatuas colosales, el de los paramentos y el

de los vasos sagrados, y será necesario convenir en que no puede haber habido, como no hay en el mundo, un templo de mayor magnificencia. Seguramente que el de Salomón, si le excedió en la riqueza por la abundancia de metales, no ha de haberle superado en la grandiosidad de la construcción y en la suntuosidad del ornato.

Habíamos ofrecido describir la Basílica en su conjunto y en cada una de sus partes; si cumpliésemos nuestro propósito seguramente que un volumen solo no sería suficiente á nuestro objeto. Lo llenaremos en cuanto sea posible, limitándonos solamente á mencionar lo más interesante.

Comenzando por el atrio y la fachada exterior, no repetiremos las apreciaciones que hicimos en otro lugar. Ya sabe el lector que dicho atrio está cercado por un doble pórtico que en forma elíptica se extiende en dos alas de cada lado de la Basílica. Ahora queremos dar idea de la magnificencia de estos pórticos, mencionando simplemente su extensión y colosales dimensiones. Dosecientas ochenta y cuatro columnas dóricas de travertino, de 18 metros de altura con el diámetro proporcionado al estilo, se ven alineadas en cuatro hileras, formando tres amplios ambulatorios, de los cuales el de en medio permite transitar dos carruajes de frente. El entablamento que descansa en las dos hileras exteriores de la columnata, se ve coronado por una elegantísima balaustrada sobre la cual se levantan hasta 192 estatuas colosales de santos de la Iglesia.

Comunicando con los pórticos se prolongan de cada lado hasta unirse con el edificio de la Basílica, dos galerías cerradas, cuyas paredes exteriores ostentan soberbias pilastras de travertino y grandes ventanas adornadas con elegantes molduras; coronando las fachadas una gran cornisa á la misma altura de la que reciben las columnas de los pórticos, y continúa la serie de estatuas de que hemos hecho mención. Estas dos galerías forman con la fachada principal de la iglesia un amplio trapecio en cuyo centro se eleva la extensa escalinata por la cual se sube al pórtico de la Basílica. Dos gigantescas estatuas de mármol representando á los Santos



PLAZA DE S. PEDRO.

Apóstoles Pedro y Pablo, sobre magníficos pedestales, se hallan á los lados de la escalinata.

En el centro de la elipse comprendida entre los dos pórticos, el gran obelisco egipcio erigido por Sixto V bajo la dirección de Domingo Fontana, ostenta en la cúspide el signo de nuestra Redención á una altura de 41 m. 23 c., correspondiendo al monolito 25 m. 13 c. A los lados de este soberbio monumento, dos magníficos surtidores hacen saltar á considerable altura verdaderas cascadas de agua que se derrama sobre recipientes circulares de una sola piedra de granito de 16 metros de circunferencia, y de estos cae el agua en unos grandes depósitos de forma octágona de nueve metros de diámetro.

La fachada principal de la Basílica es objeto de la censura de los artistas. Se dice que parece más propia de un palacio que de una iglesia; se ha censurado al arquitecto que hubiese dádole el aspecto de un edificio de tres pisos, y se ha puesto á discusión su grandiosidad y elegancia. La verdad es que en el exterior de la Basílica los arquitectos se preocuparon más del efecto del conjunto que de la perfección en los detalles; la verdad es que lo primero á que debió atender el artista que dibujó la fachada fué hacer visible desde la base la gigantesca cúpula y á esta conveniencia había necesidad de sacrificar mucho. Por lo demás, el aspecto de la fachada es sorprendente; sus proporciones grandiosas y sus formas bellas. Para tener idea de sus dimensiones bastará saber que su extensión es de 114 m. 60 c. por 45 m. 44 c. de altura; que las columnas que adornan las entradas miden 28 m. 34 c. por un diámetro de 2 m. 66 c.; que las trece estatuas que coronan el frontispicio tienen muy cerca de seis metros.

Ahora, para formar juicio acerca de la grandeza y suntuosidad de la Basílica en su majestuoso exterior, concébase un cercado de construcciones gigantescas, cuya menor altura, la de los pórticos, es de más de 25 metros, y la mayor, la de la cúpula, de 135, y la extensión del atrio en sus dos secciones pasa de 300 metros. Y en este espacio adornan las construcciones más de doscientas estatuas todas colosales y más.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

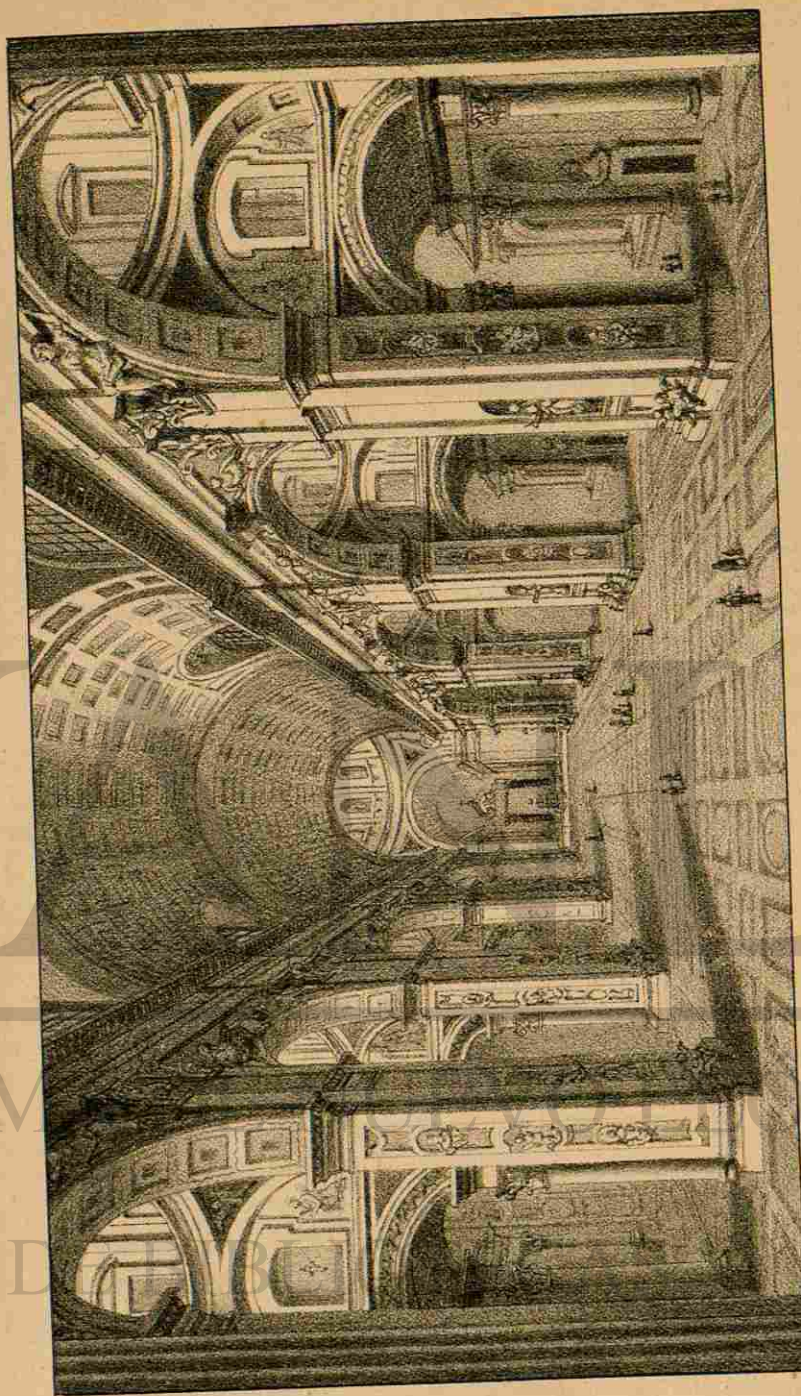
DIRECCIÓN GENERAL D

de cuatrocientas columnas y pilastras gigantescas. Solamente los guarismos apuntados sorprenden. ¡Cuál será el efecto que producirá la reunión de todas esas partes formando un conjunto tan maravilloso! Tal es el exterior de San Pedro.

Entremos ahora á visitarlo por dentro. Un pórtico majestuoso, revestido de mármoles y estucos, adornado con columnas, con estatuas colosales y con bajo-relieves, forma el gran vestíbulo de la Basílica á la cual dan entrada cinco altísimas puertas, una de las cuales marcada con una cruz de bronce, es llamada la *Puerta Santa* y se abre solamente una vez cada veinticinco años. Ya hemos descrito en otro lugar este pórtico, y nos queda por decir solamente que sus dimensiones son de 70 m. 40 c. de largo por 12 m. 84 c. de ancho.

Penetrando en el interior, no reproduciremos lo que ya dijimos en la primera parte de este libro acerca de las impresiones que se reciben cuando por la primera vez admira el visitante el magnífico templo. Ya dimos á conocer al lector el conjunto; ahora le daremos cuenta de los detalles, que día á día tuvimos ocasión de ir examinando en nuestras repetidas visitas. San Pedro no se ve en un día. Nosotros le visitábamos diariamente durante el tiempo que permanecimos en Roma, y todos los días encontrábamos nuevas cosas que admirar, y todos los días nos extasiábamos contemplando nuevas bellezas. Sin hipérbole podemos asegurar que después de un año de visitar diariamente San Pedro, todavía pudiera encontrar el visitante más de un objeto que llamara su atención. Nosotros, pues, no tuvimos tiempo suficiente para verlo todo, aunque sí pudimos darnos cuenta de lo principal, y esto será la materia de nuestro relato, ya que no de nuestras descripciones; porque, como ya dijimos, para esto sería necesario escribir un volumen.

Principiando por las dimensiones del edificio; al recorrer la nave del centro, fijamos la vista en unas inscripciones en bronce dorado que se observan en el pavimento, cubierto en totalidad de ricos mármoles. San Pablo de Londres, la Catedral de Milán, las catedrales más espaciales del mundo, en una palabra, son inferiores en su magnitud á San Pedro. Mi-



LIT. C. MONTAUDRIOL. MÉXICO.

INTERIOR DE LA BASÍLICA DE S. PEDRO.

de una longitud de 185 m. 37 c., desde la puerta del centro hasta el lugar en que se halla la Cátedra, en la pared del fondo. La altura de las bóvedas, en la nave central, es de 46 metros. Hállase esta nave separada de las laterales por ocho gruesos pilares que sostienen cuatro elevadísimos arcos. En cada pilar se ven resaltar dos grandes pilastras corintias de mármol, de 24 m. 80 c. de largo, por 2 m. 59 c. de ancho, y reciben el soberbio entablamento que circunda las navés de la iglesia en toda su extensión, ostentando un friso dorado en que se hallan esculpidos grandes letreros que contienen versículos del Evangelio. Entre las pilastras hay dos órdenes de nichos en que se ven colocadas gigantescas estatuas de mármol, que representan á los fundadores de las órdenes religiosas. Sobre cada uno de los arcos hállanse como recostadas sobre las molduras, enormes figuras de mujeres, que simbolizan las virtudes cristianas; están esculpidas en estuco y miden seis metros. Las contra-pilastras de los grandes arcos están decoradas con dobles medallones que sostienen alados genios y contienen retratos de los más insignes Papas. La gran bóveda está adornada con cajones de estuco dorado y grandes rosetones en el centro.

Las fuentes del agua bendita que se hallan en los dos primeros pilares de la nave central, están sostenidas por colosales niños esculpidos en bronce. En la cuarta pilastra de la derecha, debajo de un elegante baldaquino, y sobre un pedestal de mármol, se venera la estatua en bronce del Príncipe de los Apóstoles, sentado en la Silla pontifical. Arriba de la estatua se halla un retrato del inmortal Pío IX, que fué colocado en el 25º aniversario de su exaltación á la Cátedra de San Pedro.

Avanzando por el centro de la gran nave, se llega al sitio en que está la tumba de los Santos Apóstoles, y guarda una parte de sus venerables restos. Es una estancia subterránea á la cual se descende por dos escaleras de mármol que se ven cercadas con un rico balaustrado de bronce dorado, en el cual ochenta y siete lámparas de bronce también, arden constantemente. Llámase este sitio la Confesión de San



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

Pedro. Al pie de la doble escalera, se ve una estatua del Sumo Pontífice Pío VI, cincelada en mármol por el célebre Cánova. El Papa está de rodillas orando delante del altar que oculta los restos de los Santos Apóstoles, y se ve resguardado por una puerta de bronce dorado, que adornan cuatro magníficas columnas de alabastro y dos estatuas en bronce de San Pedro y San Pablo. La puerta da entrada á una especie de gran nicho de forma oblonga, en cuyo fondo se ven las imágenes del Salvador y las de los Santos Apóstoles, y en el plano de este nicho, una plancha de bronce cubre el lugar en que se hallan las preciosas reliquias. De cada lado del nicho hay una puerta cerrada con reja de fierro dorado. Estas puertas conducen á la basílica subterránea, que describiremos después.

Saliendo de la cripta, á corta distancia, se halla, debajo del famoso baldaquino de bronce, el altar papal, en donde solamente celebra el Sumo Pontífice. Este gigantesco tabernáculo se eleva á 28 m. 78 c. sobre la base que lo sustenta, y lo forman cuatro soberbias columnas espirales de orden compuesto, sobre las cuales descansa un magnífico entablamento en el que se ven cuatro ángeles de pie, y cuatro ménsulas que se unen para recibir un globo superado por una cruz. Todo es de bronce dorado, en partes, y es el mismo metal que decoraba la fachada del Pantheon de Agripa.

Este suntuoso baldaquino se halla debajo de la gran cúpula que hace la admiración del mundo, y forma como un templo aparte dentro de la gran Basílica. Es necesario primeramente fijar la atención en los pilares en que descansa, y para tener idea, antes de todo, acerca de la grandiosidad y firmeza de su construcción, diremos que su espesor mide SETENTA METROS OCHENTA Y CINCO CENTÍMETROS superficiales, y para que el lector se pasme, haremos mención de un hecho notable. Un arquitecto de Roma, Borromini, tuvo el capricho de hacer una iglesia y un convento que cupiese en un espacio igual al espesor de cada uno de estos pilares, y lo consiguió, edificando la iglesia y convento llamado de *San-*

Carlino; y es de notar que el claustro del convento se halla adornado con dos pórticos que tienen 24 columnas.

Cada uno de los grandes pilares, hállase suntuosamente decorado en cada una de sus facas con pilastras de mármol, con nichos y con estatuas. En las fachadas que miran al centro de la Basílica, tienen dos cuerpos; en el inferior se abren grandes nichos con las estatuas colosales de San Andrés, Santa Elena, San Longinos y Santa Verónica, y en el superior hay cuatro soberbios balcones con magníficos balaustrados. Estos balcones sirven de relicarios en donde se conservan insignes reliquias, que solamente se descubren el jueves y viernes de la Semana Mayor.

Sobre los enormes pilares descansan cuatro amplísimos arcos, que reciben un colosal entablamento, en cuyo friso se lee en gigantescos caracteres el versículo de San Mateo: *Tu es Petrus*, etc. La cornisa que corona este gran entablamento sobresale del friso dos metros, formando arriba un amplio corredor cercado con un barandal de bronce dorado, y desde allí se ve levantarse un alto muro circular que se abre en diez y seis ventanas de muy elegante forma, entre las cuales hermosas pilastras gemelas reciben otro entablamento superior, del cual arranca la bóveda. Hállase ésta decorada con admirables mosaicos, representando á Jesucristo, á los Apóstoles, á otros santos, y además, algunos ángeles. El diámetro de la cúpula es de 42m. 7c. y su altura, de la cornisa á la parte superior, es de 44m. 72c. En el centro de la cúpula se alza todavía una gigantesca linternilla, cuya elevación es de 17m. 21 c. y queda cerrada por otra bóveda en la cual se halla pintado un fresco que representa al Padre Eterno.

En la prolongación de la nave principal, que termina en hemicielo, está lo que nosotros llamaríamos el presbiterio y los romanos denominan tribuna. Allí está el altar mayor que se ve decorado con preciosos mármoles. Arriba del altar se halla la magnífica Cátedra de San Pedro. Cuatro enormes estatuas de bronce que representan á los Doctores de la Iglesia San Ambrosio, San Agustín, San Atanasio y San Juan Crisós-

tomo, sostienen una gigantesca silla también de bronce adornada con cuatro ángeles del mismo metal, dos que se hallan en pie á los lados del asiento, y dos que recostados sobre el respaldo, tienen la tiara y las llaves. Esta silla está sirviendo como de relicario dentro del cual se halla la verdadera silla de San Pedro, que es de madera con adornos de marfil. Arriba de la Cátedra una gloria de ángeles de diversos tamaños circunda un espacio circular, en cuyo centro se ve la representación del Espíritu Santo sobre un fondo luminoso de cristales amarillos, que cierran una inmensa ventana por donde penetra la luz en abundancia. El conjunto de esta soberbia agrupación de figuras de bronce, dorado en parte, iluminado por esa luz amarilla que producen los cristales, causa un efecto sorprendente y maravilloso. El Bernini colocó á muy grande altura su reputación, dirigiendo y ejecutando esta obra sin igual que constituye la mayor riqueza de la ornamentación de San Pedro.

Dos tumbas admirables por el pensamiento y por la ejecución, hállanse sobre la tribuna á los lados de la Cátedra. La de la derecha es de Pablo III, cincelada por uno de los más aventajados discípulos de Miguel Angel, Gillermo de la Porta, conforme al dibujo del maestro. Netamente pagana como la mayor parte de las obras que concibió el grande artista, es un monumento maravilloso que no tiene rival acaso entre los de su género. Lo adornan tres magníficas estatuas, la del Pontífice, que es de bronce y corona el monumento, y las de la Justicia y la Prudencia, que se hallan recostadas sobre el plinto inferior del mausoleo. ¡Lástima que la más bien modelada de éstas hubiese sido necesario que la vistiera el Bernini, para ocultar una desnudez impúdica que no debía ser exhibida en la Casa de Dios! Del lado izquierdo erigió el Bernini el famoso mausoleo de Urbano VIII, en cuya ejecución desplegó el gran escultor las dotes de su colosal inteligencia, principalmente en dos figuras de mujer vestidas con un lujo de ropas, que sólo Miguel Angel habría podido cincelar mejor.

La bóveda de la tribuna está adornada con estucos y ba-

jo-relieves, entre los cuales llama la atención el del centro, que representa á Jesucristo dando á San Pedro las llaves, y fué tomado de un dibujo de Rafael. En las paredes laterales de la misma tribuna, que se hallan revestidas de mármol, bajo el pontificado de Pío IX fueron grabadas inscripciones relativas á la declaración del Dogma de la Concepción. Allí se leen los nombres de los Cardenales y Obispos que asistieron al Concilio que hizo la declaración. Arriba del zócalo en que se hallan las inscripciones y en los espacios comprendidos entre las pilastras que adornan las paredes, hállanse de cada lado cuatro nichos con las estatuas en mármol de otros tantos santos fundadores de órdenes religiosas. Siempre que hagamos mención de estatuas en la descripción de la gran Basílica, debe entenderse que son colosales y de un tamaño que no baja de cuatro metros, y en muchas llega hasta seis. Todo en este templo se ha procurado que tenga grandes dimensiones para que no se observe desproporción alguna en las partes de ese inmenso todo. Este es el secreto de la impresión que se recibe al ver el conjunto de la Basílica. Todo parece que se mira á través de un lente de aumento: las paredes, las bóvedas, los arcos, las columnas, las pilastras, los altares, las pinturas, las estatuas. De aquí que no se vea nada grande á primera vista, porque todo se halla aumentado en una proporción desmedida. Solamente los concurrentes á la iglesia se ven pequeños, cuando se establece comparación entre la estatura humana y la de esa muchedumbre de figuras de mármol, de bronce y de mosaico que adornan la inmensa Basílica.

Bajando de la tribuna el visitante no sabe por donde comenzar á ver ordenadamente los altares y las tumbas que son los principales ornamentos de la iglesia, para no dejar de ver ninguno. Debe saberse que los muros y las pilastras no presentan una superficie plana. Las esquinas de las naves no terminan en ángulos, sino en hemicírculos que se formaron en el espesor de las paredes para aprovechar los espacios en la colocación de monumentos. Cada uno de estos hemicírculos se considera como una capilla, y computando así el número

de ellas, son muchísimas las que contiene la Basílica, y sería interminable tarea describirlas una á una. Seguiremos en nuestra descripción el orden que los más ejercitados guías llevan al conducir á los visitantes.

Tomando la dirección del ala derecha, desde luego se ve en la fachada del pilar que se tiene á la vista, un altar decorado con dos gruesas columnas de granito negro oriental que ostenta un gran cuadro en mosaico, representando á San Pedro que cura á un parálítico. En frente del altar, se halla la tumba de Alejandro VIII, con tres estatuas, la del Pontífice en bronce y las de la Religión y la Prudencia en mármol: un bajo-relieve que adorna el zócalo del mausoleo, representa la canonización de varios santos que hizo el Papa en 1690.

Siguiendo á la derecha, está el altar de San León el Grande: en un soberbio bajo-relieve se ve al Santo deteniendo al feroz Atila á las puertas de Roma. Al pie de este altar, en el pavimento, una piedra sepulcral oculta el humilde sepulcro de León XII, con una modesta inscripción que dejó escrita el Pontífice.

Sigue otro magnífico altar que adornan cuatro columnas, dos de granito negro y dos de alabastro. Venérase en él una antigua imagen de la Virgen que llaman *della Colonna*. La cúpula que cierra el espacio en que se hallan colocados este altar y el anterior, está decorada con preciosos mosaicos tomados de pinturas de Andrés Sacchi, de Lanfranc y de Romanelli.

Avanzando en dirección á la nave del crucero, en la pilastra de la pared se halla incrustado un gran monumento, la tumba de Alejandro VII, última obra ejecutada por el Bernini. El Papa está de rodillas en la parte superior del mausoleo; á sus lados la Prudencia y la Justicia, y delante la Caridad y la Verdad le hacen cortejo; un esqueleto, imagen de la muerte, le está mostrando en un reloj de arena haber llegado su última hora. Frente á esta tumba, en la fachada del gran pilar, está el cuadro de la caída de Simón el Mago pintada sobre pizarra.

Entrando en el brazo meridional del crucero, que tiene la

misma forma y las dimensiones que el de la tribuna, se ven tres suntuosos altares; el de en medio está dedicado á la Crucifixión de San Pedro y ostenta en mosaico una copia del famoso cuadro de Guido Reni; el del lado derecho se ve adornado con la copia del cuadro de San Francisco, del Domeniquino, y el del lado izquierdo con otra copia de una pintura de Camuccini que representa á Santo Tomás tocando el costado de Jesucristo; ambas copias, como todas las que hay en San Pedro, están hechas en mosaico; llamando la atención así en éstas como en otras muchas, el artificio con que son reproducidas y tan fielmente las pinturas originales en este procedimiento. En verdad que con el pincel no se obtendría mejor resultado. Bellas estatuas en los nichos que se hallan entre las pilastras, hacen un cortejo magnífico á las imágenes que se ven incrustadas en los mosaicos.

En la arcada que sigue se abre la puerta de la sacristía; sobre esa puerta se levantó el monumento de Pío VIII, que fué dirigido por Tenerani en 1866 con el dinero que legó para ello el Cardenal Albani, secretario de Estado que fué del Pontífice. Es notable en este monumento el cortinaje de mármol violeta y bronce dorado, que está recogiendo un ángel como para abrir paso á la puerta del mausoleo que es la misma de la sacristía.

Dando frente á este monumento un cuadro de mosaico representa la muerte de Safira ó Olafira en presencia de los Apóstoles San Pedro y San Andrés. Copia es de la pintura de este mismo asunto que se halla en Santa María de los Ángeles.

En la siguiente arcada está la capilla que llaman Clementina y fué decorada por orden de Clemente VIII con un magnífico altar consagrado á San Gregorio el Grande, cuyo cuerpo está debajo de la mesa del Sacrificio. El gran mosaico de la pared representa uno de los milagros del Santo. En esta capilla es notable la tumba de Pío VII, obra de Towaldsen. Se ve al Pontífice sentado en medio de dos ángeles, en el cuerpo superior, y en el de abajo dos estatuas de pie, que simbolizan la Fuerza y la Prudencia, como que resguardan la puerta del monumento.

Junto á esta capilla y en la fachada de uno de los grandes pilares que sostienen la cúpula y sirve de fondo á la nave lateral de la izquierda, está la maravillosa reproducción en mosaico del gran cuadro de la Transfiguración del Señor, de Rafael. Bellas columnas y un hermoso frontón adornan este mosaico.

Enfrente del cuadro se abre el primer arco de la nave en cuyos pilares hállanse una delante de la otra las tumbas de León XI y de Inocencio XI, que son de gran magnificencia.

Siguiendo la dirección de la nave hacia las puertas principales de la Basílica, á la derecha se abre la entrada á la capilla del coro de los canónigos, decorada con bajo-relieves de estuco en las paredes y con mosaicos en la bóveda. La sillería de nogal en tres órdenes de asientos, es una obra notable de ebanistería. Sobre el altar un bello mosaico representa la Purísima Concepción, copia del original de Pierre que se halla en Santa María de los Ángeles.

Saliendo de la capilla, en el pilar de la arcada siguiente, se ve la tumba de Inocencio VIII, que es casi toda de bronce y fué ejecutada por Pollaiolo, escultor famoso del siglo XVI. Frente á esta tumba hay una puerta que conduce al coro de los músicos y arriba de dicha puerta está una urna muy sencilla de estuco en donde es sepultado el Papa que muere, mientras se construye el monumento que ha de guardar permanentemente sus restos.

En el fondo del arco siguiente se halla la capilla de la Presentación, en cuyo altar, que adornan hermosas columnas de portasanta, se admira el bello mosaico de la Presentación de la Virgen al templo, copia del cuadro de Romanelli. Notable es la ornamentación de la cúpula, que ostenta preciosos mosaicos tomados de pinturas magníficas de Carlos Maratta.

En el pilar de la última arcada está la tumba de María Clementina Sobieski Stuard, reina de Inglaterra, que murió en Roma en 1735. Es un bello sarcófago en pórfido guarnecido de bronce dorado y cubierto con una tapicería de alabastro: remata con un grupo de dos figuras, una de ellas la Caridad, que sostienen un medallón en el cual está el retrato

de la reina en mosaico. Delante de esta tumba se ve la de Jacobo III Stuard, rey de Inglaterra, y de sus hijos Carlos III y Enrique IX. Cánova, autor del monumento, le dió la forma de una torre; colocó en la parte superior los retratos de los tres príncipes y á los lados de la puerta del mausoleo puso dos bellísimos genios llorando.

La capilla siguiente es la de la fuente bautismal, rica por su ornamentación y por los mosaicos que cubren sus paredes y la cúpula. Elegantísima y de gran mérito artístico es la fuente bautismal. Está formada con una soberbia urna de pórfido que sirvió de cubierta al sarcófago del emperador Othón II, muerto en Roma en 974. Sobre la urna elévase una especie de pirámide cincelada en bronce dorado con arabescos y cuatro ángeles, dos de los cuales tienen un medallón en el cual está representada la Trinidad Augusta: en la cúspide de la pirámide se halla el Cordero, símbolo del Redentor. Este suntuoso monumento fué ejecutado en 1698, bajo la dirección de Carlos Fontana. Tres cuadros en mosaico llaman la atención en esta capilla, el del centro que representa á Jesucristo bautizado por San Juan, y es copia de un cuadro de Carlos Maratta; el de la derecha, en que se ve á San Pedro bautizando á Proceso y á Martiniano en la prisión Mamertina, y el de la izquierda en que el mismo Apóstol está confiriendo el Bautismo al centurión Cornelio.

Pasando á la otra nave lateral; es decir, á la derecha de la entrada, está la capilla de la Piedad. Allí se ve la primera obra notable de escultura ejecutada por Miguel Angel á la edad de 24 años. La Virgen María está sentada teniendo en sus brazos el cuerpo de Jesucristo acabado de bajar de la Cruz. Los inteligentes afirman que este grupo no tiene toda la fuerza de expresión y la energía que tanto brillaron después en las obras del afamado artista; pero sí revela el gran talento con que parece nació dotado el rey de los escultores. Desde luego se observa la facilidad prodigiosa que tenía Buonarotí para vestir las figuras, haciendo en el mármol pliegues abundantes que solamente las telas pudieran formar. A los lados del altar en que se venera la Piedad, hay dos pequeñas ca-

pillas; la de la izquierda tiene dos altares, uno ejecutado por el Bernini, en el cual se venera un Crucifijo de madera esculpido por Cavallini; el otro altar ostenta un mosaico que representa á San Nicolás de Bari. En la capilla de la derecha se ve una columna en la cual dicen que se apoyó Jesús cuando disputaba en el templo con los doctores. Allí también está un sarcófago antiguo adornado con bajo-relieves; fué la tumba de *Probus Anitius*, prefecto de Roma, y sirvió de fuente bautismal en la antigua Basílica.

De la capilla de la Piedad sigue la de San Sebastián, cuyo altar adorna el mosaico tomado del famoso cuadro de este Santo que pintó el Domeniquino. La cúpula está decorada con mosaicos también copiados de pinturas de Pedro de Cortona. En la arcada inmediata, se ven dos tumbas, una frente á la otra. La de la derecha es de Inocencio XII, muerto en 1700; adórnala tres buenas estatuas, la del Pontífice y dos figuras de mujer representando la Bondad y la Justicia. Parece que ha sido convencional entre los artistas que han ejecutado monumentos sepulcrales para los Pontífices, acompañarles de un cortejo de estatuas que simbolicen virtudes; sólo que á veces, como sucedió en el mausoleo de Paulo III, las representaciones más bien parecen de vicios. A la izquierda de la nave que vamos recorriendo, está la tumba de la princesa Matilde, célebre por su adhesión á la Santa Sede y por el desprendimiento con que donó en vida su inmensa fortuna al patrimonio de San Pedro. La princesa murió en 1115, y su cuerpo, sepultado en el monasterio de San Benito, fué trasladado á Roma por disposición de Urbano VIII, quien mandó erigir el monumento que guarda sus restos en la Basílica. El Bernini hizo el proyecto de la tumba y esculpió el retrato de la princesa. La gratitud exigía que fuese tributado tan excepcional homenaje á la memoria de aquella mujer singular que consagró toda su vida al servicio de la Iglesia.

Se pasa en seguida á la magnífica y suntuosa capilla del Sacramento, ricamente decorada con estucos y mosaicos. Sobre el altar mayor, levantó el Bernini un riquísimo taber-

náculo de forma circular con doce columnas corintias de bronce incrustadas de lápiz-lázuli, y una elegante cúpula también de bronce dorado. A los lados del tabernáculo, hay dos ángeles de adoración del mismo metal. En la pared del fondo pintó Pedro de Cortona un hermosísimo fresco representando á la Santísima Trinidad. Otro altar de esta capilla adornado con dos columnas del tabernáculo de la antigua basílica, tiene de fondo un mosaico tomado del Entierro del Señor que pintó el Caravaggio y se halla original en la galería del Vaticano. Es notable en esta capilla la tumba de Sixto IV; es de bronce y la decoran magníficos bajo-relieves. Pedro de Cortona hizo los dibujos para los mosaicos que adornan la cúpula de esta capilla.

Bajo la arcada siguiente hay dos tumbas de Pontífices construidas con esa obligada simetría de la mayor parte de las que decoran la Basílica; una es de Gregorio XIII y la otra de Gregorio XIV. Limitando esta nave lateral, se ve un altar ricamente adornado con el mosaico que reproduce el inimitable cuadro de la Comunión de San Gerónimo, del Domeniquino.

Volteando á la derecha antes de volver al crucero, está la capilla llamada Gregoriana, en donde se venera una antigua imagen de la Virgen bajo la advocación del Socorro, en un magnífico altar de alabastro con incrustaciones de ametistas y otras piedras preciosas, que mandó erigir el Sumo Pontífice Gregorio XIII. Las paredes y la bóveda fueron decoradas con mosaicos sobre los dibujos de Gerónimo Muzziano. A la derecha de esta capilla está el mausoleo de Gregorio XVI.

En el tránsito para el crucero, sobre la pilastra de la gran cúpula, está un altar que adorna un mosaico de San Basilio el Grande y enfrente la tumba de Benedicto XIV.

Entrando de nuevo en el crucero para recorrer el brazo septentrional, vense en el fondo tres altares con tres magníficos mosaicos, el del centro representa el martirio de los Santos Proceso y Martiniano, el de la izquierda de San Erasmo y el de la derecha de San Wenceslao. En los grandes nichos

de las paredes hay cuatro colosales estatuas entre las cuales llama la atención principalmente la de San Bruno.

En la arcada siguiente sobre el último pilar de la cúpula se ve el suntuoso altar en que se halla el gran mosaico que reproduce el sublime cuadro de Lanfranc, que representa el pasaje en que el Salvador acudió á socorrer á los Apóstoles próximos á naufragar. Frente á este altar se alza la magnífica tumba de Clemente XIII, obra del célebre Cánova. En lo alto del monumento está el Papa de rodillas: sobre el cuerpo inferior se halla en pie la estatua de la Religión, del lado derecho y del izquierdo se ve sentado al ángel de la muerte: dos hermosos leones colocados arriba del zócalo custodian la entrada del monumento. Los inteligentes dicen que este mausoleo es uno de los más bellos que adornan la gran Basílica.

En la última capilla hay dos altares, el de San Miguel Arcángel cuyo mosaico es copia del cuadro de Guido Reni, y el de Santa Petronila, en que aparece reproducida la famosa pintura del Guercino que representa á la Santa. Los mosaicos de la cúpula y de las lunetas son copiados de Andrés Sacchi y de Romanelli.

Avanzando hacia la tribuna se ve la tumba de Clemente X muerto en 1676, que como la mayor parte de las anteriores tiene tres estatuas, la del Papa y las de dos Virtudes; adórnala además un bajo-relieve que recuerda el jubileo del año Santo de 1675. Delante del mausoleo hay un altar con un gran mosaico que representa á San Pedro resucitando á la viuda Tabita.

Hemos dado la vuelta entera al rededor de la gran Basílica, y aunque ligeramente, hemos recorrido sus naves y visitado sus capillas, dándonos cuenta de los objetos principales que contienen. Réstanos visitar la sacristía, que es otro soberbio edificio anexo, con infinidad de amplios y elegantes departamentos decorados con magnificencia. Ya recordará el lector que la puerta se halla debajo del monumento de Pío VIII: allí está el ángel del cual hicimos mención, levantando la pesada cortina de mármol para franquearnos el paso. Entremos.

Un hermoso vestíbulo decorado con pilastras y columnas de granito rojo oriental ostenta tres colosales estatuas, la de San Andrés en el fondo y las de San Pedro y San Pablo á los lados de la entrada. Se pasa en seguida por tres suntuosas galerías adornadas también con columnas de mármol gris y con pilastras de verde africano. En los espacios intermedios se han incrustado antiguas y modernas inscripciones muy interesantes. La primera de estas galerías conduce al departamento de los beneficiados; la segunda tiene dos puertas, una que sirve de entrada á la gran sacristía y otra por la cual se baja por una escalera de dos tramos que lleva á la puerta de la calle: la tercera galería da entrada á la sacristía que llaman de los canónigos. La sacristía principal, que se halla comunicada con las otras dos, tiene la forma de un octágono de 24 metros de diámetro; la decoran ocho columnas acanaladas de mármol gris, é igual número de pilastras de amarillo antiguo que sostienen el entablamento sobre el cual descansa la bóveda de artísticas proporciones y bien decorada con estucos.

La sacristía de los canónigos está circundada de armarios elegantísimos de maderas del Brasil; en el fondo tiene una capilla en cuyo altar, adornado con dos columnas de alabastro, hay un cuadro de la Santísima Virgen, de la escuela de Rafael. Enfrente de este altar se ve otro cuadro también de la Virgen, obra de Julio Romano. De esta sacristía se pasa á la sala capitular, que se halla adornada con varias pinturas de mérito y tiene una magnífica sillería de maderas preciosas.

La sacristía de los beneficiados, decorada como la de los canónigos, aunque con menor magnificencia, tiene también una capilla, y en el altar hay un notable cuadro de Muziano, que representa á Jesucristo dando las llaves á San Pedro. Cerca de esta sacristía está otra, también para clérigos beneficiados, y se ve adornada con varios cuadros interesantes. Uno de los muros de esta sacristía se halla cubierto con un gran armario que guarda el tesoro de la Basílica: allí están los célebres candelabros de Benvenuto Cellini y los famosos de Pallaiolo.

Fuera de otra multitud de piezas que sirven para distintos usos, el edificio encierra un gran departamento destinado para habitación de los canónigos y de los beneficiados de la iglesia, donde cada persona tiene á su disposición varias piezas. No diremos una palabra más respecto de la sacristía, porque ocuparíamos mucho espacio. Guiados por uno de los sacristanes bajaremos á visitar la iglesia subterránea, que vulgarmente llaman "Las Grutas del Vaticano."

Al poner los fundamentos de la Basílica moderna, se resolvió levantar el pavimento á conveniente altura para preservar las paredes de la humedad. Se dejó, pues, un espacio de tres metros y medio entre el piso de la antigua iglesia y el de la nueva, y se cuidó de conservar allí todo lo que se hallaba en pie de la primitiva construcción, y allí se han guardado todos los monumentos, estatuas y otros objetos que no fueron trasladados á la iglesia nueva. Bájase á las grutas por una escalera que se halla practicada en el pedestal de la Santa Verónica. Al descender al subterráneo se ve inmediatamente un altar, y el guía informa que al pie de cada uno de los otros grandes pilares que sostienen la cúpula hay otros altares semejantes. La sección principal de la iglesia antigua es circular y corresponde al circuito interior de la cúpula. Encuéntrase un gran corredor ó pasillo circular en cuyas paredes se ven altares, nichos, estatuas de santos y de Sumos Pontífices. Conduce este pasillo á varias capillas y estancias que no podríamos describir separadamente; llamaremos la atención del lector hacia la capilla de la Confesión que corresponde al altar mayor de la Basílica, é hizo decorar el Papa Clemente VIII con preciosos mármoles, con estucos dorados y con veinticuatro bajo-relieves en bronce representando diversos episodios de la vida de San Pedro y de San Pablo. Para cerrar esta brevísima noticia diremos solamente que llegan al guarismo de ochenta y cuatro los monumentos principales que guarda la iglesia subterránea, siendo la mayor parte objetos curiosísimos por su antigüedad ó interesantes por su significación histórica, sin que escaseen los de mérito artístico, principalmente las esta-

tuas y los mosaicos. Y saldremos de las grutas para subir á la parte superior de la Basílica, con lo cual terminaremos nuestra ya prolongada revista.

No se podría formar idea exacta de la grandiosidad del primer templo de la Cristiandad, sin ascender á las bóvedas del gigantesco edificio. Afortunadamente la ascensión no es penosa. Para llegar al plano general de las bóvedas hay una rampa de muchos tramos, tan bien dispuesta, que podría hacerse la subida á caballo, y nótese que la rampa tiene forma espiral. Al llegar á la inmensa plataforma que corresponde al cuerpo de la fachada, no puede expresarse el asombro que se apodera del visitante. Se cree uno conducido como por encanto á una ciudad elevada en el espacio. Diez cúpulas correspondientes á las capillas, que no son visibles por el exterior, semejan otros tantos templos; otras dos cúpulas muy superiores á éstas, que no tienen correspondencia con el interior, y en medio de éstas, la obra más gigantesca y maravillosa de los siglos, la gran cúpula, que se ve como la iglesia matriz que domina con exceso á todas las otras construcciones que se levantan encima de las bóvedas. En proporción que se avanza hacia la inmensa mole, aumenta el asombro y la admiración, y esta sube de punto cuando se considera que tan enorme construcción se halla cimentada á cerca de cincuenta metros sobre el nivel de la plaza de San Pedro. ¡Qué pequeño se mira el hombre cuando se eleva á semejante altura y mucho más cuando sobre ésta ve levantarse todavía un edificio tan espacioso á más del doble de la elevación á que se ha llegado! ¡Qué grande se contempla á la vez al mismo hombre cuando se le ve exaltarse por el genio hasta esas alturas á que ha llegado por el talento y por el trabajo de sus manos! Se ha querido establecer comparación entre el edificio del Pantheon y la Cúpula de San Pedro. Se asemejan en la forma; pero digan lo que quieran los inteligentes, el aspecto exterior de la cúpula excede con mucho en elegancia y en suntuosidad al templo pagano, si bien no le supera mucho en las dimensiones. La cúpula de este último templo, por la parte de afuera, es una bóveda achatada, que no acusa la ele-

gante forma que tiene por el interior; la cúpula de San Pedro es un perfecto hemisferio de líneas muy correctas, que arrebatan las miradas, haciendo adivinar en el interior, una bóveda verdaderamente maravillosa; por último, la cúpula del Pantheon carece de remate, mientras la de San Pedro termina en otro gran edificio cilíndrico-piramidal, que sobre la altura de más de cincuenta metros á que se eleva la cúpula, sobre el entablamento que la sostiene, se alza todavía 25 metros fuera de su último remate, la esfera y la cruz, que miden juntas más de siete metros. ¡Altura prodigiosa! ¡Magnificencia singular, comparable sólo con la excelsitud del edificio místico que la cúpula simboliza!

Penetremos ahora en el interior de la soberbia superestructura. Un largo pasillo se atraviesa dentro del espesor de la cúpula, que de paso sea dicho, es doble, y se halla el visitante en un inmenso corredor circular de DOS METROS de ancho, es la parte saliente de la cornisa, por una circunferencia de ciento veintiséis metros. Desde allí se comienza á formar juicio exacto acerca de la inmensidad del templo y de la cúpula. Las estatuas colosales que se veían como gigantes desde abajo, tienen ya la estatura ordinaria del cuerpo humano; en cambio, las figuras en mosaico que desde el pavimento de la iglesia se veían de medianas proporciones, se ven de un tamaño desmesurado; las ventanas son como grandes puertas; las pilastras enormes.

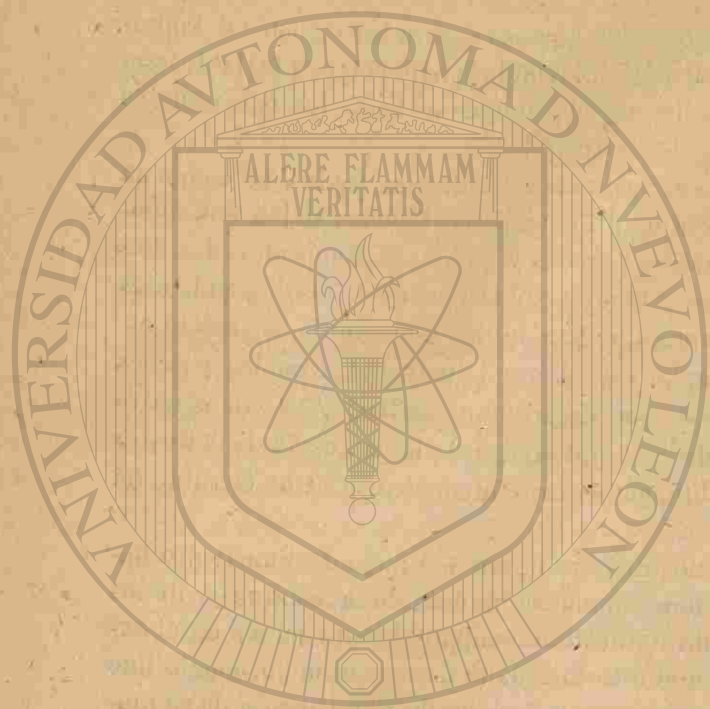
Ascendiendo al entablamento superior, de donde arranca la cúpula, por la escalera construida entre las dos bóvedas, no se puede explicar lo que se experimenta. Mirando hacia arriba la inmensa concavidad de la bóveda, con sus gigantes figuras de santos, con todos los detalles de su ornamentación en un tamaño asombroso; la linternilla como una gran torre. Bajando la vista hacia el interior, ya no se distinguen los asuntos de los grandes cuadros de los altares; el baldaquino es un pequeño tabernáculo, las estatuas juguetes de niños, la gente que recorre las naves del templo, grupos de pigmeos, que se ven moverse como las aves en el espacio.

Hasta esta altura llegamos nosotros en nuestra visita. No

nos sentimos con fuerzas para subir más. Algunos de nuestros compañeros, entre otros, el intrépido D. José María Aguilar Ortiz, ascendieron hasta la esfera metálica, que sirve de base á la cruz. ¡Se hallaban á CIENTO TREINTA METROS sobre el nivel de la iglesia! Desde allí se contempla toda la campiña romana, y se extiende la vista hasta el mar. ¡Desde allí, con los ojos del alma, se abarca la extensión del mundo, cuya inmensidad ha podido medir solamente la Iglesia Católica, extendiendo sus conquistas hasta los más remotos confines del globo terrestre!

La subida á la parte superior de San Pedro, es como un timbre de gloria para los viajeros. Muchos dejan sus nombres escritos en las paredes y en los sitios más elevados. Los nombres de los soberanos de la tierra y de los descendientes de reales estirpes, que han subido á la cúpula, se hallan esculpidos en lápidas de mármol incrustadas en las paredes del gran caracol que describimos arriba. Allí vimos entre otras inscripciones la que recuerda la ascensión de la ilustre princesa Carlota, emperatriz de México, el 11 de Octubre de 1866.

Terminaremos nuestro ligero bosquejo de San Pedro haciendo un resumen de las columnas, de las estatuas y de los altares que adornan este incomparable edificio, así en el exterior como en el interior. Este dato es el mejor elogio que puede hacerse de la grandiosidad de la Basílica y de su maravillosa suntuosidad. Las columnas de bronce, algunas con incrustaciones de lapis-lázuli, son 16; las de diferentes mármoles, 229; las de travertino, 503, que hacen un total de 748 columnas. Las estatuas de metal llegan á 40; las de mármol son 99; de travertino hay 161 y de estuco 90, que hacen un total de 300 estatuas. Los altares en la Basílica, en la iglesia subterránea y en la sacristía son 44. ¡Evidentemente no hay, ni ha habido y acaso no habrá otro edificio comparable con éste! ¡Único en el mundo y en las edades, por su extensión y magnificencia, como única es la Religión católica por su perfección y por su universalidad!



CAPÍTULO VIGÉSIMOPRIMERO.

El Vaticano.—Historia de su formación.—Las logias de Rafael.—La Galería de los cuadros.—Las Cámaras de Rafael.—La Sala de la Concepción.—La Capilla Sixtina.

CUANDO se oye hablar del *Vaticano* cree uno formarse idea de un inmenso palacio como algunos otros de que se tiene noticia, compuesto de diversos departamentos más ó menos amplios; pero todos unidos entre sí, guardando cierta regularidad y encerrados dentro de un perímetro circunscrito. Pero cuando desde las bóvedas de San Pedro se dirige la vista hacia el lugar en donde nos informa el guía que se halla la residencia Pontificia, se rectifican las ideas que se habían concebido, y al mirar esa gran aglomeración de construcciones, no todas unidas, sino separadas muchas de ellas por calles, plazas, patios y jardines, parecemos tener á la vista una ciudad á las afueras de Roma, y en ella buscamos el edificio que sirve de habitación al Soberano Pontífice. En realidad el departamento en donde se aloja el Vicario de Jesucristo con su servidumbre, ocupa relativamente una pequeña extensión de la área inmensa en que se hallan los innumerables edificios que forman lo que se llama el Vaticano.

Parece fuera de duda que Carlomagno en la época en que fué coronado emperador por el Papa San León III, residió algún tiempo en un palacio que estaba anexo á la iglesia de San Pedro. Es de creerse que cuando Constantino hizo construir la Basílica primitiva, cediera al Papa alguno de los edificios que se hallaban en los jardines de Nerón. Lo cierto

es que el primer palacio pontifical llegó al estado de ruina en el siglo XII, porque sabemos que Celestino III é Inocencio III lo hicieron reedificar por ese tiempo. Nicolás III lo ensanchó grandemente en 1278. Gregorio XI, cuando trasladó la Santa Sede de Aviñon á Roma, habitó en este palacio y en él se celebró el cónclave por la primera vez en 1378. Juan XXIII hizo construir la galería que lo comunicaba con el castillo de San Angelo. Nicolás V concibió la idea de hacer un palacio suntuoso, pensamiento que no pudo realizar sino en muy pequeña parte. Sixto IV hizo construir la Capilla que por eso se llamó Sixtina. Inocencio VIII formó una quinta á cierta distancia del palacio con un departamento que llegó á ser la habitación de los Papas. Alejandro VI, por el contrario, quiso habitar el antiguo palacio, el cual hizo reedificar en su mayor parte, formando el departamento que se llamó Borgia. De las construcciones anteriores quedó solamente la capilla de Nicolás V.

Julio II fué quien dió más amplitud á las construcciones del Vaticano, encargando al Bramante la edificación del balcón de Belveder y emprendió la colosal obra de unir el palacio con la quinta por medio del gran patio que se llama también de Belveder. El mismo Julio II encomendó á Rafael la decoración de algunas piezas del palacio, que después se nombraron las Cámaras de Rafael. El mismo Papa tuvo el pensamiento de cercar el patio de San Dámaso con pórticos, idea que realizó más tarde León X, confiando la ejecución á Sancio, de donde tomaron dichos pórticos el nombre de Logias de Rafael. Paulo III mandó edificar la Sala Regia y la Capilla Paulina. Sixto V ordenó la construcción de la Biblioteca, dividiendo en dos el gran patio de Belveder, y también hizo levantar la parte del palacio cuya fachada principal está sobre la plaza de San Pedro, en donde actualmente habita el Sumo Pontífice. Clemente XIV mandó arreglar el departamento del Museo, que hizo ensanchar considerablemente Pío VI, quien agregó el magnífico salón que se llama el Brazo nuevo. Gregorio XVI formó otros dos museos, el Etrusco y el Egipcio. Pío IX, por último, hizo grandes obras

de reparación y mejora, entre otras la construcción de la magnífica escalera que lleva su nombre en el patio de San Dámaso, y el salón de la Concepción. El actual Pontífice ha hecho ejecutar otras obras de ornato, entre las cuales merece mencionarse el embellecimiento del patio de la Piña, en cuyo centro se ha erigido el monumento conmemorativo del último Concilio Ecuménico.

En otro lugar de esta obra hemos descrito la gran escalera del Bernini, que también se llama *Scala Regia*. Hemos igualmente dado cuenta de nuestras impresiones en el magnífico patio de San Dámaso y describimos las soberbias fachadas de sus elegantes pórticos. Introduciremos al lector por este patio que ya conoce, le haremos subir nuevamente por aquella escalera y le conduciremos al interior de los pórticos que son llamados las Logias de Rafael. Ya dimos á conocer el origen de estas bellísimas galerías.

Tres son los órdenes de las magníficas Logias, que proyectadas por Rafael, no fueron ejecutadas en totalidad bajo la dirección del artista. El primer orden de galerías fué decorado por Juan de Undina, discípulo de Sancio, conforme á los dibujos del maestro. La ornamentación es verdaderamente admirable, por la riqueza del trabajo, por la variedad de los objetos y por la brillante y bien acabada ejecución de las figuras. Las bóvedas que corresponden á las arcadas, divididas en cajones cuadrados y en rombos artísticamente dispuestos, en sorprendentes perspectivas de arquitectura ostentan magníficos festones y emparrados con trepadoras, vestidos de follaje, salpicados de flores y de frutas y de aves de todas especies. Las lunetas de las paredes y las pilastras se hallan embellecidas con primorosas pinturas del mismo género, las cuales en la actualidad son restauraciones magníficas que por orden de Pío IX hizo el célebre artista Alejandro Montarini. Las pinturas primitivas habían sufrido considerable deterioro por la acción de la intemperie; pues hasta que el mencionado Pontífice mandó construir las vidrieras que en la actualidad cierran los pórticos, habían estado al descubierto. El ala siguiente de este primer orden de

galerías ya había sido restaurada anteriormente por disposición de Gregorio XIII, bajo la dirección de Cristóbal Roncalli y del Padre Danti, religioso dominico.

En el segundo piso de las Logias, es donde trabajó más especialmente Rafael. Las pilastras y las contra-pilastras que sostienen los arcos, están ricamente decoradas con elegantísimos arabescos mezclados con bajo-relieves en estuco. Pero lo más notable son las bóvedas, cuya ornamentación se halla dividida en cuatro secciones y contienen reunidas hasta 52 cuadros al fresco, representando los principales pasajes del Antiguo Testamento. Superfluo sería describir una por una las bellezas que contienen esas magníficas composiciones; porque basta decir que bajo la dirección inmediata de Rafael y sobre sus dibujos fueron ejecutadas por los más eminentes de sus discípulos, como Julio Romano, Francisco Penni, Perin del Vaga, Juan de Undina, etc., todos artistas de gran nombradía, y algunos son obra del mismo maestro, distinguiéndose entre otros el que representa al Criador separando las tinieblas de la luz, cuadro admirable del cual ha dicho un gran pintor que "no podría, no sólo hacerse, pero ni aun imaginarse una obra más perfecta." De las tres alas de este pórtico se conserva solamente en su primitivo estado la del centro, que es de la que hacemos mención: las otras dos fueron restauradas por orden de Gregorio XIII y de Pío IX. En la restauración se siguió hasta donde fué posible el estilo primitivo, y resultó la decoración bellísima.

El tercer orden de pórticos fué decorado por disposición de los Papas León X y Pío IV. Los muros del ala principal están decorados con curiosos planos geográficos pintados por el Padre Danti, cosmógrafo y pintor, y con encantadores paisajes por Brill. Las bóvedas ostentan muy buenos frescos con figuras alegóricas. La otra ala en sus paredes continúa la serie de planos geográficos, y las bóvedas fueron decoradas con preciosos frescos de célebres pintores, como Pomarancio y el Caballero de Arpino. La tercer ala no tiene tan rica decoración. Por esta galería se entra en la magnífica de los Cuadros. Llegaremos á visitarla.

Poco numerosa esta colección, es única en el mundo: encierra cuadros verdaderamente maravillosos, entre los cuales hay cuatro ó cinco calificados como los mejores que se conocen. Cuando muchos de ellos fueron recobrados á virtud de la paz de 1815 firmada con Francia, que tan injustamente arrebatara á Roma una parte de sus fabulosas riquezas artísticas, Pío VII quiso reunirlos en un solo departamento, para que fuesen conservados cuidadosamente y los hizo colocar en la sección del Vaticano que se llama de los Borgia. Varias translaciones sufrieron después, hasta que Pío IX, en 1857, los mandó instalar en las salas en que hoy se encuentran, formando la galería más valiosa del mundo. En cuatro salas, bastante pobres de ornamentación y no muy bien alumbradas, hállanse repartidos los cuarenta y cinco cuadros que componen la famosa galería. Cuando penetrábamos en estas humildes piezas, recordábamos con orgullo los suntuosos y elegantes salones de nuestra Academia de Bellas Artes, y decíamos llenos de satisfacción á un joven francés que nos servía de *cicerone*:

—En mi país son mucho más honradas las obras originales de nuestros modestos artistas que en el palacio Pontificio los cuadros de los primeros pintores del mundo.

Y describimos á nuestro guía la disposición de los salones, la riqueza de su ornamentación y lo bien distribuido de las luces. El *cicerone* convino con nosotros en que no están dignamente alojadas en el Vaticano las magníficas pinturas que forman su galería.

Dieciséis cuadros se hallan en la primera sala de las que componen el departamento. El que se descubre en primer lugar es un San Gerónimo, de medio cuerpo, bosquejo de Leonardo de Vinci. Sigue un San Juan Bautista del Guercino, cuadro bellísimo que se hace notable por el vigor del colorido. A continuación arrebatan las miradas una tabla que llaman "Los Misterios," dividida en tres secciones, representando la Anunciación, la Adoración de los Magos y la Presentación al templo: obra de Rafael de su primer estilo, revela la precocidad del genio del incomparable artista. La Incredulidad

de Santo Tomás, ha sido reputada como una de las más bellas obras del Guercino. La Piedad, de Andrés Mantegna, es una pintura sobre madera que representa á Jesucristo bajado de la Cruz en los momentos en que María Magdalena derrama un precioso bálsamo sobre el cadáver, en presencia de Nicodemus y de José de Arimatea. La Virgen con el Niño Jesús y San Gerónimo, es un cuadro de gran estimación de Francisco Francia, que Pío IX adquirió para la galería. El Cristo muerto, obra de Crivelli, es una pintura que llama la atención; la cabeza de la Virgen expresa admirablemente el dolor de que está penetrada. Por la pureza del dibujo, la esmerada ejecución y la expresión devota de las figuras, es muy estimado el cuadro del Perugino que llaman de "Los Tres Santos" y son San Benito, San Plácido y Santa Flavia. En el cuadro nombrado "El Prodigio de San Jacinto" se reconoce la escuela del Angélico Fiesola: es obra de su ilustre discípulo Gozzoli. Original del maestro es otro cuadro dividido en dos pequeñas secciones que tienen por asunto el Nacimiento y los Milagros de San Nicolás de Bari, pinturas admirables por la sencillez del estilo á la vez que por lo esmerado de la ejecución; son muy interesantes para el estudio de la historia del arte. A la munificencia de Pío IX debe la galería del Vaticano haber enriquecido la primera sala con tres cuadros sublimes del inspirado pintor español Bartolomé Murillo, la Adoración de los Magos, el Hijo pródigo y el Matrimonio de Santa Catarina. Otra obra muy estimable de Rafael brilla como una joya de gran precio en la misma sala, el cuadro que llaman de las Virtudes Teologales, en el cual están representadas la Fe, la Esperanza y la Caridad en tres figuras encantadoras.

La segunda sala, es como el gran tesoro de la galería. Allí están los tres primeros cuadros del mundo, según el juicio unánime de los conocedores. El cuadro más notable de los que pintó Rafael en su primera época, el último que salió de su pincel y dejó sin concluir, y el cuadro más bello que el célebre Domeniquino ejecutó en su larga vida de artista. La Virgen de Foligno es el primero de dichos cuadros. Veinti-

siete años tenía Rafael cuando hizo esta obra que reconoció él mismo no haber ejecutado después otra más de su agrado, por el colorido y por la expresión de las figuras, principalmente de un ángel que se admira en el centro del cuadro abajo de la Virgen. Acaso no hay otro lienzo en el mundo que más haya excitado la admiración de los conocedores y de los profanos, como el de la Transfiguración, y tal vez no hay otro de que hayan sido sacadas mayor número de reproducciones. Fué pintado por Sancio por orden del Cardenal Julio de Médicis, que llegó á ser Clemente VII, para la iglesia de San Pedro *in Montorio*. La muerte sorprendió al artista sin acabarlo, y lo terminó Julio Romano, el más distinguido entre sus discípulos. En este cuadro todo es admirable; todo es sorprendente; el dibujo que es irreprochable; el colorido que no le tiene igual ninguna otra obra del autor; la expresión de las figuras, sus actitudes, sus vestidos; estos principalmente, que además de dar un precioso realce á las figuras, matizan el cuadro con unos contrastes tan bellos que verdaderamente encantan la vista. ¡Cuánto habría desmerecido la composición si el autor, siguiendo su primera inspiración y por imitar á Miguel Angel, hubiese ejecutado el asunto como se había propuesto! En una de las galerías privadas de Roma vimos el cartón en que Rafael estampó su primer dibujo: todas las figuras aparecen desnudas. Se cree que Rafael presentó el proyecto al Cardenal y éste le exigió que vistiese las figuras, á cuya pretensión tuvo que acceder el artista. No hubiera tenido el cuadro la aceptación que ha tenido seguramente sin los accesorios de las ropas, que tanto mérito dan á la composición. La Comunion de San Gerónimo es la obra maestra del Domeniquino, la única en que pudo colocarse á la altura de Rafael. Zampieri tenía 33 años cuando la ejecutó para la iglesia de San Gerónimo de la Caridad, por la miserable suma de 60 escudos. Nada hay en este notabilísimo cuadro que no sea digno de llamar la atención; dibujo, colorido, expresión; todo es puro, noble y esmerado. El Santo, que se halla en los momentos de la agonía, el sacerdote que acerca á sus labios la Hostia consagrada, los otros personajes que contemplan absortos la con-

movedora escena, los ángeles que la están presenciando en las alturas, revelan los sentimientos de que se hallan poseídos, inspirando al espectador esos mismos sentimientos y arrebatando sus miradas como las atraería el sublime espectáculo que representa la pintura. ¡Que no nos sea permitido transmitir al lector nuestras impresiones delante de este y de los otros dos cuadros mencionados! ¡Que los límites de la obra no nos permitan hacer una descripción minuciosa de estas tres maravillosas pinturas.....! Pasemos á la tercera sala.

El San Sebastián del Ticiano es la pintura que más llama la atención. El Ticiano, reputado como un gran colorista, pintó en este cuadro un cuerpo de hombre desnudo, con tal perfección y naturalidad que la figura del Santo tiene realmente vida. Tan satisfecho quedó el autor de su obra, que contra su costumbre puso su nombre en el cuadro. A Pío IX debe la galería del Vaticano la adquisición de una preciosa pintura de Bonvicino, la Virgen con San Gerónimo y San Bartolomé. Del Ticiano es el retrato de un Dux de Venecia, cuadro de grande animación, que forma la delicia de los inteligentes. La Magdalena del Guercino es de un estilo abierto y fácil, las tintas son robustas y el dibujo correcto: la cabeza de la Santa expresa admirablemente la piedad y el dolor. Con escrupulosa diligencia fué ejecutado por Pinturichio, el cuadro de la Coronación de la Virgen, que no adolece del defecto de la sequedad en el grado que lo advierten los conocedores en otras obras de este artista. Admirable cuadro es el de la Resurrección del Señor, obra del Perugino, á la cual concurrió Rafael retratando á su maestro en la figura del soldado que va huyendo: Perugino había pintado á su discípulo en la de otro soldado que duerme apoyando la cabeza en el brazo derecho. Otro cuadro de la Coronación de la Virgen, es obra muy estimable; el dibujo es de Rafael y los colores fueron puestos por sus discípulos Julio Romano y Francisco Penni: éste pintó la parte superior y el primero la inferior. Tres grandes maestros pintaron un cuadro de la Adoración de los Magos, que se halla en la tercera sala: Rafael hizo dos encantadores ángeles, los Magos y la cabeza

de San José; Pinturichio otros tres ángeles, y lo restante de la composición es de Perugino. Otra Coronación de la Virgen, cuadro de Rafael, es una obra notable por la gracia y la fina delicadeza de la ejecución. La Virgen con los Santos Lorenzo, Luis, Hereulano y Constancio, una de las mejores producciones del pincel de Perugino, brilla por la gracia y la nobleza de las figuras y por una entonación singular que no había dado el artista á ningún otro de sus cuadros. Sassoferrato, no debía faltar en una galería como la del Vaticano: el pintor de las Vírgenes ejecutó una con el Niño Jesús, que acaso es la más bella de cuantas salieran de su pincel, y fué colocada en la tercera Sala por el Papa Pío IX, quien la donó á la galería. No ha habido pintor que haya expresado con más energía los sentimientos del alma, ni ejecutado con más fuerza el claro-oscuro, que el Caravaggio. El cuadro admirable del Entierro del Señor, que se halla en la sala que vamos recorriendo, es una obra sorprendente en la cual el pintor supo desplegar aquellas dotes que formaban el carácter de sus composiciones. Acaso no llegó á ejecutar otra de mejor efecto. Un fresco de Melozzo de Forti que se hallaba en la antigua basílica Vaticana y fué trasladado al lienzo por orden de León XII, representa á Sixto IV dando audiencia á Platina. Completan el número de los cuadros de la sala tercera dos muy notables de Nicolás Alunno divididos en varias secciones.

Entrando en la cuarta sala sorprende al visitante un soberbio cuadro del Martirio de los Santos Proceso y Martiniano, que pintó el célebre artista francés Valentín, imitador admirable del estilo del Caravaggio. La Crucifixión de San Pedro, la obra maestra de Guido Reni, de la cual hemos hablado en alguna otra ocasión, está enriqueciendo la galería; es un cuadro de maravilloso efecto en el cual no se sabe qué admirar más, si las actitudes de las figuras ó su expresión, si el correcto dibujo ó la excelente encarnación y el claro-oscuro. Es también de gran precio un cuadro de Nicolás Poussin, el Martirio de San Erasmo, en que el pintor francés supo colocarse á la altura de los mejores artistas italianos.

La Anunciación, de Federico Barocci, ha sido celebrada por los inteligentes como un cuadro de gran mérito. Un San Gregorio el Grande, pintado por Andrés Sacchi, es notable por la fuerza del colorido: representa el milagro que obró el Santo Pontífice para convencer á los incrédulos, haciendo saltar sangre al tocar con el estilete uno de esos lienzos con que los fieles cubrían los cuerpos de los mártires, y eran tenidos en gran veneración. Otra bella pintura del mismo autor es el cuadro de Santa Michelina, celebrado por los inteligentes. Santa Elena, cuadro lleno de alegría y de animación, es del célebre colorista Pablo el Veronés, con lo cual está dicho que es magnífico y de grandioso estilo. No de las mejores obras de Guido Reni, pero muy bello, es un lienzo que representa á la Virgen con San Gerónimo y San Juan Evangelista. César de Sesto, pintó un cuadro bastante notable de la Madre de Dios acompañada de San Agustín y de San Juan. El Salvador sobre el Iris, se llama una pintura de suave entonación y de tintas dulces y relucientes que se atribuye al Correggio, aunque pudiera ser de Anníbal Carracci. El cuadro maravilloso de la cuarta sala es sin duda el de la Visión de San Romualdo, la obra maestra de Andrés Sacchi. Los artistas admiran en esta pintura, la habilidad con que el autor supo salir airoso de una gran dificultad. San Romualdo y sus monjes tenían que aparecer vestidos de blanco y era inevitable la monotonía que debiera resultar en el conjunto de la composición: Andrés Sacchi, colocó en lugar conveniente un árbol corpulento de abiertas ramas, y con la sombra de éstas sobre los hábitos de los monjes logró establecer fuertes contrastes, que producen un efecto asombroso.

No hemos hecho otra cosa que mencionar los magníficos cuadros que forman la galería del Vaticano. Sensible ha sido para nosotros no haber podido extendernos en descripciones minuciosas que inspirasen á nuestros lectores el interés que despiertan esas admirables producciones de los primeros artistas del mundo; pero sería necesario para ello escribir un capítulo para cada cuadro y un volumen para la galería. Por

eso nos hemos limitado casi á la simple enumeración de los cuadros, y así tendremos que seguir haciendo con la mayor parte de las grandes joyas artísticas que aun tenemos que admirar en el Vaticano. Ahora conduciremos al lector á las célebres Cámaras de Rafael.

Estas cámaras, de gran celebridad en el mundo, y á donde acuden en tropel diariamente todos los amadores del arte, fueron pintadas por Rafael y sus más adelantados discípulos. Las pinturas que las adornan son sin disputa los mejores frescos del mundo; aunque desgraciadamente han sufrido mucho por las injurias del tiempo y más que todo por la incuria en que se las tuvo en los siglos pasados. Sus tintas en parte están ennegrecidas y en parte como deslavadas; lo que disminuye considerablemente el efecto que debieran producir. A primera vista no corresponden á la idea que se había uno formado, y es necesario examinarlas con detención para admirarlas y convencerse de su mérito sin igual.

Una parte de estas cámaras había sido pintada en tiempo de Julio II, por varios artistas de fama, entre otros el Perugino; cuando el mismo Papa hizo llamar de Florencia al divino Sancio, encomendándole pintar en una de las paredes el asunto de la Disputa del Santísimo Sacramento. Cuando estuvo acabada la obra, quedó sorprendido el Pontífice, y mandó que fuesen borradas las otras pinturas para que Rafael se encargase de su ejecución. Esta orden fué obedecida; aunque Rafael, por respeto á su maestro el Perugino, no quiso permitir que fuesen destruidas las de una bóveda que todavía se conservan y de las cuales haremos mención en su lugar. Comenzaremos nuestra visita por la gran Sala de Constantino. Cuatro son los frescos principales que adornan sus paredes. El de la Victoria de Constantino contra Majencio es una maravillosa composición, en la cual centenares de figuras á caballo y á pie se agrupan en asombrosa confusión, mezclándose los de un ejército con otro; pero con tal arte, que sin dificultad se puede comprender quienes van obteniendo la victoria. La noble figura de Constantino sobre un magnífico caballo de robustas formas se ve dirigirse lanza.

en mano contra su rival que lucha por salir de las aguas del río en donde se halla metido hasta medio cuerpo su arrogante corcel. Una masa de combatientes enfurecidos rodea al caudillo cristiano, formando grupos interesantísimos y presentando escenas desgarradoras. Rafael hizo el dibujo de este cuadro y acabó dos figuras, una de la Justicia y otra de la Clemencia, que adornan el marco; lo demás fué obra exclusiva de Julio Romano, quien supo completar hábilmente el grandioso pensamiento de su eminente maestro.

El mismo Julio Romano pintó el cuadro de la Aparición de la Cruz á Constantino en los momentos en que arengaba á su ejército antes de comenzar la batalla.

Es interesante el fresco que representa á Constantino recibiendo el Bautismo de manos del Papa San Silvestre; lo pintó otro discípulo de Rafael, Francisco Penni llamado el *Fattore*.

En la cuarta pared está representado el acto solemne de la donación de Roma, hecha por Constantino al mismo Pontífice San Silvestre. Este fresco fué pintado por Rafael *del Colle*, también discípulo del de Urbino, conforme al dibujo de maestro.

Julio Romano hizo los ocho retratos de Pontífices que se hallan colocados arriba de los grandes frescos. Las pinturas de la bóveda son obra muy posterior, ejecutada en tiempo de Gregorio XII. Pío IX completó la magnificencia de esta Sala mandando cubrir el pavimento con el gran mosaico descubierta en 1854 cerca de la *Scala Santa*.

La segunda de las cámaras es llamada de Heliodoro. El fresco principal representa el pasaje de Heliodoro, prefecto de Seleuco Filopator, rey de Siria, enviado por su soberano para saquear el templo de Salomón. Interesantísima es la escena que forma el asunto del cuadro. En los momentos de ir á cometer el sacrilegio es arrojado Heliodoro del templo por un caballero y dos ángeles armados que mandó Dios, movido por las oraciones del gran sacerdote Onías. El dibujo de este fresco es de Rafael, quien pintó el grupo lleno de vida y de asombrosa energía; el otro en que se ven muchas

mujeres fué pintado por Pedro de Cremona y lo restante pertenece á Julio Romano.

Frente á este cuadro se halla otro no menos interesante. El Papa San León I saliendo al encuentro de Atila, rey de los hunos, á las puertas de Roma, le hace retroceder llenándole de terror á la vista de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo que aparecen por los aires, armados con espadas.

Otro cuadro representa el Milagro acaecido en Bolsena. Un sacerdote que dudaba de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, al punto de consagrar vió que el corporal se manchaba con sangre. El pintor hizo pasar esta escena delante de Julio II y de otros personajes contemporáneos que asisten á la Misa. Rafael pintó este fresco, en el cual se hace notar la fuerza de un colorido maravilloso.

Un cuarto fresco de magnífico efecto completa la decoración de las paredes en esta sala. San Pedro en la prisión se ve libre de sus cadenas por la intervención de un ángel que lo pone en libertad. Es la obra más singular del pintor de Urbino, y no puede mirarse sin asombro. Su gran mérito se hace consistir principalmente en los admirables efectos de cuatro diferentes luces; la del ángel que se halla dentro de la prisión, la del que se ve afuera, la de la luna, y la de una antorcha que tiene en la mano un soldado y se refleja de una manera extraordinaria sobre sus armas. La bóveda de esta sala fué pintada de claro-oscuro por el mismo Rafael. Unas hermosas cariátides que se admiran en el sub-basamento de los cuadros, obra son de Polidoro de Caravaggio.

La tercera cámara puede decirse que reasume todo el genio prodigioso de Rafael. Las cuatro pinturas que decoran sus paredes representan las diversas fases del desarrollo de su inteligencia, única en el arte. El primer fresco que pintó, y es el de la pared del fondo, arriba de una ventana, representa á la Jurisprudencia, simbolizada por tres virtudes que acompañan á la Justicia, es á saber, la Prudencia, la Templanza y la Fuerza. A los lados de la ventana se ven dos rasgos históricos; en el de la derecha, Justiniano entrega el Digesto á Triboniano, y en el otro, el Papa Gregorio IX es-

tá dando las Decretales á un abogado consistorial. Esta pintura pertenece á lo que llaman los conocedores la *primera manera* de Rafael. Menos correcto el dibujo y menos fino el pincel que en los otros cuadros, nótase, sin embargo, la gracia y la sencillez que caracterizaban el genio del artista.

El segundo fresco, el de la Disputa sobre el Santísimo Sacramento, es de la *segunda manera* de Rafael. Allí se ve unido el sentimiento religioso y la concepción mística, á lo animado de la composición y á la ciencia del dibujo. En la escuela mística es lo más bello que se ha imaginado y ejecutado. En medio del cuadro se ve la Sagrada Hostia dentro de un sol como los que nosotros llamamos *custodia*. En los aires aparece la Trinidad Augusta con la Santísima Virgen y San Juan Bautista. A los lados del altar en que se halla la Eucaristía, están los cuatro doctores de la Iglesia Latina, con otros santos del Antiguo y Nuevo Testamento, que disputan sobre el misterio.

Frente á este cuadro está el llamado la Escuela de Atenas ó de los antiguos filósofos. Es la obra maestra de la *tercera manera* de Rafael. El dibujo, la composición y la vida, hacen admirable esta pintura. El lugar de la escena es un bello pórtico de magnífica arquitectura; en el centro y en sitio elevado, se hallan Platón y Aristóteles, á quienes se reconoce por su actitud grave y majestuosa. Del lado derecho, entre otras figuras, se ve á Sócrates, que habla con Alcibiades; Diógenes se halla recostado sobre una grada con un libro en la mano; más abajo está Pitágoras, escribiendo, rodeado de sus discípulos. Otros muchos personajes ocupan la escena, y en ellos se ven retratados algunos de los grandes hombres de la época de Rafael; allí están el Bramante, célebre arquitecto; el duque de Urbino; el de Mantua; el pintor Perugino, y el mismo Rafael. Cincuenta y dos figuras encierra el magnífico cuadro que Miguel Angel calificó de "la más bella pintura del mundo."

El cuarto fresco de la sala representa el Parnaso, en donde se ven las nueve Musas, y en medio de ellas, Apolo. En la parte inferior del cuadro se hallan muchos poetas antiguos

y modernos: Homero, Safo, Horacio, Virgilio, Ovidio, Essio, Propercio, Dante, Bocacio y Sanazar.

La bóveda de la cámara, pintada también por Rafael, está dividida en nueve cuadros, rodeados de una ornamentación de claro-oscuro sobre fondo de oro. En el cuadro del centro, un grupo de preciosos ángeles, sostiene las armas de la Iglesia. En los cuatro cuadros principales, la Filosofía, la Justicia, la Teología y la Poesía, están representadas en bellas figuras de mujeres. En los otros cuatro se ven la Fortuna, el Juicio de Salomón, Adán y Eva tentados por la serpiente, y Marsias muerto por Apolo.

La cuarta cámara, como las anteriores, tiene cubiertas sus paredes con cuatro frescos. El principal y el más celebrado es el Incendio del Borgo, que tuvo lugar en 847, en tiempo de San León IV. Se cree que Rafael en esta pintura fué inspirado por la descripción poética que hizo Virgilio del incendio de Troya, representando, entre varios episodios, un grupo de figuras que pueden tomarse por Eneas que lleva sobre sus espaldas á Anchises, seguido de Creusa, su mujer.

Otro cuadro representa la Justificación de León III. El Papa se halla delante de Carlomagno, rodeado de Cardenales y Obispos, prestando solemne juramento contra las calumnias de que había sido víctima.

El tercer cuadro contiene la victoria que San León IV obtuvo contra los Sarracenos, en Ostia.

En el último está la Coronación de Carlomagno, por San León III, en la Basílica de San Pedro.

La bóveda de esta cámara es la que pintó Perugino, y no quiso Rafael que fuese borrada.

De esta última cámara se pasa á la espléndida sala de la Concepción, que Pío IX hizo decorar para recuerdo perpetuo de la definición del Dogma de la Concepción Inmaculada, disponiendo que los frescos de las paredes representasen los principales hechos de esta solemne declaración. Esta grandiosa obra fué confiada á Francisco Podesti, quien hizo los dibujos para toda la ornamentación, y dirigió los trabajos.

El primero de los cuadros al fresco que cubre una de las

paredes, representa el Concilio ecuménico convocado por el Pontífice, para deliberar acerca de la declaración del dogma. Es un cuadro de grandes dimensiones, en que se ven numerosos grupos de Cardenales, Arzobispos, Obispos y prelados de Ordenes religiosas.

En el segundo, el Santo Padre hace la solemne declaración en la Basílica de San Pedro. De pie, en la tribuna de la iglesia, rodeado de un inmenso cortejo de altos dignatarios, Pío IX proclama la definición del dogma. Más de 150 figuras son visibles en el cortejo, y la mayor parte retratan á los personajes que concurrieron al acto.

En el tercer cuadro, el Pontífice, arrodillado delante de la imagen de la Virgen Inmaculada, está incensándola. Un numeroso cortejo de Cardenales, revestidos con ornamentos sagrados, y de otras dignidades eclesiásticas, así como funcionarios del orden civil, asiste á la ceremonia.

Otro fresco pintado en medio de dos ventanas, representa el triunfo de la Iglesia, en la parte superior, acogiendo á todas las naciones del globo. En la parte inferior están las sibilas que predijeron el nacimiento de la Inmaculada Virgen. A los lados de las ventanas se ven grupos de ángeles llevando las insignias pontificias y las cuatro virtudes cardinales.

En la bóveda, que se halla decorada con ricos y elegantes estucos dorados, están representadas la Fe, la Doctrina, Judith, Esther, un episodio del Diluvio Universal, y la muerte de Sízara. En el centro de la bóveda están las armas de Pío IX.

En el zócalo de donde arranca la bóveda, están los bustos de los doce Apóstoles, de claro-oscuro; la Natividad de la Santísima Virgen; el Concilio que hizo la declaración, y la distribución de medallas conmemorativas, hecha por el Pontífice. El pavimento de la sala es un precioso mosaico, descubierta en las excavaciones de Ostia, y las puertas y ventanas son de nogal, muy notables por la magnífica talla que las embellece.

De la sala que á grandes rasgos hemos descrito, se baja al primer piso de las Logias, en donde se ve la entrada á la Sala

Ducal adornada con preciosos estucos y hermosos paisajes. De esta sigue la Sala Regia, magnífica estancia en cuya construcción y decoración intervinieron grandes artistas, como Sangallo, Perín del Vaga, Daniel de Volterra, Vasari, Zucari, Salviati y otros varios. No nos detendremos en describir estas salas, porque ya tardamos demasiado en llegar á la Capilla Sixtina, á la cual queremos introducir al lector, no con el espíritu de piedad con que le invitamos á que nos acompañara el memorable 13 de Mayo en que asistimos á la Misa Papal, sino con el objeto exclusivo de ver, de contemplar y de hacer un estudio de las maravillas de arte que revisten la bóveda y las paredes de la célebre Capilla.

Ya hemos dicho antes que Sixto IV la hizo construir; ahora diremos que Alejandro Filippi, ó sea Botticelli fué encargado de las pinturas y ejecutó algunos frescos en las paredes laterales. Miguel Angel Buonaroti fué el autor de la decoración de la bóveda y de la pared del fondo. Julio II encomendó al artista la gigantesca obra que fué ejecutada, la de la bóveda en el corto espacio de 22 meses y la de la pared en mucho mayor tiempo, que se hace llegar hasta ocho años. Sea de esto lo que fuere, la Capilla Sixtina encierra la más grandiosa manifestación de las singulares aptitudes y del colosal talento de ese gran artista cuya reputación será eterna, cuyo nombre conservará la historia aun después de que sus admirables obras desaparezcan por la acción destructora del tiempo.

Divididos andan los críticos sobre cuál de las dos obras de Miguel Angel en la Sixtina, merece el primer lugar, es á saber la bóveda ó el fresco de la pared. Nosotros, profanos en el arte, no nos atreveríamos á inclinarnos á una ú otra opinión. Sin embargo, inspirados por nuestros propios sentimientos, y movidos por las impresiones que recibíáramos al estar contemplando esas obras, nos permitiremos aconsejar al lector que dé la preferencia á la bóveda. Como la entrada para los visitantes se halla por la puerta del presbiterio, atravesaremos por toda la longitud de la Capilla hasta colocarnos en el cen-

tro de la puerta principal, que veremos cerrada, y vuelta la espalda á dicha puerta levantaremos nuestros ojos hacia la bóveda. ¡Qué cuadro tan sorprendente! ¡Qué maravilloso espectáculo se ofrece á nuestra vista! Dividida la espléndida techumbre por su magnífica ornamentación en veintiuna secciones, que forman otros tantos cuadros de diversos tamaños aunque rigurosamente simétricos; al abarcar el conjunto se cree ver expresado un solo pensamiento. Diferentes los asuntos, se hallan relacionados entre sí con admirable concierto; presentándose á nuestra vista como un gran álbum en que se ha reproducido el Antiguo Testamento en expresivas figuras que ofrecen de bulto los pasajes que se relacionan con la caída del hombre y su Redención. Los grandes episodios de la Creación del mundo y la del hombre; el Sacrificio de Noé, El Diluvio, y la Embriaguez de Noé son los principales asuntos que se hallan en los grandes cuadros centrales de la bóveda. Los Profetas y las Sibilas, que predijeron la Redención, circundan esta serie de cuadros, que completan el poema bíblico que se propuso desarrollar el artista. Detengámonos en los detalles.

La colosal figura de atléticas formas que parece estar sosteniendo una de las claves principales de la bóveda, es la de Jonás; asombrosa pintura en la cual sin hipérbole diremos que cuesta trabajo no tomarla por una soberbia cariatide: tal es la perfección del relieve; tanto así se desprende la figura del cuadro. Comienzan en seguida las grandes secciones de la ornamentación. En la primera se ve la separación de la luz y las tinieblas, según el lenguaje del Génesis. Nada hay en la pintura antigua ni en la moderna más noble, más majestuoso, más bello que esa figura del Padre Eterno imaginada y ejecutada por Miguel Angel. Un Ser ideal en forma humana; pero que no es hombre aunque se nos asemeja: un anciano de blondos cabellos grises y larga barba, que sin embargo no es viejo, ni parece joven, revela en el semblante la inmutabilidad de su ser y la eternidad de su existencia. A su palabra poderosa desaparece el caos y se separa

la luz de las tinieblas. En el siguiente cuadro está obrándose la creación del Sol, de la Luna, de la yerba y de las plantas. En el tercero el Espíritu divino se mueve sobre las aguas, como dice el Génesis. En el cuarto el Criador está animando la figura del hombre que ha formado con sus manos. En el quinto, que es acaso el más bello, ese majestuoso Ser, de pie, cubierto con un manto inmenso, levanta su brazo derecho en la dirección en que la mujer, fresca, hermosa, llena de gracia y penetrada de religioso sentimiento sale de las costillas de Adán, y juntas sus manos, como que se inclina adorando al que la acaba de formar de la sustancia del hombre. El cuadro que sigue contiene dos escenas representadas con una propiedad que sorprende: en la primera la serpiente ofrece á la mujer el fruto prohibido; en la segunda han comido nuestros desgraciados padres aquel fruto y son arrojados del Paraíso. En este cuadro el artista prescindió de ese colorido que los inteligentes califican de salvaje y lo empleó suave y encantador. Sublime es el cuadro del sacrificio de Noé; el artista supo estudiar profundamente á los personajes bíblicos y llegó á representarlos como los dan á conocer los sagrados libros. El asunto del Diluvio está expresado con una espantosa naturalidad; las escenas que ofrece á la vista son verdaderamente desgarradoras. El cuadro de la embriaguez de Noé traduce admirablemente el episodio bíblico y lo expresa con la sencillez y rudeza del escritor primitivo.

Las figuras de los Profetas y las Sibilas son admirables en el dibujo y en la expresión. Hay un Daniel que no puede concebirse más inteligente, más reflexivo, ni más bello: un Jeremías en quien se ve retratada la aflicción y la tristeza en el semblante y en la actitud, de una manera tan bien acentuada que comunica al espectador aquellos sentimientos; un Ezequiel que verdaderamente habla, y como que espera uno escuchar de sus labios sus inspiradas predicciones. Entre las Sibilas, la de Eritra es hermosa como una estatua griega é imponente como una divinidad egipcia; la de Delfos es una feroz inteligencia que manda, la de Cumas parece confundirse entre indescifrables enigmas.....

Y en todas estas figuras de Profetas y de Sibilas un dibujo irreprochable, y unas ropas magníficas y un relieve que hace desprender completamente las imágenes y todos los accesorios del cuadro. No podemos ser minuciosos en la descripción de la bóveda; tenemos que fijar nuestras miradas en el gran fresco del Juicio Final.

Mucho habíamos visto de este cuadro en los grabados, en las fotografías, en las descripciones de los viajeros. Ibamos preparados para recibir extrañas y desconocidas impresiones al hallarnos delante del original. Se nos había dicho que se apoderaba del ánimo el más horrible espanto y la más profunda emoción al contemplar ese cuadro asombroso. ¡Triste desencanto! La vista de aquel inmenso agrupamiento de figuras humanas no produjo en nosotros el efecto que creíamos. Fríos espectadores de las escenas allí representadas, nuestro corazón de creyentes, nuestra alma cristiana, no se conmovió, siquiera ligeramente, ante lo que esperábamos nos retrataría á lo vivo el terrible drama de la catástrofe universal. Aquel Juez supremo, airado contra la humanidad delincuente, se nos presentó idéntico al Júpiter pagano que habíamos visto en el museo de Nápoles; aquellos ángeles de las trompetas que llaman á la humanidad á juicio, nos ofrecieron reproducciones de los atléticos gladiadores que combatían en el circo: los bienaventurados que creíamos ver agrupados con semblante sereno á la derecha del Juez en ordenadas filas, vestidos con blancas y resplandecientes ropas, los vimos aparecer en espantosa confusión, desnudos y en actitudes académicas algunos, por no decir impúdicas, representando escenas de orgías olímpicas que hicieran apartar la vista del cuadro á miradas pudorosas, si un virtuoso Papa no hubiese velado con el diestro pincel de Volterra lo que más ofendía en ellas la honestidad. La belleza ideal de los escogidos, la hermosura de que creyéramos ver revestidos á los que gozan de la visión beatífica la trocó el pintor en la rudeza de miembros y en la grosera expresión del salvaje; los ángeles allí son hombres y los hombres una especie de fieras. La Vir-

gen María es una mujer vulgar que se muestra como atemorizada y como víctima de la cólera de su Hijo, que parece ha provocado ella misma. Los precitos en grupos aislados y en posturas inverosímiles, representan á veces más bien escenas grotescas que terribles y excitan algunos la risa antes que producir el espanto. La barca de Carón viene por último á completar ese cuadro que llamaríamos de profanación del asunto religioso más serio y más respetable de nuestra creencia. El gran pintor del Renacimiento, inspirándose en la fábula, y no en las tradiciones religiosas del Cristianismo, ejecutó sin quererlo una composición enteramente pagana, y en vez de presentar un cuadro de edificación para los creyentes, dejó á la posteridad una prueba de los extravíos á que lleva el talento cuando en materias religiosas no quiere guiarse por la revelación. Y no se diga para disculpar á Miguel Angel que un gran poeta escribió el mismo asunto de una manera semejante, porque el poema de Alighieri no fué escrito para servir de lectura piadosa á los fieles, mientras el cuadro del Juicio final ordenó un Papa que se hiciese para adornar el muro principal de una casa de oración. Lamentable es que un genio tan poderoso; que el gran pintor que supo inspirarse en las tradiciones religiosas al desarrollar de una manera tan perfecta y apropiada los asuntos de la bóveda, no hubiese comprendido su misión al serle encomendada la pintura de la pared, y no hubiese logrado colocarse á la altura de los designios del Pontífice que mandó ejecutar la obra.

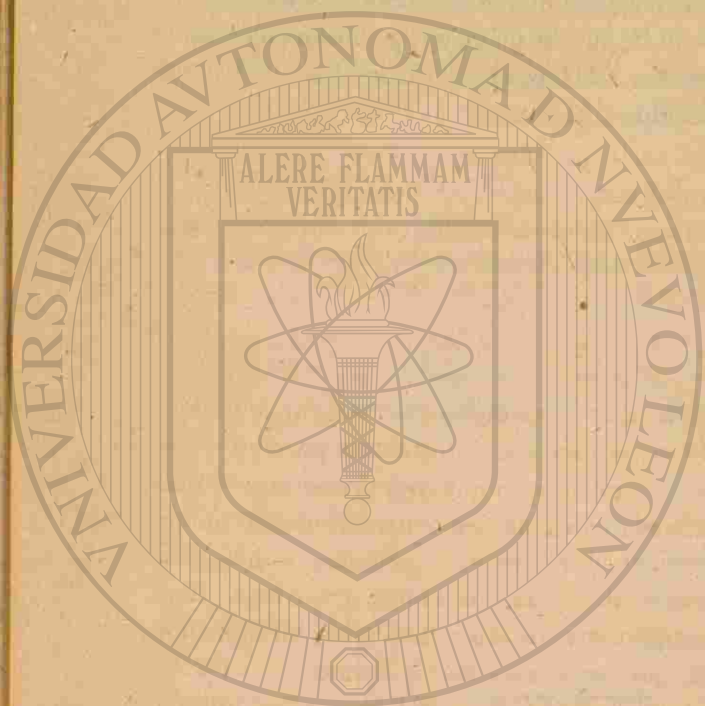
No desconocemos que se nos calificará de atrevidos al haber aventurado las anteriores apreciaciones acerca de una pintura que es objeto de admiración universal. Diremos para nuestro descargo, primeramente que hasta aquí no hemos formulado un juicio, sino comunicado al lector nuestras impresiones religiosas á la vista del cuadro. Después, que nuestra opinión acerca del gran fresco de Miguel Angel no preocupa la que pudiéramos tener y tenemos de la pintura bajo el punto de vista del arte; sobre lo cual diremos una palabra.

Reconocemos sinceramente que el Juicio Final es una composición maravillosa, si se consideran las dificultades que se propuso y de que salió tan airoso el artista. Centenares de figuras humanas, moviéndose en un espacio relativamente pequeño; centenares de figuras en diferentes actitudes y en difíciles posturas: cien escenas extrañas, que aunque referentes á un mismo asunto ofrecen variedad y producen maravillosos contrastes; el dolor, el espanto, la rabia, la desesperación expresados en multitud de semblantes y en cada uno de distinta manera; constituyen para el artista una situación de la cual solamente un genio extraordinario pudo salir victorioso. Bajo ese punto de vista, somos admiradores del cuadro, si bien lamentamos que por seguir el autor el capricho de presentar desnudos á todos los circunstantes; consintiera en ejecutar una pintura en que la más seca monotonía vino á neutralizar el buen efecto de los contrastes en el colorido. También nos atrevemos á señalar como un defecto esa tinta azul oscura igual por todas partes, que se ve cubriendo el espacio, sin otro matiz que el de la encarnación de las figuras.

Y aquí damos punto á nuestras apreciaciones, y perdón si no hemos seguido la corriente de los amadores relativamente al cuadro del Juicio Final. A lo menos nuestra imparcialidad no se pondrá en duda, cuando se nos ha visto entusiastas admiradores de otras muchas obras del incomparable artista.

Para terminar nuestra descripción de la Capilla, mencionaremos solamente las pinturas que adornan las paredes laterales. A la izquierda está una serie de cuadros al fresco que contienen pasajes del Antiguo Testamento; los de la derecha pertenecen al Nuevo: son seis de cada lado. Los primeros representan los asuntos siguientes: Moisés viajando en Egipto con Séfora, Moisés atacando á los pastores Madianitas, El Paso del Mar Rojo, la Adoración del becerro de oro, El fuego del Cielo matando á Coré, Dathán y Abirón, y la Promulgación de la antigua Ley. Los segundos son: la Cena del Señor, Jesucristo entregando á San Pedro las llaves, Je-

sús predicando sobre la montaña, la Vocación de los Apóstoles Pedro y Andrés, Jesús tentado por Satanás, y el Bautismo de Nuestro Señor. Todos estos cuadros son de muy buenos autores; los más de Botticelli, como dijimos arriba, y los hay del Perugino, de Ghirlandaio, de Signorelli y de Rosselli. No merecen mencionarse dos malos frescos que se hallan á los lados de la puerta principal y fueron ejecutados en tiempo de Gregorio XIII para sustituir otros bellísimos que se habían borrado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VIGÉSIMOSEGUNDO



El Vaticano.—La Sala de la Biga.—Museo Etrusco.—Galería de los Candelabros.—Sala de las Tapicerías.—La Cruz Griega.—Museo Egipcio.—Reflexiones.—La Sala Redonda.—La Sala de las Musas.—La Sala de los Animales.—Galería de las Estatuas.—Sala de los Bustos.—Gabinete de las Máscaras.—Pórtico de Belveder.—Vestíbulo cuadrado.—Museo Chiaramonti.—El Nuevo Brazo.—La Biblioteca.

UN solo capítulo nos proponíamos consagrar á la descripción de los edificios del Vaticano; pero ya ve el lector que á pesar de que nos redujimos muchísimo en el anterior, le dimos una extensión considerable sin haber terminado. Veremos si en el presente podemos concluir la relación de nuestras visitas á la residencia Pontificia. Vamos á visitar principalmente los museos. Comenzaremos por el Pío-Clementino, que lo forman varios departamentos.

Una magnífica escalera de mármol de Carrara dividida en tres rampas conduce á los departamentos superiores. En la parte baja se halla en el centro la puerta de la Biblioteca. Acabando de subir la escalera se pasa á la preciosa cámara circular, llamada de la *Biga*. Decorada con cuatro ventanas, cuatro nichos y ocho columnas acanaladas de mármol blanco, sostienen éstas el entablamento sobre el cual descansa una elegante bóveda. En el centro de la rotonda se ve un carro de mármol tirado por dos caballos; el carro y uno de los animales son de origen antiguo, lo restante es obra moderna. La cinceladura del carro es objeto de admiración para los inteligentes. En los nichos están colocadas cuatro magníficas estatuas del arte griego, y otras tantas se ven en los es-

pacios intermedios. Abajo de los nichos hay cuatro sarcófagos antiguos adornados con bajo-relieves.

Saliendo de esta cámara se sube una escalera que conduce al Museo Etrusco. Hacía muchos años que la Comisión de antigüedades se ocupaba en reunir los más preciosos monumentos encontrados en las excavaciones hechas en el suelo de la antigua Etruria en los confines de los Estados Pontificios. Para dar colocación á dichos objetos el Papa Gregorio XVI, hizo formar el museo que lleva su nombre y fué terminado en 1837. No vamos ni á mencionar lo que contiene este museo: daremos idea de la disposición de sus departamentos, indicando los objetos principales.

Cuatro cámaras sucesivas encierran una multitud de monumentos, estatuas, muebles, utensilios domésticos, etc. Entre estos, en la primera pieza llama la atención una urna cincelada en una piedra rara, parecida al peperín y en el bajo-relieve que la adorna se ve un sacrificio humano: hay otras urnas cinerarias de barro cocido muy curiosas. La estatua de Mercurio que se halla en la segunda sala es digna de estudio, así como una pequeña urna cuyo relieve representa la muerte de Adonis. En la tercera cámara comienza la colección abundantísima de vasos de barro pintado, que es interesantísima por la forma de los objetos y por la calidad de las pinturas. Es admirable entre estos vasos uno de fondo blanco en el cual está dibujada la educación de Baco. En la cuarta cámara se halla en el centro otro vaso notabilísimo por su forma y por el dibujo; un Apolo sentado sobre el tripié délfico constituye su adorno exterior. En esta misma sala se ve otro vaso de gran tamaño del más antiguo estilo etrusco.

En el departamento que se llama el Hemicielo se han reunido los vasos más hermosos y más interesantes de la colección. La cerámica moderna no tiene la variedad de formas ni la elegancia de contornos que se admiran en estos antiquísimos utensilios de la alfarería etrusca.

Hay una sala especial destinada á la colección de tazas. Las hay de muchísimas formas, de lo más elegante y hermo-

so que se haya visto, y de un trabajo fino y delicado. Son muy notables las que representan la expedición de los Argonautas.

Retrocediendo á la cuarta cámara se pasa al salón de los Bronces, en donde llama la atención primeramente la magnífica estatua de un guerrero, que fué descubierta en Todi en 1835. Entre los objetos raros que hay en esta sala, merecen especial mención los que fueron encontrados en un gran sepulcro y consisten en un lecho fúnebre, en un altar de perfumes y en grandes vasos con tres pies. Una extensa variedad de cosas llena los armarios de la sala, como armas ofensivas y defensivas, candelabros de diferentes formas y tamaños, hornillas, tripiés, vasos, etc. Hay un carro; un tocador de forma elíptica, adornado con figuras que representan el combate de las Amazonas; varios altares y diversos utensilios del culto. Lo más notable es la colección de objetos de oro, entre los cuales se distinguen las joyas, de un trabajo exquisito.

De este salón sigue un pasillo en que se ven algunas inscripciones etruscas, y de allí se entra en la sala de pinturas, en donde hay muchas curiosísimas, que han sido copiadas de las que adornaban las tumbas y los otros monumentos y restos de edificios que se han descubierto.

Acabando de visitar este interesante museo, el guía nos conduce á la famosa Galería de los Candelabros, la cual está dividida en seis secciones, y contiene una gran cantidad de monumentos, de candelabros y otros objetos rarísimos. Es un verdadero tesoro el que encierra la Galería en estatuas, en sarcófagos, en vasos, en copas y en otra multitud de esculturas de diversas clases, cinceladas en preciosos mármoles.

Celebrada ha sido siempre la colección de magníficas tapicerías que se halla reunida en la sala de este nombre que sigue á la anterior y que los italianos llaman *Arrazzi*, derivándolo de la palabra *Arras*, nombre de la fábrica en donde fueron hechas las preciosas telas. Son veinticinco las que ahora existen. Era mayor número; pero sustraídas en fines del siglo pasado, fueron vendidas á unos judíos, quienes las

estaban quemando para aprovechar el oro, y habríanse perdido todas si el Cardenal Braschi, advertido á tiempo, no hubiese salvado las que no habían sido entregadas al fuego. La mayor parte de las tapicerías fueron copiadas de dibujos de Rafael, excepto dos que se tomaron de pinturas de Van-dyck. Las más notables son las que representan la Pesca milagrosa, la Matanza de los Inocentes, la Curación del hidrópico, la Conversión de San Pablo, la Venida del Espíritu Santo, la Resurrección del Señor, la Ascensión, el Calvario y el Descendimiento. Salgamos de esta sala y siguiendo los pasos del guía nos hallaremos delante de una puerta, la más hermosa y magnífica que pueda imaginarse. Es la que da entrada á la soberbia sala que llaman de la "Cruz Griega," construida y decorada por mandato de Pío VI.

Dos colosales estatuas de estilo egipcio cinceladas en granito rojo, sustentan á manera de cariátides un magnífico arquitecave sobre el cual resalta una soberbia cornisa también de granito, que se halla coronada por dos hermosos vasos egipcios y un magnífico bajo-relieve que representa un combate de gladiadores con bestias feroces. En el friso del entablamento, con letras de bronce, hállase la inscripción: MVSEVM PIVM. No es posible expresar la impresión que se recibe al entrar en esta soberbia estancia. Sus bellas proporciones, su decoración y los interesantes monumentos que contiene llenan de asombro al visitante, quien no sabe por dónde comenzar á ver tantos y tan interesantes objetos. Allí está el gran sarcófago de Santa Constancia, construido en pórfido rojo y cubierto de bajo-relieves con genios, animales y arabescos. Allí la suntuosísima tumba que guardó las cenizas de Santa Elena, también de pórfido rojo adornado con figuras de guerreros y de esclavos, aludiendo á las victorias de Constantino; en la cubierta se ven esculpidos genios, animales y festones. Allí está la famosa Venus, copia de la de Cnido, cincelada por Praxíteles. Allí las dos esfinges colosales en granito egipcio, perfectamente conservadas. Allí las bellísimas estatuas de dos Musas sentadas, las de Augusto, y de *Lucius Verus*, de un orador griego. Allí..... pero no

podemos mencionar siquiera las restantes; nos oprime la estrechez de las páginas de este libro. Pasemos al Museo Egipcio.

Este es uno de los departamentos más modernos; lo fundó el Papa Gregorio XVI, el antecesor inmediato de Pío IX. Un sentimiento de veneración se apoderó de nosotros al entrar en este museo. Teníamos delante los monumentos más antiguos que hay en el mundo. A millares de años se remonta la antigüedad del mayor número de los que forman la riquísima colección. Estatuas de extraña forma esculpidas en granito negro, urnas y sarcófagos en basalto, cubiertas de geroglíficos; bellos leones y otros animales simbólicos: representan las divinidades del Egipto, figurando como la principal la célebre diosa Isis, nos dan á conocer también á los soberanos de uno de los más antiguos pueblos del mundo, identificados los personajes por inscripciones que los sabios han podido descifrar. Entre los retratos notables llaman la atención el de Jivea, madre de Ramasés III, el de Ptolomeo Philadelpho, el de Arsinoes su mujer, y el de Achori, el último de los Faraones. No solamente los monumentos de esta clase forman la colección; utensilios de bronce y de madera, objetos de uso doméstico, instrumentos de guerra y de arte, la enriquecen admirablemente, y lo que más sorprende es la reunión de escritos en caracteres geroglíficos unos y en caracteres hieráticos otros. No se ha saciado con esto la arqueología en su afán por estudiar y dar á conocer á los pueblos primitivos: ha desenterrado los muertos que ha tenido la fortuna de hallar en perfecto estado de conservación, y los guarda el Museo Pío en un departamento especial. Vense allí los cuerpos momificados, algunos conservando sin alteración las facciones del rostro; los más envueltos en sus mortajas y muchos encerrados en los mismos ataúdes en que fueron sepultados hace millares de años. En una de las cajas mortuorias se lee todavía la inscripción que identifica el cadáver con un sacerdote de Ammori-ra, de la décimoctava dinastía real.

Quando después de haber recorrido los varios salones de

que consta el Museo Egipcio del Vaticano, reconstruye uno en su imaginación esos pueblos antiquísimos que desaparecieron de la faz de la tierra, y observa en sus costumbres, en sus trajes, en sus monumentos, una civilización acaso más adelantada que la de los antiguos romanos sus conquistadores; ocurre pensar que en las evoluciones de la humanidad que alternativamente han llevado á los pueblos de la barbarie á la civilización y vice-versa, el mundo no ha recobrado todavía el tesoro de conocimientos que poseía en las edades prehistóricas, como es probable también que la población del globo terrestre dista muchísimo de haberse multiplicado hasta el número en que se extendía en tiempos muy remotos. Orgullosos nuestro siglo con sus descubrimientos y con sus conquistas, olvida que los antiguos pobladores de la tierra nos han dejado vestigios y hasta monumentos de sus avances en las ciencias y en las artes, á que todavía distamos muchísimo de llegar. Reconocer debemos que nos hallamos todavía en un período de decadencia. La humanidad tiene que caminar mucho para llegar de nuevo á la altura de que descendió hace muchos siglos. Llegará sin duda á levantarse, y acaso más; pero pasarán siglos y se sucederán muchas generaciones antes de que recobre el lugar que perdió. Solamente en el orden moral y religioso el hombre de hoy aventaja con mucho al de otros tiempos. Las costumbres han suavizándose bajo la influencia de una religión que ha venido á estrechar las relaciones del Criador con la criatura, y á impulso de esta acción, la humanidad llegará á formar una gran familia de hermanos, unidos por el dulce vínculo de la caridad cristiana. A este bello ideal de perfeccionamiento social é individual caminan los hombres sin aperebirse de ello, y aun combatiendo directamente los medios por donde son conducidos providencialmente á ese fin. El reinado de Jesucristo se extiende por toda la redondez de la tierra; llegará á ser universal y único, á pesar de los esfuerzos que se han hecho y sigan haciéndose por los hombres para destruirlo, y á pesar de las vicisitudes por que viene atravesando la Iglesia desde hace diez y nueve siglos. La obra de la Crea-

ción del mundo no fué hecha en un día: nos lo dice la Revelación y lo predica la ciencia. La obra de la Redención de la humanidad, principió en el Calvario y ha seguido y sigue desarrollándose, hasta que llegue á su total desenvolvimiento.

Objeto de grande admiración es para los artistas lo mismo que para los profanos, la gran sala circular llamada "Sala redonda" que comunica con la de la "Cruz Griega" y fué construida por disposición de Pío VI. Decoradas sus paredes con diez grandes pilastras de mármol de Carrara, la cierra una elegante bóveda con un tragaluz en el centro. En esta sala se ven monumentos de muy grande estimación; es la sala de las estatuas y de los bustos colosales. En el centro se levanta sobre cuatro pies de bronce dorado la magnífica fuente de pórfido rojo de una sola pieza, que perteneció á las termas de Diocleciano y mide catorce metros cuarenta centímetros de circunferencia. Al rededor de la sala se ven hermes gigantescos como los de las Musas de la Tragedia y de la Comedia, de una bellísima ejecución, y el del Júpiter llamado de *Otricoli*, uno de los más preciosos del Museo, y estatuas tan celebradas como las de Antinous, de Ceres, de Nerva y del Genio de Augusto. Mas lo que excede en mérito á cuantas esculturas se admiran en la sala, es la colosal estatua de Hércules, en bronce dorado, de cerca de cuatro metros de altura, que se halla enriqueciendo la colección desde 1866. Es la primera en su clase, y descubierta en 1864 en una excavación que se hacía en el palacio Righetti, fué comprada por el Gobierno pontificio en la suma de 50,000 escudos.

De esta magnífica estancia, atravesando un pasillo en el cual se admiran bustos, bajo-relieves y estatuas notables, se llega á la Sala de las Musas; que así se llama por reunir una colección de estas representaciones mitológicas en nueve admirables estatuas de mármol, de las que fueron halladas siete juntas en Tívoli, y las otras dos existían en el palacio del príncipe Lancellotti. Es sin disputa esta colección la única, y las estatuas de las más bellas que se conocen. Otras varias esculturas valiosas adornan esta sala, siendo la más

notable una de Apolo en el acto de cantar, acompañándose con la lira. El pavimento está cubierto con riquísimos mosaicos antiguos que representan actores y máscaras escénicas, y en el centro una maravillosa cabeza de Medusa.

“La Sala de los Animales,” que sigue á la anterior, ha sido reputada también como una de las secciones interesantes del Museo Pío, por las magníficas esculturas del arte antiguo que en este género se han coleccionado allí. Quisiéramos describirlas, pero en la imposibilidad de hacerlo, mencionaremos, como muy principales, un grupo de un tritón y una ninfa; otro de un león furioso devorando un caballo; un bellissimo ciervo de alabastro, y un Centauro domado por un pequeño Amor que va sobre él cabalgando. También esta sala tiene cubierto el pavimento con antiguos mosaicos de mucho mérito.

Se va de esta á la “Galería de las estatuas,” en donde ya se deja entender que se hallan muchas y muy interesantes. Llamán la atención principalmente la media figura del Amor, que se cree ser copia del celebrado de Praxíteles; la Amazona, una estatua desnuda de Septimio Severo, y la de Ariana, que vulgarmente llaman de Cleopatra. En esta sala se encuentra el soberbio vaso de alabastro que guardó las cenizas de los hijos de Germánico, y fué descubierto en las ruinas del Mausoleo de Augusto.

Llegando á la extremidad de la Galería, se pasa á otro magnífico salón llamado “de los Bustos,” dividido en tres secciones por arcos que sostienen columnas revestidas de amarillo antiguo, con sus contra-pilastras de muy exquisito mármol. Sobre dos hileras de tablas, de mármol también, recibidas en elegantes ménsulas, están colocados bustos y cabezas de diversos personajes de la antigüedad. Dioses, emperadores, poetas, filósofos, se hallan retratados en mármol ó en bronce, esculpidos por los más hábiles cinceles griegos y romanos.

De este salón sigue el “Gabinete de las Máscaras,” rica estancia decorada con ocho columnas de alabastro y otras tantas pilastras del mismo material; sobre lo alto de las paredes reina un friso formado con festones y genios de escultura an-

tigua, y la bóveda está cubierta con pinturas de aceite representando asuntos mitológicos. Entre los monumentos que encierra este Gabinete, se distinguen la estatua de la Danzante, figura llena de gracia y de verdad; el soberbio Fauno en mármol rojo antiguo; la bella estatua de un sacerdote de Mithra, conocido con el nombre de Páris; la noble representación de Minerva en un mármol lleno de vida y de expresión; la soberbia taza de rojo antiguo; una silla de baño, y una magnífica estatua de Adonis. El nombre que lleva este Gabinete se deriva del magnífico mosaico que cubre su pavimento, en el cual se ven máscaras rodeadas de guirnaldas con frutas y pámpanos verdes.

De este Gabinete se vuelve á la sala de los Animales para entrar en el celebrado “Pórtico de Belveder.” Es un bellissimo y suntuoso patio de forma octágona, circundado de un pórtico sostenido por dieciséis columnas de granito y dividido en cuatro secciones que corresponden á cuatro magníficos gabinetes. En el primero se hallan algunas obras de escultura notabilísimas, de Cánova, entre las que se distingue el grupo de los pugiles Greugas y Damosena. En el segundo se admira el Mercurio llamado de Belveder, una de las estatuas antiguas más bellas, en que compiten la pureza del dibujo con la expresión de la cabeza. En el tercer gabinete se halla el famosísimo Laocoonte, descubierto en el monte Esquilino, y es el mismo que nos había descrito siglos antes el historiador Plinio. El sacerdote de Neptuno está representado, con los más sublimes recursos del arte, en los momentos en que va á expirar en compañía de sus dos hijos, entre horribles angustias y dolores, oprimido y atormentado por dos horribles serpientes excitadas por Minerva, á quien Laocoonte había ofendido. Esta obra maravillosa, según el mismo Plinio, se hallaba en el palacio de Tito, y fué ejecutada por Agerandro, Polídro y Atenodoro, ciudadanos de Rodas. La reproducción de este soberbio grupo, que se halla en la galería de las estatuas en nuestra Academia de Bellas Artes, da una idea muy aproximada de la celeberrima escultura que forma el mejor adorno del Pórtico de Belveder. El cuarto

gabinete sirve de templo á una de las obras más sublimes del arte antiguo; el Apolo, cuya noble actitud y majestuosa expresión, revelan una obra maestra de la escultura griega. La antigüedad de este mármol inapreciable, se hace remontar á los tiempos de la República romana.

Intencionalmente no hemos mencionado siquiera otros muchos monumentos que acompañan las esculturas anteriores en sus gabinetes, y ostenta el pórtico por el exterior en sus cuatro secciones. Ya hemos dicho que no es posible, visitando los departamentos del Vaticano, describir los objetos que contienen, y muchas veces ni mencionarlos, porque tendríamos que ser en extremo difusos. Pasaremos, pues, por alto esos monumentos magníficos; no nos detendremos en el "Vestíbulo circular," sino para contemplar una vez más, desde el famoso balcón de Belveder, el pintoresco y espléndido panorama de la ciudad, que desde allí es encantador; tampoco haremos larga permanencia en la "Cámara del Meleagro," sino para admirar ligeramente la soberbia estatua que da nombre á la estancia, y llegaremos al "Vestíbulo cuadrado," en donde sí es necesario detenernos á ver despacio la obra maestra de la escultura griega, el llamado "Dorso de Belveder," que formó parte de una estatua de Hércules, obra de Apolonio, hijo de Néstor, según lo atestigua la inscripción que se lee sobre el bloc en que descansa el fragmento. Miguel Angel y los grandes artistas han elogiado mucho este mármol precioso, que ha sido objeto constante del estudio de los inteligentes. Aquí acaba el Museo Pío-Clementino, que tomó este nombre de sus fundadores Pío VI y Clemente XIII. Bajaremos una escalera para dirigirnos á otro museo no menos rico, y acaso más abundante que el anterior. Se llama el "Museo Chiaramonti."

El Papa Pío VII fundó este admirable museo para reunir en él todos los mármoles antiguos que no tenían lugar determinado, y otros que adquirió el Sumo Pontífice. Divídese en dos departamentos, que se llaman: "el Corredor Chiaramonti," y "el Nuevo Brazo." Entremos en el primero. Ciento tres estatuas antiguas se hallan colocadas en este inmenso corre-

dor, á derecha é izquierda, fuera de otras muchas formadas con restos de mármoles de menor importancia. Diez grupos principales se desprenden del conjunto. Además, los bustos, los bajo-relieves, los frisos, los troncos, las pilastras, las urnas, los animales, y algunos vasos, hacen subir á más de un millar el número de los objetos contenidos en esta galería. Convendrá el lector en que sería imposible mencionar siquiera los principales. Señalaremos los que más llaman la atención.

Entre éstos figura en primera categoría, un Sileno, dando de beber á un tigre, al cual amenaza con el bastón. La embriaguez de los sentidos y la fiera del alma, fueron bien caracterizadas por el artista en este mármol.

Una estatua de mujer, sin cabeza, se cree representa á Diana en los momentos en que deja su carro para apartar el follaje que cubre á Endimión dormido. Es admirable la ejecución de las ropas con que aparece vestida.

Llena de vida y de expresión la Vestal Tuccia, es una de las más bellas estatuas del museo, así como una Llorona que no pudo ser representada con más propiedad.

Varias figuras de niños se hallan en la colección, verdaderamente encantadoras. Uno está juntando en su túnica racimos de uvas y se regocija con la idea de comérselos; otro tiene en sus manos unos hacecillos, y mira hacia su frente con espanto á alguien que trata de quitárselos; éste se halla durmiendo con una naturalidad que asombra; aquel acaricia á un pequeño león para adormecerlo, mientras un lagarto se arrastra á sus pies.

Los bustos de Trajano y de Augusto, de tamaño natural, éste en mármol de Paros y aquel en basalto negro, son obras notabilísimas de escultura. Nada más expresivo que la cabeza del primero; nada más bello que el rostro del segundo.

Un Fauno apoyado sobre un tronco de árbol tocando la flauta es una graciosa figura; pero otro en actitud de danzar es un modelo de arte tan delicado, que no puede imaginarse obra más perfecta.

Es admirable un grupo de Baco niño, cabalgando sobre

un centauro: petulante y atrevido el pequeño Genio, tiene asido de los cabellos al monstruo con una mano y con la otra amenaza pegarle.

Un precioso bajo-relieve desprendido de un friso del Partenón en 1681, fué adquirido por Pío VII, y es obra del célebre Phidias. Es un fragmento el que se halla en la sala; lo restante se conserva en Inglaterra en el Museo Británico de Londres.

Otro bajo-relieve muy notable representa un sacrificio á Mithra, divinidad persa, cuyo culto se introdujo en Roma en tiempo de Pompeyo.

Mencionaremos para concluir una urna colosal que tiene dos asas en forma de cabezas de león, y la adorna un tigre que está comiendo uvas. Pasemos á visitar el salón del Nuevo Brazo.

Es una estancia de 70 metros de largo por 8 de ancho, que recibe luz por doce lumbreras practicadas en la bóveda. Sobre la puerta de entrada, que es de fierro, se ven las armas de Pío VII en bronce dorado y una inscripción en honor suyo. A derecha é izquierda los bustos de Trajano y de Augusto, de negro basalto, parecen los guardianes de la antigüedad que los colocó en la categoría de los dioses. Doce columnas de orden corintio reciben la bóveda; dos de ellas de amarillo antiguo fueron encontradas cerca de la tumba de Cecilia Metela; dos de granito negro egipcio decoraban la iglesia de Santa Sabina; las ocho restantes, formadas con fragmentos de antiguas columnas, son de cipolino. Las paredes adornadas con bajo-relieves en estuco imitando los de las columnas de Trajano y de Antonino, representan sacrificios, triunfos y bacanales. En el centro de la sala se eleva un ábside de seis metros de profundidad, y á la derecha rompe la escalera que conduce al jardín de la Piña, de que ya hemos hecho mención en otro lugar.

Ciento treinta y seis mármoles preciosos adornan esta magnífica sala, de los cuales cuatro grupos y cuarenta y nueve estatuas sobre grandes columnas truncadas de granito oriental gris y rojo, alternan con bustos de amirable belleza.

Entre las estatuas, las principales son el grupo de Sileno teniendo en sus brazos á Baco, la Diana Cazadora, el Fauno descansando, el Nilo y sus afluentes, grupo de una hermosura extremada, la Honestidad, notable por sus inimitables ropas, la Minerva Médica. . . . Las creencias de los antiguos, sus placeres, sus amores, sus fantasías, todo lo que formaba su existencia física ó moral, ejerció el cincel de los estatuarios, cuyas obras reúne esta sala. Aquí está la sacerdotisa de Iris teniendo en sus manos el vaso de agua lustral; allí Esetlapio sin barbas, vestido con gran manto y apoyado sobre un bastón, en el cual se enrosca la mitológica serpiente; más allá un grupo de caballos marinos conduce á Tethyus, diosa del mar; adelante la blonda Venus sale de las olas para recreo de los dioses; un paso más, y en último término un Mercurio de rara belleza, viste el traje del dios de los viajeros, llevando el caduceo en la mano.

Entre los bustos se hace notar un hermes célebre por la inscripción griega que tiene en versos exámetros, la cabeza colosal de un Darío cautivo, el emperador Cómodo, Sabina la mujer de Adriano y un busto de Claudio.

Dignos son de estudio y objetos de admiración los mosaicos que cubren el pavimento del Nuevo Brazo. El más notable, sin duda, es el que representa á la Naturaleza en figura de Diana, fecundando las plantas y los animales.

Quedan sin mencionar otros objetos valiosísimos que llaman mucho la atención, tales como una soberbia cariátide de las que sostenían el pórtico del templo de Pándora en Atenas; cuatro máscaras de un trabajo exquisito, una terrible cabeza de Medusa y tantas y tantas obras maestras que no es posible describir. Saldremos, pues, de este departamento, que nos falta visitar la Biblioteca. ®

Se cree que la Biblioteca del Vaticano tuvo su origen primitivo en la que se formó en el palacio de San Juan de Letrán por el Papa San Hilario, la cual, después de trasladada al Vaticano, fué enriquecida por muchos Pontífices. En todo caso, la aumentó considerablemente Nicolás V, quien envió sabios á Grecia, á Alemania y otros países para que adquirie-

sen libros raros. Sixto IV la enriqueció con manuscritos y Sixto V mandó construir el edificio en que ahora existe. Clemente XI adquirió para la Biblioteca preciosos manuscritos árabes, ciriacos, caldeos, etc. Pío VII agregó una gran cantidad de libros impresos, y la colección artística y de antigüedades del célebre Cicognara fué adquirida por León XII, Pío IX, por último, enriqueció la Biblioteca con la del sabio Cardenal Mai. Todas estas colecciones reunidas hacen la suma de 125,000 volúmenes y 25,000 manuscritos. En el número de los ejemplares que contiene, es de las primeras la Biblioteca del Vaticano, y en la antigüedad de los manuscritos no tiene igual en el mundo.

El cuerpo principal y originario de la Biblioteca es el soberbio salón de dos naves que dividen siete gruesos pilares, y tiene 69m. 30c. de largo por 15m. 50c. de ancho. Circundando las dos naves, hállanse colocados ricos armarios que guardan los manuscritos. Sobre los armarios se ve una magnífica colección de vasos itálico-griegos que vulgarmente llamamos etruscos. Las paredes del salón están decoradas con bellas pinturas. Entre los espacios que dejan libres los armarios en la línea de los pilares, hay preciosos objetos de escultura y de cerámica, algunos de ellos estimables por su procedencia histórica.

Comunicando con este salón se ven las dos grandes alas que se hallan una frente de la otra. El ala derecha se compone de ocho salas y un gabinete, decoradas con pinturas que recuerdan hechos históricos importantes, y representan figuras de personajes célebres. Los armarios son notables por la excelente ejecución de la talla. En el gabinete que forma la extremidad de la cruz, seis armarios que lo adornan encierran una reunión de objetos de la más alta importancia para el conocimiento de las antigüedades. Allí han sido colocados los objetos más notables de lo que se ha reunido para los museos. Hay rarísimos y curiosos utensilios de metales diversos, la mayor parte de bronce; hay pequeños ídolos y estatuas del mismo metal; hay adornos de mujer, cincelados en oro; fragmentos de láminas de plomo y bronce con

inscripciones antiquísimas; bajo-relieves de marfil curiosamente esculpidos, y otra infinidad de preciosidades del arte antiguo que sería imposible mencionar.

En el ala izquierda hay mucho, muchísimo que admirar. Algunos capítulos ocuparía la sola enumeración de los objetos, y nos limitaremos á dar idea de los que contiene cada uno de los departamentos principales.

En el que se llama "Museo sagrado" se hallan ocho elegantes armarios superados con los retratos en bronce de los Cardenales bibliotecarios. Allí se guardan multitud de objetos del culto, pertenecientes á los ritos de los primitivos cristianos, como cálices y otros vasos sagrados, ánforas cinerarias, lámparas, dípticos, bajo-relieves, etc., etc. Hay también de muy notable una colección de pinturas en madera, ejecutadas por autores griegos anteriores á la época del renacimiento.

Precioso bajo todos aspectos es el "Gabinete de los papiros." Además de que su ornamentación es riquísima en granitos, en pórfidos, mármoles y bronce, encierra en sus armarios un tesoro de documentos relativos principalmente á donaciones y contratos de los siglos X y XI.

Contiguo á éste hay otro gabinete en que llaman la atención las pinturas antiguas en piel, que pertenecen á épocas muy remotas.

En el "Gabinete de sellos antiguos" reunió Pío VII una colección de ejemplares curiosísimos del género: allí se ven los sellos en barro cocido que se empleaban para marcar los materiales de construcción. Entre las pinturas que adornan las paredes, hállase el retrato de Carlomagno.

Una sala destinada exclusivamente para cuadros antiguos contiene una preciosa colección de pinturas de los siglos XIII y XIV. Los principales autores de esas obras rarísimas son Marguheritone, Cimabue, Giotto, Massaccio y Fiesola. En el centro de la pieza hay que admirar dos soberbias mesas cuadradas de granito y una redonda hecha con fragmentos de los mármoles que fueron descubiertos en el cementerio de San Calixto. En la pared del fondo se ve un

cuadro que contiene varias obras de cristal de roca ejecutadas en el siglo XV, que representan á Jesucristo y algunos episodios de su pasión, y en las extremidades los cuatro Evangelistas. Son también notables los objetos de plata sobre dorada que el rey de Siam regaló á Pío IX; entre ellos está el retrato del soberano.

El Gabinete llamado de Numismática, que no contiene hoy ejemplar alguno perteneciente al ramo, porque todo lo que contenía de medallas y monedas desapareció en la revolución de 1796, guarda hoy cuatro armarios que encierran las cartas que fueron dirigidas al Sumo Pontífice Pío IX de todas las poblaciones del mundo católico á consecuencia de los sucesos de 1859. En medio de este Gabinete se ha colocado un magnífico reclinatorio, obra soberbia de ebanistería, adornado con incrustaciones y esculturas de marfil. Fué obsequio de la provincia de Tours, en Francia, á Pío IX.

Saldremos de la Biblioteca y también del Vaticano, porque aun cuando nos queda mucho por visitar, no es posible entretener por más tiempo al lector, con otras descripciones. Hemos dado cuenta de lo más notable y terminaremos ya nuestra revista. El carácter de esta obra no permite que digamos una palabra más acerca de nuestras excursiones por la Ciudad Eterna. Perdónenos el lector si acaso hemos abusado de su deferencia.

CAPÍTULO VIGÉSIMOTERCERO.

Excursión á Loreto y Asís.—Un peregrino enfermo.—El suceso de los Sres. Garrido y Viveros.—Almuerzo en casa del caballero Angelini.—El *Corpus* en San Pedro.—Una entrevista con Monseñor Rampolla.—Audencia privada de Su Santidad.—Rumores infundados.—La fiesta del Estatuto.—Una triste despedida.—¡Adiós á Roma!

BREVES pasaban para nosotros los días de nuestra permanencia en la Ciudad Eterna. Por la relación que dejamos escrita de nuestras excursiones puede comprenderse que no perdíamos un instante del tiempo que consagramos á recorrer las calles, las ruinas, los edificios y establecimientos. Nuestros compañeros los peregrinos, con más ó menos perseverancia, ocupaban su tiempo de igual manera. De los que se quedaron con nosotros en Roma, un grupo como de veinte, presidido por el Sr. Obispo de Chilapa, salió á visitar las poblaciones de Loreto y Asís. Nuestro amigo el Licenciado de la Garza fué el cronista de esa corta expedición de tres días, y nos da cuenta de ella en una de sus bien escritas correspondencias, en los términos siguientes:

“La visita de Roma inspira tanto interés que con dificultad la abandona quien haya comenzado á gozar de sus bellezas. Hay sin embargo cerca de ella lugares tan notables bajo el punto de vista religioso, que ningún peregrino se exime de conocerlos cuando se le presenta ocasión favorable para ello. Me refiero á los célebres santuarios de Loreto y de Asís, que acabamos de visitar. Todo el mundo sabe la historia de la maravillosa traslación de la Santa Casa de Nazareth á Loreto. La habitación de la Santísima Virgen, el lugar donde se verificó el estupendo prodigio de la Anunciación y Encarnación del Verbo Divino, la casa que cobijó

cuadro que contiene varias obras de cristal de roca ejecutadas en el siglo XV, que representan á Jesucristo y algunos episodios de su pasión, y en las extremidades los cuatro Evangelistas. Son también notables los objetos de plata sobre dorada que el rey de Siam regaló á Pío IX; entre ellos está el retrato del soberano.

El Gabinete llamado de Numismática, que no contiene hoy ejemplar alguno perteneciente al ramo, porque todo lo que contenía de medallas y monedas desapareció en la revolución de 1796, guarda hoy cuatro armarios que encierran las cartas que fueron dirigidas al Sumo Pontífice Pío IX de todas las poblaciones del mundo católico á consecuencia de los sucesos de 1859. En medio de este Gabinete se ha colocado un magnífico reclinatorio, obra soberbia de ebanistería, adornado con incrustaciones y esculturas de marfil. Fué obsequio de la provincia de Tours, en Francia, á Pío IX.

Saldremos de la Biblioteca y también del Vaticano, porque aun cuando nos queda mucho por visitar, no es posible entretener por más tiempo al lector, con otras descripciones. Hemos dado cuenta de lo más notable y terminaremos ya nuestra revista. El carácter de esta obra no permite que digamos una palabra más acerca de nuestras excursiones por la Ciudad Eterna. Perdónenos el lector si acaso hemos abusado de su deferencia.

CAPÍTULO VIGÉSIMOTERCERO.

Excursión á Loreto y Asís.—Un peregrino enfermo.—El suceso de los Sres. Garrido y Viveros.—Almuerzo en casa del caballero Angelini.—El *Corpus* en San Pedro.—Una entrevista con Monseñor Rampolla.—Audiencia privada de Su Santidad.—Rumores infundados.—La fiesta del Estatuto.—Una triste despedida.—¡Adiós á Roma!

BREVES pasaban para nosotros los días de nuestra permanencia en la Ciudad Eterna. Por la relación que dejamos escrita de nuestras excursiones puede comprenderse que no perdíamos un instante del tiempo que consagramos á recorrer las calles, las ruinas, los edificios y establecimientos. Nuestros compañeros los peregrinos, con más ó menos perseverancia, ocupaban su tiempo de igual manera. De los que se quedaron con nosotros en Roma, un grupo como de veinte, presidido por el Sr. Obispo de Chilapa, salió á visitar las poblaciones de Loreto y Asís. Nuestro amigo el Licenciado de la Garza fué el cronista de esa corta expedición de tres días, y nos da cuenta de ella en una de sus bien escritas correspondencias, en los términos siguientes:

“La visita de Roma inspira tanto interés que con dificultad la abandona quien haya comenzado á gozar de sus bellezas. Hay sin embargo cerca de ella lugares tan notables bajo el punto de vista religioso, que ningún peregrino se exime de conocerlos cuando se le presenta ocasión favorable para ello. Me refiero á los célebres santuarios de Loreto y de Asís, que acabamos de visitar. Todo el mundo sabe la historia de la maravillosa traslación de la Santa Casa de Nazareth á Loreto. La habitación de la Santísima Virgen, el lugar donde se verificó el estupendo prodigio de la Anunciación y Encarnación del Verbo Divino, la casa que cobijó

en su seno al Salvador durante los treinta años de su vida oculta, fué trasportada en alas de los ángeles desde la Judea hasta la Dalmacia y de ahí conducida también milagrosamente á Loreto. Quien quiera venerar los santos lugares de la Palestina no necesita emprender un largo y fatigoso viaje: que venga á Loreto y allí verá satisfechos sus deseos.

“Describir lo que se siente bajo las bóvedas de la Santa Casa, es imposible. Tocar aquellas paredes cuya sola existencia es un milagro, ver algunos objetos del uso de la Sagrada Familia, orar dentro de aquellos muros donde se han elevado las más santas, las más puras oraciones; todo esto causa impresiones que son para sentirse y no para expresarse.

“De la Santa Casa de Nazareth se conservan perfectamente las paredes: mas en algunos pedazos pueden verse con dificultad pinturas antiquísimas con que las adornaron los cristianos de los primeros siglos. La bóveda es obra posterior trabajada en Loreto. El exterior está cubierto de mármol con estatuas y bajo-relieves preciosos alusivos á la vida de la Santísima Virgen y á la traslación de la Santa Casa. Esta viene á formar el altar mayor de la basílica loretana, que la conserva como un relicario de inmenso valor. Contigua á la sacristia se halla la sala llamada del tesoro, que contiene una gran cantidad de objetos de oro, plata y piedras preciosas, donados por los cristianos de todo el mundo. Las riquezas de esta sala á principios del siglo en que fué saqueada por Bonaparte, se estimaba en 45.000.000 de francos.

“El Valle de Asís ha sido perfumado con el aroma de las virtudes del Santo fundador de la orden franciscana. Quítesela esta gloria y nada valdrá sin ella. El convento de religiosos tiene tres iglesias, superpuesta una sobre otra. La superior á nivel del suelo y las otras dos subterráneas. El altar mayor de todas ellas está colocado sobre el lugar de la tumba del seráfico Padre. Los lugares de su nacimiento (en un pesebre como N. S. Jesucristo), de su bautismo y de su prisión, se conservan también en Asís.

“El convento de Nuestra Señora de los Angeles es uno de los más venerados santuarios del mundo. A semejanza de la basílica de Loreto contiene dentro de su recinto un precioso tesoro: la Porciúncula, pequeña iglesia que fué testigo de los arrobamientos, de los éxtasis y de los coloquios de San Francisco. En esa pequeña capilla fué donde Nuestro Señor concedió al Santo la indulgencia llamada de Porciúncula, que se gana una vez al año, el dos de Agosto, tantas cuantas veces se visite la iglesia con las debidas disposiciones. Esta gracia tiene de particular que aunque concedida directamente por Jesucristo, le ordenó al Santo que ocurriera al Sumo Pontífice para su confirmación y promulgación, que

se obtuvo á pesar de las dificultades que presenta el otorgamiento de un beneficio tan extraordinario.”

Notable, no sabemos si llamar milagroso, fué sin duda que desde la salida de la patria y después de ocho días de caminar en ferro-carril y veintidós de navegación, una reunión numerosa de mexicanos, algunos de avanzada edad, muchos de salud delicada y no pocos que viajaban por la primera vez, ninguno hubiese experimentado accidente digno de mencionarse, y todos llegasen sanos y en buenas condiciones al Viejo Continente. Así continuaron en los días de su permanencia en Roma, no habiendo tenido que lamentar sino la enfermedad pasajera de uno de los compañeros, el Licenciado Ponce de León, quien fué atacado de una fiebre anómala, que aun cuando solamente duró cinco días, nos puso en alarma á todos sus amigos. Ello no tuvo consecuencias, y solamente sirvió para poner á prueba la resignación del paciente y para evidenciar los sentimientos de confraternidad que nos unían á los peregrinos. Todos los compañeros que tuvieron noticia de la enfermedad del apreciable letrado, le visitaban frecuentemente; se turnaban en su asistencia, y le prodigaban toda clase de auxilios. Nuestro querido amigo Angelini, se mostró también servicial y oficioso, como lo era con cada uno de nosotros en todas circunstancias.

Otra cosa merece llamar la atención, á propósito de la sombra providencial que parecía eubrirnos á todos los excursionistas. Aun cuando los directores de la expedición atendían de una manera especial á los viajeros, velando por su seguridad y haciéndoles oportunas advertencias y prevenciones para precaverles de los contratiempos que suelen suceder á los que no tienen costumbre de viajar; siempre habría sido fácil que muchos hubieran tenido que sufrir algunas contrariedades, principalmente cuando instalados ya en alojamientos separados y distantes entre sí, muchos de ellos estaban más lejos de la vigilancia y la acción de los directores. No obstante esa separación y aun la dispersión de los peregrinos en Roma, esa sombra protectora seguía cobiján-

dolos, como puede juzgarse por el suceso de los Sres. Licenciado Garrido y Doctor Viveros.

Estos compatriotas habían enganchado en Nápoles como intérprete á un individuo que dijo apellidarse Plataret y aseguraba ser originario de América. La simpatía del idioma y de la raza unió á los viajeros con el intérprete en buena amistad, y se lo llevaron en su compañía á Roma; allí lo alojaron en su misma posada; se hacían guiar por él á todas partes, y aun á la Audiencia pontificia le llevaron. Pasados cuatro ó cinco días después, los expresados caballeros, salían para Francia, habiendo concertado con el intérprete que los acompañara en su excursión por Europa. Al día siguiente de su partida, de la cual no habíamos tenido conocimiento, nos hallábamos en casa del Cónsul Angelini, cuando se presentó el Secretario de la Prefectura de Roma, pidiendo informes acerca del itinerario que hubiesen tomado los señores Garrido y Viveros; por cuanto á que la Prefectura tenía una carta de Plataret que denunciaba intenciones siniestras del intérprete respecto de los viajeros mexicanos. Angelini nos dió conocimiento de la misión del Secretario y del peligro que corrían nuestros compatriotas. Nosotros no conocíamos su itinerario y nos preparábamos á salir para tomar informes entre los compañeros, cuando se presentó uno de ellos, el Sr. Valadez, que había estado con los viajeros hasta el momento de partir. Este compatriota pudo desde luego suministrar al funcionario de la policía los informes que necesitaba. Comunicados estos inmediatamente á la Prefectura, ella tomó sus providencias y al otro día recibíamos noticia Angelini y nosotros de hallarse el presunto delincuente y un cómplice suyo de Nápoles en poder de la justicia. Al tercer día un periódico de Roma publicaba el siguiente suelto, que no podemos dispensarnos de reproducir.

“El día 24 del corriente fué denunciado á nuestra prefectura, que dos mexicanos, el Dr. Viveros y el abogado Garrido, que venían de Nápoles acompañados del intérprete Luciano Plataret, después de haber pasado algunos días de residencia en Roma, con domicilio en la vía del Sudario

número 28, habían salido para Francia con el fin de volver á su patria. Antes de salir de Roma, el intérprete había escrito una carta á cierto doctor Francisco Brives, de Nápoles, anunciándole haberse procurado media libra de cloroformo para adormecer á los viajeros y robarlos tanto en el ferrocarril como en los hoteles donde se albergasen. Esta carta por una casualidad extraordinaria cayó en manos del prefecto de Roma, el que inmediatamente envió instrucciones á las prefecturas de Nápoles, Florencia, Bolonia, Génova, Venecia, Turín y otros puntos, para que aprehendiesen al Dr. Brives y se advirtiese á los dos mexicanos del peligro que corrían.

“En efecto, con datos exactos ministrados á la prefectura de Nápoles, fué arrestado el llamado Dr. Francisco Brives, que no era otra cosa que un sirviente de hotel, de mala nota, y al cual le fueron cogidas varias cartas comprometedoras y cuyo contexto parecía indicar que el dicho intérprete estaba en Bolonia. Al punto el caballero Jonelli, jefe de nuestra prefectura, envió nuevos y sellados informes é instrucciones á la de Bolonia advirtiéndola que Plataret debía de acudir al correo para sacar unas cartas que le iban dirigidas de Nápoles.

“Con tan preciosas indicaciones, la prefectura de Bolonia aprehendió de hecho al intérprete en el momento mismo en que pedía su carta en el correo. Plataret tenía una carta falsificada de nacionalidad francesa: había vivido en Roma y había sido varias veces aprehendido por estafador. Ultimamente encarcelado por mandato de las autoridades de Nápoles como autor de un robo con fractura cometido en perjuicio de un pasajero en el hotel de Nueva York. En el domicilio del preso fué encontrada una maleta y otros objetos de sospechosa procedencia y en sus faltriqueras la redoma con cloroformo.

“Tanto Plataret, como Brives, por orden de nuestra prefectura, fueron conducidos á Roma para proceder al careo é instrucción del proceso, así como para enjuiciarlos por otros delitos de los cuales se presume sean responsables.”

Como aparece de lo anterior, no obstante la imprudencia de nuestros compatriotas de entregarse á un desconocido, para que los guiase en países extranjeros, se vieron libres del peligro que tan de cerca les amenazara. Elogios merece la autoridad política de Roma por su actividad y por la eficacia desplegadas en la aprehensión de los delincuentes; pero en ello deberemos ver una prueba clara de la protección divina en favor de los peregrinos mexicanos.

No hemos de perder la ocasión de dar á conocer las atenciones y obsequios de nuestro estimable Cónsul, prodigadas á nuestros compatriotas y á nosotros mismos durante nuestra permanencia en Roma. El día 28 de Mayo nos reunió en su casa á varios mexicanos para hacernos servir un opíparo almuerzo, con el cual nos obsequiaron él y su apreciable familia. Los manjares fueron delicados, los vinos exquisitos, los brindis entusiastas. Los señores de la casa hicieron eumplidamente los honores. Las personas más prominentes de la Peregrinación, hasta el número de unas veinte personas, asistieron á la mesa, que fué presidida por el señor Obispo D. Buenaventura Portillo. Satisfechos y agradecidos nos retiramos de la amable compañía de nuestro querido Cónsul y de su recomendable familia.

Desde que á virtud de las circunstancias por las cuales atraviesa la Iglesia en Roma, el Santo Padre carece de libertad para presentarse en público, muchos actos solemnes del Culto, que en tiempos anteriores eran presididos por el Vicario de Jesucristo, no tienen hoy la importancia y el brillo con que antes eran celebrados. Uno de estos actos es sin duda la festividad del Corpus en la Basílica Vaticana, que hoy se celebra sin la asistencia del Papa. No deja, sin embargo, de ser solemnísima la procesión, y es muy imponente ceremonia para quien no la presencié en toda la esplendidez en que sería celebrada antaño.

Nos hallábamos todavía en Roma el día 31 de Mayo, en que cayó la fiesta del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y nos trasladamos á San Pedro para asistir á la función. La Basílica había sido adornada con los paramentos acostumbrados. Grandes cortinas de damasco carmesí cubrían las pilastras y colgaban de las cornisas. En el altar mayor de la tribuna se hallaba un tabernáculo portátil para la exposición de la Eucaristía. A las nueve de la mañana comenzaron á subir á la tribuna varios Obispos y otros prelados eclesiásticos, los individuos del Venerable Cabildo y los demás beneficiados de la iglesia. Media hora después comenzó la Misa que celebró un capitular. El coro se componía de voces solamente; unos

doce cantantes de primer orden solemnizaron el oficio con magníficas melodías que resonaban en las bóvedas de la gran Basílica, produciendo en los oídos un efecto admirable. La Misa duró una hora, y terminada fué descubierta la Eucaristía y principió á organizarse la procesión. Unas diez mil personas se hallaban repartidas en la vasta extensión del templo, sin llenarlo. El acompañamiento comenzó á desfilarse por la nave del lado izquierdo en el orden siguiente: Un grupo de sacristanes vestidos con traje talar rojo conducían un campanil de forma extraña, haciendo sonar incesantemente las campanas. Seguían los individuos del coro también con traje talar. Tres estandartes eran conducidos por los cofrades de las respectivas asociaciones vestidos con largas ropas. A continuación otra cofradía llevaba un estandarte de muy grandes dimensiones, que ayudaban á sujetar personas que tenían de unos largos cordones. Después otro grupo de hermanos ó congregantes conducían una Cruz enorme, y precedida de un cortejo como de ochenta acompañantes, todos con traje talar, una imagen del Crucificado. En seguida la cruz alta y los ciriales abrían la marcha á los individuos del Clero: primeramente desfilaban los alumnos del Seminario; después un cortejo de sacerdotes que llegarían á cien personas, presididos por los Capitulares de la Basílica, y al último siete Obispos, uno de ellos armenio, acompañando á la Eucaristía, que era conducida por un mitrado debajo de un gran palio que llevaban individuos vestidos con traje especial y uniforme. No había orquesta, ni banda de música; el canto coral de los beneficiados alternaba con el rezo de los sacerdotes.

La procesión salió por la puerta lateral de la izquierda y recorriendo el pórtico entró por la principal, siguiendo la nave del centro hasta llegar nuevamente á la tribuna, en donde después de cantadas algunas preces fué dada la bendición con el Santísimo; con lo cual terminó la ceremonia, retirándose á continuación los concurrentes. Así pasó en Roma la festividad del *Corpus*, la primera y la última función

solemne que nos tocaba presenciar en la Basílica de San Pedro.

En uno de los días en que visitábamos los departamentos del Vaticano, al subir por la gran escalera de Pío IX, nos encontramos con un sacerdote amigo que se dirigía al despacho del Eminentísimo Cardenal Rampolla, Secretario de Estado de S. S., y nos invitó á que llegáramos á visitar á su Eminencia. No quisimos desaprovechar la ocasión de ser presentados á tan elevado personaje, y aceptamos la invitación. El Cardenal se hallaba en esos momentos con el General de la Orden Dominicana, según manifestó el familiar de servicio. No esperamos mucho tiempo: el General salió: se hizo anunciar nuestro amigo y pasó primero, quedándonos nosotros entretanto en la antesala. No transcurrió un minuto y el alto funcionario de la Iglesia se dignó salir á recibirnos.

—Tengo mucho gusto, nos dijo en buen español, en conocer á uno de los promovedores de la Peregrinación mexicana.

—Es honroso para mí, dijimos inclinándonos respetuosamente, ofrecer mis respetos á Vuestra Eminencia.

—Su Santidad, díjonos el Cardenal, estrechándonos la mano, está muy complacido de la venida de los mexicanos á Roma. La Peregrinación de México tiene para Su Santidad mucha importancia y le ha dado gran significación.

—Señor, los mexicanos nos sentimos conmovidos de agradecimiento hacia Su Santidad por la bondadosa acogida que se ha dignado hacernos.

—Es muy merecida. Ustedes han tenido que vencer grandes obstáculos para emprender y llevar á cabo la expedición.

—Es la verdad, señor; tuvimos que vencer muchas dificultades para realizar nuestro viaje.

—Tiene muchos enemigos el Catolicismo en México; observó el Sr. Rampolla.

—No son tantos como se cree, repusimos; ellos representan una minoría insignificante en número; pero tienen el poder. Sin embargo, no fueron los enemigos del Catolicismo los que nos pusieron dificultades para esta expedición; sino los amigos. Algunos de nuestros hermanos los católicos fue-

ron los que trabajaron en contra de nuestros designios y los que disuadieron de su empeño á muchos que se proponían venir. Sin esos trabajos habríamos traído triple número de peregrinos.

—Es extraño, dijo el Cardenal; y añadió: Es necesario, señor licenciado, que los católicos de México se muevan.

Bajo este tema discurre el alto personaje sobre la necesidad de que los seglares ayuden á los pastores y secunden las miras de la Iglesia, fomentando la instrucción religiosa en el pueblo, y se consagren al ejercicio de la Caridad cristiana.

No quisimos abusar de la amabilidad del Secretario de Estado, y le pedimos permiso para retirarnos. Su Eminencia nos despidió con frases de muy señalada benevolencia, dejándonos prendados de su afabilidad y cortesanía.

El Cardenal Rampolla es un hombre de elevada estatura y constitución vigorosa; no es viejo; tendrá unos cuarenta y cinco años: sin ser precisamente hermoso, tiene un aspecto agradable y simpático; es trigueño y de cabello negro; sus ojos son grandes y vivos, y su mirada es á la vez apacible y penetrante; no son escultóricas las facciones de su rostro, pero distan de ser vulgares; su porte es distinguido y sus modales revelan una educación esmerada y el trato frecuente con los grandes de la tierra. El Cardenal Rampolla, desde muy joven fué dedicado á la carrera diplomática, y como ha residido largo tiempo en España, tiene adquirido mucho de la cortesanía española y su trato es muy agradable para nosotros los de la raza hispano-americana.

Se acercaba ya el día de nuestra partida. Estábamos á primero de Junio y el agente de la Compañía de vapores nos había anunciado que el día cinco llegaría á Nápoles el "Bolivia." Teníamos que salir de Roma la víspera. Su Santidad había ofrecido recibir en audiencia privada á la Comisión organizadora de la Peregrinación; pero aguardábamos la cita. Era necesario dar conocimiento al Santo Padre del día en que debíamos partir. El Ilustrísimo Señor Portillo se apresuró á dar este aviso. Su Santidad citó al prelado para el día siguiente, 2 de Junio, á las siete de la tarde. La recepción

tuvo lugar en la habitación del Pontífice; asistieron á la audiencia el Presidente de la Peregrinación, el Doctor Ibarra y el Caballero Angelini. El Santo Padre los recibió con su acostumbrada benevolencia y amabilidad, conversando con ellos familiarmente. Se informó de las necesidades de la Iglesia en México; dió algunos consejos saludables al señor Obispo para remediarlas; ofreció consagrar una atención especial á los asuntos religiosos de nuestra Patria, y otorgó algunas gracias muy particulares á los presentes. Aceptó con agrado los dones que le fueron ofrecidos y consistían en una ofrenda de cuatro mil francos, cuya procedencia no pudimos averiguar, en el precioso cáliz obsequio de la Diócesis de Chilapa, cuya descripción hicimos en su lugar; en unos donativos en oro mexicano, ofrecimiento de varias personas. El señor obispo presentó á Su Santidad un ramo de flores artificiales adornado con monedas de oro, obsequio de la Diócesis de Tabasco. El Santo Padre tomó el ramo en sus manos y señalando las monedas dijo al prelado:

—¿Es esta la semilla que producen las plantas en México?

Los circunstantes celebraron la graciosa ocurrencia del Sumo Pontífice.

Más de media hora duró la entrevista, y antes de retirarse los mexicanos recibieron del Santo Padre su bendición y su afectuosa despedida. Una especialísima bendición otorgó á los peregrinos para el viaje, y el ofrecimiento de hacer oración por ellos para obtener del cielo que regresaran con felicidad á la patria. Ya veremos en lo de adelante cuánta fué la eficacia de esa bendición y de esas oraciones del Vicario de Jesucristo.

Desde el día primero habían comenzado á llegar á Roma los mexicanos que tenían el propósito de regresar con la Peregrinación, y habían aprovechado admirablemente el corto tiempo de que se disponía para ir á recorrer varias ciudades de Europa. Don Vicente Palacios, Don Manuel Coeto, Don Gregorio García, el padre Ortega, el padre Alva, el padre Zúñiga y otros muchos eclesiásticos y seglares fueron llegando con oportunidad. Presentábanse al Cónsul inmediatamen-

te, y Angelini daba conocimiento de la llegada de los peregrinos al Secretario. La antevíspera de la partida ya estaban en Roma todos los que habían ofrecido regresar.

Desde que se tuvo noticia del día en que el "Bolivia" estaría en las aguas de Nápoles, comenzaron á circular extraños rumores entre los peregrinos. Quién decía haber sabido que el buque no podía regresar al puerto el día señalado; quién, que no se pondría inmediatamente en camino para América; quién aseguraba que sería exigido á los peregrinos un aumento de pasaje. Estos y otros rumores, producían inquietudes en algunos, quienes se acercaban al Cónsul mexicano y al Secretario de la Comisión, pidiendo explicaciones, que estos se apresuraban á dar, tranquilizando á los peregrinos. El Señor Cura Orihuela, que había resuelto no regresar por el "Bolivia," sentía cierta complacencia en atraer á seguir su ejemplo á varios compatriotas. Un día se hallaba en casa de Angelini, en los momentos en que llegaban el Sr. Cura Conchos, el Sr. Valadez y otros mexicanos. Estaba presente allí el Secretario de la Comisión. El Sr. Orihuela dijo á los recién llegados.

—No quisiera yo hallarme en la situación de los que regresan por el "Bolivia."

—¿Por qué razón? preguntó con aire de humildad el Sr. Conchos.

—Porque á la vuelta van á fastidiar á ustedes con un mes de navegación. He sabido que el "Bolivia" tiene que tocar varios puntos de Italia para tomar carga; en lo cual van á emplear cuando menos ocho días.

—¿Es posible? señor licenciado, dijo el Sr. Valadez en tono de alarma, dirigiéndose al Secretario.

—Nada sé yo de lo que afirma el Señor Cura, dijo el Secretario.

—Ojalá y fuese cierto, repuso con deliciosa flemma el Sr. Conchos; visitaremos otras muchas ciudades y tendrá la Compañía que darnos de comer á sus expensas mayor número de días.

Todos los presentes celebraron la graciosa salida del anciano Cura de Rincón de Romos.

Ya no tenía qué hacer la Peregrinación en la Ciudad Eterna: sus individuos, y señaladamente nosotros, hubiéramos deseado permanecer aún muchos días; pero la colectividad había desempeñado enteramente su misión, y debía volver á la patria, cumpliendo con el programa que se fijó de antemano. Nuestra casa flotante nos aguardaba en Nápoles el día 5, y por consiguiente, el 4 debíamos salir de Roma. Oprimíase nos el corazón al acercarse el día de la partida. Principiamos á despedirnos de los pocos pero buenos amigos que allí dejábamos. El Domingo 3 debíamos consagrarlo exclusivamente á esta triste ocupación.

Celebrábase en ese día, por el Gobierno, la fiesta que llaman *del Estatuto*, que nosotros llamamos de la Constitución: es nuestro 5 de Febrero. Lo mismo que sucede acá entre nosotros, acontece allá respecto á la celebración de este aniversario político. El Gobierno, las autoridades, y la gente que vive del presupuesto, se ponen contentísimos, y "echan, como acá decimos, la casa por el balcón," en ese día, para ellos memorable. El que come no se acuerda de los que carecen de pan, y los especuladores en política festejan, como es natural, el acontecimiento que les abrió la entrada á los puestos públicos, sin preocuparse por los malos resultados que dicho acontecimiento haya producido para la generalidad. ¿Qué importa que el pueblo italiano carezca de los medios de llenar aun las más imperiosas necesidades de la vida? ¿Qué importa que gima en la miseria, oprimido por los impuestos, y exasperado por la falta de trabajo? ¿Qué importa que diariamente se vea obligado á emigrar en considerables masas, condenándose á la expatriación, para ir á buscar en el extranjero el pan que no puede ganar con el trabajo en el propio suelo? La Italia es una; tiene su Constitución; está organizada liberalmente; tiene sus representantes en la Asamblea Nacional, y los ciudadanos disfrutan de las libertades políticas. ¿Qué otra cosa pueden apetecer los italianos? los políticos, se entiende.

La fiesta del Estatuto consistió en una gran parada, en que el Soberano de Italia se dió el gusto de ver desfilar los numerosos batallones que ha organizado, menos para hacer respetable en el extranjero la autonomía de la Nación, que para mantener á raya á los descontentos en el interior del país. El pueblo no acudió en gran número á la solemnidad; el comercio permaneció abierto casi en totalidad por la mañana, como lo está siempre la mitad del día en los domingos. Una que otra casa hallábase adornada por el exterior. En la noche tuvieron lugar unos espléndidos fuegos de artificio en la plaza del Pópolo, los cuales sí estuvieron concurridísimos. El pueblo, en todas partes, gusta mucho de este espectáculo; pero en Roma se puede asegurar que una mitad, cuando menos, de los pobladores de la ciudad, se trasladaron en esa noche al lugar en que debían ser quemados los fuegos pirotécnicos. Por lo demás, la iluminación de la ciudad, para la cual invitó el Ayuntamiento, quedó circunscrita á los edificios públicos, y á una que otra casa particular en que por todo adorno se veían gruesas velas de cera, atadas á los barandales de los balcones. Así pasan las festividades políticas en todas partes del mundo.

A las nueve de la noche nos reuníamos con nuestro excelente y respetado amigo el señor Abarca en una fonda de la calle *I due Macelli*. Eran los últimos momentos que pasamos juntos. Después de cenar encaminámonos tristemente á la habitación del apreciable sacerdote. No pudimos despedirnos uno del otro; nos sentíamos los dos profundamente conmovidos: el que se quedaba y el que se iba hallábanse contristados en extremo. Nuestra amistad, que el mismo señor Abarca había tenido la bondad de calificar en el respaldo de la tarjeta que contenía su retrato, era *viva como nueva y sólida como antigua*. No podían dos amigos así despedirse para una separación que debiera alejarlos millares de leguas. El señor Abarca tomó su resolución, y estrechándonos la mano con efusión, nos dijo con acento conmovido:

—Hasta mañana, amigo mío.

Ese mañana podía ser de pocas horas; pero también, y era

lo más seguro, pudiera ser de meses ó años, y cosa terrible! podía traducirse en esta frase:

—¡Hasta la otra vida.....!

Nosotros no pudimos articular palabra y nos separamos de nuestro buen amigo con el corazón traspasado de dolor. Nos retiramos en seguida á nuestro alojamiento para arreglar el equipaje y entregarnos algunas horas al reposo.

El lunes cuatro, nos levantamos muy de madrugada. Nos dirigimos inmediatamente á San Pedro, para ver por última vez aquella maravilla del arte que tanto habíamos contemplado y no nos cansábamos de admirar: hicimos nuestra última deprecación á los Santos Apóstoles en su sepulcro.....

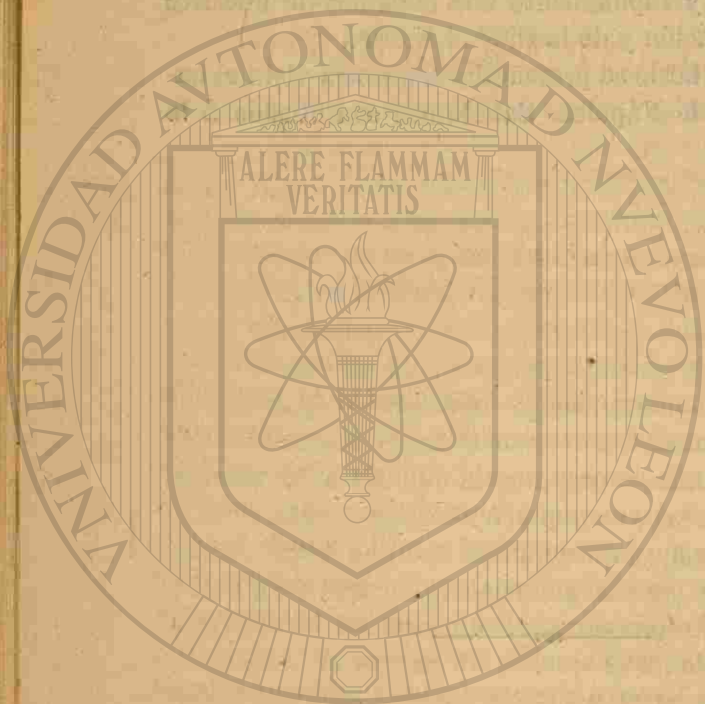
A las siete de la mañana salíamos de nuestro alojamiento acompañados de nuestro casero el Sr. Palomba, italiano amable y servicial que había granjeádose nuestro cariño con exquisitas atenciones y excelentes oficios de amistad. Cuando íbamos alejándonos de los lugares que habíamos frecuentado durante cuatro semanas; cuando nos íbamos acercando á las afueras de la Ciudad Eterna, experimentábamos una emoción extraña, semejante á la que se siente cuando se deja la patria. Roma no es el extranjero para los católicos y menos podía serlo para un peregrino mexicano. En Roma se hallan escritas con monumentos nuestras tradiciones cristianas; en Roma está el centro de nuestra Comunión; en Roma está nuestro Padre Común, el Padre tierno y cariñoso que nos había recibido en su regazo como la gallina cubre con sus alas á sus polluelos. Al acercarnos por fin á la estación del ferrocarril, una lágrima corrió por nuestras mejillas; nos alejábamos tal vez para siempre de Roma....

A las ocho de la mañana en punto, el clamor de la máquina se nos imponía como una orden ineludible de marcha. Nuestros buenos amigos Angelini, Palomba, y varias familias italianas en cuyas casas habían estado alojados muchos compatriotas, se agruparon cerca de los coches para estrechar por última vez nuestras manos y darnos el último adiós. Una bella joven italiana, que acompañada de su mamá había llegado á un grupo de peregrinos, entre los cuales se hallaba

un joven querido amigo nuestro, al despedirse de éste prorrumpió en amargo llanto: el joven mexicano parecía conmovido. Aquellas dos almas acaso se hallaban unidas por un sentimiento puro y santo, y las circunstancias las separaban para siempre.....

El tren partió, y rápidamente nos alejamos de nuestros amigos, de la Estación y de la Ciudad Eterna.

A las dos de la tarde se presentaba á nuestra vista el encantador paisaje de Nápoles. Saludamos con efusión á la bella Parthenope.



CAPÍTULO VIGÉSIMOCUARTO.

En Nápoles.—Serenatas napolitanas.—Los mendigos.—Llegada del "Bolivia."—Excursión vespertina.—La Gruta de Pozzuoli.—La de Seján ó de Posilipo.—La antigua *Puteoli*.—El Anfiteatro.—Otras ruinas.—Los lagos Lucrino y Averno.—Cumés.—La calzada de Posilipo.—Diversas ocupaciones.—El almuerzo de despedida á la familia Miramón.—El embarque.—La despedida.—Nápoles por la noche.

¡**U**AN pronto como quedamos instalados en el hotel "Vesubio" y presenciarnos la instalación de los otros compañeros en sus respectivos alojamientos, nos dirigimos al muelle para ver si ya estaba anclado nuestro vapor. No había llegado. Se nos informó por el comisionado de la agencia que al día siguiente llegaría. Ocupámonos el resto de la tarde en hacer algunos arreglos en la oficina de la Compañía relativos á la presentación de boletos de pasaje y al cambio que debía hacerse por otros para el viaje de regreso. Terminada esta ocupación fuimos á pasar la hora del crepúsculo en el encantador paseo de la Villa municipal. Lo encontramos tan concurrido y animado como siempre; gozamos con la vista del bellissimo golfo, y al oscurecer observamos la cumbre del volcán enrojando el horizonte con los reflejos de las llamas que arrojaba su ardiente cráter.

Regresando á nuestro alojamiento, una orquesta ambulante de esas que recorren por las noches en Nápoles los sitios más concurridos, habíase instalado delante de la puerta del hotel. Deliciosas son estas serenatas en que muy buenos cantantes acompañándose con instrumentos de cuerda, hacen oír aires nacionales y preciosas canciones napolitanas; á ve-

ces, trozos de las mejores óperas, ejecutados con una maestría que no se oyera cosa mejor en los primeros teatros. Esa gente de Italia vive cantando; el canto es su entretenimiento; el canto, su expresión de alegría; el canto, su manifestación de tristeza; el canto, su fervorosa oración. En Nápoles pululan los mendigos; pero su manera de pedir limosna difiere de la que se usa en otros países. Esos mendigos artistas imploran la caridad cantando. Los veréis en las plazas, delante de los hoteles, en frente de los palacios: después de recrear los oídos de la gente que se ha detenido á escucharles, uno de ellos presenta un pequeño plato ó una charolilla en la cual los *dilettanti* echan una moneda. Estáis comiendo en la fonda, y repentinamente una agradable música y un canto delicioso viene á herir dulcemente vuestros oídos, gozáis un buen rato de aquellas melodiosas canciones, y al terminar se os acerca un hombre de aspecto humilde que os presenta el plato para que depositéis en él vuestro óbolo. No es en realidad una limosna lo que dais, es la recompensa de un servicio. Otro modo de pedir socorro es muy usado en Nápoles. Va uno por la calle, y repentinamente una muchacha de no mal parecer le pone en las manos ó le arroja al coche un primoroso ramillete; aquel obsequio, es la demanda de una limosna; si se acepta, es forzoso dar en recompensa una moneda, cinco céntimos, que equivalen á un centavo nuestro. ¿Quién puede negar tan insignificante socorro á una desgraciada mujer que no encontrando trabajo productivo, recurre á este medio inocente para proporcionarse dinero? Ciertamente es que á veces menudean los tales obsequios y llega uno á fastidiarse de ser así perseguido tan frecuentemente, y se ve precisado á devolver á la muchacha su impertinente regalo.

El día siguiente amaneció como todos en Nápoles, hermoso y sereno: un sol radiante se reflejaba en las transparentes aguas del golfo. Después de haber recorrido un rato en un tranvía diversas calles por donde no habíamos caminado, al regresar nos detuvimos á orillas del mar en el muelle de la Aduana. Deseábamos presenciar la llegada de nuestro inmenso "Bolivia." Serían las diez de la mañana cuando uno

de tantos bateleros que se hallaban esperando carga, nos indicó la dirección por donde se había avistado el colosal *Steamer*. Entramos en el bote de aquel hombre, y fuimos á encontrar el vapor. Media hora después nos hallábamos á bordo del "Bolivia." Los empleados y marineros nos recibieron como á un antiguo conocido. Hablamos con el capitán y con el comisario, quienes nos informaron de que al otro día por la tarde nos pondríamos en marcha. Volvimos á tierra y regresamos á nuestro hotel para comunicar la noticia á los compañeros, á quienes habíamos citado al efecto. Recibieron todos el aviso con alegría; quedó acordado que nos reuniríamos allí mismo al otro día por la mañana, y se dispersaron en seguida para ir á recorrer los lugares que no habían visitado. Nosotros deseábamos también aprovechar el tiempo para hacer una excursión por la parte occidental de la ciudad, por donde habíamos visto muy poco. Almorzamos, y en seguida salimos del hotel. Subiendo al primer carruaje que se nos acercó, emprendimos la marcha.

—A Pozzuoli, dijimos al cochero.

Media hora después rodaba el carruaje dentro de un amplio y larguísimo túnel cuya extremidad no podíamos ver. Estábamos en la Gruta de *Pozzuoli*. Iluminada con luces de gas, podíamos ver en su interior la inmensa bóveda que cubre aquel gran socavón y su pavimento cubierto con lava del Vesubio; dos vías férreas, una de cada lado, abren paso á los wagones de los ferrocarriles urbanos, dejando en el centro un espacio de suficiente amplitud para los coches. La formación de este túnel data de muy antigua fecha; se cree que lo abrieron los de Cumes para comunicarse con Nápoles. Tiene una extensión de casi un cuarto de legua; su anchura no será menor de ocho metros, y de alto mide un poco más.

Saliendo de la gruta, se encuentra inmediatamente una preciosa quinta llamada *Fuori-Grotta*, y tomando por la bellísima calzada que nombran de *Bagnoli*, se llega á una extensa plaza al pie de la colina de Posilipo ó Pausilippo. Allí se ve un camino en zig-zag, que conduce por una pendiente á la celebrada gruta de Seján, á donde no se puede penetrar en

coche. Nos bajamos, y el carruaje fué á tomar otro camino, para ir á esperarnos á la salida de la gruta. Llamamos á una puerta, la cual se abrió. Entramos, y un individuo que salió á recibirnos, echó á andar delante de nosotros para servirnos de guía, mediante una lira que pusimos en sus manos. Cerca de una hora empleamos en recorrer este inmenso socavón, el cual se halla, en lo general, bien alumbrado por frecuentes aberturas en la bóveda ó en las paredes. Mide cerca de un kilómetro de largo; su anchura es de tres á cuatro metros, por una altura mucho mayor. Está revestido con cierta especie de toba de color amarillo, muy semejante en su aspecto á la piedra de travertino. En lo general está muy bien conservado, no obstante que hace muchos siglos fué construido. Se cree que lo mandó abrir Lúculo, para tener comunicación directa con la isla de Nisida. Estrabón afirma que lo hizo construir *Coccius Nerva*. Otros historiadores se lo atribuyen al emperador *Seján*, de donde ha tomado su nombre. Vulgarmente es llamado hoy la "Gruta de Posilipo."

Llegando á una abertura grande practicada en una de las paredes de la gruta, nos acercamos á observar, y vimos que nos hallábamos á orillas del mar. A corta distancia descubrimos la pequeña isla de Nisida, antiguo cráter extinguido, en cuya cima se ve un edificio de aspecto triste y sombrío. A esta isla se retiró Bruto después del asesinato de César, cuarenta y cuatro años antes de Jesucristo; allí recibió la visita de Cicerón. El edificio que mencionamos es una prisión que encierra más de 900 desgraciados.

Dejando la gruta se toma el camino que sigue la costa del mar y en media hora se llega á Pozzuoli, la antiquísima ciudad fundada por los griegos, que al ser conquistada por los romanos tomó el nombre de *Puteoli*, de donde se deriva su actual denominación. Fué la ciudad comercial más floreciente de Italia en la antigüedad. Las ruinas que de ella existen dan testimonio de su primitiva grandeza. No haremos mención sino del anfiteatro, el más interesante y el mejor conservado de sus monumentos. Circúndalo tres órdenes de arcadas que forman el pórtico exterior. Es elíptico y su ma-

yor diámetro mide 195^m; teniendo la arena 112^m. Corredores interiores circulares daban entrada á las localidades, dispuestas en gradería. En medio de la arena existen galerías subterráneas destinadas á las bestias feroces, á las cuales eran entregados los reos que sufrían esta condenación. Allí fueron encerrados San Genaro y otros mártires en el siglo IV. Las bestias los respetaron, y se vieron libres de su furor. A la izquierda de la puerta principal había un acueducto destinado á la conducción del agua para inundar la arena en las representaciones navales. Por el lado del Oriente se descendía á unos corredores subterráneos, cuyas bóvedas espaciosas y bien conservadas atestiguan la solidez y magnificencia del edificio: en estos corredores hay reunidos muchos fragmentos de columnas de mármol que decoraban el anfiteatro. Caminando más al Occidente, para lo que no teníamos tiempo, se hallan otras interesantes ruinas como las del templo de Diana y de Neptuno, de forma cuadrada en el exterior y circular por dentro, y las del templo de Serapis, cuya riqueza en mármoles y cuya majestad en la arquitectura hacían de él uno de los más bellos monumentos del arte: todavía existen en pie tres columnas de las que adornaban el soberbio vestíbulo.

Avanzando más en la misma dirección, separados por el *Monte Nuovo* están los célebres lagos el Luerino y el Averno. En este último colocaban los antiguos la residencia de las divinidades infernales: allí estaba la entrada á los infiernos: por una de las grutas laterales de este lago hizo Virgilio descender á Eneas al lugar de los tormentos.

Más allá de los lagos están las estufas de Nerón y el templo de Venus y el de Mercurio y el de Diana, y la tumba de Agripina, y elevándose sobre una colina á orillas del mar, la celebrada Cumes ó Cuma, la más antigua colonia de los griegos en Italia, la que fundó Nápoles, la que propagó por toda Italia el culto de las divinidades griegas; la que sirvió de tumba al último de los Tarquinos; la que venció á los etruscos en la célebre batalla naval que cantó Píndaro; la que vencida después por los samnitas y tomada por los romanos

y saqueada por los sarracenos, llegó á ser en la Edad Media un nido de piratas que al fin destruyeron los napolitanos; no quedando de ella sino escombros esparcidos acá y acullá, y algunos restos de su gran muralla de circunvalación, y los recuerdos de sus magníficos templos, de los cuales algunos fragmentos se conservan en el Museo Borbónico.

Teníamos que regresar á la ciudad, y tomando la dirección de la hermosa calzada de Posilipo cercada de pintorescas villas y de encantadoras quintas, seguimos la orilla del mar, pasando arriba del plano en que se asientan las pintorescas ruinas del palacio de Doña Ana Carafa, que vulgarmente es llamado de la reina Juana. En un punto elevado descubrimos los restos de construcción en donde falsamente se asegura estar el sepulcro de Virgilio. Descendimos en seguida á la vía Mergelina, seguimos recorriendo la Chiaja y poco antes de anoecer llegábamos á nuestro alojamiento. Era la última excursión importante que hacíamos por los alrededores de Nápoles.

Advertidos de que nuestras queridas compatriotas la señora viuda de Miramón y su estimable hija habían llegado á Nápoles con el objeto de presenciar nuestro embarque y darnos la última despedida, fuimos en compañía del Sr. Ibarra á visitarlas, y además concertamos invitarlas para que se sirviesen acompañarnos á tomar el almuerzo al día siguiente. Las apreciables damas aceptaron nuestra invitación.

Por la noche anduvimos recorriendo en compañía de nuestro amigo el Lic. de la Garza, algunas calles de la ciudad, especialmente la muy animada vía Toledo, hoy Roma; entramos en algunas tiendas de comercio, y ya se deja entender que no omitimos detenernos en el magnífico café de Europa, para tomar los famosos helados napolitanos, de celebridad universal tan bien justificada.

La mañana del Miércoles 6 de Junio se pasó en arreglar los últimos preparativos de viaje. Invitados por la señora de Miramón recorrimos en su compañía y en la del apreciable Padre Frías algunas iglesias y otros edificios de la ciudad.

A las doce del día nos reuníamos en la fonda del Hotel

Vesubio, unos diez compañeros á quienes habíamos invitado para almorzar en compañía de la familia Miramón. La mesa fué presidida por el Ilustrísimo Señor Portillo. Los italianos de la fonda nos secundaron en nuestro deseo de obsequiar á nuestras amables compatriotas, y no tuvimos que reprochar nada en el servicio, que fué lo más esmerado posible. Hasta las dos de la tarde permanecimos en la mesa, á cuya hora fué necesario levantarse, porque ya nos esperaban los coches que debían conducirnos al muelle.

A las tres ya nos hallábamos á bordo en compañía de la familia Miramón, que tuvo la amabilidad de ir á estar con nosotros hasta los momentos de levantar anclas el buque. La instalación de los peregrinos no ofreció las dificultades que había presentado en Nueva York; no obstante que en el departamento inferior, había recibido el "Bolivia," más de 500 emigrantes italianos. Se arregló con la administración del vapor que los mexicanos que tenían pasaje de tercera clase fuesen colocados en segunda, para evitar que se mezclaran con ellos los italianos, los cuales quedaron exclusivamente ocupando la última clase.

Todo el resto de la tarde fué empleado en la instalación de los pasajeros. A las siete se dió la orden para que saliesen las personas que no debían quedar á bordo. La familia Miramón se despidió de todos y cada uno de los peregrinos, los cuales manifestaban hallarse muy conmovidos al ver separarse de su lado á las estimables compatriotas de quienes habían recibido tan repetidas manifestaciones de cariño. Nosotros en lo individual sentimos dolor profundo al despedirnos de tan excelentes amigas, acaso para no vernos más. Acompañámoslas hasta el bote en que debían llegar á tierra, y permanecimos sin perder de vista la pequeña barca hasta que desapareció entre las muchas que poblaban la bahía.

A las siete y tres cuartos, la hora del crepúsculo en Nápoles, el Bolivia se puso en movimiento. Minutos después, cuando la oscuridad de la noche comenzó á cubrir los horizontes, principiamos á contemplar un espectáculo sorprendente, que seguimos admirando durante un largo rato. El alumbrado

artificial de la ciudad y de las poblaciones de las cercanías ofrecía un efecto maravilloso. Las dobles hileras de faroles de gas de las extensas calles de Santa Lucía, Chiaja y Mergelina, reproduciéndose en las aguas de la bahía, semejaban una larga procesión religiosa al aire libre; las luces de las calles transversales, que en los movimientos del buque se veían aparecer y ocultarse, hacían la ilusión de fuegos fatuos en un cielo estrellado; el conjunto del alumbrado en aquel inmenso hemicíclo representaba una soberbia iluminación artificial en una noche de gran festividad patriótica. Cuando la distancia nos ocultó la vista de aquella aglomeración de luminaires, el gigantesco penacho de fuego del Vesubio quedó visible solamente en medio del espacio, como una gran tea funeraria suspendida de la bóveda celeste.

CAPÍTULO VIGÉSIMOQUINTO.

Primer día de navegación.—La Misa á bordo.—Entretimiento de los peregrinos.—El ejercicio religioso de por la tarde.—Las tertulias por la noche.—La Misa sobre cubierta.—Se descubre tierra española.—Llegada á Gibraltar.—El temporal.—Temores é inquietudes.—El viento disminuye.—El oficio protestante.—Las golondrinas.—Cuatro días de calma.—La tempestad.—Temores de naufragio.—Preparativos alarmantes.—Renace la calma.—La rifa.—La barca del piloto.—Una triste nueva.—La niebla.—¿Sufriremos cuarentena?—Momentos de angustia.—La colisión.—La sanidad.—No hay cuarentena.—Los empleados de la Aduana.—El desembarque en Nueva York.

APACIBLE y sereno amaneció el día 7 de Junio, primero de nuestra navegación. Las aguas azules del Mediterráneo en absoluta tranquilidad semejaban un cielo sin nubes en una hermosa tarde de Abril. La nave se deslizaba rápidamente en aquella superficie tersa é igual como la de un espejo. Apenas se hacía sentir el movimiento en el interior; se creería que el buque se hallaba anclado, si el monótono ruido de los émbolos de la máquina no acusara una actividad incompatible con la aparente inmovilidad del *steamer*. La mayor parte de los perégrinos muy temprano se hallaban sobre cubierta en el lado de popa, conversando alegres y contentos. En la sección de proa, un hervidero de gente italiana llenaba la techumbre del buque; esa abigarrada multitud agitábase en aquel espacio con animación extraordinaria. Hombres de todas edades, mujeres y niños, iban y venían en apretada confusión, conversando unos, cantando los otros, los chicos gritando y todos produciendo una alga-

artificial de la ciudad y de las poblaciones de las cercanías ofrecía un efecto maravilloso. Las dobles hileras de faroles de gas de las extensas calles de Santa Lucía, Chiaja y Mergelina, reproduciéndose en las aguas de la bahía, semejaban una larga procesión religiosa al aire libre; las luces de las calles transversales, que en los movimientos del buque se veían aparecer y ocultarse, hacían la ilusión de fuegos fatuos en un cielo estrellado; el conjunto del alumbrado en aquel inmenso hemicíclo representaba una soberbia iluminación artificial en una noche de gran festividad patriótica. Cuando la distancia nos ocultó la vista de aquella aglomeración de luminaires, el gigantesco penacho de fuego del Vesubio quedó visible solamente en medio del espacio, como una gran tea funeraria suspendida de la bóveda celeste.

CAPÍTULO VIGÉSIMOQUINTO.

Primer día de navegación.—La Misa á bordo.—Entretimiento de los peregrinos.—El ejercicio religioso de por la tarde.—Las tertulias por la noche.—La Misa sobre cubierta.—Se descubre tierra española.—Llegada á Gibraltar.—El temporal.—Temores é inquietudes.—El viento disminuye.—El oficio protestante.—Las golondrinas.—Cuatro días de calma.—La tempestad.—Temores de naufragio.—Preparativos alarmantes.—Renace la calma.—La rifa.—La barca del piloto.—Una triste nueva.—La niebla.—¿Sufriremos cuarentena?—Momentos de angustia.—La colisión.—La sanidad.—No hay cuarentena.—Los empleados de la Aduana.—El desembarque en Nueva York.

APACIBLE y sereno amaneció el día 7 de Junio, primero de nuestra navegación. Las aguas azules del Mediterráneo en absoluta tranquilidad semejaban un cielo sin nubes en una hermosa tarde de Abril. La nave se deslizaba rápidamente en aquella superficie tersa é igual como la de un espejo. Apenas se hacía sentir el movimiento en el interior; se creería que el buque se hallaba anclado, si el monótono ruido de los émbolos de la máquina no acusara una actividad incompatible con la aparente inmovilidad del *steamer*. La mayor parte de los perégrinos muy temprano se hallaban sobre cubierta en el lado de popa, conversando alegres y contentos. En la sección de proa, un hervidero de gente italiana llenaba la techumbre del buque; esa abigarrada multitud agitábase en aquel espacio con animación extraordinaria. Hombres de todas edades, mujeres y niños, iban y venían en apretada confusión, conversando unos, cantando los otros, los chicos gritando y todos produciendo una alga-

rabía semejante á la que se escucha en los mercados de Italia.

Poco antes de las seis de la mañana sonó una campanilla que llamaba á los peregrinos al salón de música. Habíase instalado allí el oratorio provisional. Iba á celebrarse el augusto Sacrificio de la Misa. En el viaje de ida no se practicó á bordo este acto religioso, porque desgraciadamente no habían podido proporcionarse un altar los sacerdotes á quienes correspondía cuidar de esta parte del servicio de la Peregrinación. El Ilmo. Sr. Portillo se proveyó en Roma de este menester y de los demás accesorios, y desde el primer día de navegación el Prelado y algunos sacerdotes que designaba diariamente, celebraban la Misa en actos sucesivos, con asistencia de todos los peregrinos.

En ninguna circunstancia el Sacrificio propiciatorio de nuestros altares reviste mayor solemnidad é inspira mayor devoción que cuando es celebrado á bordo de una nave que va atravesando los mares procelosos. Siempre la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía se impone al creyente sacando su espíritu de la esfera de lo mundano para elevarle á las regiones del infinito y unir al Criador la criatura con esa mística unión, la más estrecha que ha podido imaginarse y sólo al poder de un Dios era dable realizar. Pero cuando el hombre se halla en condiciones en que su esfuerzo personal sería inútil para salvarle de un peligro inminente; cuando el hombre cree hallarse en situación peligrosa, la presencia del Todopoderoso en el altar, produce un efecto más sensible para el alma; porque nunca ésta se halla más dispuesta á la unión con Dios que en las ocasiones en que las criaturas le amenazan ó son impotentes para salvarle. La Misa á bordo es el acto religioso más sublime que puede presenciarse. Cuando el sacerdote alza la Sagrada Hostia, como que la presenta á las olas tranquilas del mar para que no se enfurezcan, y si se hallan enfurecidas, para que se aquieten; como que la muestra á los fieles para que no teman, y si se hallan atemorizados, para que se tranquilicen. La Hostia de propiciación ofrecida á Dios en medio de

los mares, principalmente cuando se hallan las olas desencadenadas, es la prenda más cierta de nuestra seguridad individual; es el símbolo más firme de la esperanza; es la verdadera áncora de salvación en los peligros.

Con devoción edificante asistieron nuestros peregrinos al Santo Sacrificio. A la hora de la Comunión recibieron casi todos el Pan Eucarístico, sacerdotes y seglares, hombres y mujeres, con singular recogimiento y especial veneración. Los marineros protestantes, observando desde afuera del salón, presenciaban con respeto el acto religioso, y se podía adivinar en sus semblantes y en su actitud que le daban mucha importancia, si bien no toda la que para nosotros tiene.

En la lista que insertamos al principio de esta obra anotamos las personas que regresaron con el grueso de la Peregrinación; remitimos á ella al lector para evitar repeticiones. Además de las personas allí anotadas, iban á bordo dos estimables sacerdotes del Colegio Pío Latino, el Padre Amador y el Padre Navarro; dos jóvenes bien ilustrados y de muy bello carácter que prestaban no pequeño contingente á la amenidad de nuestras familiares reuniones. En el *Smoking-room*, tomaron posiciones desde el primer día, el R. P. Camacho, quien venía ya investido de Roma con el alto encargo de Comisario general de la Orden Franciscana, Monseñor Treviño, el Padre Muñoz Cano, nuestro amigo D. José María Aguilar y Ortiz y Pavecita Castellero. Estas personas eran como si dijéramos los fundadores de la tertulia permanente del salón de fumar. Podían contarse también en este número al Padre Rodríguez, al Padre Ortega y al joven Rodiles, bien que éste último solamente permanecía en el *Smoking* cuando jugaba al ajedrez, ocupación en que se entretenía muy frecuentemente. Aguilar y Ortiz desde el primer día fué el centro de la reunión; él generalmente daba el tema para las conversaciones; él las sostenía ó las hacía terminar cuando lo reclamaban ciertas conveniencias. El señor Obispo y su amable secretario el Padre Moreno, á quien habíamos dado en llamar *Romero* por relación á su calidad de peregrino, pasaban también algunos ratos en el *Smoking*.

D. Manuel Coeto, en los ratos que le dejaban libre las atenciones de la Sacristía, que tomó á su cargo desde el principio, y la vigilancia de su hijo Enrique, entregábase á la ocupación de escribir sus impresiones de viaje. Sobre cubierta se paseaban casi todo el día el Padre Saucedo y el Padre Alva con D. Vicente Cervón. El Sr. Ibarra y el Lic. de la Garza y alguna vez el Padre Valenzuela, nos hacían favor de acompañarnos en nuestros constantes paseos, y el segundo en algunas de nuestras excursiones diarias á los departamentos de 2ª y 3ª clase.

En los pasillos de los tránsitos, en cubierta y en el interior del buque *formaban rancho aparte* las señoras. La señora de Pizarro, las señoras de Aguascalientes y las de Chihuahua, con el Padre García, conversaban familiarmente discutiendo sobre las incomodidades y molestias de la vida á bordo, exagerando la mala situación de los pasajeros de 3ª

El Lic. Calva y Enrique Coeto entraban en relaciones de confraternidad con los emigrantes italianos, y el Padre Frias, entreteníase platicando en griego con uno de aquellos emigrantes, que hablaba el clásico idioma, en los ratos que no dedicaba á la lectura de libros de Ascética.

En los departamentos de 2ª y 3ª clase, D. Vicente Palacios, escribía sus correspondencias para "El Tiempo," cuando no tenía que consagrar su atención á la asistencia de los peregrinos de aquellas clases ó á la dirección espiritual de sus almas; D. Gregorio García, acompañado de su señora y de otros pasajeros, discurría acerca de la situación y tomaba nota y hacía apuntamientos sobre lo que ocurría. Los señores curas de Chilapa y de Puebla, conferenciaban juntos sobre diversas materias. D. José María Rivera, discutía con varios peregrinos acerca del servicio á bordo, sosteniendo siempre que las incomodidades que se sufrían en las clases inferiores eran consecuencia necesaria de la vida á bordo y de la situación en que voluntariamente se colocaban los que no habían preferido tomar pasaje en la clase superior. La simpática india Rita Manuela, riendo con todos, se colocaba

siempre en algún rincón, sentada á la turca, acompañándola generalmente sus paisanos de Chilapa.

Desde el primer día quedó establecido que á las cinco de la tarde tendría lugar un piadoso ejercicio en el Salón de Música. Desempeñaban el coro algunas de las personas que lo habían formado en el viaje de ida, con el buen refuerzo de los Padres Amador y Navarro, quienes habían adquirido en Roma muy buena escuela de canto. En las clases 2ª y 3ª se practicaba el mismo ejercicio, que tomó á su cargo uno de los sacerdotes que allí venían, por iniciativa de D. Vicente Palacios.

Después del rezo se llamó á los pasajeros de primera al comedor. Pocos dejaron de concurrir; porque el movimiento del buque no había producido el mareo sino en muy pocos. La mesa fué alegre y animada.

El día siguiente, Viernes, y el Sábado, pasaron sin que ocurriese nada digno de la crónica; fuera de algunas lamentaciones de los peregrinos de las clases inferiores, acerca del servicio, y relativamente al trato de los sirvientes. El secretario de la Comisión intervenía siempre, interponiendo su mediación, y el Comisario del buque remediaba lo que era de remediar y tenía remedio posible. En la primera clase las tertulias nocturnas en el Salón de Música habían estado animadas, y si bien se extrañaba en ellos al simpático Amézaga, le sustituía el alegre y festivo padre Navarro. Teníamos además en la primera categoría á una joven italiana que no cantaba mal y completaba el cuadro de artistas de que disponíamos. D. Gregorio García tocando en el clarinete, era acompañado por el joven Coeto en el piano; elemento con que no habíamos contado en el viaje anterior.

El domingo 10 de Junio fué de gratas impresiones. Por la mañana temprano á la hora de costumbre se dijo la Misa por el señor Obispo, á la cual asistieron todos los peregrinos de las tres clases y la mayor parte comulgaron. Celebráronse después otras dos Misas en el Salón. A las ocho, previo permiso del Capitán, y á solicitud de la inmensa colonia italiana, se celebró el Santo Sacrificio sobre cubierta. Asistieron

con devoción todos los emigrantes. El doctor Ibarra les predicó en Italiano, sobre el culto de la Virgen María.

Por la tarde se descubrió tierra española. Tuvimos á la vista el cabo llamado "del Gato." En esa misma tarde cruzó delante de nosotros una escuadra inglesa del Mediterráneo, compuesta de cinco grandes buques, tres vapores de dos chimeneas y dos fragatas de tres palos. No dejó de entristecernos este encuentro. El Mediterráneo está á merced de los ingleses. Con esas escuadras y con la posesión de Gibraltar, mantiene Inglaterra su dominio sobre ese mar en que tienen tantos puertos las principales potencias latinas.

El lunes 11 avistamos Gibraltar. Poco antes del mediodía anclamos en la bahía. Muchos peregrinos bajaron á tierra. Nosotros permanecemos en el buque. Dos familias americanas embarcáronse en el "Bolivia;" eran dos matrimonios, uno con hijos y otro sin ellos. Una hermosa y simpática señora de origen español, con dos niños, pasó también á bordo. A las seis de la tarde alzamos anclas.

El martes 12 nos amaneció en pleno Atlántico. No tardamos en extrañar la calma, no interrumpida casi, que había reinado en nuestra travesía por el Mediterráneo. Por la tarde comenzó á soplar fuerte el viento. El Miércoles, todo el día permaneció la mar agitada. El mareo postró á la mayor parte de los peregrinos. Los italianos, tendidos sobre cubierta, tristes y desalentados, presentaban el espectáculo que ofrecen esos cuadros en que se pinta á los egipcios bajo la influencia de las plagas que Dios por el brazo de Moisés hizo caer sobre ellos.

El Jueves disminuyó el temporal, y el Viernes arreció nuevamente. El desaliento más completo se había apoderado de los navegantes. Nosotros recorríamos los departamentos y se nos oprimía el corazón al ver el estado lamentable en que se hallaban los mareados, que eran casi todos. En el *Smoking-room*, habían enmudecido los tertulianos; solamente Aguilar y Ortiz tenía la palabra: hasta la impasible Pacecita Castellero se hallaba acometida del mareo. En los camarotes de primera, excitaban nuestra compasión el Padre

Arriola, el Padre Frías, las señoras de Aguascalientes y las de Chihuahua y la española que había subido en Gibraltar. En el comedor yacían tendidas en los sofaes las dos señoras americanas: el salón de Música, estaba convertido en hospital. En la cubierta, por el lado de proa, habían desaparecido los colonos italianos; hallábanse casi todos postrados en el interior de su departamento: en el de 2.^o los mexicanos se hallaban también en situación lamentable: obligados á permanecer dentro del departamento por no permitirles el viento y el oleaje estar sobre cubierta, ofrecían cuadros desgarradores los grupos en que se hallaban divididos. Al llegar nosotros á visitarlos, díjonos D. Vicente Palacios.

—¿No ha sabido V., señor licenciado, lo que nos está pasando?

—Ya veo, repusimos, que se hallan todos mareados; lo cual no tiene nada de extraño cuando es tan irregular el movimiento del buque.

—No es eso, señor, sino que tenemos viruelas á bordo.

—¿Cómo? preguntamos asorados. ¿Quién ha sido acometido de esa enfermedad?

—¿Quién ha de ser? Los chicos de los italianos. Hoy vino el Capitán y ha tomado providencias para separar á los enfermos de los que no lo están. Sólo eso nos faltaba, prosiguió. Imagínese V. qué fatalidad; una epidemia á bordo.

—¿Pero V., preguntamos, ha visto que esos enfermos lo están de viruelas? Yo hablé hace un rato con el médico y me dijo que nada tenemos que temer en cuanto á la sanidad á bordo.

—Yo no he visto á ningún enfermo; pero todos los italianos aseguran que hay varios niños atacados de viruela.

—Ruego á usted, Sr. D. Vicente, que se tranquilice, y en todo caso que no comunique á nadie sus aprehensiones, porque nos perjudicaría muchísimo el que los compañeros participaran de ellas. Yo volveré á interrogar al médico; aunque tengo casi evidencia de que no hay hasta ahora motivo para alarmarnos.

No pasó una hora sin que nos reuniésemos con el doctor en el departamento de popa.

—¿Qué ha motivado, le preguntamos, la providencia que tomó el Capitán de aislar á los enfermos italianos?

—No se les ha aislado precisamente; se les colocó en un departamento que se halla en mejores condiciones que el dormitorio común.

—¿Qué tienen, pues, dichos enfermos? Volvimos á preguntar.

—Es una fiebre eruptiva cuyo nombre no conozco en español; les ataca á todos los niños. Es muy raro el que no la sufre.

—¿No es la viruela?

El doctor se sonrió.

—No estaría yo tranquilo, nos dijo, si ese carácter tuviese la enfermedad. Por lo demás, al recibir á bordo á los emigrantes, hemos vacunado á todos los que no presentaron certificación de haberlo sido ya.

Esta explicación del médico y la que nos hizo después el intérprete Galano, á quien pedimos informes, nos hizo comprender que la enfermedad que se había desarrollado en los niños era simplemente el sarampión. Luego que tuvimos oportunidad se lo comunicamos así á D. Vicente Palacios; quien no aparentó, sin embargo, quedar tranquilizado enteramente.

Al otro día, Sábado 16, el viento disminuyó considerablemente. El Domingo se pasó sin novedad. Se dijo la Misa sobre cubierta para los italianos. Los protestantes de la tripulación y las familias americanas que iban á bordo, estimuladas sin duda por el ejemplo que recibían de nosotros en asunto de prácticas religiosas, dispusieron lo que ellos llaman *un servicio*, que tuvo lugar en la mañana del Domingo como á las diez. En medio del salón de Música, colocaron una mesa con un cojín que cubría la bandera inglesa; encima estaba la Biblia abierta y otros dos libros de oraciones. El que hacía de ministro, que era uno de los americanos, principió á cantar versículos de la Biblia, que acompañaban todos los circuns-

tantes; uno de ellos tocaba en el órgano; á veces se arrodillaban todos y generalmente permanecían en pie. Poco menos de una hora duró el servicio y se retiraron los asistentes. El canto protestante es monótono en extremo: casi no tienen variantes las melodías, y la entonación es siempre la misma.

¡Cosa original y digna de llamar la atención! Estábamos practicando á bordo la tolerancia de cultos en el último grado á que ésta puede llevarse. En el mismo oratorio en que nosotros los católicos celebrábamos nuestras más augustas ceremonias religiosas, hacían el servicio de su culto los protestantes; el mismo órgano en que nosotros acompañábamos el canto sagrado, servía á los herejes para acompañar sus salmos y los himnos de su liturgia.

Ya dijimos en otro lugar que cuando atraviesa uno los mares, el más insignificante fenómeno, el objeto de menor importancia llama la atención del que navega; convirtiéndose en un acontecimiento el más despreciable incidente que en otras circunstancias pasaría desapercibido.

En la mañana del Domingo, al acercarnos á la popa del buque, observamos una parvada de golondrinas, procedentes acaso de las Islas Azores, que se agrupaba cerca de la hélice y parecía seguir la embarcación. Al principio no vimos en aquello nada de extraordinario; creímos que reconocerían bien pronto la ruta que habían traído y regresarían á tierra. Mas quedamos asombrados cuando al caer la tarde las vimos que continuaban volando en seguimiento del buque. Al día siguiente no desaparecieron de nuestra vista, y continuamos viéndolas hasta nuestra llegada á Nueva York. Seguramente por la noche tomaban descanso entre la jarcia del velamen; pero durante el día no cesaban de volar un momento. Aunque habíamos oído decir que estas aves acostumbran hacer sus emigraciones á través de los mares, nos parecía fabulosa la aseveración relativa de los naturalistas; pero el hecho nos vino á confirmar la verdad de dicho aserto.

Cuatro días transcurrieron sin que la mar se hubiese alterado. Los mareados recobraban la salud; poco á poco iban restableciéndose; la cubierta se veía otra vez llena de gente

y la animación y el contento renacía entre los navegantes. La única inquietud que agitaba á los peregrinos de tercera y segunda clase era el temor de la viruela, enfermedad que, sin embargo, no llegaba á presentarse en uno solo de los emigrantes italianos. Por el contrario, el médico nos informaba que la salubridad de la gente era satisfactoria.

Nada hay más cierto que el proloquio de que la calma es precursora de la tempestad. El Viernes 22 desde por la mañana comenzó á anunciarse mal tiempo. A los primeros sacudimientos del buque los mareados volvieron á caer en el abatimiento. Acabó el día, y la mar no se aquietaba. Amaneció el Sábado: una densa niebla envolvía la embarcación; una lluvia menuda caía del cielo; el viento bramaba espantoso; las olas encrespadas inundaban á cada paso la cubierta; todo el mundo permanecía en el interior de los departamentos; el silbato de la máquina se hacía oír cada dos ó tres minutos como una medida de precaución del piloto para evitar una colisión con otro buque. Tres días duró el temporal. Nosotros, que no apreciábamos la situación con nuestro propio criterio, observábamos constantemente la actitud y los movimientos de la tripulación, y principalmente los del Capitán. Veíamos á la gente de mar tranquila; el Capitán jugaba descansadamente á la baraja con los americanos ó al ajedrez con el joven Rodiles; el Comisario conversaba con nosotros largo tiempo, sin dar muestras de inquietud. Esto nos tranquilizaba y nos paseábamos impávidos sobre cubierta, gozando con el hermoso, aunque imponente espectáculo de la mar enfurecida. Mas al tercer día de temporal hicimos una observación que nos aterrorizó. Habíamos subido á la techumbre del *Smoking-room*, para evitar que nos bañasen las olas que á cada momento se elevaban sobre la cubierta, inundándola. Asidos fuertemente de la barandilla, observábamos los movimientos del Capitán, quien no se había separado del puente en esa mañana desde muy temprano. Con un pequeño silbato comunicaba órdenes frecuentemente á los que se hallaban distantes. Obedeciendo á una de esas indicaciones, vimos acercarse á los marineros á las lanchas que

venían suspendidas de unas gruesas barras de fierro sobre la cubierta, de uno y otro lado del buque. Los marineros comenzaron á quitar las lonas que cubrían las lanchas y los vimos ocuparse en examinarlas por el interior y después procedieron á la operación de calafatearlas. Esos preparativos no podían anunciar otra cosa que el temor de un peligro no remoto. La imaginación en esos casos vuela mucho. Pensamos en que el número de lanchas era insuficiente para salvar á la multitud de navegantes en caso de naufragio: eran ocho, que podrían contener á lo más veinticinco personas cada una, y pasábamos de seiscientos los pasajeros que traía á bordo el "Bolivia." En un lance desgraciado habrían de perecer cuando menos dos terceras partes de los navegantes. Sentímonos sobrecogidos de temor; pero resolvimos no abandonar nuestro puesto, y permanecimos allí toda la mañana en observación. Por fortuna á eso del medio día, el viento disminuyó sensiblemente: llamaron al almuerzo y el Capitán bajó al comedor. Descendimos también nosotros: comimos con buen apetito. Terminada la mesa, el Capitán se puso á jugar en el mismo salón con los americanos; echámonos en un sillón á tomar reposo; el sueño nos sorprendió y nos quedamos dormidos un largo rato. Cuando subimos á cubierta, serían las cuatro de la tarde, el tiempo había cambiado: disipada la niebla, calmado el viento, la mar, aunque agitada bastante, no se veía enfurecida como estaba pocas horas antes. Llegó la noche, y aun cuando los vaivenes del buque continuaban, el Capitán no parecía preocuparse por ello y nosotros recobramos nuestra habitual serenidad.

El Martes 26, hallándose restablecida la calma, entró el Comisario en el *Smoking-room* á eso de las diez de la mañana: estábamos allí conversando alegres muchos peregrinos.

—Señores, dijo el Comisario, vengo á invitar á ustedes á tomar parte en una rifa.

—A ver, ¿qué se va á rifar? Se apresuró á decir Monseñor Treviño.

—Una cantidad que se ha de reunir entre 24 personas. Son veinticuatro las barcas de los pilotos prácticos que de Nue-

va York se adelantan á recibir los buques; el que tenga el número que traiga la barca se hace dueño de la cantidad reunida.

—¡Bravo! gritaron á una voz diversas personas.

—¿Qué tan cerca nos hallamos de Nueva York? preguntó uno.

—Tardaremos en llegar dos ó tres días, respondió el Comisario; pero la barca del piloto debe llegar esta tarde ó mañana.

—¡Magnífico! exclamó el Padre Navarro. Vamos á tomar nuestras acciones.

El Comisario procedió á formar la lista, que muy pronto quedó llena de nombres, faltando por apuntarse otras varias personas que lo solicitaban. Se formó otra lista para hacer dos rifas.

El contento se comunicó bien pronto á todos los pasajeros y se manifestó en todos los semblantes. Tres días de navegación era ya muy poca cosa. Los mareados que no habían salido de su postración, se reanimaron. La tertulia de por la noche estuvo de lo más concurrida y alegre.

Al otro día, como á las once, estando la mayor parte de la gente sobre cubierta, gritó el intérprete Galano:

—¡Señores, la barca del piloto!

Todas las miradas se fijaron en la dirección que indicaba el intérprete. Todos los anteojos se dirigieron hacia el rumbo señalado.

—¿Qué número trae la barca? preguntaron muchos á la vez.

—No lo veo todavía, decía uno.

—¿En dónde ha de traer el número? preguntaba otro.

—En la vela, respondió el Comisario.

—Ya lo ví, dijo un peregrino, que veía con unas brújulas marinas de mucho alcance. Es número 6.

—No, gritó en ese momento un tercero, es 9.

El Comisario tomó las brújulas y dijo en alta voz:

—Es nueve, señores.

—¡Mi número! exclamó lleno de contento el señor cura Valenzuela.

—¡El mío! gritó una de las señoras americanas.

—¡Que viva el número nueve! gritaron varios. ¡Que viva el Padre Valenzuela!

—Ahora tomaremos buen Champaña, dijo el Padre Navarro al presenciar la entrega que del dinero hacía el Comisario al agraciado.

—Sí, sí, dijeron otros muchos; que se gaste el dinero en Champaña.

Armóse con este motivo una deliciosa gresca al Padre Valenzuela, que no terminó sino hasta que al concluir el almuerzo, se vió obligado á mandar servir el codiciado vino.

Al levantarnos de la mesa, fuimos informados de que el piloto había llevado consigo periódicos americanos de recientes fechas; fuimos á registrarlos con avidez. Hacía casi tres semanas que no teníamos noticia de lo que pasaba por el mundo. El primero que ojeamos fué el "World", de Nueva York; dimos con una sección consagrada á México, en la que como es de suponerse, fijamos de preferencia nuestras miradas. ¡Horror! ¡Vimos consignada la espantosa catástrofe de León! El río salido de madre en una gran creciente, inundando la ciudad; millares de casas destruidas; innumerables personas ahogadas; incontables familias en la orfandad y en la miseria; la República entera consternada. Tal era el triste resumen de una correspondencia telegráfica que insertaba el diario neo-yorquino. Horrible impresión nos causó la lectura de aquella relación. Esta clase de impresiones no pueden ahogarse dentro del pecho; es necesario comunicarlas á los demás. Con el periódico en la mano corrimos al *Smoking* á dar conocimiento de lo ocurrido á nuestros compatriotas. Todo el gozo que hacía un rato había desbordádose en aquella amable reunión á la noticia de la llegada del piloto, se trocó en amargura y en tristeza. Los comentarios fueron desconsoladores. Pensamos en el grupo de peregrinos leoneses que habíamos dejado en Europa; el señor Canónigo Velázquez, el Padre Gutiérrez, D. Carlos Carpio y su familia. ¡Tal vez iban á encontrarse sin hogar y acaso habiendo perdido á sus amados deudos! La fatal nueva corrió de bo-

ca en boca, y ya no se habló de otra cosa que de la terrible catástrofe de León. El duelo de nuestra Patria se había comunicado instantáneamente al grupo de mexicanos que nos hallábamos reunidos á bordo del "Bolivia." En tales circunstancias puede apreciarse en todo lo que vale el amor patrio.

Una densa niebla apareció al otro día envolviendo á la embarcación: no se veía nada á cincuenta metros. Los que nos hallábamos en la popa, no distinguíamos el puente, situado casi en el centro del buque. Así caminamos todo ese día y el siguiente. Redoblábanse las precauciones para evitar un choque de fatales consecuencias. Nos hallábamos casi en las aguas de Nueva York, muy frecuentadas por embarcaciones que entran y salen del puerto. De día y de noche se hacía una cuidadosa vigilancia. El Capitán pasó en vela dos noches sucesivas en el puente.

Amaneció el 28 de Junio. El piloto anunciaba que llegaríamos á Nueva York antes de mediodía. Todo el mundo hacía sus preparativos para el desembarque. Al disiparse la niebla comenzamos á ver tierra americana. Ya no podíamos dudar que llegábamos al término de nuestra navegación. Hacía 22 días que saliéramos de Nápoles.

Repentinamente se nos presentó D. Vicente Palacios.

—¿Ya sabe usted lo que dice el piloto? nos dijo con acento triste.

—¿Qué dice? señor D. Vicente, le interrogamos con calma.

—Que vamos á sufrir cuarentena en Nueva York. Sabe Dios cuántos días nos van á tener estos americanos sin llegar al puerto.

—No veo motivo, señor D. Vicente, para que nos sujeten á cuarentena. Estoy informado de que la patente del buque está limpia. Las ligeras enfermedades que hemos tenido á bordo no son de las que pueden poner en peligro la salubridad pública.

—Pues á mí me ha dicho el intérprete, insistió D. Vicente, que cuando menos van á tenernos en cuarentena ocho días.

—Yo le aseguro á usted que no pasaremos por tal cuarentena ni mucho menos.

Aun cuando no dábamos siempre importancia á las aprehensiones de nuestro amable compañero, en esta ocasión quisimos averiguar lo que tuviesen de fundado, y hablamos con el Capitán y con el Comisario. Nos dijeron que el piloto había referido que las comisiones de sanidad de Nueva York estaban muy escrupulosas y exigentes con los buques de procedencia italiana, porque se decía que había comenzado á reinar el cólera en la Península; pero que se proponía el Capitán ocurrir á la dirección de Sanidad, para hacer tales explicaciones, que darían por resultado el que no fuésemos detenidos.

—Lo que creo más probable, nos dijo el Capitán, es que si decretan la cuarentena será para los italianos, y de ninguna manera para los mexicanos, á los cuales cuando mucho sujetarán á fumigaciones.

Esta opinión del Capitán nos tranquilizó, y arreglado nuestro equipaje, subimos á cubierta para observar las maniobras y estar á la mira de lo que sucediera. Distábamos dos ó tres millas del puerto. Hallándonos cerca de la barandilla, cubriéndonos de la lluvia debajo de una de las lanchas suspendidas, vimos un buque de tres palos, de nacionalidad francesa que venía atravesando la bahía en dirección oblicua á la recta que llevaba el "Bolivia." Ya venía muy cerca de nosotros aquella embarcación que navegaba á todo vapor, y observamos que se iba á interponer en nuestro camino. En ese momento oímos un fuerte pitazo de la máquina del "Bolivia." Era el aviso que daba el Capitán al buque francés para que virase ó se detuviese. Otro y otro pitazo cada vez más fuerte y prolongado, y el vapor francés seguía su marcha. Ibamos á ser embestidos. El "Bolivia," aun virando violentamente, no podía evitar la colisión; solamente deteniéndose uno de los dos vapores escaparíamos del peligro. Al verlo tan inmediato, movidos por el instinto de la conservación, corrimos sobre la cubierta en dirección contraria á la que traía el vapor francés; no habíamos reco-

rrido cinco metros cuando comprendimos nuestra alucinación: en esos momentos el Capitán del "Bolivia" hacía ejecutar instantáneamente una maniobra difícilísima; ordenó dar contra-vapor, y el *steamer* se detuvo instantáneamente. Por fortuna navegábamos contra la corriente de las aguas. El buque francés pasó como exhalación delante de la proa del nuestro á cincuenta metros de distancia; un momento que se hubiera perdido, habríamos quedado sepultados en la bahía de Nueva York. Pocos espectadores había tenido esta terrible escena entre los pasajeros del "Bolivia:" la lluvia tenía á todos encerrados en los departamentos interiores. Nos alegramos; dando á la vez gracias á Dios por habernos librado de un peligro tan inminente.

Una hora después, serían las nueve de la mañana, la comisión de sanidad entraba á bordo del "Bolivia." El Capitán, el Comisario y el médico recorrieron el interior de la embarcación en compañía de los comisionados. Fué ordenada inmediatamente una fumigación en los departamentos inferiores. En seguida el Capitán y el Comisario saltaron á tierra; entretanto el buque había sido anclado. No habrían transcurrido dos horas y vimos acercarse un vaporeito remolcador. Mientras echaban la escala, un americano dijo en voz alta al oficial primero que se hallaba junto á nosotros.

—Que desembarquen los mexicanos. Respecto de los emigrantes italianos esperen órdenes.

Esta noticia llenó de contento á los peregrinos, quienes corrieron á sus respectivos departamentos para recoger sus equipajes. Entretanto llegó otro vapor pequeño y subieron á bordo varios individuos vestidos de uniforme; era la Comisión de la Aduana. Instalóse en el salón del comedor y se nos ordenó que uno á uno de los peregrinos llégásemos á hacer la declaración de los efectos que traímos, y debieran causar derechos. Se nos dieron unas boletas que nos serían recogidas al llegar á tierra.

No tardamos en ver llegar al "Bolivia" otro remolcador: era el que debía conducirnos al muelle de la Compañía propietaria del buque. Sobre cubierta distinguimos á nuestros

excelentes amigos Spinetti y otros empleados del Hotel América. Minutos después les estrechábamos en nuestros brazos y entregábamos nuestros equipajes á las personas que nos indicaban. Media hora transcurrida y nos hallábamos en el almacén del muelle. Allí nos recibió un grupo de caballeros y de damas decentemente vestidos: eran los comisionados de la Aduana para registrar los equipajes. Ellos nos tomaron por su cuenta á los hombres, y las damas se encargaron de las señoras. A decir verdad, fuimos tratados con singular comedimiento, y la operación del registro no nos causó más molestias que las indispensables. A nadie le cobraron un céntimo de derechos. Antes de una hora, los comisionados habían terminado su tarea, y quedamos libres para dirigirnos á los alojamientos que el solícito y activo Spinetti nos tenía preparados. Nosotros nos hospedamos en el Hotel América en compañía de unos cuarenta compatriotas; el resto de los excursionistas fué conducido á otros hoteles más baratos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO VIGÉSIMOSEXTO.

La Ciudad-Imperio.—Consideraciones generales.—*The time is money.*—Las construcciones urbanas.—Tendencias á mejorar la ciudad.—El movimiento.—Una observación.—Fisonomía de las personas.—Broadway.—Edificios notables.—La Plaza de la Unión.—La Quinta Avenida.—La Plaza Madison.—Reflexiones.—La Catedral de San Patricio.—Impresiones.—El Parque Central—Brooklin.

Nos hallamos al fin en Nueva York; en la Ciudad-Imperio, como la llaman pomposamente nuestros vecinos; en el emporio de la riqueza, del comercio y de la civilización anglo-americana. Nos hallamos en la primera ciudad de los Estados-Unidos y acaso de América, no por otra cosa que por su numerosa población que con su complemento Brooklin se acerca al enorme guarismo de dos millones de habitantes. ¿Mas por qué una ciudad tan populosa no llama la atención del viajero sino por su inmensa extensión y por el movimiento que necesariamente debe producir en ella una aglomeración tan considerable de gente? Cuando la antigua Roma no había reunido dentro de sus muros un número tan crecido de pobladores, ya era la primera ciudad del mundo por su grandiosidad, por su magnificencia y por su aspecto bellissimo y encantador. Cuando París en el presente siglo no alcanzaba en población ese inmenso guarismo, ya era la capital del mundo civilizado y atraía á los habitantes del globo como al centro de la grandeza, de la hermosura y del bienestar. Nueva York con sus dos millones de almas, se halla todavía muy distante de adquirir ese rango en el mundo, y

apenas si se le da importancia en el extranjero como plaza mercantil y como ciudad populosa. Y es que Nueva York nació ayer, y es que sus habitantes se han preocupado menos por el progreso de la ciudad y por su embellecimiento, que por adquirir fortuna individual y aumentar ésta con la creación y el fomento de grandes industrias. Y es que la ciudad neo-yorquina, como la mayor parte de los grandes centros de población en los Estados- Unidos, hase formado con la afluencia de inmigrantes que de muchas naciones del Globo acuden atraídos por el cebo de la especulación y movidos por el interés pecuniario.

De aquí que las letras y las bellas artes no hayan tomado asiento en un país en donde solamente la idea de ganar dinero preocupa los ánimos; en donde la expectativa del lucro pecuniario absorbe exclusivamente la atención de todos; en donde el cerebro de la sociedad está, por decirlo así, metalizado; en donde no se estima el trabajo y el tiempo sino como los grandes elementos para sacar dinero. *The time is money*: El tiempo es dinero. He aquí el axioma que hace la gran regla de vivir en los Estados- Unidos, y principalmente en Nueva York. El norte-americano, en todos sus actos, en todas sus empresas, no lleva otro objeto, no le guía otro móvil que el adquirir dinero y lo más pronto posible. El americano arregla todo á las combinaciones del cálculo: por eso no es artista. Si se trata de construir un edificio, estudia el modo de ocupar un reducido espacio de tierra, levantando las paredes á la mayor altura que puede, para emplear una pequeña suma en la adquisición del suelo; en la construcción usa los materiales más ligeros y más baratos, y en la ornamentación, si llega á pensar en ella, procura evitar todo lo que la haría costosa, y amolda las columnas y vacía las molduras, y funde las estatuas, para no gastar su dinero empleando el pico del cantero ó el cincel del escultor. Terminado el edificio en la cuarta parte del tiempo que debiera durar su construcción, la estética se resiente, el buen gusto se lastima; pero el propietario comienza desde luego á hacer productivo el capital empleado, y esto es lo que importa.

Lo que pasa en los edificios se observa en las construcciones de otro género, como los pavimentos de las calles, los puentes, los adornos de los paseos públicos, etc. Un embaldosado de sólida laja es costoso y no se hace con rapidez; la industria americana inventa un procedimiento para cubrir las aceras, empleando diversas arcillas y otros materiales que funde como si fueran de cera, y extiende capas más ó menos gruesas, con las cuales sustituye el embaldosado mediante un costo de la cuarta parte y en un espacio de tiempo mucho más breve. Si se trata de un puente, el pórfido y el granito no entrarán en su construcción; cuesta demasiado caro el labrar las piedras y conducir las al lugar en que han de ser colocadas; el puente se hace de madera, de fierro ó de una composición que llaman piedra artificial, que actualmente es empleada en Nueva York en casi todas las construcciones, y de la noche á la mañana aparece el puente uniendo las dos orillas de un canal ó las riberas de un río. Si se ha de adornar el primero, y digamos el único paseo de importancia de la ciudad, el *Central Park*, las bancas y las fuentes, los balaustrados y las columnas, los pedestales y los macetones, se hacen de una pasta que se amolda como el barro, y en realidad no es otra cosa que barro; se funden las estatuas en fierro, y toda aquella ornamentación y todos aquellos monumentos se ofrecen á la vista con la apariencia de haber sido formados de una sola pieza de pórfido, de mármol ó de granito.

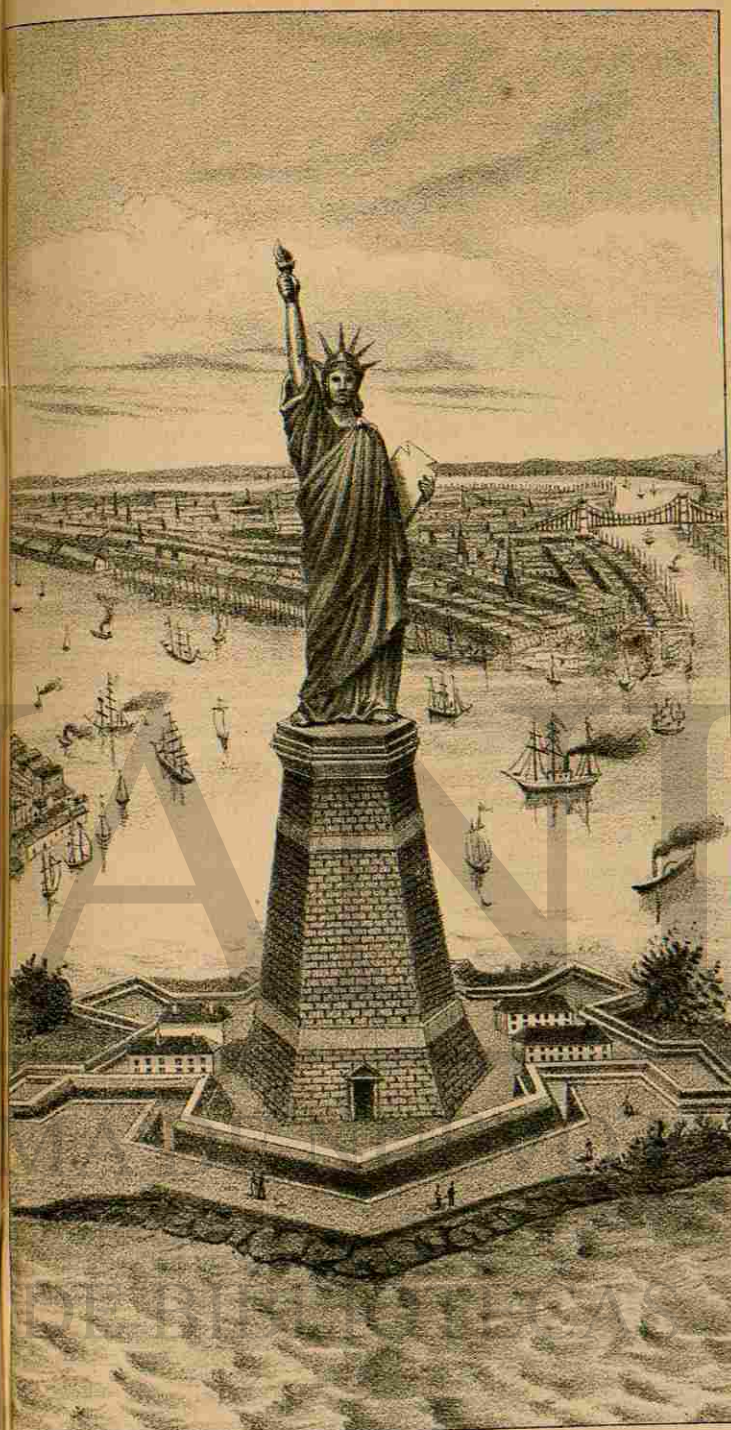
Ya se deja entender que el arte en aquellas y en estas construcciones nada tiene que admirar, y es de suponer que su duración será de muy corto tiempo. Mas esto no preocupa á los americanos; que se hagan las cosas pronto y con economía de dinero, y nada importa la belleza artística y poco la duración. Si del arte se trata, los americanos distan mucho de ser artistas; si se trata de la conservación, el que venga mañana que trabaje de nuevo, y además ¿para qué son las compañías de seguros? ¿Tendrían estas grandes negociaciones la importancia que tienen actualmente, si los edificios estuviesen contruidos con solidez? Obsérvese si no; en nin-

gún lugar del mundo hay tantas y tan poderosas compañías de seguros como en Nueva York, y en ninguna parte hay tan frecuentes incendios y siniestros de toda clase como en la gran ciudad americana. Por otra parte, ¿no es ventajoso para aumentar el movimiento del capital que los edificios estén desapareciendo constantemente y sean renovados todos los días?

Obedeciendo á estas consideraciones y reduciendo á la práctica las expresadas teorías económicas, los americanos construyen pocos edificios verdaderamente sólidos, y pocos hay en Nueva York que puedan presentarse como obras de arte. Señálanse por esto como grandiosas construcciones, y apenas merecen ese calificativo, la Casa de Correos y el edificio de la Aduana, y otros dos ó tres establecimientos públicos, y entre los particulares, el de la Compañía de Seguros (Life insurance) el del *Herald*, y el llamado palacio Stewart en la 5.^a Avenida.

Entre los templos se citan como de gran mérito artístico la iglesia protestante de la Trinidad y la católica de San Patricio. De monumentos no hay que puedan llamar la atención sino el del Obelisco en el *Central Park*, y el de la Libertad en la bahía. Y estos monumentos no son obra americana; el primero fué regalo del virrey de Egipto, y el segundo de la Nación francesa. Respecto de los otros edificios notables antes mencionados, ya manifestaremos nuestra opinión acerca de ellos, y se verá que no tienen la importancia que se les ha querido atribuir, artísticamente considerados.

Justo es decir que de algunos años á la presente, se viene observando alguna tendencia á mejorar el aspecto de la ciudad neoyorquina, que se hace notar principalmente en la gran avenida llamada *Broadway* y en algunas otras, así como en muchas calles transversales; pero aun á impulso de este movimiento, la ciudad no gana demasiado en belleza artística. Ciertamente es que las avenidas han sido ampliadas considerablemente, que muchas calles han sido regularizadas, que los edificios se han renovado en ellas completamente; pero en primer lugar, las reglas de la estética no han sido

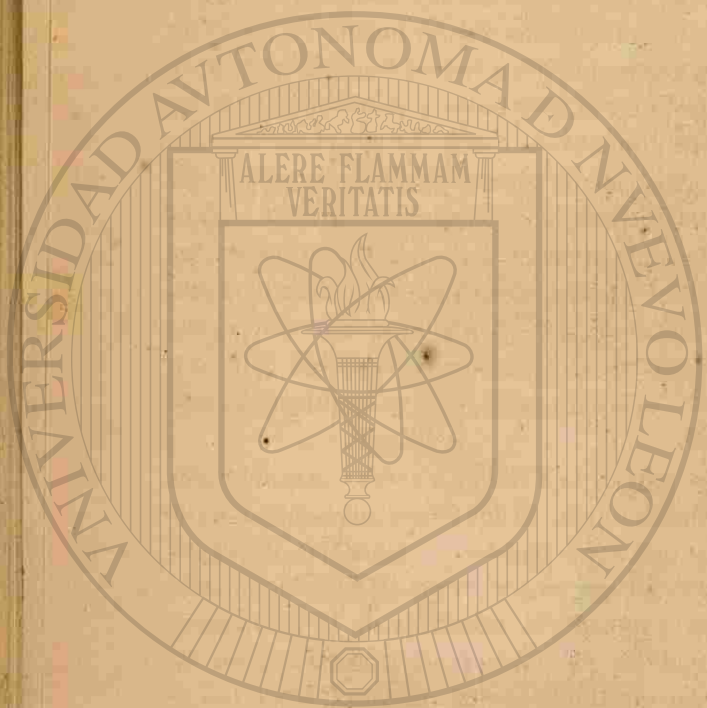


LIT. C. MONTAUBIOL, MÉXICO

ESTATUA DE LA LIBERTAD.
NUEVA-YORK.

observadas en la construcción, y después, se va llevando tal simetría en las fachadas de los edificios, que hay muchas calles cuyas casas son tan exactamente iguales en el exterior que parece fueron vaciadas en el mismo molde. Es bien sabido que donde no hay contrastes no hay verdadera belleza; la variedad constituye el encanto del conjunto. La simetría en un solo edificio, generalmente produce buen efecto; pero en la aglomeración de estos, engendra monotonía. Nápoles no sería una de las ciudades más bellas del mundo si sus edificios se levantarán á la misma altura, si su forma fuese idéntica y estuviesen contruidos con el mismo material. En la fabricación de esa piedra artificial de que han sido contruidos la mayor parte de los edificios modernos de Nueva-York, se ha preferido la imitación del pórfido rojo: hay varias calles en que todas las casas aparecen revestidas con este material; ¿será bella su apariencia? Que respondan la estética y el buen gusto.

Tal es á grandes rasgos la Ciudad-Imperio, considerada bajo el punto de vista del arte. Si consideramos ahora el movimiento de los habitantes y el tráfico por las calles, debemos decir con entera verdad que no corresponde el movimiento y la animación á la importancia numérica de la población. Será que los ferrocarriles elevados y las tranvías y los *ferryboats*, transportan constantemente por los aires y por el centro de las avenidas y á través de los ríos una inmensa cantidad de gente; será que los embaldosados en las calles más frecuentadas tienen una grande amplitud; será que los americanos caminan siempre de prisa y es raro que se detengan en la calle los viandantes; será, por último, que la mayor parte de la gente se halla en las casas de comercio ó en los establecimientos de industria; el hecho es que en Broadway y en la 5ª y 6ª avenidas y en la calle 14, que son las de más movimiento, á ninguna hora del día se ven obstruidas las aceras por la infinidad de transeuntes que obligan al viandante á detener el paso á cada momento en la animadísima vía de Toledo en Nápoles ó en la del Corso en Roma. Otra cosa llama la atención á propósito del movimiento en Nueva York, el nú-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

mero relativamente pequeño de carruajes. Hay poquísimos de alquiler, que por cierto se pagan á muy alto precio, y de particulares no ruedan por las calles ni la mitad seguramente de los que recorren á toda hora las de las grandes ciudades de Europa, aun las que tienen mucho menor población. En el mismo *Central Park*, á la hora del paseo, no se ve ni el cincuenta por ciento de los que ocupan la gran vía Chiaja en Nápoles, y ya se sabe que la población de Parthenope es la tercera parte de la de Nueva York, comprendido Brooklin.

Otra observación hicimos acerca de los habitantes de la gran ciudad americana. Hállanse allí confundidas las clases de tal manera que no se acierta á distinguir en la calle al simple obrero del rico capitalista: la gran señora y la mujer que vive del producto de su trabajo apenas podrían distinguirse. Todos, pobres y ricos, visten casi de la misma manera; todos tienen el mismo aspecto y muy semejante porte. La elegancia en el vestir es como la ornamentación en los edificios; obedece á cierta regla general que sufre pocas excepciones; todos los edificios se parecen unos á otros; todos tienen cierta apariencia decorosa y pocos hay de buen gusto: toda la gente se presenta en público aseada y decente, pero pocos visten con verdadera elegancia.

Esta especie de uniformidad que se nota en Nueva York, en las casas, en los muebles, en los carruajes, en el vestir de las gentes, se ve hasta en las fisonomías de las personas, hasta en las facciones de los individuos. La raza norte-americana, no obstante que se halla cruzada con la inglesa, con la alemana, con la francesa y con la italiana, tiene cierto carácter peculiar que la hace aparecer homogénea. En cualquiera grande reunión á que se concurra, se ve dominar el color blanco y los ojos claros; en lo general, no se puede decir que la raza americana es fea, y sin embargo no la llamaríamos hermosa. Las mujeres no son generalmente feas, más bien se las puede calificar de hermosas; pero carecen de atractivo; algo de varonil se advierte en el desarrollo de su cuerpo; algo de masculino en la expresión de sus ojos. La gracia y la

desenvoltura de la mujer meridional no se encuentra en la mujer americana; pero tampoco se advierte en ella la tímida sencillez de las del Norte de Europa. La mujer de los Estados-Unidos como que parece destinada por la naturaleza para sustituir al hombre en el trabajo y en las ocupaciones de la vida civil y doméstica. Se la ve efectivamente en los escritorios llevando la contabilidad, en las tiendas de comercio despachando las mercancías, en las oficinas públicas desempeñando diversas labores; se la ve subir á la tribuna en las reuniones populares: en las calles, en los paseos va en el pescante de una carretela manejando los caballos. La mujer norte-americana se basta á sí misma; no necesita del hombre para ganar dinero, para gobernar la casa, ni para cuidar de su propia honra: ya dijimos que se ocupa en todos los quehaceres con que el hombre acostumbra ganar la subsistencia: que se abstenga algún calavera atrevido de tomarse con ella alguna libertad, porque le estampará una bofetada en el rostro en medio de la calle.

No nos difundiremos más en apreciaciones generales respecto de la ciudad de Nueva York, sus cosas y sus habitantes. Diremos una palabra acerca de los lugares, de los establecimientos, de los edificios que nos fué posible visitar en los tres días que nos detuvimos esperando que arreglara nuestra partida el agente del Ferrocarril Central. Queremos principiar por la avenida llamada Broadway, la principal arteria del movimiento y del comercio en la gran ciudad americana. Broadway, tiene una extensión de más de cuatro kilómetros. No es recta ni enteramente regular en su forma; su mayor anchura es de 25 metros; sus embaldosados tienen considerable amplitud; sus edificios son de gran elevación la mayor parte; sus tiendas de comercio, sus almacenes son de mucha importancia, llamando la atención del viajero algunos como el de Stewart, que ocupa una manzana entera, y encierra en ocho pisos gran cantidad de mercancías de diversas clases, representando en su conjunto un valor de millones de pesos; el edificio de la *New York life Insurance Company*, que es también grandioso y su fachada principal está revestida de mármol,

y el de la librería de Appleton y Compañía, construido de fierro y cristal. Entre los grandes establecimientos industriales de Nueva York y acaso de la Unión americana, figura en primer término el conocido con el nombre de *American Bank Note Company* ó sea la Compañía de Billetes de banco. El edificio es de imponente aspecto por su extensión y capacidad, y su importancia como establecimiento de industria es reconocida en muchas naciones de América y de Europa.

Como edificios públicos notables hay la Casa de Correos, que puede reputarse como uno de los primeros de la ciudad, ya por la solidez de su construcción, ya por cierta magnificencia exterior que ostenta en sus fachadas.

La Casa de Ayuntamiento, *City Hall*, es también notable por su grandiosidad, y aunque su exterior no sea estrictamente artístico, no carece de elegancia en sus formas, ni de suntuosidad en su ornamentación.

El Palacio de Justicia figura entre los grandes edificios de la ciudad y se halla situado á espaldas del Palacio municipal. La riqueza de los materiales con que aparece construido, que nosotros dudamos si son mármoles ó imitación de ellos, no está en armonía con la arquitectura, que aunque de grandioso aspecto, no tiene mérito artístico.

Uno de los más soberbios edificios que llaman la atención en *Broadway* es sin duda la iglesia protestante de la Trinidad. Es como si dijéramos, la Catedral del protestantismo americano, y probablemente la más antigua en su origen, que se remonta al año de 1696. Ha sido reedificada dos veces y su actual construcción data del año 1846. Su arquitectura es gótica como en la mayor parte de las iglesias de Nueva York. Su principal adorno exterior es la torre que se eleva á cerca de cien varas sobre el nivel del piso. Está construida con piedra rojiza y la techumbre es de madera.

Entre las plazas que interrumpen la sucesión de calles que forman el *Broadway*, debe mencionarse la *Union Square*, plaza de la Unión, que se halla adornada con bonitos jardines y sombreada con hermosos árboles. Allí se levanta un monumento de granito artificial que remata una estatua ecuestre

de Washington, fundida no sabemos si en bronce ó en fierro, y no se recomienda por la ejecución artística. Esta plaza es un bonito y elegante paseo, uno de los más agradables que tiene Nueva York.

De la plaza de la Unión, atravesando la calle 16^a hacia el Este, hay otra bonita plaza que también sirve de paseo, y en ella está situada una iglesia protestante de moderna y elegante construcción que es nombrada de San Jorge. Llama la atención que los sectarios que condenan el culto de los santos, pongan á los templos los nombres de aquellos héroes insignes del Catolicismo. Es una gran inconsecuencia de los disidentes de nuestra comunión, y se presta á comentarios que no dejan bien puesta la buena fe de los protestantes. El aspecto de la iglesia es severo y elegante á la vez. Adornan su fachada principal dos esbeltas y elevadas agujas góticas que sirven de campanarios. La estructura general del edificio es sólida, y el estilo, aunque no en toda su pureza, se recomienda por la regularidad de sus líneas, y por la sobriedad de la ornamentación, en la cual sin embargo no se extraña el cincel de artistas ejercitados. En el interior llama la atención el artesonado de maderas preciosas en que brillan la buena talla y el dorado exquisito.

La 5^a Avenida es la primera entre las principales de Nueva York, después de *Broadway*, ora por su gran extensión y considerable amplitud, ora por lo muy transitada, ora por los edificios que en ella se ven situados, que mucho superan en belleza á los que adornan otras avenidas. Allí están los palacios en que reside la aristocracia del dinero, única que se conoce en los Estados-Unidos; allí muchos templos protestantes pertenecientes á diversas comuniones religiosas; allí por último la Catedral católica de San Patricio, el primer monumento arquitectónico de la ciudad, y acaso de la Nación americana, no de América como se ha pretendido por algunos viajeros y lo afirman unánimemente los escritores americanos. Entre esta y la cuarta avenida se halla la gran plaza Madison en donde hoy existe un monumento de oprobio, que no de gloria, para los Estados-Unidos; el que recuerda la inva-

sión injusta y bárbara que hicieron á nuestra República en los años de 1846 á 1847. Al pasar delante de aquel monumento que, de paso sea dicho, da muy mezquina idea del arte americano; al ver escritos los nombres de los jefes que hollaron con su planta nuestro territorio, que inmolaron á nuestros valientes sacrificados en el campo del honor; que sujetaron á nuestro pueblo á la ignominia de recibir afrentosos azotes; que llenaron de luto y de desolación nuestras ciudades; un sentimiento de profunda indignación, se avivó en nuestro espíritu, recordando los males que á nuestro país ha hecho esa raza enemiga nuestra; pensando en los que se halla dispuesta á causarnos; previendo lo que debemos temer de sus tendencias absorcionistas, de su insaciable codicia y del odio tradicional que nos profesa.

Y pensar que nos hallamos en la actualidad tan estrechamente ligados con esa raza; y ver que hemos abierto las fronteras de la República para dar paso á esos hombres tan funestos para nosotros; y considerar que diariamente van ganando terreno en nuestro país; que les entregamos á título de colonos el territorio patrio; que les encomendamos la educación de nuestros hijos; que fomentamos su propaganda religiosa para destruir uno de los vínculos de unión que mañana podrían hacernos fuertes contra esa raza, á pesar de su inmensa superioridad numérica sobre nosotros. . . . ¡Desdichada México en un tiempo no muy remoto! La influencia americana ejerciéndose sobre nuestros destinos; la población americana invadiendo nuestro territorio á título de colonización, para debilitarnos; el capital americano, explotando nuestras riquezas, para empobrecernos; la educación americana influyendo en nuestra sociedad para crear simpatías hacia una raza que nos detesta; el protestantismo americano haciendo prosélitos entre nosotros para desarmar muchos brazos mexicanos en contra de la invasión del Norte; la raza sajona, en fin, natural enemiga de la nuestra, adquiriendo una gran preponderancia sobre el elemento latino, el único salvador de nuestra autonomía, de nuestras tradiciones, de nuestras creencias. Profundamente conmovidos; tristemente impre-

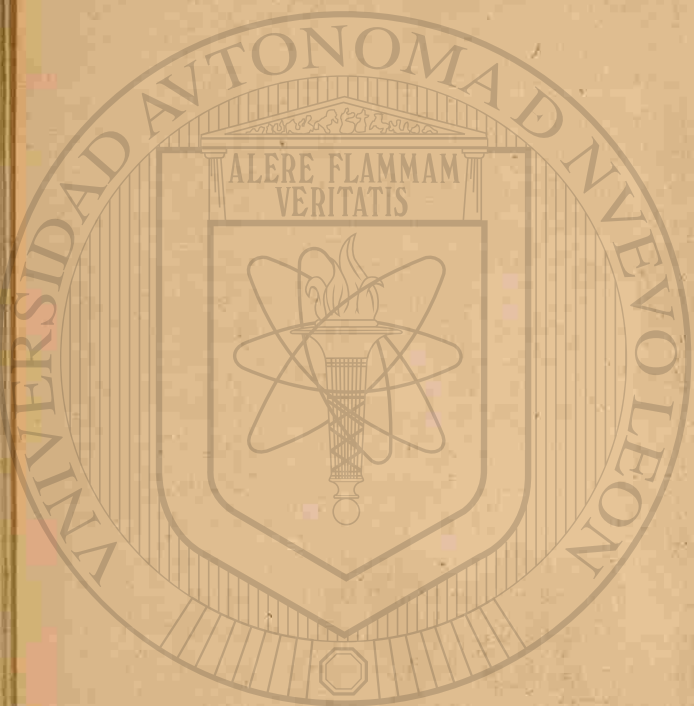


LIT. C. MONTAURIOL. MÉXICO.

LA CATEDRAL CATÓLICA DE SAN PATRICIO EN NUEVA YORK, E. U.

sionados con estos pensamientos, nos alejamos de la plaza Madison; proponiéndonos, como lo ejecutamos, no volver á transitar delante de ese monumento que tan tristes recuerdos evoca para el mexicano de corazón; que tan funestos presagios anuncia; que tan dolorosos sentimientos despierta.

Dirigímonos á la Catedral católica de San Patricio, situada cerca del Parque Central, entre las calles 51.^a y 52.^a Confesaremos que nos sorprendió su aspecto exterior, y no pudimos menos de permanecer largo rato contemplándola. Es un gran edificio gótico, revestido de mármol blanco, adornado con columnas, con pilastras, con nichos, con ventanas de estilo ojival, bien no desarrollado en toda su pureza. Las dos torres son esbeltas y elegantes, y terminada su construcción deben llegar á una altura de más de cien metros. El mármol de que está revestida la fachada no tiene la transparencia del de Italia, aun cuando no es inferior en blancura. La decoración es sencilla; pero se hace notar en ella buen dibujo y excelente ejecución. Las tres puertas de la fachada principal, que eran ojivales en el proyecto, recibieron otra forma que no es gótica ni pertenece á ningún estilo conocido, y presentan un feo borrón en el conjunto de la fachada. Penetrando en el interior, se observa bastante unidad en el pensamiento y en la ejecución. La iglesia es de tres naves, de capacidad proporcionada al estilo, el cual es estrictamente gótico en cuanto á las líneas y á las dimensiones; pero no en toda la ornamentación, que como en la parte exterior es muy sencilla. Las ventanas producen muy buen efecto por hallarse cubiertas con cristales de colores, representando pinturas transparentes de asuntos religiosos. Estas vidrieras no son obra americana; han sido ejecutadas en las más afamadas fábricas de Francia. Un defecto notable de construcción creímos descubrir en el interior de la Catedral; parecíanos que las bóvedas ojivales son de madera pintada imitando la piedra de que están construidas las paredes: no pudimos subir á las galerías que circundan el templo en la parte superior, para cerciorarnos de que nuestra vista no nos engañó; pero al observar por el exterior que un gran caballete de madera



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

revestido de zinc, forma la techumbre visible por afuera, creímos ver confirmada nuestra opinión sobre que las bóvedas no son de mampostería. No se concibe á la verdad qué objeto pudiera tener la construcción del caballete si las bóvedas fuesen de un material duro y consistente como la piedra. El tabernáculo no se halla colocado en el centro de la iglesia como en nuestras catedrales, sino en el fondo de la nave de en medio. Es de mármol y no carece de belleza arquitectónica, aunque se observa cierta mezquindad en su ornamentación.

Muy agradables impresiones recibimos en nuestra segunda visita á la catedral. Era Domingo, y fuimos con espíritu de devoción á oír la Misa. Tan vasto como es el templo, se llenó literalmente de fieles. Entraban silenciosos colocándose en los asientos que acertaban á tomar ó les eran indicados como á nosotros por los sacristanes, quienes recorrían incesantemente el espacio libre que dejan en el centro las dobles hileras de bancas y reclinatorios. Todos, hombres y señoras, leían en sus devocionarios, unas personas sentadas y el mayor número de rodillas. A las diez de la mañana principió la Misa. Perfecto recogimiento, edificante devoción y admirable compostura se observaba en todos y cada uno de los asistentes. Declaramos que en ningún país del mundo; que en ninguna iglesia de nuestro país hemos visto en la asistencia á los divinos oficios, el orden, la circunspección, el respeto religioso con que los católicos americanos permanecen en la casa de Dios. La Misa fué rezada: el sacerdote era asistido por dos acólitos vestidos con sotana y roquete. Pasado el Evangelio, un eclesiástico subió al púlpito y leyó en inglés el pasaje del mismo Evangelio que había recitado el celebrante en latín; después anunció los ejercicios religiosos que debían tener lugar en la iglesia durante la semana. A la hora de la Comunión, acercáronse á la Sagrada Mesa un gran número de los asistentes; señoras, señoritas, caballeros y niños recibieron el Pan Eucarístico, llegando al comulgatorio y retirándose después á sus asientos en muy buen orden y con una edificante compostura. Terminada la Misa, fueron saliendo los concurrentes muy despacio con los ojos bajos y en la actitud más

respetuosa. Al salir á la calle cada cual tomaba su camino, sin detenerse en el atrio como se acostumbra entre nosotros por un abuso lamentable, digno de amarga censura.

Impresiones semejantes recibimos asistiendo á la Misa en otra iglesia católica llamada de San Francisco Javier, que tienen á su cargo los Padres de la Compañía de Jesús. Los católicos norte-americanos pueden ser presentados como un modelo de moralidad, de observancia y de devoción en las prácticas del culto. Si ellos fueran la totalidad de los pobladores de la Nación, tendríamos menos que temer á su influencia en México; ella no sería perniciosa, ni tendría trascendencias tan funestas para nuestro futuro bienestar. Hemos oído platicar á más de un anciano compatriota, que cuando la República fué invadida por los Estados-Unidos, los irlandeses católicos que vinieron en la expedición tenían una conducta irreprochable y de ellos no sufrieron malos tratamientos los mexicanos. Desgraciadamente la inmensa mayoría de nuestros vecinos se compone de protestantes, y la propaganda religiosa que vienen haciendo en el país es protestante también.

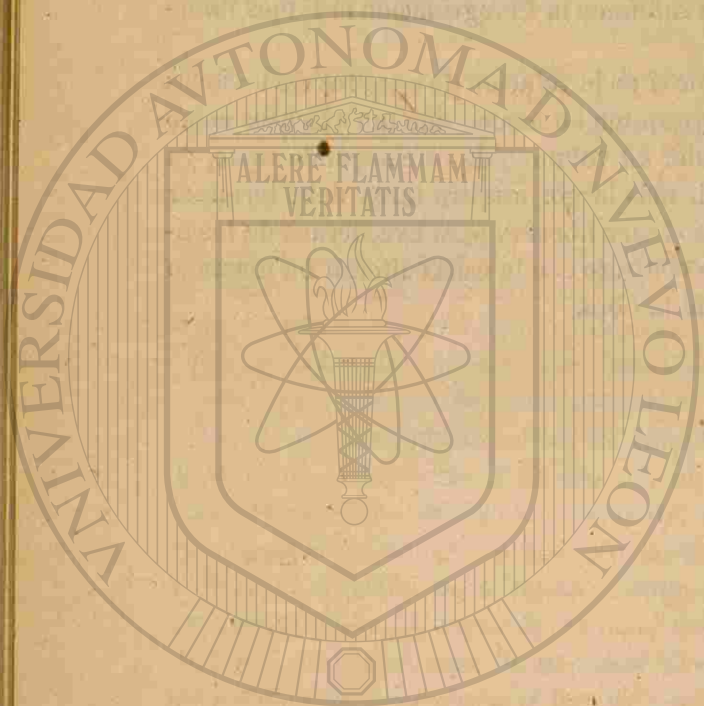
Debemos hacer una excursión por el Parque Central, que llena de orgullo á los habitantes de Nueva York, quienes pretenden que es uno de los primeros paseos del mundo. Parécenos exageración; pero á decir verdad, el parque es hermoso y muy extenso; tiene buen arbolado; el cultivo de sus plantas deja poco que desear: lo cruzan calzadas, avenidas y senderos; tiene lagos y arroyos artificiales; tiene praderas y colinas; grutas y túneles; tiene fuentes y monumentos de arte en gran abundancia y ostenta en la principal de sus glorietas un antiguo obelisco egipcio: tiene kioskos y pabellones: tiene edificios de alguna importancia, como la Galería de cuadros que comienzan á formar; tiene, por último, un buen departamento zoológico, en el cual han reunido ya muchas y variadas especies de animales, así cuadrúpedos como volátiles. Lamentable es, sin embargo, que todas las obras de arte y el mayor número de las construcciones hayan sido ejecutadas con esos materiales de imitación, que les dan el aspecto de

haber sido vaciadas en molde. Por ese sistema han sido hechos los puentes y los embaldosados, los balaustrados y las columnas, así como los pedestales de las estatuas; por ese sistema han sido formadas escalinatas, encortinados y plataformas. Ya se deja comprender que aun cuando la pasta que imita la piedra artificial, tenga muy bella apariencia, denuncia á primera vista y desde gran distancia, que todas aquellas obras son resultado de la industria y no del arte, lo cual les quita todo el mérito que podrían tener. Además, ese granito, ese pórfido y ese mármol artificial carecen de la solidez y consistencia que se requiere en la construcción de las obras y monumentos públicos; están sujetos á frecuentes deterioros, y muy pronto pierden la regularidad en las líneas y la pureza en los contornos. ¡Quiera Dios y la influencia americana en nuestro país no llegue á desterrar de México el gusto por el arte, introduciendo esos sistemas de construcción, cuyos inconvenientes dejamos apuntados!

Brooklin es como hemos dicho, el complemento de Nueva York, aun cuando está separado por el caudaloso río del Este. Brooklin ha crecido rápidamente, y su actual población llega á 700,000 habitantes. No tiene sin embargo la actividad, el movimiento, ni mucho menos la belleza relativa de Nueva York. La mayor parte de sus edificios son de madera y el mayor número de sus calles no están enteramente concluidas. En Brooklin se hallan instaladas las fábricas y establecimientos de industria, seguramente porque el terreno cuesta mucho menos que en Nueva York. Lo que se recomienda visitar á los viajeros que llegan á Brooklin es el cementerio, que se halla en un extremo de la ciudad sobre una colina de poca elevación. Es notable por su extensión, por la abundancia de vegetación que lo cubre y por el número, ya que no por la calidad, de los monumentos que lo adornan. Rápida como fué nuestra excursión por la ciudad, no pudimos recorrer el cementerio, ni tampoco detenernos en visitar los edificios públicos, que no son en gran número, ni los hay de grande importancia artística. Regresamos á Nueva York después de haber caminado por las calles de Brooklin en

tranvía más de ocho kilómetros. Esta excursión la hicimos la víspera de partir, el domingo: hacía una hermosa tarde y sentimos que la necesidad de volver temprano á Nueva York no nos hubiese permitido visitar los sitios de recreo que hay en los alrededores. Teníamos que ocuparnos en arreglar los preparativos de la salida de la Peregrinación el Lunes inmediato.

Perdone el lector si en la relación de nuestras excursiones por la ciudad neoyorquina no hemos sido tan extensos como hubiéramos deseado. El volumen de este segundo tomo, ya no permite escribir más largo: nuestra tarea debe terminar bien pronto, por no tener libertad para excedernos de los límites que nuestro contrato con la casa editorial ha marcado á la publicación de la obra.



CAPÍTULO VIGÉSIMOSÉTIMO.

Partida de Nueva York.—Búfalo.—El trasborde.—Detroit. El paso por el río.—Kansas City.—Las Vegas.—Llegada al Paso Texas.—Una escena de horror.—Llegada á la Patria.—El registro aduanal.—El desierto.—Reflexiones.—Chihuahua.—Jiménez.—Recepción en Villa Lerdo.—La inspección de la Aduana.—Symon.—Zacatecas.—Rincón de Romos.—Aguascalientes.—La Encarnación.—Lagos.—León.—Silao.—Irapuato.—Salamanca.—Celaya.—Querétaro. Impresiones.—San Juan del Río.—San Antonio.—Llegada á México.—La recepción.—La Misa en acción de gracias.

ALLANADOS los obstáculos que se habían presentado para nuestra salida de Nueva York, el lunes 2 de Julio á las diez de la mañana, estábamos reunidos en la Estación del camino de fierro y diez minutos después partía el tren de la Peregrinación. Dimos afectuosa despedida á los amables propietarios del Hotel América, al Sr. Don Antonio Ruiz, y al representante del Ferrocarril Central, que habían ido acompañándonos. No era especial el tren como el que nos había conducido en el viaje de ida. Llevábamos coches especiales, agregados á un tren ordinario. Iba con nosotros un americano, Mr. Tarbell, como agente de la Empresa, para servirnos de intérprete y atender á nuestras reclamaciones.

A la 1 y 15 minutos nos detuvimos en la estación de Kingston, en donde almorzamos. Continuamos nuestra marcha por el itinerario que ya conoce el lector, sin otras detenciones que las necesarias establecidas en los viajes ordinarios, y á las 11 P. M. llegamos á Búfalo. Allí se nos notificó que habían de

trasbordarse á otro tren los pasajeros, menos los que caminábamos en coche Pullman. No ofreció dificultades el trasborde, pero sí las molestias consiguientes á que tienen que sujetarse los que viajan por los Estados-Unidos en trenes ordinarios. En todo el trayecto de Nueva York al Paso, hay varias empresas de caminos de fierro, propietarias de determinados tramos; el servicio lo hacen solamente en las líneas de piedad, y al llegar al término de cada una de ellas, los pasajeros tienen que pasar á los coches de la otra Compañía.

A la 1 y 25 A. M. partimos de Búfalo. Como á las 9 de la mañana del Martes 3 llegamos á Detroit, hermosa y pintoresca ciudad, atravesada por un caudaloso río de cristalinas aguas. Llegando á la orilla del río el tren fué dividido en tres fracciones, cada una de las cuales fué colocada paralelamente sobre los rieles de una gran balsa semejante á los *ferry* de Nueva York. Cuando todo el tren estuvo á bordo de aquella singular embarcación, una poderosa máquina de vapor comenzó á funcionar y lentamente fuimos atravesando el río hasta llegar á la orilla opuesta. Pasó el tren de la balsa á los rieles del camino, y proseguimos nuestra marcha sin interrupción hasta Toledo, á donde llegamos á la 1 y 50 P. M. Allí cambiamos trenes nuevamente, trasbordándonos á uno especial que llevaba enganchado un elegante carro comedor, en donde se nos fué sirviendo sobre la marcha un abundante almuerzo á los que lo pedimos, mediante el precio de 75 centavos.

El Miércoles 4 á las 4 y media A. M. llegamos á Hanibal, en donde fuimos obligados á sufrir otro trasborde. A las diez de la mañana nos detuvimos en Cameron Junction, en cuyo punto se nos sirvió de almorzar en la fonda de la Estación. A las doce del día llegamos á Kansas City. Allí nos recibió nuestro estimable Cónsul el Sr. Rhaden, quien nos acogió con su amabilidad acostumbrada, interviniendo personalmente en el trasborde que allí debíamos tener. De corta duración fué nuestra permanencia en dicha ciudad; á la una P. M. se puso el tren en movimiento..... Las tres de la tarde serían cuando llegamos á Topeka.

El 5 de Julio á las 9 A. M. nos detuvimos en Coolitdgo para almorzar, y prosiguiendo nuestro camino con rapidez y sin otra interrupción que la necesaria para comer, á las once de la noche arribamos á las Vegas. Dos sacerdotes del Colegio, no obstante lo avanzado de la hora, nos esperaban en la Estación para darnos la bienvenida. Recibieron sus delicadas atenciones los peregrinos que no se hallaban durmiendo, que eran el mayor número, y el tren partió á pocos minutos.

A las 6 y media A. M. del día 6 se paró el tren delante de la Estación de Alburquerque. A las diez de la mañana almorzábamos en la de San Marcial, y á las 5 de la tarde estábamos en el Paso Texas, ó el Paso Americano como le llaman ahora. Allí sufrimos alguna detención mientras llegaba el agente de la Compañía del Ferrocarril Central en Paso del Norte, á quien mandamos llamar para el arreglo de algunas cosas indispensables. Entretanto tuvimos el disgusto de presenciár una horrorosa escena. Un americano hacía cierta reclamación á un cochero negro en tono de exaltación; no pudimos oír si el cochero no satisfizo á dicha reclamación, ó se permitió rechazarla con energía: el caso fué que el americano se lanzó dando terribles puñadas al negro, hasta derribarlo al suelo, y cuando le vió caído principió á patearle la cabeza con un exceso de crueldad que nos llenó de horror. La gente se aglomeró, viendo con indiferencia el suceso, que nosotros desde las ventanillas presenciábamos indignados y á la vez llenos de rabia por ser impotentes para salvar al infeliz negro. Cuando la sangre del desgraciado corría por el pavimento, y el infeliz se hallaba casi exámine, el bárbaro yankee se retiró tranquilamente como si hubiera ejecutado una buena acción. La gente permanecía impassible viendo agitarse en horribles convulsiones al negro, sin que nadie se acercase á prestarle auxilio. En esos momentos el tren de la Peregrinación se ponía en movimiento. Una impresión de horror era la última que recibíamos en territorio americano. Pensamos en la suerte que aguarda á nuestros pobres indígenas cuando esa raza sajona enemiga nuestra, tenga su asiento en la Re-

pública por medio de la conquista pacífica que ya está realizándose. Sabe Dios lo que hayan sufrido ya esos infelices y lo que estén sufriendo en los lugares en donde con el título de colonos se han introducido á nuestro país los americanos.

A los pocos minutos nos hallábamos en la Patria. Saludámosla entusiasmados, prorrumpiendo en estrepitosos vivas y en todos los coches fué entonado el sublime cántico *Te Deum laudamus*. En seguida escucháronse las melodías del Himno Nacional.

Los mexicanos de "El Paso" salieron á recibirnos. Sinceras felicitaciones fueron el saludo de nuestros compatriotas al descender nosotros de los coches en la Estación.

Pasamos en seguida á presenciar el registro de los equipajes en la Aduana. A decir verdad, el registro, aunque minucioso, no nos causó las molestias de que ordinariamente se quejan los que vienen del extranjero. Los empleados fiscales desempeñaron su ministerio con eficacia, pero con prudencia y sobre todo con mucha urbanidad y cortesía. Por nuestra parte no sufrimos la menor molestia, ni tuvimos noticia de que ninguno de nuestros compañeros fuese molestado.

Terminado el registro, pasamos á la fonda de la Estación, en donde se nos sirvió una regular comida. La servidumbre se compone de chinos; la cocina es una mezcla de americana, francesa y mexicana.

A las 7 de la noche nos hallábamos instalados en el tren, el cual partió en seguida. En los momentos de partir se cantó el Himno Nacional. Había llegado á su colmo el entusiasmo de los peregrinos al encontrarse de vuelta en la Patria, sanos y salvos. Prolongados vivas, estrepitosos aplausos resonaban en el interior de los coches. El señor Obispo se arrodilló y todos seguimos su ejemplo: con fervor edificante recitó en alta voz el *Te Deum*, que acompañamos los que íbamos en el coche de su señoría.

Amaneció el 7 de Julio. Recorríamos todavía los inmensos desiertos que como inexpugnable valladar había puesto la naturaleza en nuestro territorio, para mantenernos á cubierto de nuevas invasiones de nuestros naturales enemigos: atravesado

habíamos en pocas horas los extensos arenales, inaccesibles en otro tiempo, en donde las mismas tribus salvajes nos protegían contra la rapacidad de nuestros vecinos los americanos del Sur. Nuestra insensatez y el imprudente deseo de ver prematuramente establecidos ferro-carriles en la República, nos indujeron á romper esa barrera, abriendo una fácil brecha por donde comienza á inundar á México un torrente de inmigración americana, la única que no nos conviene, la única que nos daña, la única que amenaza nuestra autonomía política; la única que nos llevará muy pronto á la servidumbre sin poderlo evitar, supuesto que nosotros mismos la hemos procurado. ¡Lamentable aberración de nuestros gobiernos! Cuando debíamos buscar en la inmigración europea el remedio de nuestros males y nuestra defensa contra el destino manifiesto que nos han predicho los americanos; coadyuvamos á los designios de éstos, entregándoles el territorio que tan bien dispuestos se hallaban á colonizar los europeos, con notable ventaja para nuestros intereses y sin peligro alguno para nuestra nacionalidad.

Con tan tristes ideas íbamos preocupados al ir recorriendo el trayecto de ferrocarril que se extiende desde la orilla del Bravo hasta las cercanías de Chihuahua. Las siete de la mañana serían cuando descubrimos el caserío de esta importante ciudad. Detúvose el tren, y sufrimos la pena de ver separarse de nosotros á las estimables Sritas. D^a Bárbara Terrazas y D^a María del Rayo Colmenero, quienes habían llegado al lugar de su residencia. Despedímonos conmovidos de aquellas virtuosas y amables señoritas, con quienes ya estábamos ligados por el vínculo de una sincera y santa amistad. Veíamos con dolor comenzar á disolverse aquella reunión de hermanos que durante tres meses había formado una sola familia, inspirados todos por el mismo sentimiento, movidos por una sola voluntad; gozando con las mismas alegrías, sufriendo con los mismos padecimientos. El vecindario de Chihuahua no estaba apercebido de nuestra llegada, y no tuvimos ocasión de dar nuestra despedida á los buenos com-

patriotas que en el viaje de ida nos hicieron tan espléndido recibimiento.

Partimos de Chihuahua como á las ocho de la mañana. Pasamos una hora después por la estación de Ortiz; á la una de la tarde nos detuvimos á almorzar en Jiménez. En un furgón deteriorado se ha establecido la fonda por unos americanos; sirviéronnos mal y de mala manera. Pasada media hora, el tren prosiguió su marcha.

Las seis y media de la tarde serían cuando llegamos á la Estación de Villa Lerdo, en donde debíamos comer. Considerable número de sus habitantes y de los de Mapimí, con el párroco á la cabeza, el estimable sacerdote D. Mateo Gutiérrez, nos esperaban en el paradero. Arrojabán flores á nuestro paso las señoras y nos saludaban con cariño; una música situada en lugar conveniente, hacía oír las melodías del Himno Nacional; los cohetes poblaban el espacio. La muchedumbre nos acompañó á la fonda, en donde por la estrechez del local no pudieron penetrar sino el señor Cura y las personas principales. Mientras comíamos, el párroco leyó un inspirado discurso de felicitación, que casi duró tanto como la comida. Por falta de tiempo no se dió lectura á una poesía, cuyos ejemplares impresos nos fueron repartidos. Una comisión de señoras distribuyó entre los peregrinos gustosos comestibles y preciosos ramilletes, que aceptamos con agradecimiento. El Señor Obispo en una breve alocución, expuso á nuestros compatriotas los sentimientos de que estábamos poseídos, y cuán obligada quedaba nuestra gratitud por las manifestaciones de que éramos objeto. Los vivas y las aclamaciones más entusiastas respondieron á la alocución del prelado.

Un incidente que nada tenía de extraordinario, que á nosotros nos pareció muy en el orden, pero que á la mayor parte de los peregrinos desconcertó y hasta llenó de indignación, interrumpió un corto rato la alegría general. Una comisión fiscal subió á los wagones del tren y pidió las llaves de algunas petacas que fueron designadas, para practicar un registro aduanal. Como han sido tantos y tan frecuentes los

fraudes que ciertos especuladores de mala ley han hecho contra la hacienda pública en la zona comprendida entre la frontera y las primeras poblaciones de importancia de los Estados limítrofes, la administración de la Aduana ha establecido una inspección que se ejerce á veces muy escrupulosa en los trenes que traen procedencia extranjera. Fácil es, en efecto, ejecutar el contrabando del lado americano para el mexicano, introduciendo clandestinamente á la población de Paso del Norte ciertos artículos que después son embarcados en algunas de las estaciones inmediatas del Ferrocarril Central, evitando así el registro en la Aduana. La administración fiscal está en su perfecto derecho para practicar en los trenes la inspección que tiene establecida, y nadie debiera disgustarse por ello, y menos tratándose de impedir que ejerzan el contrabando nuestros vecinos los yankees.

En estas consideraciones no entraron del momento los peregrinos, y muchos pusieron el grito en el cielo, é invocando aun las garantías constitucionales pretendían algunos oponerse al registro, y llevando hasta la insensatez sus pretensiones, no faltaban, y personas respetables, quienes exigiesen á la Comisión organizadora que evitase el registro, y hubo aún quien echase la culpa á la misma Comisión de lo que se calificaba de un atropello de los inspectores de la Aduana. El secretario de la Comisión, á quien se dirigían principalmente tan infundados y hasta ridículos cargos, no dió muestras de inquietarse por ello, y se reía de buena gana cuando oía expresarse á una de las personas más prominentes en estos términos:

—Ninguna de estas molestias sufriríamos si el Lic. Valdés Caraveo hubiese venido representando á la Comisión organizadora.

Toda la molestia quedó reducida á inspeccionar los agentes de la Aduana muy ligeramente algunas petacas de las que traíamos en los coches. Nadie había dicho una sola palabra, cuando después de atravesar el río en el viaje de ida, los empleados de la Aduana americana practicaron una

inspección semejante en los wagones del tren de la Peregrinación.

Pasado el registro, que no duró cinco minutos en cada coche, se restableció la alegría; algunos de los vecinos de Lerdo subieron á despedirse de nosotros, y reproduciendo sus manifestaciones de entusiasmo y de cariño nos estrechaban entre sus brazos. El tren partió en medio de las aclamaciones y de los calurosos aplausos de la muchedumbre.

A la media noche se detenía el tren de los romeros en la Estación de Symon. Ya habíamos dado nuestro cariñoso abrazo de despedida al estimable Sr. Cura Valenzuela, que allí debía bajar. Los feligreses del respetable párroco habían caminado cerca de tres leguas para ir á recibirle: con su música á la cabeza se hallaban hacía algunas horas esperándole. Luego que descendió le recibieron en sus brazos: vivas y aclamaciones resonaban entre los circunstantes; la música tocaba, los cohetes surecaban el espacio. El Señor Cura fué conducido á la Estación en brazos de sus entusiastas feligreses. Allí le dimos nuestra última despedida y corrimos apresurados á tomar el tren, que se puso luego en movimiento.

Al día siguiente, 8 de Julio, á las ocho de la mañana llegamos á Zacatecas. Llena de gente hallábase la Estación; instantáneamente ocuparon los coches infinidad de personas principales de ambos sexos, que subieron á saludar á los peregrinos. El señor Vicario capitular de la Diócesis, acompañado de varios eclesiásticos y seglares, entró en el Pullman en que iba el señor Obispo; una Comisión de religiosos de la orden franciscana presentó sus felicitaciones al M. R. Padre Camacho, su Comisario general. Infinidad de señoras y señoritas se repartieron en los diversos coches, y distribuyeron ramos de flores entre los romeros. El entusiasmo y la animación fueron indescriptibles. Anuncióse la partida del tren, y la mayor parte de los que habían subido á los wagones no quisieron bajarse, y tuvieron la bondad de ir en nuestra compañía hasta la Estación inmediata de Guadalupe. Cuando el tren comenzó á rodar, las personas que habían

quedado en los andenes nos vitoreaban; las señoras agitaban sus pañuelos; los señores se descubrían.

Unos cuantos minutos y nos deteníamos en Guadalupe. También se hallaba la Estación llena de gente. El Sr. Canónigo Delgado, nuestro respetable amigo, iba á quedarse allí; nos despedimos de él; se despidieron de nosotros los zacatecanos, y entre los vítores y los hurras de la muchedumbre el tren se alejó.

En Rincón de Romos, nos aguardaba la más entusiasta recepción. El respetabilísimo anciano, el señor cura Conchos, iba á bajarse en aquel paradero, y la población en masa había salido á recibir á la Peregrinación y á su querido párroco. Millares de personas á pie, á caballo, en coches, habían llegado y se hallaban esperando; músicas, danzas vistosísimas, multitud de gente con banderas en la mano; las autoridades de la población; las familias, todos vestidos de fiesta y rebosando la alegría en sus semblantes, recibieron en sus brazos al simpático anciano luego que descendió del tren. ¡Cuánto nos conmovió aquella ovación, justo testimonio de la gratitud y del amor de todo un pueblo á un hombre que en el ejercicio de su ministerio ha derramado el bien á manos llenas! ¡Qué popularidad más legítima y mejor adquirida! Si no hubiéramos conocido de antemano los honrosos antecedentes de este virtuoso sacerdote; si no le hubiésemos tratado lo bastante por espacio de tres meses, para juzgar acerca de sus relevantes méritos, nos habría bastado aquella entusiasta recepción que se le hizo por sus feligreses para reputarlo como una persona de grande importancia, como lo es en realidad. Antes de bajar del coche el muy respetable sacerdote, le habíamos estrechado en nuestros brazos verdaderamente conmovido nuestro espíritu.

Cuatro horas después en Aguascalientes nos esperaba otra no menos agradable impresión. A las doce y minutos se detuvo el tren. Lo más granado de la sociedad hallábase reunido en la Estación; el clero, las familias principales, los individuos del pueblo llevando cañaverales y banderas tricolor, ocupaban un espacio inmenso cuando descendimos de

Los coches para ir á tomar el almuerzo en la fonda. Calurosas felicitaciones, entusiastas saludos nos recibían por doquiera; con trabajo podíamos penetrar entre la muchedumbre para llegar á la fonda. Grande fué la animación y el contento del vecindario de Aguascalientes durante nuestra corta permanencia en la Estación. Pasada una hora nos veíamos precisados á despedirnos de aquellos fervorosos católicos nuestros hermanos, que tanto nos habían favorecido. Allí dejamos á dos estimables damas compañeras nuestras en la Romería, Doña Luciana Romo y Doña Bernardina Torres.

Semejante ovación recibimos en la Encarnación. Los vecinos de la Villa se hallaban también aguardándonos en numeroso concurso. El señor Obispo fué objeto de muy cariñosas manifestaciones. Partimos de allí á la 1.30 P. M.

Tristes impresiones iban á contrastar con las de alegría que habíamos recibido durante el viaje desde que pisamos el territorio mexicano. Al acercarnos á Lagos, eran las cuatro de la tarde, principiábamos á ver los efectos de la terrible catástrofe que había cubierto de ruina y desolación una parte de la comarca que se llama el Bajío. Dos máquinas locomotoras hechas pedazos vimos á orillas de la vía. Avanzando más, comenzamos á ver puentes destruidos, alcantarillas rotas: el tren caminaba con lentitud. Pasando de Lagos, los efectos de la inundación eran más perceptibles; la vía férrea en un estado lamentable; de uno y otro lado del camino, árboles derribados, casas destruidas, grandes charcos de agua en diversos puntos, hondas barrancas de formación reciente conducían el agua, que seguía su curso en varias direcciones, buscando su nivel. Nos acercábamos entre tanto á León, al sitio principal de la catástrofe. Nuestros corazones latían violentamente.

A las seis de la tarde se paraba el tren delante de la Estación. El Illmo. Sr. Barón, Obispo de la Diócesis, acompañado de un grupo numeroso de su Clero; muchas familias y personas principales, una gran masa del pueblo, estaban reunidos esperándonos. Nuestro Presidente de la Peregrinación y muchos de los peregrinos bajaron de los coches á recibir las

felicitaciones de los leoneses y á la vez á darles nuestro sentido pésame. Fué ofrecida al señor Obispo una cantidad de dinero que se reunió entre los peregrinos, para socorrer á los inundados, y se le presentó una lista de mayor suma de donativos que muchos ofrecían remitir cuando llegasen al lugar de su residencia. Esta recepción fué triste y conmovedora. Nosotros no tuvimos ánimo para presenciara de cerca. Permanecemos dentro del coche, contristados y pensativos.....

A las ocho de la noche llegamos á Silao, víctima en parte de la espantosa inundación. El conductor del tren nos avisó que pernoctaríamos allí, porque el mal estado del camino hacía peligroso continuar la marcha por la noche.

A las ocho de la mañana del día siguiente, 9 de Julio, salimos de Silao. Una hora después llegábamos á Irapuato, en donde nos despedíamos de una excelente compañera, la Sra. D^a Romana Rivera, quien había ganádose la estimación de todos, por su bello trato y por las brillantes prendas morales de que la veíamos adornada.

En Salamanca, á donde llegamos á las diez A. M., dejamos á dos apreciables peregrinos del Valle de Santiago, el Padre D. Narciso Macías y D. Jesús Alvarez.

Una hora después Celaya nos recibía con música y con aclamaciones de sincero entusiasmo. Allí se separaban de nuestra compañía el Padre D. Luciano Govea, de Tlalpujagua, D. Ignacio Gallardo y su simpático hijo el P. D. Refugio. A los diez minutos partió el tren.

Nos acercábamos rápidamente á Querétaro, la ciudad histórica por excelencia, el lugar del sacrificio de tres hombres eminentes que ofrecieron su vida en holocausto por la felicidad de México. El teatro de memorables hechos heroicos de valor y de abnegación que no los registra más gloriosos ni más nobles la historia de la humanidad. Allí se hundió el tercer imperio mexicano, víctima de la traición, víctima de la influencia americana. El imperio azteca había caído con la barbarie por la fuerza de las circunstancias: era una necesidad de la civilización. El imperio de Iturbide cayó á impul-

so de una revolución que distaba mucho de ser popular: era una exigencia de la masonería. El imperio de Maximiliano fué derrocado por el mismo poder que lo había apoyado, movido por el temor á los americanos: fué obra exclusiva de nuestros naturales enemigos. La destrucción del primer imperio abrió una era de bienestar para México, que duró tanto tiempo como perseveraron en sus buenas intenciones los que fundaron en este suelo bajo sólidas bases la civilización cristiana. La caída del segundo abrió las puertas á la revolución, que durante medio siglo ensangrentó el país, costándole además la pérdida de la mitad del territorio. La caída del tercer imperio nos puso en condiciones de realizarse la conquista pacífica, sueño dorado de nuestros vecinos. Tiempo llegará en que se haga justicia á la sabia política que trató de plantear en México un orden de cosas que habría alejado para siempre el peligro de ser absorbida nuestra Nación por los americanos.

Mientras hacíamos estas tristes reflexiones, Querétaro se presentó á nuestra vista. Fúnebre nos pareció el aspecto de aquella ciudad, último baluarte del último imperio. El Cimatario, la Alameda, teatro de escenas de sangre en que el valor de los defensores de la plaza brilló como el sol que nos alumbraba; el convento de la Cruz, en donde se consumó la traición más negra que hayan visto los siglos; el Cerro de las Campanas, en donde se llevó á cabo el cruento sacrificio.....

El tren se detuvo en la Estación. El apreciable Padre Frías, de quien nos despedimos con dolor, descendió del coche y fué recibido por un grupo numeroso de eclesiásticos y seglares. Partimos inmediatamente.

A las dos de la tarde llegábamos á San Juan del Río. Allí nos recibió nuestro buen amigo el Lic. Valdés Caraveo, uno de los infatigables promovedores de la Peregrinación, á quien Dios no había concedido que tomara parte en ella. Motivo de grande alegría era para nosotros la llegada del estimable letrado. Todos los peregrinos le recibieron gozosos. Él se manifestaba contento y satisfecho de ver llevada á su tér-

mino una obra tan importante por la cual había trabajado con tan ardiente celo. En su compañía nos dirigimos á la fonda en donde se nos debía servir de comer. Media hora después nos poníamos en marcha.

Al anoecer se detuvo el tren delante de una estación; era la de San Antonio: los acordes de una música hirieron dulcemente nuestros oídos. Muchas personas subieron á los coches. Eran los vecinos de Jilotepec, feligreses del respetable señor cura Soto, que iban á recibirle. Despedímonos del virtuoso sacerdote y de otras ocho personas que con él tomaron parte en la Romería. Calurosos vivas á la Peregrinación oyéronse al bajar de los coches los peregrinos de Jilotepec. Pocos momentos después íbamos caminando nuevamente.

Como á las ocho de la noche nos detuvimos en Tula una media hora para tomar alimento. Tres horas más tarde veíamos el alumbrado de la Capital. Estábamos llegando al término de nuestra Peregrinación. Sentimos una alegría indescriptible. Regresábamos al punto de nuestra partida, sin haber experimentado el menor accidente. La Peregrinación mexicana volvía á la capital de la República, después de haber recorrido millares de leguas en el extranjero y habiendo realizado la excursión más importante que haya organizado en América y la primera de su género que ha salido del nuevo Continente para el antiguo.

Poco después de las once de la noche el tren de la Peregrinación rodaba entre los andenes de la Estación de Buenavista. La emoción que sentimos; la alegría que experimentamos no nos permitía tomar nota de lo que pasaba en nuestro derredor. Oímos la música; la detonación de los cohetes atronó nuestros oídos, los vivas y las aclamaciones nos ensordecieron; la aglomeración de gente nos oprimía de tal modo, que no sabíamos ni quién nos estrechaba la mano, ni quién nos abría los brazos para recibirnos en ellos: maquinalmente fuimos caminando entre aquella inmensa muchedumbre sin acertar á salir hasta después de un largo rato. Por fortuna estaban allí nuestros excelentes amigos los directores de los periódicos católicos. Ellos harían la crónica de

la recepción, como la hicieron todos al día siguiente. Dejaremos la pluma al más entusiasta de los diarios que circulan en la capital. Es "El Tiempo" el que nos da cuenta de todo lo relativo al recibimiento de la Peregrinación en los términos siguientes:

"EL REGRESO DE LOS PEREGRINOS.—ANTÉS DE LA LLEGADA.—Con motivo del telegrama que publicamos el domingo á última hora, en el que nuestro comisionado especial nos comunicó que los Peregrinos mexicanos estaban ya en Paso del Norte, multitud de personas ocurrieron á la redacción del *Tiempo* solicitando informes del día y hora en que los viajeros llegarían á México.

"En virtud de nuestros informes, que no pudieron ser perfectamente exactos por la irregularidad con que caminan los trenes del Ferrocarril Central á causa del mal estado que guarda la vía por los deslaves ocasionados por las lluvias; la gente ocurrió á la estación á las seis y media de la tarde del lunes, en tanto que más de veinte wagones de los ferrocarriles del Distrito se situaban en la Plazuela de Buenavista.

"Ya en la Estación, los empleados de ella informaron que el tren de peregrinos llegaría á México á las diez y media de la noche, en virtud de que venía retrasado el ordinario.

"No obstante esa noticia, la mayor parte de la gente, que se contaba ya por millares, resolvió esperar en la Estación á los deseados viajeros. Muchas familias, comprendiendo que la espera sería dilatada, regresaron á sus casas, dispuestas á volver á la Estación á las diez de la noche.

"LA ESTACIÓN DEL CENTRAL.—El hermoso patio, los espaciosos corredores y los dilatados andenes y talleres de la estación presentaban un magnífico golpe de vista. Los focos de luz eléctrica vertían sus pálidos rayos iluminando á la multitud que se apiñaba junto á las rejas que dividen las oficinas de los depósitos.

"Allí estaba lo más granado y florido de la sociedad mexicana. Distinguidos caballeros, apreciabilísimas damas y hermosas señoritas se disputaban el honor de ser los primeros en saludar á los que volvían á su patria, después de haber besado el pie del Santo Padre, y por eso querían colocarse en el lugar más á propósito para conseguir su objeto.

"El patio estaba literalmente cubierto de coches, entre los que se advertían muchos pertenecientes á las familias más aristocráticas de México.

"Una música de viento se puso á tocar piezas; con lo que la Estación

se convirtió en un lugar de recreo. Las jóvenes comenzaron á pasearse del uno al otro de los extremos del andén y en los largos corredores de las oficinas.

"Verdaderamente agradables fueron las horas de espera. La noche serena, las notas de la música, los focos de la luz eléctrica, los millares de jóvenes hermosas y las animadas conversaciones de los paseantes, daban á la Estación del Ferrocarril Central un aspecto alegre é inusitado.

"Muchas señoritas, prescindiendo de las fórmulas de la etiqueta, buscaban asiento en las carretillas que sirven para la conducción de los equipajes, en los montones de piedras aglomeradas en los patios, en la orilla de las banquetas y en el borde del andén. No faltaron algunas que con toda comodidad se instalaron en los wagones vacíos que estaban en el depósito.

"La velada, á pesar de haberse prolongado hasta después de las once de la noche, no fué molesta, en virtud de que el tiempo estuvo benigno y las familias recreándose con los acordes de la música. Creemos que la concurrencia pasaba de cuatro mil personas.

"LA LLEGADA DEL TREN.—A las once y cuarto de la noche un pitazo nos anunció que los peregrinos llegaban. En el acto, la multitud que se encontraba fuera de la reja que limita la entrada á los andenes, se arrojó en masa sobre aquella, siendo imposible á los gendarmes contenerla, por lo cual el paradero se vió en el acto inundado por millares de personas.

"Un grito unánime y compacto resonó en el momento mismo en que el tren se arrastraba paulatinamente en los rieles tendidos en el patio de la Estación. ¡Viva la Peregrinación mexicana! exclamaron los labios de todos los presentes, en tanto que los caballeros aplaudían, las damas agitaban sus pañuelos, y unos y otras derramaban lágrimas de regocijo.

"La música tocó las entusiastas notas del Himno Nacional, los cohetes atronaron el espacio y los vivas á México, á León XIII, á Roma, al Sr. Portillo, á la Peregrinación y á la Religión Católica, brotaban de todas las bocas.

"Comenzaron las escenas conmovedoras. Aquí es un anciano padre de familia, cuyos hijos de rodillas reciben la bendición del que con lágrimas en los ojos vuelve al seno de los suyos; allá es una santa señora que arrostrando todo género de dificultades, regresa de Roma, conforme ya con morir, puesto que han visto sus ojos al Vicario de Jesucristo. De un wagón baja un venerable sacerdote, y sus hijas de confesión postrándose en su presencia imploran que las bendiga en nombre del Sumo Pontífice.

De otro wagón descende el amantísimo prelado Sr. Portillo, y toda la concurrencia se inclina delante del Príncipe de la Iglesia que ha conducido á feliz término la Peregrinación. No hay ojos que no lloren ni corazones que no palpiten con entusiasmo, ni manos que no aplaudan, ni brazos que no estrechen á un peregrino, ni labios que no griten: ¡Viva México! ¡Viva el Papa! ¡Vivan los Peregrinos! ¡Viva la Religión Católica! ¡Viva el Papa Rey! ¡Viva México!

«En medio de una alegría universal, de un regocijo sin límites y de una ternura profunda, pudimos observar una escena altamente conmovedora. Un joven sacerdote descendió de un coche; al pie de éste lo esperaba su anciana madre. Aquella madre y aquel hijo se abrazaron, con un abrazo de infinita ternura; no podían hablar, nada se dijeron, los sollozos eran el único lenguaje en que se comprendían las dos almas, mientras un torrente de lágrimas inundaba el rostro de aquellos seres felices. Hay cuadros que la pluma no sabe describir, pero que los corazones cristianos sabemos entender.

«El Ilustrísimo Señor Portillo fué conducido en brazos hasta el carruaje que lo llevó á su alojamiento. La recepción fué preparada por el Círculo Patriótico Religioso de Obreros y dirigida por el entusiasta señor Perea, su presidente, quien previa licencia de la autoridad política, llevó la música á la Estación del Ferrocarril Central.»

«LOS PEREGRINOS QUE VUELVEN.—No vinieron todos los peregrinos en el tren que llegó el lunes en la noche, pues algunos de ellos se quedaron en Europa, y otros no queriendo regresar en el vapor «Bolivia» tomaron pasaje en distintos vapores. Hé aquí la lista de los que han hecho juntos el regreso desde Nápoles hasta Paso del Norte.»

Esa lista ya la dimos á conocer á nuestros lectores.

«MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS.—La redacción del *Tiempo* secundada eficazmente por el apreciable señor D. Domingo Dávalos, ha dispuesto para el día de hoy una solemne función religiosa en acción de gracias á la Divina Providencia y á la Santísima Virgen de Guadalupe, por el feliz éxito alcanzado por la primera Peregrinación Nacional á Roma.

«La festividad tendrá lugar á las nueve de la mañana, en la Iglesia de Santo Domingo, comenzando con Tercia á la que seguirá el augusto sacrificio de la Misa, concluyendo con un solemne *Te Deum*.

«En dicha festividad predicará el sabio y elocuente Doctor D. Ramón Ibarra, Gobernador en Sede vacante de la Sagrada Mitra de Puebla y



LIT. DE H. IRIARTE.

IGLESIA DE STO. DOMINGO DE MEXICO.

Presidente de la Comisión Organizadora de la Santa Romería, quien se dignará hacer una reseña del viaje que acaba de efectuarse á la capital del Orbe Católico.

"Asistirán á la solemnidad el Ilustrísimo Señor Arzobispo de México y el dignísimo Prelado de la diócesis de Chilapa.

"Encarecemos á nuestros lectores se dignen asistir á la indicada fiesta religiosa, que es el último acto que debe ejecutar la Peregrinación Mexicana antes de disolverse."

"La Voz de México" describió el acto religioso que tuvo lugar en el templo de Santo Domingo, en el número correspondiente al 12 de Julio. Le daremos la preferencia á la descripción que nosotros habíamos escrito; recomendando al lector rectifique alguna inexactitud en que incurrió el cronista poniendo en boca del Sr. Ibarra la relación del suceso de los Sres. Garrido y Viveros de una manera distinta de como pasaron las cosas. Ya sabe el lector que no fué el *intérprete de los peregrinos* el que les puso asechanzas, sino *un intérprete que habían ajustado dos peregrinos*. Dice así el expresado periódico:

"LA SOLEMNE FUNCIÓN EN ACCION DE GRACIAS.—Esa solemnidad por el feliz éxito de la Peregrinación Mexicana á Roma, por motivos que no es del caso referir, se verificó ayer, y no hoy como habíamos anunciado. Estaba espléndido el templo de Santo Domingo, decorado con sus conocidos cortinajes de terciopelo rojo, y radiante de antorchas encendidas en blandones, arañas y candelabros. Fué expuesto el Santísimo, y á los lados izquierdo y derecho del altar mayor, bajo ricos doseles también de terciopelo, se colocaron las sagradas imágenes de la Inmaculada del Tepeyac y del Patriarca Señor San José.

"Asistieron los Ilmos. Sres. Arzobispo de México, Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, y Obispo de Chilapa, Fray Buenaventura Portillo, la Comisión organizadora de la Peregrinación, todos los peregrinos llegados la noche del lunes, la Comunidad de Dominicos, algunas Asociaciones con sus estandartes, y un inmenso número de personas de esta ciudad, que sin previa invitación particular quisieron unirse á los viajeros en aquel solemne acto de acción de gracias, así como en espíritu se les unieron en la expedición proyectada y llevada á cabo á la Ciudad Eterna.

«Ofició el Reverendo Padre fernandino Fr. Isidoro Camacho, acompañado de los religiosos Sres. Uriarte y Aguilera. El Vicario Capitular de la Diócesis de Puebla, señor Ibarra, ocupó la sagrada cátedra y pronunció, poseído del asunto, un sermón tierno y conmovedor, tomando por texto el versículo 2º capítulo XII del Libro de Tobías, que no podía ser más propio de la solemnidad. Hizo un relato sencillo y elocuente de los acontecimientos más importantes del viaje congratulatorio, que al mismo tiempo lo fué de los grandes beneficios recibidos del cielo en todas partes por la intercesión de la Virgen Guadalupe, bajo cuyos particulares auspicios se acometió la cristiana empresa.

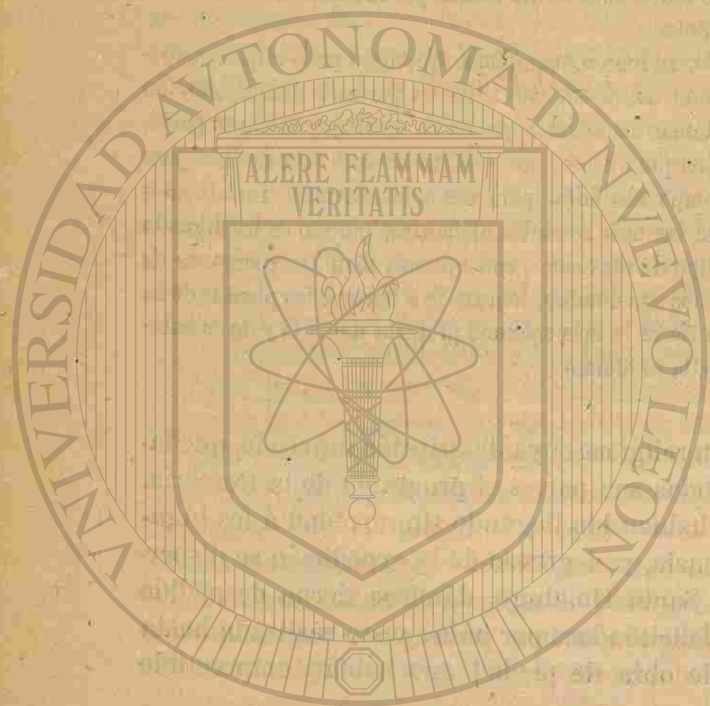
«Nos habló de las tempestades con que el Océano, movido por la mano de DIOS, tuvo á bien conturbarlos para probarlos; de los peligros enormes á que se vieron expuestos, sobre todo, cuando á su regreso, y debido á las espesas nieblas que se levantan al acercarse á Nueva York, el "Bolivia" y otro buque francés, cuyo nombre no recordamos, estuvieron á punto de estrellarse el uno contra el otro; de las indecibles molestias del mareo pasadas con resignación y gran contentamiento de los ya creídos naufragos; del arribo feliz á las costas napolitanas y de la entusiasta salutación á la Corte ayer de los Césares y hoy de los Pontífices, á pesar del cetro de hierro de la Casa de Saboya. Refirió dos sucesos que consideramos á la altura de verdaderos prodigios. El intérprete que eligieron los peregrinos, que sin duda sería algún carbonario, y á quien se había cobrado gran confianza, trató de envenenar á varios individuos de la peregrinación, para apoderarse de sus dineros. Por providencia divina, movida á instancias de la Guadalupe, el criminal dejó caer una carta que escribía á su cómplice, instruyéndole de sus maquinaciones y citándolo á determinado lugar, carta que vino á parar en las manos de la policía de Roma. Esto sólo bastó para que, esclarecida la trama, el crimen se frustrase y sus autores recibieran el castigo que merecían.

«Otro de los peregrinos, no queriendo despedirse de la gran ciudad que da testimonio de tantos martirios heroicos padecidos por la fe, se resolvió á bajar á las catacumbas. Allí fué atacado de una perniciosamente mortal, la que, á la sola invocación de Nuestra Augusta Patrona, cedió instantáneamente, tornando en elementos de salud sus venenosas influencias. Nos habló con unción de los pormenores de la audiencia pontificia, de la paternal distinción con que el Papa recibiera á los mexicanos que iban á congratularse con él, y de los deseos ardientes que abrigaba el Jerarca de la Iglesia católica, y que expresó en su magnífica alocución, de que los de esta tierra nos le uniésemos individual y socialmente con lazos más íntimos y más estrechos. Para conseguirlo, propuso un medio

seguro que redujo á programa. El medio era el de la oración, que abre las puertas del cielo, oración puesta en todas las bocas y todos los corazones de todos los mexicanos que quieran la felicidad de su patria, y que se encamine á impetrar de quien todo lo puede esa unión que su Vicario en la tierra juzga tan indispensable para nuestro bienestar político y religioso. Cordialmente felicitamos al Sr. Ibarra por la elección de tema tan hermoso y trascendente.

«La orquesta y el coro fueron magníficos. Se eligió para estas circunstancias la misa grande de Rossi, que tuvo un perfecto desempeño, no dejando nada que desear los artistas que en su ejecución tomaron parte. Terminemos aquí, porque nuestro deseo es no aplazar esta noticia para otro día, y ya el tiempo nos falta, para extendernos más. Terminemos por tributar á DIOS las más rendidas alabanzas, porque se ha dignado permitir que un grupo de mexicanos con quienes iban los corazones de todos los que llevamos ese nombre, lograrse ir á hacer á las plantas de su representante en la tierra la más solemne protesta de su fe y de su catolicismo de que aquella es alma.»

Con la función religiosa cuya descripción antecede, quedaba llenado en todas sus partes el programa de la Romería. Los peregrinos habían ido llegando sin novedad á los lugares de su residencia, y el grueso de la expedición se dispersaba al salir de Santo Domingo, dándose tierna despedida mutuamente y felicitándose por haber visto realizada hasta su fin la grande obra de piedad que habían emprendido juntos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CONCLUSIÓN

YA hemos visto cómo la Peregrinación fué recibida en casi todos los lugares por donde pasó á su regreso á la Patria, desde la frontera hasta la Capital de la República. Las manifestaciones de que fué objeto desde su salida hasta su vuelta, son el mejor testimonio que puede ofrecerse del carácter nacional que revistió y con el cual fué reconocida y saludada en el extranjero y recibida por el Vicario de Jesucristo en audiencia solemne.

Se ha discutido por algunos la legitimidad de la representación de la Romería, pretendiendo que fué un grupo insignificante de mexicanos el que se reunió para hacer una excursión de carácter meramente privado, sin representación pública de ningún género.

Muy fácil es combatir tan extraña opinión. Nadie puede negar que la Nación mexicana es católica; es decir, que la inmensa mayoría de sus pobladores somos católicos: nadie ha podido desconocer que la excursión tuvo un carácter exclusivamente religioso. Ahora bien; no cabe duda en que los Obispos son los pastores que gobiernan en el orden religioso á la grey cristiana y son legítimos representantes de las agrupaciones de fieles que presiden. No creemos que nadie podrá negar tampoco á los Obispos la facultad de delegar esa representación confiriéndola á quienes les plazca, para los asuntos que se refieran al bien espiritual de sus gobernados. Eso supuesto, la Peregrinación mexicana iniciada por un Obispo y convocada por la mayoría de los otros Prelados que

rigen las Diócesis de la República; compuesta en una buena parte de las delegaciones de casi todos los Gobiernos episcopales, llevó la más legítima representación que podía exigirse para ir á tributar homenaje, en nombre de la Nación, al Jefe Supremo de la Iglesia católica. El número de personas, que no fué por cierto insignificante, como se ha dicho, para nada influye en la legitimidad de la representación. Si todos ó la mayoría de los señores Obispos hubieran nombrado un solo individuo que representase á las respectivas Diócesis ante la Santa Sede, ese representante lo habría sido legítimo de la Nación mexicana, en lo religioso, no de otra manera que los ministros diplomáticos en una sola personalidad son admitidos y considerados como representantes legítimos de las potencias que los envían.

Pero la Romería nacional, fué revestida de otro título no menos legítimo y respetable que el emanado de la delegación directa de los pastores de la Iglesia mexicana. Compuesta la Peregrinación de personas procedentes de todos los Estados de la República, llevó consigo el asentimiento y la aprobación de todos los católicos mexicanos, y señaladamente la delegación de numerosas asociaciones religiosas y civiles; la acompañaron las bendiciones de todos los creyentes, quienes se unieron á ella en la oración durante su dilatado viaje á la ida y á la vuelta; le hicieron compañía hasta en el acto de ser recibida por el Santo Padre. Es oportuno consignar que en todas las Diócesis en que se recibió anticipadamente la noticia del día y la hora en que se celebraba la audiencia, los fieles acudieron en tropel á los templos para unirse en espíritu á la gran manifestación de catolicidad que México estaba haciendo en Roma á los pies del Santo Padre. En Puebla, principalmente, con excepción de la Iglesia Catedral, los templos se hallaban abiertos á las cuatro de la mañana del día 14 de Mayo, hora que correspondía aproximadamente con la de la Audiencia Pontificia, y una inmensa muchedumbre de fieles oraba delante de la Eucaristía, y hacían intención de recibir del Vicario de Jesucristo la bendición que en esos momentos dirigía desde el Vaticano á la Nación católica cuyos

representantes se hallaban en su presencia. Acaso ninguna otra nación de las muchas que organizaron peregrinaciones á Roma con motivo de la celebración del Jubileo del Pontífice, se unió tan íntimamente á sus delegados en la manifestación de religiosidad con que México secundó las piadosas intenciones y prácticas de sus romeros.

No dice menos en favor de la representación nacional de la Romería, la espontaneidad con que se alistaron los peregrinos acudiendo á la invitación de sus Obispos, y la circunstancia muy notable de haber hecho cada persona los gastos del viaje á sus propias expensas. Cuando nuestros gobiernos organizan la participación que les place tomar en festividades y aniversarios que se festejan en otras naciones, como ha sucedido en este año en el centenario de la revolución de Francia, los empleados del Gobierno mexicano y los que no lo son van por cuenta del Erario, quien prodiga como lo ha hecho en esta ocasión, los pasajes libres y facilita de cuantas maneras puede la traslación de las personas á quienes envía, las cuales no puede decirse que van representando al País, sino cuando más al Gobierno. En la Romería mexicana la Comisión organizadora trabajó por conseguir pasaje barato y proporcionar comodidades á los excursionistas; pero no les regaló el pasaje ni menos les abonó sueldo como se ha hecho con los empleados que fueron á la Exposición de París. Así y todo, no ha llevado el Gobierno á Francia un grupo tan numeroso de mexicanos como el que se reunió para la Peregrinación á Roma. Si este hecho no habla muy alto en favor de la catolicidad de los mexicanos y no viene á confirmar el carácter nacional de la expedición, deberíamos dar de mano á la lógica y al sentido común.

No fueron menos evidentes pruebas del asentimiento general de los habitantes de la República, las recepciones individuales hechas á la mayor parte de los peregrinos en los lugares de su residencia. Ya referimos como recibieron en las estaciones á sus respectivos párrocos los feligreses de varios curatos foráneos. Verdaderas fiestas fueron organizadas en su obsequio, al llegar los estimables sacerdotes á las

poblaciones. En muchas ciudades de importancia hicieronse espléndidos recibimientos á los peregrinos. El de Don José María Aguilar y Ortiz, en México, fué una verdadera ovación que le hicieron los individuos del Círculo Patriótico Religioso de artesanos. El del Illmo. Sr. Portillo en Chilapa fué una sucesión de magníficas fiestas que duraron ocho días. Se le obligó á subir á una carrosa triunfal que le tenían preparada los vecinos de la ciudad, cuyas calles y casas se veían adornadas con profusión y buen gusto. Siguiéronse celebrándose funciones religiosas, serenatas, fuegos artificiales y veladas literarias: nuestra correspondencia con esa ciudad contiene relaciones verdaderamente conmovedoras de las entusiastas manifestaciones con que Chilapa festejó la vuelta del Presidente de la Romería á la residencia episcopal. En Chalchicomula fué también espléndida la recepción que hizo el vecindario á los peregrinos de esa población que formaron en la Romería. En Puebla, no obstante que no se tuvo noticia anticipada de la llegada del Vicario capitular, un inmenso concurso de familias de lo más distinguido de la sociedad llenaba la estación del Ferrocarril Mexicano á la hora en que llegó el tren que lo conducía. En otras muchas ciudades de la República fueron objeto de muy entusiastas y espontáneas ovaciones los romeros á su llegada: tendríamos que llenar muchas páginas si diéramos cuenta á nuestros lectores de todos esos magníficos recibimientos.

Y esas manifestaciones, tan espontáneas, tan entusiastas y tan generales ¿no prueban á la evidencia el asentimiento unánime de los pueblos en favor de la Romería? ¿No legitimaron ellas una vez más la representación de que se consideraron revestidos los romeros ante el Sumo Pontífice? ¿No acreditaron que la misión de los peregrinos cerca de la Santa Sede fué verdaderamente nacional y digna de ser registrada en los anales de la historia patria entre los acontecimientos notables que debe recordar con júbilo la posteridad?

¿Y qué trascendencia, se dirá por algunos espíritus apocados, tiene para el bien de la Nación, el que la Romería sea ó no reputada como un acontecimiento nacional? Lo dire-

mos en pocas palabras. Muchos mexicanos han visitado el extranjero; muchos han ido á Roma; pero jamás había salido de la República una excursión tan numerosa como la nuestra; jamás había organizádose con aprobación de todos los mexicanos una expedición religiosa como la que pasó la frontera mexicana la tarde del 10 de Abril de 1888. La Romería nacional atravesando los Estados-Unidos y una parte de Europa dió un testimonio irrecusable de la catolicidad de los mexicanos como nación; ofreció una prueba evidente de la vitalidad del Catolicismo en nuestra República; dió á conocer al mundo la firmeza de nuestras convicciones religiosas, y sirvió de protesta la más solemne, la más enérgica, contra los errores que un grupo de nuestros compatriotas ha querido erigir en instituciones sociales, desacreditándonos en el extranjero. Véase pues la importancia que para México ha tenido el carácter nacional de que fué revestida la Romería. ¿Qué trascendencias entrañará para bien de la Nación! En primer lugar, envuelve grande honra para nuestro país haber sido el primero que organizó en América una expedición de esta clase. A nuestro ejemplo los Estados-Unidos han organizado en principios del presente año de 1889, en que cerramos esta publicación, una gran excursión á Palestina. Honroso es para México haber dado este buen ejemplo á nuestros hermanos los católicos del Norte. Después, hemos logrado despertar en la Santa Sede un interés muy especial en nuestro favor. Pocas son las naciones católicas y aun protestantes que no reciban bienes de la Iglesia aun en lo temporal y político; díganlo Austria, España y Alemania. Mucho debemos esperar de la Santa Sede en orden á remediar los males públicos que nos aquejan. Ahora estamos más cerca del remedio. El Vicario de Jesucristo acaba de ver que somos dignos de su protección y nos la impartirá no muy tarde. Así debemos esperar. Por último, enemigos del progreso como se nos acusa á los católicos, hemos abierto una corriente de excursiones que seguirá desbordándose bien pronto con gran provecho para la ilustración y para el adelanto, y aun para el mejoramiento de las costumbres. Mucho

se aprende recorriendo el extranjero; mucho se adelanta saliendo transitoriamente del hogar, del punto de la residencia y de la patria. El sentimiento religioso nos hizo salir al extranjero; mañana nos llevará el deseo de estudiar las costumbres y más adelante el espíritu de empresa ú otros designios de progreso material, nos harán mover frecuentemente dentro y fuera de la República. De ese movimiento que los católicos hemos sido los primeros en impulsar, vendrá bien pronto el completo desarrollo de las negociaciones ferrocarrileras en las cuales el transporte de pasajeros figura hoy en tan insignificante escala; de ese movimiento sacará gran partido el comercio y la industria: con ese movimiento nacerán y vivirán multitud de grandes empresas que redundarán en bien de la comunidad.

Hé aquí en compendio las trascendencias de la Romería mexicana emprendida y llevada á cabo con tan feliz éxito por los católicos mexicanos en los meses de Abril á Julio de 1888.

Otras muchas reflexiones sugiere la realización de esa importante obra de piedad, las haremos ya, por haber llegado el momento de cerrar el libro. Si como fruto de nuestros trabajos conseguimos que los presentes y la posteridad juzguen favorablemente de la expedición, dándole la importancia que ha tenido para la Religión y para la Patria, se habrán realizado nuestros más ardientes deseos.

La gratitud y la justicia exigen al autor de este libro consagrar en su última página una palabra en elogio de los estimables directores del Ferrocarril Central. Mención especial merecen el Sr. D. Sebastián Camacho, Apoderado de la Compañía, el Sr. D. Eduardo Jackson, Gerente y el Sr. A. C. Michaelis, Agente de fletes y pasajes. A la deferencia del primero, á la buena dirección del segundo y á los exquisitos trabajos y diligente actividad del tercero se debió la realización del viaje, cuyo arreglo, como dijimos en su lugar, ofreció serias dificultades que hubo un momento en que parecían invencibles. Si la Comisión organizadora no hubiese contado con la eficaz cooperación y hasta con el desprendimiento

generoso de los expresados señores, la Peregrinación habría quedado en proyecto. A ellos, en mucha parte, se debió no solamente la realización de la obra, sino su buen éxito. Las pequeñas contrariedades que tuvimos que lamentar en el servicio á bordo del "Bolivia" y la mayor duración del viaje de mar, surgieron á pesar de la previsión de los agentes de la Compañía del Central y no obstante sus acertadas disposiciones. Justo es por lo mismo rendirles el tributo de gratitud y reconocimiento, á que se hicieron acreedores no sólo de los excursionistas sino de todos los católicos mexicanos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

ÚLTIMA PALABRA DEL AUTOR

Hemos logrado con el auxilio divino dar término á la tarea ni difícil ni enojosa que nos impusimos. Hasta este punto habíamos guardado el incógnito que ahora debemos descubrir para despedirnos de nuestros lectores. ¿Por qué no quisimos aparecer con nuestro nombre en la portada de la obra? Debemos al público alguna explicación. Nuestro anhelo al escribir y publicar la "Historia de la Peregrinación" fué y no otro que la importante excursión religiosa de los mexicanos á Roma fuese conocida de la generalidad de nuestros compatriotas. Para conseguir este fin deseábamos que la obra fuese leída, y á ese efecto nos pareció conveniente que no figurase en ella para nada el autor. Poco ejercitada nuestra pluma en trabajos de este género, menos conocida del público y nada acreditada en el mundo de las letras, nuestro nombre era perfectamente inútil para atraer á los lectores, y más bien podría haber perjudicado á nuestras intenciones, porque siendo notoria la participación principal que tuvimos en la organización de la Romería, temeríase que nos faltara la imparcialidad para juzgar rectamente acerca de los hombres y las cosas. Por otra parte, debimos temer y con justicia que para las pocas personas que han calificado favorablemente nuestros anteriores escritos, el nombre fuese motivo de que esperasen algo menos malo de lo que hemos podido ofrecer, y juzgasen la obra con severidad en daño de su propagación.

Realizado ya nuestro objeto; leída ya la obra en toda la República; dado á conocer el resultado de la expedición, de-

bemos resignarnos á sufrir los rigores de la crítica y aun á recibir los dardos de la censura. Fuera de la veracidad y exactitud del relato, nuestro pobre libro no resiste el análisis. Ni pudimos consagrar el tiempo necesario para escribir medítadamente, ni procuramos tampoco poner estudio y esmero especial en otra cosa que en no omitir nada de lo que debíamos decir y expresarlo en la forma más sencilla y desnuda de atavíos. Nunca hemós aspirado á la reputación de escritores, ni menos debíamos querer ganarnos esa reputación en una obra cuyo objeto era mucho más elevado. Nuestras aspiraciones, pues, han quedado satisfechas al haber sabido por el testimonio de la prensa y por otras muchas manifestaciones bondadosas de aprobación, que nuestro libro ha sido leído con interés. Nada nos resta sino dar gracias á Dios por el éxito que obtuvimos y agradecer al público de nuestro país la buena acogida que de él ha recibido nuestro pobre trabajo.

México, Julio de 1889.

D. Germán y Vázquez.

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

	Págs.
CAPÍTULO PRIMERO.—Santa María la Mayor.—Su origen é historia.—La fachada.—Aspecto general.—El altar mayor.—La reliquia del Pesebre de Belén.—La tribuna.—La Capilla del Sacramento.—La capilla <i>Borghèse</i> .—La <i>Sforza</i> .—La Capilla <i>Patrizi</i> .—La Plaza.—Santa Praxedis.—El Papa Gelasio II.—Aspecto general de la iglesia.—La Columna de la Flagelación.—Las reliquias de la Santa titular.—El cuadro de Julio Romano.....	1
CAPÍTULO SEGUNDO.—San Nicolás <i>in Carcere</i> .—Descripción de la Iglesia.—La capilla de la Virgen de Guadalupe.—La misa.—El sermón del Señor Abarca.—Nuestra oración en la Capilla.—Citas para el día siguiente.....	11
CAPÍTULO TERCERO.—Las Catacumbas.—Reflexiones.—Su origen.—Su historia.—Idea general.—La Basílica de San Sebastián.—El Cementerio.—La peregrinación mexicana en San Sebastián.—El grupo de peregrinos de Durango.....	23
CAPÍTULO CUARTO.—La familia Miramón.—Su casa en Roma.—Fiestas en obsequio de los peregrinos.—El Colegio Pío Latino Americano.—La comida en el Colegio.—Banquete ofrecido por el Círculo de San Pedro.—Otra invitación en casa de la señora de Miramón.—Atenciones con los peregrinos pobres.....	35
CAPÍTULO QUINTO.—Dispersión de los romeros.—Su visita á la Exposición.—Descripción del local.—Departamento de Austria-Hungría.—Provincias de la Italia meridional.—Jardín del centro.—Sala de las pinturas.—La ciudad de Roma.—Italia central.—Italia septentrional.—Alta Italia.—Sala de las Columnas.—El Nuevo Brazo.—Sección francesa.—Alemania.—Galería de los Candelabros.—Galería de los Mapas.—Departamento de los vinos y sustancias alimenticias.—Galería de la Zitella.....	43
CAPÍTULO SEXTO.—Despedidas.—Plan de nuestras descripciones.—Noticia histórica.—La puerta del <i>Popolo</i> .—La Plaza.— <i>Santa María del Popolo</i> .—Las dos pequeñas iglesias.—El Corso.—Las mujeres romanas.....	63

bemos resignarnos á sufrir los rigores de la crítica y aun á recibir los dardos de la censura. Fuera de la veracidad y exactitud del relato, nuestro pobre libro no resiste el análisis. Ni pudimos consagrar el tiempo necesario para escribir medítadamente, ni procuramos tampoco poner estudio y esmero especial en otra cosa que en no omitir nada de lo que debíamos decir y expresarlo en la forma más sencilla y desnuda de atavíos. Nunca hemós aspirado á la reputación de escritores, ni menos debíamos querer ganarnos esa reputación en una obra cuyo objeto era mucho más elevado. Nuestras aspiraciones, pues, han quedado satisfechas al haber sabido por el testimonio de la prensa y por otras muchas manifestaciones bondadosas de aprobación, que nuestro libro ha sido leído con interés. Nada nos resta sino dar gracias á Dios por el éxito que obtuvimos y agradecer al público de nuestro país la buena acogida que de él ha recibido nuestro pobre trabajo.

México, Julio de 1889.

D. Germán y Vázquez.

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

	Págs.
CAPÍTULO PRIMERO.—Santa María la Mayor.—Su origen é historia.—La fachada.—Aspecto general.—El altar mayor.—La reliquia del Pesebre de Belén.—La tribuna.—La Capilla del Sacramento.—La capilla <i>Borghèse</i> .—La <i>Sforza</i> .—La Capilla <i>Patrizi</i> .—La Plaza.—Santa Praxedis.—El Papa Gelasio II.—Aspecto general de la iglesia.—La Columna de la Flagelación.—Las reliquias de la Santa titular.—El cuadro de Julio Romano.....	1
CAPÍTULO SEGUNDO.—San Nicolás <i>in Carcere</i> .—Descripción de la Iglesia.—La capilla de la Virgen de Guadalupe.—La misa.—El sermón del Señor Abarca.—Nuestra oración en la Capilla.—Citas para el día siguiente.....	11
CAPÍTULO TERCERO.—Las Catacumbas.—Reflexiones.—Su origen.—Su historia.—Idea general.—La Basílica de San Sebastián.—El Cementerio.—La peregrinación mexicana en San Sebastián.—El grupo de peregrinos de Durango.....	23
CAPÍTULO CUARTO.—La familia Miramón.—Su casa en Roma.—Fiestas en obsequio de los peregrinos.—El Colegio Pío Latino Americano.—La comida en el Colegio.—Banquete ofrecido por el Círculo de San Pedro.—Otra invitación en casa de la señora de Miramón.—Atenciones con los peregrinos pobres.....	35
CAPÍTULO QUINTO.—Dispersión de los romeros.—Su visita á la Exposición.—Descripción del local.—Departamento de Austria-Hungría.—Provincias de la Italia meridional.—Jardín del centro.—Sala de las pinturas.—La ciudad de Roma.—Italia central.—Italia septentrional.—Alta Italia.—Sala de las Columnas.—El Nuevo Brazo.—Sección francesa.—Alemania.—Galería de los Candelabros.—Galería de los Mapas.—Departamento de los vinos y sustancias alimenticias.—Galería de la Zitella.....	43
CAPÍTULO SEXTO.—Despedidas.—Plan de nuestras descripciones.—Noticia histórica.—La puerta del <i>Popolo</i> .—La Plaza.— <i>Santa María del Popolo</i> .—Las dos pequeñas iglesias.—El Corso.—Las mujeres romanas.....	63

CAPÍTULO SÉTIMO.—Iglesia de San Jacobo.—Mausoleo de Augusto.—San Carlos.—La <i>Via Condotti</i> .—San Lorenzo <i>in Lucina</i> .—El palacio Ruspoli.—Palacio Chigi.—Plaza <i>Colonna</i> .—La Columna de Marco-Aurelio Antonino.—La plaza de <i>Monte Citorio</i> .—El palacio del Parlamento.—El templo de Antonino Pío.—El palacio Schiarra.—San Ignacio.—El Colegio Romano.—El Liceo-Gimnasio <i>Ennio Quirino Visconti</i> .—La biblioteca Víctor Manuel.—Los museos.....	81
CAPÍTULO OCTAVO.—El palacio Doria Panfli.—El palacio de Venecia.—El <i>Torlonia</i> .—La tumba de Publius Bibulus.—La iglesia del Jesús.....	101
CAPÍTULO NOVENO.—El Monte Capitolino.—Primeras impresiones.—El antiguo Capitolio.—El Capitolio moderno.—La estatua de Marco Aurelio.—El Palacio Senatorial.—El de los Conservadores.—El Museo Capitolino.....	109
CAPÍTULO DÉCIMO.—La subida á Santa María de <i>Ara-Caeli</i> .—Impresiones á la vista del panorama de Roma.—La Iglesia.—La Prisión Mamertina.—La Academia de San Lucas.....	129
CAPÍTULO UNDÉCIMO.—Sobre la torre del Capitolio.—El <i>Tabularium</i> .—La <i>Schola Xantha</i> .—Pórtico de los dioses <i>consenti</i> .—Templo de Vespasiano.—Arco de Septimio Severo.—Los Rostros capitolinos.—La columna de <i>Phocas</i> .—La Basílica Julia.—La <i>Vía Sacra</i> .—Templo de Castor y Pólux.—Templo de César.—De Vesta.—De Antonino y Faustina.—De Rómulo.—Basílica de Constantino.—Palacio de los Césares.—Arco de Tito.—La <i>Meta sudans</i> .—Coloso de Nerón.—Arco de Constantino.—El Colosseo.....	139
CAPÍTULO DUODÉCIMO.—Reflexiones.— <i>San Stéfano Rotondo</i> .—San Clemente.—La iglesia nueva.—La antigua basílica.—Su descubrimiento.—Descripción.—Otros restos de antiquísimas construcciones.....	153
CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO.—La Plaza de San Juan de Letrán.—El Obelisco.—La Basílica.—El Palacio.—El Museo profano.—El Museo cristiano.—La Galería de los cuadros.—La sala de los Concilios.—El Bautisterio de Constantino.....	167
CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO.—La Puerta de San Juan.—Santa Cruz de Jerusalem.—De la Puerta Mayor á la de San Lorenzo.—La basílica de San Lorenzo.—La Cripta.—El Sepulcro de Pío IX.—Impresiones.—La Columna de San Lorenzo.—De San Lorenzo á las Termas del Diocleciano.—Las Termas.—Santa María de los Angeles.—El Claustro.—La Fuente del <i>Acqua Felice</i> .—Santa María de la Victoria.....	185
CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO.—La <i>Vía Venti Settembre</i> .—La Puerta Pia.—La <i>Vía Nomentana</i> .—Santa Inés.—Historia de la última restauración.—Descripción de la iglesia.—La Catacumba.—Santa Constancia.—La Plaza de <i>Monte Cavallo</i> .—El Quirinal.—El Foro Trajano.—La Columna Trajana.—Igle-	

—La iglesia de los Santos Apóstoles.—El palacio Colonna.—La Fuente de Trevi.—San Andrés de la Fratte.....	203
CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO.—Los Palacios de Roma.—El palacio Barberini.—El Colegio de <i>Propaganda Fides</i> .—La Plaza de España.—La Columna de la Purísima Concepción.—Santa Trinidad de los Montes.—La Academia de Francia.—El Paseo del Pincio.—La Villa Borghese.....	223
CAPÍTULO DECIMOSÉTIMO.—Palacio Borghese.—San Agustín.—Plaza Navona.—El Palacio <i>Madama</i> y el <i>Giustiniani</i> .—El Pantheon.—Plaza de la Minerva.—Santa María sobre Minerva.—Biblioteca Casanatense.—El Seminario.—La Iglesia Nueva.—Santa María de la Paz.....	247
CAPÍTULO DÉCIMOCTAVO.—El palacio de la Cancillería.—El palacio Farnesio.—San Andrés <i>della Valle</i> .—Teatro <i>Marcello</i> .—Templo de la Fortuna viril.—Casa, <i>Cola di Rienzo</i> .—Santa María <i>in Cosmediu</i> .—El Circo máximo.—Las Termas de Caracalla.....	275
CAPÍTULO DÉCIMONOVENO.—La Tumba de Cayo Sexto.—La Abadía de las Tres Fuentes.—La basílica de San Pablo.—San Pedro <i>in Vinculis</i> .—El puente de San Angelo.—El Castillo.—San Pedro <i>in Montorio</i> .—Santa María <i>in Trastevere</i>	285
CAPÍTULO VIGÉSIMO.—San Pedro.—Noticia histórica.—El atrio.—La fachada exterior.—El pórtico de la entrada.—La nave central.—La cripta de la Confesión.—El baldaquino.—La cúpula.—La tribuna.—Las capillas.—Las tumbas.—La sacristía.—La basílica subterránea.—Parte superior de la Basílica.....	301
CAPÍTULO VIGÉSIMOPRIMERO.—El Vaticano.—Historia de su formación.—Las logias de Rafael.—La Galería de los cuadros.—Las Cámaras de Rafael.—La Sala de la Concepción.—La Capilla Sixtina.....	325
CAPÍTULO VIGÉSIMOSEGUNDO.—El Vaticano.—La Sala de la Biga.—Museo Etrusco.—Galería de los Candelabros.—Sala de las Tapicerías.—La Cruz Griega.—Museo Egipcio.—Reflexiones.—La Sala Redonda.—La Sala de las Musas.—La Sala de los Animales.—Galería de las Estatuas.—Sala de los Bustos.—Gabinete de las Máscaras.—Pórtico de Belveder.—Vestíbulo cuadrado.—Museo Chiaramonti.—El Nuevo Brazo.—La Biblioteca.....	349
CAPÍTULO VIGÉSIMOTERCERO.—Excursión á Loreto y Asís.—Un peregrino enfermo.—El suceso de los Sres. Garri-do y Viveros.—Almuerzo en casa del caballero Angelini.—El <i>Corpus</i> en San Pedro.—Una entrevista con Monseñor Rampolla.—Audiencia privada de Su Santidad.—Rumores infundados.—La fiesta del Estatuto.—Una triste despedida.—¡Adiós á Roma!.....	365

CAPÍTULO VIGESIMOCUARTO.—En Nápoles.—Serenatas napolitanas.—Los mendigos.—Llegada del «Bolivia».—Excursión vespertina.—La Gruta de Pozzuoli.—La de Seján ó de Posilipo.—La antigua <i>Puteoli</i> .—El Anfiteatro.—Otras ruinas.—Los lagos Lucrino y Averno.—Cumes.—La calzada de Posilipo.—Diversas ocupaciones.—El almuerzo de despedida á la familia Miramón.—El embarque.—La despedida.—Nápoles por la noche.....	381
CAPÍTULO VIGESIMOQUINTO.—Primer día de navegación.—La Misa á bordo.—Entretenimiento de los peregrinos.—El ejercicio religioso de por la tarde.—Las tertulias por la noche.—La Misa sobre cubierta.—Se descubre tierra española.—Llegada á Gibraltar.—El temporal.—Temores é inquietudes.—El viento disminuye.—El oficio protestante.—Las golondrinas.—Cuatro días de calma.—La tempestad.—Temores de naufragio.—Preparativos alarmantes.—Renace la calma.—La rifa.—La barca del piloto.—Una triste nueva.—La niebla.—¿Sufriremos cuarentena?—Momentos de angustia.—La colisión.—La sanidad.—No hay cuarentena.—Los empleados de la aduana.—El desembarque en Nueva York.....	389
CAPÍTULO VIGESIMOSEXTO.—La <i>Ciudad-Imperio</i> .—Consideraciones generales.— <i>The time is money</i> .—Las construcciones urbanas.—Tendencias á mejorar la ciudad.—El movimiento.—Una observación.—Fisonomía de las personas.—Broadway.—Edificios notables.—La Plaza de la Unión.—La Quinta Avenida.—La Plaza Madison.—Reflexiones.—La Catedral de San Patricio.—Impresiones.—El Parque Central.—Brooklin.....	407
CAPÍTULO VIGESIMOSÉTIMO.—Partida de Nueva York.—Búfalo.—El trasborde.—Detroit. El paso por el río.—Kansas City.—Las Vegas.—Llegada al Paso Texas.—Una escena de horror.—Llegada á la Patria.—El registro aduanal.—El desierto.—Reflexiones.—Chihuahua.—Jiménez.—Recepción en Villa Lerdo.—La inspección de la Aduana.—Symon.—Zacatecas.—Rincón de Romos.—Aguascalientes.—La Encarnación.—Lagos.—León.—Silao.—Irapuato.—Salamanca.—Celaya.—Querétaro. Impresiones.—San Juan del Río.—San Antonio.—Llegada á México.—La recepción.—La Misa en acción de gracias.....	423
CONCLUSIÓN.....	443
ÚLTIMA PALABRA DEL AUTOR.....	451

COLOCACION DE LAS LAMINAS DEL TOMO SEGUNDO

	Págs.
Santa María la Mayor.....	2
Sr. Canónigo Dr. D. Agustín Abarca.....	12
Señora Concepción Lombardo de Miramón.....	34
Colegio Pío Latino Americano.....	38
Exposición vaticana. Planta de los edificios principales.....	44
Exposición vaticana. Sala de honor.....	54
Plaza del Pópulo.....	70
Interior de la iglesia de Jesús.....	106
Ruinas del Foro romano.....	140
El Anfiteatro Flavio ó Colosseo.....	148
Interior del Colosseo.....	149
San Juan de Letrán.....	166
Iglesia de San Juan de Letrán.....	168
La Escala Santa.....	183
Iglesia de Santa Inés Extra-muros.....	206
Vista de la Plaza de Monte Cavallo.....	208
Fuente de Trevi.....	220
Santa Trinidad del Monte.....	232
El Pantheon.....	258
Interior del Pantheon.....	260
Iglesia de Santa María, sobre Minerva.....	262
Interior de la Basílica de San Pablo.....	288
Vista del Castillo y puente de San Angelo.....	296
Plaza de San Pedro.....	304
Interior de la Basílica de San Pedro.....	306
Estatua de la Libertad.....	410
La Catedral católica de San Patricio en Nueva York.....	416
Iglesia de Santo Domingo de México.....	439

ERRATAS NOTABLES.

TOMO II.

Pág.	Lín.	Dice.	Léase.
67	13	torta volcánica	toba volcánica
85	14	claro oscuro, ó la.....	claro oscuro y la.....
90	31	títulos	títulos
106	28	de dorados, estucos,	de dorados y estucos,
111	20	<i>édicules</i>	<i>edicules</i>
153	11	que nos <i>ha</i> transmitido	que nos <i>han</i> transmitido
178	9	ni á enumerar	ni enumerar
180	13	Fiesola:	Fiesola,
228	1 Nota	Leovando	Servando
248	24	Las paredes decoradas	Las paredes fueron deco- radas
256	20	interior	inferior
319	10	y otra <i>por</i> la cual	y otra <i>á</i> la cual
424	6 y 7	de <i>determisu</i> pronados	de <i>determinados</i>
424	7 y 8	líneas de <i>piedad</i>	líneas de <i>su propiedad</i>

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

